

LION FEUCHTWANGER

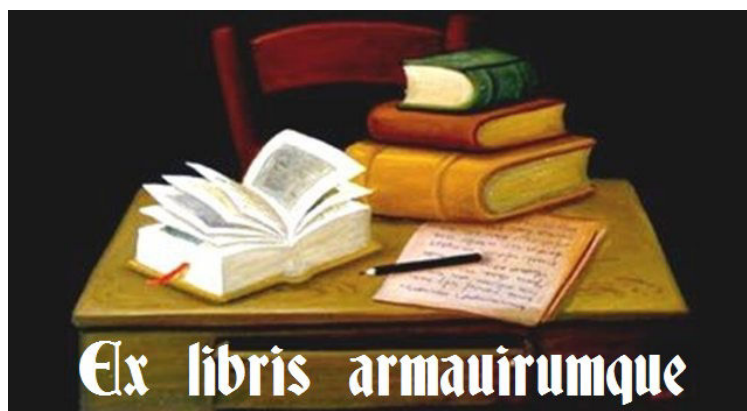


*El juicio
Süss*

EDITORIAL SUDAMERICANA

LION FEUCHTWANGER

EL JUDÍO SÜSS



Título original: Jud Süß

Traducción de Ana Tortajada

Primera edición: noviembre de 1990

Primera reimpresión: diciembre de 1990

© Marta Feuchtwanger, 1959

© de la traducción: Ana Tortajada, 1990

© de la presente edición: Edhasa, 1990

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

ISBN: 84-350-0541-0

Depósito legal: B. 40.849-1990

Impreso por HUROPE, S.A.

Recaredo, 4. 08005 Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso en España Printed in Spain

Índice

LIBRO PRIMERO

Los príncipes

LIBRO SEGUNDO

El pueblo

LIBRO TERCERO

Los judíos

LIBRO CUARTO

El duque

LIBRO QUINTO

El otro

Sobre el destino del libro El judío Süß

LIBRO PRIMERO

Los príncipes

Los caminos se extendían por el país formando una red de arterias, cruzándose, ramificándose, extinguiéndose. Estaban descuidados, llenos de piedras y agujeros; desaparecían, cubiertos por un lodazal sin fondo cuando llovía, por no hablar del entorpecimiento que suponían los árboles caídos por todas partes. En el sur, en las montañas, se estrechaban convirtiéndose en caminos de herradura y desaparecían. Toda la sangre del país fluía por esas arterias. Los caminos, accidentados, agrietados y polvorientos cuando hacía sol, convertidos en barrizales cuando llovía, eran la vida, el aliento y el latido del corazón de la actividad del país.

Transitaban por ellos coches de correo corrientes, carros descubiertos, cuyos asientos ni estaban tapizados ni tenían respaldo, dando tumbos, remendados con frecuencia; y las sillas de postas, carruajes más veloces, con cuatro asientos y cinco caballos, que podían recorrer hasta veinte millas en un día. Transitaban por ellos, montados en veloces caballos que se cambiaban con frecuencia, los correos urgentes de la corte y de los embajadores, llevando mensajes sellados; y los mensajeros más lentos del correo de Thurn y Taxis. Transitaban por ellos menestrales con sus morrales, algunos honrados, otros peligrosos; y estudiantes, macilentos y delicados los unos, fuertes y osados los otros, y monjes de mirada retraída, sudando dentro de sus hábitos. Transitaban por ellos los carros entoldados de los grandes comerciantes y los carritos de los buhoneros judíos. Transitaba por ellos, en seis coches sólidos y algo deslucidos, el rey de Prusia, que había visitado la corte del sur de Alemania y todo su séquito. Transitaban por ellos, en una interminable procesión de gentes, ganado y carruajes, los protestantes a los que el príncipe arzobispo de Salzburgo, furibundo, había expulsado de sus tierras. Transitaban por ellos pintorescos comediantes, y pietistas, sobrios en el vestir y ensimismados, y en una lujosa calea, acompañado de un batidor y una gran escolta, el embajador veneciano en la corte sajona, enjuto y de mirada arrogante. Transitaban por el camino que conducía a Frankfurt, en desorden, amontonados a duras penas sobre carros, los judíos expulsados de una ciudad imperial de la Alemania central. Transitaban por ellos maestros y nobles, prostitutas envueltas en seda e informantes del tribunal de justicia en sus ropajes. Transitaba por ellos cómodamente, en muchos carruajes, el príncipe-obispo de Wurzburg, gordo, astuto y de aspecto satisfecho, y transitaba por ellos, destrozado y a pie, un profesor de la universidad bávara de Landshut, que había sido expulsado a causa de sus ponencias rebeldes y heréticas. Transitaban por ellos, acompañados por los agentes de una sociedad naviera inglesa, emigrantes suabos que querían irse a Pensilvania, llevando con ellos a la mujer, al perro y a los hijos; transitaban por ellos peregrinos de la Baja Baviera, piadosos, violentos y gritones, de camino hacia Roma; transitaban por ellos con la mirada escrutadora, perspicaz y precavida puesta en todas partes, los compradores de plata, ganado y grano del intendente militar de Viena, y también los soldados licenciados del emperador procedentes de la guerra contra el turco, y saltimbanquis y alquimistas y mendigos y

jóvenes señores con sus preceptores viajando de Flandes a Venecia.

Toda esa gente iba y venía, se cruzaba, formaba largas caravanas, se apresuraba, tropezaba, trotaba tranquilamente, maldecía el mal estado de los caminos, se reía ácidamente o con amable ironía de la lentitud del correo, se quejaba del maltrecho jamelgo, del ruinoso carruaje. Toda aquella multitud de gentes fluía, y reflúa, charlaba, rezaba, se prostituía, blasfemaba, recelaba, lanzaba exclamaciones de júbilo, respiraba.

El duque mandó detener su fastuosa calesa, se apeó y ordenó que el tesorero, el secretario y los criados se adelantaran. Sólo con un gruñido de impaciencia se dignó contestar las miradas atónitas de los señores de su séquito. Allí donde la carretera iniciaba su ascenso por la pendiente de una colina de un verde suave, hicieron alto los coches para esperarle. Los cortesanos y el secretario se refugiaron de nuevo en ellos, huyendo de la fina y persistente lluvia, mientras que los monteros, los criados y los húsares de la guardia charlaban en voz baja, bromeando y cambiando chanzas obscenas.

El duque Eberhard Ludwig, un hombre de cincuenta y cinco años, alto y corpulento, de rostro lleno y labios abultados, se quedó atrás solo. Llevando en la mano su sombrero de terciopelo, sin cuidarse de la fina lluvia tibia que mojaba su peluca, ni del barro que salpicaba sus botas resplandecientes y los largos faldones de su lujosa casaca bordada en plata, andaba despacio y pensativo, deteniéndose de trecho en trecho y lanzando por la nariz, acusada y carnosa, nerviosos resoplidos malhumorados.

Había ido a Wildbad para romper sus relaciones con la condesa. ¿Había quedado zanjado ese asunto? En realidad, no. No había dicho nada. Para sus medias palabras la condesa sólo había tenido vagas miradas y ninguna respuesta. Pero tenía que haberse dado cuenta, con lo lista que era, debía, tenía que haberse dado cuenta de lo que él pretendía.

En realidad, debía felicitarse por haber salido de un trance tan difícil sin gritos ni escenas tormentosas. Hacía casi treinta años que convivía con ella. ¡Reproches, gritos, súplicas, halagos, intrigas, qué no había puesto en juego la duquesa en tan largo intervalo para separarlo de aquella mujer! ¡Y qué no habían intentado sus ministros, los prelados, el emperador, la maldita canalla del Parlamento y los embajadores del Electorado de Kurbraunschweig y de Kassel! Durante casi treinta años aquella mujer había estado ligada a todo lo que él y su país habían vivido. Ella era él, ella era Württemberg. No se podía pensar en Württemberg sin pensar: «aquella mujer», o «aquella ramera» o «la condesa», o «la Maintenon de Suabia». Con frialdad o con odio, pero siempre con interés, cualquiera que pensara en el ducado pensaba en ella.

Sólo él —y el duque se sonrió— sólo él podía pensar en aquella mujer sin mezclarla con la política y los destinos del ducado. Sólo él podía pensar en su nombre: Christl, sin pensar al mismo tiempo en soldados, dinero, privilegios, disputas con el Parlamento o en las gravosas hipotecas sobre los castillos y señoríos del patrimonio ducal, sino simplemente en la mujer, en ella sola, sonriente, entregándosele.

Aquello había terminado ahora, y el duque iba a reconciliarse con la duquesa; el país se regocijaría y le ofrecería un magnífico presente; el emperador menearía satisfecho la cabeza, el rey de Prusia, rudo y descuidado en el vestir, le felicitaría, y las cortes europeas echarían de menos aquel escándalo que había dado pábulo a la murmuración de dos

generaciones. Le haría otro hijo a la duquesa, dando al país un segundo heredero legítimo, y el cielo y la tierra ensalzarían su conducta.

Resopló violentamente por la nariz. Un sordo furor se apoderaba de él al pensar en la alegría con que el ducado y Alemania entera iban a festejar la caída de aquella mujer. Podía oír ya los suspiros de alivio del pueblo, veía a los odiosos burgueses de su Parlamento reír a carcajadas con aire de triunfo, golpeándose los muslos, e imaginaba el júbilo contenido, agrio y despectivo, de los parientes de la duquesa, siempre correctos, envarados y glaciales. Todos aquellos buitres se precipitarían sobre ella como sobre carroña. Toda su vida la había defendido de la canalla, y si ahora la abandonaba, llegado ya a los cincuenta y cinco años, todos lo interpretarían como una muestra de debilidad senil. Había promulgado incontables rescriptos penando severamente toda manifestación irrespetuosa contra la condesa, se había enemistado con el emperador por causa suya, había depuesto y desterrado a su primer ministro y amigo de juventud por haberse permitido hablar con ligereza de la condesa, se había peleado con sus consejeros, con el Parlamento y con el país entero creando nuevos impuestos, siempre nuevos impuestos, que le proporcionaran dinero, dinero y más dinero para aquella mujer. La había defendido frente al ducado, frente al Imperio y el mundo entero, la había defendido durante casi treinta años.

¡Menuda tormenta se desató en toda Europa cuando, ya desde el principio y sin mucha ceremonia, tomó a la condesa como segunda esposa además de la duquesa! Llovieron ruegos imperiales, súplicas, amenazas, los Estados ladraban como perros rabiosos, los parientes de la duquesa, los de Baden-Durlach, se pusieron verdes y azules de rabia y desprecio, se lanzaron improperios contra él desde los púlpitos, se le negó la comunión, todo el ducado hervía de indignación y echaba espumarajos de rabia. Pues bien, él se había rendido, había anulado sus esponsales con la condesa y se había reconciliado de nuevo con la duquesa. Por supuesto que en lo que se refería al afecto, y a la convivencia matrimonial que de éste se deriva —se sonrió al recordar la bonita frase con la que contentó al emperador, que el hermano de la condesa había elaborado para él—, el afecto pues, y la convivencia matrimonial que de éste se deriva, era una cosa que sólo dependía de Dios y de él mismo y a la que un príncipe del Imperio no podía ser obligado por nadie. Después, cumpliendo una orden enérgica y rigurosa del emperador, efectivamente, había mandado a Christl lejos, fuera del ducado, permitiendo que el Parlamento, agradecido, le pagara por ello mucho dinero, y todo el país se regocijó. Pero luego —se sonrió satisfecho, ésa había sido la mejor jugada de su vida— por medio de sus agentes en Viena hizo prosperar a un conde estúpido y dócil, casó a Christl con él y lo nombró gran chambelán de sus bienes. Y así, convertida en su esposa, volvió aquella mujer, ante la ira del engañado Württemberg, mientras que el emperador, entretanto, impotente y desolado, se encogía de hombros: ¿Quién le iba a impedir a un príncipe imperial tener en su corte a la esposa de su primer ministro? Y ¡cómo se había reído Christl, cuando él, con el dinero que su Parlamento autorizó para la separación, le compró los señoríos de Höppfigheim y Gomaringen!

Al final, los ánimos se habían tranquilizado. Todavía aparecía aquí o allá algún pasquín contra la condesa, pero sus relaciones con ella habían llegado a ser, al cabo de los años, un hecho consumado de la política alemana y europea. Los Estados refunfuñaron, pero dieron su conformidad a la concesión de señoríos a la condesa. La duquesa,

amargada y resignada, residía con sencillez en el castillo de Stuttgart, y sus parientes, los envarados margraves, se habían refugiado en un silencio agrio y altivo. Los hechos se seguían considerando escandalosos, pero al cabo de treinta años todo el mundo se había acostumbrado y se había rendido a la evidencia.

Y ahora, de hecho sin ningún motivo, debía librarse de los lazos que le unían a aquella mujer, debían romperse, desaparecer.

¿Iba realmente a suceder esto? Él no había dicho nada. Si no quería, .todavía no había sucedido nada.

El duque permanecía de pie en el camino enlodado, solo y descubierto bajo la lluvia menuda.

¿O acaso sí había un motivo? ¿Lo había? El ruidoso rey de Prusia, le había hecho ciertas observaciones durante su estancia en Ludwigsburg. Debía reconciliarse con la duquesa y dar al ducado y a sí mismo un nuevo heredero, con el fin de no limitar las esperanzas de su dinastía a un solo y único hijo, teniendo en cuenta que los católicos estaban deseando ansiosos la desaparición de los príncipes protestantes suabos. Pero no era eso; no era ésa la verdadera razón. El prusiano podía volverse a sus arenales y a sus bosques de pinos, con su tímida moral insulsa y sus tediosos sermones en los que evocaba incesantemente la muerte. Él, Eberhard Ludwig, a sus cincuenta y cinco años, se sentía aún, gracias a Dios, lleno de savia y de vigor. Y le importaba poco quién hubiera de tomar sobre sus espaldas, después de su muerte, sus numerosas deudas y continuar peleando con la piojosa canalla del Parlamento. ¿Romper con su Christl sólo por eso? ¡Tendría que estar loco!

Apresuró el paso silbando desafinadamente una melodía del último ballet. ¿Qué más había argüido el prusiano? Que la condesa era para el ducado una calamidad mayor que las invasiones de los franceses y las más desastrosas guerras del Imperio. Ella era el origen y la causa de todos los sufrimientos, desgracias y desórdenes de Württemberg. Ella estrujaba y sangraba al país de una manera deplorable y todo el sudor del ducado iba a parar a sus bolsillos. Pero eso ya lo sabía él. ¡Qué demonios! Los Estados le venían todas las semanas con la misma historia y cien libelos le cantaban la misma canción. Si había sequía o caía el granizo ¿también tenía ella la culpa? Los picapleitos y los grandes comerciantes avaros y llorones deberían alegrarse de que sus monedas sin valor se hubieran convertido tan fastuosamente en lujo y esplendor. Ella necesitaba dinero, de acuerdo, mucho dinero, más del que había en todo el Sacro Imperio Romano, y para obtenerlo le halagaba, le suplicaba, le lloriqueaba, le amenazaba, se encolerizaba, se enfadaba, porfiaba, conseguía que se sintiera desolado y desesperado cuando no sabía de dónde sacar más y cada vez más. Pero, ¿qué era mejor? ¿La vida mezquina y miserable de la duquesa, en cuya residencia no se gastaba un céntimo de más, o aquel lujo embriagador de la condesa, en el que se consumían como chispas de colores los castillos, los bosques y los ingresos de la Cámara?

No, con tales argumentos no iban a conseguir hacerle aborrecer a aquella mujer. También él le había dicho cuatro cosas al brandeburgués, y aún le habría replicado más al estilo suabo a aquel palurdo si hubiera podido disponer de un par de miles de soldados más, cosa que sus Estados nunca autorizarían. No, todo esto no le había causado la más mínima impresión, y si el tosco y tacaño prusiano le había puesto en camino de la ruptura, había sido con algo muy distinto, con una sola palabra a la que, seguramente, ni él mismo

había dado importancia. Habían llegado, el rey y él, a la cima de una colina y mientras contemplaban el paisaje blandamente ondulado y las pendientes cubiertas de trigo y de árboles frutales, viñedos y bosques, el rey había dicho como para sí con un suspiro:

—¡Qué hermoso! ¡Qué hermosura! ¡Pensar que es una vieja la que reina sobre todo esto y lo devora como un parásito insaciable!

Eberhard Ludwig no le habría dado mayor importancia a lo de parásito insaciable. Pero ¡una vieja! Aquella palabra había herido directamente el corazón del duque. ¡Él, Eberhard Ludwig, prendado de una vieja! Todas las maldiciones, las amenazas y los insultos habían resbalado sobre él como gotas de agua sobre un cuerpo untado de aceite. Pero aquello, no. ¡Una vieja!

El duque recordaba aún ciertos sucesos pasados. A pesar de los más severos edictos nunca se había dejado de murmurar que aquella mujer le tenía embrujado con artes mágicas. De una de estas historias, sobre todo, se acordaba aún con todo detalle. Una doncella de la condesa, incluso recordaba su nombre todavía, Lampert se llamaba, había ido a contar al capellán de la corte las prácticas impías y monstruosas por medio de las cuales conservaba su ama el amor del duque. El capellán, después de tomar juramento a la doncella, había puesto por escrito su declaración, se lo hizo firmar a la Lampert, lo lacró e hizo depositario de ella a su secretario. El duque se enteró, una comisión investigadora destituyó al capellán de su cargo, hizo azotar a la Lampert y la expulsó del ducado. Pero el conde estaba convencido de que no sólo el pueblo, sino también la comisión investigadora creía aquella obscenidad perversa y repugnante que se recogía en las actas. Por lo que en ellas podía leerse, en Ginebra la condesa había cortado una camisa de la duquesa en pequeños cuadrados, los había empapado en el más fino bismuto preparado con brandy y después de ello los había utilizado como trapos para la limpieza de un modo descarado y obsceno. En Urach se había hecho llevar un ternero recién nacido de una vaca negra, le había cortado la cabeza con sus propias manos, y lo mismo había hecho con tres palomas negras, aunque a un macho cabrío le había cortado los testículos, por no mencionar otras maniobras repugnantes e inmorales. Por semejantes medios, se decía, había conseguido que no pudiera soportar a su esposa, pero que tampoco pudiera vivir sin ella, siendo así que en cuanto se alejaba de su lado le acometían graves sofocos.

¡Qué imbéciles! ¡Cortos de luces y sin sustancia! ¡El delirio y la magia no podían distinguirlos de las maniobras hechiceras, cuando a cualquier hombre sano le estalla la sangre en el corazón y entre los muslos del modo más natural! El duque evocaba los días de Ginebra y volvía a ver a su Christl sonriéndole espléndida, tumbada en el amplio lecho del cuartito azul de la hostería «Cerf d'Or». ¡Bien sabía Dios que no había tenido necesidad de sacrificar terneros ni palomas para provocar su pasión! ¿Pero, ahora? ¿Una vieja?... Él tenía aún manos para acariciar y ojos para ver. Ciertamente la condesa había engordado un poco, y padecía asma, pero sus ojos grises miraban con la misma irresistible dulzura que veinte años atrás. ¿Seguía unido a ella a causa de acciones diabólicas y maquinaciones hechiceras e impías? Sus cabellos conservaban su color nogal, y en su voz repicaban aún todas las campanas del primer día. Cierto es que ahora ocultaba ya con polvos y afeites las pequeñas cicatrices que tanto le habían encantado un día y que la canalla murmuradora atribuía a una enfermedad vergonzosa. Pero no podía decirse que fuera una vieja. En su última entrevista con él se había mostrado melancólica y elegíaca. No se había burlado de él, ni le había hecho el menor reproche, ni siquiera le había pedido dinero. ¿Sospecharía

algo? Pero aunque fuese tan mansa como un cordero, él nunca podría amar a una vieja. A él, a Eberhard Ludwig no le gustaban las viejas. Para eso más valía volver al lado de su agriada duquesa, darle al ducado un segundo heredero y vivir en paz con Dios, con el emperador, con el Imperio y con el Parlamento.

Por supuesto lo había llamado Lux, Eberhard Lux, y fue como un repicar de campanas en sus oídos, como el primer día. Luego se había burlado del Parlamento que quería hacerla expulsar de sus pueblos y señoríos, ¡de los de ella!, a los judíos, a sus judíos, cualquiera de los cuales tenía más seso en el dedo meñique en un día laborable que la población entera del ducado en la cabeza en un día festivo. Y comentando así la grosera y venenosa petición del Parlamento, la condesa se había mostrado de nuevo como la mujer más inteligente y divertida joven o vieja que jamás encontrara en su vida, desde Turquía hasta París y desde Suecia hasta Nápoles. Sí, había obrado acertadamente al no decirle nada definitivo.

Hizo una seña y su carruaje se detuvo ante él. Dio orden de continuar el camino en otra dirección. Ya no quería ir a Stuttgart, ni tampoco a Ludwigsburg, sino a Nesselach, a su pequeño pabellón de caza. Quería estar tranquilo, respirar aire puro. Envío un correo al consejero Schütz. Quería volver a discutir con él reposadamente el asunto.

¿Una vieja?...

De camino aún hacia Nesselach despachó un segundo correo. La nueva y joven bailarina húngara llegada ocho días antes a Ludwigsburg, debía acudir de inmediato al pabellón de caza. ¡Maldita sea! Necesitaba un baño de juventud para borrar toda huella de su visita al prusiano.

El agente de negocios de la corte ducal de Württemberg, Isaak Simon Landauer, había viajado a Rotterdam para solventar determinadas cuestiones de crédito pendientes entre el Palatinado y la Compañía de las Indias Orientales holandesas. En Rotterdam le alcanzó un correo de la condesa reclamando urgentemente su presencia en Wildbad. Por el camino había encontrado a su amigo Josef Süß Oppenheimer, intendente militar del Palatinado y administrador de los bienes del príncipe elector de Colonia. Josef Süß, que acababa de llevar a buen término una serie de importantes negocios, quería tornarse algún descanso en cualquier balneario, y se dejó persuadir fácilmente por Landauer, cuando éste le propuso que le acompañara a Wildbad.

Los dos hombres viajaban en el elegante carruaje de Süß.

—Un carruaje así supone por lo menos doscientos ducados de gasto al año —observó Isaak Landauer con benévolo reproche, ligeramente burlón. Detrás de ellos, pálido, grueso y flemático, iba sentado Nicklas Pfäffle, antiguo escribiente de notario, y actualmente secretario y hombre de confianza de Süß. Lo había conocido en Mannheim, trabajando en el despacho del abogado Lanz, y desde entonces, debido a la gran eficacia que demostraba, lo llevaba consigo en todos los viajes que emprendía, para su personal servicio.

Isaak Landauer vestía, a usanza judía, un amplio caftán, se tocaba con un gorro de paño oscuro y ostentaba largos rizos sobre las sienes y una rala barba de chivo, rojiza y descolorida. Llevaba incluso el distintivo de los judíos, introducido en el ducado un siglo antes, un cuerno de caza con una S en medio, aunque ninguna autoridad hubiera pensado

en exigírselo a un hombre tan influyente y que gozaba de tan gran favor cerca del duque y de la condesa. Isaak era el financiero más hábil de Alemania occidental, relacionado con todos los hombres de negocios, desde los Oppenheimer de Viena, banqueros del emperador, hasta los capitalistas de la Provenza, y desde los ricos negociantes de Levante hasta los capitalistas judíos de Holanda y de las ciudades hanseáticas que financiaban los viajes a ultramar. Recostado sobre los almohadones en una postura desprovista de elegancia, aquel hombre insignificante y desaseado escondía, friolero, sus manos flacas y exangües en las mangas de su caftán. Ligeramente amodorrado por el muelle balanceo del coche y con los ojos entornados, observaba, sonriendo con benévola ironía, a su compañero Josef Süß, arrogante, cuidadosamente afeitado, vestido a la última moda y casi demasiado elegante, que contemplaba, erguido el cuerpo, con mirada despierta e infatigable, todos los detalles del paisaje a través de la fina cortina de lluvia.

Isaak Landauer examinaba con interés benévolo y divertido a su colega, deteniendo sus ojos en la casaca elegantemente cortada de finísimo paño oscuro bordado en plata, en la peluca irreprochablemente rizada y empolvada y en los puños de encaje que, por sí solos, debían de haber costado por lo menos cuarenta florines. Había tenido siempre una cierta debilidad por aquel Süß Oppenheimer, en cuyos grandes ojos redondos e infatigables se leía el espíritu emprendedor y un desenfrenado deseo de vivir. Tal era, pues, la nueva generación. Él, Isaak Landauer, lo había visto todo, las mezquitas guaridas de las juderías, y los fastuosos palacios de los grandes. La estrechez, la suciedad, las persecuciones, las hogueras, las matanzas y la opresión. Y el lujo, la opulencia, la arbitrariedad y la tiranía. Conocía como muy pocos, como sólo tres o cuatro individuos más en todo el Imperio, el mecanismo de la diplomacia, dominaba los menores detalles del aparato de la guerra, la paz y el gobierno. Los infinitos negocios que llenaban su vida le habían aguzado la vista, habituándola a descubrir las relaciones más ocultas, y conocía y consideraba con benévola ironía los lazos sutiles y a veces ridículos que ligaban a los grandes de la tierra y los encadenaban. Sabía que sólo existía una única realidad en este mundo: el dinero. La guerra y la paz, la vida y la muerte, la virtud de las mujeres, el poder del Papa de atar y desatar, la libertad de los Estados, la pureza de la confesión de Augsburgo, los navíos que surcaban los mares, la soberanía de los príncipes, el amor, la piedad, la cobardía, el orgullo, el vicio y la virtud, todo venía del dinero y volvía a él y todo podía expresarse en cifras. Él, Isaak Landauer, lo sabía, se encontraba junto al manantial que dejaba fluir aquel inmenso poder y podía contribuir a dirigir su curso, desecando o fecundando las tierras. Pero consideraba una locura hacer gala de su poder y lo conservaba secreto, y una breve sonrisa, extraña y divertida, era todo lo que delataba su saber y su poderío. Y una cosa más: los rabinos y los sabios de las juderías tenían quizá razón cuando hablaban con precisión de Dios y el Talmud, describiendo hasta el mínimo detalle el Jardín del Paraíso y el Valle de Lágrimas, como si se tratara de cosas reales. Él, por su parte, no tenía mucho tiempo para dedicarlo a semejantes discusiones y se inclinaba más bien a seguir la tendencia de ciertos franceses que trataban aquellas cuestiones con una elegante ironía. Tampoco en la práctica le inquietaban, y comía lo que le apetecía y consideraba el sábado como un día de trabajo. Pero en cuanto al aspecto exterior se aferraba tenazmente a la tradición y su caftán era para él como una segunda piel. Así vestido entraba en los despachos de los príncipes y en el del emperador. Ésta era otra muestra de su poder, más profunda y secreta. Desdeñaba los guantes y las pelucas. Le

necesitaban, y ése era su triunfo, a pesar de su caftán y sus rizos.

Pero ahí estaba Josef Süß Oppenheimer, la nueva generación. Ahí lo tenía, sentado, arrogante y ostentoso, con sus hebillas brillantes en los zapatos y sus puños de encaje, pavoneándose. Esta nueva generación no entendía de sutilezas. No era capaz de comprender el delicado placer de mantener oculto el poder, de poseerlo sin mostrarlo, era incapaz de comprender el delicado placer de paladearlo en silencio. Los dijes costosos, los vestidos de terciopelo, un carruaje elegantísimo con criados en el pescante, y los pequeños signos exteriores de la fortuna significaban más para esta generación que una letra de cambio sobre la ciudad de Frankfurt o sobre los bienes patrimoniales del margrave de Baden, guardada en una buena caja de caudales. Era una generación que carecía de gusto y de refinamiento.

Pero a pesar de todo, Süß le gustaba. Allí sentado, tan ansioso de hacerse un hueco en la vida y extraer de ella el mayor beneficio posible. Había sido él, Isaak Landauer, quien había empujado hacia el agua la barca del joven cuando él mismo no lograba separarla de la orilla, a pesar de todos sus esfuerzos y de la pasión que ponía en ello. Ahora, la barca se mantenía a flote, navegaba ya en plena corriente e Isaak observaba con benévola curiosidad cómo y hasta dónde iría.

Otra silla de postas apareció en sentido contrario. La ocupaban un individuo de aspecto importante y una mujer gruesa, redonda y de expresión estúpida: probablemente se tratara de un matrimonio acomodado dirigiéndose a la celebración de una fiesta familiar. En un momento en que los dos carruajes se detuvieron al cruzarse, y mientras los cocheros se saludaban ruidosamente entre bromas y juramentos, el viajero desconocido se dispuso a entablar conversación con Süß. Pero al ver a Isaak Landauer con sus vestiduras judías se echó hacia atrás con marcado ademán de desprecio y escupió ostentosamente. También la mujer procuró dar a su rostro apacible y simple una expresión severa y despectiva.

–Es el consejero Etterlin de Ravensburg –dijo, con una risita gutural, Isaak Landauer, que conocía a todo el mundo–. Estos señores de Ravensburg no pueden sufrir a los judíos. Desde que se celebró el famoso proceso por infanticidio y se dedicaron a saquear, torturar y quemar a los judíos, nos odian más que todos los demás suabos juntos. De ello hace ya más de trescientos años. Hoy se ponen en práctica otros métodos más humanos y menos complicados para robar a los judíos su dinero. Pero cuando se ha cometido con alguien una injusticia semejante es comprensible que se le siga odiando incluso trescientos años después. ¡Ya se cansarán!

Süß odiaba en aquel momento al viejo. Odiaba sus rizos grasientos, su caftán raído y su risa gutural. Le comprometía con su aspecto de judío tradicional, tan pasado de moda. Por su parte, no comprendía aquella manía senil. Un hombre que tenía dinero a manos llenas, crédito ilimitado, relaciones con todas las cortes y la confianza de todos los príncipes, un hombre ante el cual Süß se sentía como una lagartija ante un cocodrilo, y que, sin embargo, vestía un caftán raído y mugriento, que atraía sobre él el desprecio y la burla, contentándose con acumular dinero y guardarlo en forma de escrituras en sus despachos. ¿Qué significaba el dinero, si no se convertía en prestigio, lujo, casas, caballos, vestidos magníficos y mujeres? ¿No sentía aquel viejo el deseo de escupir a los demás como a él le escupían y devolver los puntapiés? ¿Para qué conquistar el poder, si no se había de mostrar? ¡El proceso de Ravensburg! ¡En esas cosas pasadas de moda,

enmohecidas y enterradas ya, pensaba aquel hombre! Hoy en día, cuando un judío sabía obrar con inteligencia, no tardaba en sentarse a la mesa de los grandes señores. Su primo, el banquero vienés, había podido así vanagloriarse ante el emperador mismo de que si los ejércitos imperiales habían derrotado a los turcos había sido, sobre todo, gracias a él, al judío Oppenheimer. Y la cancillería de guerra imperial y el mariscal de campo, el príncipe Eugen, lo habían confirmado de manera formal, dándole oficialmente las gracias con profusión de firmas y sellos. Bastaba con no dejarse llevar por el necio capricho de andar por el mundo envuelto en un mugriento caftán y ostentando rizos sobre las sienes. Si Isaak lo hubiese hecho así, el consejero Etterlin de Ravensburg lo habría cumplimentado con la más rendida cortesía.

Isaak Landauer seguía sentado en la misma incómoda postura desprovista de elegancia. Adivinaba seguramente los pensamientos de Süß, pero no dijo nada, entornó los escrutadores ojos, murmurando para sí.

Süß tenía realmente la intención de descansar algunos días en Wildbad. Acababa de llevar a buen término dos negocios arriesgados y apasionantes: en primer lugar, la introducción del papel sellado en el Palatinado. La administración le había hecho pagar un arriendo endiabladamente alto, y el pueblo se había defendido como un perro rabioso contra el nuevo impuesto. Pero Süß no se había dejado intimidar. Contra las injurias, las amenazas, las manifestaciones hostiles ante las puertas de sus oficinas, los libelos y los actos de violencia, poseía el sello y la firma del príncipe. No había disminuido en un punto sus exigencias, y había visto recompensada su tenacidad, pues había revendido su contrato con un beneficio de doce mil florines. Pero no por ello se había otorgado reposo, los doce mil florines tenían que seguir trabajando sin interrupción. Decidido, rápido y concentrado –sólo dos días le habían dado para reflexionar– se había lanzado a la emisión de moneda en Hesse-Darmstadt. Un negocio peligroso. Su hermano, el barón converso, que residía en Darmstadt y conocía muy bien el terreno, no se había atrevido a hacerlo, y el mismo Isaak Landauer había meneado dubitativamente la cabeza, sonriendo. Las oficinas de Hacienda de Baden-Durlach, Ansbach, Waldeck, Fulda, Hechingen y Montfort le hacían una competencia encarnizada y acuñaban cuanto podían. Para acuñar monedas peores aún, era preciso poseer una tremenda sangre fría y una desesperada y férrea audacia. Süß las había tenido. Y había sabido también desembarazarse de aquel negocio en el momento preciso y con grandes beneficios. Que se las compusiera ahora su sucesor con las dificultades. El tenía las espaldas cubiertas por un decreto del landgrave; había sido despedido benévolamente de su servicio con gran provecho. Ahora tenía una hermosa casa en Frankfurt y otra en Mannheim, ambas libres de toda carga, y, además, ciertas fincas rústicas, de las que nadie le sospechaba dueño, en las regiones occidentales del Imperio. Capital, relaciones, títulos y crédito. La reputación de poseer un ingenio sutil y mano afortunada. Dios era testigo de que podía, pues, permitirse una vida ociosa y regalona. Quería demostrar al mundo quién era el administrador e intendente militar del Palatinado. El lujo, incluso su ocio, repercutía positivamente en sus negocios, tenía el efecto de una recomendación ante los grandes señores.

De la misma manera que estaba firmemente decidido a disfrutar de su descanso en Wildbad, estaba firmemente convencido de que los principios de Isaak Landauer eran erróneos; su propio método de insinuarse en el trato con los príncipes y los grandes señores y apegarse a ellos era con seguridad el adecuado a los tiempos, el único acertado,

pero habría sido una locura no sacar partido durante el viaje de aquel genio de la generación precedente, de aquel financiero tan buen conocedor de los hombres y de las cosas. Así pues, le preguntó directamente por la condesa, por sus posibilidades, sus esperanzas, sus dificultades y su solvencia desde el punto de vista comercial.

En cuanto se trató de negocios, Isaak Landauer sacudió su modorra y fijó en su compañero de viaje una mirada astuta, despierta y escrutadora. Observaba en los negocios el principio de atenerse en lo posible a la verdad. Precisamente gracias a su franqueza audaz y desconcertante había obtenido grandes beneficios. Sabiendo que Süß no podía soportar a la condesa, pues su sed de dinero le parecía vulgar e indigna de su clase, quiso irritar un poco a su colega, poniendo de relieve la seguridad y las buenas posibilidades del negocio. Hizo un análisis breve, claro y objetivo. La condesa era una mujer inteligente y poseía el sentido de la realidad. Se había hecho pagar cada aumento del amor del duque con tierras y privilegios, y si su amor disminuía, cuando volvía a ella debía pagar con dinero contante y sonante y valiosas joyas. ¿Y qué había puesto ella en el negocio? Una cara bonita, un título poco brillante y una virginidad un poco problemática. Cuando llegó a la corte ni siquiera tenía un guardarropa bien provisto. ¿Y qué había obtenido? Los condados de Würben y de Urach, un brillante matrimonio con Su Excelencia el gran chambelán, presidente del Consejo. La superintendencia de la caja ducal. Dieciocho mil florines de gastos de representación. El tesoro y las joyas de la dinastía. Todos los honores, emolumentos y privilegios de una princesa del Imperio. Un capital en dinero efectivo, y letras sobre Praga, Venecia, Ginebra y Hamburgo. El secretario Pfau le había dicho que tenía en sus arcas trescientos mil florines. Aunque sólo fueran doscientos mil, valía la pena. Los mayorazgos de Freudenthal y Boihingen, los pueblos de Stetten y Höpfigheim y los señoríos de Wilzheim, Brenz, Oggenhausen y Marschalkenzimmern. Una mujer inteligente y muy amable, una mujer que sabía muy bien lo que se hacía. Era digna de ser judía.

–Se dice que ha caído en desgracia –comentó Süß–. Se ha peleado con su hermano y por todas partes se murmura que éste ha aconsejado al duque la ruptura. También el rey de Prusia ha intentado persuadirle. Se ha hecho vieja, maniática e intratable. Y además ha engordado mucho. Al duque no le gustan las mujeres tan gruesas.

–Se defenderá –replicó Isaak Landauer–. Sabe muy bien que el Banco de Inglaterra es más seguro que los juramentos de amor de un duque lascivo. Está asegurada y su valor es superior al de muchos príncipes del Imperio; creedme, Reb Josef Süß.

Süß hizo una mueca. ¿Por qué lo llamaba Reb Josef Süß y no señor intendente, o querido colega? No era agradable tratar con aquel viejo. Le comprometía a uno. Luego prosiguió:

–Si el duque la abandona, poca cosa podrá salvar del naufragio. En el país se la considera peor que la peste y las plagas. Tiene en contra suya el odio de todo el ducado.

–¡El odio del país! –repuso Isaak Landauer divertido, con acento despectivo, meneando la cabeza y acariciándose sonriente la barba de chivo rojiza y descolorida. Y Süß se dio cuenta de que tenía razón–. Todo aquel que se destaca atrae sobre sí el odio del país. Aquel que es distinto a los demás es odiado por todo el país. Pero el odio de un país aumenta el crédito.

Süß, irritado por el tono sereno y superior del otro, repuso encogiéndose de hombros:

—No es más que una ramera ordinaria y avara, y, además, gorda y vieja.

—¡Murmuraciones, Reb Josef Süß! —contestó Isaak Landauer displicente—. ¡Ramera! ¡Sólo es una palabra que sirve de consuelo a las viejas solteronas nobles que envidian a la condesa! Tampoco la reina Esther podía saber al principio que no acabaría siendo sólo la concubina de Asuero. Os lo digo yo, Reb Josef Süß, y podéis creerme: esa mujer vale quinientos mil florines. Es muy hábil y sabe lo que quiere. ¿Acaso no ha admitido a los judíos en sus pueblos y en sus dominios? Y no por sentimentalismo, ciertamente, sino porque es muy astuta y ventea a los que, como ella, lo son, a aquellos con quienes se puede hablar y negociar y naturalmente, siempre se obtiene algún provecho. ¿Quinientos mil florines he dicho? Vale por lo menos setecientos cincuenta mil.

A todo esto, la berlina llegaba a Wildbad y se detuvo a la puerta de la posada de la Estrella. El posadero acudió precipitadamente, descubriéndose, mas cuando vio el caftán de Isaak Landauer exclamó insolentemente:

—Mi casa no es una posada para judíos. —Y se dispuso a retirarse. Pero el pálido secretario se levantó de su asiento y, mientras ayudaba a bajar del coche a sus señores, le advirtió tranquilamente por encima del hombro:

—Son los señores intendentes Oppenheimer y Landauer.

Y el hostelero, después de una profunda reverencia, se apresuró a conducirlos a sus habitaciones.

Josef Süß logró apenas contener un gesto de cólera ante la grosería del hostelero, pero luego avanzó en silencio al lado de Isaak Landauer, el cual comentó sonriendo:

—Ni ante la casaca galoneada de un consejero habría hecho este bergante una reverencia más profunda.

Y sin dejar de sonreír, siguió adelante, peinando con sus dedos la barba rala y descolorida.

La condesa había acompañado al duque hasta su carroza, y en tanto que aquel hombre corpulento subía trabajosamente a ella, se mantuvo erguida junto a la portezuela, con el aplomo de la mujer habituada a la admiración, charlando afablemente, con atractiva ligereza, sonriendo y lanzando coquetas miradas. Mientras volvía a su gabinete azul, subiendo las escaleras, su modo de andar y su porte eran todavía flexibles y elásticos. Pero una vez a solas en él toda su gallardía se vino abajo, dejó caer los hombros, sus brazos y sus manos pendieron, inertes, entreabrió la boca y su rostro se crispó en una mueca temerosa.

¡Todo había terminado! Había maniobrado hábilmente y el duque no se había atrevido a hablar, pero era evidente que había venido con la intención de notificarle la ruptura, y si la palabra decisiva se había ahogado en su garganta, su azorada cortesía fue cien veces peor que sus ocasionales enfados, sus estallidos de cólera o su silencio ofendido.

Agotada y exhausta, se dejó caer en el diván. La violencia que se había impuesto para fingir una actitud afable, ligeramente elegíaca, en tanto que su corazón se agitaba tempestuoso y penetrado de ira, la había dejado extenuada. Sentada en su ancho y bajo lecho estaba aturdida y se sentía terriblemente agotada, paralizada hasta la última fibra. Los afeites que cubrían su rostro se agrietaron, la luminosidad de sus ojos se extinguió tristemente, el suntuoso vestido de terciopelo profusamente bordado pendía en muertos

pliegues en torno a su cuerpo y bajo la artística diadema cuajada de rubíes, una moda impuesta por ella y seguida hasta en el mismo Versalles, sus hermosos cabellos color nogal habían perdido su brillo juvenil.

Así que todo había terminado. ¿Y por qué? El rey de Prusia había seguido insistiendo, el muy canalla, el sinvergüenza, con su palabrería insípida acerca de la obligación y otras memeces. Su hermano lo había incitado, intrigante, maldito, traidor, calculador. Ya no la necesitaba, su posición junto al duque era suficientemente sólida; era más astuto librarse de ella antes de que pudiera arrastrarlo en su caída. Ella era un estorbo para él, le costaba ciertas consideraciones políticas frente a la corte imperial, le costaba dinero, mucho dinero que, sin tener que pasar por ella, podría desviarse con facilidad y en mayor cantidad a sus propias arcas. ¡Cómo le adivinaba el juego! ¡Calculador! ¡Menuda perrería! Pero se lo haría pagar. Todavía estaba allí, todavía estaba viva, el duque no había dicho nada, todavía era ella, ella la que mandaba en el ducado. Pero éstos no podían haber sido los motivos del duque. Había superado muchas otras tormentas. Había tenido como enemigos al emperador, a todo el Imperio, al pueblo, al ducado y al consistorio y había luchado y vencido. ¡Su hermano! ¡El rey de Prusia! ¡Bah! Eso no eran motivos. Y vio cómo se arrastraba hasta ella el verdadero motivo, lo vio rodear baboso sus pensamientos, lo sabía y no lo sabía, se revolvió contra él como el gusano en el anzuelo para convertirlo, de una sensación oscura en un pensamiento consciente. Su mirada buscaba el espejo, y al mismo tiempo lo evitaba. Aquella mujer gruesa se hundió todavía más, indefensa, un montón de carnes flácidas cubiertas de lujosas telas.

En tu frente vive
ensalzada Minerva,
en tus ojos Zeus,
en tu pelo Afrodita.

Así cantaba el poeta de la corte, treinta años atrás. No necesitaba ningún espejo. Sabía el motivo.

Con los ojos cerrados, apretadas las manos contra el corazón e inclinando la cabeza hacia adelante, gimió lastimera:

—¡Aire, aire! —El asma la asfixiaba. Luego, repuesta, se levantó bruscamente, recorrió la casa, dando órdenes contradictorias a diestro y siniestro, abofeteó a su doncella, gritó y envió correos en todas direcciones.

Aún no se consideraba vencida, e iba a demostrarlo. El duque no había dicho nada definitivo. Afortunadamente, ella había sabido impedírselo. Había sabido controlarse. Se había dominado con esfuerzo sobrehumano, pero había logrado su fin. El duque no se había atrevido a pronunciar las palabras definitivas, y aquellos que esperaban la ruptura habrían de contener aún su maligno júbilo y esperar. No estaba vencida, e iba a demostrarlo.

Tenía cerca del duque gente de su absoluta confianza. Eberhard Ludwig estaba todavía en Nesselach, en su pabellón de caza. Eso estaba bien, muy bien. Recibía informes diarios. Todos los días un correo a caballo recorría la distancia entre Nesselach y Wildbad. Conocía hasta el más mínimo detalle de la vida del duque, lo que comía y bebía, y cuándo se acostaba, cazaba o paseaba. La única persona a la que admitía cerca de sí en su retiro era

la bailarina húngara, y sólo durante media hora diaria. Por lo demás no daba audiencia a nadie, ni siquiera a sus ministros. Bien. Probablemente se avergonzaba de no haberse atrevido a pronunciar la palabra definitiva, y no quería hablar más del asunto. Los documentos oficiales se amontonaban sobre su mesa, esperando su firma; las espinosas negociaciones con Baden-Durlach sobre la edificación de la fortaleza de Kehl se hallaban próximas a una solución favorable y el encargado de negocios de la margravina apremiaba, pero el duque permanecía inaccesible. También el convenio con Heilbronn y Esslingen en cuanto a la cuestión del Neckar requería una solución urgente, pero el duque seguía invisible. Muy bien. En cambio, había hecho venir a los caballeros de su Orden de San Huberto y bebía con ellos ostentando a todas horas la insignia de la orden, una placa de oro y esmalte rojo con un águila, un cuerno de caza y la divisa: *Amicitiae virtutisque foedus*. También la bailarina húngara, estúpida jovenzuela de cuerpo perfecto, continuaba en Nesslach. Muy bien. El duque podía beber con sus compañeros de caza y gozar de aquella criatura insignificante. Lo importante era que no tuviese a su lado a ninguno de sus consejeros, a ninguno de sus ministros, a ningún intrigante.

Entretanto, la condesa no se concedía reposo. Sus administradores e intendentes recibieron órdenes rigurosas para exprimir de sus fincas y señoríos hasta el último céntimo. Creó veinte nuevas plazas de funcionarios totalmente superfluas y las hizo vender en venticuatro horas, ingresando en sus arcas el precio de la venta y las fianzas correspondientes. La administración del ducado recibió una cuenta elevadísima de los gastos ocasionados a la condesa por la última visita de Eberhard Ludwig, a pesar de haber suministrado, como siempre en tales ocasiones, la leña, el vino y la fruta. Como un perro hambriento royendo un hueso, la condesa se apresuraba a roer todos los ingresos del ducado, y diariamente enviaba grandes sumas a sus banqueros de Ginebra, Hamburgo y Venecia.

Y el duque permanecía en Nesslach. Se había hecho traer de sus caballerizas sus tres grandes coches de caballos, tirado cada uno por ocho animales, y se complacía en mostrar su pericia en el arte de la equitación. La húngara lanzaba gritos alborozados y los caballeros de la Orden de San Huberto la aplaudían con entusiasmo y sincera admiración.

Por fin, deseado, maldecido y ardientemente esperado, llegó Isaak Landauer a Wildbad. Envuelto en su raído caftán se encontraba en el despacho de la condesa, fastuosamente decorado con frisos de lapislázuli, espejos y angelotes dorados. La condesa se sentó frente a él al otro lado de la mesa cubierta de documentos, cuentas y estadísticas. Él lo examinaba todo, lo comprobaba todo; la condesa le informaba sin ambages; él descubrió aún aquí y allá ciertas lagunas e indicó la manera de apretar mejor las clavijas para lograr mayores beneficios. La condesa, desnudos los brazos perfectos y los hombros deformados ya por el exceso de grasa, le oyó con profunda atención, oponiéndole de cuando en cuando algunas objeciones y tomando notas. Por último, le pidió un préstamo enorme ofreciendo como garantía tres de sus pueblos.

Isaak la miró fijamente, meneó *la* cabeza y exclamó con acento de profundo reproche:

–¿Acaso lo merezco, Excelencia?

–¿Merecer qué?

–Que me consideréis un perfecto estúpido.

–¿Qué quieres decir, judío? –replicó ella enfurecida–. ¿Adónde quieres llegar? Hace dos años me prestaste dinero. ¿Es que soy ahora menos solvente?

El judío contestó cauteloso.

—Veamos. ¿Para qué necesita Vuestra Excelencia el dinero? Para enviarlo al extranjero. ¿Y por qué queréis enviarlo al extranjero? Porque teméis alguna eventualidad adversa. Pues bien, cuando es de temer alguna eventualidad adversa los bienes raíces cesan de ser una garantía. Y no querréis que pierda mi dinero por complaceros.

La condesa desvió la mirada, indefensa; luego le miró a él y sus ojos le dijeron que se trataba de algo más importante que de su dinero, sus ojos le delataron sus angustias, sus esperanzas y sus dudas.

—Eres astuto, judío —dijo tras una breve pausa—. ¿Crees acaso que puedo permitirme aún —se interrumpió— arriesgarme a no hipotecar mis bienes?

Isaak hubiera querido decirle algo amable. Pero ella era una mujer fuerte e inteligente que no necesitaba, que no quería consuelos ni tapujos, e incluso hubiera sido poco honrado ofrecérselos. La miró de arriba abajo, sincerándose con él sin reservas, contempló su rostro distendido, su cuerpo grueso y su mirada interrogante, y no supo responderle más que guardando silencio y encogiéndose de hombros. Entonces, ella se derrumbó. Rompió a sollozar ruidosamente, sin contenerse, como un niño, y prorrumpió luego en groseras injurias contra los ministros, contra su hermano y su sobrino, contra todas aquellas gentes, obra suya, que la dejaban caer sin tenderle una mano, es más, que la empujaban en su caída. ¡Canalla inmunda! Le debían su posición, habían trepado aferrados a ella. Le debían hasta el último céntimo de su fortuna, y el último botón de sus uniformes. Pero, además, tenía con ellos un convenio, redactado y suscrito con toda formalidad, que ella guardaba allí en un cajón de su mesa, por el que se comprometían a auxiliarse mutuamente en toda circunstancia, favorable o adversa. ¡Vil canalla indignos incluso del infierno y del verdugo! ¡Si hasta los desgraciados, los demonios y los sinvergüenzas solían observar fielmente tales convenios con los de su calaña!

El judío contempló en silencio cómo se desahogaba frenética y ruidosamente su cólera hasta que le sobrevino un acceso de tos, se congestionó, jadeó y acabó llorando mansamente, con profundo desconsuelo.

—¡Ay, judío! —se lamentaba—, ¡ay, judío! —quebrantada y aniquilada, deshecho el peinado, corridos los afeites y arrugado y marchito el lujoso vestido.

Isaak Landauer se peinó con los dedos la rala barba, meneando tristemente la cabeza. Después cogió con delicadeza la mano cálida y grande de ella, murmurando para sí, acariciándola.

Los rumores sobre la próxima desgracia de la condesa, que nadie sabía de dónde procedían, se extendieron por todo el país, penetrando hasta sus últimos rincones. Nadie se atrevía a decirlo en voz alta, pero todos hablaban de ello en susurros. El pueblo exhaló disimuladamente un hondo suspiro de alivio, y en muchas localidades se hicieron repicar las campanas y se organizaron ceremonias religiosas en acción de gracias, aunque sin expresar el motivo; se reducía a un ambiguo: por una gracia divina.

Pero pasaba el tiempo y nada cambiaba, al contrario, la opresión se hacía cada vez más dura. Todos los funcionarios fueron depuestos para ser reemplazados por nuevos pretendientes, que ofrecían mayores sumas por sus cargos. La inspección general acosaba a los municipios y a los particulares con denuncias y acusaciones, de las cuales sólo era

posible salvarse a fuerza de dinero; todas las instituciones económicas, incluso los bienes de la Iglesia y las cajas de viudas y huérfanos fueron obligadas a otorgar elevados préstamos, sin garantías ni intereses, a la caja particular de la condesa, cuyos agentes apremiaban con mayor encarnizamiento que nunca.

Y cuando apareció un nuevo decreto ducal penando con severos castigos toda manifestación irrespetuosa contra la condesa, todo el mundo perdió la esperanza de liberación por un momento acariciada.

El comité del Parlamento, el Consejo de los Once, celebraba sesiones cada tres días. Los grandes señores habían sido recibidos en audiencia por el rey de Prusia, sabían de la desavenencia entre la condesa y su hermano, intuían la caída ya cercana de la condesa y querían acelerarla. Deliberaban sobre la posibilidad de dirigir nuevas quejas al emperador y nuevas reclamaciones al duque contra las recientes depredaciones cometidas por la de Gräveniz. Se reunían los once señores: los ocho miembros del Comité, los dos consejeros, el presidente y el primer secretario. Eran muy distintos tomados de uno en uno, desde el grosero y voluminoso Johann Friedrich Jäger, alcalde de Brackenheim, al delicado, elegante y mundano consejero del Consistorio y prelado de Hirsau, Philipp Heinrich Weissensee; pero todos, como un solo hombre, insistiendo en los derechos y privilegios de la comisión. Se armaba un gran alboroto a causa de los libertinos hechizos de la condesa, había que expulsar violentamente del país a aquella desvergonzada, y Johann Friedrich Bellon, alcalde de Weinsberg, declaró, dando puñetazos en la mesa, que si las cosas continuaban así, saldría con sus hijos a la calle y les ordenaría que escupiesen al rostro picado de viruelas de aquella ramera, roída por la sífilis. Las deliberaciones del Consejo rezumaban arrogantes frases: ¿Qué otro país europeo gozaba de tantas libertades? Sólo Württemberg e Inglaterra habían conquistado tan amplias garantías parlamentarias. Y el ambiente del Parlamento se saturaba de orgullo burgués, sudor y democracia. Pero llegado el momento de decidir, sólo se adoptaban tímidas resoluciones, y como Eberhard Ludwig permanecía inaccesible y los consejeros sólo tenían respuestas cortésmente dilatorias, tampoco tales resoluciones llegaban a la práctica y al cabo de tres semanas no eran más que un montón de legajos amarillentos.

También hasta la duquesa Johanna Elisabetha, recluida en su desolado castillo de Stuttgart, llegó el rumor de la próxima desgracia de la condesa. Los señores del Parlamento menudearon sus visitas, el emperador mandó una embajada extraordinaria y el rey de Prusia le hizo una visita particularmente pomposa. Esta ceremoniosa visita del deslucido monarca a la recluida duquesa provocó en los círculos afectos a la condesa todo género de malignas burlas. La duquesa escuchó atentamente a todos y siguió con minucioso cuidado las vacilaciones de Eberhard Ludwig, pero sin hacerse grandes ilusiones, de manera que no sufrió ningún gran desengaño cuando la tan ansiada ruptura pareció demorarse. Hacía treinta años que esperaba, residiendo triste, enmohecida, obstinada, amargada, en aquel desolado palacio en el que el duque apenas había dejado el mobiliario más indispensable. Los embajadores extranjeros acudían a presentarle sus respetos, pero ella sabía que sus visitas significaban tan sólo el cumplimiento de un tedioso deber y que sólo las hacían con gusto cuando se hallaban en malas relaciones con el duque y querían irritarle distinguiéndola. La verdadera vida se desarrollaba en Ludwigsburg, en la ciudad que Eberhard Ludwig había edificado para su rival cuando ella, la duquesa, se había obstinado en permanecer en Stuttgart, a pesar de las humillaciones y amenazas. La

verdadera vida se desarrollaba en Ludwigsburg adonde el duque había trasladado su residencia, adonde había obligado a trasladarse a las instituciones oficiales –las Cámaras, los Ministerios, el Consistorio y el Consejo eclesiástico–contra la voluntad *de* las mismas. Allí había hecho edificar para la mecklemburguesa, para su querida, para aquella indeseable, un magnífico castillo, engalanándolo con los muebles más suntuosos y las más valiosas obras de arte del palacio de Stuttgart.

Johanna Elisabetha recordaba a la mecklemburguesa –ni siquiera en su pensamiento designaba jamás por su nombre a aquella maldita mujer a partir de su primera confrontación con ella. Desde su matrimonio con Eberhard Ludwig, le había amado y honrado, orgullosa de tener por marido a un heroico caudillo y a un hombre galante. Sabiéndose desprovista de belleza suficiente para acapararle, había tolerado sin quejas sus aventuras con las damas de la corte, y cuando tuvo un hijo y una hija y le dijeron que la débil constitución de ambas criaturas era consecuencia de la mala vida que había llevado el duque, tampoco se permitió hacerle el menor reproche. A la llegada de la mecklemburguesa, traída a la corte por su hermano, intrigante alcahuete que se proponía servirse de ella para hacer carrera, Johanna Elisabetha no había comprendido qué atractivo podía hallar Eberhard Ludwig en aquella mujer, pero si la deseaba bien podía ella cerrar los ojos ante aquel nuevo capricho de su marido como tantas otras veces. Además, al principio, el duque no había concedido gran importancia a la aventura, y sólo después de una función de aficionados en la que había actuado con la mecklemburguesa, pareció seriamente enamorado de ella. Johanna Elisabetha la veía ofreciendo a las miradas del duque sus senos desnudos, generosamente revelados por el desvergonzado escote de su coqueto disfraz de Filis. Desde entonces no había habido un solo día en que aquella mala pécora no hubiese tramado algo contra ella. Era indudable que se había apoderado del duque con algún hechizo. Y además, había intentado envenenarla, pues si aquella vez se había sentido tan gravemente enferma después de tomar una taza de chocolate, era porque la mecklemburguesa había hecho verter en ella un tósigo, y sólo debía la vida a la protección del cielo, que la había impulsado a dejar intacta la tarta. Todo el que tuviera ojos para ver había de reconocer que aquella maldita cortesana era una bruja, una envenenadora que recibía al demonio en su lecho. ¿Acaso no había abortado una vez un monstruo peludo, negro y deforme?

Pero ella, la duquesa, había resistido atentados, ofensas y hechizos sin ceder el menor de sus derechos. Su odio había perdido con el tiempo toda su savia, convirtiéndose en una árida espera, estéril, llena de envidia, pedante y enmohecida. En su vasto palacio de Stuttgart, Johanna Elisabetha, amargada, marchita y melancólica, esperaba la caída de su rival, y las noticias que le llegaban perdían en el acto su colorido y se tornaban inconsistentes y grises, como ella.

Por aquellos días fue visto aquí y allá, en distintos lugares de Suabia, el Judío Errante. Aseguraban unos, que había atravesado en coche la ciudad de Tubinga, y otros pretendían haberle visto a pie o en diligencia por la carretera. El funcionario encargado de cobrar el portazgo en la ciudad de Weinsberg, contaba de un extraño viajero, de raro nombre y aspecto singular. Al apremiarle él para que legitimase su personalidad, aquel personaje inquietante le había dirigido una mirada tan penetrante e infernal que el buen funcionario

le había dejado pasar sin más formalidades, y todavía ahora sentía cómo aquella mirada le hendía las carnes. El rumor se extendió con rapidez por todo el país. Los padres advertían a sus hijos que se guardaran del ojo de aquel forastero y en Weil, la ciudad en cuyas inmediaciones había sido visto últimamente, se dieron severas instrucciones a los centinelas que custodiaban sus puertas.

Poco después apareció en las puertas de Hall y declaró, con toda tranquilidad, ser Ahavero, el Judío Errante. Las autoridades, a las que se informó de inmediato, ordenaron que permaneciera provisionalmente en los suburbios, donde pronto se vio rodeado por una multitud temerosa y curiosa. Con su caftán y sus rizos sobre las sienes, parecía uno de tantos buhoneros judíos y se mostró muy comunicativo, hablando con voz gutural, y diciendo cosas, la mayoría de las veces, incomprensibles. A la vista de una cruz se prosternó, clamando y golpeándose el pecho. Por lo demás, vendía baratijas, amuletos y recuerdos que los que le rodeaban se apresuraron a comprar. Al fin, interrogado por las autoridades, resultó ser un impostor y fue condenado a la pena de azotes.

Pero aquellos que habían visto al verdadero declararon que no se parecía en nada a aquel buhonero. No había nada en su aspecto que llamara particularmente la atención; vestía, como otros muchos, una respetable casaca holandesa, de corte ligeramente anticuado, y su aspecto era el de un alto funcionario o el de un burgués acomodado. Sólo su rostro, la atmósfera que le rodeaba y, sobre todo, su mirada, hacían sentir en el acto que aquel hombre era el Judío Errante. Así lo contaban por todos los rincones del país individuos de las más distintas procedencias, coincidiendo en su descripción.

La condesa preguntó a Isaak Landauer cuál era su opinión acerca de aquellos rumores. Pero Isaak eludió la respuesta, alegando no ser ningún Leibniz para poder resolver tan arduas cuestiones. No le gustaba hablar de aquellas cosas, se trataba de un asunto poco claro, y se inclinaba a no darles credibilidad alguna, pero su escepticismo carecía de seguridad. Además, el que se ocupaba de tales historias se atraía fácilmente complicaciones con la policía y las autoridades eclesiásticas. En cambio, la condesa creía a pies juntillas en la magia y en el ocultismo. Siendo niña había tratado mucho, en Güstrow, a la vieja Johanne, una pastora que más tarde fue lapidada por la gente de la región por haber atraído el mal tiempo. Abiertamente muchas veces y a escondidas otras, cuando la vieja la echaba de su lado, había presenciado cómo preparaba brebajes y unguentos, y en lo más íntimo de su ser estaba convencida de que su fortuna y su poderío los debía tan sólo a haberse frotado secretamente el ombligo, el bajo vientre y los muslos, tras la muerte de la vieja, con la sangre del último macho cabrío que ésta había tocado. Le gustaba conversar, llena de excitación, ávida y temerosa, con los alquimistas y los astrólogos, que acudían a la corte de Ludwigsburg, y mientras que en sociedad se las daba de tener un espíritu filosófico y liberal, preparaba en secreto, nerviosa y anhelante, filtros para conservar su juventud y su poder sobre los hombres. A su juicio, los judíos debían sus éxitos inauditos y sus geniales ideas en cuestiones financieras a medios mágicos, no era tan tonta como para no darse cuenta de ello. Habían heredado estos medios de Moisés y de los profetas, y habían crucificado a Jesús porque quería descubrir tales medios a todos los pueblos, despojándolos así de su valor. Y si ahora Isaak Landauer eludía, confuso, sus preguntas y la abandonaba en la necesidad, a ella que le había demostrado una confianza absoluta, era porque temía su competencia, lo cual suponía una falta de justicia para con ella.

Los rumores sobre el Judío Errante habían reforzado su propósito de reconquistar al duque por medio de la magia y apremió tercamente a Isaak Landauer para que la pusiera en relación con el Judío Errante. Y si no estaba dispuesto a hacerlo, y no hacía falta que buscara excusas, era evidente que podía hacerlo con un poco de buena voluntad, por lo menos debía procurarle otro cabalista acreditado en quien ella pudiese confiar.

Isaak Landauer se frotó, ligeramente estremecido, las manos exangües. Se sentía muy incómodo ante la vehemencia y la insistencia de la condesa. ¡Dios!, él era un honrado comerciante y procuraba todo lo que se le pedía: dinero, tierras, títulos nobiliarios, si era necesario un pequeño condado colindante con el Imperio, especias de Ultramar, negros, esclavas morenas y loros parlanchines. Pero, ¿de dónde iba a sacar al Judío Errante o a un cabalista de confianza? Naturalmente, pensó por un momento en presentarle a la condesa un hábil charlatán, pero no le parecía correcto estafar a aquella buena cliente que se fiaba completamente de él. Había sido siempre un negociante honrado y, además, el asunto suponía demasiados riesgos. Los Estados le odiaban ya lo bastante como para tener un gran placer en entregarlo a la justicia y luego, lo que Dios no permitiese, a la hoguera. Así pues, se despidió, sin que la condesa lograra arrancarle más que una vaga promesa hecha a regañadientes, y se marchó malhumorado, cosa poco habitual en él.

Se dirigió a la residencia de Josef Süß Oppenheimer.

Éste había procurado verdaderamente permanecer ocioso, pero carecía del don de poder descansar de esta manera. No podía soportar permanecer inactivo; aquel hombre infatigable se sentía malhumorado y enfermo cuando no podía forjar planes, tratar con personajes importantes, poner en movimiento grandes negocios y vivir en incesante torbellino.

Desde pequeño se había sentido así, no había disfrutado del descanso. Ya de niño había conseguido no tener que quedarse en Frankfurt con su abuelo, el piadoso y silencioso Reb Salomón, recitador en la sinagoga. Sus padres —el padre era director de una compañía de teatro judía— tuvieron que llevárselo en sus *tournées*. Así, con sólo seis años, había llegado a la corte del duque de Wolfenbüttel y había conocido a grandes señores. Al duque le gustaba el padre y mucho más la madre, la hermosa Michaela Süß. Y la condesa estaba loca por el muchacho, guapo, apasionado, precoz y coqueto. ¡Qué distinto era de los niños rubios y apáticos de la corte de Wolfenbüttel! De ahí procedía su ansioso deseo de relacionarse con los grandes señores. Necesitaba cambios, allá adonde fuera debía verse rodeado de multitud de rostros, tenía sed de gentes, un afán desenfrenado de introducir más y más caras en su vida, y no olvidaba ninguna. Consideraba el día perdido si no había visto por lo menos a cuatro nuevas personas, estaba orgulloso de conocer personalmente a un tercio de todos los grandes señores alemanes y a la mitad de las grandes damas.

Apenas se le podía retener en la escuela de Heidelberg. Tres veces en cuatro años se escapó siguiendo a los actores. Y cuando el padre murió, ni los ruegos, ni las lágrimas, ni las amenazas ni las imprecaciones de la madre pudieron doblegarle. Aquel hermoso joven, mimado por toda la ciudad, precoz, admirado como un niño prodigio en el arte del cálculo, orgulloso de su aspecto principesco, hizo las más magníficas locuras. Los vecinos judíos se llevaban las manos a la cabeza; los cristianos se reían divertidos y con satisfacción; su madre, a pesar de sus súplicas, lloros y regañinas, se sentía dividida entre el orgullo y la indignación. Tampoco en Tubinga, donde tenía que estudiar Leyes, podía

permanecer en las salas de justicia. Las matemáticas y las lenguas eran para él un juego de niños, los sofismas de la jurisprudencia que los profesores relacionaban unos con otros en tediosas teorías, los conocía al dedillo. Para él era mucho más importante relacionarse con los estudiantes de la nobleza, y con sólo que le dejaran ser durante una hora un caballero y un compañero, se convertía gustoso durante el resto de la semana en su servidor y su bufón. Cada vez estaba más convencido de que ésa era su profesión: tratar con los grandes señores y frecuentar su compañía, trepar por ellos como la hiedra. Nadie como él sabía intuir los humores y deseos de los príncipes, permanecer callado en el momento adecuado, dejar caer en el momento oportuno la semilla de sus aspiraciones, como la araña de la fruta deja caer su simiente en la fruta que está madurando. ¿Y quién podía como él deslizarse en las habitaciones de las mujeres, y con mano segura y suave doblegar sus remilgos? Era como un fuego en su interior: más países, más gentes, más mujeres, más lujo, más dinero, más rostros. Movimiento, acción, torbellino. No pudo aguantar mucho tiempo en Viena, donde vivía su hermana, satisfactoriamente casada, deslumbrante y despilfarradora; ni en las oficinas de su primo Oppenheimer, el banquero del emperador y proveedor del ejército; ni en el despacho del abogado Lanz, en Mannheim; ni en el despacho de su hermano, intendente del gobierno de Darmstadt, que ahora, convertido al cristianismo, se llamaba barón Tauffenberger. Se sentía arrastrado, ambicionaba más. Nuevas mujeres, nuevos negocios, nuevos lujos, nuevas costumbres. Amsterdam, París, Venecia, Praga. Agitación, vida.

Pero en todo se sentía como flotando en aguas poco profundas, divididas, y no veía la manera de alcanzar de una vez un caudaloso río. Sólo con la ayuda de Isaak Landauer consiguió meterse en negocios importantes como el asunto del papel timbrado del Palatinado y el acuerdo monetario de Darmstadt; y fueron la pericia y el valor con que había emprendido estos arriesgados asuntos y había sabido librarse de ellos en el momento oportuno, los que le dieron renombre. Habría tenido buenos motivos para cruzarse de brazos ahora en Wildbad, y darse un respiro.

Pero no era capaz de ello; la ociosidad le desazonaba y sólo para dar rienda suelta a su energía emprendía cien pequeños amoríos, proyectos y negocios. Su secretario, Nicklas Pfäffle, al que había sacado del despacho de Lanz, un hombre grueso, tranquilo, impenetrable, diligente y pálido, no paraba un momento en todo el día, para procurarle noticias e informarle sobre las señas, las ocupaciones y la vida y milagros de los huéspedes del balneario.

Süss, por su aspecto, parecía más joven de lo que era y estaba orgulloso de que, por lo general, le atribuyeran tan sólo treinta años, casi diez menos de los que tenía. Necesitaba sentir a sus espaldas las miradas de las mujeres, cuando paseaba a caballo por las avenidas del balneario. Cuidaba con mil esencias la blancura mate de su cutis perfecto, heredado de su madre, y le gustaba que le dijeran que su nariz tenía un perfil griego. Hacía que un peluquero ondulase todos los días sus abundantes cabellos oscuros, para que la peluca no los ajase demasiado, y muchas veces prescindía de ella aunque esto no fuera propio de un caballero de su posición. Cuidaba de no deformar su boca, de labios carnosos y rojos, riendo demasiado, y escudriñaba con ansiedad en el espejo la serena tersura de su frente despejada, que era para él un signo de aristocracia. Sabía que llamaba la atención, necesitaba constantemente confirmar el efecto que producía en los demás, y a una mujer a la que había despedido después de una noche, la recordó siempre con cariño

porque había dicho de sus ojos oscuros, llameantes y rápidos bajo las arqueadas cejas, que eran unos ojos que volaban.

De la misma manera que, siguiendo los imperativos de la moda y su propio placer, exigía nuevos manjares, nuevos vinos y nuevas vajillas y cristalerías para su mesa, requería nuevas mujeres para su lecho. Su memoria, museo extraordinario que todo lo conservaba con absoluta fidelidad, retenía los rostros, los cuerpos, los perfumes y las actitudes, pero ninguna mujer dejaba en él huella más profunda. Sólo una había logrado penetrar más allá de sus sentidos. El año que había pasado con ella, aquel año en Holanda, destacaba solitario y singular en el curso de su existencia. Pero Süß había echado doble llave a aquel recuerdo y jamás lo evocaba. Su pensamiento eludía aquel año y aquel pasado, y sólo muy de tarde en tarde se detenía en él con escalofriante extrañeza.

Se había dejado convencer tan fácilmente por Isaak Landauer para ir a Wildbad, porque, desde hacía un par de años, seguir las curas en ese lugar se había convertido en una costumbre de todo aquel que quisiera ser considerado un caballero en la Alemania occidental. Incluso desde Francia llegaban huéspedes; aquí podían verse los vehículos más de moda, se escuchaban las más elegantes conversaciones, se podían limar, con el roce con Versalles, los cantos y las asperezas que la también moderna corte alemana no sabía evitar del todo. Aquí se reunía el gran mundo, aquí era donde podían percibirse con mayor claridad las ligeras oscilaciones que sufrían la estimación de los individuos y las clases enteras, quién ascendía y quién se deslizaba hacia abajo, el ejemplo viviente era cien veces más instructivo que el *Mercure galant*. Era el único lugar de Alemania donde podía comprobarse con seguridad qué articulación del pie había preferido el caballero *à la mode* al elegir a su dama, para no ser considerado anticuado.

Sin negocio alguno importante que atender, Süß se entregó de lleno a este juego, complaciéndose en mil naderías galantes y pasajeras. Desocupado y ansioso de acción, absorbía la vida de los demás. Conversaba con el hostelero y le daba consejos para aumentar sus beneficios; dormía con una de las camareras, joven y bonita; ganaba cuatrocientos florines procurando nuevas mesas de faraón, más elegantes, al propietario de la casa de juego; era el visitante mejor acogido en las recepciones matinales de la princesa de Kurland; arreglaba el comercio amoroso de la servidumbre del balneario; hacía traer de los invernaderos de Ludwigsburg, gracias a la habilidad de Nicklas Pfäffle, flores de azahar para la hija del embajador de los Estados Generales, y cuando ella tornaba los baños mientras conversaba con sus adoradores, lo autorizaba a sentarse en la tapa que cerraba la bañera y dejaba ver tan sólo su linda cabeza, no siendo ésta, según se murmuraba, la única libertad que le permitía. Contrató ventajosamente con un joyero de Amsterdam la talla de un lote de piedras preciosas y mostró tan sereno ingenio en una disputa con un cierto conde de Tratzberg, un bávaro tosco e insolente, poniéndolo en entredicho, que el noble señor tuvo que salir de Wildbad al día siguiente. Logró que la administración del balneario otorgase al jardinero un crédito para la ampliación del parque y ganó en el asunto ciento diez florines. En la mesa de juego, una noche que todos los señores alemanes se retiraron asustados, sólo él se atrevió a seguir jugando contra el joven lord Suffolk y perdió, sonriendo cortésmente, cuatro mil florines. Pero abofeteó a un comerciante que intentó sisarle veinte céntimos en la venta de unas ligas. Hacía diariamente antesala en la residencia del ministro de Sajonia –la corte sajona gestionaba un empréstito– y se inclinaba reverente cuando el ministro pasaba tieso y altanero, sin

siquiera dignarse saludarle. Y mientras tanto, envidiaba ardientemente a Isaak Landauer, que entre las burlas de los chicos de la calle, las maldiciones del pueblo y el desprecio de los grandes, iba a casa de la condesa, hacía cuentas, manejaba dinero y tierras, redimía a unos y cargaba de cadenas a otros.

En tal estado de ánimo le halló Isaak Landauer, el cual inició la conversación hablando precavidamente de las extrañas fantasías que Dios, alabado sea por siempre su nombre, inspiraba, como castigo, a los cristianos. El anciano concejal de Heilbronn tenía que tener siempre a su alrededor a sus siete perritos, todos exactamente del mismo tamaño; la señorita von Zwanziger había hecho *el voto* de no pronunciar una sola palabra los viernes, y el señor von Hohenegg se enorgullecía de asistir de cerca a todos los entierros nobles, y para tal fin no eludía ninguna fatiga. Después, con sutil prudencia, encaminó el diálogo hacia los rumores relativos al Judío Errante y terminó por apuntar que la condesa tenía el singular capricho de trabar conocimiento con el propio Ahasverus o, por lo menos, con un mago o astrólogo, prefiriendo un cabalista en cuyo saber pudiera confiar. Luego calló y esperó.

Süss había advertido en el acto que el otro quería algo de él. Pero la alusión al Judío Errante le desorientó. Rozaba algo totalmente ajeno a los negocios y que no podía traducirse en cifras. Rozaba el misterio. También hasta él habían llegado aquellos rumores, pero su innata facultad para alejar de sí todo aquello que podía turbar su seguridad, le había permitido acallar fácilmente los presentimientos e inquietudes que habían hecho surgir en su ánimo. No había que tocar el misterio. Mas ahora que Isaak Landauer penetraba en la zona prohibida, aquella turbia inquietud invadió de nuevo a Süss, sin que pudiera defenderse de ella. Veía acercarse a él, como una ola lejana, la proposición de Isaak Landauer, la temía y deseaba que pasara de largo, y cuando Isaak Landauer calló, también él guardó silencio, atormentado por una ansiosa expectación.

Pero ya el otro continuaba. Tanteando prudentemente el terreno y disimulando con un tono indiferente su agudo interés, arriesgó:

–He pensado, Reb Süss, que acaso el Rabí Gabriel...

Ya estaba. Ahí era adonde quería llegar aquel hombre astuto y seguro de sí mismo sentado ante él meneando la cabeza, fríamente calculador, a aquello que Süss se había negado a sospechar siquiera, sacudiéndolo lejos de sí. Y ahora se veía obligado a enfrentarse a aquello.

–Quiero decir –arriesgó aún el otro, el tentador, el hombre envidiado– que ese Judío Errante, del que tanto se habla, no puede ser sino él.

Sí, claro, también Süss lo había sospechado al tener conocimiento de aquellos rumores. Pero era precisamente contra tal sospecha contra lo que había intentado defenderse, expulsándola de su pensamiento, para evitar que llegara a convertirse en certeza. El Rabí Gabriel, su tío, el desasosegador cabalista, envuelto para todos en extrañas e inquietantes nieblas, la única persona que le desconcertaba, que con su sola presencia decoloraba su imagen del mundo, alteraba su realidad y trastornaba sus cálculos, debía permanecer lejos de él. No, no era prudente mezclarle en los negocios. Rozaría el misterio y haría surgir la confusión y la perplejidad, y muchas cosas que escapaban a todo cálculo y a toda previsión. No, no, los negocios eran una cosa tangible y aquello otro quedaba más allá, aislado y distante, y así debía ser y seguir siendo.

–Naturalmente, no pretendo imponeros una molestia gratuita, Reb Josef Süss –

prosiguió el otro cauteloso—. Os haría partícipe de los negocios con la condesa.

Josef Süß puso en movimiento todos sus engranajes de cálculo. Se sentía fuertemente tentado. Realizó en pocos momentos una intensa labor mental, rápida, enérgica y precisa. Analizó las ventajas de la proposición y las contó, las pesó y estimó su valor. La posibilidad de entrar en relación con la condesa significaba más que la seguridad de un elevado beneficio en dinero contante y sonante. Asociado a aquel negocio podría aproximarse al duque, y de él al príncipe Eugen no había ya más que un paso. Vio abiertas ante él cien posibilidades y, muy cerca ya, algo que segundos antes apenas vislumbraba.

Pero no era posible. Por un negocio podía hacerse todo: sacrificar amores, alegrías o incluso la vida. Pero no aquello. Mezclar al Rabí Gabriel en un trato, comerciar con su persona, no. Süß no creía en nada, no creía en el mal ni en el bien. Pero aquello suponía lanzarse a cosas que burlaban todo cálculo, precipitarse en un torbellino en el que el valor había de resultar tan sin sentido como inútil el arte de la natación.

Suspiró contrariado. En un vago ademán de defensa se encogió de hombros, escalofriado. De pronto le había parecido como si alguien estuviera mirándole fijamente por detrás, alguien con su mismo rostro, pero envuelto en una turbia penumbra nebulosa.

—No tendréis que pedirle nada, ni hacerle proposición alguna —siguió insinuando Isaak Landauer cautelosamente—. Todo lo que deseo es que le hagáis venir a Wildbad. Bastará con que enviéis en su busca a Pfäßle, vuestro secretario, que no tardará en dar con él. Os asociaría en buenas condiciones a mis negocios con la condesa.

Süß salió de su asombro y volvió a ser dueño de sí. Las cosas recobraron su color, sus contornos y su claridad y tornaron a hacerse tangibles. El rostro nebuloso que le espiaba a su espalda se desvaneció por completo. Realmente, sus escrúpulos eran absurdos. No era ya un adolescente impresionable e ingenuo. Tiempo atrás, cuando en la corte del Palatinado le habían propuesto recibir el bautismo, los motivos que le habían impulsado a rehusar eran perfectamente explicables. Como su hermano, hubiera podido lograr, de un modo tan sencillo, fortuna, posición social y un título de barón. Y no lo había hecho entonces ni lo haría ahora, ni nunca, por ningún negocio del mundo. Pero lo que de él solicitaba el astuto, sagaz y taimado Isaak Landauer no tenía, verdaderamente, importancia alguna. Nadie le exigía que traficase con la persona del Rabí Gabriel, inquietante, amenazadora y siniestra. Su galopante imaginación, desbocada, había turbado una vez más su inteligencia. Lo único que se le pedía era que invitara al anciano Rabí a acudir a Wildbad. Nada más. Y a cambio recibiría una asociación con la condesa, el duque y el príncipe Eugen. Sería un estúpido si no aprovechaba la ocasión, tan sólo porque la gestión que debía hacer le parecía un poco... tardó en encontrar la palabra justa... un poco embarazosa.

Vacilante aún, con frases entrecortadas, dijo que, después de todo, no veía inconveniente alguno en enviar a buscar al Rabí.

Isaak Landauer se apresuró a cogerle la palabra. Pero entonces Süß exigió en los negocios con la condesa una participación que el otro no podía aceptar. Minuciosamente, poniendo en juego toda su estrategia, discutieron los detalles de su convenio. Sólo paso a paso, en tenaz combate, fue Süß cediendo terreno.

Cuando al fin se pusieron de acuerdo, Süß no pensaba ya más que en aquel negocio y sólo para él vivía y alentaba. Volvió a relegar al olvido al Rabí Gabriel tan pronto como hubo enviado al criado.

Nicklas Pfäffle viajaba en carruaje. Aquel hombre pálido, grueso y silencioso no llamaba la atención en ningún lugar. Tranquilo, aburrido, de aspecto algo cansado, escondía su diligencia tras la melancólica flema de su cara carnosa y exangüe. Una vez que recibía un encargo, se dedicaba a él, impasible, con firme tenacidad.

El rastro del desconocido lo llevó por Suabia, de acá para allá, sin un objetivo reconocible, al azar. De pronto desaparecía y volvía a aparecer en Suiza. Perseverante y sin inmutarse, el criado pálido y grueso seguía escrupulosamente cada cambio en la dirección.

El desconocido había emprendido un extraño peregrinaje, muy distinto al común de los viajes. Raramente elegía el camino más directo; en general se adentraba por caminos secundarios, y cuanto más abruptos eran éstos, más de su agrado parecían ser. ¿Qué es lo que podía buscar en un desierto de piedra y hielo, castigado por la ira de Dios?

Los pocos campesinos, cazadores y leñadores de esos lugares estaban embrutecidos, eran parcos en palabras. Si el forastero trepaba más arriba de donde se encontraban sus pastos, le dirigían una mirada, pero lenta e indiferente, como la de su ganado, y dejaban de observarle también despacio y con indiferencia cuando se alejaba. El desconocido se conducía de un modo que no llamaba la atención, vestía pesadas ropas, de un color indefinido, bastante anticuadas, que podían haber estado de moda en Holanda veinte años atrás. No muy alto, ancho, algo grueso, la espalda ligeramente encorvada, andaba con paso cansado y trepaba. En estas montañas a las que nunca llegaba ningún forastero, le resultó muy fácil a Nicklas Pfäffle seguirle la pista. En las llanuras llenas de gente' había sido más difícil seguir a aquel hombre que no llamaba la atención. Era algo extraño, difícilmente explicable lo que permitía seguir su rastro, a pesar de la falta de señas externas destacadas. La gente no encontraba las palabras adecuadas, no podían describirlo, y sin embargo, era único e inconfundible y siempre que se hablaba de aquel hombre era en el mismo tono temeroso. Los lugares por los que iba pasando quedaban marcados por el efecto que en las gentes producía; quien lo veía respiraba pesadamente, las risas se interrumpían en su presencia, que resultaba agobiante y sofocante como una rueda de molino.

Nicklas Pfäffle, pálido, grueso e impasible, no se preguntaba la causa. Le bastaba poder seguir aquel rastro.

A gran altura se alzaban tres granjas y una capillita de madera. Un poco más arriba pacía el ganado. Y en lo alto sólo había nieve y rocas.

El desconocido trepaba por el borde del barranco, en cuyo fondo corría, angosto y rumoroso, un arroyo. Se veía claramente su curso hasta el punto en el que nacía entre peñascos, al pie de un ventisquero. Al otro lado crecían desperdigados unos cuantos árboles, débiles, ahogados pronto por la roca. Cimas cubiertas de nieve, que al ser herida por el sol cegaba con su deslumbrante blancura, trazaban una caprichosa línea quebrada en el intenso azul del cielo cerrando con un rígido arco inmutable el alto valle. El desconocido trepaba con paso precavido y prudente, no muy ágil, pero firme y regular. Cruzaba los arroyos, las tierras heladas y resbaladizas. Finalmente se detuvo en un saliente, ante el cual se abría el amplio arco de murallas de hielo. A sus pies, un glaciar

extendía su vasta superficie desnuda y agrietada, otro desembocaba en uno de sus lados y todo terminaba en la roca desolada y desprovista de vegetación. Aquí y allá se alzaban peñas enormes de perfiles quebrados y enigmáticos y sobre todo ello resplandecía, irónica, soleada e inaccesible, la noble curva suave de las cimas nevadas.

El desconocido se agachó. Apoyó sobre su mano el rostro carnoso, rasurado y pálido, dejando vagar la mirada. Por encima de su nariz pequeña y roma se abrían desmesurados, en el rostro achatado y lleno, sus ojos, gris oscuro, penetrados de una sombría tristeza angustiada y sin esperanza. La frente, ancha y no muy alta, descansaba sobre las pobladas cejas. Permanecía sentado en el suelo, con el codo apoyado en una pierna, y la mejilla en la mano, en cuclillas, mirando.

¿Era aquí donde encontraría lo que andaba buscando? Todas las cosas confluían, las del mundo superior en las del mundo inferior. Cada rostro humano debía tener su correspondencia en un pedazo de tierra. Buscó una parte del mundo desde la que lo contemplara un rostro humano, grande, sin secretos, lleno de significado, el rostro de aquel hombre al que se sentía estrechamente ligado. Buscó la corriente que los ligaba, a aquél y a sí mismo, con las estrellas, la palabra y la eternidad.

Se agachó más, recitó para sí con voz grave y quebrada, murmurando, casi cantando, versos de la misteriosa revelación. La piel, la carne, los huesos, las venas no son más que un vestido, un envoltorio, y no el hombre mismo. Pero los secretos de la más elevada sabiduría se encuentran en el orden del cuerpo humano: la piel que se corresponde con el cielo, ambos se extienden por encima de todo y lo cubren como una vestidura; la carne que equivale a la sustancia de la tierra; los huesos y las venas son el trono de Dios al que canta el profeta, y son los órganos efectivos de Dios. Pero todo esto es sólo un vestido, y así como el hombre es verdaderamente en su interior, así también es el interior del hombre celestial, y todo, en el mundo inferior es como en el mundo superior. Y así como las estrellas y las constelaciones en el firmamento, que envuelve a la Tierra, nos manifiestan lo que está oculto y los más profundos secretos, de la misma manera en la piel de nuestro cuerpo se encuentran líneas y arrugas, signos y señales, que son las estrellas y las constelaciones de nuestro cuerpo, llenas de secretos. Y el sabio puede leerlas y comprenderlas.

¡Acércate y mira! El espíritu cincela el rostro y el sabio lo reconoce. Cuando los espíritus y las almas del mundo superior se constituyen, adquieren forma y una imagen firme, y después se reflejan en el rostro del hombre.

Guardó silencio. No debía pensar más en ello. Esas cosas no quieren ser objeto del pensamiento, sólo se consigue mancillarlas. Debían ser contempladas, o dejarlas en reposo.

¿Era éste el rostro que él buscaba? ¿La desolación, el hielo, los guijarros, el sarcástico brillo azul del otro lado, una pequeña acumulación de agua brotando de la roca trabajosamente? ¿Peñascos formando magníficas líneas oscuras sobre el resquebrajado hielo? ¿Era éste el rostro que él buscaba?

Se replegó todavía más en sí mismo. Reprimió cualquier emoción que lo apartara de aquel a quien buscaba. Tres surcos aparecieron en su frente, claros, profundos, cortos, casi perpendiculares a la nariz, formando la letra sagrada, la *schin*, la primera letra del nombre de Dios, *Schaddai*.

La sombra de una gran nube oscureció el ventisquero, los picos de las montañas que

formaban una línea infinita con su nieve centelleante, brillaban inalcanzables, ligeramente burlones. Un buitre planeó en el brillante azul, formando suaves círculos sobre los pedregosos y caóticos picos del elevado valle.

El hombre, agachado en el saliente, insignificante en el inmenso paisaje, llevó las líneas a su interior: la de la roca, la de la desolación, la del hielo agrietado. El suave brillo burlón, las nubes, el vuelo del pájaro, la fantástica firmeza oscura de los peñascos, los seres humanos más abajo y el ganado pastando, más intuitivos que vistos. Apenas respiraba, miraba conmovido, comprendiendo.

Por fin se levantó trabajosamente, entumecido después de haber pasado tanto tiempo inmóvil, agotado, presa de una tristeza profunda, pero ya serena, y bajó penosamente, medio paralizado aún, al valle.

Abajo, saliendo de la primera de las tres granjas, avanzó a su encuentro un hombre grueso y pálido, un desconocido, que le examinó con mirada escrutadora e impasible y se dispuso a hablarle tendiéndole una carta. Pero el Rabí Gabriel se le adelantó:

—De Josef Süß —dijo, con tan fría naturalidad como si le hubieran anunciado ya la llegada del mensajero y el contenido de su mensaje y se limitase a comprobarlo.

Nicklas, sin asombrarse de que el viajero le conociera, se inclinó en silencio.

—Iré —dijo el Rabí Gabriel.

La condesa, después de diez días de furiosa actividad, había caído en una silenciosa espera. Entumecida por la tristeza, se pasaba los días en su gabinete de oro y lapislázu, gorda, relajadas las enérgicas facciones y caídos los brazos. Distraída y distante, ella que de ordinario lo dirigía todo y vigilaba los menores detalles, dejaba ahora, indiferente, que sus doncellas la masajearan, la arreglaran y vistieran con galas suntuosas. Por las noches hacía venir a Kaspara Becherin, de la que se decía era bruja y curandera; pero la mísera mujer, intimidada y deslumbrada por el lujo de aquellas estancias, no conseguía sino balbucear absurdas simplezas. Y el mago y cabalista prometido por Isaak Landauer no llegaba nunca.

Los mensajeros procedentes del pabellón de caza de Nesslach siguieron trayendo, aún durante algún tiempo, las mismas noticias. El duque cazaba, ofrecía banquetes a los caballeros de la Orden de San Huberto y gozaba de su húngara. Luego, de pronto, comenzaron a llegar los despachos que anunciaban un cambio sorprendente. El consejero, Schütz, complaciente e infatigable, había conseguido llegar hasta el duque. Al día siguiente se presentó en Nesslach, Weissensee, el elegante prelado, el mundano diplomático del Consejo de los Once. El duque había tenido con Schütz una conferencia de dos horas, después de la cual había mandado a la bailarina húngara de regreso a Ludwigsburg, y aquella misma tarde había recibido al prelado Osiander, enérgico y pendenciero, y el más ardiente partidario de la duquesa.

Ante esta última noticia, la condesa no pudo ya contener su ira. ¡Osiander al lado del duque! ¡Osiander! La cólera la ahogaba. Cuando había exigido que se la incluyera en las oraciones públicas de la Iglesia, aquel grosero bribón se había permitido decir que ya lo estaba: «¡Líbranos del mal!», y toda Alemania se había reído a carcajadas. El duque no se había atrevido a despedir al hombre más popular de Württemberg, pero había dejado de admitirle a su presencia. Y ahora estaba en Nesslach y lanzaba contra ella sus groseras

chanzas campesinas. No. ¡De ningún modo! Esperar más sería una locura. El tener que mantenerse pasivamente a la expectativa estaba acabando con ella. Ni siquiera tuvo paciencia para aguardar a que dispusieran su carroza. Dio órdenes apresuradas. El intendente, el secretario, las doncellas y los lacayos saldrían después en su seguimiento. Por su parte, sin haber comido siquiera, montó a caballo y voló hacia Nesslach acompañada sólo de un lacayo, galopando como un dragón de Satanás.

Encontró al duque entre los caballeros de San Huberto, ejercitándose ruidosamente, con gran pericia, en las artes de la equitación. Azorado y confuso entre los caballeros que habían enmudecido y riéndose disimuladamente se inclinaban reverentes ante la condesa, Eberhard Ludwig la condujo al castillo, sonrojado, agitando las manos con nerviosismo y resoplando por la carnosa nariz, mientras ordenaba que le prepararan un baño y un refresco a la condesa. ¡Aquella mujer era un demonio! ¡Qué manera de montar! ¡Qué mujer! ¡Un verdadero demonio!

Sin cambiarse de traje, cubierta de polvo y agitada aún por la dura cabalgada, la condesa le obligó a explicarse en el acto. Era preciso no dejarle escapar. Atarle corto. Debía dominar su corazón desbocado con las riendas de la astucia. Tenía que mantener los ojos bien abiertos, para poder romper todos los diques invisibles, debía mantenerse tranquila; el más mínimo error podía estropearlo todo. Tenía que atrapar de nuevo a aquel hombre atónito y perplejo que intentaba resistirse eludiendo la cuestión. Apoderarse de él ahora que estaba sorprendido, sin encontrar salida ni tener a su lado nadie que le ayudase inspirándole medios hábiles y audaces con los que ganar tiempo. ¡Calmaos, nervios míos desatados! ¡Y tú, corazón agitado, sosiégate!

Comenzó a hablar en tono ligero, bebiendo pequeños sorbos de limonada y bromeando sobre la vida sencilla que Eberhard Ludwig llevaba en Nesslach. Se contentaba con poco: los caballeros de San Huberto y una oscura bailarina, diversiones nada costosas. Luego llegaron los suaves reproches. No debería haber recibido a Osiander. Comprendía perfectamente que no quería sino divertirse un poco con las groseras chanzas de aquel viejo patán, pero la gente interpretaría mal su visita. Eberhard Ludwig, en el colmo de la confusión, no sabía cómo evitar el acerado resplandor de aquellos ojos grises y se volvía de un lado para otro, sudando bajo su pesada casaca. ¡Qué mujer, aquella Christl! ¡Vaya manera endiablada de cabalgar! Aparecía corriendo, de repente, obligándolo a salir de su situación indecisa. De pronto la condesa se decidió a preguntar. Aquella historia de su reconciliación con la duquesa, era un rumor absurdo, ¿o no? Y el duque, entre ruidosos carraspeos, afirmó que, naturalmente, se trataba de habladurías, sin fundamento alguno. Cenaron alegremente, bebieron juntos, solos, sin los caballeros de San Huberto. Ni Osiander ni Schütz se hallaban presentes. La condesa llenó la estancia con su alegría despreocupada y ruidosa, envolviendo en ella a Eberhard Ludwig, aliviado y contento. ¡Demonios! ¡Qué cabalgada! ¡Qué mujer! ¡Un verdadero diablo!

Aquella noche la condesa durmió larga y profundamente, sin sueños. Pero cuando despertó, el duque había desaparecido. Se había escabullido disimuladamente al rayar el alba. Frenética, abofeteó al mayordomo, que se encogió de hombros riendo malignamente para sí, montó de nuevo a caballo y se lanzó al galope en persecución del duque. En Ludwigsburg encontró vacío el palacio. El duque no estaba. Eberhard Ludwig había salido para Berlín con la intención de devolver su visita al rey de Prusia. El brillante séquito de rigor se le uniría más allá de la frontera.

Furiosa y desencajada, blandiendo la fusta, atravesó los salones vacíos entre filas de lacayos que se apretaban contra las paredes. Por fin, en la última habitación, ante la mesa de trabajo, entre los bustos de Augusto y Marco Aurelio y frente a su propio retrato, obra de un maestro italiano que la había retratado ostentando las insignias ducales, halló a un individuo tocado con la peluca de los altos dignatarios que se inclinó reverentemente ante ella, con infinita cortesía y una dulcísima sonrisa en los labios. Era Schütz, Andreas Heinrich Schütz, obra suya, al que ella había ennoblecido y hecho nombrar consejero. El diplomático, estrechamente enfundado en su uniforme a la última moda, los zapatos adornados con piedras finas, adorno que sólo hacía tres semanas que había hecho furor en París, inclinó una y otra vez su nariz ganchuda en reiteradas y profundas reverencias, y aseguró en un gangoso francés, sembrado de fórmulas floreadas y cortesés, que un dios había hecho presentir a su Alteza Serenísima la llegada de Su Excelencia; pero que, desgraciadamente, su Alteza Serenísima no había podido esperarla y había confiado a su muy humilde servidor la gratísima misión de almorzar con Su Excelencia y transmitirle después un importante mensaje. La condesa, sofocada y furiosa, le cortó la palabra. Debía dejarse de bufonadas y decirle claramente y sin ambages lo que tuviera que decirle. Si no... Y blandió airada la fusta. Pero el consejero se acuarteló en una imperturbable cortesía. Sentía mucho no poder complacer a su protectora, pero tenía órdenes rigurosas y estrictas.

Por fin, a los postres, y entre mil cumplidos, le transmitió la orden del duque. Debía abandonar la residencia y retirarse a sus tierras. La condesa prorrumpió en sonoras risas. .

—¡Siempre tan bromista este Schütz! ¡Qué bromista! —repetió sin dejar de reír. El viejo diplomático guardó silencio, respetuoso, siguiéndola con la mirada experta y despierta de los que han sabido encumbrarse. Admiraba secretamente la naturalidad de su risa y el arte con el que representaba su papel.

La condesa permaneció en el palacio. No pensaba abandonar Ludwigsburg. Tenía accesos de insensata cólera, maltrataba a la servidumbre y estrellaba contra el suelo valiosas porcelanas. Schütz, encogiéndose de hombros, repetía que su cometido se limitaba a transmitirle la orden de su Alteza Serenísima, y agregaba, con floridas frases, que por su parte se consideraba dichoso de que la condesa se dignase continuar otorgándole el honor de su presencia; pero debía advertirle que se exponía a la cólera del duque y a una terrible desgracia. Almorzaban y cenaban juntos. El viejo intrigante, que conseguía mantenerse a flote bajo cualquier régimen, sentía auténtica simpatía por la condesa por la audacia con que había sabido encumbrarse y admiraba las complicadas maniobras mediante las cuales los judíos de la condesa sacaban del país los tesoros que había acumulado. Aquel sombrío y astuto caballero no habría creído jamás que cortejaría con tanta sinceridad y aplicación a una mujer gorda que había dejado de ser joven. Mantenían durante las comidas amenas conversaciones, ingeniosas y llenas de alusiones, y esperaba, lleno de curiosidad, hasta dónde llevaría ella su rebelión contra las estrictas órdenes de Eberhard Ludwig.

El duque no permaneció mucho tiempo en Berlín. Schütz informó a la condesa de que la duquesa había sido invitada a acudir al palacio de Teinach, donde también estaban convocados varios miembros del Parlamento y los embajadores de Baden-Durlach, del Electorado de Brandeburgo y de Kassel. El duque deseaba reconciliarse con su esposa ante el pueblo y ante el Imperio. Sin decir palabra, la condesa miró largamente al consejero, que la observaba con atenta gravedad. Luego, lanzando un grito ahogado, quiso lanzarse sobre

él, pero cayó desmayada. Schütz la recogió en sus brazos, la tendió en un diván y llamó a sus doncellas. Al anochecer fue a verla y le preguntó cuáles eran sus intenciones. La condesa, serena y altanera, declaró que iría a reunirse con su madre en su castillo de Freudenthal, donde la había instalado cinco años atrás. Schütz le ofreció una escolta temiendo la violencia del populacho. Pero ella, erguida la cabeza y desdeñosos los labios, rehusó secamente.

Al día siguiente abandonó Ludwigsburg en seis carrozas. El consejero la acompañó hasta la rampa de acceso al palacio y se inclinó en una última reverencia cuando el carruaje emprendió la marcha. Tras los altos ventanales del palacio, escondidos entre las cortinas, los lacayos de la casa ducal sonreían burlones. Los habitantes de Ludwigsburg presenciaron mudos el desfile, sin descubrirse al paso de la desterrada ni atreverse tampoco a manifestarse en contra suya. Pero las burlas ruidosas de la chiquillería acompañaron largo tiempo su coche.

Horas antes, habían salido camino de Freudenthal gran número de carros llevando muebles y objetos artísticos. El palacio quedó casi vacío. Hasta el valioso tintero del duque faltaba, y los bustos de Augusto y Marco Aurelio se alzaban solitarios ante el magnífico retrato en el que un maestro italiano había representado a la condesa ostentando las insignias ducales.

Schütz, sonriente, no se lo había impedido.

De las cuatro habitaciones que Süß ocupaba en la posada de la Estrella, en Wildbad, tuvo que ceder dos. El príncipe Karl Alexander de Württemberg, mariscal de campo imperial y gobernador de Belgrado, llegaba antes de lo que había anunciado y las necesitaba. El príncipe detestaba a la condesa. No tenía prejuicios. Solía decir:

–¡Una ramera honrada! ¡Traédmela para acá!, pero una ramera avara es el más abominable aborto del infierno. –Y para él la condesa no era más que una ramera avara. Por lo tanto, no quiso ir a Wildbad mientras supo que estaba allí, para evitar tener que verla, pero cuando se enteró de su inesperada partida decidió abreviar su estancia en Wurzburg y partir al instante camino del balneario.

Los bañistas de Wildbad salieron a presenciar, curiosos, la llegada de la carroza del príncipe. Karl Alexander, el vencedor de Paterwardein, el brazo derecho del príncipe Eugen, mariscal de campo imperial, que gozaba del favor de Viena. Por toda Alemania, pero sobre todo en Suabia, podía verse su retrato, lanzándose al asalto de Belgrado bajo una lluvia de balas turcas que trepaban por la colina con setecientos zapadores. Una imagen impresionante. Era un héroe. Un gran general. ¡Bravo! ¡Viva! Por lo demás, desde el punto de vista político, totalmente irrelevante: un príncipe insignificante de una rama colateral, nada peligroso. Y como persona, galante caballero, camarada amable y hombre excelente. Gozaba de general simpatía. Sobre todo, las damas admiraban en él al vencedor de cien combates, y la hija del embajador de los Estados Generales arrojó a su carroza una ramita de laurel.

Su séquito carecía de toda magnificencia, pues llegó en una amplia berlina, sólida, pero maltratada ya por el mucho uso. El príncipe mismo sí resultaba muy elegante con su rostro franco y alegre, encuadrado por largos cabellos rubios y sedosos —prescindía de la peluca en los viajes—, y su figura arrogante y robusta, realizada por el rico uniforme. En

cambio, su comitiva no podía ser más reducida, pues comprendía tan sólo al cochero, al ordenanza, a un paje y, como único detalle lujoso y singular, un criado de color, una especie de mameluco que el príncipe debía de haber hecho prisionero en alguna de sus campañas, y que ocupaba ahora, solemne, grave y taciturno, el pescante del carruaje.

Cuando el príncipe llegó, Süß e Isaak Landauer estaban delante de la posada entre la multitud de curiosos que aclamaban al héroe nacional. Süß contempló con envidia a aquel hombre gigantesco y distinguido. *Mille tonnerre!* Éste sí que era un verdadero príncipe y un gran señor. Ningún personaje de entre los que podían encontrarse en Wildbad le llegaba a la suela del zapato. También el criado de color le impresionó. En cambio Isaak Landauer tasó desdeñoso y bondadosamente compasivo el carruaje y las libreas de los servidores.

—Es un pobre diablo el señor mariscal de campo. Os aseguro, Reb Josef Süß, que no vale siquiera dos mil escudos.

El príncipe estaba de excelente humor. Llevaba tres años lejos de aquellas regiones occidentales de Alemania y había vivido mucho tiempo entre los pueblos infieles y semisalvajes de Servia, de donde era gobernador, peleando contra la muerte y el diablo. Y ahora, en plena madurez, llegado a los cuarenta y cinco años, respiraba con fruición el ambiente natal.

Después del largo viaje tomó primero un baño, hizo que su ordenanza Neuffer le friccionara con esencias el pie enfermo —un recuerdo de la batalla de Cassano—, y envuelto en una bata, sentado junto a la ventana, charló alegremente con su ayuda de cámara, mientras el mameluco permanecía sentado en el suelo junto a la puerta.

Había tomado parte en valerosas acciones. Soldado desde los doce años, había luchado en Alemania, en Italia, en los Estados Generales, en Hungría y en Servia. Después del príncipe Eugen, al que veneraba de todo corazón, era el primer general del Imperio. Había hecho su aprendizaje de hombre de sociedad en Venecia y en Viena, y su arrogante apostura y su alegre humor, un tanto ruidoso, le atraían las simpatías de las mujeres y de sus compañeros de mesa y de caza. Había logrado todo lo que un pequeño príncipe alemán de una línea colateral podía alcanzar: era amigo íntimo del príncipe Eugen, consejero privado, mariscal de campo imperial, gobernador militar de Belgrado y del reino de Servia, propietario de dos regimientos imperiales y caballero del Toisón de Oro.

En Belgrado vivía en medio de un torbellino de oficiales y mujeres. Se complacía en aquella vida desordenada, en la que sólo intervenían para poner un mínimo de orden imprescindible su ordenanza Neuffer y el mameluco, y que convertía el castillo de Belgrado en un campamento. Debía su título de gobernador de Serbia a su amigo, el príncipe Eugen. Allá abajo, había conseguido afianzarse militarmente de manera tan sólida, que sus métodos eran famosos y se enseñaban en todas las academias militares. Y en lo que se refería a la administración, ¡maldición!, ciertamente, con frecuencia, se dejaba llevar más por sus impulsos que por el entendimiento, pero en aquel lugar amenazado era el hombre adecuado, aunque a veces se equivocara, mucho más valioso que cualquier asno apergaminado del consejo de guerra de la corte de Viena.

Sólo una preocupación, siempre la misma, enturbiaba la alegría de aquel soldado lleno de vida: la escasez de dinero. Su soldada era pobre y las rentas de su patrimonio, ridículas. Y no podía llevar una vida miserable. Vivía como gobernador imperial entre riquísimos barones húngaros y bajaes del sultán cuyos tesoros igualaban a los de la reina

de Saba. Por su parte, no era nada exigente, habría podido vivir perfectamente como el último de sus soldados, comiendo ranchos infectos, que habrían revuelto las tripas a cualquiera, y durmiendo en el barro helado; pero no podía ofrecer a sus camaradas una mesa vacía, vestir con harapos a sus mujeres y llenar sus caballerizas de jamelgos.

La corte de Viena hacía oídos sordos a sus quejas y reclamaciones. Después de todo, si el príncipe se hartaba, no faltaban en los dominios ricos señores que aspiraban al alto puesto de gobernador de Servia y que estaban dispuestos a sufragar de su bolsillo particular los gastos de representación. Los banqueros vieneses le habían proporcionado en ocasiones algunas pequeñas sumas, pero ahora se mostraban más difíciles, insolentes casi.

Sólo encontró un auténtico interés por su situación en Wurzburg, en el príncipe-obispo. Conocía a aquel hombre grueso y divertido desde hacía mucho tiempo, desde sus años mozos en Venecia. Allí había trabado amistad con el que ahora era príncipe-obispo y con Johann Eusebius, ahora príncipe abad de Einsiedeln, en Suiza. Los tres jóvenes caballeros, los tres representantes de pequeñas ramas colaterales de grandes casas, estaban en Venecia para aprender lo que era la vida y la política. La vieja República, desde hacía tiempo en decadencia, como tina ramera que no sabe retirarse, mantenía toda las actitudes de tina gran potencia, tenía embajadores en todas las cortes, la *Signoria* extendía por Europa y por el Nuevo Mundo una red de intrigas, manteniendo penosamente la apariencia de una gran política activa. Precisamente porque todo aquel engranaje se movía sin contenido alguno, su funcionamiento era fantástico y todos los jóvenes nobles de Europa estudiaban en los círculos políticos de la República la rutina de la alta diplomacia.

Una admiración reflexiva por este mecanismo perfecto invadió a los dos jóvenes sacerdotes que se lanzaron a seguir la escuela de los jesuitas poniendo gran celo en sus estudios. Pero el príncipe suabo seguía perdido en la vorágine, riéndose y sin comprender nada; todo aquello que decidía se le escapaba de las manos, así que siguió llevando la vida deslumbrante y vertiginosa de las sociedades, las reuniones privadas, los clubs, los teatros, las salas de juego y los burdeles. Los jóvenes jesuitas se reían cariñosamente de su franqueza ingenua y marcial, lo trataban con sincero afecto, como a un perrazo bonachón y torpe y consideraron una cuestión de honor personal proteger a aquel hombre poco refinado y agradable, conduciéndolo a través de la vorágine de la vida veneciana salvaje y poco fiable. Con una sonrisa indulgente, los jóvenes diplomáticos de la Iglesia contemplaban asombrados tanta inocencia, aquel modo de andar a tontas y a locas, confiado, alegre e ingenuo. ¡O sea que aquello todavía existía! Había todavía gente que iba de un lado para otro haciendo visitas, bailando, jugando y amando en los círculos políticos, y todo ello sin perseguir ningún objetivo, evidentemente sin pensar en hacer carrera. Y sintieron por él un afecto franco aunque ligeramente interesado..

Así que sobre esa base se fundó la amistad del príncipe con los dos jesuitas. Habían llegado a ser prelados, eran temidos y se encontraban en los lugares cruciales de la gran política. Él, el príncipe, se encontraba en la frontera oriental del Imperio, era un valiente y famoso general, se contaba entre los caballeros que escribían la historia alemana y era acogido con una ligera sonrisa benevolente. Él no percibía estas sonrisas, seguía su camino, satisfecho, y siempre adelante, y lo único que le preocupaba era la falta de dinero.

En Wurzburg, durante la comida, también se les había unido el príncipe-abad de Einsiedeln, habló abiertamente con sus dos amigos acerca de sus dificultades. La falta de

dinero, ¡malditos acreedores!, era una eterna calamidad. Habían comido y bebido en abundancia. Los príncipes de la Iglesia se abanicaban, el príncipe se desabrochó el uniforme.

El obispo tenía por norma no dar nunca una respuesta de inmediato. Prometió pensar en su caso.

Los prelados, una vez que el príncipe se hubo retirado, se encontraban en el parque, y contemplaban desde sus asientos la ciudad y los viñedos. Naturalmente iban a ayudar al príncipe. No resultaría difícil. A lo mejor podían ayudarlo a él y al mismo tiempo servir a una buena causa. Se miraron riendo: ambos pensaban en lo mismo. Con frecuencia, en Venecia, en Viena y ahora en Wurzburg, habían celebrado misas católicas delante del príncipe, gozándose de su ingenuo entusiasmo por el esplendor y el incienso. Era un príncipe poco importante de una línea colateral, había demasiadas cosas que se interponían entre él y el trono para poder considerarlo una oportunidad interesante, pero si se conseguía ganar para Roma a un miembro de una de las casas de Württemberg más pertinazmente protestantes, el general de la Orden tendría en cuenta su éxito, sin exagerarlo. Por supuesto que aquel trabajo no podía hacerse de cualquier manera sino con mucho tiento y manejando hilos finísimos. Todo tenía que surgir de un modo que pareciera espontáneo. Aquellos expertos señores se entendían sin necesidad de expresarse claramente. Sería muy fácil, el camino a seguir estaba perfectamente trazado. Primero había que recomendar a Karl Alexander que se dirigiera a los protestantes, tal vez a su sobrino el duque que estaba muy ocupado con la condesa, a los Estados, de corazón mezquino y miserable, en cualquier caso, también se podía influir para tener la certeza de que fuera rechazado. El príncipe-obispo tenía en su corte a un caballero, el consejero Fichtel, especialista en todas las cuestiones suabas, que con toda seguridad podía conseguirlo. Para cuando el príncipe se sintiera atrapado, pobre y lleno de una ingenua amargura causada por la avaricia evangélica, se podría hacer aparecer a una princesa católica, que podría ser la riquísima princesa de Thurn y Taxis de Ratisbona, y la Iglesia acogería al converso con oro, incienso y gloria.

Tranquilamente y gozándose en ello, los dos prelados esbozaron el proyecto con medias palabras, indiferentes. Sentados a la sombra en el parque, sorbiendo unos helados, contemplando la hermosa ciudad y los soleados viñedos.

Así que el príncipe-obispo ayudó a Karl Alexander con una pequeña suma, mientras que éste dirigía al Parlamento de Württemberg, con el objetivo de salir de la miseria durante dos o tres años, una solicitud para que se aumentaran sus rentas o que por lo menos se le entregara un fuerte adelanto sobre las mismas. El escrito había sido formulado por el consejero Fichtel con astucia y prolijidad, de manera que al príncipe le pareció que el éxito estaba garantizado.

Así estaban las cosas cuando llegó a Wildbad con ciertas perspectivas de tener dinero y de excelente humor. Por las ventanas de su habitación podía contemplar la ondulada campiña cubierta de bosques. Gracias al baño y al masaje que había recibido en el pie enfermo se sentía completamente descansado, y después de la suciedad y el abandono de los pueblos servios y húngaros, aquel lugar le parecía doblemente agradable y limpio, y esperaba a que llegaran los buenos tiempos. Mientras sumido en estos agradables pensamientos miraba por la ventana y se hacía afeitar por Neuffer, llegó un paje de la princesa de Kurland con una cortés invitación para el baile de disfraces que daba al día

siguiente. Karl Alexander no tenía disfraz. Neuffer preguntó dónde podría encontrar uno, y el hostelero le sugirió que acaso el intendente de la corte ducal e intendente militar, Josef Süß Oppenheimer, pudiera proporcionárselo. ¿Oppenheimer? El príncipe no abrigaba hostilidad alguna contra los judíos, aunque su ordenanza pusiera mala cara cada vez que recibía a alguno. Sin embargo, Oppenheimer era también el apellido de los banqueros vieneses que tan mal le habían tratado. Pero entretanto el hostelero se había apresurado a recurrir a Süß y regresaba con un traje de campesino húngaro que Neuffer podía adaptar sin dificultad a la talla de su señor. Karl Alexander envió a Süß, por medio de Neuffer, un ducado, que Süß dio al ordenanza como propina. Al enterarse, el príncipe no supo si debía hacer apalear al judío o echarse a reír. Estaba de buen humor y optó por reírse.

En la fiesta toda la curiosidad y la admiración fueron para él. La princesa, disfrazada de rústica tabernera, ofrecía un aspecto más lozano y atractivo de lo que él habría supuesto en una mujer madura y le brindaba su amabilidad y su afecto con mayor claridad de lo que el descaro de su disfraz permitía. Él todavía no había visto una taberna; estas mascaradas sólo hacía medio año que se habían puesto de moda en la corte de Dresde, los trajes campesinos, el esfuerzo que todo el mundo hacía por mostrarse tosco y pueblerino, el ambiente enrarecido de la velada resultaban de su agrado. El respeto de los hombres y la coquetería de las mujeres le envolvían en un grato ambiente perfumado. Se organizó un desfile por parejas, y un profesor de Tubinga, poeta a ratos, disfrazado de afilador ambulante, saludó a cada una de ellas con versos mordaces, cuya audacia provocó risas estrepitosas. Incluso el altanero ministro de Sajonia tuvo que aguantar, con forzada sonrisa, una franca insolencia, y sólo el joven lord Suffolk, que ostentaba un magnífico traje romano, pareció dispuesto a replicar airado; pero lograron calmarle. Al príncipe, que llevaba de pareja a la princesa de Kurland, el poeta le saludó con más seriedad, llamándole, entre el aplauso de los invitados, el Alejandro de Württemberg, el Skanderberg de Suabia y el Aquiles de Alemania.

Karl Alexander observó que se había dedicado un versito a todos los invitados salvo uno, un hombre joven y de buena presencia, que como muchos otros ocultaba su rostro detrás de un antifaz. Llevaba un disfraz de jardinero florentino, y seguramente había hecho su elección de acuerdo con la dama cuyo gigantesco sombrero de paja, engalanado de cintas, hacía juego con su traje, la hija del embajador de los Estados Generales. No parecía extrañado de haber sido excluido del desfile y asistía a él discretamente retirado junto a una ventana. El príncipe preguntó de quién se trataba, y le respondieron con aire despectivo que era un judío de Frankfurt llamado Josef Süß Oppenheimer.

Era, pues, su vecino de hospedaje, el que le había prestado su simpático disfraz, el hombre del ducado. El príncipe había bebido bastante y se encontraba bien dispuesto. ¿Por qué no decir dos palabras a aquel judío que tan discretamente permanecía solo en su rincón? Quizá fuera posible, además, divertirse un poco a su costa. Se dirigió hacia él, seguido por las miradas de la concurrencia.

— ¿Sabes, judío, que he estado a punto de mandarte dar una paliza por haber dado al ordenanza mi ducado?

Süß se quitó el antifaz, se inclinó, miró de abajo arriba al príncipe, con cierta audacia adulatora y repuso:

— No me hubiera encontrado en mala compañía. Creo saber que también el gran visir de Padischah y un mariscal de Francia han recibido buenas palizas de Vuestra Alteza.

El príncipe rió ruidosamente.

— ¡Oíidle! Sabe manejar las palabras como si hubiera aprendido a hacerlo en el mismo Versalles.

La florentina se apresuró a intervenir:

— Y ha estado efectivamente en Versalles, Alteza.

Y Süß, con discreta vanagloria, agregó:

— Sí. Allí conocí al mariscal que recibió los golpes. Habla con gran respeto de Vuestra Alteza. También conozco a otros amigos de Vuestra Alteza, por ejemplo, al noble príncipe de Saboya.

— ¡Ah! —exclamó el príncipe, interesado—. ¿Eres pariente de los Oppenheimer de Viena?

— Muy lejano —respondió el judío—. Y además me son poco simpáticos esos vieneses. No saben guardar a los grandes los respetos debidos. No piensan más que en sus números.

— ¡Me agradas, judío! —terminó el príncipe, dando a Süß un golpecito en el hombro. Luego, le saludó con una leve inclinación de cabeza y se reintegró al círculo de invitados que le rodeaba y sobre cuyas cabezas destacaba erguida la suya.

Karl Alexander bebió, bailó y dirigió a las damas rudas galanterías. Luego se sentó a la mesa de juego comentando pérdidas y ganancias más ruidosamente de lo que se consideraba de buen tono. El joven lord Suffolk llevaba la banca, rígido, ceremonioso, silencioso y con sobrio ademán. Todo el mundo perdía y sólo el príncipe ganaba. Por último se quedó solo contra la banca, excitado y un tanto nublada la cabeza por la bebida. De pronto, en pocas jugadas, perdió cuanto dinero llevaba. Se echó a reír, embarazado y despejada ya la cabeza por la pérdida. Los circunstantes, que seguían interesados la partida, suponían que el inglés le ofrecería seguir jugando bajo su palabra. Pero lord Suffolk, siempre correcto, permanecía mudo frente al acalorado y confuso príncipe, esperando. De pronto, Süß, flexible y diestro, se acercó a Karl Alexander por detrás y le susurró al oído:

— Si Vuestra Alteza se dignara hacerme el honor...

El príncipe aceptó y ganó. Antes de retirarse comunicó al judío que había dado orden a Neuffer de que le admitiese en sus recepciones matinales.

Süß, reverentemente inclinado, henchido el corazón de alegría, besó la mano del príncipe.

Isaak Landauer trabajaba con Süß en los negocios de la condesa. Apreciaba con gran simpatía la energía de aquella mujer y la tenacidad que desplegaba en su lucha contra el duque, y se esforzaba en llevar las negociaciones a buen puerto, contribuyendo a ello con toda su astucia y su pericia. Por medio de una maniobra que despertó máxima admiración en Süß, supo reunir en un gigantesco empréstito a los más encarnizados adversarios de la condesa, logrando así que sus peores enemigos fueran los más interesados en que no se la despojara de sus propiedades. Pero, por mucho que Süß admirase el genio financiero de Landauer, espaciaba lo más posible sus entrevistas con él, pues sentía que el viejo negociante le comprometía a los ojos del príncipe, el cual se burlaba con grandes carcajadas de su mugriento caftán y de sus rizos, preguntando a Süß, de vez en cuando, si

no haría bien en mandar a su amigo a Neuffer para que le peinara la peluca. Landauer, a su vez, meneaba perplejo la cabeza, sonriendo, y decía a su asociado:

—Sabiendo calcular tan bien, Reb Josef Süß, ¿por qué perdéis el tiempo y el dinero con un pobre diablo que no vale siquiera dos mil escudos?

Süß no habría sabido qué responder. Sin duda, veía en el príncipe el prototipo del gran señor. Su naturalidad y aplomo, su arrogancia, acompañada de una afable benevolencia y su noble postura principesca pese a la escasez de sus medios económicos, le impresionaban. Aunque aquello no era razón suficiente. Había habido otros por los que había sentido cierta simpatía o que le habían impresionado, y no por eso había que arriesgar el dinero en un cliente de tan escasas garantías. Lo que le atraía del príncipe era algo distinto, más profundo. Süß no era jugador, pero creía que la suerte era una facultad. Si no se poseía aquella ciencia misteriosa, aquel don de saber en el acto, de un modo infalible e indiscutible, que una empresa determinada, un dado o un hombre traían suerte, era mejor no meterse en negocio alguno, y renunciar a tener éxito en la vida. Y era un presentimiento inequívoco el que le ataba a Karl Alexander. El príncipe era su navío. Un navío que de momento podía parecer en mal estado y poco seguro, haciendo que los financieros hábiles, como Isaak Landauer, torcieran el gesto a su vista. Pero él, Süß, sabía que aquél era su navío y aunque fuera tan poco vistoso, se entregaba confiado a él sin condiciones ni reservas, con todo lo que era y poseía.

Karl Alexander le trataba con mayor familiaridad que todos los grandes personajes conocidos hasta entonces, a pesar de hacerle objeto, según su humor, de brutales burlas. Süß no faltaba ningún día a la recepción matinal. Una vez que Neuffer le dejó pasar a la alcoba del príncipe sin anunciarle, una sorprendida muchacha se escondió rápidamente bajo las sábanas. Pero el mariscal, levantado ya, y a quien el mameluco vertía sobre el cuerpo grandes cubos de agua, dijo riendo que no había que avergonzarse ante aquel circunciso, y poco a poco fue surgiendo sobre la almohada la cabecita de aquella joven camarera con la que también Süß se había acostado.

Süß acogía con gratitud, como valiosos presentes, las muestras de confianza del mariscal y no tomaba en cuenta sus arrebatos. Si el príncipe, después de haberle invitado a almorzar, le hacía saber por Neuffer que aquel día no estaba de humor para aguantar la pestilencia que exhalaban los judíos, no por ello dejaba de visitarle al anochecer con la misma aplicada obsequiosidad sonriente. Nunca le había interesado nadie tanto como Karl Alexander. Estudiaba sus menores gestos con serena atención, sus muestras de confianza le hacían feliz y sus brutalidades le impresionaban. Todo lo que el príncipe hacía y decía ligaba más al judío a su persona.

Entretanto volvió Nicklas Pfäffle comunicándole que el Rabí Gabriel acudiría a su llamada.

La condesa había partido y Süß no necesitaba ya al cabalista para sus asuntos, pues Isaak Landauer lo había puesto en contacto con su cliente asociándolo a sus negocios con ella. Completamente dichoso por el momento, olvidó el motivo que le había impulsado a llamar al Rabí Gabriel, recordando únicamente que en su carta se refería tan sólo al deseo de verle y hablarle. Aquel gesto que le llevaba a acercarse espontáneamente al misterio le hizo sentirse noble y magnánimo y se obligó a sí mismo a olvidar que había hecho llamar a aquel hombre inquietante y siniestro por otros motivos muy distintos.

Pero cuando el Rabí Gabriel estuvo ante él, toda su elegante y firme seguridad

desapareció de pronto, inexplicablemente. Todavía pensó: ¡Qué manera de vestirse tan anticuada!, pero automáticamente y sin convicción, invadido ya por aquella sensación temerosa e inquietante, aquella atmósfera sofocante que el Rabí Gabriel irradiaba infaliblemente en torno a él.

—¿Me has enviado a buscar a causa de la niña? —preguntó con voz estridente y malhumorada.

El otro quiso replicar vivamente y defenderse. Había preparado unas cuantas frases hábiles y bien redondeadas, pero la infinita tristeza desesperada que irradiaban aquellos ojos grises le apretaba la garganta como un nudo corredizo.

—¿O no ha sido a causa de tu hija?

Y aunque la voz sonaba ahora cansada y apagada, estaba llena de una cortante ironía, y Süß, con su elegante apostura y sus ricos vestidos, parecía singularmente empequeñecido e intimidado ante aquel hombre rechoncho e insignificante que tenía el aspecto de un alto funcionario o un buen burgués.

Y sin embargo, ¡con qué seguridad y con cuánta fuerza persuasiva sabía hablar en otras ocasiones! ¡Con qué facilidad brotaban las palabras de sus labios para lanzarse al asalto del adversario, arrojarse sobre él e insinuarse por todas las brechas y todos los puntos débiles! ¿Por qué sus frases eran ahora tan débiles, tan faltas de convicción que apenas lograba terminarlas? Reconoció haber prometido hacerse cargo de su hija. Pero ni para él ni para ella era aquél el momento oportuno. Mil asuntos acaparaban su atención obligándole a ir de un lado a otro sin reposo. Con el Rabí Gabriel, Naemi estaba mucho mejor protegida. Y aunque Süß también se interesara por su educación y su espíritu, el mundo de la política era mucho menos adecuado para la muchacha que aquellas cosas que su tío comprendía mejor que él.

Apresuradamente, sin convicción alguna, desarrolló sus pobres argumentos y calló luego. Veía ante sí los grises ojos sombríos del Rabí Gabriel, su nariz roma en su rostro lleno y exangüe y su frente poderosa, marcada encima de la nariz por tres surcos perpendiculares, profundos y breves, y veía que aquellas arrugas formaban la letra sagrada, la *schin*, la primera letra del nombre de Dios, *Schaddai*.

El Rabí Gabriel no se dignó responder a aquellas objeciones. Fijó lentamente en Süß sus tristes ojos graníticos, que sabían, y calló.

Y durante aquel silencio surgió de pronto, dolorosamente, el misterio oculto, aquel año vivido en una pequeña ciudad de Holanda, aquel período extraño e incomprensible de su vida, que Süß, con secreto orgullo, ocultaba cuidadosamente a sí mismo y al mundo entero, algo perturbador y absolutamente inconveniente. Volvió a ver el rostro pálido e impenetrable de aquella mujer, tan abnegada y al mismo tiempo tan indeciblemente distante, y su cuerpo lleno de conmovedor abandono; la vio muerta, extinguida apenas hubo transmitido su llama a un nuevo ser. Se vio a sí mismo, con su hija recién nacida, invadido por una extraña perplejidad, agobiado y dichoso a la vez. Y vio a su tío, inquietante y siniestro, apareciendo bruscamente, como cosa natural y convenida, y desapareciendo en el acto con la niña, para no dejarse ver ya sino con largos años de intervalo.

—La niña tiene ahora catorce años —dijo por fin el Rabí Gabriel—. Se imagina a su padre tal y como yo se lo he descrito. No es bueno que la realidad esté en desacuerdo con mis palabras. Soy como el profeta Balaam —continuó el cabalista, con sonrisa

malhumorada-. Debería maldecirte cuando le hablo de ti y tengo que colmarte de bendiciones. La traeré, pues, para que te vea.

Süss se estremeció asustado. ¡Su hija! Aquel hombre, sentado allí ante él, le decía con fría indiferencia: «Voy a trastornar tu vida. En medio de tu existencia agitada, llena de esplendor y de mujeres, voy a instalar a una niña, a tu hija Naemi. Voy a desquiciar tu vida, a romper el sello que celaba el misterio, a trastornar tu corazón».

–Todavía estaré aquí algunos días –agregó el cabalista– para observarte de cerca. Más adelante te diré cuándo la traeré, dónde y cómo.

Cuando el Rabí Gabriel se retiró, Süss permaneció confuso y furioso. Nunca, ni siquiera de niño, se había dejado tratar de tal suerte. Ya encontraría la manera de responderle a aquel viejo hechicero, vestido con aquella casaca anticuada y gastada.

Pero en el fondo sabía que la próxima vez permanecería de nuevo mudo e intimidado ante él.

En el castillo de Freudenthal, la condesa se hallaba con su madre, enorme masa de carne que sólo se movía trabajosamente. Tenía un rostro terroso de campesina bajo los cabellos encanecidos, y con mirada dura y rapaz lo vigilaba todo, el castillo y las tierras, maltratando a la servidumbre y a los labriegos, acumulando el dinero con lenta avidez insaciable.

–¡Todo ha terminado, madre, se acabó! –gemía la condesa consumiéndose de ira-. ¡Me ha echado! ¡Me ha expulsado de la corte! Se dedica a besar a aquella estúpida vieja en Stuttgart, ante el mundo entero, y pretende hacerle otro hijo. ¡Me ha echado! ¡Me ha puesto en la calle al cabo de treinta años, como a una ramera que no sirve ya para la cama!

–¡Exprímele, hija mía! –gritaba la vieja apasionadamente con voz ronca-. ¡Házselo pagar caro! Si le costaron mucho dinero sus ardores, que ahora le cueste aún más su frialdad. Exprímele, sácale hasta el último céntimo.

–¡Y Friedrich se lo ha aconsejado! –exclamó la condesa, indignada. Friedrich Wilhelm era su hermano-. ¡Házselo pagar, madre! ¡Ponlo en evidencia! ¡Humíllale! ¡Húndele!

–Le haré venir, le escucharé y le daré su merecido –prometió la vieja, desbordante de grasa, colosal como un ídolo asiático, el rostro terroso y rollizo bajo el cabello encanecido-. Pero eso es lo de menos. Ya he visto que has enviado por delante carros llenos de cosas. Eso está bien, hija mía, pero ahora debes enviarlos, con otros muchos más, al extranjero. Lo que importa es amasar una fortuna, tener grandes posesiones. Tener dinero, tener cosas. Lo demás no significa nada.

La condesa esperaba, atormentándose. Isaak Landauer llegó, le informó del estado de las cosas, le trajo papeles. Todos los asuntos de dinero marchaban bien. La condesa le preguntó por el cabalista. Sí, iba ya camino de Wildbad. Era difícil manejarlo. Su Excelencia debía tener paciencia, dentro de dos o tres semanas lo tendría en Freudenthal.

Apenas se había retirado el anciano cuando llegó la noticia del encuentro de la pareja ducal en Teinach. La ceremonia había sido grandiosa y solemne como una boda. La marchita Elisabeth Charlotte y sus damas, singular colección de espantapájaros, según la condesa, ostentaron nuevos y lujosos vestidos. Se había convocado a los embajadores y a los ministros, y el mismo hermano de la condesa, aquel maldito intrigante de lengua viperina, había pronunciado un discurso en el banquete. También el Consejo del Par-

lamento había sido invitado. La orquesta de palacio tocó:

El enemigo ha sido expulsado.
¡Dad gracias a Dios, ahora
que la desgracia ha terminado!

Y su hermano, ¡su hermano!, se hallaba presente, la cabeza descubierta y en actitud piadosa, y Schütz inclinaba conmovido su nariz ganchuda. Por la noche se representó un ballet: *La vuelta de Ulises*. ¡Cómo se habrían reído los invitados cuando la perversa Circe se había arrojado al cráter del volcán, y con qué enternecimiento se habrían enjugado los ojos las viejas damas de la duquesa viendo a Penélope tejer su tela! Pero tendrían que esperar mucho para verla precipitarse a ella en un volcán. Después de la representación, la pareja ducal se había retirado a su alcoba y el cuarteto italiano había ejecutado tras de la puerta alegres músicas durante la cohabitación. ¡Que te aproveche Lux! ¿Te ha gustado? ¡Hace mucho que no has disfrutado de algo semejante! ¡Ten cuidado de no quedar ensartado en un hueso! Al día siguiente hubo fuegos artificiales, los chisporroteantes cohetes escribieron con fuego en el cielo las iniciales de la duquesa, y el pueblo, con la panza llena de salchichas ducales gratuitas y la vejiga llena de vino ducal gratuito (ahora que ella no estaba el encargado de la bodega debía de haber estafado unos ciento ochenta florines), se sorbió los mocos conmovido y rugió: ¡Viva la duquesa!

Cuando la condesa recibió estas noticias se encerró en su cuarto y escribió una carta que envió en el acto a Stuttgart por medio de un correo. Iba dirigida al ayuda de cámara del duque y contenía un giro de trescientos florines, más la promesa de otros ochocientos si le procuraba unas cuantas gotas de sangre de su señor.

Era una locura, había obrado precipitadamente y, apenas despachado el correo, la condesa lamentaba ya haberlo enviado. Nunca había cometido una imprudencia semejante, y por escrito. Por primera vez no había sabido contener su insensata cólera antes de actuar. La culpa la tenía también Isaak Landauer, y su maldito cabalista que no acababa de llegar.

Cuando el ayuda de cámara de Eberhard Ludwig recibió la carta, hizo detenidamente sus cálculos. Probablemente, antes de la fiesta de Teinach habría complacido la petición de la condesa, pero después de la ceremonia de Teinach ésta no tenía ya la menor posibilidad de recobrar su influencia. Sólo podría sacar de ella los ochocientos florines, quizás algunos cientos más, pero después nada más. Sin embargo el duque quería librarse de la condesa; sin duda se mostraría agradecido de tener un motivo para expulsarla del país. Era evidente de dónde podría obtener más ventajas. El ayuda de cámara acudió con el cuento al presidente del Consejo quien en reconocimiento a su valor le pagó mil florines, y después entregó la carta al duque.

Eberhard Ludwig, grueso y abúlico, permaneció por un momento paralizado de estupor ante algo tan inconcebible. Luego, con un brusco ademán, despidió al criado, respiró ruidosamente, se atragantó y anduvo de un lado a otro, resoplando por la nariz, presa de intensa agitación. Cada gota de su sangre hervía en una ira sorda. Había vivido engañado. Él, el duque, había sido engañado durante treinta años por una vieja hechicera. Los otros, la canalla burguesa, los llorones comerciantes del Parlamento, los secos y sombríos predicadores del Consistorio, el roñoso rey de Prusia y su agriada duquesa

Johanna Elisabetha, la eterna ofendida, tenían razón, habían tenido razón durante treinta años, ¡treinta años! ¡Habían tenido razón!, y él, el duque, había estado equivocado.

¡Muerte y condenación! Había tenido mujeres de todas clases, rubias, morenas, de color tostado. Se había enamorado de pechos pequeños y puntiagudos y de pechos generosos y oscilantes, de caderas poderosas y de caderas escurridas como las de un muchacho, de muslos suaves y largos, morenos y brillantes y de muslos blandos, sonrosados y gruesos. Había poseído a mujeres cansadas, lánguidas e indiferentes y también a mujeres desenfrenadas que agotaban su vigor hasta el último aliento. Innumerables mujeres se habían enamorado de él, maravillosas, voluptuosas, perfectas. ¡Por todos los diablos! Él todavía era el mismo, un tipo lleno de vida y de fuerza, rodeado por toda la gloria de este mundo. Le habían entregado su corazón, sus cuerpos y su sangre, habían suspirado felices cuando él las tomó. ¡Maldita sea!, muchas habían sido mejores que Christl. Pero él no se había entregado a ninguna. Las había poseído, se había divertido y ¡fuera! Si Christl lo había acaparado de tal suerte que se había sentido prisionero e incapaz de alejarse de ella, había tenido que ser por efecto de maniobras criminales e ilícitas. Y él no había advertido nada y había permanecido a su lado con el veneno de sus filtros infames en las venas. ¡Oh!, ¡aquella ramera, aquella maldita! Las palabras de aquellas actas volvían a su memoria, convirtiéndose en imágenes grotescas y repugnantes. La vaca negra con la cabeza cortada, el macho cabrío con los testículos cortados. Seguramente había hecho un muñeco a su imagen y semejanza, para hacer pasar mágicamente su corazón y su sangre a la figura, y sólo el demonio debía de saber a qué monstruosas y abominables prácticas se había entregado con el pobre hechizado.

Pero ahora había descubierto sus maquinaciones. Pondría fin de inmediato a su magia y a sus brujerías. Iba a demostrarle que había eliminado hasta la última gota de sus venenos infernales y de sus filtros satánicos.

Escribió un pliego, lo selló y dio secretas órdenes a consejeros y oficiales. Se puso en marcha una rápida, secreta e importante misión.

Al amanecer del día siguiente apareció en la aldea de Freudenthal un destacamento de húsares. Los soldados rodearon el castillo, cubriendo todas las salidas. Su jefe, el coronel Streithorst, seguido de su ayudante, penetró en el vestíbulo, echando a un lado al portero, que apenas podía tenerse en pie de miedo. El mayordomo salió a su encuentro en tanto que la servidumbre, excitada y curiosa, se agolpaba en todas las puertas. Su Excelencia estaba aún acostada, explicó el mayordomo, y no podía recibir a nadie.

— Esperaré unos minutos — respondió tranquilamente el oficial, y se sentó.

El mayordomo insistió:

— La señora condesa está enferma y siente mucho no poder recibir a nadie. Si el señor coronel trae órdenes de Su Alteza tenga la bondad de transmitir las al secretario.

Pero el coronel, siempre correcto y frío, declaró que lo sentía mucho, pero que tenía orden de hablar personalmente con la condesa.

En ese momento apareció la madre de la condesa. Enorme, la anciana de tez terrosa permaneció de pie ante la puerta que conducía a las habitaciones de su hija. El coronel saludó y repitió, impasible y preciso, el objeto de su misión. La vieja, con su voz ronca y profunda, lo intimó imperiosamente a retirarse: tanto él como su señor sabían perfectamente que su hija era condesa del Imperio, sometida únicamente a la autoridad de la Sacra Romana Majestad. El coronel se encogió de hombros: no era jurista y obedecía

fielmente las órdenes que le habían sido dadas. Por lo tanto, concedía a la condesa media hora para vestirse, y luego, haría echar abajo la puerta. Refunfuñando, gruesa, la vieja se plantó ante él: semejante violencia equivaldría a una violación de las prerrogativas de la nobleza, de la cual se quejarían ante la nobleza suaba del Imperio. Su señor pagaría caro su atrevimiento y él mismo sería degradado y expulsado del ejército.

—Quedan veintiséis minutos —respondió el enviado del duque.

Entretanto, la condesa revisaba sus papeles, con apresura miento febril, quemando unos y guardando otros en paquetes que sellaba y entregaba a su secretario. Cuando el oficial entró violentamente en sus habitaciones estaba ya de nuevo en el lecho, llevando un fastuoso salto de cama. Se incorporó, imagen de la inocencia ultrajada, preguntando con voz extinta qué era lo que de ella querían. Streithorst se excusó: había recibido del duque mismo orden formal de hacer salir de Freudenthal, y bajo su custodia, a Su Excelencia. Las camareras pusieron el grito en el cielo, la vieja prorrumpió en roncadas injurias y la condesa se desvaneció. Pero el oficial permaneció impasible. Cuando la condesa volvió en sí dijo con voz quebrada, como la de una niña pequeña, mientras la vieja insultaba al coronel llamándole asesino, que estaba en su poder y sabía muy bien que podía llevársela antes de que la nobleza del Imperio pudiera oponerle resistencia armada, pero que se hallaba seriamente enferma y este ataque sólo la hacía sentirse peor, y si persistía en llevársela en aquel estado, seguramente moriría. Habló con esfuerzo, le faltaba la respiración, mientras las doncellas se afanaban a su alrededor. Pasaron cuatro horas antes de que el coronel pudiera meterla en un coche, rodeada de hombres a caballo, y llevársela en medio de la lluvia. La acompañaban su madre y dos doncellas. Los labriegos de su feudo la vieron pasar estupefactos, en tanto que los judíos del pueblo, reunidos en su sinagoga y temerosos por su vida y sus bienes, rezaban por su protectora.

Conducida a Urach, la condesa fue tratada con los respetos debidos a su jerarquía, pero no le estaba permitido abandonar el castillo y el parque. Maltratada altanera a los miembros de la servidumbre hasta hacerles sangre o los asombraba con fantásticas propinas. Se negó a dar cualquier explicación a los enviados del duque, alegando que, siendo como era condesa del Imperio, sólo el emperador podía pedirle cuenta de sus actos.

Cuando la nobleza suaba intervino en el asunto, quejándose de la violación de sus privilegios que suponía la detención de la condesa en el señorío libre de Freudenthal, la condesa sonrió triunfante, y su abogado presentó en Viena su demanda en términos que jamás se habían empleado contra la casa ducal de Württemberg. Sus agentes sembraron por todo el Imperio inquietantes rumores: no había seguridad alguna legal en un país en el que ni siquiera se respetaban las libertades de la nobleza. Isaak Landauer, por su parte, meneando despacio la cabeza, dijo al embajador de los Estados Generales que ante un hecho semejante sería peligroso dejar sus capitales en el ducado. Tales palabras llegaron a los despachos de los grandes financieros y hallaron en ellos peligrosa resonancia.

El consejero Schütz, del gobierno ducal, seguía con atención y admiración los movimientos de la condesa. Le permitió seguir con aquello durante un cierto tiempo, pero después, él y el hermano de la condesa, frenaron toda esa actividad de un modo inesperado y efectivo. Había que intervenir ante la nobleza. El duque, autocrático, odiaba este estamento, y continuamente estaba en conflicto con él. Se congestionaba con sólo oírlos nombrar, y ciego de ira había tachado con su propia mano los versos de la canción religiosa *Oh Espíritu Santo regresa a nosotros* que decían: «Permítenos recibir la fuerza de la

consagración, haznos fuertes para que podamos ser tus nobles caballeros». Pero esta vez debía vencerse y ceder. Si los nobles caballeros eran el diablo, la condesa era su abuela. Así pues, aceptó las quejas que le presentaban, se disculpó amablemente y de la mejor forma, y les otorgó otros beneficios para darles satisfacción por el agravio que les había infligido; sobre todo, estaba dispuesto a ceder en una peliaguda cuestión referida a la liberación del caballero von Weinzoll. Puesto que si se mantenían firmes en su protesta sólo conseguirían honor, y por el contrario, cediendo podían ganar alrededor de setenta mil florines, la nobleza retiró sus quejas. De esta manera también se eliminó la demanda presentada en Viena.

Entretanto, la madre tuvo una entrevista con su hijo mayor, el altanero ministro, escurridizo como una anguila y frío como el hielo, que ante la indignada anciana se mostró humilde y sumiso, explicando que los caprichos y la ambición política de su hermana habrían provocado en breve plazo la desgracia de todos ellos, razón por la cual había creído conveniente intervenir. Pero ahora, ya separada de la política, haría lo posible por favorecerla y no pensaba, desde luego, tocar en lo más mínimo sus bienes.

El arreglo que se acabó proponiendo a la condesa fue, desde un principio, altamente favorable, lo cual puso de manifiesto la extraordinaria habilidad desarrollada por Isaak Landauer. Todo el mundo estaba interesado en salvar los bienes que la condesa poseía en Württemberg. El embajador imperial, su hermano, el procurador del patrimonio real, todos los que tenían que intervenir en el asunto eran de la misma opinión. Ciertamente tuvo que renunciar a sus feudos de Brenz, Gochsheim, Stetten y Freudenthal, avenirse a jurar solemnemente que jamás volvería a presentar exigencias ni reclamaciones a la casa ducal, y comprometerse a no volver a pisar el ducado; pero Isaak Landauer había obtenido para ella una última suma de dinero, tan elevada, que sus mismos judíos apenas se atrevían a mencionarla en susurros; y además el usufructo vitalicio de muchos bienes raíces. Cuando abandonó el ducado se contaba entre las damas más ricas del Sacro Imperio Romano.

Una nutrida escolta militar la condujo hasta la frontera. El pueblo, agolpado a lo largo del camino, le lanzaba insultos y barro. Delante y detrás de su carruaje avanzaba una fila interminable de carros colmados de muebles, vestidos y objetos de toda clase.

Sólo cuando el último de estos carros hubo salido del ducado, sola en su carruaje, terrosa, colosal e inmóvil, cruzó también la frontera la vieja madre de la condesa.

El prelado de Hirsau, Philipp Heinrich Weissensee, miembro del Consistorio y del Consejo del Parlamento, había recibido la visita del consejero Fichtel, de la corte del príncipe-obispo de Wurzburg. El protestante, hombre de mundo, esbelto y refinado, y el oscuro diplomático de rostro menudo y astuto, eran viejos amigos. A ambos les apasionaba manejar los hilos que movían al mundo, y se complacían en revelarse mutuamente los secretos de su arte, en tanto que permanecían impenetrables para los demás. Como buenos conocedores se gozaban en el delicado manejo de los incontables hilos de la política parlamentaria protestante de Württemberg y de la diplomacia católica cortesana. El discípulo de los jesuitas, así como el prelado protestante amaban la política en sí, no era tan importante el objetivo que se perseguía como su ejecución magistral.

En el ducado, Weissensee estaba muy bien considerado, pero a muchos les resultaba

desagradable. Su fría amabilidad y el aire de superioridad ligeramente escéptica que le daba su amplia y profunda cultura levantaban un muro invisible que lo hacía extraño e impenetrable para sus muchos conocidos que llenaban sus amplios y lujosos salones. Era un excelente matemático y mantenía estrecha amistad con los dos mejores teólogos de Alemania occidental: Johann Albrecht Bengel, apacible, grave y sinceramente piadoso, y Georg Bernhard Bilfinger, directo y firme. Su crítica del Nuevo Testamento, de la que por supuesto sólo se había publicado una pequeña parte, era famosa más allá de las fronteras del ducado, y su palabra decidía en el Consejo del Parlamento.

Pero todo lo que hacía carecía de calor. Llevaba a buen fin, con aplicación e inteligencia, cualquier cosa que emprendiera, pero ya se tratase del Nuevo Testamento, de una ponencia para el Consejo o del cultivo de una nueva fruta en su huerto, en todo mostraba igual frialdad. No había nada que penetrase hasta su corazón.

Por las amplias estancias de su residencia adornadas con hermosos cortinajes blancos andaba, alta y modesta, su hija Magdalen Sibylle, una muchacha de diecinueve años, de rostro moreno, varonil y resuelto, y grandes y expresivos ojos azules, singulares y turbadores bajo sus cabellos oscuros. Su madre había muerto muchos años atrás, y ella no había conseguido traspasar jamás la tibia y uniforme amabilidad de su padre. Sus relaciones con Beata Sturmin, hija del abogado de los Estados procedente de Stuttgart, y la lectura de Swedenborg, habían llevado a aquella joven solitaria al pietismo.

Pues a pesar de todas las prohibiciones y castigos, los conventículos y los círculos bíblicos abundaban en el país y como consecuencia de los tiempos de penuria que corrían aparecían por todas partes creyentes e iluminados. No había en la pequeña villa de Hirsau una santa comparable a la amiga de Magdalen Sibylle, la ciega Beata Sturmin, de Stuttgart, que luchaba con Dios en sus oraciones, lo halagaba con promesas a las que Él tenía que prestar oídos y le arrancaba oráculos abriendo la Biblia al azar. Pero también vivía en aquel tranquilo lugar un cierto Magister, Jaakob Polykarp Schober, hombre bueno y sencillo, que había leído las obras de De Poiret Böhmes, Bourignon, Ladae y Arnold, y también los libros prohibidos del Evangelio Eterno y de la Sociedad Filadélfica, entregado a su actividad, y que hallaba un gran placer en dar largos paseos mientras meditaba. Dirigía en Hirsau un Colegio Bíblico al que asistía también Magdalen Sibylle, la hija del prelado. Con los grandes ojos azules, bajo el oscuro cabello, perdidos soñadores en la lejanía, alta y hermosa con aquel rostro moreno, varonil y resuelto, se sentaba entre los fieles piadosos y pobres de espíritu, abatidos, pálidos y agotados del *Collegium Philobiblicum*. Buscaba un oráculo abriendo las Escrituras al azar, luchaba con Dios en la oración para que derramara sobre su padre la Gracia y la Luz.

Magdalen Sibylle sentía una profunda aversión por el consejero de Wurzburg y la desolaba ver a su padre en compañía de aquel pagano mundano. El católico había traído consigo una pequeña cantidad de aquella nueva sustancia, tan de moda, descubierta por los salvajes, llamada café, y se hacía preparar con ella una infusión negra e intensamente aromática. Y Magdalen Sibylle veía, temerosa y hostil, cómo su padre bebía con él aquella diabólica poción, y rogaba fervorosamente a Dios que no permitiera que muriese envenenado por ella.

Mientras tomaban aquel aromático brebaje o bebían vino, los dos hombres tenían interminables conversaciones acerca de infinidad de cosas relativas al Imperio, sobre la locura de la Iglesia, impía Babilonia, la política, el dinero, los títulos, el ejército y casos

jurídicos, en lugar de hablar del rostro de Dios y de su gloria, como correspondía a siervos de Cristo.

Naturalmente, el consejero pasó a hablar del príncipe Karl

Alexander, que acababa de ser recibido por el príncipe-obispo. Weissensee también conocía al príncipe. Era un hombre encantador, famoso desde el Danubio al Neckar, una noble rama del cedro de Württemberg. El consejero hizo alusión a las dificultades financieras del príncipe quien, por lo que sabía, había dirigido una solicitud al Parlamento para que aumentase sus rentas. Sí, Weissensee la había leído y había creído reconocer el estilo. Desde luego, no había sido redactada en la cancillería del príncipe, y ahora, pensándolo bien, creía descubrir en ella la mano de su distinguido amigo el señor consejero, concluyó sonriente.

Los dos señores conversaban tranquilamente, gozando de la tibia calma del atardecer, bebiendo vino. Pero cuando llegaron a tratar de este asunto, espaciaron reflexivos sus réplicas, y bajo su expresión indiferente vibraba, tenso, el interés. En la situación actual, sugirió Weissensee con circunspección, podía pensarse en conceder al príncipe, hombre de grandes merecimientos, la pequeña suma demandada.

–El obispo lo vería con gran satisfacción desde el punto de vista puramente humano –respondió lentamente Fichtel, en cuyo rostro menudo y astuto podía verse con cuánta prudencia escogía sus palabras para decirlo todo sin decir nada– pues es muy amigo del príncipe. Pero la sede episcopal como tal, y espero apreciado amigo que no me malinterpretéis, no tiene el menor interés en que el Parlamento otorgue o rehúse el auxilio pedido. Las arcas del obispado están llenas, el hecho de que Su Eminencia haya dado la preferencia a los señores de Württemberg para ayudar al príncipe en su necesidad, es simplemente un gesto de cortesía y nada más. –El consejero guardó silencio, y tomó un sorbo de café.

Weissensee miró atentamente a su interlocutor y dijo, en tono apacible:

–Si he entendido bien, mi querido amigo, al obispo le importa realmente muy poco que concedamos o no ese dinero.

Hubo una pausa, durante la cual cambiaron ambos una mirada reservada y amistosa.

–Si yo tuviera voz en vuestro Consejo –dijo el católico– votaría en contra. Ahora, sobre todo después de la caída de la condesa, no debe hacerse concesión alguna a la casa reinante.

Y los dos diplomáticos se sonrieron cortésmente, con sutil sonrisa de inteligencia, con sincero afecto el uno por el otro.

Cuando la solicitud del príncipe fue sometida a discusión en el Consejo del Parlamento, tenía ya a su favor la opinión general. La desgracia de la condesa había puesto a los Once de excelente humor y se sentían generosos. Expuso la ponencia el tosco y ruidoso burgomaestre de Brackenheim, Johann Friedrich Jäger. Comenzó diciendo que el príncipe Karl Alexander era un gran señor y un gran mariscal de campo, había llevado el honor de Württemberg por todo el mundo y conseguido que se respetara el valor suabo humillando a moros, turcos y demás infieles. También había que tener en cuenta que el duque se había librado de aquella puerca picada de viruelas, de manera que podían mostrarse generosos y conceder aquellos pocos miles de florines. Los demás eran poco más o menos de la misma opinión. Pero entonces se levantó Weissensee, y con su voz apacible y cortés declaró, como incidentalmente, que la generosidad y la nobleza de

corazón de sus dignos colegas le parecía muy loable, y que a él también le gustaría otorgar aquel dinero a un héroe tan merecedor de estima. Pero convenía meditar si era aquél el momento más oportuno para testimoniar tan amplia complacencia a la casa ducal. El duque había terminado con la condesa. Bien. Pero después de todo no había hecho con ello más que cumplir con su maldita obligación y reconocer su propia culpa, y agradecerse ahora con un favor particular era darle a un acto ineludible el carácter de una gracia, sancionando así la obstinación que el duque había demostrado durante treinta años. Por lo tanto, debían rechazar la solicitud de Karl Alexander, sin que esto significara en absoluto una demostración de hostilidad contra un príncipe tan simpático.

Los miembros del Consejo asintieron con sus pesadas cabezas, vacilaron, se dejaron convencer. Weissensee había tocado su punto más sensible. ¡Cierto! Era preciso demostrar al duque que el Parlamento no retrocedería jamás un solo paso y que sus privilegios no existían únicamente sobre el papel, sino que harían uso de los mismos, como iban a demostrarle de inmediato.

De este modo la solicitud de Su Alteza el príncipe Karl Alexander, mariscal de campo del Imperio, fue rechazada.

El Rabí Gabriel llevaba en Wildbad una vida tranquila y retirada. Al anoecer daba largos paseos por los alrededores. Se sucedían los días lluviosos. En el ambiente húmedo y tibio del crepúsculo caminaba con su paso pesado, ligeramente encorvada la espalda y erguida la cabeza, sin mirar a nadie. Pero a pesar de su aspecto insignificante, por donde quiera que pasaba la gente callaba, intrigada e inquieta, se murmuraba a sus espaldas y de nuevo el tema del Judío Errante cobró actualidad. Por tres veces las autoridades examinaron los papeles de aquel caballero impasible y malhumorado, encontrándolos perfectamente en regla. Estaba legitimado por los Estados Generales como *Mynheer* Gabriel Oppenheimer van Straaten, y poseía el gran salvoconducto que le daba derecho a la protección de todos los funcionarios.

Naturalmente, también el príncipe Karl Alexander oyó hablar del extraño huésped del balneario, y supo que frecuentaba a su favorito, el judío Süß. El príncipe comenzaba a impacientarse, el tiempo que transcurría a la espera del dinero que había de concederle el Parlamento se le hacía interminable, y además empezaba a aburrirse. Como tantos otros grandes señores, se había interesado a veces, en Venecia y en otros lugares, por la astrología y la magia. También su amigo de juventud, el príncipe-abad de Einsiedeln, era muy aficionado a tales cosas. Precisamente en su última entrevista con él, en Wurzburg, le había hablado de un mago al que mantenía ahora en su corte y que le inspiraba gran confianza. Pidió pues a Süß que trajese al cabalista a su presencia. Süß empezó a buscar pretextos y a contestar con evasivas intentando excusarse. Sabía que el Rabí Gabriel jamás se prestaría a semejante charada. Finalmente encontró una solución intermedia: cuando el Rabí estuviese en su casa mandaría avisar al príncipe, y si éste acudía entonces a visitarle se encontraría forzosamente con el Rabí. Riendo, Karl Alexander se mostró de acuerdo.

El cabalista dijo a Süß:

—Voy a traerte la niña a Suabia. He encontrado cerca de Hirsau una casita completamente aislada. Cómprala. Está en medio del bosque, lejos de la gente, y nada malo podrá pasarle allí a Naemi.

Süss asintió sin decir nada.

—Sería bueno —continuó el Rabí Gabriel con su áspera voz— que abandonaras la vida que llevas aquí y tus negocios. Si estuvieras en un lugar tranquilo, viendo las cosas desde fuera, te darías cuenta de que tus afanes y tu actividad no son más que un torbellino vacío. Pero es una estupidez tratar de convencerte —concluyó bruscamente. Contemplaba el rostro de Süss y veía carne y huesos y sangre, pero ninguna luz, y se enfurecía al sentir el lazo misterioso y profundo que le ligaba precisamente a aquel hombre y lo arrastraba de derrota en derrota. ¡Qué extrañas corrientes deberían confluír para que brotara la vida en aquella piedra!

Iba a retirarse cuando se abrió la puerta y entró el príncipe, ruidosamente, cojeando ligeramente y sin mirar a los criados que habían adoptado una posición de firmes.

—¡Ah! ¿Tienes visita, Süss? —exclamó dejándose caer en un sillón.

El Rabí Gabriel se inclinó ligeramente, sin apresuramiento, y examinó al príncipe con atención, impasible, en tanto que Süss hacia una profunda reverencia. Bajo la mirada serena de aquellos ojos grises, el príncipe perdió su ruidoso aplomo, y por un momento reinó un silencio embarazoso entre los tres, hasta que Süss lo rompió diciendo:

—Tío, Su Alteza, el príncipe de Württemberg, mi venerado protector.

Viendo que el Rabí Gabriel seguía sin despegar los labios, el príncipe le interpeló con risa forzada:

—¿Sin duda eres ese misterioso extranjero del que todo el mundo habla, verdad? Un alquimista ¿no? ¿Sabes hacer oro?

—No —dijo el Rabí Gabriel, impasible—. No sé hacer oro.

El príncipe se había quitado un guante y se daba golpecitos en el muslo con él. Los grandes ojos grises del Rabí Gabriel, demasiado grandes en aquella cara maciza, completamente afeitada y la pequeña nariz achatada, fijaban en él una inquietante mirada tristísima.

El mariscal se había imaginado a] mago muy distinto, recordando con qué divertido estremecimiento había asistido a ciertas sesiones de magia, pero esta vez se sentía deprimido como si el aire fuese enrareciéndose en la habitación.

—Me interesan mucho los experimentos de alquimia —continuó, al cabo de un momento—, si queréis venir a Belgrado conmigo —había dejado de tutearlo—, aunque no soy rico, como vuestro sobrino sabe muy bien, podría aseguraros un sueldo decoroso.

—No soy un fabricante de oro —repitió el cabalista.

De nuevo reinó un silencio embarazoso que llenaba la habitación, que envolvía a los tres hombres, barriendo a un lado su seguridad, su falta de escrúpulos. De pronto, con brusco ademán, como si quisiera romper una cadena invisible, el príncipe alzó su mano izquierda hasta los ojos del cabalista.

—Pero esto no podéis rehusármelo, mago —exclamó ruidosamente con risa forzada—. Decidme qué es lo que leéis aquí.

Y le aproximó al rostro la palma de su mano. Era una mano singular, de dorso estrecho, largo, huesudo y velludo, y palma, en cambio, carnosa, gruesa y corta. El Rabí Gabriel no había podido evitar la vista de aquella mano. Reprimiendo apenas un estremecimiento de horror, retrocedió un paso. Una atmósfera cada vez más sombría y deprimente iba llenando la habitación como una nube.

—¿Habla! —insistió el príncipe.

–¡Os ruego que no me obliguéis a ello! –replicó el cabalista, que apenas lograba aún dominar su espanto.

–¿Creéis que voy a tener un ataque de nervios como una niña anémica si me predecís algo malo? He tomado parte en cien combates y he estado cien veces a dos dedos de la muerte –intentó reírse–. ¿Creéis que no puedo oír a un viejo judío anunciarme una desgracia? –Y como el otro siguiera callando, le gritó:– ¡No os refugiéis en vuestra testarudez como una tortuga en su caparazón! ¡Soltadlo de una vez! ¡Mi Calcante! ¡Mi Daniel!

–¡Os ruego que no me obliguéis a ello! –repitió el cabalista sin alzar la voz. Pero sus ojos, como lagos helados, posaban en el príncipe una mirada tal, que por un momento le dejó sin habla. Claramente delimitadas, profundas y breves, las tres arrugas marcaban en la frente del Rabí una letra desconocida y misteriosa. Mas entonces, el príncipe vio a Süß que había retrocedido, asustado, hasta un rincón, y se rebeló contra la extraña sensación que le oprimía: no iba a mostrarse ridículo y pusilánime ante aquel viejo. Volvió, pues, a ponerle su mano ante los ojos y le gritó imperiosamente:

–¿Habla!

El Rabí Gabriel habló y su habitual acento, malhumorado y áspero, hizo sobre la exaltación del príncipe más efecto del que hubieran podido hacer en él los amplios ademanes y todo un aparato de magia.

–Veo dos cosas. La primera no la diré. La segunda es una corona.

Atónito, el príncipe rió con risa gangosa.

–*Mille tonnerre!* No os andáis con chiquitas, señor mago. ¡Oro y púrpura! No predecís vagamente, como los quirománticos y los astrólogos ordinarios, grandes éxitos y brillante gloria, sino clara y precisamente una corona. ¡Qué demonios! ¡Cuánto va a alegrarse mi primo si se entera!

Sin responder, el Rabí Gabriel se volvió hacia Süß.

–Me marchó esta misma noche. Ya sabes en lo que hemos quedado.

Y saludando al príncipe salió.

–No es muy cortés que digamos, tu señor tío –dijo Karl Alexander a Süß, intentando disimular con risas su confusión.

–Debéis perdonarle, Alteza –se apresuró a responder el judío, tratando de dominar su emoción–: Es un misántropo y un extravagante. Pero aunque sus maneras no sean irreprochables –prosiguió ya del todo recuperado– lo que ha dicho resultaba bastante agradable.

–Sí –dijo el príncipe, pensativo, trazando líneas sobre el entarimado con su espada–. Pero ¿y lo que se ha negado a decir?

–Tiene sus excentricidades. Lo que él considera importante y cree una gran desgracia, generalmente es algo de lo que nosotros, los que vemos la vida tal y como es, nos reímos. Una corona es algo tangible y concreto. Y la desgracia de la que no ha querido decir nada es seguramente una quimera suya.

–¡Una corona! –prosiguió Karl Alexander, riendo–. Tu tío ve muy lejos. La muerte tendría que hacer una buena limpieza antes de que me tocara a mí. Por lo pronto, mi primo y su hijo viven aún, y ninguno de los dos piensa dejar este mundo. Al contrario, acaba de hacer las paces con su mujer para que le dé más hijos vivos. –El príncipe se levantó y se desperezó.– ¡A ver, judío!, ¿me harías un préstamo sobre el trono de

Württemberg? –Y le golpeó familiarmente el hombro, riendo con estruendo.

Süss le miró reverente.

–Estoy a la disposición de Vuestra Alteza con todo lo que poseo... Con todo lo que poseo –repitió.

El príncipe dejó de reír y miró al financiero, que se mantenía ante él en una actitud aún más grave y respetuosa que de costumbre.

–Basta de bromas –dijo luego bruscamente, encogiéndose de hombros, como para desembarazarse de una pesada carga, y recuperando su modo de hablar de siempre añadió–: La pequeña Kosel me ha pedido unas sandalias turcas con piedrecitas azules. Procúrame las mejores que encuentres, judío.

Y mientras abandonaba la estancia, cojeando ligeramente, riéndose a carcajadas, le advirtió:

–¡Pero no me sises más de tres ducados!

El Rabí Gabriel salió de Wildbad en la diligencia pública. Con su anticuada casaca, de buena calidad, tal y como se llevaban en Holanda veinte años atrás, y su figura rechoncha, ligeramente cargada de espaldas, parecía un burgués malhumorado o un funcionario taciturno. Antes de su llegada, los viajeros charlaban alegremente, pero su presencia los hizo callar, desconcertados e inquietos, y el que ocupaba el asiento contiguo se echó imperceptiblemente a un lado, para evitar su contacto.

A poca distancia de la ciudad se cruzaron con una magnífica comitiva. Era el príncipe Franz Anselm von Thurn y Taxis, de Ratisbona, que se dirigía con gran pompa y numeroso séquito al palacete del Ermitage, que había alquilado en uno de los bosques próximos al balneario. El príncipe, distinguido anciano de alargada cabeza aristocrática, que hacía pensar en la de un galgo, era viudo y viajaba en compañía de su hija única, Marie Auguste. La princesa, célebre en toda Alemania y más allá de sus fronteras por su extraordinaria belleza, difundida en innumerables retratos, iba sentada al lado de su padre con la indiferencia propia de las mujeres hermosas que saben que todos los ojos están pendientes de sus menores movimientos. Con curiosidad indolente, echó una mirada a la diligencia abarrotada de viajeros, y su leve sonrisa un tanto burlona y altanera no se borró bajo la mirada del cabalista. Su padre le había dado a entender, cauteloso, que en Wildbad habría de tomar una decisión importante y, según él esperaba, agradable. Viajaba, pues, en su fastuosa carroza, más dispuesta a dar un sí que un no a cualquier aventura, joven, indolente y, a pesar de ello, ansiosa. Bajo una brillante cabellera negra, su rostro menudo y delicado de lagartija mostraba el color mate de un noble mármol antiguo, barbilla puntiaguda, ojos rasgados, frente despejada y suave, nariz finamente dibujada y boca pequeña, carnosa y burlona.

Las damas de Wildbad mostraron cierta acritud a su llegada. La princesa de Kurland y la hija del embajador de los Estados Generales, desplazadas por la recién llegada, fruncieron los labios altivamente y la encontraron coqueta y provocativa. Pero Marie Auguste, erguida la cabeza, menuda y delicada, y con una sonrisa indolente y enigmática en los labios, seguía su camino orlado de admiradores.

La primera noche en que la princesa Marie Auguste se mostró en sociedad, resultó provechosa para Josef Süss. En ningún momento, y distinguiéndose por ello

ostentosamente de los demás caballeros, mostró el menor interés en hacerse presentar a los príncipes de Ratisbona. Mientras que el joven lord Suffolk se ponía en ridículo por su actitud de suprema adoración, Süß dedicó su atención a las damas, ahora abandonadas, a las que había cortejado hasta el momento y de las que aquella noche ganó doblemente el favor. Sólo con grandes intervalos, y cuando las otras no podían observarle, sus grandes ojos oscuros se posaban en la princesa, y su claro rostro expresaba una admiración tan rendida como desenfrenada, de modo que Marie Auguste acabó por mirar con desembarazada curiosidad a aquel apuesto y elegante caballero. Por lo demás, conservó durante toda la noche, arropada por la admiración general, su sonrisa enigmática, excitante y un poco burlona.

Aquel que de ordinario era el centro de tales fiestas y objeto de todas las atenciones, Karl Alexander, príncipe de Württemberg, mariscal de campo imperial, héroe de Belgrado, de Paterwardein y de otras muchas batallas, no asistió a la fiesta. Permaneció encerrado y furioso en su habitación de la posada de la Estrella, a la luz de una sola vela colocada encima de la mesa. En bata y envuelto en paños el pie herido y gotoso, que aquella noche le dolía particularmente, estaba sentado ante una fila de botellas y garrafones. Neuffer, su ordenanza, emergía de vez en cuando de la oscuridad para llenarle el vaso, y el criado negro dormía acurrucado en un rincón. El príncipe bebía, maldecía y juraba. Lanzaba contra el Parlamento maldiciones en todas las lenguas y todas las obscenidades de los campamentos. Al anochecer, el correo ordinario le había traído una carta del Consejo del Parlamento, en la que se le comunicaba simple y llanamente que el crédito que había solicitado le había sido denegado.

Karl Alexander ardía en cólera. Se sabía popular en el ducado, su retrato ocupaba el puesto de honor en la mayor parte de las casas y el pueblo le aclamaba. Pero aquellos canallas del Parlamento, aquella chusma engreída, se atrevían a lanzarle al rostro tan grosera negativa.

Permanecía sentado, bebiendo y maldiciendo. Frenético de ira, arrancó las vendas que Neuffer le había puesto en el pie, y atravesó la habitación dando golpes. ¡Una corona! Aquel viejo judío le había profetizado una corona. ¡Maldito charlatán! ¡Bonita corona le ofrecían! No era más que un vagabundo, un mendigo errante a quien aquella partida de bandidos se atrevía a mandar una mierda de carta como aquélla. Gritó y blasfemó tan insensatamente, que Süß, al volver de la fiesta, ya muy entrada la noche, preguntó alarmado al ordenanza qué era lo que pasaba. Pero Neuffer, que no podía sufrir al judío, respondió evasivamente.

A la mañana siguiente, bacía mediodía y después de dos tentativas inútiles, Süß consiguió ser admitido a la presencia del príncipe, y entró con precaución en su cuarto, calzando unas medias de un modelo nuevo que deseaba enseñarle, pues el príncipe se interesaba siempre por los caprichos de la moda. Además, quería contarle los detalles de la fiesta. Pero jamás le había visto tan fuera de sí. Desnudo su cuerpo, robusto y macizo, se hacía duchar y friccionar por Neuffer y el negro. Le arrojó la carta del Consejo, y mientras Süß la leía rápidamente, gritó, chorreando agua y estornudando:

—¡Vaya un mago, tu señor tío! Bien me has engañado con él. ¡Menuda corona!

Süß, sinceramente indignado por la grosera negativa del Parlamento, se disponía a expresar en términos escogidos su desprecio y su cólera ante tal insolencia y a reiterar su devota abnegación, dispuesta a todo. Pero el príncipe, furioso contra todo el mundo, e

irritado al verle tan peripuesto y elegante, ordenó de pronto:

— ¡Neuffer! ¡Otman! Bautizadme a este judío. Enseñadle a nadar.

Y el ordenanza y el negro lanzaron sobre Süß sendos cubos de agua en tanto que el perro del príncipe se arrojaba sobre él, ladrando. El judío se retiró a toda prisa, asustado, calados los pantalones y las medias nuevas y estropeados los zapatos, mientras que detrás de él resonaban las carcajadas del príncipe y de sus servidores.

Pero no lo tomó a mal. Los grandes tenían derecho a tales exabruptos, y había que tolerárselos. Y mientras se cambiaba de traje resolvió presentarse la próxima vez tan cortésmente como siempre, o mejor, manifestando una actitud más devota todavía, y probablemente sería mejor recibido.

Aquel mismo día llegó de Wurzburgo *el* consejero Fichtel. Aquella misma tarde, aquel hombre insignificante, de rostro menudo y astuto, visitó al príncipe. Sí, en la corte de Wurzburgo se sabía ya la extraordinaria e imprevista insolencia del Parlamento. Monseñor el príncipe-obispo estaba profundamente indignado por aquella miserable mezquindad con la que aquella gentuza se había atrevido a ofender a un héroe tan destacado. Pero su señor, en su sabiduría, había ideado otra solución que, al tiempo que sacaría al príncipe de apuros, daría una buena lección a los insolentes parlamentarios, además de causarles gran disgusto.

Antes de continuar explicándose solicitó permiso para hacerse preparar la infusión de café a la que se había habituado, y luego, doblemente insignificante al lado del corpulento príncipe y ante la taza humeante de su bebida favorita, expuso clara y precisamente el proyecto de matrimonio con la princesa de Thurn y Taxis, la mujer más hermosa del Imperio, dueña, además, de inmensas riquezas. Si el príncipe se convertía al catolicismo, aquel Parlamento insolente y rebelde enfermaría de despecho. Desde luego, monseñor estaba dispuesto a ayudar al príncipe, aunque rehusase aquella unión, pero veía en ella la solución más conveniente y le sería grato procurar así a Su Alteza una inmensa fortuna y una mujer encantadora, y al mismo tiempo poner a los parlamentarios amarillos de rabia. Y el consejero tomaba su café a pequeños sorbos, complacido.

Una vez solo, Karl Alexander se puso a recorrer el cuarto de un lado a otro, pesada aún la cabeza por su nocturna borrachera solitaria, y pasándose la mano por entre sus espesos cabellos rubios. ¡Qué zorros! ¡Los muy zorros querían hacerlo católico! ¡Aquel Schönborn, Friedrich Karl, aquel buen tipo, divertido y amistoso! ¡Vaya un zorro!

Se echó a reír. ¡Menuda broma! ¡Qué demonios! En realidad no dejaba de ser una burla excelente. La inmensa mayoría de los militares de alta graduación eran católicos, y católicos también los mejores soldados. Por su parte, desde su estancia en Venecia, tenía ideas muy amplias en materia de religión, y la misa católica le había gustado siempre. Para un soldado, nada más propio que el catolicismo con su incienso, sus imágenes y sus escapularios. Y si así complacía además a sus amigos de Wurzburgo y de Viena, tanto mejor. Él, por su parte, no se perjudicaba en nada. Una princesa guapa y rica. Se acabarían sus constantes quejas y la ineficaz búsqueda de dinero. Y además jugaba una maravillosa y excelente mala pasada al Parlamento rebelde. ¡Maldita sea! En cualquier caso, por lo pronto iría a ver de cerca a la hermosa princesa de Ratisbona.

Cuando Süß llegó al día siguiente le interpeló con buen humor;

—¿Ya te has secado, judío? ¿Qué tal te ha sentado el bautismo?

—Muy bien —respondió Süß— si ha divertido a Vuestra Alteza.

—¿Y si ahora te pidiera treinta mil ducados? ¿Me los darías?

—Estoy a vuestras órdenes.

—Sí, y luego me agobiarías hasta hacerme sudar sangre. Pero tengo alguien que me los dará sin pedirme un céntimo de interés.

—¿Habéis elegido a otra persona para que os financie? —preguntó inquieto el judío.

—No —dijo el príncipe, riendo satisfecho—. Por el momento, te necesito más que nunca. Me propongo permanecer aquí por lo menos otras dos semanas, pero quisiera salir de este agujero. Alquilame la villa Monbijou, amuéblala y llénala de criados de manera que ni en Versalles mismo puedan ponerle reparo alguno. Te nombro mi intendente y administrador de mi caja privada.

Süss besó la mano del príncipe y le dio las gracias efusivamente.

Karl Alexander envió a su criado negro al palacete del Ermitage, preguntando cuándo podría presentar sus respetos a los príncipes, y luego, aunque el camino era corto, hizo el recorrido en su gran carruaje, que a pesar de haber sido barnizado de nuevo, seguía resultando anticuado. Pero Süss había procurado ya a Neuffer y al cochero libreas nuevas.

En el Ermitage, el mariscal de campo fue recibido con grandes atenciones. Además del príncipe y de su hija Marie Auguste, se hallaban presentes el primer intendente de Thurn y Taxis y el consejero Fichtel. Franz Anselm von Thurn y Taxis era un anciano experimentado y escéptico. Benévolo, alegre, curioso y de excelentes maneras, hallaba gran placer en la vida en sociedad y en la murmuración, y no creía en nada ni en nadie. Tenían infinidad de conocidos comunes en la corte de Viena, en Wurzburg, en el ejército, entre la nobleza internacional. El príncipe hizo pequeñas observaciones maliciosas sobre ellos y el mariscal habló mucho y vivamente, asintiendo en unas ocasiones y tomando en otras la defensa de alguien.

El príncipe le escuchaba atentamente, inclinando cortésmente la distinguida y alargada cabeza de galgo. Karl Alexander le fue grato. Era, desde luego, un poco rudo, se excitaba con facilidad, cosa que debía evitarse siempre, y carecía de criterios propios. Pero, al fin y al cabo, era un mariscal, un héroe, y lo que se le pedía eran victorias y no entendimiento.

Marie Auguste habló poco al principio, y permaneció sentada y quieta, en actitud muy principesca, vestida de terciopelo gris tórtola, cogiendo con sus manitas carnosas y cuidadas los pliegues de su enorme falda, gentil y afectada, como era costumbre. Los brazos blanquísimos, desnudos hasta el codo, aparecían por entre los encajes venecianos. El pecho, los hombros y el largo cuello resplandecían con el brillo mate de un noble mármol antiguo entre los encajes. Su rostro, en delicados tonos pastel, menudo como la de una lagartija, resaltaba bajo sus brillantes cabellos negros. Llena de franca curiosidad, complacida, con mirada vivaz, rápida y apremiante, contemplaba al príncipe, cuya figura resultaba aún más corpulenta y viril al lado de la delicada esbeltez del príncipe, su padre.

El consejero Fichtel habló de una de las grandes acciones, llenas de valor, de Karl Alexander. Marie Auguste, mirando fijamente al príncipe, habló de una de las óperas que había visto en Viena, *El héroe Aquiles*, en la que Aquiles, después de haber arrastrado el cadáver, había cantado unos fragmentos maravillosos.

—Sí —observó el príncipe—, en la Antigüedad, lo más destacable era la nobleza.

Karl Alexander repuso que él actuaba siempre guiado por la intuición en cada

momento, y que no creía tener muchas ocasiones de mostrar grandeza de espíritu. A ello respondió la princesa con los ojos clavados en él, que se sonrojó violentamente, que tampoco se estaban refiriendo a él, y todo el mundo rió divertido.

Los criados sirvieron helados, y café para el menudo consejero de Wurzburgo.

Al rubio príncipe de Württemberg le gustó extraordinariamente la princesa de negros cabellos. *Mine tonnerre!* Cuando presidiera un baile en el palacio de Belgrado, los turcos, los húngaros y todo aquel pueblo salvaje iban a quedarse pasmados de asombro. Era una gobernadora que podría presentarse en Viena y en todas partes. Y tanto más cuanto que llevaba ducados suficientes para alhajar y restaurar el viejo palacio de Belgrado. Era un astuto zorro aquel Schönborn, y también un amigo, ¡maldición!, sí, un buen amigo que le había procurado tan buen negocio. Y no era solamente una mujer para exhibirla, sino también una pícara, él era un experto para darse cuenta de esas cosas. ¡Aquellos ojos, aquella boca! Un buen bocado para la cama. El rostro del mariscal irradiaba complacencia, y tuvo que contenerse para no chascar la lengua con delectación. Era una princesa desde el elegante prendedor que adornaba sus cabellos negros — ¡qué demonios!, los de Ratisbona ya han tenido bastante— a la punta de su zapato de raso, que de vez en cuando asomaba por debajo de la pesada falda de terciopelo gris tórtola; una princesa y al mismo tiempo, una real hembra. Algo muy distinto de la agriada duquesa, la mujer de su primo. En su caso, no sería necesario que el emperador y el Imperio entero se pusieran en movimiento para obligarle a engendrar en ella numerosa descendencia. ¡Y con qué agudeza conversaba! ¡Cómo le daba a la lengua la muy pícara tomándole el pelo, lanzándole rápidas miradas! Harían buena pareja. Eberhard Ludwig se moriría de envidia. Él, Karl Alexander, no tendría necesidad de mantener una querida que le arruinase, pues su mujer legítima sería más deliciosa y más sabrosa entre las sábanas que la querida francesa más cara y, además, le llenaría la bolsa en vez de vaciársela.

Y los parlamentarios, aquella canalla burguesa —y al pensarlo, el mariscal sentía dilatarse su pecho de satisfacción—, reventarían de rabia. Sólo por eso ya valía la pena hacerse católico.

Miró a Marie Auguste. Aprovechando que el príncipe hablaba en aquel momento con los otros dos señores, el mariscal fijó en Marie Auguste la mirada apreciadora, violenta y brutal del soldado acostumbrado a tumbar a una mujer en la cama sin grandes consideraciones, y la princesa sostuvo aquella mirada con su sonrisa enigmática y sutil.

Al marcharse, Karl Alexander estaba firmemente decidido a hacerse católico.

Josef Süß había decorado suntuosamente la villa de Monbijou y estaba, particularmente orgulloso de la pequeña galería y del salón amarillo en el que ésta desembocaba. Por supuesto, el trabajo fuerte había corrido a cargo de Nicklas Pfäffle, que, grueso y flemático, había reunido a un amplio círculo de comerciantes y artesanos.

De esta manera se consiguió que la nueva residencia del mariscal de campo destacara por su magnificencia, y el príncipe, golpeando a Süß afectuosamente en el hombro, le dijo:

—Eres un mago, Süß. Pero ¿cuánto me vas a sisar en todo esto?

El negro hacía muy buen papel en aquel cuadro, el príncipe rebosaba satisfacción, y el mismo Neuffer, que no podía sufrir al judío, y que por medio de constantes y ridículas intrigas intentaba sacar de quicio al impasible Nicklas Pfäffle, hubo de reconocer que ni él

mismo lo habría hecho mejor.

Tampoco el consejero Fichtel ahorró sus elogios cuando Karl Alexander le mostró la villa, antes de empezar a dar fiestas en ella, pero en realidad le pareció que en general la decoración resultaba un tanto recargada, de nuevo rico, y sugirió al príncipe que hiciera quitar alguna que otra cosa. A su señor el príncipe-obispo le escribió que el mariscal había hecho decorar su villa por un hebreo, no siendo así de extrañar que apareciese instalado un tanto a la oriental y que su palacete de Wildbad estuviese más cerca de Jerusalén que de Versalles.

El viejo príncipe Franz Anselm tuvo una impresión parecida cuando asistió a la fiesta que dio Karl Alexander. Además estaba furioso porque había elegido para asistir a la misma una casaca de color amarillo pálido que no resaltaba nada en el salón principal de Monbijou de aquel mismo color. Karl Alexander había invitado a sus huéspedes a presenciar una ópera cómica, *La venganza de Zerbinette*, sabiendo que Marie Auguste hallaba gran placer en la comedia, la música y el ballet. Süß, por mediación de su madre, que vivía en Frankfurt y que continuaba relacionada con la gente del teatro, tuvo que hacer venir a toda prisa una compañía de actores de Heidelberg.

La concurrencia era limitada, pero muy elegante. El príncipe hubiera querido excluir de ella a Süß, pero no había podido resistirse a las miradas ansiosas y devotas de su intendente, y éste, con gran indignación de Neuffer, circulaba entre los invitados, galano y dichoso, vestido con una elegantísima casaca de color cervino, bordada en plata, como si aquella fiesta se celebrara sólo en su honor, pensaba Neuffer furioso.

Marie Auguste resplandecía vestida de terciopelo y brocado color burdeos. La banda de la Orden de Thurn y Taxis cruzaba su pecho, y en su manga brillaba la estrella de diamantes que el emperador le había concedido por su actuación en una institución benéfica. Habló poco. Pero la princesa de Kurland y la hija del enviado de los Estados Generales, que la habían saludado con más devota amabilidad que las más ancianas, creían oír por todas partes su voz indolente e infantil, y se juraron no volver a presentarse en fiesta alguna a la que ella asistiera y salir lo antes posible de Wildbad. Tomaron esta resolución por separado, y Süß manifestó su desconsuelo, también por separado a cada una de ellas y en términos idénticos.

Todas las conversaciones giraban en torno a la última noticia llegada de Stuttgart: la duquesa creía hallarse de nuevo encinta. Los doctores y las comadronas confirmaban su creencia, el Consistorio ordenó rogativas y una multitud de curiosos acudían a Einsiedeln a contemplar el espino plantado por Eberhard el Barbudo a su retorno de Palestina y que ahora echaba nuevos brotes, interpretándolo como un feliz augurio.

El consejero Fichtel se permitió algunas bromas crueles sobre el pobre Eberhard Ludwig y sus amargos placeres conyugales impuestos por el emperador. La amistad entre Brandeburgo y Württemberg siempre había sido una amarga relación, y el rey de Prusia había sido el padrino de aquellas bodas. Siguieron comparaciones físicas entre la duquesa y la condesa despedida. Los señores que rodeaban al consejero prorrumpieron en grandes risas, y el rostro del príncipe se pobló de lascivas arrugas. Las señoras quisieron saber el motivo de tal regocijo, y Süß se lo explicó, provocando sus risas. Luego, le embromaron, burlonas, con motivo de los retoños del espino traído de Palestina, y hasta la enigmática sonrisa de Marie Auguste se trocó en una sonora carcajada.

Karl Alexander se unió a sus burlas:

—Bonito mago, tu señor tío. El príncipe heredero está felizmente casado y el viejo duque ha conseguido poner en marcha otro heredero. Bien me has engañado con tu pariente el hechicero.

Marie Auguste, que no había visto jamás de cerca un judío en carne y hueso, preguntó, con temerosa curiosidad:

—¿Acostumbra degollar niños cristianos?

—Sólo de vez en cuando —la tranquilizó el consejero Fichtel—. Por lo general prefiere a los grandes personajes.

La princesa se preguntaba, con una seria expresión en el rostro, si los judíos que crucificaron a Cristo tenían aquel mismo aspecto, a lo que el consejero le respondió que aquel judío no había estado presente entre ellos con toda seguridad.

Süss, con hábil estrategia, evitaba en lo posible acercarse a ella, y se contentaba con admirarla desde una respetuosa distancia con miradas devotas y ardientes. Después de la ópera se hizo presentar a ella. Su actitud de franca admiración la complació.

— Parece un hombre como los demás —dijo, maravillada, a su padre.

Y Karl Alexander ganó en su opinión por tener aquel cortesano judío tan agradable y galante. Aún en medio de la excitación de su primer beso, y mientras que él sentía aún en sus labios el ardor de su boquita voluptuosa, Marie Auguste sonrió, y arreglándose el vestido, le dijo:

—¡Qué judío tan divertido tiene Vuestra Merced! —Después de lo cual abandonaron el pequeño gabinete y regresaron al salón. El príncipe, sin saber a ciencia cierta por qué, experimentaba la vaga sensación de que aquel beso ardiente y experto no era el primero que la princesa daba.

Los miembros del Consejo de los Once estaban de mal humor. El embarazo de la duquesa había resultado una ilusión, y ahora les llegaba además la noticia del próximo matrimonio de Karl Alexander con una princesa católica, y su conversión —los jesuitas lo llamaban insolentemente su regreso— a la Iglesia católica. Honradamente, los Once habían de reconocerse un tanto culpables de aquella desagradable conversión del hombre más popular del ducado.

El prelado Weissensee, en el mismo momento en que llegaron hasta él las primeras noticias de las relaciones del príncipe con los de Ratisbona, reconoció en aquellas maniobras la mano de la corte de Wurzburg y la de su amigo Fichtel, de Württemberg. Se llenó de una divertida admiración ante tan sutil estrategia, pero de acuerdo con el interés caprichoso y desapasionado con el que llevaba a cabo su política, la caída del príncipe no le impresionó demasiado. Por supuesto preveía ya que la Comisión de los Once iba a mirarle con malos ojos, considerándole culpable de todo por haber sido él quien propusiera denegar el crédito. Pero también sabía que, aunque de mala gana, se dejarían convencer por sus argumentos, y había preparado una efectiva defensa. Estaba absolutamente convencido de que la conversión del príncipe, desde el punto de vista práctico, era completamente irrelevante. Aunque la esperanza puesta en el embarazo de la duquesa se hubiera visto truncada, era mucho lo que se interponía todavía entre el príncipe y el trono. Se preguntaba seriamente si unas perspectivas tan difusas valían realmente el esfuerzo que habían puesto los jesuitas en la conversión del príncipe. El

ducado y el Parlamento tenían que ocuparse de hechos reales, su política debía hacerse a corto plazo. Por el contrario, la Iglesia católica, suspiró lleno de envidia, era una vieja, pétrea y eterna institución; los jesuitas tenían la suerte de poder hacer una política secular, a largo plazo, para las generaciones venideras.

Al principio, en la Comisión de los Once no se hizo más que vituperar profusa y rudamente al príncipe, de una manera estúpida. Pero finalmente, el presidente y primer secretario, Johann Heinrich Sturm, un hombre serio, reflexivo y sereno, puso término a aquellas injurias inútiles y poco pertinentes, y solicitó que se hicieran proposiciones prácticas. El rudo burgomaestre de Brackenheim declaró sin ambages que el culpable de todo aquello era Weissensee, y que su maldita obligación consistía en deshacer aquel entuerto.

Weissensee afirmó, sonriente y tranquilo, que la cosa no era tan grave. Desde el momento en que el príncipe había podido convertirse así, de la noche a la mañana, la verdadera fe no sufría realmente una gran pérdida. La conversión, sólo tenía para los católicos un valor propagandístico; se podía felicitar al mariscal de campo, puesto que se había librado para siempre de sus dificultades económicas y no necesitaría seguir importunando al Parlamento. En cuanto a otras consecuencias prácticas, ninguno de los miembros de la honorable Comisión, pensaba seriamente en ellas.

Pero el violento burgomaestre de Brackenheim insistió: a pesar de que la pareja ducal, gracias a Dios, gozaba de plena salud, y no se había perdido la esperanza de que dieran nuevos herederos al ducado; a pesar de que ya tenían al príncipe heredero, también rebosante de salud, puesto que la política de Roma preveía contingencias tan lejanas, no estaba de más oponerle a tiempo contraminas.

— ¿Por qué no? —respondió serenamente Weissensee. Podían ponerse en relaciones, secretamente y sin comprometerse, con Friedrich Heinrich, hermano del príncipe. Por lo que pudiera suceder y de un modo única y exclusivamente teórico. Las libertades evangélicas y las del Parlamento no podían temer nada de aquel noble señor, piadoso y apacible.

Los Once callaron reflexionando con cierta angustia. ¿No había en aquella propuesta un ligero matiz de alta traición? Se trataba de algo puramente teórico, para prevenir lejanas contingencias, y que, en realidad, no los comprometía a nada. Pero de todos modos...

El presidente y primer secretario, Sturm, aquel hombre directo y honrado, profundamente ligado a su patria, odiaba estos métodos propios de los jesuitas, pero era dolorosamente consciente de que sin ellos no podía llegarse a ninguna solución. Pero sólo en el caso de que fuera estrictamente necesario. Sólo en ese caso, sólo entonces.

Veit Ludwig Neuffer, abogado del Estado y asesor del tribunal de justicia no quiso ni oír hablar de aquellos planes. Aquel hombre, todavía joven, de rostro huesudo y huraño y pelo negro y mugriento, cuyo nacimiento se adentraba en su frente, había odiado encarnizadamente a los príncipes y había sido un desapasionado defensor de todas las libertades democráticas. Su primo, que se encontraba al servicio del príncipe Karl Alexander como ayuda de cámara, le había negado su amistad ultrajándole y burlándose de él, a pesar de que se habían criado juntos en la misma casa, con los mismos juegos y la misma educación. Pero ahora había visto ya demasiado, se había resignado a regañadientes, el mal era necesario; casi ansiaba, con un deseo de confirmación enconado

y destructor, ver ratificada su amarga teoría. Con ocasión de su estancia en Wildbad, había vuelto a ver a su primo, el ayuda de cámara y, para ser sinceros, había ido directamente a visitarle y se había reconciliado con él de una manera extraña, burlona y mordaz. Probablemente tenía razón. Evidentemente aquello era así por ley natural, tenía que ser así: unos cuantos estaban arriba, y todos los demás eran serviles perros, que se arrastraban para lamerles las botas. ¿Un católico en el trono de Württemberg? ¡Y qué! Ése era precisamente el derecho de los príncipes, la divina Providencia, y el pueblo, ¡qué demonio!, debía someterse.

El insinuante Weissensee, sereno siempre y apacible, daba fin a sus explicaciones. Belgrado estaba muy lejos y no se trataba más que de una medida teórica, de una precaución contra eventualidades más que problemáticas. Desde luego, no habría de salir de sus manos documento alguno escrito. Y el *Corpus Evangelicorum* estaba de su parte.

Los Once rumiaban profundamente con las miradas fijas y llenos de intensa inquietud. La más lejana posibilidad de un duque católico les parecía inconcebible, intolerable, y los ponía enfermos. No podían imaginarse a un príncipe católico más que como un déspota, un tirano. Y precisamente aquél, relacionado íntimamente con la corte de Viena, enemiga encarnizada de toda libertad religiosa y de toda independencia parlamentaria. ¡Sus hermosas libertades! Ellos, los Once que allí deliberaban reunidos, las representaban, y de este modo, era a ellos personalmente a quienes amenazaba la posibilidad de un príncipe católico.

Decidieron que Weissensee iniciase las negociaciones con el hermano del mariscal, el príncipe protestante Friedrich Heinrich, pacífico e inofensivo. Pero privadamente, sin compromiso alguno y en el más estricto secreto.

En la catedral de Ratisbona se celebraban las bodas de Karl Alexander entre un sonoro repicar de campanas y humaredas de incienso y ante una brillantísima asamblea. El emperador había enviado una embajada especial, y el Papa se había hecho representar por un legado, el nuncio Passionei, al que había entregado una carta de su puño y letra. Asistían también el príncipe-obispo de Wurzburg y una selecta representación de los ejércitos imperiales, en la que figuraba el más íntimo amigo de Karl Alexander, el general Franz Josef Remchingen, alumno de los jesuitas, de rostro rubicundo, abotargado y violento, que resplandecía achispado bajo la blanca peluca.

No había pareja más hermosa en todo el Sacro Imperio. El príncipe, elevándose como un cedro, ostentando el bastón de mando de mariscal de campo y la Orden del Toisón de Oro. Marie Auguste, la cabeza menuda y elegante deslumbrante con el brillo de un noble mármol antiguo destacando entre el terciopelo y los brocados blancos, la banda de la Orden de la casa de Thurn y Taxis cruzándole el pecho, en la manga, la estrella de oro pálido del emperador, en el escote la cruz de la Orden papal. Con paso ligero y elástico entró en la catedral, adornado el rostro por su sonrisa joven y enigmática bajo la corona de novia, una maravillosa obra de orfebrería, para la confección de la cual, Süß había reunido las distintas piezas escogiéndolas por toda Europa.

No se sentía en absoluto intimidada, sino más bien inclinada a buscar siempre, en medio de la solemnidad y la gravedad, el lado cómico de las cosas. Con indolente curiosidad, dejó vagar su mirada sobre los invitados, y mientras el obispo la ensalzaba por

haber ganado de nuevo para la fe católica a aquel gran vencedor en las guerras contra los turcos, al león de las batallas, ella pensaba que el consejero Fichtel con toda seguridad lo que más disfrutaría del banquete sería su taza de café, y lo raro que resultaba ver al judío, vestido de gala, en la catedral. Era una persona realmente agradable y muy divertido, y en absoluto un ogro como ella había imaginado siempre a los judíos. De hecho, los gemelos que él llevaba eran más *à la mode* que los de su marido. Resultaba extraño, o sea que ahora tenía un marido. Seguro que en aquellos momentos el judío estaba mirando fijamente sus hombros cubiertos por el velo de novia, con sus grandes y rápidos ojos destacándose en su blanca tez.

Las velas ardían temblorosas y festivas, el órgano sonaba estruendoso, el humo del incienso formaba densas nubes, sonaban las bienaventuradas voces del coro de niños elevándose hasta el cielo.

Al día siguiente, mientras las trompetas de plata llamaban a los invitados al banquete, los recién casados subían a la lujosa embarcación, regalo del viejo príncipe, que había de conducirlos río abajo por el Danubio. Viajaban con una numerosa corte, monteros, criados, pajes y doncellas. El negro Otman, se había instalado a proa con las piernas cruzadas, clavados los ojos de mirada animal y profunda en el río.

En la orilla, estaban el príncipe, el obispo de Wurzburg, el consejero Fichtel y, un poco retirado, entre ellos y la servidumbre, Josef Süß. Soplabla una ligera brisa, el ambiente era puro y tónico y todo el mundo estaba alegre. Del barco a la orilla iban y venían chanzas y bromas, en tanto que la embarcación levaba anclas. Luego, cuando Marie Auguste, que vestía un alegre traje de viaje, de color claro, lanzó su última mirada al muelle, ya lejano, el príncipe y el consejero se habían retirado, y lo último que vio fue el rostro astuto y satisfecho del jesuita y la esbelta figura del judío, en actitud aún de profundo respeto.

–No hubiera creído jamás –dijo a Karl Alexander, sonriendo– que se pudiera ser al mismo tiempo tan elegante y tan humilde como tu buen judío.

–¡Mi buen judío! –exclamó el príncipe, entre risas–. Con lo que nos roba podrían comprarse pueblos y ciudades enteras. Pero advirtiéndome la sorpresa de su esposa, explicó:

–Está en su derecho. Para eso es judío. Pero, además, me es muy útil –añadió, con agradecimiento–. Puede conseguir todo aquello que se le pide: joyas, muebles, pueblos y hombres, y hasta la alquimia y la magia negra.

Luego, sin dejar de reír, le contó la historia del Rabí Gabriel.

–¡Ahí sí que me ha engañado tu buen judío! ¡Una corona! Hay todavía dos personas entre ella y yo. El príncipe heredero está sano como una manzana. Se encontraba de caza cuando me escribió su carta de felicitación. Y el duque, aunque la duquesa esté completamente rancia, si el diablo lo permite, todavía puede tener un montón de hijos, como los conejos.

Y prorrumpió en estruendosas risas, acariciando la mano de su esposa, en tanto que la embarcación avanzaba sobre las aguas azul verdosas entre las tranquilas orillas.

En el extremo de la proa seguía sentado imperturbable el negro, mirando fijamente hacia el este. Los ojos de la princesa estaban llenos todavía de las últimas imágenes de su patria, la imagen astuta y satisfecha del jesuita y la imagen servil y elegante del judío.

Antes de llegar a la frontera servía los alcanzó un correo especial enviado por Süß.

–Algo muy importante tiene que decirte tu judío –observó, sonriendo, Marie

Auguste—. ¿Qué es lo que tiene tanta prisa por venderte?

Karl Alexander abrió el mensaje y lo leyó. El príncipe heredero había muerto de repente durante un baile en la corte de Stuttgart.

Tendió el papel a la princesa. La sangre se le agolpó en la cabeza, oyó una voz áspera y malhumorada y vio los ojos tristes y graníticos, y sobre ellos las tres arrugas profundas y breves, amenazadoras e inquietantes, como una letra de una escritura desconocida e indescifrable.

LIBRO SEGUNDO

El pueblo

El ducado de Württemberg contaba con setenta y dos ciudades y cuatrocientos pueblos. En aquellas tierras se cultivaba grano, frutas y vino. El ducado era considerado como un hermoso y noble vergel en el Sacro Imperio. Tanto los ciudadanos como los campesinos eran gente alegre, comunicativa, voluntariosa y despierta. Aceptaban pacientemente el gobierno de sus príncipes. Si tenían un buen príncipe pagaban gustosos; si el príncipe era malo, lo tomaban como una disposición del cielo, como un castigo del Señor. Cada habitante de Württemberg, hombre, mujer o niño, pagaba una contribución de diez ducados de oro a las rentas ducales.

A veces el duque era bueno, a veces el duque era malo. El sol brillaba, llegaban las lluvias, el trigo crecía, el vino crecía, la tierra había sido bendecida.

Pero desde todas partes iban tendiéndose los hilos, las manos se alargaban para coger, los ojos miraban llenos de ambición, desde todas partes se tejía una red sobre todo el país.

En París reinaba Luis XV y sus ministros. Una parte de Württemberg, el condado de Mömpelgard, se hallaba completamente rodeado por sus territorios y esperaba sólo la ocasión de devorarlo. En Berlín se había instalado la condesa, intrigando todavía con la nobleza del Imperio, buscando aquí y allá la oportunidad de conseguir todavía algo más; en Frankfurt y Heidelberg, Isaak Landauer y Josef Süß esperaban la ocasión de apretar las clavijas al ducado; el secretario de Estado del Papa tejía sus hilos que desde Roma se enlazaban con Wurzburg, con príncipe-obispo, para que el país se sometiera a la autoridad de su mitra; en Viena, los consejeros imperiales rumiaban nuevos acuerdos con el príncipe heredero, el católico, creaban lazos entre Stuttgart y Viena; en Ratisbona, el anciano príncipe de Thurn y Taxis les mandaba señales; y en Belgrado, el mariscal de campo, Karl Alexander, y Remchingen, su amigo y general, trazaban grandes planes.

Todos se mantenían tranquilos a la espera, se observaban con desconfianza, proyectando sus grandes sombras silenciosas sobre el país.

El sol brillaba, llegaban las lluvias. Creció el trigo, la fruta y el vino. La tierra había sido bendecida.

En los primeros días de noviembre, tan precipitadamente como había reinado y vivido, murió Eberhard Ludwig, duque de Württemberg y de Teck, por la gracia de Dios, mariscal del Sacro Imperio Romano y de la ilustre provincia de Suabia y coronel de tres regimientos de Infantería y Caballería.

Yacía ahora sobre un enorme catafalco, el rostro amarillo azulado a causa del ahogo, amortajado con su uniforme de gala constelado de condecoraciones, entre las que destacaban la del Elefante de Dinamarca y el Águila negra de Prusia, rodeado de innumerables cirios y con cuatro oficiales montando guardia a su cabeza y a sus pies. En el vasto y silencioso salón, ajada y amargada le velaba su esposa, la duquesa Johanna

Elisabetha. Su triunfo había sido bien corto, y si su marido, al que había recuperado después de tan obstinada espera, por el que había sudado sangre, yacía allí, después de tan pocos meses, muerto, azulado, asfixiado, era también por culpa de la otra, de la mecklemburguesa, de aquella bruja, que le había hecho víctima de su último maleficio. Pero era ella y no la otra la que estaba sentada allí, sola. Le era indiferente quien fuera a reinar ahora en Württemberg. Probablemente el católico junto con su arrogante, frívola y emperifollada esposa. Pero ella se sentía tan hundida que todo aquello no le interesaba nada. Sólo tenía ya un objetivo en su vida: la venganza. Los parientes de aquella mujer todavía abrevaban en el ducado, aquella mujer todavía brillaba cargada de riquezas y esplendor, todavía hacía fluir hasta ella la savia del país, a través de cientos de pequeños canales, por medio de los administradores de sus bienes, gracias a sus malditos judíos. Ahora que Eberhard Ludwig había muerto, se había quedado desprotegida, ya no había que seguir teniendo consideraciones con aquella mujer. Ella, la duquesa, iniciaría un nuevo proceso ante el nuevo duque, ante el emperador y ante el Imperio. Aquella mujer había atentado contra su vida, por medio de brujerías había causado la muerte al príncipe heredero y al duque. Ahora, ella, la duquesa no iba a ceder al primer embate, no iba a cesar en su empeño. No iba a hacerlo a gritos, pero su afligida voz no dejaría de oírse hasta que la otra acabara sin nada, cubierta de harapos y de oprobio. Sumida en estos pensamientos permanecía sentada ante el lujoso catafalco, gris y afligida, dándole vueltas al triste pedazo de vida que le quedaba. Las olorosas flores de invernáculo llenaban el ambiente con su perfume, los grandes cirios oscilaban, y oficiales, con los sables desenfundados, velaban al difunto.

Cuando los heraldos anunciaron la muerte del duque, sus súbditos se descubrieron emocionados. Ahora que había dejado de existir, veían tan sólo su magnificencia, su afabilidad, sus méritos de soldado, su lujo y su elegancia, y se inclinaban a atribuir todas las miserias de su reinado a la condesa y a sus hechizos. No sólo la acusaban de todo el dinero que había extraído del ducado, sino que le echaban la culpa de toda desgracia y pestilencia, porque por su culpa, la sólida imagen de la casa ducal en Alemania se había tambaleado, y se habían perdido ventajosas oportunidades de conseguir nuevos derechos y ventajas, porque, para no encolerizar a la corte imperial, había sido preciso actuar en todas partes con precaución y cautela, y siempre, cuando más necesario habría sido el dinero, había habido un déficit monetario. Y cada vez, la imagen de la duquesa se hundía más en el fango, y la del duque se alzaba con mayor esplendor. Las mujeres se secaban los ojos: ¡había sido un hombre magnífico!, ¡charlaba amistosamente con cualquiera!, ¡un señor tan bueno!, ¡un señor tan atractivo!

Y los correos circularon a pie, a caballo o en coche. Uno, a Frankfurt, donde Isaak Landauer meneó la cabeza, se frotó las manos exangües y exclamó, sonriendo:

–Reb Josef Süß va a convertirse en un gran personaje y a hacer grandes negocios.

Otro a Wurzburg, donde el grueso y jovial príncipe-obispo sonrió y mandó llamar a Fichtel, su consejero privado, y otro a Belgrado, donde Karl Alexander, duque ya, respiró profundamente. Era duque. Se veía llevando la guerra al corazón de Francia y manejando las palancas del mundo. Pero a través de todo aquello veía también unos ojos grises y oía una voz áspera y malhumorada que le decía: «Veo dos cosas: la primera no la diré». Y contemplaba pensativamente su mano, una mano singular, de palma carnosa, gruesa y pequeña, y dorso estrecho, largo, huesudo y cubierto de vello.

Marie Auguste se encontraba frente al espejo, lo hacía con frecuencia, y se erguía, desnuda y sonriente, ante él. Con sus ojos rasgados bajo su frente despejada y tersa, examinaba su cuerpo suave y esbelto que tenía el color de un noble mármol antiguo. Se estiraba voluptuosamente y su carita de lagartija, de labios demasiado rojos, resplandecía a la luz de su sonrisa. Iba a ser delicioso ir ahora a Stuttgart por entre una multitud respetuosa en la dorada carroza ducal. También aquí en Belgrado había sido encantador reinar sobre aquel pueblo bárbaro, de violentos deseos. Pero ¡qué satisfacción iba a ser ver elevarse hacia ella los homenajes como nubes de incienso en la corte imperial y en las demás cortes alemanas! Llevaría la corona ducal sin peluca. No era ésa la moda, pero ella la impondría y la corona, pequeña y alta, brillaría orgullosa sobre sus sedños cabellos negros. Con ademán a medias hierático y a medias obsceno, levantó los brazos por encima de su cabeza, de manera que se hizo visible el rizado vello de sus axilas, y con la respiración agitada, sonriendo, se paseó cimbreándose, casi bailando, por la habitación. ¡Cuántos caballeros acudirían a su corte, alemanes, italianos y franceses, y no semisalvajes como aquí! Sería casi como Versalles. Y todos aquellos que ahora seguían a la princesa con una mirada medio impertinente y medio admiradora, ¡con qué devoción contemplarían a la duquesa! También el cortesano judío, aquel galán al que nada detenía, volvería a hallarse en la periferia de su círculo. Y al pensarlo hizo Marie Auguste un mohín divertido. Sí, era maravilloso ser hermosa, era maravilloso ser rica, era maravilloso ser duquesa. Era delicioso que hubiese galantes caballeros, hermosos trajes, coronas, luces y fiestas. El mundo era bello y era maravilloso vivir.

En el castillo de Winnenthal, a cuatro horas de Stuttgart, el hermano de Karl Alexander, el apacible príncipe Heinrich Friedrich, se sintió profundamente turbado al recibir la noticia de la muerte de su primo. Vivía tranquilo en su castillo, leyendo y dedicado a la música. Hacía pocos años que tenía consigo una querida joven, rubia y apacible, de ademanes suaves, bonita, de ojos serenos e inteligencia un tanto lenta, hija de un oscuro noble campesino. Cuando Weissensee había venido a proponerle sustituir a su hermano el mariscal católico en la sucesión al trono, aquel soñador había acogido con entusiasmo la idea. Pero el astuto prelado había reconocido en el acto que aquel príncipe de espíritu quimérico sólo veía fantasías en la política y se perdía en vagas imaginaciones. No, no se podía intentar nada con aquel pretendiente contra Karl Alexander, enérgico y emprendedor. Tras la muerte del príncipe heredero, cuando la sucesión pasó del dominio de la especulación al de la realidad, llegó de Belgrado —sólo Dios sabía cómo el mariscal había tenido noticia de las negociaciones— una carta perentoria en la que Karl Alexander conminaba secamente a su hermano para que se mantuviera lejos de toda intriga. Asustado, el débil príncipe renunció a la empresa e incluso procuró evitar toda relación con Weissensee. Ahora, tras enterarse de la muerte del duque todo aquello volvía a aparecer ante sus ojos como un fantástico y brillante sueño. Sudando y temblando, terriblemente excitado, aquel hombre débil iba de un lado para otro de madrugada, imaginando todo lo que podría haber conseguido con un poco de iniciativa; se imaginaba tomando posesión del poder, escribiendo al emperador, nombrando ministros, despojándolos de sus cargos, firmando tratados con Francia, dirigiendo ardientes discursos al pueblo. Finalmente, lanzando un profundo suspiro regresó al dormitorio, no quiso despertar enseguida a su querida amante, se desnudó con cuidado, sin hacer ruido, preocupado por su debilidad de carácter, se tendió a su lado, abrazándose a ella y

palpando sus senos grandes y calientes, hasta que la joven abrió sus hermosos y estúpidos ojos, se consoló en la dulce juventud de ella y finalmente se durmió de nuevo suspirando, pensativo y satisfecho.

Al recibir la noticia de la muerte del duque, el prelado Weissensee recorrió, agitado, los amplios salones de su residencia adornados de blancos cortinajes. ¡Cuántos problemas, complicaciones y conflictos! Un príncipe católico en el país de origen del protestantismo. Una constelación nueva e inesperada, sin precedentes en Alemania occidental. Personalmente había sabido tomar a tiempo buenas posiciones y cualquiera que fuese la solución no habría de perder su puesto y su influencia. No se había expuesto innecesariamente, no había dejado cabos sueltos. Y andando de un lado para otro, a través de los amplios salones de su residencia, hacía planes y los rechazaba, gozando de su excitación y de la dicha de proyectar intrigas y hacer proyectos.

Pero Magdalen Sibylle, su hija, permanecía quieta. Sus ojos azules en su rostro moreno y resuelto reflejaban sus pensamientos y cambiaban de tonalidad, haciéndose más claros o más oscuros. ¡Un católico, un hereje, en el trono! Ahora reinaría la confusión y la desgracia en todo el país. ¡Haz Señor, *Sabaoth!* que el país se mantenga firme y resista las tentaciones con las que los idólatras intentarán atraerlo, que se resista a las amenazas mediante las cuales querrán hacernos abandonar la verdadera fe. Este príncipe impío lleva una vida de gloria y esplendor, ha ganado grandes batallas, tiene el favor del emperador, su esposa se comporta de un modo altanero y frívolo. ¡Haz Señor, *Sabaoth!* que el pueblo permanezca firme frente a la desgracia y venza la tentación. Y su padre, su padre estaba en la primera línea de batalla, estaba en sus manos ser un defensor del amenazado evangelio. Ella no quería pecar contra el cuarto mandamiento, pero temía que él no tuviera la misma firmeza para las cosas de Dios que tenía para las de los hombres. Como siempre que se sentía apurada, buscó refugio en Dios, abrió la Biblia al azar suplicando una revelación. Pero sólo halló el fragmento: «Podéis comer de todos aquellos pájaros puros. Pero de entre ellos, éstos son los que no debéis comer: el águila y el avestruz, el gavián y el pelícano». Meditó largamente sobre ello; pero a pesar de toda su destreza en descifrar oráculos, no pudo hallar relación alguna entre la desgracia que había caído sobre el país, su preocupación por la fe auténtica y firme de su padre y el avestruz y el pelícano que a los israelitas no les estaba permitido comer. Decidió presentar el oráculo a su amiga Beata Sturmin, la iluminada, la santa ciega del Colegio Bíblico de Stuttgart. Pero antes, reflejándose en su rostro, varonil y resuelto, toda su preocupación y sus sombríos pensamientos, contempló a su padre, que no se sentía en absoluto apesadumbrado, sino por el contrario, muy animado, mientras su rostro delgado y expresivo reflejaba una gran concentración, completamente tenso, mientras iba de un lado para otro.

Media hora antes de la señalada para el inicio de la sesión, los once miembros del Consejo estaban ya reunidos en el Parlamento. En el orden del día figuraban asuntos sin importancia, pero no tenían nada claro, andaban a ciegas, querían por lo menos tantear a sus vecinos, obtener una respuesta en aquella oscuridad.

¡Ojalá no le hubieran negado el crédito al príncipe en su momento! ¡Ojalá no se hubieran puesto en contacto con su hermano menor! Ahora se encontraban en apuros y con el agua al cuello. El príncipe tendría que ser un santo para no aprovechar su poder

para hacérselo pagar. Y lo era todo menos santo, era un soldado, un mariscal de campo acostumbrado a que se le obedeciera ciegamente y sin replicar. Se decía que en Belgrado no procedía precisamente con indulgencia, sino que con frecuencia y de forma reiterada, acababa peleando salvaje y violentamente con sus agregados, que maldecía de una manera brutal y violenta, que no consentía que se le llevara la contraria, y que lanzaba piezas de vajilla y de porcelana a las cabezas de sus consejeros. Para decirlo brevemente, que era un déspota, sólo comparable a aquel antiguo e impío César. Iban a tener terribles dificultades con aquel Leviatán.

Porque no estaban en absoluto dispuestos a ceder un ápice en sus derechos y libertades. ¡Ah, cuán dulce era el poder! Ellos, los Once, saboreaban la miel virgen de la Constitución. El resto del Parlamento sólo existía para confirmar lo que ellos decidían. Pero ellos, los Once, reinaban sobre el país, se reunían a puerta cerrada como la *Signoria* veneciana, ellos llevaban las riendas, negociaban y pactaban entre sí, y tenían al duque y a sus ministros con las manos atadas. Era muy agradable y dulce sentirse tan importante y en la cima del poder. No podían permitir que nadie viniera a introducir cambios. Iban a afianzarse sólidamente y a proteger la tierra de la tiranía y del avasallamiento católico. No en vano estaban firmemente protegidos y custodiados. La ley era clara, y estaba tan bien elaborada que el duque debía jurar proteger sus derechos y los de la Iglesia protestante. De esta ley, Roma, con toda su astucia y su pericia a la hora de interpretar, no podía quitar nada. A Riegel no le ganaba ni el más astuto jesuita. Aquel hereje, aquel tirano iracundo ya podía hacer rechinar los dientes cuanto quisiera, este hueso era demasiado duro para que lo royeran sus dientes. ¡Bendita claridad de la ley! ¡Alabadas las benditas garantías de la religión! ¡Bendita la magnífica y sólida Constitución y el tratado de Tubinga! ¡Alabada la sabia y precavida prudencia anticuada y ensalzada, con la que se ponía un bozal a los duques mordaces!

Puntualmente a las diez, Johann Heinrich Sturm, el presidente, abrió la sesión. Pero antes de que se pudiera empezar a hablar de los temas previstos en el orden del día, se personó ante los sorprendidos caballeros, el consejero político Filipp Jaakob Neuffer, hermano del abogado. Presentó papeles, según los cuales, Karl Alexander recibía el trono de Württemberg como legítimo heredero, y que hasta su llegada al ducado, los consejeros von Forstner y Neuffer quedaban encargados, en calidad de ministros oficiales, de la dirección de los asuntos de Estado.

Sonriendo y con toda amabilidad, el consejero comunicó a los sorprendidos caballeros que el duque sabía de la inquietud que reinaba en el Parlamento en lo que se refería a la religión y a las libertades de los nobles. Se felicitaba de poder transmitir a los señores, en nombre de Su Excelencia, que desde aquel mismo momento, éstas se veían ratificadas y garantizadas. El duque había tenido ocasión de tener algunos cambios de impresiones con algunos miembros de la comisión acerca del entonces hipotético caso, que ahora se había hecho realidad, y los caballeros habían manifestado entonces como muy deseables las garantías que ahora se les concedían, para crear un clima de confianza, tan necesaria, entre el duque y el Parlamento.

Nueve de los once escucharon este discurso en silencio y absolutamente desconcertados. Incluso el presidente Sturm, un hombre tranquilo y de una gran sangre fría, tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para obligarse a decir algunas frases, con las que reconocía el poder absoluto del consejero –ahora por tanto ministro–, agradeció los

documentos que se le habían entregado y declaró que los estudiarían con atención.

Una vez se hubo retirado el ministro, los caballeros siguieron sentados sin moverse de sus sitios, anonadados, desorientados, desconfiados y profundamente enojados. Había pues entre ellos hombres que negociaban por su cuenta. Los que estaban sentados junto a Weissensee y a Neuffer se apartaron de ellos, de un modo casi imperceptible.

Mientras tanto, el otro Neuffer, ahora ministro, solicitó del comisionado de guerra, utilizando el poder que le había otorgado el nuevo duque, un destacamento de soldados, que obtuvo tras una consulta formal al Parlamento. El anterior duque no había sido enterrado todavía, cuando irrumpió por la fuerza en el Consejo deteniendo en nombre de Karl Alexander a los cabecillas del partido de la condesa y los hizo conducir a la fortaleza de Hohenwiell, haciendo caso omiso de sus protestas y amenazas. Quedaron así prisioneros el gran mariscal de la corte y presidente del Consejo, Friedrich Wilhelm, aquel hermano de la condesa que la había hecho expulsar fríamente para consolidar su posición, sus dos hijos, caballero mayor uno y ministro el otro, y todos sus partidarios y protegidos, el consejero eclesiástico Pfeil, el consejero privado Pfau, los consejeros políticos Vollmann y Scheid e infinidad de empleados subalternos. ¡Cómo habían reinado hasta entonces! ¡Con qué despectiva altivez! Apenas se dignaban contestar a los saludos y ahora se pudrían en el fondo de un calabozo sombrío, sin que nadie se ocupase de ellos.

A continuación, el plenipotenciario fue a presentar sus respetos a la duquesa y le dio cuenta de lo que había pasado, proporcionándole el triunfo después de tantos años de aflicción, e hizo proclamar, con pregones y anuncios, que Karl Alexander había asumido el mando y llegaría pronto de Belgrado, habiendo decretado ya sanciones contra aquellos funcionarios desleales que oprimían al pueblo en provecho propio, al mismo tiempo que se comprometía, por adelantado, bajo su palabra de príncipe, a respetar y garantizar sinceramente todas las libertades y especialmente las religiosas.

Tales declaraciones provocaron un ardiente entusiasmo en el pueblo. ¡Aquello sí que era un príncipe! Hacía justicia sin tener en cuenta la posición de los culpables e intervenía con rapidez y osadía como en aquel cuadro que mostraba el asalto de Belgrado. Era un jefe y un héroe. Todo iría bien con él.

Cerca de Hirsau, partía de la carretera principal un camino de carro y de éste un sendero, que se internaba en el bosque y terminaba ante una sólida y alta empalizada, detrás de la cual grandes árboles frondosos tapaban por completo la vista. Sólo dos individuos de la región, un jardinero y un anciano jornalero que hacía los recados, tenían acceso a la finca, y eran hombres taciturnos, poco inclinados a satisfacer la curiosidad preguntona. Se sabía tan sólo que la finca había sido comprada a los herederos de su antiguo propietario por un holandés, el cual se había presentado a las autoridades con el nombre de *Mynheer* Gabriel Oppenheimer van Straaten, que poseía el gran salvoconducto de los Estados Generales. La compra se llevó a cabo con todas las formalidades, cumpliéndose escrupulosamente todas las exigencias policiales y catastrales. El holandés vivía allí con una joven, una criada y un criado. Se contaba una historia singular sobre un vagabundo que había intentado penetrar en la casita aislada. Sorprendido y domeñado por el holandés, éste se había contentado con tenerle encerrado toda la noche en una habitación llena de libros, y el vagabundo, tembloroso y trastornado, había partido al día siguiente a través del bosque y no se le

había vuelto a ver por aquellos lugares.

Durante algún tiempo corrió el rumor de que aquel holandés era el judío Errante, pero no tardó en extinguirse, pues el individuo en cuestión se mantenía lejos del lugar, daba paseos solitarios, generalmente por el bosque, y se dejaba ver muy pocas veces, de modo que la gente acabó por acostumbrarse a él. En definitiva, sólo se trataba de una empalizada y de unos árboles enormes, y detrás de ellos vivía el holandés, y si se dedicaba a hacer cosas prohibidas, por lo menos lo hacía sin que nadie lo supiera y sin molestar a nadie.

Pero también vivía en Hirsau, aquel Magister Jaakob Polykarp Schober, que dirigía el Colegio Bíblico, del que formaba parte Magdalen Sibylle. Era un hombre joven, algo grueso y mofletudo, que gustaba de dar largos paseos mientras meditaba. En el curso de uno de ellos, siguiendo maquinalmente a un pájaro que revoloteaba delante de él de rama en rama, llegó a la empalizada de madera, trepó sin esfuerzo por ella sin darse demasiada cuenta de lo que hacía, avanzó por entre los árboles, se encontró de repente ante un espacio despejado y vio, en medio de macizos de tulipanes y otras flores desconocidas, cuidadosamente cultivadas, la casa del holandés, que relucía bajo el sol como un dado de resplandeciente blancura. Ante la casa se alzaba una especie de toldo y bajo él, tendida y sumida en un vago ensueño, había una joven de rostro mate y cabellera intensamente negra, vestida a usanza extranjera. El Magister la contempló en silencio humildemente, con ojos asombrados y se retiró de puntillas. Pero desde entonces, la imagen de la joven tendida bajo el toldo, ante la casa blanquísima rodeada de tulipanes, se mezcló en sus visiones de la Jerusalén celestial.

El Rabí Gabriel dejaba en plena libertad a la joven y Naemi florecía apaciblemente, sin grandes deseos. Tenía a su servicio a un anciano criado, devoto y silencioso, y a su doncella holandesa Jantje, una mujer bondadosa, afectuosa y parlanchina que la cuidaba desde muchos años atrás. A veces sentía deseos de ver a otras personas, pero puesto que su tío la mantenía alejada, era mejor así. Las personas con las que soñaba, las personas acerca de las que leía eran mejores que las personas reales.

Naemi se sumía con delicia en los libros que su tío leía con ella. Eran, sobre todo, libros hebreos y entre ellos la Cábala, de interpretaciones múltiples y variadas. Más que pensarlos los veía. El árbol cabalístico y el Hombre divino eran para ella cosas reales y tangibles. Las letras-números del nombre de Dios bailaban ante sus ojos una danza sagrada, las figuras de la Ciencia divina agitaban sus múltiples miembros, los triángulos ascendían, los rectángulos descendían y la estrella de cinco puntas saltaba de una cima a otra. Pero los heptágonos y eneágonos alargaban sus múltiples miembros, amenazantes, querían atrapar su presa estrechándose a su alrededor suavemente. Y todo se fundía en una danza armoniosa de complicados giros.

El Rabí la instruía:

–Cada frase, cada palabra, cada letra de la Escritura tiene un sentido oculto que se manifiesta cuando comparas las palabras con otros puntos de la Escritura, cuando conviertes el calor numérico de las letras en otras formaciones. Mira, aquí sólo ves un papel manchado de negro, pero está más vivo que un hombre vivo, es la boca que habla para la Eternidad. ¿No es éste acaso el milagro de los milagros? Hace muchos miles de

años alguien pensó, sintió esta frase. La boca que la pronunció por primera vez está muerta, el cerebro que la pensó por primera vez está muerto, pero su mano la escribió, y puesto que fue escrita, Dios se derramó en las letras y tú puedes pensarla y sentirla hoy, después de tantos miles de años. En la palabra escrita está Dios. Las letras viven, se entretienen, las letras se convierten en números, los números en sonidos, en Eternidad. Lo que alguien escribe se desprende de él, sigue viviendo su propia existencia y habla a otro. Pero quien se consagra a ello encuentra a Dios en todo lo escrito.

Éstas eran las enseñanzas del Rabí Gabriel. Naemi escuchaba y se esforzaba en comprender, pero las historias sagradas sólo se conformaban unos momentos según las deducciones difíciles y místicas que les arrancaba su tío. Después volvían a la normalidad y recuperaban el color y el cuerpo, y en la sangre de la niña se convertían en hermosas y coloridas fábulas, en heroicas aventuras.

Leía el *Cantar de los Cantares*: «Mi amado ha tomado la palabra y dice: ¡Levántate ya, amada mía, hermosa mía, y ven! Que ya se ha pasado el invierno y han cesado las lluvias. Ya se muestran en la tierra los brotes floridos, y ha llegado el tiempo de la poda, y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola... Paloma mía que anidas en las hendiduras de las rocas escarpadas, dame a ver tu rostro, hazme oír tu voz. Que tu voz es dulce, y encantador tu rostro».

Sensitiva y atenta deslizaba sus serenos ojos sobre las gruesas y macizas letras hebreas. El rostro, blanquísimo como el de su padre, se inclinaba lleno de atención desde su largo y erguido cuello, sus ojos estaban llenos de sueños antiquísimos, apoyaba la cabeza en las manos, los brazos se redondeaban suavemente en las articulaciones.

El Rabí Gabriel le explicaba que lo que acababa de leer significaba la creación del mundo, las flores eran los patriarcas, y la voz de los adolescentes que estudiaban los secretos de la Escritura hacía que el mundo se conservara y se manifestasen los patriarcas; y desarrollaba sus interpretaciones con gran profundidad y sutileza hasta ensimismarse y perderse en el silencio. Naemi le escuchaba piadosamente, pero apenas callaba, las flores volvían a ser flores y resonaba en sus oídos la suave y sencilla melodía: «Que ya ha pasado el invierno y han cesado las lluvias, ya se muestran en la tierra los brotes floridos, y ha llegado el tiempo de la poda, y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola». Cerraba los ojos y prestaba oído a la voz seductora, acechando más allá de los árboles y conteniendo la respiración. Pronto, dentro de un instante iba a surgir el pastor que pronunciaba tan bellas palabras de argentino son... Pero nunca llegaba nadie.

También los héroes y los santos de la Biblia significaban ciertamente lo que el Rabí Gabriel le explicaba; pero en su ausencia, Naemi los contemplaba con sus propios ojos. Era Tamar, amada de Amnon; era Raquel, que huía con Jacob, y Rebeca junto al pozo. Era también Miriam, que bailó la danza de la victoria ante los cuerpos de los egipcios ahogados por el Señor. Pero no era Jael, que clavó un clavo en la sien de Sisera, ni tampoco Débora, que juzgaba en Israel. Atribuía a los personajes de la Biblia los rasgos de las escasas personas que conocía. Agar tenía el rostro de Jantje, la criada charlatana, y los profetas mostraban los ojos grises y tristes de su tío y su nariz roma, y hablaban con su voz áspera y malhumorada.

Pero los héroes tenían la apostura de su padre, su rostro, sus grandes ojos inquietos y su voz sonora, flexible y elocuente. ¡Su padre! ¿Por qué venía a verla tan pocas veces? Colgarse de su cuello era vivir y todo lo demás tan sólo una impaciente espera de su

regreso. Todos los héroes de las Escrituras tenían su aspecto: Sansón, que venció a los filisteos, llevaba su casaca verde aceituna y avanzaba resplandeciente y temible con sus botas de montar. David, cuando venció a Goliat, vestía la elegantísima casaca roja que su padre vestía en su última visita, y al levantar el brazo para blandir la onda hacía revolar los encajes de sus puños. Pero también veía con secreto horror que los cabellos por los cuales Absalón quedaba colgado del árbol, eran los rizos castaños de su padre, y cuando David gemía: «¡Absalón, hijo mío!», se lamentaba con la áspera voz de su tío, y eran los ojos llenos de fuego de aquel padre tan amado, los que cerraba con sus manos exangües.

El nuevo duque remontaba el Danubio en la lujosa embarcación que su suegro le había regalado. Inmóvil en la proa permanecía el negro en cuclillas con la mirada inescrutable. Junto a la duquesa se sentaba el corpulento general Remchingen, arrebatado el rostro bajo la peluca blanca, resoplando, y siguiendo la moda hacía la corte a su bella señora en su alemán cantarín de austriaco. El buen soldado estaba radiante de júbilo y cien proyectos temerarios florecían en su imaginación. Uno de los primeros actos del duque había sido nombrar a su antiguo amigo ministro de la Guerra y general en jefe del ejército de Württemberg.

En Viena frieron brillantemente recibidos. Sus Majestades se mostraron condescendientes y hubo misa mayor, banquete en palacio y función de gala en la Ópera. El viejo príncipe de Thurn y Taxis había salido hasta allí al encuentro de su yerno y también sus dos amigos eclesiásticos habían querido ser los primeros en felicitarle. Cuando la embarcación se detuvo junto al muelle, esperaban en él el príncipe-obispo de Wurzburg, con sus consejeros Raab y Fichtel, y el príncipe-abad de Einsiedeln. Todos ellos abrazaron al duque con alegría cordial y besaron respetuosamente la mano de Marie Auguste.

Después de la Ópera y cuando Sus Majestades y la duquesa se retiraron a sus habitaciones, Karl Alexander, el príncipe de Thurn y Taxis y los dos prelados permanecieron reunidos. Se sirvió el viejo y dorado vino de Tokay, brillante y untuoso, al que el duque se había habituado en Belgrado. Lo bebía a grandes tragos mientras los jesuitas lo tomaban en pequeños sorbos. Reinaba en la habitación un denso ambiente, saturado por el humo de las bujías y los vapores del vino.

Karl Alexander abrió su corazón a tan probados amigos. No estaba dispuesto a enmohecerse en su ducado como un pequeño príncipe adocenado. Su ambición no se limitaba a velar porque sus súbditos cultivasen bien sus viñas, hilasen su lino y mantuvieran limpios la nariz y los faldones de sus hijos. Dejaría gobernar a sus ministros, pero reinaría él. No en vano había pasado tanto tiempo en los campamentos. Era un duque soldado, y si hasta entonces había sabido combatir y vencer por cuenta de otro, aunque se tratara de un soberano amigo y aliado, mejor sabría luchar y triunfar en su propio provecho. Luis XIV había hecho grandes conquistas; la diminuta Venecia había absorbido gran parte del territorio de Grecia; partiendo de Suecia, Carlos XII había paseado sus banderas a través de media Europa y en Potsdam se preparaba para nuevas campañas. Sentíase hombre capaz de agrandar su pequeño territorio y hacer de él, con la ayuda de Dios, un poderoso Estado. En todo caso no dejaría su país tal y como era actualmente, que apenas podía uno revolverse en él. Conocía lo bastante el arte de la guerra como para

saber que su pequeño dominio constituía, por su situación, el núcleo de uno mayor. Además, el momento era muy favorable. Estaban en guerra con Francia. Sólo tenía que avanzar derechamente hacia los dominios de Württemberg, al otro lado del Rin, hacia el condado de Mömpelgard, enclavado en territorio francés, y seguir luego adelante desde allí. Para un estratega era una excelente base. Y después todas aquellas menudencias en el interior y junto a las fronteras del ducado, las ciudades libres de Reutlingen, Ulm, Heilbronn, Gmund, Weil der Stadt; no comprendía cómo sus antepasados las habían dejado crecer y florecer tan exuberantemente. Ya se encargaría él de que no cayeran como piedras en el estómago del ducado, sino como un delicioso banquete.

–Sois muy atrevido, querido amigo –observó el viejo Thurn y Taxis, sonriendo y aspirando el perfume de su tokay, con su fina nariz de galgo. Oía con gusto los proyectos de su impetuoso yerno. Los consideraba utópicos y no creía que llegasen jamás a convertirse en realidades, pero, ¡por Dios!, el duque era un soldado y no había que exigirle gran perspicacia política. Resultaba simpático, estimulante y divertido que se tomara el asunto de una manera tan marcial. Dos meses en su residencia ducal extinguirían aquellos ardores.

Los dos príncipes de la Iglesia escuchaban atentamente los atrevidos proyectos de Karl Alexander. Habían actuado con celo en su conversión, en primer lugar en cumplimiento de su deber de atraer al buen camino a las almas extraviadas, en segundo lugar porque la conquista del príncipe de Württemberg había de ser una excelente propaganda, pero sobre todo, había sido un juego para ellos. No habían hecho grandes planes políticos basados en su conversión. Mas ya que Dios había arreglado tan felizmente las cosas, dando tan gran relieve a aquella nueva conquista, podían recibir complacidos las innumerables felicitaciones que merecería su sabia previsión. Ante todo, era preciso aprovechar aquella suerte inesperada. Un fuego como el que devoraba al duque era siempre útil. Podía servir para cocinar sabrosos platos.

El grueso príncipe-obispo de Wurzburg habló cautelosamente: el duque, su amado hermano en el Señor, tenía grandes proyectos, que todo príncipe católico debía ver con entusiasmo. Pero olvidaba que Dios le había escogido para gobernar una Babilonia rebelde y endurecida. Aquellos malditos evangélicos habían roído, como hambrientas ratas, los derechos que los príncipes alemanes habían recibido de Dios, dejando tan sólo unos cuantos harapos.

–Los habitantes de Württemberg –replicó el duque– no son malos de condición, sino súbditos fieles a sus príncipes.

Pero estaba aquella maldita chusma de Parlamento, aquellos asnos, aquellos tenderos mezquinos que le habían rehusado el aumento solicitado, un grupo de traidores que había intrigado con su hermano. Pero él se había mantenido alerta y no se había dejado robar el trono, y ahora, llegado al Poder, les haría pagar caras sus traiciones, los haría sudar sangre. Por eso no quería ser un príncipe sino un soldado, para poder darles una buena patada en sus insolentes traseros.

El abad sonrió. No era tan sencillo. En primer lugar, su hermano en el Señor, el duque, había prometido de antemano, dando toda clase de garantías, que se respetaría la religión.

–Eso no significa nada; simples pedazos de papel –gritó brutalmente el duque, con la voz ronca por el vino. A lo que el jesuita respondió sosegadamente:

—Desde luego. Pero de momento tenéis las manos atadas. Tampoco la Biblia es, después de todo, más que papel y, sin embargo, Roma y el mundo entero reposan sobre ella.

El príncipe de Wurzburg intervino, conciliador: La fuerza y la prudencia de Karl Alexander, la ayuda y la astucia de sus amigos, sus soldados y la justicia de su causa acabarían por rasgar aquellos papeles. El retorno del ducado al catolicismo, fundamento y piedra angular de todos aquellos proyectos, sería difícil, pero no era imposible. Bastaba recordar la diestra y dichosa conversión del Palatinado de Neuburg. Para empezar se dispuso que el Ejército entero, oficiales y soldados, se reclutasen tan sólo entre los católicos, medida a la que ningún Parlamento podía oponerse. Luego, todos los cargos de la corte fueron confiados gradualmente a los católicos y para terminar también todos los empleos oficiales. Los protestantes fueron despedidos, todos sin excepción. ¡Cuántas almas abrazaron por entonces en el Palatinado la verdadera fe! Primero los funcionarios cargados de familia y temerosos de perder el sustento. ¡Con qué premura abjuraron de la herejía protestante y cómo se apresuraron aquellas buenas almas a buscar refugio en el seno de la Iglesia!

Siguieron riendo y bebiendo. Nuevas perspectivas se abrían constantemente ante sus ojos. El príncipe-obispo prometió trazar, con ayuda de su consejero Fichtel, un plan político especialmente apropiado a Württemberg. Luego se separaron llenos de entusiasmo y esperanza.

Al día siguiente visitaron al duque tres consejeros del Imperio, para deliberar sobre la guerra con Francia, a la cual se había lanzado el emperador un tanto a la ligera. Karl Alexander, que hasta entonces sólo había sido ante los consejeros imperiales un general a sueldo, pedigüeño y molesto, harto difícil de tratar, se pavoneaba ahora, vanidoso, al verse solicitado. Con arrogante abandono y grandes ademanes, arrojó a los ministros los doce mil hombres de refuerzo que le pedían temerosos. A cambio, envuelto en infinitas cláusulas diplomáticas y con alusiones veladas, el tratado secreto le prometía protección y apoyo contra cualquier posible ataque de su Parlamento.

Cuando el duque salió de Viena, su Sacra Romana Majestad le besó en las dos mejillas ante la corte y el pueblo.

Cuando Josef Süß se enteró de la muerte de Eberhard Ludwig, permaneció un momento con la respiración cortada, la boca entreabierta, alzada la mano izquierda como en un ademán de defensa y agolpada toda su sangre en el corazón. Había llegado a la meta. Bruscamente se encontraba en la cima. ¡Lo había deseado tan ardientemente! Lleno de esperanza había actuado ante sí mismo y ante los demás como si estuviera ya en la cima, pero en su interior se había sentido siempre corroído y sacudido por las dudas. Y ahora, de repente, le había sucedido, había tenido suerte y escogido, entre cien mil, el número premiado; había tenido la inspiración acertada y ahora, orgulloso y genial, dejaba muy atrás al astuto Isaak Landauer, que se había sonreído burlón, meneando la cabeza y frotándose las manos exangües, al verle confiar en aquel príncipe insignificante.

¡Ah! Ahora sí que iba a sentirse orgulloso y poderoso. Cien salones brillantes se abrían ante él. De un solo golpe había sido lanzado hacia arriba. Ahora sería tratado de igual a igual, se sentaría a la mesa fastuosa de los grandes. Los que hasta ahora levantaban

su pie con desprecio para echarlo a patadas acabarían inclinándose ante él. Los que le hacían esperar en las antecámaras tendrían que esperar ante su puerta hasta que él quisiera recibirlos. Y las mujeres, finas, deslumbrantes y elegantes que le permitían indulgentes gozar con ellas, ahora le suplicarían que tomara sus orgullosos cuerpos. Devolvería con creces las patadas que había tenido que soportar. Entronizado en lo alto se regocijaría en su *dignité*, demostraría a los grandes señores que un judío podía llevar la frente diez veces más alta que ellos.

Vendió sus casas de Frankfurt y de Mannheim e hizo saber, por medio de un arrogante aviso, que todo aquel que tuviese en el Palatinado crédito contra él podían presentarlo en el acto. Entretanto compró secretamente, utilizando un intermediario en Stuttgart, en la Seegasse, el palacio de una noble familia arruinada, lo hizo restaurar magníficamente y amplió su servidumbre, su vestuario y sus caballerizas. Hizo prolijos preparativos para salir al encuentro del duque de un modo principesco y festivo.

En medio de estos preparativos le sorprendió Isaak Landauer. Oscuro y mugriento, el gran financiero, sentado en postura angulosa y descuidada en un amplio sillón, calentaba sus manos descarnadas y exangües, irritando profundamente a Süß con sus rizos y su caftán, con su aspecto de judío miserable. Pero Süß, no sin desencanto, tuvo que constatar que no inspiraba a Isaak ni admiración ni envidia.

—Habéis tenido suerte, Reb Josef Süß —dijo, meneando la cabeza con expresión de buen humor un tanto burlón—. Pero la cosa hubiera podido salir mal y entonces habríais perdido todo vuestro dinero con ese pobre diablo.

—En todo caso —respondió el otro con acritud—, no es ya ciertamente un pobre diablo.

—Eso es precisamente lo que yo quería decir —asintió Isaak. Y luego, en tono confidencial y autoritario, prosiguió—: Pero ¿a qué viene tanto fausto y tanta ostentación? Dejaos aconsejar por un viejo hombre de negocios, permitid que os diga que no es práctico y sólo puede perjudicaros. ¿Para qué situaros a plena luz? Para un judío no es bueno colocarse donde todos puedan verlo. Creed en el consejo de un hombre experimentado: un judío está mejor actuando en la sombra.

Luego, con una risita gutural, concluyó:

—Una buena letra en la caja de caudales vale más que un bordado en el vestido hecho con hilo de oro.

Y con benévola ironía pasó su mano por los bordados de la manga de Süß, que casi asqueado retiró el brazo.

«Así son estos jóvenes —pensaba Isaak Landauer, después de su visita a Süß—. Se rebajan y rebajan hasta ponerse a la altura de un *goyim*. Necesitan a su alrededor ruido y esplendor, y casacas bordadas. Necesitan sentirse apreciados por los demás. En su superficialidad, no pueden ni imaginar la maravilla del triunfo sutil y secreto que se esconde en el caftán y los rizos.»

Y Süß, entretanto, pensaba para sí, despectivo:

«¡Qué cobarde! ¡Siempre escondiéndose! ¿De qué sirve el poder si no se hace gala de él? ¡Cuánto prejuicio estúpido, temeroso y anticuado! ¡Sobre todo, no llamar la atención de los cristianos! ¡Refugiarse siempre en las sombras! Yo, en cambio, me pondré a plena luz y miraré a los ojos a la gente.»

Salió para Frankfurt en un magnífico carruaje y fue a ver a su madre, para mostrarse

ante ella con todo su esplendor. La anciana y hermosa dama –de ella había heredado Süß su tez blanquísima y sus ojos rasgados– llevaba una vida cómoda y vacía. ¡Cuán llenos de acontecimientos habían estado antes sus días! Michaela, la actriz, había recorrido Alemania al galope de sus caballos y para ella todos los caminos habían estado llenos de adoradores, de aventuras, deseos, triunfos, penas y agitación. Ahora su existencia sólo recibía del exterior el débil reflejo de los sucesos, tenía que dar importancia a cualquier nadería, para mantener la apariencia de su propia importancia, para mantener una apariencia de actividad, llenaba sus horas cuidando los restos de su belleza, manteniendo una amplia y tumultuosa correspondencia y deslizándose en la vida de sus innumerables relaciones. Süß se pavoneaba ante ella, que se embriagaba con su lujo y escuchaba atenta, abiertos y ardientes los grandes ojos rasgados, sus ruidosas jactancias. Y él, ante aquella oyente que le escuchaba tan gustosa y con tanta admiración se sentía cada vez más importante.

En medio de su diálogo multicolor y vano apareció el Rabí Gabriel. Süß acababa de hablar con voluptuosidad triunfante de las mujeres que se agolpaban a la puerta de su alcoba y Michaela le oía con ávido interés. El rostro granítico, ancho y malhumorado del viejo vino a aplastar como un enorme bloque de piedra aquellos rostros ligeros y llenos de color. Sí, sabía que el nuevo duque había salido de Viena y haría pronto su entrada en el ducado. Süß iba, naturalmente, a su encuentro, ¿no? Hablaba con una ironía tan glacial y tan fatigada, que todo lo que Süß había obtenido parecía miserable y vano. Luego preguntó, incidentalmente, si pensaba ir por fin a Hirsau, pues su hija necesitaba verle, y cuando Süß respondió con evasivas, excusándose, no insistió, pero los tres surcos de su frente se hicieron más profundos. Paseó su mirada de la madre al hijo y del hijo a la madre, y se retiró en seguida.

Durante todo el tiempo que él estuvo presente, Michaela se mostró inquieta, temblorosa, temerosa y confusa, como un pájaro sin cerebro. Süß no había visto nunca a su madre estando el Rabí presente. Su sola presencia había destrozado el orgullo y el esplendor de Süß hasta tal punto, que a éste le fue difícil reconstruirlo. Lentamente y un poco desconcertado aún, recobró su expresión altanera y dedicó leves ironías al anciano Rabí. Pero su madre no le hizo coro y su partida no fue tan brillante y satisfactoria como su llegada.

Hizo rápidamente el camino hasta Ratisbona, donde el duque le recibió ruidosamente y de muy buen humor. Arrebatado el rostro bajo su peluca blanca, Remchingen le lanzó sus más rudas bromas. No podía sufrir a los judíos, y aquél, con sus maneras demasiado corteses e insinuantes, le era doblemente antipático. También el viejo príncipe de Thurn y Taxis se mostró reservado. No olvidaba aquella fiesta en el palacio de Monbijou, en la que el judío había destruido el efecto de su traje amarillo pálido con su salón del mismo color.

La duquesa, sin embargo, le sonrió divertida, con amabilidad. Su fino talle y la burlona cabeza surgían delicadamente del extravagante traje de terciopelo azul oscuro, entre cuyos pliegues casi desaparecía el diminuto perrito. Graciosamente le dio a besar al judío su mano, pequeña, cuidada y carnosa, mientras que con la otra sostenía, de una manera graciosa y afectada, como era costumbre, los pliegues superiores de su falda. ¡Cuántos pensamientos perversos y tenebrosos no habría dejado aquel judío en su mano al besarla! Seguía teniendo aquellos ojos llenos de una elocuente e ilimitada devoción. ¡Y qué

elegantemente vestía, siempre a la última moda! Era divertido tener cerca de sí un judío como aquél, que parecía un galante caballero de Versalles y escondía bajo su elegante casaca su perverso corazón, lleno, seguramente, de toda clase de malicias y de venenosos reptiles.

Más tarde, a solas con él, el duque le pidió informes sobre el ambiente que se respiraba en el país. Preguntó algo superficial y sin importancia, pero Süß se dio cuenta de inmediato, secretamente divertido por los métodos tan primitivos con los que manifestaba su inseguridad, de cuánta importancia se daba a su opinión y al instante volvió a ser el hombre de negocios, objetivo, concentrado y en guardia. Tensos los nervios, el hábil financiero desempeñó su labor con gran aplomo. Puso en marcha todo el mecanismo de su espíritu calculador, diseccionando con rapidez y precisión todos los argumentos importantes en favor y en contra, exponiéndolos con toda claridad, contando, sopesando, calculando. Obtuvo más información del duque que éste de él.

Había tres cosas, según pudo darse cuenta, que el duque quería oír: que el pueblo, descontento, esperaba de él la liberación de todas sus desgracias; que él era el mayor general alemán, a quien el país debía, como algo natural, los medios para obtener un ejército estatal; que el Parlamento estaba compuesto por una banda de sinvergüenzas avaros, testarudos y rebeldes. Astutamente, Süß orientó sus respuestas de manera que todas acabaran siendo una confirmación de aquellos tres principios.

De pronto el duque le dio un golpecito en el hombro y exclamó:

—He de confesar que no me engañaste con tu mago, judío.

Süß se estremeció y su respuesta fue menos clara y segura que de costumbre: aquellas predicciones cabalísticas le habían costado muy caras. No tenía, pues, nada de extraño que se realizaran. El duque, sin dejar de observarle y también con acento un tanto forzado, recordó que el Rabí había profetizado un mal fin. Si sus profecías eran tan seguras, ¿por qué Süß ligaba su fortuna a la de su señor? Süß respondió, después de un silencio:

—Lo que el Rabí considera bueno o malo no pertenece a este mundo, y dos hombres tan poco soñadores como Vuestra Alteza y yo, no necesitamos rompemos la cabeza tratando de comprender tan sutil metafísica.

Pero de pronto enmudeció, cortada la respiración, e inclinó hacia un lado la cabeza. Le parecía que por encima de su hombro le miraba fijamente alguien, un hombre que tenía su mismo rostro, pero que era tan sólo una vaga sombra. También el duque guardó silencio. Los objetos perdieron su color en torno a él, el judío mismo se borró de su vista y Karl Alexander se vio avanzar en una extraña danza irreal, en la que el mago Gabriel cogía una de sus manos y Süß la otra.

Pero el judío le arrancó de su visión y le condujo hacia otras cuestiones. El duque había hablado con acritud y desprecio de su hermano el príncipe Heinrich Friedrich y de sus intrigas con los parlamentarios. Süß se agarró a aquel tema, burlándose discretamente del apacible y desmañado conspirador y habló de su querida, la rubia mansa y tonta. El duque le escuchaba con expresión maliciosa y divertida. Sí, la pobre muchacha no debía divertirse mucho con el infeliz Heinrich. Riendo a carcajadas pidió al judío que se la describiese; el brillo de sus ojos delataba que estaba maquinando algo. Por supuesto, el judío conocía a la muchacha. Cauteloso, diestro y minucioso, Süß describió, como hombre entendido, a la hija del pequeño aristócrata campesino, rubia, carnosa, blanda y pesada, de

tibia y melancólica juventud. El duque le escuchó con maligna avidez, lleno de satisfacción. Tenía un plan.

—¡Eres un experto, judío! Bien se ve que conoces la carne de cristiana —exclamó, riendo.

Una vez solo, Süß sonrió triunfante y estudió el camino que debía seguir. Era claro y preciso: adular al duque, sin vacilar ni retroceder ante la exageración. Proporcionarle dinero y con el dinero mujeres, soldados y gloria. Más, siempre más. No guardar demasiado para sí, pero procurárselo en tan gran medida que bastaran las migajas para hacerle rico. No tener en cuenta al Parlamento para nada, ponerse abiertamente contra él y tratar a sus miembros como a la peor canalla. Perseguir un único fin: dinero para la caja ducal.

Había sabido agradar a Karl Alexander. Y había hecho bien en comprar un palacio en Stuttgart. Cuando salió de Ratisbona, precediendo al duque, era ya consejero de Hacienda del ducado de Württemberg. Con su nombramiento recibió un decreto de la duquesa, designándole administrador de su caja particular.

Los habitantes de Stuttgart prepararon al nuevo príncipe un recibimiento entusiasta y alzaron tres arcos de triunfo, con soberbias inscripciones latinas, numerosas figuras alegóricas, banderas y guirnaldas. Llenaron las calles, enrojecido el rostro y alegremente tonificados por el aire frío de un claro día de diciembre. Se oían por doquier los gritos de los vendedores ofreciendo el retrato del duque, el famoso retrato en el cual tomaba por asalto la fortaleza de Belgrado, a la cabeza de setecientos zapadores y bajo una lluvia de balas. Süß había hecho imprimir a millares el grabado, para satisfacción del príncipe y de su pueblo y beneficio suyo, y todos, burgueses y campesinos, se disputaban tan barato y patriótico ornamento para sus paredes. En toda la ciudad sólo se oía la música, las aclamaciones y las salvas de artillería. Por último, extendiéndose a lo largo de dos millas, apareció el cortejo: funcionarios, oficiales, soldados a pie y a caballo, mensajeros, pajes y la carroza de gala del duque, tirada por dieciséis caballos. La pareja ducal desfiló así por las calles resplandecientes de nieve, bajo el cielo azul pálido de diciembre, y mil banderas multicolores ondearon alegres a su paso.

Abiertas las bocas y los corazones, los habitantes de Stuttgart contemplaban encantados a su imponente soberano, que avanzaba en su carroza, abierto el manto de pieles por encima de su amplio pecho cubierto de condecoraciones, y erguida la cabeza leonina de ojos dominadores, y, quizás más que a él, contemplaban a su encantadora duquesa, que los miraba con abandonada curiosidad, sonriente, envuelta en blancas pieles y coronada su singular cabecita de lagartija por una diadema. ¡Cómo se burlaba en su interior de aquellos suabos que la aclamaban! y ¡qué ridículo le parecía el orador de la Universidad de Tubinga, profesor obeso, sudoroso e intimidado, declamando trabajosamente y con marcado acento suabo una enfática salutación en verso! Pero le escuchó con grave atención cuando habló de los pueblos que el duque estaba llamado a gobernar y proclamó con emoción patética que el nombre de Karl Alexander reunía en uno todo lo que se recordaba de Carlomagno y del Alejandro griego, lo que el pueblo de Dios alababa en Sansón y las cualidades que habían hecho famoso a Hércules, terminando por compararle con el César romano. Ni siquiera dejó ver su ironía cuando el orador alabó

al duque por haber sabido elegir, como el inmortal príncipe de Ítaca, un prudente mentor. Pero se preguntó quién era realmente aquel mentor, si el consejero Fichtel, pequeño e insignificante, con su pasión por el café, o el judío elegante y astuto.

Este último se mantenía modesto y respetuoso en último término, perdido entre el grupo de dignatarios. Le había parecido hábil entrar silenciosamente y sin ninguna ostentación en Stuttgart. Había tomado posesión de su magnífica residencia y no había atraído hasta entonces la atención de las gentes. De su secretario, el silencioso y flemático Nicklas Pfäffle, resultaba imposible obtener información alguna, de manera que lo único que se sabía era que su señor era un gran dignatario de la corte del nuevo duque. Pero poco a poco se fue averiguando que el consejero de Hacienda, aunque se comportaba como un gran señor cualquiera y tenía la apariencia de tal, no era más que un vulgar judío no bautizado. Ahora bien, las leyes prohibían a los judíos avecindarse en el ducado. Los señores del Parlamento también pusieron mala cara y habrían preferido expulsar al judío del país, pero nadie quería enfrentarse al duque desde un principio por cuestiones tan poco relevantes. El pueblo miraba asombrado al judío, con curiosidad y desconfianza, pero se decían que dada la situación embarullada del Tesoro y la astucia de los judíos que administraban la hacienda de la condesa, se podía tolerar que el duque tuviera cerca de sí un consejero de esa misma raza. Se reconoció, además, que el nuevo judío se conducía con discreción y modestia, pues durante la ceremonia, a pesar de su título y de su resplandeciente uniforme, se mantenía humildemente en último término.

Pero tres días después, en la recepción ofrecida a los miembros del Parlamento, su actitud fue muy distinta. Altivo, frío y distante, se erguía entre los ministros, contemplando con aire despectivo y hostil al grupo de parlamentarios. El pequeño grupo de ministros, en el cual figuraba el judío, todos luciendo vistosos uniformes, se mantenía arrogantemente a distancia del denso grupo de parlamentarios vestidos de oscuro. La Cámara se componía de catorce prelados y setenta representantes de las ciudades y los municipios. Sólo algunos de ellos, el sutil y discreto Weissensee y el abogado Veit Ludwig Neuffer, agotado por el trabajo, estaban a la altura de la situación. Los demás mostraban rostros preocupados y confusos, y permanecían azorados y hostiles ante las miradas heladas y despectivas de los ministros. Entre estos últimos se distinguían el presidente del Consejo, Forstner y el ambiguo e insinuante Neuffer, que ya en vida del viejo duque habían sido los mentores de Karl Alexander y se habían opuesto a los planes que el Parlamento había trazado contando con el príncipe Heinrich Friedrich. También se contaba entre ellos Andreas Heinrich von Schütz, con su enorme nariz ganchuda, que debía su primer encumbramiento a la condesa, pero que lograba mantenerse en todos los Gobiernos. Los parlamentarios no esperaban nada bueno de aquellos tres, ni tampoco del judío, cuya presencia en aquel solemne acto constituía ya una provocación. ¡Había que ver la actitud tan llena de orgullo y petulancia de aquel tipo! ¡Bien sabía Dios que aquello era una provocación para el Parlamento! Pero ya vería, encontrarían el modo de enseñarle cómo comportarse.

Únicamente confiaban en uno de los ministros, y el hecho de que el duque le hubiera designado para formar parte de su Gabinete compensaba la presencia de Neuffer y del judío. Se trataba de Georg Bernhard Bilfinger, filósofo y físico. Karl Alexander conocía a aquel hombre rechoncho, de rostro abierto, carnoso y enérgico, porque había colaborado con él en determinados cálculos y proyectos de fortificación, y aunque toda filosofía le

inspiraba gran desconfianza, no había podido resistir al deseo de hacer entrar en su Gabinete a aquel reputado matemático e ingeniero en lugar de un jurista.

Los dos grupos, pequeño el de los ministros, denso y nutrido el de los parlamentarios, se mantenían el uno frente al otro, como animales enemigos: grande, torpe, negro e inerme, el uno; y pequeño, brillante, multicolor, ágil y peligroso, el otro. Pero a pesar de la marcada diferencia exterior, se entretrejan los hilos entre los dos grupos: entre el parlamentario Neuffer y su hermano, el ministro; entre el severo, leal y patriótico presidente del Parlamento Sturm y el severo, leal y patriótico consejero Bilfinger; e incluso entre el nervioso, elegante y curioso Weissensee y el nuevo consejero de finanzas, singular, ambiguo, insinuante y elegante, el judío, Su Excelencia el hebreo.

Llevaban esperando mucho tiempo, más de una hora. Y no acababa de oírse el himno nacional ni la orden a la guardia que ocupaba la antecámara de presentar armas. Las puertas que comunicaban con las habitaciones privadas del duque permanecían cerradas. Sudorosos en el denso ambiente del salón, sombríos e impacientes, los representantes del pueblo se apoyaban alternativamente sobre una y otra pierna y hasta los ministros comenzaron a agitarse. No esperaban que el duque tratase tan despectivamente al Parlamento desde un principio. ¿Era intención deliberada, capricho, azar u olvido?

Sólo uno lo sabía. El judío, sonriente, saboreaba con gozo y expresión de complicidad el extraordinario triunfo que Karl Alexander se ofrecía a sí mismo y se asociaba de todo corazón a él. Puesto que los Estados habían intrigado con su hermano, que esperaran ahora hasta que se les doblaran las piernas en tanto que él gozaba a la querida de Heinrich Friedrich, la mansa y apacible criatura de dorados cabellos.

El consejero Andreas Heinrich von Schütz leyó la Constitución, a la cual debía el duque jurar fidelidad. Se habían añadido también las garantías y seguridades que Karl Alexander les había prometido cuando aún era príncipe y que Neuffer, inmediatamente después de la muerte de Eberhard Ludwig, había transmitido a los señores del Parlamento. Todo se había fijado detallada y cuidadosamente, con gran prolijidad. Todo estaba previsto en ella. Con voz no muy alta, cadenciosa y ejercitada, gangueando un poco a la francesa a través de su enorme nariz, el señor von Schütz dio lectura al interminable documento en la sala de ambiente cargado, que una mosca llenaba con su zumbido, y en la que se elevaba, de aquella masa de hombres con pesados ropajes de ceremonia, el vapor de las respiraciones y el vaho del sudor. Karl Alexander contemplaba malhumorado aquellos rostros vulgares y sombríos, que se esforzaban en parecer conmovidos, y escuchaba la lectura de aquellos documentos rígidos y solemnes, cada una de cuyas palabras suponía para él una atadura, una imposición insolente, arrogante y rebelde. Y el gangueo continuaba sin término. Tenía que esforzarse para no interrumpirlo o bostezar ruidosamente de pronto. Acababa de tener a una mujer entre sus brazos y sentía en todo su cuerpo la piel suave y tibia de la hermosa rubia, oía aún su llanto convulso, cuyo continuo manar le había mojado el rostro, los brazos y el pecho, y se hallaba invadido por un muelle bienestar. Los miembros del Parlamento encontraron intolerable la forma en que repitió la fórmula solemne del juramento, con voz ronca y pastosa, como consecuencia del placer que acababa de gozar, su indiferencia ofensiva y su actitud ausente:

–Lo confirmo y lo juro bajo mi leal palabra de príncipe, después de madura reflexión

y con plena libertad de decisión.

Su acento era el que hubiera usado para decir a su ayuda de cámara que el agua para afeitarse no estaba bastante caliente.

Los miembros del Parlamento se retiraron abatidos y gravemente preocupados. Si los hubiera injuriado como el príncipe anterior, Eberhard Ludwig, lanzándoles los más groseros insultos, habrían podido reaccionar más fácilmente que contra aquellas maneras descorteses y despectivas. ¡Los había hecho esperar como si fueran molestos mendigos harapientos! ¡Había pronunciado su juramento con indiferencia, con manifiesto aburrimiento! ¡Oh, hermosa libertad! Iban a tener que luchar con firmeza para conservarla. ¡Oh, dulce poder de las familias reinantes! Iban a tener muchos problemas y disgustos para protegerlo.

Cuando se fueron, Karl Alexander se desperezó, se dejó caer en un sillón y se sintió a gusto. Le habían pagado su traición. Había sido muy divertido verlos alejarse con el rabo entre piernas, como perros apaleados. Estaba contento de sí mismo. Había sido un buen principio y un buen día. Primero un golpe bien colocado al manso Heinrich Friedrich, aquel hipócrita que había querido suplantarle, y luego otro no menos excelente a la canalla insolente y asquerosa, que volvía a sus casas bien apaleada y ahogándose de cólera impotente.

Despidió a sus ministros, y mientras se retiraban susurró al oído de Süß:

–Ahora tengo alguien a quien consolar: la rubia llorona. Tiene gusto mi buen hermano, más gusto del que yo le suponía.

Y con su risa estruendosa dejó caer una de sus manos en el hombro de Süß, que recibió muy halagado aquella muestra de confianza.

–Quiero gobernar por mí mismo –dijo a una diputación de los habitantes de Stuttgart–. Quiero escuchar directamente a mi pueblo y ayudarle.

Una avalancha de peticiones llegó hasta él, que las atendió personalmente.

–Quiero ayudarte a ti y ayudarme a mí mismo –dijo a uno de los solicitantes. Hizo saber por todo el país que ni el trabajo ni las dificultades le harían retroceder, si con ellos podía asegurar el bienestar y la prosperidad del ducado, y que cuidaría de que en todas partes se obrase con la honradez y la rectitud tradicionales en Württemberg, sin falsedades, intrigas, ni engaños. Quienquiera que tuviese que presentar una queja contra algún funcionario o una solicitud, podría redactarla detalladamente por escrito y ponerla en manos del duque.

Este decreto del nuevo soberano fue leído tres domingos seguidos desde los púlpitos de todas las iglesias, impreso y expuesto en los Ayuntamientos de todos los municipios. El pueblo comentaba gozoso:

–Es un verdadero príncipe. No abandona el gobierno en manos de sus cancilleres, sino que gobierna personalmente.

Los partidarios de la condesa desaparecieron, como la nieve en primavera. Unos huyeron, otros fueron desterrados, otros encarcelados. «Hostiga a nuestros hostigadores», murmuraban los campesinos. Su caída reanimó a la duquesa viuda. El retrato de Karl Alexander tomando por asalto Belgrado, a la cabeza de sus zapadores, se difundió por todo el territorio, y cuando un rescripto hubo prohibido que los solicitantes se arrodillaran

ante el duque, pues semejantes señales de respeto no eran debidas sino a Dios, Süß tuvo que encargar una nueva tirada mayor que la anterior y no hubo en todo el ducado casa burguesa o campesina en la que aquel grabado no ocupase el puesto de honor. Y los señores del Parlamento ponían cada vez peor cara.

El duque hizo uso de toda su influencia para precipitar la marcha del proceso contra el antiguo mariscal de la corte y su hermana la condesa, pero no consiguió gran cosa. Ciertamente, el entonces todopoderoso, se hallaba encerrado en la fortaleza de Hohenwiél, pero si no quería que se le reprochara haber actuado con precipitación e injusticia, había que actuar con calma y prudencia. Por lo que se refería a la condesa, ésta se encontraba fuera del país y las cortes protestantes le prestaban su apoyo para demostrar su oposición al duque católico. Además, la mano oculta de Isaak Landauer soltaba todos los cabos con los que los torpes consejeros de Württemberg intentaban tejer una red para atraparla. Se nombró un tribunal especial para juzgar a la condesa. El primer jurista del ducado, el profesor Moritz David Harpprecht, respetado en toda Alemania por su estricta imparcialidad, presentó contra ella acusaciones capitales por bigamia, adulterio repetido y prolongado durante muchos años, tres tentativas de asesinato contra la esposa de Eberhard Ludwig, por crimen de lesa majestad, aborto, falsificación, estafas y malversaciones, y el tribunal pronunció contra ella sentencia de muerte. Un agente especial de Württemberg, el barón de Zech, fue enviado a Viena para obtener la ejecución de aquella sentencia y no gastó menos de ciento cuarenta y tres mil florines en ganar para su causa a los consejeros imperiales. Pero ya fuera porque Isaak Landauer gastase más o porque sencillamente se mostrara más hábil, el asunto se estancó y derivó finalmente en una transacción pecuniaria harto complicada.

Esta cuestión, como todas las del Gobierno, aburrió pronto al duque. Había publicado bellos manifiestos y conquistado el amor de su pueblo. Sus consejeros, el impetuoso general Remchingen, el hábil diplomático Schütz y el astuto financiero Süß, le confirmaban constantemente que todos los abusos habían desaparecido y que la edad de oro volvía para Württemberg. ¿Dónde encontrar en Alemania otro príncipe tan consciente de sus deberes? Orgulloso ante Dios, ante los hombres y ante sí mismo, convencido en lo más profundo de haber merecido el título que le había otorgado la Universidad de Tubinga de «verdadero pastor y bienhechor del género humano», dejó a sus consejeros el cuidado de cumplir sus promesas, y gozoso de reemprender su vida de soldado, volvió, ávido de nueva gloria, al Ejército.

Süß conferenciaba con el consejero Bilfinger y el profesor Harpprecht, sobre el proceso abierto a los dos Gräveniz. Se ballaban reunidos en el lujoso despacho de Süß. Esbelto y elegante el judío y corpulentos y pesados sus dos interlocutores. El asunto iba mal. Viena había sugerido poner en libertad al antiguo mariscal de la corte y aceptar su propuesta de conciliación; renunciar a sus posesiones en Württemberg a cambio de una módica suma. Viena tampoco se mostraba dispuesta a ratificar la sentencia contra la condesa y sugería una transacción financiera, que los de Württemberg juzgaban poco ventajosa e inaceptable para la dignidad ducal. Süß estimaba, por el contrario, que el éxito más palpable era la obtención de una gran cantidad de dinero y solicitaba que dejasen a su cuidado el arreglo financiero, comprometiéndose a concluirlo a completa satisfacción del duque. Los dos

personajes, graves y equitativos, encontraron poco seria y demasiado judía aquella manera de ver las cosas; además, sabían que Süß tenía negocios con la condesa y no confiaban del todo en él. Pero, a fin de cuentas, el agente de Württemberg había vuelto de Viena sin haber obtenido nada y no había más salida que aquella transacción. El judío entendía aquellos asuntos mejor que ningún otro, y el duque tenía una confianza ilimitada en su buena fortuna y en su habilidad. En consecuencia, consintieron, aunque de mala gana, en que fuera Süß quien prosiguiera con las negociaciones.

Resuelta esta cuestión, Süß pidió aún al jurista su opinión sobre ciertos derechos del Parlamento que estaban en litigio. Éste era un asunto que tocaba el punto más sensible del corazón de los dos honrados ciudadanos de Württemberg. Harpprecht, el jurista, pausado, reflexivo y circunspecto, acostumbrado a estudiar los problemas desde todos los ángulos posibles y a examinar todas sus facetas, y Bilfinger, amigo íntimo del famoso filósofo Wolf, inclinado a considerar las cosas desde un punto de vista muy elevado y con extrema seriedad, ambos sinceros patriotas, inteligencias serenas y prácticas, reconocían que algunas familias burguesas dominantes consideraban la Constitución como una propiedad hereditaria suya y se repartían los puestos de representantes del pueblo; sabían, también, que algunos abusaban de la bandera de la libertad y la utilizaban en su beneficio personal. Mas, a pesar de todo, estaban profundamente convencidos de que los estatutos del Parlamento eran los pilares del Estado e interpretaban todas las controversias que podían surgir entre los príncipes y su pueblo con aquella gravedad liberal y consciente de sus responsabilidades que había inspirado la Constitución al primer duque de Württemberg, el cual había sido verdaderamente un gran soberano en un pequeño territorio. Su máxima principal había sido la seguridad de las libertades, su lema: *Attempto!* ¡Me atrevo! Y el hecho de que el poder del príncipe se viera limitado a veces, incluso para llevar a cabo algo útil, por la Constitución, le parecía un mal necesario insignificante si lo comparaba con el gran bien que suponía la Constitución y las limitaciones que ésta le imponía, impidiéndole así que cometiera grandes y graves errores.

Se trataba de ciertas tasas y monopolios propuestos por Süß y que, desde luego, iban contra el espíritu de la Constitución, pero el texto de la misma ofrecía brechas, por las cuales un espíritu sutil y sin escrúpulos podía introducirse. Harpprecht, secundado por Bilfinger, se acaloraba hablando y Süß le escuchaba con atención cortés. Pero, de pronto, el jurista advirtió la mirada del financiero, aquella mirada de animal de presa ávido, acechante y sin conciencia. Había visto aquella mirada muchas veces, pero fue entonces cuando la reconoció claramente. ¿Qué significaban para una mirada así los conceptos de libertad, Constitución, lealtad y pueblo? Simplemente un medio para la especulación, para subir más arriba de lo que estaba, para sacudir bien el árbol en el que se había posado, su árbol, el duque. Aquel hombre instruido se dio cuenta de que el judío no veía en la Constitución y en sus representantes más que competidores, que los odiaba con el odio irreflexivo de la competencia. Ante aquella mirada del judío, inteligente, ávida, acechante y codiciosa, que ningún ideal purificaba, todos aquellos grandes conceptos perdían su color para no ser sino estúpidos sueños de juventud. Consideró, pues, inútil seguir hablando a aquel comerciante del espíritu de las leyes y de su bello y noble significado, ya que no habría de retener de sus palabras sino lo que pudiera serle útil para sus sucios proyectos interesados. Y así, los dos honrados ciudadanos de Württemberg se retiraron poco después, fríos y descontentos, respetuosamente acompañados hasta la puerta por la

impasible cortesía de Süß.

Al salir se cruzaron con Isaak Landauer, que ostentaba como siempre su caftán mugriento y sus rizos. Süß le había rogado que viniera para arreglar con él los asuntos de la condesa. Los dos judíos se comprendían, sin necesidad de explicarse cuáles eran sus fines. Se trataba de establecer un balance que en apariencia fuera favorable al duque, pero en el que en realidad saliera ganando la condesa.

Regateando encarnizadamente, pusieron en juego todas sus fuerzas uno contra el otro. Cada uno tenía su interés particular, pues también tenía cada uno sus créditos tanto sobre el duque como sobre la condesa. Por último, Süß acreditó al duque una ganancia aparente de trescientos veintitrés mil florines, pero en realidad, el duque tenía que pagar a la condesa ciento cincuenta y ocho mil. Al entregar esta suma, Süß retuvo a la condesa treinta mil florines por pretendidos préstamos y adelantos e inscribió en el débito del duque, por sus servicios, cinco mil florines más.

De este modo, los amores de la condesa, que durante tantos años habían agitado y trastornado el ducado, terminaron con una considerable ganancia para el consejero de Hacienda, Josef Süß Oppenheimer. La condesa llevó en Berlín, a partir de ese día, una existencia brillante y agitada. La salud de la agriada duquesa viuda, que toda su vida había tenido una naturaleza enfermiza, empeoró, y los médicos admiraban la tenacidad con que luchaba contra la muerte, logrando vencerla una y otra vez. Pero ella, llena de un odio desolado, ceniciento y enmohecido, mantenía fija la mirada en su enemiga y sólo consintió en morir tres semanas después de ella.

Karl Alexander visitaba las fortalezas y los campamentos, cabalgaba, inspeccionaba, daba órdenes y desplegaba una gran actividad. Celebró cordialmente su nuevo encuentro con el general en jefe, el príncipe Eugen, tan hábil estratega como rígido y severo soldado. Ante las fuerzas superiores de los franceses, se retiró prudentemente, atrincherándose cerca de Heilbronn. El enemigo había invadido de nuevo el ducado, requisando por doquier y exigiendo tributos. Pero los refuerzos al Ejército imperial, aportados principalmente por Karl Alexander, obligaron a los franceses a retirarse más allá del Rin. Poseído de ardiente celo, el duque aseguraba ahora la defensa militar de las fronteras. Ampliaba las fortalezas añadiendo nuevos reductos y no cesaba de conferenciar con Bilfinger. Estudiaron seriamente un plan estratégico, verdaderamente genial y de gran alcance. Desde Rottweil hasta Rottenburg se escarparían las montañas en determinados puntos, levantando fortificaciones aquí y allá, de manera que resultara imposible cruzar esa frontera. Se trazarían líneas de defensa cruzando la Selva Negra, desde Schiltach hasta Oberndorf, hasta llegar al Neckar, asegurando el Heuberg por medio de estacadas. Para la guarnición de estas fortalezas bastarían cinco batallones y de diez a doce escuadrones. Y organizaron, con fuerzas relativamente reducidas, unas Termópilas suabas contra las cuales habría de estrellarse el ímpetu de cualquier Jerjes francés.

Al principio, el Parlamento no opuso dificultad alguna a los planes de Karl Alexander. El ducado había sufrido demasiado durante el reinado de Eberhard Ludwig, bajo las invasiones, incendios, saqueos, robos y asesinatos de los franceses, para no estimar ahora sinceramente la robusta y experta protección militar de su actual soberano. Pero una vez rechazados los franceses allende el Rin y desvanecido el peligro inmediato, el

Parlamento se mostró más reacio, exasperando al duque con sus objeciones incesantes y mezquinas. A cada momento aparecía ante él una Comisión presentando reclamaciones contra sus medidas militares, el reclutamiento y los gastos de armamento, irritándole con la visión de sus rostros vulgares y obstinados y con su ruda y tenaz insistencia. Por todas partes surgían dificultades. Los refuerzos llegaban lentamente, gota a gota; los caballos, los víveres y el material de guerra eran proporcionados sin entusiasmo y nunca en la cantidad necesaria; las contribuciones de guerra se cobraban trabajosamente y el Tesoro estaba agotado. El duque, desconfiado por naturaleza, comenzó a sospechar que sus consejeros se entendían clandestinamente con el Parlamento y reclamó la presencia del judío en el campamento.

Süss había estudiado ya en sus menores detalles la política de Württemberg y hacía mucho tiempo que esperaba ávidamente aquel instante. Con su habitual mente ágil, clara y despejada, había definido los objetivos y calculado minuciosamente los pasos a seguir, veía ante él cada pulgada del camino y las dificultades del terreno como en un plano trazado con precisión matemática.

Partió pues, soberbio y resuelto, al encuentro de Karl Alexander, que le recibió sin demora. Era de noche, ardían las antorchas y el criado negro se mantenía acurrucado en un rincón. El duque examinaba con Bilfinger mapas y tablas geométricas y en un súbito acceso de cólera, desahogó todo su malhumor y su exasperación, pues no tenía por qué contenerse ante aquellos dos. Sus sospechas contra sus ministros, sobre todo contra Neuffer y Forstner se habían intensificado de día en día. Eran ellos los que, cuando aún era sólo un príncipe, le habían animado a conceder al Parlamento aquellas garantías y aquellos solemnes documentos, para eliminar antes de su subida al trono, todas las intrigas en favor del príncipe Heinrich Friedrich. Ahora estaba convencido de que la firma de aquellos documentos había sido absolutamente innecesaria, y que además sus dos consejeros le habían engañado con ellos. Era indudable que estaban de acuerdo con la chusma rebelde del Parlamento. Se había olvidado o eliminado un pliego del original, que era muy distinto de aquello que le habían presentado. Bilfinger escuchaba con desagrado e inquietud aquella explosión carente de sentido y de fundamento y se esforzaba en calmar al duque con serenas consideraciones objetivas, intentando convencerle de que lo que había firmado no era más que lo que la Constitución exigía de él, y que era exactamente lo mismo que sus predecesores habían jurado desde el tratado de Tubinga, y que, por lo tanto, aquella firma no era más que un hermoso gesto, absolutamente necesario si se tiene en cuenta cuán exaltados estaban los ánimos en el país. Karl Alexander guardó silencio ante sus palabras, pero no quedó convencido. Süss, por su parte, se limitaba a escuchar atento y su rostro, en el que se dibujaba una significativa sonrisa, contrastaba, sereno y pálido a la luz de las velas, con las caras congestionadas y excitadas del príncipe y de su ingeniero. Bruscamente, Karl Alexander se volvió hacia él.

—Y tú, judío, ¿qué piensas?

Süss, encogiéndose de hombros, declaró que resultaba harto singular ver hasta qué punto se ejecutaban mal o incompletamente las órdenes tan claras y prudentes de Su Alteza. Era muy posible que los consejeros mantuviesen relaciones secretas con los parlamentarios descontentos; pero, verdad o no, era preciso que fueran muy incompetentes y mezquinos para que los resultados fuesen tan poco satisfactorios. El duque le preguntó entonces qué propondría él, y Süss replicó que a su juicio, y según la

experiencia por él adquirida en la Intendencia militar de Austria, era necesario castigar con fuertes multas toda resistencia pasiva. Las penas pecuniarias eran el medio más seguro. Tanto el burgués como el campesino tenían gran apego a sus bienes y sacrificaban más gustosos su vida que su dinero. El duque manifestó que reflexionaría sobre el caso, y ordenó a Süß que redactase detalladamente su proposición. El judío lo había hecho ya y depositó sobre la mesa una carpeta que contenía proyectos y cálculos. Bilfinger expuso de nuevo todos sus argumentos contra las sospechas del duque y aconsejó medidas más benignas y menos brutales. Pero Karl Alexander, con mirada irritada, le interrumpió y comenzó a hablar de nuevo de las tablas geométricas que tenían ante ellos.

Y al día siguiente dio a Remchingen la orden de aplicar con todo rigor la proposición de Süß. Los dos hombres trabajaron, pues, de concierto, siendo el general el brazo ejecutivo y el judío el cerebro. Remchingen se burlaba de Süß, gastándole bromas toscas y obscenas. Süß a su vez le odiaba y le despreciaba, pero toleraba sin irritación las chanzas y obscenidades del soldado, recibéndolas con una sonrisa insensible y cortés, y gracias a su infinita pericia y habilidad, a sus siempre nuevas astucias y trucos obtenía la involuntaria admiración, burlona y gruñona, del general. Coincidían en el deseo de servir al duque a toda costa, procurándole soldados y dinero, e igualmente en la profunda convicción de que el pueblo pertenecía al soberano tan por completo como sus caballos y sus perros. Consideraban que era una insolencia, un delito, atreverse siquiera a decir algo contra él.

Como por arte de magia empezó a llegar en el acto todo aquello que ni la fuerza ni la persuasión habían conseguido procurar hasta entonces. Si los tambores de las compañías de reclutamiento sólo habían podido reunir antes, con todos sus redobles, unos cuantos millares de voluntarios, y entre ellos gran cantidad de individuos nada apropiados para el oficio de soldado, ahora rebosaban los cuarteles de robustos reclutas. Los caballos se acumulaban en las remontas, los almacenes rebosaban uniformes, las arcas, dinero y letras, y en los graneros y depósitos no había ya sitio para el trigo y las provisiones que a ellos llegaban. Tras el mísero período de marea baja, las aguas crecían, espumosas, brotando, formando corrientes, llenas de vida. Por todas partes se acumulaban reservas y refuerzos. Karl Alexander, orgulloso y triunfante, alababa por doquier el genio y la habilidad de su consejero de Hacienda.

Pero todo ello pesaba como plomo sobre el pueblo, de una manera asfixiante. Ya había existido antes una especie de reclutamiento forzoso, pero sólo para los vagabundos y los holgazanes que vivían a cargo de los municipios. Y ahora el reclutamiento se extendía a todos los hombres solteros del país. Para librarse había que pagar sumas exorbitantes. Los casados estaban exentos del servicio, pero todo aquel que pretendía casarse antes de los veinticinco años tenía que ceder al Tesoro la quinta parte de su patrimonio. Los caballos eran objeto de minucioso examen y todos los que podían ser útiles eran requisados; el Gobierno sólo pagaba en letras a largo vencimiento. El comercio y la industria se desangraban víctimas de elevados impuestos de guerra que eran implacablemente recaudados.

Los retratos del duque dejaron de ser adornados con lazos y guirnaldas. Los jóvenes vestían el uniforme entre maldiciones y juramentos. Las madres, las mujeres y las novias lloraban y caían en la miseria y en la abyección en ausencia de los hombres. La prohibición del matrimonio multiplicó los hijos ilegítimos, los abortos y los infanticidios. La tierra no podía cultivarse como era debido por falta de brazos y los mejores caballos les habían sido

arrebatados por la fuerza. Los precios subieron y los víveres y las mercancías desaparecieron del mercado. Las maldiciones y las expresiones ofensivas se hicieron cada vez más audibles. Severos decretos prohibieron, bajo penas gravísimas, toda manifestación irrespetuosa contra las órdenes del duque y toda rebeldía. Algunos descontentos fueron detenidos y perseguidos. Los clamores se apaciguaron, pero las imprecaciones continuaron en voz baja en aquellos lugares en los que la gente se sentía al abrigo de los espías. Embrutecidas, las mujeres miraban fijamente hacia el oeste, en la dirección en la que habían desaparecido los hijos, los seres queridos, atrapados, rechinando los dientes, embutidos en los malditos y absurdos uniformes. En sus campos desolados los campesinos murmuraban: «¡Lástima de caballos, hermosos, gordos y suaves! Ahora se convertirán en rocines arrastrando esos estúpidos cañones».

Este estado de opinión no inquietó lo más mínimo a Süß. En el Palatinado, donde había introducido el impuesto del Timbre, se había habituado a las manifestaciones hostiles ante las puertas de su casa, a los ultrajes y a los libelos, y todo aquello resbalaba sobre él como el agua sobre una tela encerada. ¿Quién podía alcanzarle? Tenía el poder en sus manos, era el consejero más íntimo del soberano, nadie sabía manejarle como él ni tampoco soportar con expresión humilde y sumisa los accesos de cólera atronadores de aquel soldado, y, después de haber sido despedido violentamente, presentarse de nuevo al cabo de una hora como si nada hubiese pasado. Los funcionarios tenían la consigna de acatar, en todos los asuntos de dinero, sus decisiones inapelables, y ninguna cuestión financiera se decidía sin su conocimiento y su expresa voluntad. ¿Y qué había que no estuviera relacionado con el dinero? Aquel que manejaba las finanzas, manejaba el país.

Süß respiraba a pleno pulmón, saboreaba con voluptuosidad los vientos del poder que le envolvían. A partir de sus afortunadas medidas para reforzar el ejército, era el verdadero soberano del ducado. Estaba muy alto, casi en la cima, y un escalofrío agradable le recorría la espalda cuando contemplaba, muy por debajo de él, a la multitud que intentaba trepar a las alturas. Muchas veces, cuando su antecámara estaba llena de solicitantes ansiosos, paseaba solo de un lado a otro de su despacho, sonrientes sus labios rojos en su rostro pálido, escuchando los murmullos apenas perceptibles que llegaban a través de la puerta, henchía el pecho, respiraba profundamente, sonreía y despedía a todo el mundo. Sí, era dulce, dulce y magnífico tener poder entre los hombres. No sin un cosquilleo estremecedor, percibía el odio reprimido e impotente de los que le saludaban servilmente, y luego escupían a sus espaldas. El odio del pueblo era bueno, había dicho Isaak Landauer, el odio significa poder, el odio significa crédito.

Alguien le denunció una frase que circulaba entre el pueblo. Su autor era el pastelero Benz, un tipo bajo, gordo, de ojos porcinos, que la había pronunciado hablando de política con otros pequeños burgueses en la posada del «Carnero Azul».

—Bajo el duque anterior reinaba una prostituta, y bajo éste reina un judío.

Süß hizo traer al pastelero a su presencia, y aquel hombre bajo y gordo, sudoroso de terror y hurtando los ojos a la mirada penetrante del judío, lo negó todo. Süß reunió a su servidumbre, y ante los lacayos que reían dándose codazos —todos ellos sabían que el pastelero había pronunciado realmente aquella frase—, aquel hombre de cuello corto, jadeante, tuvo que afirmar por su honor y su conciencia, poniendo a Dios por testigo, que no sabía nada de aquella historia ni se había permitido jamás palabra alguna irrespetuosa contra Su Excelencia. Sólo entonces, después de haber besado la mano del sonriente Süß,

pudo retirarse andando de espaldas. Pero Süß informó al duque de cómo sus fieles servicios le habían atraído la hostilidad del pueblo.

Manténía en su casa un lujo principesco. La había hecho decorar por Ubaldo Raineri, un maestro siciliano famoso por sus trabajos en las residencias de la más alta nobleza francesa. Sus salones estaban adornados con magníficas alfombras, gobelinos, muebles de rica talla, estucados, frisos de lapislázuli y de oro, jarrones y bustos. Al lado de Homero, Solón y Aristóteles, el decorador, sin mala intención o como burla, había situado los bustos de Salomón y Moisés. Un fresco que representaba el triunfo de Mercurio decoraba el techo del comedor, y en el de la alcoba Leda se entregaba, con ojos húmedos y entornados, a las caricias del cisne. En las tabernas, los burgueses hablaban entre grandes risas del lujoso y atrevido lecho, inmenso y rodeado de espejos que era ornamento principal de aquella alcoba, de la que también hablaban en secreto y con disimulada excitación las muchachas. Süß estaba orgulloso de haber introducido en Alemania la moda de las porcelanas chinas, venida de París, y entre Moisés y Solón, entre Hornero, Salomón y Aristóteles, se erguían figuritas chinas y pequeñas pagodas tintineantes. Pero el asombro y la diversión de las señoras era el papagayo Akiba que, encerrado en su jaula dorada, decía: «*Ron jour, madame*», «¿Cómo ha dormido Su Alteza?» y «*Ma vie pour mon souverain*». Su mesa era la más refinada del país. Sólo comía lo mejor de lo mejor. Sus invitados se preguntaban con asombro dónde se procuraba tanto manjar exótico, carnes, mariscos y frutas que hasta el momento no habían podido verse nunca en Suabia y de las que cada mes llegaban nuevas especies a su mesa. El pastelero Benz miraba con envidia las obras maestras de helado con frutas que el cocinero francés del judío preparaba bajo formas encantadoras y constantemente renovadas.

La librea morada con botones de plata de la servidumbre del judío fue conocida pronto por doquier. Tenía un secretario, un bibliotecario, mensajeros, pajes, cocinero y bodeguero, y entre todos aquellos servidores circulaba pálido y grueso, flemático e indiferente, Nicklas Pfäffle supervisándolo todo, ordenando, dando a todo un toque de perfección. El ayuda de cámara de Süß tenía un trabajo ímprobo. Debía saberse de memoria el *Mercure Galant*, pues el consejero de Hacienda gustaba de pasar por el hombre más elegante del ducado y su vestuario se renovaba cada dos o tres semanas. Tenía pasión por las joyas. El solitario que llevaba en su dedo era famoso y las hebillas de sus zapatos y sus guantes estaban adornados con piedras preciosas que cambiaban con la moda. En su tocador y en su alcoba tenía vitrinas de joyas preciosas –siempre distintas gracias a sus contactos con los joyeros de Amsterdam y con determinados joyeros italianos– que regalaba a sus visitantes, tanto a las damas de la nobleza como a las hijas del pueblo. La gente se burlaba de él por tener que recurrir a tales medios, pero Süß sonreía sabiendo que ninguna mujer se resiste a semejantes procedimientos y que la mujer así obsequiada quedaba de esta manera estrechamente ligada a él. En cambio, y ése era su negocio favorito, regateaba con habilidad y dureza con los hombres vendiéndoles las joyas con gran beneficio. Le satisfacía cambiar una piedra, insignificante por su tamaño, por un montón de oro, percibiendo el extraordinario poder que encerraba en su interior una piedra tan pequeña.

Sus caballerizas no encerraban gran número de caballos, pero sí muy selectos. Gustaba de comerciar en ellos con los grandes señores, comprando, vendiendo, intercambiando. Los tres hermosos caballos árabes de la duquesa se los había

proporcionado él. También para su uso personal tenía una yegua árabe blanca llamada Assjadah, que traducido significa «la oriental». Provenía de las cuadras del califa y le había sido vendida por el levantino Daniel Foa. No profesaba verdadero cariño a aquella yegua, pero cuidaba muy bien de ella, pues sabía que montado en aquel animal no de gran alzada, pero nervioso y fino, ofrecía un aspecto principesco. Hasta el mismo Remchingen, hostil y gruñón, se había visto forzado a reconocerlo diciendo: «A caballo se lo tomaría por uno de nosotros».

Era más difícil llegar hasta Süß que hasta el duque. Hacían falta muchas cartas de recomendación, muchas gestiones y gran insistencia para llegar a su despacho y muchas veces, después de conceder la audiencia, despedía al solicitante sin recibirle. Era el banquero del duque y tenía el título de consejero de Hacienda. Pero nada más. Su nombre no figuraba jamás al pie de ningún documento político. La Constitución prohibía terminantemente que ningún judío ocupase cargos estatales, y Süß era lo bastante inteligente como para satisfacerse provisionalmente con el poder sin el título. No era el duque, casi siempre entre sus soldados, ni ninguno de los ministros quien gobernaba el ducado: era él, Süß, y lo sabía. Era a él a quien visitaban los extranjeros en los pequeños círculos que se reunían a su alrededor. Astutamente evitaba de momento ofrecer grandes fiestas; todos tenían más interés en participar en sus reuniones que en las asambleas de los ministros. Se iba constituyendo un partido abiertamente afecto a su persona, le acompañaban cuando salía a caballo, alababan ante todo el mundo su genio y su habilidad, comentaban sus méritos ante el duque y ante el pueblo y le rodeaban como una corte. Johann Theodor von Scheffer, jurista de Tubinga y consejero de Estado, muy versado en Derecho constitucional, fue uno de los primeros en ponerse francamente a su lado; lo siguieron luego los consejeros Bühler y Mez, de la Cámara ducal, a los que siguieron el intendente Hallwachs, el fiscal Knab y los Consejeros Crantz, Thill, von Grunweiler y von Lamprecht, que le envió a sus dos hijos para que aprendieran a su servicio, como pajes, las buenas maneras y los hábitos de la corte. Los burlones llamaban a aquella corte «la guardia hebrea», nombre con el que la había bautizado el director de la Cámara, Georgii, cosa que Süß no le perdonó nunca, y hacían correr fáciles bromas sobre los judaizantes. Pero no tardó en demostrarse que aquellos judaizantes habían orientado acertadamente su rumbo, pues la casa de la Seegasse se convertía de día en día en la verdadera sede del Gobierno. También asomaba ahora en los salones de Süß la nariz ganchuda del consejero von Schütz; el abogado del Estado, Neuffer, huraño y ardiente, se introdujo también en los círculos del judío, como una inaudita confirmación de la bajeza humana; y también empezó a frecuentarlos, ligero, elegante y diplomático, el astuto y curioso Weissensee.

Las mujeres que pasaban delante de aquel palacio arrojaban curiosas y excitadas miradas al vestíbulo, donde se pavoneaba un portero corpulento embutido en su librea morada con botones de oro. Cuando Süß pasaba a caballo montado en su yegua árabe por las calles, le seguían las miradas espantadas de las mujeres llenas de deseo. Se susurraban historias escabrosas y lascivas sobre Süß, según las cuales devastaba con furia la carne femenina, hacía arder la sangre de sus amantes por medio de operaciones de magia negra y las entregaba al demonio. El duque confiaba más en el gusto de su judío que en el de ningún otro de sus íntimos, y Süß debía proporcionar constantemente nuevas mujeres a su ardor insaciable. Cuando Remchingen se burlaba de las orgías del circunciso y

manifestaba con envidia que ninguna cristiana que se respetase podía entrar en el lecho de aquel hebreo, quien en consecuencia debía recurrir a abominables prácticas de magia negra, el duque alegaba que un rostro atractivo y unos muslos vigorosos eran la mejor de las magias. También confiaba a Süß la elección de las artistas de la Ópera, y afirmaba frecuentemente, entre risas, que el judío era un *gourmet* que probaba antes que él los mejores platos. También por la alcoba de los espejos, bajo el techo donde Leda sonreía voluptuosa, desfilaba una interminable procesión de mujeres, jóvenes y maduras, rubias y morenas, suabas y francesas, tibias y ardientes. Pero el judío, que tanto se vanagloriaba de otras cosas, no decía jamás una sola palabra de sus éxitos en este terreno, ni de los difíciles, de los cuales estaba orgulloso, ni de los más fáciles, que eran innumerables. Entre todos aquellos caballeros ruidosos y fanfarrones era el único que guardaba silencio acerca de estas cuestiones, y ni la jovial insistencia de Karl Alexander, ni la curiosidad adulatora y amable de Weissensee, y todavía menos las insinuaciones groseras y burlescas de Remchingen conseguían sonsacar a su amabilidad evasiva la más pequeña insinuación. Si a pesar de esto, en las cantinas de los soldados se comentaban sonriendo con fruición, haciendo burla de ello, muchos detalles jugosos y poco habituales, con toda certeza auténticos, procedentes de la cama del judío, las culpables eran ellas, que orgullosas de haber estado con aquel hombre peligroso, tan distinto a los demás, perseguido por la curiosidad de las mujeres, contaban sus más secretas intimidades a una amiga, entre risas, susurros y lágrimas, después de hacerle jurar mil veces que guardaría el secreto.

Cuando el judío hubo terminado la instalación de su palacio, la duquesa se dignó aceptar su invitación respetuosa y apremiante y fue a visitarle, acompañada por Remchingen. Con remilgada actitud paseó su cabeza menuda y delicada, del color del mármol antiguo y noble, por los salones resplandecientes, inspeccionó con sus ojos rasgados y vivos las porcelanas chinas, dio golpecitos con sus pequeños dedos torneados en las pagodas en miniatura, se dejó ofrecer por Süß una sortija de poco valor intrínseco, pero maravillosamente trabajada, se deslizó con paso breve ante los lacayos morados reverentemente inclinados hasta el suelo y fue a las caballerizas, donde dio a la noble yegua Assjadah un terrón de azúcar. Durante todo el tiempo gozó, llena de satisfacción, de la ilimitada sumisión de Süß. Otros tenían pequeños moros, o un negro, o incluso un chino, pero un judío así, con aquella casa y aquel papagayo y aquella yegua blanca tan elegante, no lo tenían ni en Versalles.

Pero una vez en su carroza, rodeada de curiosos que la contemplaban descubiertos y con la boca abierta, dijo con su provocativa voz, por encima de la cabeza del financiero, profundamente inclinado sobre su mano:

–Todo es muy bonito, judío, y muy lujoso. Pero no me has enseñado la habitación donde degüellas a los niños cristianos.

Y se alejó con su risa divertida, sutil y campanillera.

Süß permaneció descubierta ante su casa, blanco de las curiosas miradas de la multitud, de la que hizo caso omiso, y siguió con sus ojos rasgados y expresivos la carroza de la duquesa, los rojos labios entreabiertos contrastando con la blancura de su rostro.

Al iniciarse la primavera, el Rabí Gabriel, de repente, tal era su modo de hacer las cosas, abandonó la casita blanca rodeada de terrazas llenas de flores. Salió de viaje discretamente

y sin servidumbre, y paseó de aquí para allá su inquietante figura. No mostraba prisa alguna ni tenía ningún asunto que atender en ningún lado, pero tampoco se detenía en ningún lugar, viajando sin tregua y aunque su ruta trazaba caprichosas curvas, parecía obedecer a un plan predeterminado.

Llegó a las montañas y permaneció dos días en una casita de labriegos situada al lado de un puentecillo tendido sobre un torrente, contemplando los troncos que la corriente arrastraba, y que chocaban, se estancaban, se entrecruzaban y volvían a seguir su rumbo sobre las aguas espumeantes. Durante noches enteras oyó el tintineo interminable de las esquilas del ganado que los pastores conducían a los prados cimeros. Recorrió la sinuosa pendiente del desfiladero que conducía al sur. Soplaba un vientecillo tibio de mediodía, había llovido, el ambiente era húmedo y pesado y las montañas se alzaban en masas azul oscuro. El Rabí Gabriel descendió del carruaje y echó a andar adelantándose. Por el camino mojado y reluciente bajo el sol, arrastraba su concha un caracol, y el caminante desvió su pie para no pisarlo. Pero un cuarto de hora después lo aplastaba la rueda de su coche.

Hundiéndose profundamente en la nieve, llegó a la cima del desfiladero. Ante él se extendía una tierra bendita en la que todo estaba en flor. Llegado a la orilla de un vasto lago se detuvo y permaneció largo tiempo sentado en el suelo, inmóvil y macizo como un bloque de piedra al sol. En torno a él los naranjos lucían su espeso follaje y más abajo los olivos, ligeros y plateados, trepaban por la pendiente.

Entretanto, Süß se dirigía hacia Hirsau. Desde que su tío había traído a la niña, desde su admonición muda y despectiva, no había podido volver a encerrar dentro de sí su secreto del mismo modo hermético de antes. Un hálito del mismo reptaba por encima de sus papeles cuando efectuaba sus cálculos, se deslizaba en sus noches y le acariciaba la espalda cuando cabalgaba brillante y odiado por las calles montado en su yegua blanca, hasta al punto de que su noble cabalgadura, advirtiéndolo también, se encabritaba y relinchaba, excitada. A veces, aquel hombre calculador y positivo, que veía las cosas claras, precisas y desnudas, con sus contornos reales y las designaba por sus nombres, se estremecía sobresaltado en pleno día y jadeaba alzando los hombros como para esquivar un golpe: un rostro le miraba fijamente por encima de su hombro, un rostro vago y borroso, que era el suyo propio.

Hacía ya tiempo que sentía el impulso de viajar hasta Hirsau, hasta la casita blanca rodeada de terrazas llenas de flores acogedoras, pero siempre le retenía, sin que él mismo se lo confesara, la presencia del Rabí Gabriel, la obsesión penosa y sofocante de sus ojos grises, cansados, inevitables e interrogantes.

Tampoco ahora quería confesar que era la ausencia del anciano lo que le había decidido tan bruscamente a emprender el viaje. Iba hacia Naemi acompañado sólo de Nicklas Pfäffle y se sentía más ligero y libre que nunca. Iba al encuentro de su hija y se sentía ya a su lado, y todos sus números, su política, su poder y su vanidad quedaban atrás, inertes y enmohecidos. Contemplando los campos en flor aspiraba su aroma y no calculaba cuánto producirían ni qué impuestos podrían establecerse sobre el precio de la cosecha, viendo tan sólo los suaves colores de las espigas tiernas y aspirando la brisa que las hacía moverse. Gozaba con la contemplación de los altos y frondosos árboles del bosque, sin calcular el balance forestal, le gustaba contemplar el musgo y las ardillas, de las que todavía no se conocía método alguno de extraerles provecho. Y cuando se cruzó

con un muchacho campesino que rodeaba con su brazo las caderas de su novia le saludó con una ligera inclinación de cabeza y sólo por un instante pensó en lo refinado del gravoso impuesto a los matrimonios jóvenes. Iba a ver a su hija y su corazón estaba ya junto a ella. ¿Cuándo descubriría por fin la casita blanca rodeada de terrazas llenas de flores que albergaba a Naemi? Llegó al lugar donde el camino forestal se separaba de la carretera y luego al lugar donde se iniciaba el sendero. Bajó del coche y echó a andar con paso cada vez más presuroso, franqueó la empalizada por una puertecita disimulada, atravesó por entre los árboles frondosos y las terrazas llenas de flores y halló, por fin, a su hija, que se colgó de su cuello, desfalleciente de alegría.

Sin hablar, sin decir una sola palabra permaneció así durante largo tiempo, llorando de alegría, devorándole con sus grandes y expresivos ojos inundados de gozo. Allí está Süß, y todas sus tensiones, previsiones y asechanzas desaparecen. Relajado, se deja llevar por la tibia y agradable corriente de aquella hora.

¡Qué hermosa era su hija! Era perfecta. No había en ella un solo rasgo, un solo movimiento, ni un cabello, ni una inflexión de voz, que él hubiese querido diferentes. Era hermosa su hija entre todas las mujeres, delicada y pura, luminosa como un suave resplandor que a él mismo le purificase. Rió con ella de las simplezas de la vieja criada holandesa, la buena Jantje, de abnegado corazón, y habiendo sido siempre para él los animales y las plantas objetos fríos e insensibles, aprendió con ella a comprender a las flores como si le hablasen. Su hija llenaba con su hálito apacible todas las cosas y él sentía en ellas su vida.

Si el Rabí se encontraba presente, sentía casi vergüenza ante la niña, se interponía entre ellos como un muro de piedra. Ahora se atrevió a hacer en torno a ella planes y proyectos que hasta el momento se habían mantenido silenciosos como perros apaleados. ¿Por qué escondía a la niña de las miradas de la gente? Debía convertirse en una reina de Saba, en una reina Esther. Debía deslumbrar al mundo entero, los príncipes debían disputársela, debían suplicarle que les concediera su mano, debían acudir príncipes procedentes de reinos fantásticos y poner a sus pies de niña oro y especias y todos los tesoros de Edom.

Entró con Naemi en la biblioteca llena de cuadros con figuras mágicas y mapas astrológicos y tuvo de pronto la impresión de que los ojos del anciano vivían ocultos en algún lugar de la estancia y le miraban grises, turbios y tristísimos. Y los sueños dorados con los que acababa de guarnecer a la niña le parecieron de pronto sucios e inmundos.

Pero entonces habló Naemi. Con su vocecita infantil habló del árbol de la Cábala, del Hombres celestial, de las letras-números santos del nombre de Dios. Sus expresivos ojos destacaban, grandes y llenos de seriedad, en su pálido rostro y aquel ambiente pesado y sofocante se disipó en el acto. Süß no opuso a los signos de la Cábala las cifras absolutamente reales de sus libros de cuentas como hacía en su despacho, burlándose divertido ni tampoco se defendió con torpe y confusa obstinación como cuando se encontraba en la presencia asfixiante del Rabí Gabriel.

Ella se puso a hablar con viveza de los personajes de la Historia Sagrada. Sus ojos llenos de inmensa ternura no se apartaban de su padre. Y he aquí que David entraba con paso arrogante en la estancia blandiendo su honda; luchaba Sansón con los filisteos, y Judas Macabeo, ardiendo en santa cólera, expulsaba a los paganos del templo. Y todos eran para ella su padre, se fundían en él y tomaban de él su fuerza y su belleza, su ardor y

su impulso. Pero de pronto guardó silencio y se oscureció su mirada. Veía a Absalón colgado por su abundante cabellera de las ramas de un árbol. Con los ojos muy abiertos y los hombros estremecidos cogió la mano de su padre, cálida y viva, y la mantuvo entre las suyas estrechándola con fuerza. Él respondió a su apretón, sin imaginar en absoluto qué era lo que la había conmovido.

Durante tres días vivió así, libre de sus preocupaciones cotidianas. Pero al tercero, hallándose a solas en su cuarto con Nicklas Pfäffle, contemplando aquella cara gruesa e impasible, el mundo exterior y todo lo que detrás de sí había dejado volvió a apoderarse bruscamente de él. Vio la multitud de documentos que esperaban su firma y el mundo que continuaba sin él su vertiginoso torbellino. Funcionarios y hombres de negocios se lanzaban sobre él tratando de escalar su puesto, de suplantarlo, y él no estaba allí para defenderse y perdía aquí su tiempo en vagas naderías. Era inconcebible que en todos aquellos días no hubiera pensado ni un solo instante en sus asuntos. Las flores volvieron a enmudecer, dejó de sentir el hálito y la vida de las cosas y los símbolos y las figuras de la ciencia sagrada no fueron ya más que simplezas. Ante él se alzaban de nuevo sus cálculos, los decretos del duque, las intrigas del Parlamento, los negocios apasionadamente complicados, la vida y el poder. Sólo una mitad de su alma contemplaba ya a su hija, que le estrechaba sollozando entre sus brazos. Se arrancó de su lado y en un segundo la casita blanca y las alegres terrazas cubiertas de flores quedaron inertes e irreales a su espalda. El velo volvió a caer sobre el misterio.

Al atravesar rápidamente el bosque con su secretario en dirección al coche que esperaba en el camino, Süß vio de pronto en un claro, al pie de un árbol, a una joven de rostro moreno y decidido y grandes ojos intensamente azules, singulares bajo sus negros cabellos, que tendida en el suelo y con las manos cruzadas bajo la nuca, miraba fijamente hacia arriba a través de las ramas. Pero su actitud no era reposada, sino contraída y tensa. Süß se acercó directamente a ella. Era muy linda y muy distinta de las demás muchachas de aquellos contornos y parecía absorta en pensamientos muy diferentes de los de una joven suaba. No se dio cuenta de la presencia de Süß hasta que éste se hallaba ya muy cerca. En cuanto le vio, se levantó apresuradamente y con ojos dilatados por el espanto, exclamó:

–¡El demonio! ¡El demonio anda por el bosque! –y salió corriendo.

Impasible, Nicklas Pfäffle, que lo sabía todo, explicó a su estupefacto señor:

–Es Magdalen Sibylle Weissensee, la hija del prelado, una pietista.

Ya en el carruaje, Süß decidió que no estaría de más, ya que le venía de paso, solucionar personalmente ciertos negocios que tenía pendientes con sus financieros. Pero se trataba de un pretexto con el que intentaba engañarse a sí mismo. Lo que necesitaba urgentemente no era comentar personalmente aquellos asuntos de Frankfurt, lo que necesitaba era la confirmación de sí mismo, de su poder, de sus éxitos, oír su propio eco, recuperar la seguridad después de su extraña estancia en la casa con las terrazas llenas de flores, después de las extrañas dudas que le habían acometido allí. Mandó llamar a su secretario, a los criados. Entró en Frankfurt con toda pompa y esplendor.

Los judíos de Frankfurt, sorprendidos y excitados, meneaban sus cabezas, chasqueaban la lengua asombrados, admirados alzaban los brazos con gestos exagerados y elocuentes. ¡Vaya con Josef Süß Oppenheimer! ¡Intendente de la corte de Württemberg y consejero de finanzas privado! ¡Qué lejos había llegado! Su padre había sido actor; su

madre, la cantante, era hermosa y elegante, pero no dejaba de ser una mujer muy frívola, nadie de quien la comunidad judía pudiera sentirse orgullosa; su abuelo, Reb Selmele, por cuyo descanso eterno rogaban al Señor, había sido un hombre bueno, un cantor, un hombre serio y respetado, pero de todas formas un pobre hombre insignificante. Y allí estaba Josef Süß, tan alto, tan brillante, tan poderoso... Había llegado mucho más lejos que su hermano, el de Darmstadt, el converso, que se había dejado bautizar para poder ser barón. ¡Cómo había encumbrado Dios a Josef Süß! A pesar de ser judío, los *goyim* se descubrían ante él y le hacían reverencias y con un silbido hacía que los consejeros y ministros acudieran a toda prisa, como si fuera el mismísimo duque.

Süß paladeaba encantado tanta admiración. Dio un donativo, una suma elevadísima, para las necesidades de la sinagoga, para los pobres. El encargado de la comunidad y el rabino, el Rabí Jaakob Josua Falk, un hombre de baja estatura, grave y reflexivo, de piel apergaminada y gruesas venas, y de ojos hundidos, se presentaron ante él para darle las gracias, y el rabino le dio la bendición de viaje.

También visitó a su madre, aquella anciana hermosa y tonta, que desplegó su fútil admiración a sus pies como si se tratara de una suave alfombra. Se sumergió en aquella confirmación de sus logros, cálida y desenfrenada, que caía sobre él en oleadas; desde cien bruñidos espejos le llegaba el reflejo embriagador de cuanto había alcanzado; sacaba sus sueños más íntimos de los más escondidos rincones ante una oyente tan atenta, que con sonrisa llena de felicidad, le daba palmaditas en la mano. Regresó a Stuttgart lleno de astutos proyectos nuevos, firmemente decidido a no dejarse turbar por ningún recuerdo de la casita blanca.

Terminada la guerra, Karl Alexander regresó malhumorado a su capital. Había alcanzado el objetivo primordial protegiendo al país del ataque y del saqueo. Todas las operaciones militares se habían llevado a cabo con estrategia, metódicamente; todas las cuestiones tácticas se habían resuelto a la perfección; había demostrado, desde luego, que era preciso contar con él, no sólo como militar, sino también como dueño de un ejército considerable. Pero en definitiva, el resultado era insignificante y quedaba muy lejos de la gloria soñada. Irritado y descontento hacía el camino en su berlina. El pie herido le hacía sufrir más que nunca, y el asma lo ahogaba.

Una diligencia que venía en sentido contrario se apartó respetuosamente y se detuvo para dar paso al carruaje del príncipe. Entre los rostros humildes y respetuosos, Karl Alexander reconoció uno que le saludó con expresión impasible y sombría, un rostro ancho y pálido, de nariz roma bajo una frente poderosa y grises ojos tristísimos. Se estremeció ligeramente y creyó oír la voz áspera que le decía: «Lo primero no os lo diré». Una opresión inexplicable le invadió bruscamente y se vio de pronto arrastrado en una danza muda y espectral en la que el Rabí le precedía asiendo su mano derecha y le seguía Süß cogido a su mano izquierda. ¿Y acaso no era el grueso y jovial Friedrich Karl Schönborn, obispo de Wurzburg, aquel que avanzaba delante unido a él por una larga cadena de manos? ¡Qué siniestra comicidad presentaba su aspecto! Y todo ello era turbio, nebuloso e incoloro. El duque continuó su camino más deprimido aún por aquella visión.

Llegado a Stuttgart todo fueron disgustos. La duquesa le acogió con alegría, mas por la noche, entre sus brazos, le preguntó con su voz leve y ligeramente burlona qué rico botín le había traído de Versalles, pues cuando se había casado con él había soñado que un día arrancarían al rey Luis su peluca y se la traería como trofeo. Desde luego, aquello no

era, por parte de la duquesa, más que una ingenua broma, pero Karl Alexander se irritó sobremanera.

Luego llegó el Consejo del Parlamento, exasperándole con sus tenaces reclamaciones. En una segunda audiencia reclamaron insistentemente el licenciamiento del ejército, puesto que la guerra había terminado. El duque, congestionado, estuvo a punto de ahogarse de ira. Le costó gran esfuerzo escuchar a los parlamentarios en lugar de arrojarlos sobre ellos con los puños apretados o hacerlos detener y encarcelar. Por fin, no pudiendo ya contenerse, medio ahogado por la tos y vomitando una ola de maldiciones e injurias, los expulsó de su despacho e hizo llamar a Süß.

Éste, como siempre, trajo ya preparado en su bolsillo un proyecto. Karl Alexander le recibió en bata después del baño, mientras Neuffer le friccionaba el pie gotoso y el negro andaba de un lado para otro llevando toallas, peines y cepillos. Con su habitual cortesía, sonriendo, Süß expuso un elaborado plan de venenosa malignidad. En tan graves circunstancias, Su Alteza no debía limitarse a tratar con el Consejo de los Once, el cual debía ser reforzado con otros miembros del Parlamento.

–¿Y qué salgo ganando con ello? –preguntó el duque, fijos sus ojos coléricos en los labios tersos, sonrientes y ágiles del judío.

–Evidentemente –continuó Süß con ligereza y fluidez– al ampliar el Consejo sólo se añadirían a él miembros cuya adhesión a Vuestra Alteza estuviera fuera de toda duda.

Karl Alexander miró atentamente los labios del judío, sopesó cuidadosamente sus palabras, les dio vueltas y más vueltas en su cabeza y no tardó en comprender que de aquel modo quedaba suprimida la oposición parlamentaria y transformado el Parlamento en una colección de polichinelas sin la menor iniciativa. Se levantó de un salto haciendo caer al suelo a Neuffer que le friccionaba el pie gotoso, y exclamó, radiante de júbilo, recorriendo de un lado a otro la habitación:

–Eres un genio, Süß.

El negro, que se había retirado de nuevo a su rincón, seguía con sus ojos redondos, de mirada lenta, los movimientos de su señor. De pronto, Karl Alexander se detuvo dubitativo, y preguntó meditabundo cómo podía saber que los miembros que eligiera eran realmente de fiar. Pero Süß, sonriendo humildemente, y a la vez orgulloso, le rogó al duque que le permitiera encargarse de ello y que si entre los nuevos diputados se encontraba un solo rebelde, le expulsara del ducado para su oprobio y vergüenza.

Aquella misma tarde Süß celebró una conferencia con Weissensee. Le expuso que el duque creía necesario reforzar el Consejo para tratar asunto de tan vital importancia como el licenciamiento del Ejército, y le preguntó cuáles eran, a su juicio, los representantes capaces de comprender realmente los grandes problemas de gobierno y la situación de Karl Alexander en la política europea, para ser escogidos como miembros suplementarios, todo ello en beneficio tanto del príncipe como de su pueblo. Weissensee, después de muchos circunloquios, pronunció vacilante dos o tres nombres y en seguida, dejando el tema de lado, habló de cosas insignificantes. Süß no insistió y siguió hablando cortésmente con él de vanalidades, pero comentó incidentalmente, como de pasada, que el presidente del Consejo eclesiástico estaba ya, a juicio del duque, muy anciano y agotado por el trabajo. ¿Acaso Weissensee pensaba permanecer toda su vida en Hirsau? Un consejero de su talento diplomático, su experiencia y su erudición era necesario en Stuttgart. Seducido y lleno de ambición, el prelado olfateó la carnada y mordió el anzuelo,

sonriendo, turbado ante su propia debilidad y su traición, y cuando Süß volvió a la cuestión del Consejo designó los nombres deseados, traicionando, por los que silenciaba, la Constitución y a sus defensores. Ciertamente no era éste el mejor de los mundos posibles, tal y como pretendían ciertos filósofos *à la mode*, ¡éste era un mundo mal dispuesto, adverso! Sólo el simple podía mantenerse puro; el inteligente y complicado, el que no quería quedar completamente al margen del torbellino de la vida, tenía que ensuciarse las manos y llegar a la traición.

Se publicó un decreto convocando al Parlamento. Todos los miembros pertenecientes a la oposición según la lista de Weissensee quedaron excluidos sin que de nada les valieran sus protestas. Comisarios del duque recorrieron con nutridas escoltas militares las ciudades y los municipios y redactaron mandatos imperativos impuestos a los diputados por los electores.

Bajo tales auspicios se reunió el Parlamento que debía pronunciarse sobre la cuestión más importante surgida en Suabia en los últimos decenios: el mantenimiento de un numeroso ejército permanente. Este Parlamento incompleto no se reunió en su palacio de Stuttgart, sino en Ludwigsburg, pues el duque lo quiso así, pretextando el deseo de permanecer en constante comunicación con él durante las sesiones. La pequeña ciudad estaba inundada de soldados, y los diputados celebraron sus sesiones bajo la vigilancia de imponentes fuerzas militares y expuestos sin cesar a ser detenidos al menor signo de oposición. El duque, tras pronunciar con negligencia el discurso de apertura, no volvió a presentarse. Pasó revista a las tropas y llevó a cabo ejercicios militares en los alrededores, mientras sus ministros se dignaban responder altivamente con vaguedades a las tímidas preguntas de los diputados.

De este modo quedaron aprobadas las enormes exigencias militares del duque, se duplicó el impuesto anual y se estableció uno nuevo de tres décimas sobre todas las cosechas. Tal sistema impositivo debía ser mantenido en tanto que duraran los tiempos críticos y el país pudiera soportarlo. Bajo la amenaza de los mosquetes los diputados no se atrevieron a exigir una definición más precisa, y cuando en una reunión no oficial, se atrevieron a preguntar quién podía definir el momento en que la situación hubiera dejado de ser crítica, Süß y Remchingen se mostraron tan groseros, tan arrogantes y amenazadores, que humillados y asustados dejaron de insistir en que se fijara esta importante cuestión de un modo más explícito. Nunca, desde que la Constitución estaba en vigor, había obtenido un duque de Württemberg concesiones tales como lo hicieron en esta ocasión Karl Alexander y su judío.

Dos semanas después, el prelado de Hirsau, Philipp Heinrich Weissensee era nombrado en Stuttgart presidente del Consejo eclesiástico.

A poco de esta victoria de Süß sobre el Parlamento, el hermano del duque, el príncipe Heinrich Friedrich, moría en su castillo de Winnenthal. Desde que Karl Alexander, riendo a carcajadas y lleno de arrogancia, había tomado a su amante para devolvérsela después llorosa y descompuesta, aquel hombre débil se había perdido en desvaríos y locas fantasías rumiando su venganza. Cautelosamente inició nuevos contactos sin objetivos precisos con el Parlamento, pero los grandes señores no lo consideraron el hombre apropiado y se mantuvieron reservados. Contemplaba con frecuencia, con miradas

atormentadas y asfixiantes, a aquella criatura dulce y rubia cuya existencia era ahora una única y triste súplica de perdón. Una vez, puso sus manos débiles y sudorosas alrededor de su hermoso y sano cuello, tan bien torneado, apretando poco a poco, estrangulándola, para soltarla horrorizado y acariciarla a continuación:

–¡Tú no tienes la culpa! ¡Tú no tienes la culpa!

Imaginaba salvajes y fantásticas escenas de venganza: Apuñalaba a la amante y colocando su cadáver atravesado sobre su caballo, galopaba por todo el país sublevando al pueblo. O atrapaba a su hermano y le obligaba a besar los pies de la amante, después los mataba a los dos y a ella la hacía enterrar como a una emperatriz y al hermano como a un perro. Después él, un teatral dios de la venganza, reinaba sobre todos. Pero de todo aquello no era capaz de hacer nada, sólo podía atormentarse con aquellos pensamientos y morir.

Cuando Karl Alexander tuvo noticia de la muerte de su hermano envió a su ministro Forstner y al consejero militar Dilldey al castillo de Winnenthal con la misión de sellar los bienes del fallecido príncipe y apoderarse de su correspondencia. Durante la reunión del Parlamento incompleto había oído hablar de nuevas maquinaciones de su hermano con los Estados y deseaba lograr pruebas escritas contra ciertos miembros de la oposición. Se apoderaría de ellos, haciéndoles pagar cara su traición, y aplastaría la cabeza de la hidra.

Sus enviados encontraron en el castillo silencioso unos cuantos criados entristecidos, y junto al cadáver, fijos y velados los ojos, a la rubia criatura que le había dedicado su juventud. Sólo escritos sin importancia alguna trajeron al duque.

Éste se puso furioso. Estaba seguro de que la comisión parlamentaria, los Once, se habían confabulado con el muerto y habían hecho sus cálculos para arrebatarse el gobierno del país. Furioso contra sus enviados, que no le habían proporcionado las pruebas tan ansiadas, los acusó de haber quemado las cartas comprometedoras, destruyendo así la soberbia ocasión que se le ofrecía de descubrir el centro de donde partían las maquinaciones contra su persona.

Süss atizó el fuego. No volvería a ofrecérsele tan buena ocasión de dar en tierra con sus más detestados adversarios. Alentaba las viejas y disparatadas sospechas del duque. ¿No eran aquéllos los mismos hombres que en su momento habían arrancado a Karl Alexander aquellas desdichadas garantías religiosas, que en Stuttgart, en el documento redactado resultaron ser distintas a las recogidas en el borrador que habían presentado en Belgrado? ¿No eran aquéllos los que habiendo tomado los pliegos habían introducido una nueva hoja en el documento definitivo? Süss hizo renacer la vieja sospecha en el duque, que en lo que se refería a cuestiones diplomáticas no era más que un cándido soldado. Aquellos caballeros tenían ya cierta práctica en el arte de hacer desaparecer documentos. ¿Acaso la búsqueda infructuosa de aquellos documentos, cuya existencia no había ni que poner en duda, que probaban el delito de alta traición, no era prueba suficiente y confirmación de sus anteriores manejos? ¿No eran la prueba de su secreto acuerdo con aquel Parlamento sedicioso?

¿No estaba ya cansado Karl Alexander de gobernar con aquel Gabinete hipócrita, compuesto en el mejor de los casos, si no de traidores, por lo menos de hombres dedicados a embrollar las cosas, de pedantes, cobardes, siempre dispuestos a llegar a compromisos, siempre actuando a escondidas? Süss consiguió lo que deseaba, y los ministros Negendank, Forstner, Neuffer y Hardenberg fueron depuestos. Sólo Bilfinger continuó en

su cargo. El astuto Süß no se atrevió a tocar a aquel hombre íntegro e instruido que gozaba de fama allende las fronteras del ducado, además no suponía ningún estorbo, ya que se dedicaba a sus estudios, y en las cuestiones políticas se mantenía en la sombra, aunque siempre resultaba una amenaza y había que tenerle en cuenta. Además, Karl Alexander estimaba demasiado el auxilio de un ministro tan experto en ingeniería militar para sacrificarlo también a su judío.

Pero con toda aquella limpieza, cayó también el director de la Cámara, Georgii, al que se le había ocurrido aquello de la «guardia hebrea». Demasiado tarde había lamentado aquel desdichado chiste aquel hombre preocupado por su pan y su cargo; demasiado tarde había intentado congraciarse con Süß. El judío saboreó su triunfo cuando percibió aquellos torpes intentos de aproximación. Jugó con aquel caballero cerril y simple. A veces lo trataba con particular amabilidad, de manera que el otro respiraba aliviado creyendo ya que no habían llegado a oídos de Süß aquellas burlonas palabras o que las había olvidado. De pronto lo asustaba de nuevo con una alusión, con una amenaza casi imperceptible. Hasta que finalmente, él mismo le hizo saber al director de la Cámara que estaba acabado. Lo había invitado a comer. Se sentaban también a la mesa un número reducido de personas. Bajo los frescos del techo que representaban el triunfo de Mercurio habían comido en platos y fuentes de oro y plata, refinados y aromáticos manjares, habían bebido fuertes y exóticos vinos en copas preciosas. Todos sentían cierta pesadez y reposaban, mientras hacían la digestión. Fue entonces cuando el judío, dirigiéndose al director de la Cámara le dijo, sin darle importancia alguna, y como de pasada, que lamentaba mucho tener que decirle que su Alteza Serenísima ya no se sentía satisfecho de sus experimentados servicios; que el duque no podía soportar en absoluto a la vieja guardia, que no podía ni olerla. Y que el director de la Cámara no se encontraba entre los componentes de la nueva guardia. Aquel hombre lento le miró desconcertado, balbuceó algo, su mirada quedó fija y perdida, meneó la cabeza desolado y se marchó tambaleándose. Era pobre, era un hombre recto y poco inteligente, reducido a la estrechez y a los convencionalismos, tenía siete hijos y, ningún dinero. Ahora había caído en desgracia y había sido expulsado groseramente de su cargo. Fue a su casa y se colgó.

Hubo un gran trasiego de funcionarios. Hasta entonces, los altos puestos habían sido ocupados por honrados suabos lentos, concienzudos y poco brillantes. Ahora quedaron sustituidos por individuos flexibles y ágiles, extranjeros en su mayoría, diestros en el manejo de las palabras y expertos en complicados negocios, todos ellos obra de Süß, tales como Scheffer, Thill, Lautz, Buhler, Mez y Hallwachs, que ocuparon las posiciones estratégicas cortando todos los caminos de acceso al príncipe. Süß, por su parte, siguió negándose a desempeñar cargo alguno. Se contentaba con ser el consejero de Hacienda y administrador de la caja particular de Su Alteza la duquesa. Pero todas las cortes sabían que era el verdadero regente del país y que, sin necesidad de tener confiado el sello ducal, tenía en sus manos el ducado entero.

Terminada la guerra, el país respiraba aliviado y lleno de una gozosa expectación. Ahora volverían los hijos, los esposos, los seres queridos. La vida iba a seguir ya su curso serenamente, sin sacudidas, y no como hasta entonces, entre dificultades constantes. Los hombres jóvenes y vigorosos volverían a prestar sus brazos al trabajo que tanto había

decaído en su ausencia, y tornarían a ocupar sus puestos en lechos y hogares. El trabajo podría repartirse de nuevo y los negocios no se abandonarían a la casualidad. Recuperarían los caballos, sus caballos buenos y fuertes, que probablemente estarían derrengados, pero ya los cuidarían para que volvieran a ser los de antes. Volverían a cultivar todos los campos y a cuidar las viñas y no dejarían que las casas se desmoronasen ruinosas. Los habitantes de las ciudades podrían vivir sin apuros, como antes de la guerra, y no carecerían ya de mercancías para su comercio ni tampoco de víveres y de vino. Ya no tendrían que volver a oír cómo les decían desde los carros cargados de cosas buenas, que todo era para los soldados. De nuevo, cada cual tendría aquello por lo que trabajara. Todas las miradas se volvían hacia el oeste, de donde iban a volver las tropas, los hombres, los caballos, las tiendas, los carros, los bagajes, las provisiones, todo lo que les hacía falta, la ansiada y escasa savia y sangre del país. Todas las miradas se volvían hacia el oeste, como en tiempos de sequía se dirigían hacia las nubes.

Así pues, el pueblo sintió un cruel desencanto cuando se supo que el Parlamento había cedido miserablemente y que el ejército no iba a ser licenciado. Los retratos del duque asaltando Belgrado a la cabeza de sus setecientos zapadores fueron a parar al fuego o a la basura. Surgió la desesperación y encontró cabecillas que hicieron oír amenazas más rudas aún que al principio de la guerra, pero también con mayor rudeza se los hizo callar. A falta de cuarteles, se distribuyó a los soldados en las casas particulares, y cada dos familias, burguesas o campesinas, tuvieron a su cargo un soldado. Pululaban los espías, y a todo aquel que murmuraba o se hacía sospechoso se le imponía doble carga. Con la misma rapidez con la que los poderosos señores del Parlamento se habían sometido a las tropas del duque, las gentes del pueblo se horrorizaron doblemente ante la brutalidad de las guarniciones de oficiales extranjeros y católicos.

En derredor del ducado, los demás territorios y las ciudades libres prosperaban con la paz que para Württemberg resultaba peor que la guerra, pues durante las hostilidades Karl Alexander sólo había necesitado dinero para su ejército y ahora lo necesitaba para él mismo y para su corte, cada día más brillante.

Süss, cuyo arte llegaba al prodigio, encontraba siempre el dinero preciso. Como si poseyera una varita mágica, lo descubría en todos los escondrijos y lo hacía salir de ellos. Durante la guerra había instalado y engrasado cuidadosamente la prensa y ahora la apretaba poco a poco con serena destreza. Encorvado bajo el peso abrumador del Ejército, el país oprimido no gritaba ya, tan sólo gemía torturado, viendo correr su sangre y su savia y a punto de morir. Se imponían cada vez nuevos impuestos, todo debía llevar el sello oficial, hasta los zapatos y las botas. Se hacían chistes amargos sobre ello: pronto serían las personas las que también tendrían que llevar el sello, grabado a fuego en la palma de la mano o en la planta de los pies, ¡un par por una perra gorda!

También en los tiempos de Eberhard Ludwig y de la condesa se había traficado con los empleos y los cargos, pero Süss perfeccionó el sistema y creó una oficina especial para vender al mejor postor toda plaza vacante y crear con el mismo objeto nuevos cargos y nuevos títulos. Todos los cargos debían comprarse, desde el de consejero hasta el de corregidor o el de alcalde, incluso los de los encargados de los baños y los desolladores. Ni la tradición más antigua ni la más probada capacidad daban a los naturales del país derecho a un empleo. El que no tenía dinero debía arreglárselas como pudiera o expatriarse. Christoph Matthäus Heidegger, de Stuttgart, hizo rápida carrera en Prusia; en

Württemberg no le había servido de nada que sus antepasados hubieran sido los jueces de la ciudad durante un siglo. Friedrich Christoph Koppenhofer, sin más medios que su inteligencia, no pudo obtener, a pesar del caluroso apoyo de Bilfinger, una cátedra en la Universidad de Tubinga, y se vio obligado a expatriarse, logrando renombre, cargos y dignidades en San Petersburgo, entre los hiperbóreos. En cambio, hábiles negociantes venidos de todos los rincones del mundo ocupaban los cargos del ducado. ¡Cómo podían encontrarse especialistas, una administración progresiva entre funcionarios que habían pagado mucho dinero por sus cargos y a los que no había nada, a excepción de este pago, que los legitimara; que no conocían más objetivo que el de obtener altos intereses del capital invertido!

Pero el negocio más productivo, un molino que no cesaba de moler, era la Justicia. Süß puso en práctica un método de genial sencillez: explotar la Justicia conforme a principios comerciales. Aquel que tuviera dinero podía comprarla y, si era su deseo, podía también legitimarla por escrito con sellos y certificados. A quien no tenía dinero, no le servía para nada ni el más claro de los derechos.

Süß utilizó con gran habilidad el rescripto con el que Karl Alexander había iniciado su gobierno. En él se obligaba a los funcionarios de la condesa a presentarse a la justicia, se habían creado comisiones regionales para castigar el soborno y el fraude. El pueblo había acogido jubilosamente estas medidas, en ellas se reflejaba el rostro de Temis, como cantó el poeta de la corte. Süß, con unas pocas pinceladas maestras convirtió este rostro en otro, de mejillas abotargadas, de mirada desvergonzada: el de Mammon, el dios del Oro. Se organizó una oficina fiscal y numerosos agentes recorrían el país en busca de familias ricas carentes de protección en la corte y en el Parlamento. Una vez descubiertas, se las complicaba en un proceso, acusándolas de haber adquirido su fortuna por medios ilegales, y luego, con auxilio de amenazas, presiones y falsos testimonios, se reducía incluso a las más honradas a tal estado de depresión, que para escapar de las garras de la justicia acababan por pagar la cantidad exigida. Incluso se abrieron procesos contra personas fallecidas hacía tiempo, si habían dejado algún patrimonio.

Causó sensación, incluso más allá de las fronteras, el caso del consejero de la Cámara y recaudador aduanero Wolff. Se abrió sin fundamento alguno un proceso contra él, que era un hombre hosco y porfiado. El consejero de expedición Hallwachs, obra de Süß, le propuso un arreglo. Wolff no se avino a ello, insistiendo en sus derechos. El proceso siguió su curso y se le expropió su molino. Cuando se le comunicó el embargo de sus viñedos, aquel hombre temperamental saltó al cuello del funcionario del duque que le había transmitido el mandamiento. Se le retiró a su hijo el permiso para casarse que acababa de serle concedido y se le obligó a entrar en el ejército. Fuera de sí, aquel hombre decidido consiguió llegar hasta el duque, durante la reunión del Consejo pronunció una furiosa acusación contra el ministerio fiscal, y fue sacado de allí, no sin dificultades, por la guardia. Karl Alexander, muy impresionado, exigió que se le presentaran las actas, pero se dejó convencer por Scheffer, el canciller de la corte, de que todo estaba en orden y de que Wolff era un alborotador y un pleitista. El proceso criminal contra él se recrudeció. Huyó al extranjero, donde murió. Sus bienes pasaron a ser propiedad del ministerio fiscal.

Este tribunal consiguió ingresar en un año seis toneladas y media de oro en las cajas ducales. Una tonelada y un cuarto la cobró el cajero de Süß en calidad de gastos y comisiones. Además de esto, Süß retuvo media tonelada más como liquidación por bienes

ya entregados.

En Stuttgart, aunque Süß no ocupaba posición alguna oficial, se sabía desde mucho tiempo atrás que no se gobernaba desde palacio, ni tampoco desde la residencia de Ludwigsburg, ni desde el edificio del Parlamento. Todos aquellos malditos y astutos rescriptos que tenían una apariencia tan inocente, incluso tan bienintencionada, y que después colgaban de los cuellos de la gente como asfixiantes piedras de molino, salían de la casa de la Seegasse. Ahora los puños se crispaban contra aquella residencia, se murmuraban maldiciones frente a ella, se escupía al pasar y un atrevido pegó en su fachada un pasquín. Pero todo ello sucedía de noche y en el mayor secreto, pues Süß tenía por todas partes confidentes y espías, y quienquiera que se alzase contra él podía estar seguro de pasarse el resto de la vida encerrado en un tenebroso calabozo del castillo de Neuffen o de las casamatas de Hohenasperg.

En la posada «El Carnero Azul» los ciudadanos conspiraban y murmuraban, distinguiéndose entre ellos el pastelero Benz, aunque se guardaba muy bien de incurrir nuevamente en punibles indiscreciones. Pero la cosa era ya más sencilla, bastaba decir: «Bajo el último duque gobernaba una prostituta», para que los demás concluyesen para sí: «Ahora gobierna un judío». Y la murmuración se extendía, los rostros rezumaban veneno y desesperación, y el pastelero Benz permanecía sentado, brillantes sus ojillos porcinos sobre las gruesas y sudorosas mejillas.

El país gemía y se debatía contra aquella opresión que lo ahogaba. El trigo y la vid crecían y la industria luchaba y producía. El duque vivía a su costa con su corte y sus soldados, y el país lo soportaba. Doscientas ciudades y mil doscientos pueblos gemían y se desangraban. El duque absorbía su savia por mediación del judío, y el país los soportaba a ambos, al judío y a él.

Los infelices oprimidos se reunían en las hermandades, conventículos y colegios bíblicos de los pietistas. Se arrastraban hasta Dios como perros maltratados y le lamían los pies. Iniciados e iluminados, surgían por doquier en el ducado, a pesar de las prohibiciones y penas más severas. El predicador Ludwig Bronnquell, de Bietigheim, un discípulo de Swedenborg y de Beata Sturmin, que ya mientras fue asistente en Gross-Bottwar había recibido una amonestación por parte del consistorio a causa de sus ideas sobre el Reino milenarismo y la conversión de los judíos, veía en Süß un flagelo bienhechor.

–Pegad sin cesar a un perro –acostumbraba decir–, y acabará por escaparse y buscar otro amo. Las gentes humildes son hoy como ese perro. El duque los maltrata, los soldados los apalean y los funcionarios y los oficiales los muelen a golpes, pero el látigo más cruel es el judío Süß, y no pudiendo ya soportarlo, escapan en busca de otro señor: de Nuestro Señor Jesucristo.

El predicador fue despedido y vagó por Alemania hundido en la miseria. Pero sus enseñanzas permanecieron, y cuando se reunían, los pietistas daban gracias a Dios por haberles enviado al judío, por su látigo que los aproximaba a Él.

Magdalen Sibylle Weissensee permaneció en Hirsau cuando su padre se trasladó a Stuttgart. Desde el día en que había visto al diablo en el bosque le obsesionaba su rostro. Se sentía llamada a luchar contra él y rendirlo a Dios. El deseo de volver a verlo, un deseo en el que se mezclaba el horror y una secreta voluptuosidad, la llevaba de continuo al

bosque. Pero no volvió a encontrar en él al diablo.

No le fue posible hablar de aquel encuentro a sus hermanos y hermanas del Colegio Bíblico y ni siquiera reveló su visión a su guía espiritual, a Beata Sturmin, la iluminada, la ciega santa. Aquella tarea, aquella vocación de lucha contra el diablo, le estaba exclusivamente reservada. En sus recuerdos, los ojos de éste se hicieron cada vez más devoradores, más saltones y ardientes, su boca todavía más roja, lasciva y peligrosa en su pálido rostro. Lucifer era bello, y en su belleza residía su principal fuerza y su seducción. Tomarle de la mano y no soltarle hasta conducirlo a los pies de Dios había de ser un triunfo capaz de hacerla morir de felicidad. Cerraba los ojos llena de bienaventuranza cuando imaginaba tan gran victoria.

Mientras tanto, los pobres hermanos y hermanas del Colegio Bíblico hablaban del pequeño enviado de Belcebú, del duque y del judío. Magdalen Sibylle los escuchaba y sentía casi compasión por ellos. ¡Un judío y un duque católico! ¡No eran más que pequeños diablos inofensivos y sin importancia en comparación con el auténtico y verdadero Satán que ella había visto, y a quien iba a vencer!

También el Magister Jaakob Polykarp Schober tenía su secreto. Hasta los mismos hermanos y hermanas del Colegio Bíblico, almas sencillas, ensimismadas y poco observadoras, advirtieron la santa luminosidad que emanaba del rostro apacible y mofletudo del joven cuando la comunidad entonaba los piadosos cánticos de la Jerusalén celestial. Jaakob Polykarp veía entonces la casita blanca rodeada de terrazas llenas de flores y a la joven desconocida tendida bajo un toldo, absorta en sus ensueños y con aquél rostro blanquísimo bajo la cabellera negro azulada. Varias veces, temeroso y con el corazón agitado, había saltado la verja. La había visto por segunda vez, pero fue en un triste y desapacible día de otoño. Ella iba vestida de oscuro y su imagen le pareció descolorida comparándola con aquella primera, mucho más singular, llena de sol. Más adelante, la comunidad de Stuttgart le había incitado a solicitar la plaza de bibliotecario del duque, pero no había podido obtenerla por carecer de la suma exigida en pago, y en el fondo se alegraba, pues así podía continuar en Hirsau y pasear su ensoñación por el bosque en derredor de la casita blanca.

Pero entre él y Magdalen Sibylle se estableció en el Colegio Bíblico una singular afinidad. En tanto que los hermanos y las hermanas suspiraban humildemente, aceptando como una prueba los duros tiempos que el Señor infligía al ducado, Jaakob Polykarp veía a la bella desconocida y Magdalen Sibylle veía a Lucifer, y sus sueños se cernían por encima de los demás y resonaban en sus ingenuos himnos llenando la estancia desnuda, sobria y baja de techo.

La yegua blanca Assjadah, que traducido significa «la oriental», se acostumbró con suma rapidez al suave clima de Suabia. Pero los suabos no le gustaban. No le gustaban sus manos, su estrechez, sus rarezas, su cortedad ni su manera de ser tan retorcida. Había nacido en Yemen y había llegado a los Estados del califa formando parte de pago de un tributo. Uno de los tesoreros la vendió al levantino Daniele Foa, quien a su vez la vendió a su cliente Süß. Süß Cuidaba al animal porque era de su propiedad y porque sabía que ofrecía un soberbio aspecto cuando la montaba. Pero no sentía ningún cariño por ella. Por aquel entonces, todavía no sabía que en todo lo que vive había algo de sí mismo. Lo intuía,

de un modo incómodo y desagradable, cuando el Rabí Gabriel hablaba con él, y lo sentía latir en su sangre agradablemente cuando se encontraba junto a Naemi. Pero en cuanto estas breves horas pasaban, lo olvidaba y dejaba de ser consciente de ello.

Pero la yegua blanca Assjadah sí lo sabía. Conocía los pasos de su señor, el contacto de su mano y de sus muslos, y su olor. Mientras él la montaba y ella se movía con ligereza y elegancia, pensaba: «No me quiere, pero es hermoso ser montada por él. No se siente su peso, es como si formara parte de mí misma. Sube y baja siguiendo el ritmo de mi respiración y de mis músculos. Cuando todos me miran, se aprieta a mí y no pertenezco a nadie más. Forma parte de mí misma. Él mira a lo lejos, su mirada es profunda, y cuando me mira quisiera galopar y volar. Cuando acaricia con su mano mi piel, me siento segura, tranquila y llena de fuerza. Le pertenezco y me siento en mi propia patria cuando estoy con él». La yegua levantaba la cabeza bien alta y relinchaba alegre, triunfante, dirigiéndose a los sorprendidos ciudadanos:

—¡Atención! ¡Él viene! ¡Él!

Porque ahora Süß hacía ya ostentación pública de su poder y lo mostraba claramente, de la misma manera que mostraba de forma coqueta y jactanciosa su dominio de las artes corteses y de sociedad. Sólo había uno de los placeres de los caballeros que le resultaba odioso: la nueva forma de cazar que se había puesto de moda. Le parecía absolutamente estúpido y repugnante hacer que los animales se amontonaran para matar entonces a tiros a aquellas criaturas indefensas y asustadas. Si veía las pilas de cadáveres se le revolvía el estómago y a pesar de lo mucho que temía las rudas burlas de la corte, no podía obligarse a comer de la carne de los animales abatidos. La ejecución de bueyes, terneras, corderos o cerdos se dejaba en manos de los matarifes, se trataba de un honroso y útil oficio, en todo caso no era algo que se hiciera por placer, y a aquellos que los ejercían no se los consideraba caballeros. El judío no podía comprender que la ejecución de un ternero fuera un oficio propio de un pequeñoburgués y que en cambio la de los corzos acorralados fuera un placer propio de caballeros.

Aparte de esto, ponía gran empeño en ser el centro de los acontecimientos cortesanos. No había extranjero en los Estados que llegara a Stuttgart y no presentara sus respetos al todopoderoso favorito. Amplió su servidumbre de manera que sus lacayos, vestidos con aquellas casacas color burdeos, casi formaban una pequeña compañía. Los ministros y los altos funcionarios tenían ante él un respeto servil. Le temían casi más que al duque. A un silbido suyo, acudían todos presurosos. Ante la más mínima resistencia los amenazaba con hacerlos encerrar o azotar o enterrarlos bajo la horca.

Süß vivía en medio de un torbellino y a su alrededor había un constante ajeteo, negocios, política, una vida social digna de un príncipe, y mujeres. Daba órdenes y nadie se atrevía a oponérsele. Si quería, podía ser de una amabilidad tal que todas las barreras se derrumbaban.

Por supuesto, Süß también tenía en su poder al duque. Karl Alexander se sentía secretamente ligado a aquel hombre que había sido el primero en creer en su prosperidad y que sobre una base tan endeble había puesto a su disposición su vida entera de una manera tan confiada; a aquel hombre que, como por arte de magia, quitaba de su camino todas las trabas e impedimentos con los que él y sus consejeros luchaban en vano. Lleno de auténtica admiración, mezclada con un ligero horror, veía cómo aquel judío sacaba de la nada todo cuanto se le pedía: dinero, mujeres, soldados. De manera que seguía ciegamente

cualquier consejo de su director de finanzas.

Ya desde los años de su juventud, Süß tenía una confianza ilimitada en sí mismo. Y a pesar de ello, ahora había algunos momentos en los que se sentía paralizado de asombro al ver los cometidos que asumía y la facilidad con que los cumplía. Por supuesto que los grandes financieros de su raza siempre habían tomado importantes decisiones y habían tenido el poder plenamente en sus manos. Pero se habían mantenido en las sombras o, como su hermano, se habían hecho cristianos. Pero él, el judío, se encontraba frente a toda Europa, solo en la peligrosa cima del poder y sonreía, elegante y seguro de sí mismo, y ni la más astuta mirada podía descubrir en él el más ligero temor.

Para poder mantener su casa de una manera tan principesca y para mantener al duque siempre en sus manos necesitaba dinero, dinero en cantidades fantásticas, siempre en movimiento y a su disposición. Entre los Oppenheimer de Viena —los banqueros imperiales, sus parientes—, había aprendido a operar con grandes cifras, pero ahora pasaba por sus manos la administración de todo el ducado, y podía disponer del patrimonio de doscientas ciudades y mil doscientos pueblos para efectuar sus transacciones. En medio de una febril actividad, lo invertía aquí o allá, lo hacía circular con gran rapidez. Tenía relaciones con todos los financieros de Europa y por medio de sus innumerables agentes, la mayoría judíos, el dinero suabo fluía por los más complicados canales, regando plantaciones en las Indias holandesas, comprando caballos entre los bereberes, cazando elefantes y esclavos negros en la costa africana. La máxima que seguía, el objetivo al que dedicaba todos sus esfuerzos, eran los negocios rápidos y vertiginosos. No se trataba de obtener un gran beneficio en cada uno de ellos, sino un beneficio gigantesco gracias a que de todos ellos se reservaba una mínima parte para sí. De ahí su afán por estar metido en todos los asuntos de Alemania en los que hubiera dinero de por medio. Controlaba la industria y el comercio en todos los rincones y esquinas de Europa, y una importante parte de la totalidad del patrimonio alemán pasaba por sus arcones.

Sus ingresos privados eran elevadísimos. Quien quería obtener algo en la corte de Württemberg tenía que pujar por ello con *douceurs* y presentes. Cuando Remchingen llamó la atención del duque sobre aquel hecho, éste se rió y dijo:

—Deja que se aproveche el muy sinvergüenza; por cada beneficio que él obtiene, consigue para mí el doble.

Su tráfico con caballos de raza se extendió, pero sobre todo creció su comercio con piedras preciosas. Desde siempre había amado fanáticamente las joyas, pero hasta entonces, cada vez que tenía un gran negocio en perspectiva, se le adelantaba un portugués, un tal Dom Bartelemi Pancorbo, un hombre alto, taciturno e inquietante, que allá donde hubiera joyas realmente de calidad, como si se enterara por medios mágicos, aparecía de improviso, con su descarnada cara de muerto, vestido siempre con el antiguo traje de la corte portuguesa, que ya no se llevaba, y que además le quedaba demasiado holgado y le sentaba muy mal. En la corte del Palatinado poseía grandes títulos y dignidades, a través de sus relaciones diplomáticas dominaba el mercado de Amsterdam, y desde allí todo el comercio alemán en joyas. Ahora Süß utilizó su influencia política para dejar fuera de juego a aquel odiado competidor. El judío luchó salvaje y apasionadamente. Frío, tenaz y siempre al acecho hizo retroceder al otro, al enjuto e inquietante portugués, paso a paso. No se le podía eliminar del todo, su sombra caía siempre sobre los negocios de Süß, pero las cosas habían cambiado, de manera que las

mejores piedras y las más raras, se ofrecían ahora primero al judío, y las piedras de mayor valor y de calidad superior sólo podían obtenerse por su mediación.

Éste era un negocio azaroso que tanto podía proporcionar grandes beneficios como cuantiosas pérdidas, pero Süß mantenía otras muchas fuentes que le garantizaran unos ingresos seguros. Sabía arreglar las cosas de manera que con constante periodicidad, cuando las arcas ducales tenían que afrontar grandes pagos como los sueldos de los funcionarios, o de las tropas, no disponían de dinero en efectivo. Entonces adelantaba de su propio bolsillo el dinero que faltaba reteniendo como pago la fracción mínima de cada florín. Tanto los ciudadanos como los campesinos veían en esta clara operación financiera la fuente de sus desgracias, y ni la escasez ni la pobreza les dolían tanto como aquella moneda casi sin valor, escamoteada por el judío.

También intervino en la fabricación de la moneda, pero desdeñaba obtener beneficios acuñando dinero con deficiencia de peso. Había tenido que echar mano de maniobras tan toscas y bajas cuando intervino en el acuerdo monetario de Darmstadt porque todavía era un desconocido y un personaje sin importancia y no tenía otros medios. Ahora tenía objetivos más altos y prefería sacar provecho de los grandes movimientos del dinero de calidad, así que la moneda que él acuñaba era la mejor entre las muchas monedas fraccionarias alemanas, la que más circulaba y la más buscada. De todo aquello, lo que más le interesaba era ante todo poder tapar la boca de sus enemigos mediante la solidez de su gestión financiera en lo que se refería a la moneda. Sabía que sus enemigos insistirían primero en aquel tenía, donde más fácilmente podría tropezar si cometía el más pequeño error, pero si se probaba su honradez en aquel punto, su crédito crecería enormemente. Tenso, esperaba una denuncia e intentaba acelerarla. El tosco Remchingen, confirmado por otros en su primitiva visión financiera, no podía explicarse la creciente riqueza de Süß más que con la clásica suposición de que el judío cometía fraude al acuñar moneda. Importunó al duque hasta que éste finalmente ordenó una investigación. Süß, sonriendo humildemente y al mismo tiempo orgulloso, gozándose en su inviolabilidad, le presentó las cartas de los agentes en las que declaraban que sus monedas pesaban demasiado, y que procuraban muy poco beneficio.

Participaba también en muchos otros acuerdos y contratos de todo tipo. En todas partes tenía almacenes de mercancías y puntos de venta, y poseía un certificado del príncipe que le eximía de impuestos aduaneros y arbitrios. También los funcionarios ducales, los corregidores de la ciudad y oficiales obligaban a los súbditos a prestaciones personales y transportes particulares en beneficio de Süß. Organizó loterías y por medio de los bombos de la suerte y de los casinos de juego hacía salir el dinero de los bolsillos.

De esta manera creó una red de negocios muy variada y muy ramificada por todo el país. Llegaba cada vez más lejos y se regodeaba en el poder. Pero a veces tenía la sensación que no era de él de quien brotaba todo aquel torbellino brillante. En aquellas ocasiones, se encogía de hombros, estremecido, como queriendo esquivar un golpe. Se sentía atado por inquietantes lazos, las cosas a su alrededor perdían color, se veía a sí mismo avanzando en medio de una silenciosa y sombría cuadrilla: el Rabí Gabriel sostenía su mano derecha, el duque la izquierda. Avanzaban serpenteando, daban unos pasos, se inclinaban... Más adelante en la cadena, unido a él por medio de otras muchas manos, ¿no estaba también Isaak Landauer? ¡Qué aspecto tan horrendo y a la vez tan cómico tenía con su caftán y sus rizos, dando sus pasos en círculo, inclinándose y serpenteando tan serio y tan callado!

Pero aquella imagen turbia e imprecisa sólo le atormentaba por breves momentos. Después se desintegraba ante la luz del día, se difuminaba en la nada, desaparecía hacia poniente. Pero el oro, que puede pesarse y contarse, la carne de las mujeres que puede palparse y acariciarse, agarrarse y poseerse, permanecían. Todo aquello estaba allí y permanecía: el esplendor, el poder, el ajetreo, la vida.

En Urach tenía su sede una compañía de tejidos que pertenecía a la familia Schertlin. Los Schertlin habían empezado su negocio durante el reinado de duque Eberhard Ludwig y se habían extendido por todo el país. Su negocio florecía, tenían una filial en Maulbronn y en Stuttgart regentaban una sedería. Cuando la fábrica todavía era pequeña e insignificante, el jefe de la familia, Christoph Adam Schertlin, acertada y diestramente, la había convertido en una sociedad anónima, en contra de la opinión general, cediendo una parte a la condesa de Grävenitz, muy por debajo de su valor. De esta manera tan simple, despertó el interés de la poderosa favorita por el negocio, que consiguió para la sociedad privilegios y pedidos. Más tarde, cuando la condesa cayó en desgracia y tuvo que liquidar los bienes que tenía que dejar en Württemberg, Christoph Adam Schertlin pudo recuperar sus acciones a muy buen precio gracias a ciertos acuerdos con Isaak Landauer. Ahora se hallaba retirado de los negocios y había abandonado el territorio ducal. Compró una casa patricia en la ciudad libre de Esslingen y la hizo renovar. Vivía allí espléndidamente, era rico y un concejal muy bien considerado.

Los negocios de las fábricas de Stuttgart, Urach y Maulbronn los llevaba ahora Johann Ulrich Schertlin, un hombre íntegro, práctico y oportunista que se contaba entre los más importantes industriales suabos. Se había casado con una francesa procedente de la colonia de emigrantes Pinache, de la intendencia superior de Maulbronn, donde se habían instalado a finales del siglo anterior los franceses expulsados. La francesa era una mujer hermosa y extraña, tenía la boca pequeña y muy roja destacando en la palidez del rostro, ojos rasgados, altaneros, y el cabello brillante, de un rubio rojizo. Los amigos, los parientes, nadie podía mantener una buena relación con ella. Nadie podía negar que era una mujer magnífica, pero era terriblemente orgullosa, respondía con brevedad y era muy lacónica. La mayoría de las veces callaba aburrida, y además, cuando bablaba, aunque había nacido en Alemania, casi siempre hablaba francés y sólo chapurreaba la lengua del país. Pero Johann Ulrich Schertlin podía permitirse algo así, era rico y gozaba de gran prestigio, tenía una casa en Stuttgart y otra en Urach además de las fábricas. Si le hubiera venido en gana habría podido contratar a su servicio al mismísimo diablo. Se paseaba orgulloso con la mujer que amaba y su casa y su trabajo prosperaban.

Pero Süß tenía un agente en Venecia, un tal Daniele Foa, que le proporcionaba capital, caballos, joyas, telas y vinos desde Levante. También le había proporcionado la yegua blanca Assjadah. Este Daniele Foa había conocido a Süß en el Palatinado donde su ayuda en la lucha con Dom Bartelemi Pancorbo había sido de gran utilidad. El levantino, un hombre de negocios ambicioso e infatigable, había puesto en marcha a lo largo del Rin un amplio negocio de textiles y utilizó la influencia de Süß para introducirse en Suabia. Consiguió toda clase de libertades y derechos, pero chocó con la competencia de las fábricas de Schertlin, que se hallaba perfectamente introducido en aquella zona. Süß, que tenía interés en quedar bien con el levantino, puso manos a la obra con su habitual y fría

perspicacia, para destruir sin contemplaciones aquella competencia. Empezaron a ponerse trabas a las fábricas de Schertlin, sus privilegios fueron anulados y se revocaron sus contratos con el gremio. Los arbitrios municipales y los impuestos le fueron aumentados en tal medida que no pudo seguir compitiendo por el mercado. Al mismo tiempo, el director de finanzas, actuando como hombre de paja de Daniele Foa abrió una fábrica a su nombre y las autoridades aduaneras no se atrevieron a cobrar al todopoderoso los elevadísimos impuestos establecidos, y por sus envíos pagaba muy poca contribución o ninguna.

También se empezó a presionar a los Schertlin personalmente. El ministerio fiscal inició un proceso contra uno de ellos utilizando un pretexto absolutamente vanal, del que no pudo librarse. Dos jóvenes Schertlin, a pesar de haber ofrecido una importante suma para quedar exonerados, tuvieron que ingresar en el ejército. Al viejo Christoph Adam, que vivía en la ciudad libre de Esslingen, no pudieron hacerle nada, y tampoco se atrevieron a hacer nada a Johann Ulrich de momento, pero la mano del judío había caído con más fuerza sobre aquella familia que sobre las otras y Johann Ulrich se consumía de preocupación a causa del hundimiento de su negocio; por la vergüenza de tener que ver cómo eran obligados dos jóvenes Schertlin a ingresar en el ejército; por la aflicción que le causaba no poder ofrecerle a su hermosa esposa el lujo principesco que había soñado para ella.

Finalmente, Süß encontró la manera de atrapar a Johann Ulrich. Uno de los jóvenes Schertlin, el soldado, había obtenido permiso para visitar a su abuelo en Esslingen y no regresó. Hacía tiempo que se habían iniciado conversaciones entre el duque y la ciudad para la entrega de desertores, pero no se había llegado todavía a ningún acuerdo. Instigadas por el anciano concejal, las autoridades de la ciudad se negaban a entregar al joven. Fue entonces cuando los húsares de Süß interceptaron una carta de Johann Ulrich en la que animaba al viejo a persistir en su actitud de negarse a entregar al desertor a los comisarios ducales. Aquello era delito de guerra, alta traición.

Süß, con todos los triunfos en la mano, procedió con calma y prudencia. Primero se requirió a Johann Ulrich para que se presentara ante el tribunal de guerra ducal. Puesto que aquel hombre orgulloso no se presentó, fue detenido y llevado, rechinando los dientes, a Hohenwiel. Se murmuraba que un tribunal militar le condenaría a trabajos forzados para toda su vida.

En la desierta casa quedaba sola y pálida la francesa. La compasión curiosa de parientes y conocidos la aceptó en silencio, apretados los rojos y finos labios. Cuando se hartaron de consolar a aquella orgullosa que ni siquiera les daba el gusto de quejarse, apareció ante ella el consejero Bühler del ministerio fiscal, un pariente político muy lejano de los Schertlin. Éstos siempre habían escupido a su paso por ser un títere de Süß. Se presentó ante ella dándose importancia, rebosando autocomplacencia, representando el papel de un hombre lleno de una ostentosa compasión. Encontró a la francesa sumida en su preocupación, muy distante, orgullosa y rígida. Le aconsejó visitar a Süß, afirmando que se le calumniaba mucho, que era muy duro en los negocios, lo cual era lógico, pero no era en absoluto vengativo.

Nadie sabía, ni siquiera ella misma, si la francesa quería a su marido o no, pero al aproximarse la fecha del juicio fue a ver a Süß.

Procedía de una buena casa, en su familia se vivía la tradicional vida cortesana

francesa, con esplendor y un modo de comportarse muy señorial. Contempló los salones del judío, los lacayos vestidos de color burdeos y los pajes; las alfombras, las estatuas, los objetos chinos. Aquello era muy distinto a la sólida comodidad de los Schertlin. Esto era la plenitud, la abundancia y el derroche que convertían la vida, de una obligación difícil de soportar, en algo ligero y maravilloso, digno de amarse y de contemplarse. Süß estaba de buen humor y la mujer le gustó. La trató como a una gran señora y en cuanto se dio cuenta de que ella lo prefería, habló sólo en francés; la halagó con mundanos cumplidos y no pronunció una sola palabra acerca de sus dificultades. Éste era su ambiente. Si no hubiera llegado a él como una suplicante, se habría lanzado espontáneamente en sus brazos. Pero cuando de repente, él con cínica galantería intentó crear un puente entre su demanda y su deseo, ella permaneció inmóvil unos momentos, mortalmente pálida, para replicarle enseguida que se avergonzaba por no haber recordado a tiempo que tenía que habérselas con un judío. A lo que él, sin inmutarse y sin cambiar en lo más mínimo la expresión de su cara, sonriendo e inclinándose profundamente le contestó:

–Así pues, no. –La acompañó amablemente hasta la puerta, y al despedirla le besó la mano.

Ordenó que se dejara en libertad a Johann Ulrich, se ocupó personalmente de arreglar el asunto a través del ministerio fiscal. Johann Ulrich sólo fue castigado a pagar una multa, aunque tan elevada que su negocio acabó de hundirse para siempre.

La francesa, por su parte, no podía olvidar su encuentro con Süß. Hasta aquel momento no había sabido si amaba o no a su marido. Ahora sabía que lo despreciaba. Su obligación había sido triunfar. No la merecía si no triunfaba. Le despreciaba porque no podía extender ante ella, como el otro, el esplendor y el derroche, los lacayos con sus libreas color burdeos y las porcelanas chinas. Porque se había dejado vencer por el otro. Porque ella, por su culpa, se había presentado ante el otro tan quejosa. Le despreciaba porque ella, por su culpa, había rechazado la galantería de Süß. Él era el mundo al que ella pertenecía, Johann Ulrich sólo era un pueblerino burgués. De todo esto, no dijo nada a Johann Ulrich, ni siquiera le habló de su visita al judío. Él maldecía a Süß, gritaba, alardeaba trazando truculentos planes para vengarse del judío. Pero todo aquel escándalo no tenía contenido alguno. Ella le contemplaba con sus rasgados ojos, llenos de una indiferencia fría y altanera, y él sabía tan bien como ella que estaba acabado y sin fuerzas, y que nunca volvería a hacer algo de provecho.

Se fue hundiendo poco a poco. La fábrica de Urach fue subastada, y también lo fueron las filiales de Stuttgart y Maulbronn. Las adquirió el levantino. Con cínica caridad le ofrecieron un cargo administrativo en las que habían sido sus fábricas. Quizás habría aceptado si su mujer, que veía la mano de Süß detrás de aquella oferta, no lo hubiera obligado a rechazarla con decisión y sin dar lugar a discusiones. La caída también arrastró a los otros Schertlin. Fueron vendidas las casas de Urach y de Stuttgart, fueron vendidos los viñedos y los campos. Sólo el viejo Christoph Adam conservaba su posición en Esslingen. Todavía llevó más alta su cabeza grande y apergaminada, golpeó con más fuerza el suelo con su bastón, agarrando con fuerza la empuñadura de oro con su mano descarnada pero todavía firme.

Johann Ulrich, como muchos otros que durante el gobierno de Süß perdieron casa y fortuna, empezó los preparativos para unirse a un grupo de emigrantes que quería irse a Pensilvania. La francesa se opuso. Hubo una breve y fuerte discusión; él le pegó, pero

permaneció en el país. Abrió un comercio en Urach y se fue hundiendo cada vez más, se pasaba las horas en las tabernas emborrachándose, maldecía y blasfemaba contra el judío y la infernal economía hebrea. Pero así como, por lo general, cualquier expresión o manifestación de este tipo se castigaba severamente, a él se le dejaba en paz. También su tienda fue respaldada en todos los sentidos desde los organismos oficiales. Los funcionarios debían haber recibido instrucciones desde un lugar muy influyente.

La francesa seguía yendo de un lado para otro con su pobre vestido, pero con el mismo orgullo de siempre. Lanzaba altaneras miradas con sus ojos alargados; si un cliente quería enzarzarse en una larga conversación, sus respuestas eran lacónicas y breves. La mayoría de las veces permanecía callada, aburrida. Y aunque había nacido en Alemania, casi siempre hablaba francés y sólo chapurreaba la lengua del país.

A través de los suntuosos salones de Süß, Isaak Landauer paseaba su caftán marcado ostensiblemente en la manga con la insignia de los judíos de Württemberg, la S con un cuerno de caza, aunque nadie se hubiera atrevido a exigirselo. Los espejos reflejaban, en medio de la fastuosa decoración de oro y lapislázuli, su figura y su rostro descarnado y astuto, con sus rizos en las sienes y su descolorida barba rojiza de chivo. El director de finanzas le enseñaba su casa. El hombre del caftán contempló las vasijas, los gobelinos, las pagodas tintineantes, miró hacia arriba, con una sonrisa divertida e irónica, hacia el Triunfo de Mercurio; con su mano fría y seca dio unos golpecitos a la yegua blanca Assjanda; pasó entre los dos pajes, los dos hijos del presidente Lamprecht, que hacían guardia en la entrada del despacho. Examinó con los dedos la exquisitez de los muebles y mencionó su precio, acertando, como un experto. Se detuvo, sacudiendo la cabeza, ante los bustos de Moisés, Homero, Salomón y Aristóteles y dijo:

–Moisés nuestro maestro no tenía este aspecto.

Pero ya desde la pajarera graznaba Akiba, el papagayo:

–¿Cómo ha dormido Vuestra Excelencia?

Süß había esperado durante mucho tiempo a su colega y había preparado cuidadosamente su palacio para aquella visita, como si se tratara de la de un príncipe. Ahora espiaba en su rostro un gesto de sorpresa o de admiración. Le obsesionaba el ardiente deseo de impresionar al hombre del caftán, a aquel hombre entre todos los demás. Pero Isaak Landauer se limitó a menear la cabeza, sonriendo, a frotarse las manos exangües y decir:

–¿Para qué todo esto, Reb Josef Süß?

Por el gabinete pasó, curiosa, Sophie Fischer, la hija de un alto empleado de Hacienda, que desde hacía quince días vivía en la casa como amante oficial del consejero. Era una mujer alta y robusta, de rubia cabellera con reflejos cobrizos, muy linda, pero un tanto vulgar. Como Süß le reprochara haber venido a interrumpirlos, Sophie murmuró una excusa cualquiera, examinó con una mueca despectiva a Isaak Landauer y se retiró.

–¿Para qué todo esto, Reb Josef Süß? –repitió Isaak Landauer–. ¿Para qué treinta criados? ¿Acaso coméis y dormís mejor que si no tuvierais más que tres? Comprendo que tengáis una querida, comprendo que tengáis un hermoso comedor y una buena cama, bien ancha. Pero, ¿para qué queréis un loro? ¿Para qué necesita un judío un loro?

Süß se sentía embargado de furiosa cólera y no respondió. Aquello no era ya

ingenuidad, era ironía, era una burla franca y evidente. Aquel hombre sucio y miserablemente vestido se reía tranquilamente de él, como ningún ministro se hubiera permitido.. Y Süß no podía nada contra él y tenía que tolerar sus burlas, porque le necesitaba. Seguramente iba a repetir sus historias anticuadas, carentes ya de todo sentido y alcance, tales como la del infanticidio ritual de Ravensburg y otras necedades. Y él habría de escucharlo. Le era imposible prescindir de él en sus negocios. ¡Qué alegría sería poder desembarazarse de aquel hombre tan comprometedor! Pero, por el momento, debía considerarse afortunado de que le permitiera aproximarse a él y no había medio alguno de prescindir de su persona.

Hablaron de los asuntos que tenían entre manos, acechándose mutuamente y regateando con obstinación. A decir verdad, Süß era ahora el que tenía en sus manos el timón, pero, no obstante sus ademanes altivos, se sentía a la defensiva. Ningún disimulo, por hábil que fuese, engañaba la mirada de Isaak Landauer, que no tardaba en desenmascararlo, destruyendo toda simulación. Meneando la cabeza con expresión incrédula, iba separando la brillante envoltura accesoría y tomaba entre sus manos heladas el corazón mismo de los negocios de Süß, las cifras desnudas y exactas. Y cuanto más se pavoneaba Süß, más amargamente invadido se sentía por la cólera y el malestar. No se lo confesaba, pero el otro le manejaba y le hacía moverse tirando de sus hilos.

Una vez terminados y firmados los asuntos pendientes, Landauer no empezó a hablar del infanticidio de Ravensburg, sino de otra historia sobre judíos, que tenía por escenario Württemberg. Se trataba del asunto del gran artista judío Abraham Calorno, de Italia, de aquello hacía más de un siglo, durante el reinado del duque Friedrich I y el cónsul general Maggino Gabrieli. El duque había convencido con grandes promesas a este famoso judío para que fuera a su país. El duque estaba como hechizado por la gracia, la sabiduría, la pericia técnico financiera de aquel gran artista judío y tenía una confianza ilimitada en él. Rechazaba, brusco y despiadado, cualquier queja de los clérigos o del Parlamento; expulsó del Imperio, por causa del judío, al abad Osiander, y Abraham Calorno y los suyos eran los dueños de Stuttgart. Pero de todas maneras, la historia termina con horrores y crueldades, algunos fueron atormentados y ejecutados, el resto fueron expulsados del ducado, desnudos y despojados de todos sus bienes. Durante mucho tiempo estuvo prohibido a los judíos entrar en el ducado.

–Nos insultaban llamándonos gusanos roedores –añadió Isaak Landauer–. ¿Acaso no roen ellos también? Todo aquello que está vivo, roe. Uno roe a otro. Ahora os toca a vos, Reb Josef Süß. Roed, roed, mientras os lo permitan. –Y mientras decía esto se reía con su risita gutural.

Cuando el hombre del caftán se despidió por fin de Süß, dejándole malhumorado, atravesó la antesala entre los murmullos burlones y hostiles de los solicitantes que esperaban su turno. En la puerta se cruzó con otra visita: Weissensee, presidente del Consejo eclesiástico, y su hija. Cuando Magdalen Sibylle vio a Isaak Landauer, le tomó por Süß, pues era así como ella se había figurado al odioso emisario de Belcebú, pequeño y descarnado, envuelto en un mugriento caftán y con rizos en las sienas.

Cuando el prelado había acudido a darle las gracias por su nombramiento, Süß le había dicho, incidentalmente y con extrema cortesía, que había oído decir que tenía una hija encantadora y no era deseable que la flor de las doncellas de Suabia, floreciera lejos de la corte. Ludwigsburg y Stuttgart no eran ricas en bellezas como para prescindir, sin grave

perjuicio, de una joven tan linda como le habían dicho que era la hija del señor presidente. El prelado manifestó que le halagaba en extremo el interés que Su Excelencia se dignaba consagrar a su hija, y luego le fue menos difícil de lo que creía decidirla a acompañarle a Stuttgart, para hacer una visita a Süß, pues Magdalen Sibylle creyó escuchar en el ruego de su padre una llamada del destino. ¿Dónde mejor podría llevar a cabo su misión y dónde habría de tener más probabilidades de encontrar al diablo, que en casa de su emisario y en la corte del duque y de su judío? En consecuencia, se trasladó a Stuttgart con su padre, dispuesta y alerta.

Cuando supo que Isaak Landauer no era el judío, experimentó un ligero desencanto, que hizo más intensa su expectación. Fueron recibidos inmediatamente y antes que nadie. Cuando los lacayos abrieron reverentemente la puerta y Magdalen Sibylle entró, precediendo a su padre, en el despacho del judío, vaciló y se desvaneció al ver a Süß y reconocer en él al diablo. Cuando recobró el sentido, una voz cariñosa decía cerca de su oído:

–Siento mucho que vuestra hija sufra un accidente en el momento en que entra en mi casa por primera vez. –A lo que su padre respondió algo indistinto mientras le acercaba un frasco de sales a la nariz. Magdalen Sibylle no quería abrir los ojos para no verse obligada a hablarle y mirarle frente a frente, pero cuando al fin tuvo que volver a la vida, vio los ojos de Belcebú, ágiles y ardientes, resbalar sobre su pecho y sus caderas, y con secreta voluptuosidad ardiente se sintió abrumada de vergüenza.

Süß había contemplado a su placer a la joven mientras yacía sin conocimiento y había visto que era una doncella intacta, bellísima y llena de savia. Su desvanecimiento y la impresión extraordinaria que su presencia había hecho en ella, fueron para él un bálsamo y un consuelo después de su desagradable conversación con Isaak Landauer. ¡Qué hermosa resultaba así yaciente! ¡Cuán moreno su rostro, a pesar de su palidez, qué firmes sus rasgos casi masculinos y qué fascinante la curva de sus cejas arqueadas! En tanto que los lacayos corrían en busca de un médico, Süß se preguntó si se arriesgaría a desceñirle el corpiño. No tenía por qué retener sus deseos ante Weissensee, viejo cortesano servil.

Pero en aquel momento abría ya Magdalen Sibylle los ojos, aquellos ojos azul oscuro que contrastaban violentamente con su oscura cabellera. Süß la incorporó y sus miradas, su voz y sus manos acariciadoras la rodearon de una devoción humilde y galante, en la que el judío puso todo el arte de su larga experiencia. Contestando a los balbuceos de la joven, cuyos ojos turbados en su rostro pálido fijaban en él una mirada a medias amenazadora y a medias seducida, dirigió hábilmente la conversación. Puso a su disposición una silla de manos, un carruaje y un médico, y sin decir una sola palabra para retener al presidente, que se despedía, escoltó en persona a Magdalen Sibylle a través de la antesala, donde todos saludaron respetuosamente a su paso, hasta el carruaje que esperaba a la puerta. Sophie Fischer se cruzó en su camino con paso perezoso y dirigió una mirada curiosa, atravesada e irritada, a Magdalen Sibylle.

Una multitud se agrupaba ante la casa de la Seegasse, aunque la lluvia helada y el viento nocturno traspasaban sus vestidos. Obstinosos y tenaces, los curiosos se agolpaban para ver pasar las carrozas que, iluminadas y ruidosas, traían a los invitados de Süß a la fiesta.

En el vestíbulo llameaban grandes antorchas y todas las ventanas resplandecían. En el portal abierto, se pavoneaba el portero, con su resplandeciente librea morada y su pértiga, y tres criados esperaban para abrir las portezuelas de los carruajes.

Éstos llegaban en rápida sucesión. No se trataba de uno de aquellos bailes públicos de los que Süß extraía grandes beneficios controlando por medio de listas qué individuos de la corte, qué funcionarios y qué burgueses faltaban y teniéndolo bien en cuenta. Si con aquellas fiestas públicas había forzado a la villa y corte de Stuttgart a celebrar un carnaval más brillante que nunca, obligando a las gentes a gastar para asistir a ellas más dinero del que gastaban en muchas semanas, este baile de máscaras más íntimo debía servir exclusivamente para ostentar su magnificencia y su fausto. Sólo los más grandes señores y las más bellas damas de la corte del duque habían sido invitados a aquella fiesta.

Detrás del cordón formado por los lacayos de Süß y los agentes de la policía, la multitud alargaba el cuello para vislumbrar bajo los abrigos los trajes de los invitados. Llegaban ministros, generales y cortesanos. Delgado y más acusada que nunca su nariz aquilina, por encima de su golilla a la española, apareció el consejero Schütz. Congestionado y corpulento, Remchingen sudaba ya en su carroza, bajo las espesas pieles de su traje de boyardo. Estaba de peor humor que nunca, porque al bajar del coche había topado en el portal con De Riolles, uno de tantos caballeros errantes que recorrían las cortes llevando a través de toda Europa los chismes y murmuraciones de la alta aristocracia internacional. Dos mujeres estallaron en carcajadas, y hasta los policías se rieron disimuladamente al ver a aquel hombre bajito, delgado y vacilante, que se había vestido de chino sin renunciar a su peluca europea. Todavía resultaba más gracioso caminando a pasitos cortos junto al corpulento Remchingen, parecía un enano a su lado con su carita infantil viciosa y envejecida. El general avanzaba con gran estrépito, grande e imponente al lado del francés, menudo y anguloso, pero tenía la certeza de que aquella noche, como siempre en los últimos días, la condesa, ya fuera para variar, ya fuera para ponerle furioso, preferiría de nuevo la compañía del francés.

A pie y cruzando por entre la multitud llegó Neuffer, el abogado del Parlamento, vistiendo un traje indescriptible, negro y escarlata, y dejando tras de sí un rastro de injuriosos murmullos. Él y Weissensee eran los únicos parlamentarios invitados. Antes de que llegara al portal, le adelantó la carroza estudiadamente elegante y discreta del anciano príncipe de Thurn y Taxis, llegado la víspera de Ratisbona. Su fina cabeza de galgo se erguía sobre un traje morado de noble genovés, del que se sentía muy satisfecho porque le hacía parecer más delgado. Pero evidentemente tenía mala suerte con aquel maldito judío: antes, en el palacete de Monbijou, el salón amarillo pálido había matado el efecto de su traje de igual color, y hoy aquel estúpido israelita había vestido a toda su servidumbre con libreas moradas; de manera que en el peor de los casos iban a tomarle a él, al príncipe de Thurn y Taxis, por un lacayo, y de todos modos quedaría completamente fracasado el efecto de su disfraz. Al lado del furioso príncipe, entró, rechoncho e insignificante, el consejero Fichtel, que iba a estar dos días en Stuttgart y traía cartas del obispo de Wurzburg. Vestido de turco, con pantalones bombachos y una túnica corta, parecía una pelota, y su rostro sutil y astuto se mostraba radiante de alegría bajo el fez, en tanto que su manita carnosa hacía alegres señas a la multitud estacionada en la calle, que murmuraba contra los católicos.

Luego llegó un carruaje bamboleante y deslucido, con un solo lacayo en el pescante.

Un individuo altísimo y de rostro inexpresivo, rojo azulado y descarnado, se apeó de él y se deslizó al interior del portal, ante la multitud silenciosa. Era Dom Bartelemi Pancorbo, consejero del Palatinado. El duque había obligado a Süß, contra su voluntad, a invitar a aquel comerciante en joyas, que al parecer había fijado sus reales en Stuttgart. Dom Bartelemi vestía, como de costumbre, un traje de ceremonia a la usanza portuguesa, anticuado, raído y demasiado holgado. No necesitaba otro disfraz.

A la hora fijada se presentó, puntualmente, la carroza ducal. Karl Alexander se apeó de ella, enorme e imponente, disimulando en lo posible su cojera en atención a las circunstancias, pues se había disfrazado de héroe de la Antigüedad. Marie Auguste, cuyo busto torneado surgía de una inmensa falda con miriñaque azul claro, representaba la diosa Minerva. Llevaba sobre la peluca un precioso casco de oro y su corpiño simulaba una coraza del mismo metal. Dos pajes la seguían, llevando uno el escudo y el otro la lechuza, símbolo de la diosa.

La música se disponía a saludar con sus sonos la entrada de la pareja ducal y Süß esperaba en la puerta del salón mientras los invitados se colocaban en dos filas dentro del mismo, pero el duque se demoraba en el vestíbulo. Había advertido, al lado del presidente del Consejo eclesiástico, a una joven arrogante y bella, vestida de jardinera florentina, y que al quitarse el abrigo se había despojado por un momento del antifaz para arreglar su enorme sombrero de paja adornado de cintas, dejando ver su rostro de rasgos firmes, casi masculinos, morenas mejillas y ojos azul oscuro, que contrastaban violentamente con las cejas negras. El duque se sintió impresionado como no le sucedía desde hacía muchos años a la vista de una mujer. Vacilaron sus piernas y sufrió una especie de vértigo. Con una leve sonrisa la duquesa paseó sus ojos de Karl Alexander a la joven, que había vuelto a cubrirse el rostro con el antifaz y dijo a su marido:

–Creo que deberíamos entrar. Nos están esperando. –Además, ya Süß venía a buscarlos, esbelto y elegante, con su disfraz de sarraceno.

–¿Quién es esa dama? –le preguntó Karl Alexander, en voz baja.

–La hija de Weissensee, supongo –respondió el judío, en el mismo tono–. *Demoiselle Magdalen Sibylle Weissensee*.

Sus Altezas entraron en el salón de fiestas. Los invitados se inclinaron profundamente y los músicos empezaron a tocar.

Como a la duquesa le gustaba apasionadamente el teatro, Süß comenzó la fiesta con la representación de una opereta italiana: *El libertino a su pesar*, en la cual cantó, por primera vez, la nueva soprano italiana Graziella Vitali, napolitana pequeña y torneada, de piel dorada, muy linda, con un rostro lleno y unos ojos brillantes. Süß se había prometido muchas cosas de la impresión que causa a al duque, pues era aquél el tipo de mujer que habitualmente le inspiraba un capricho, y había hecho brillar a los ojos de la cantante magníficas perspectivas. Por lo tanto, cuando fue presentada a Su Alteza después de la representación, no fue nada parca en tiernas insinuaciones y coqueterías, esperando tan sólo una señal del duque para retirarse con él a un gabinete discreto. Pero Karl Alexander sólo le prestó una atención distraída, murmurando indistintamente algo así como:

–Más tarde, más tarde. –Era evidente que de momento tenía otra cosa en la cabeza. La napolitana tuvo que esforzarse en mantener su aspecto relajado y alegre, y cuando consiguió hablar a solas con Süß, estaba hecha una furia.

Durante la representación, Magdalen Sibylle conservó puesto el antifaz, disimulando

detrás de él y bajo su enorme sombrero de paja su rostro nervioso y tenso. Había cedido sin oponer resistencia a la invitación de su padre para que le acompañara a la fiesta, pero ahora lo sentía. No tenía fuerza suficiente para vencer al diablo. ¡Ojalá no hubiera entrado nunca en aquella sala! Se sentía desgarrada y abrumada por su misión. ¡Ojalá se hubiera quedado en Hirsau! ¡Ojalá no se hubiera encontrado con el diablo! Ahora se había metido en aquello y no podía librarse de él, se sentía enferma. Había sido una presunción haber creído que podría conducirle a Dios con sus débiles manos. Desde que hubo de reconocer al demonio en el judío, sentía en su pecho una comezón que la devoraba. Dios había permanecido mudo a sus súplicas y los libros de meditación eran ya para ella letra muerta. Con la vista fija intentaba sumergirse en Dios, pero el aire sigue vacío, no aparece ningún rostro, no es culpa suya, todo se relaja, se empobrece, todo es absurdo, no tiene vida. Swedenborg decía tan sólo palabras sin sentido y en una visita que hizo a Beata Sturmin, la santa ciega, sus palabras la dejaron fría y vio que la santa no era más que una pobre criatura enferma, una solterona vieja que vivía en un ambiente acre y miserable.

No había vuelto a ver al judío desde entonces. Él se había informado con frecuencia acerca de su salud, le había mandado flores, incluso visitó a su padre, pero ella le evitó. Sólo le vio una vez en la explanada del castillo, montado en su yegua blanca Assjahda, deslumbrante. Las maldiciones, el odio, la envidia, se estrellan contra la delgada espalda del caballero, pero a él no lo afectan, Lucifer no miraba a su alrededor. Ella le siguió con la vista, más impotente que el pueblo que no hace más que lanzar maldiciones. Por lo menos ellos tienen palabras, corazones y hombros encogidos, lenguas además de su impotencia.

Había dudado mucho antes de decidirse a acudir a la fiesta. Y ahora ésta constituía para ella un desencanto que la trastornaba. Süß no se ocupaba de ella y apenas la había saludado con una frase fríamente cortés. Magdalen Sibylle no podía saber que tal conducta era, por parte del judío, una diestra estrategia y veía solamente que Lucifer no tenía ojos para ella. Se quitó el antifaz, pero Lucifer no dirigió ni una sola mirada a su hermoso rostro moreno, atormentado por la emoción, y aquella indiferencia la deprimió más que una derrota.

Pero había otro que contemplaba por segunda vez aquel rostro moreno y angustiado, lo examinaba largamente con mirada experta y estudiaba aquellos ojos profundos azul oscuro y su vibrante contraste con el oscuro cabello. *Mille tonnerres!* ¡Era guapa de veras aquella Weissensee! Y era una suaba, uno de sus súbditos, pero una suaba muy especial. Karl Alexander no había imaginado jamás que aquel zorro de Weissensee tuviera en su casa tan bella flor. Había venido a la fiesta ansiando vagamente encontrar algo nuevo, sin saber exactamente qué. Había trabajado mucho, había descansado y se sentía en plena forma. Aquello era otra cosa. La fiesta tenía ya para él un objetivo. La cantante italiana, cuyas alabanzas había entonado Süß por adelantado, no hacía más que aumentar los deseos que le inspiraba aquella singular suaba.

Después de la representación se sirvió una cena magnífica. Despojados ya de los antifaces los animados rostros, resultaban a la vez extraños y familiares sobre aquellos trajes y entrañaban aún mayor atractivo. Hubo viandas especiadas, fuertes vinos extranjeros y brindis entusiásticos. Del interior de un maravilloso pastel surgieron cuatro niños, Paris y las tres diosas, pero Paris no entregó la manzana a ninguna de ellas, sino a la duquesa. El consejero Fichtel, gordo y esférico metido dentro de su disfraz de turco, pronunció un brindis, compuesto de agudos alejandrinos, lleno de finas y malignas pullas

contra el Parlamento, y los oficiales católicos lanzaron ruidosos vítores en honor del duque.

Al terminar la cena entraron, bailando, unos cuantos enanos, que saquearon las vitrinas y ofrecieron a las damas las joyas en ellas contenidas y que Süß tenía asignada a cada una de ellas. Dom Bartelemi observó atentamente aquella distribución de piedras preciosas, cadenas y broches. Aquel hombre, tremendamente alto, con el hombro derecho anormalmente elevado, la descarnada cabeza rojo azulada sostenida por aquel cuello seco, emergiendo del anticuado traje portugués lo examinaba todo con sus ojos pequeños y fijos, por entre sus párpados marchitos. Sus ojos se hundían en las cuencas, espionando desde aquella cabeza de muerto. El consejero del Palatinado y director general de Comercio y de la fábrica de tabaco contempló los regalos que las damas le mostraban, tasándolos con infalible pericia. Süß escuchaba con profundo malestar aquella voz hueca, lenta y fría, que tantas veces estorbó sus transacciones reduciéndole a un papel secundario, y observó con repugnancia la ardiente pasión con que el consejero del Palatinado manejaba entre sus largos dedos descarnados las piedras resplandecientes. Los dos competidores se miraron, desafiándose, como dos aves de presa, viejo el uno, calvo y experimentado, y el otro, no tan alto, más joven y más peligroso, bajo su aspecto elegante.

–Magníficas piedras, magníficas –decía Dom Bartelemi–, pero no valen nada comparadas con vuestro solitario. Dejádmelo ver –pidió a Süß. Y manejando tiernamente el diamante entre sus dedos de araña, preguntó con su voz cavernosa, ante los atentos invitados–: ¿Qué pedís por esta piedra, señor director de finanzas?

–No la vendo –respondió Süß.

–Os ofrezco a cambio el monopolio del tabaco del Palatinado –insistió el portugués.

–No la vendo –repitió con fuerza el judío.

Dom Bartelemi devolvió de mala gana la joya y la duquesa comentó:

–Mirad cómo mi judío se ciñe al dedo el monopolio del tabaco.

Pero en aquel momento, el confitero francés bacía entrar el postre. Se trataba de una maravillosa obra de arte, y si el pastelero Benz la hubiera visto, la envidia no le habría dejado dormir durante una semana. Hechas de bizcocho y helado allí estaban todas las fortalezas que Karl Alexander había conquistado. Otra de las partes más dignas de verse era el Triunfo de Mercurio, copiado del fresco del techo.

Después de la cena y en tanto comenzaba el baile, la pareja ducal se retiró con algunos de los invitados al invernadero. Marie Auguste se dedicaba a criticar con el señor De Riolles, que vestido con aquel ancho quimono y su rostro lampiño, gesticulante y lascivo, en medio de las plantas parecía un mono. Dom Bartelemi palpaba y manoseaba los muebles, el mármol, el lapislázuli, se detenía ante las vitrinas de joyas. El consejero Fichtel, mientras tomaba su taza de café mantenía una enigmática conversación diplomática, dando muchos rodeos, con su amigo Weissensee. Y Remchingen desahogaba su malhumor, causado por la duquesa, con Süß, dedicando a su amable y relajado anfitrión una sarta de bromas burdas y obscenas.

El duque se hallaba sentado aparte con Magdalen Sibylle. Había bebido copiosamente, e inmediatamente después de la cena había pedido a Süß que dejara a su disposición su alcoba y su tocador y condujera a él a la joven, utilizando un pretexto cualquiera. Süß, al oír esta orden, sintió que el corazón le daba un vuelco. Volvió a ver a Magdalen Sibylle aquel día que huyó de él en el bosque y luego en su despacho,

desvanecida y yacente, tan morena y pálida, llena de juvenil encanto. Magdalen Sibylle le pertenecía por entero. No era preciso ser muy perspicaz para advertir que la muchacha se sentía irresistiblemente atraída por él, y mientras Karl Alexander le hablaba de ella, Süß la deseaba. Pero estaba acostumbrado a anteponer los negocios y el servicio del duque a las mujeres, el placer y los sentimientos, y con su acostumbrada actitud sumisa y servil declaró, en el acto, que se sentía dichoso de poder proporcionar aquel placer a Su Alteza. Se permitiría tan sólo advertirle respetuosamente que Magdalen Sibylle era, según sus noticias, una exaltada pietista, difícil de manejar por lo tanto y propensa a ataques de nervios. Además, creía que nadie había bebido aún de aquella copa.

–¿Acaso lo has intentado tú? –repuso el duque, riendo a carcajadas–. ¿Lo has intentado?

Aquello era precisamente lo que le atraía, y el hecho de que se tratase de una pietista no haría sino sazonar aún más la aventura. Y advirtiendo a Weissensee, que charlaba cerca de allí con Fichtel y Schütz, le saludó con un ademán de cabeza, afable y jovial.

Sentado, pues, en el invernadero al lado de la joven, empezó a bromear sobre su pietismo. Claro está que él era católico y, por lo tanto, un hereje para ella, pero su Consejo eclesiástico, que debía de ser competente en aquellas materias, y el mismo padre de Magdalen, que lo presidía, no aprobaban tampoco semejante fanatismo. Sin ir más lejos, el día anterior había firmado un decreto prohibiendo, bajo las más severas penas, a una cierta señora de Molk, celebrar reuniones de sectarios. Cuando vio a Beata Sturmin, que se hallaba a la cabeza de todo aquel movimiento, pensó que el trato con los ángeles no daba grandes atractivos a una mujer, pero ahora que veía a Magdalen Sibylle creía ya que las relaciones con Dios y con sus ángeles tenían realmente algo bueno. Quizás querría ella adoctrinarlo. Magdalen Sibylle sufría escuchando aquellas groseras chanzas. Karl Alexander, con su rostro congestionado y sus ojos voraces, le daba miedo. Sus bromas no la divertían y se sentía abandonada por Dios, sin lo cual aquellas blasfemias la hubieran hecho saltar y no habría vacilado en arrojar su indignado desprecio al rostro de aquel Nabucodonosor furioso. Pero sólo experimentaba repugnancia. Se sentía fatigada y triste y Dios se mantenía oculto en la sombra. Dios no se dignaba responderle. Dios la rechazaba.

Volvió a oír la potente y estrepitosa voz de Karl Alexander. No debía pensar que él no comprendía sus cosas. En Venecia había tenido mucho trato con videntes, y aunque reconocía no haber leído a Swedenborg, conocía también en Alemania a un mago que podía leer el futuro y tenía una asombrosa relación con Dios. Por supuesto se trataba de un viejo judío, él prefería sin dudarle a Magdalen Sibylle, y esperaba que en lo sucesivo, cuando necesitara cualquier información del buen Dios, podría dirigirse a ella. Mientras decía esto le quitó el antifaz, devorándola con ojos ávidos y violentos.

Hacía un calor terrible en aquel invernadero, los árboles y las plantas exóticas se balanceaban, como seres dotados de vida, a la luz de las bujías; Ja música llegaba en oleadas excitantes, y Magdalen Sibylle sufría un insoportable dolor de cabeza. Las miradas y las palabras del duque que brotaban de sus gruesos labios lúbricos la herían como acerados puñales. Se sentía a punto de hacer algo violento e insensato, cuando quedó liberada por la llegada de uno de los pajes de la duquesa, la cual la reclamaba a su lado.

Marie Auguste se hallaba en el centro de un amplio círculo. En torno de ella estaban Süß, el señor De Riolles, el consejero Schütz y el joven actuario Götz, vestido de pastor, rubio, joven y simple, de excelente familia por lo demás, con su madre, esposa del

consejero Götz, y su hermana Elisabeth Salomea. La madre y la hija se parecían de un modo extraordinario, se hubiera dicho que eran hermanas, ambas de tez pálida, dulces y esbeltas, muy hermosas, con abundantes cabellos rubios, grandes ojos soñadores un poco alocados y voces ingenuas. Las dos, rubias y encantadoras, llevaban unos disfraces de pastoras, no muy originales y pasados de moda, y ponían por las nubes a la duquesa, con sus voces claras e infantiles y sus ojos adorables e ingenuos. Arrogante e indolente, Sophie Fischer, la hermosa y voluptuosa querida de Süß, acababa de separarse del grupo para ir al invernadero y Marie Auguste no pudo resistir la tentación de burlarse un poco de su judío favorito, por su arrogante querida. Süß, en efecto, acababa de hacer nombrar a su padre, que era ya tesorero del Fisco, director de la Tesorería, en compensación, sin duda, por los favores de la hija. Arrogantemente viril, con su elegante disfraz de sarraceno, el judío mantenía un sereno aplomo ante las señoras y respondió a sus bromas con otra: la joven Sophie había sido, desde luego, para él una deliciosa ama de gobierno, pero ahora que Su Alteza se había dignado elevar a su padre a un puesto tan visible, no le parecía correcto seguir teniéndola a su servicio. Y sonriendo, manifestó con descarada indiferencia, que la despediría al día siguiente. El grupo quedó sorprendido del cinismo con el cual terminaba el judío sus aventuras. La duquesa reía divertida y aquellas maneras de hombre de mundo encantaban también a Schütz. En cambio, el joven Götz, inexperto y simple, no sabía qué hacer, pues concedía extrema importancia al buen tono y dudaba entre aprobar la conducta del judío o atacarla. Por último, se decidió por adoptar un aire marcial, sin decir palabra. En cambio, su madre y su hermana contemplaban con tierno interés a aquel hombre, que sabía poner punto final a un *amour* con tan superior elegancia.

A este grupo llegó Magdalen Sibylle. La duquesa había advertido hasta qué punto Karl Alexander se ocupaba de ella. Le gustaba también aquella joven de rostro moreno, tan decidido y emotivo, y tenía curiosidad por ver de cerca lo que tuviera de atractivo. Con ademán benévolo le tendió su mano a besar y la examinó atentamente. La joven posó en Süß una mirada tímida y furtiva. El judío se había inclinado profundamente a su llegada y se había erguido luego, grave y ceremonioso. Magdalen Sibylle se sentía aliviada de no verse ya forzada a escuchar al duque y agradecía la benevolencia que la duquesa le testimoniaba, pero la envarada indiferencia de Süß renovó su turbación. Permaneció muda en tanto que los otros continuaban charlando y bromeando, y bruscamente, su miedo, la tensión de sus nervios, su desencanto, su furor y su expectación hicieron explosión en un sollozo, que no supo reprimir. Los invitados sonrieron con aire confuso y Marie Auguste acarició con su manita delicada la mano helada de la joven. Süß, por su parte, aprovechó hábilmente la ocasión para decir que iba a procurar que se calmase y se llevó a la infeliz, toda temblorosa e intimidada. El chino De Riollles hizo una mueca. Schütz, el español, sonrió, y Götz, el pastor de fantasía, no encontró tampoco esta vez nada mejor que hacer que adoptar una actitud guerrera. La duquesa, mientras seguía charlando con naturalidad, buscó a su marido con los ojos y le vio hacer una señal disimulada a Süß, cuando éste pasó por su lado conduciendo a la joven.

La habitación en la que Süß hizo entrar a Magdalen Sibylle ofrecía un ambiente fresco y puro en contraste con el de los salones saturados por las emanaciones de las bujías, el vino y la gente. Era la estancia que precedía a la alcoba y por entre una cortina se veía el inmenso lecho, con sus amorcillos dorados. Aquella noche aparecía llena de toda clase de objetos, trasladados de los otros salones, que hubieran estorbado el baile: frágiles

porcelanas, figuritas chinas y la jaula de Akiba, el loro. Los ruidos de la fiesta sólo llegaban hasta allí muy amortiguados y después de los salones llenos de gente, aquella habitación, con su ambiente más fresco y su serena calma, tenía un efecto relajante.

Magdalen Sibylle se sentó en un diván y respiró aliviada. Estaba soberbiamente hermosa, ardiente y arrebatada a causa de tantas emociones, y Süß en pie ante ella, servicial y cortés, la deseaba con ardor. ¡Lástima tener que dejar su puesto al otro, que probablemente no sabría apreciar aquella belleza!

Con sus grandes ojos inundados de lágrimas, la joven le contempló lentamente. Süß creyó que lo mejor era responder a aquella mirada con su aire habitual de sumisión sin límites y añadir a él, en este caso particular, un matiz de sentimiento paternal.

«¡Pobre Lucifer —se decía Magdalen Sibylle—, cuán turbado está y qué infeliz se siente! No tendría sentido alguno encolerizarse con él y lanzarle terribles exorcismos. Voy a cogerle tiernamente de la mano y a persuadirle de retornar a Dios, con bondadosas palabras. ¿Cómo he podido dudar de mis fuerzas para llevar a cabo tal misión? Espera sólo que venga alguien para reconciliarle con Dios.»

—Me desconsuela, *demoiselle*, —decía entretanto el judío con su voz acariciadora y velada—, ver que siempre os sucede algún accidente en mi presencia. La primera vez que os vi, en el bosque de Hirsau, entre los árboles, huisteis de mí. Cuando me hicisteis el honor de visitarme con vuestro padre, no os encontrasteis bien en mi casa. Y hoy, cuando yo creí haber hecho cuanto estaba en mi mano para que mis invitados estuvieran de buen humor, compruebo dolorosamente que he fracasado de nuevo con vos. ¿Es realmente tan abominable y repulsivo mi rostro? ¿O sólo es una fatal casualidad? —Y se inclinó hacia la muchacha, que enrojeció vivamente.

—No disimuléis más, señor consejero —dijo ella de repente, en un arranque de valor, mirándole con aire convencido y apremiante—. Sé muy bien que sois Lucifer, hijo de Belial, y vos sabéis que he sido enviada para luchar contra vos y someteros a Dios.

Süß tenía una gran experiencia con las mujeres, no perdía jamás su serenidad ni permanecía nunca confuso. Pero aquellas palabras eran tan inesperadas, que por primera vez en su vida no encontró respuesta. Afortunadamente para él, Magdalen Sibylle no la esperó y después de una breve pausa continuó hablando. Comprendía perfectamente que él pensara que Dios, su adversario, le repudiaba. Verdaderamente era una decisión terrible renunciar a una obstinación que duraba ya miles de años, pero en cuanto abandonara su obcecación y su malvada porfía, su alma se sentiría como liberada de una horrenda costra, y se sumergiría en Dios como en un baño agradable y tibio de aguas transparentes. Siguió hablándole así, poseída de ardiente celo, y le tendió la mano.

Con su habitual prontitud Süß se había adaptado al vocabulario pietista y, tomando la mano que se le tendía, inició una respuesta ágilmente preparada. Se hallaban así, en muy buen camino, cuando el duque apareció de repente en la habitación. Con las pupilas dilatadas, horrorizada e implorando auxilio, Magdalen Sibylle fijó su mirada en Süß y se oyó su respiración jadeante. Pero el judío declaró cortésmente que estaba obligado a volver junto a sus invitados y, de pronto, la muchacha se encontró a solas con el duque, mientras el papagayo graznaba *Ma vie pour mon souverain* y en la habitación contigua se vislumbraba, claramente iluminada, la lujosa y desvergonzada cama. Karl Alexander dijo algo gracioso, insustancial, con voz ronca y en un tono forzado. Ella contempló su rostro congestionado, ligeramente sudado, contempló sus ojos y encontró su mirada oscura y

salvaje, sintió su olor a vino y a sudor. Con pasos temerosos se acercó a la puerta, tartamudeando una disculpa, quería seguir a Süß, reunirse con los demás invitados. Pero la puerta estaba cerrada con llave. Karl Alexander rió, se quitó ceremoniosamente la lujosa y antigua coraza en silencio, tan sólo podía oírse su jadeante respiración. Con una amabilidad cruel se acercó a ella y con su extraña mano, estrecha, larga, huesuda y cubierta de vello en el dorso y de palma carnosa, gruesa y corta, la tomó de la mano. Ella retrocedió, él la cogió con más fuerza, sudando, jadeando excitado. Ella recuperó las fuerzas, se resistió salvajemente, pero sin esperanza, contra aquel hombre pesado, fuerte y excitado. Retazos de música lejanos llegaban hasta ellos. Ella gritó, el papagayo aleteó con fuerza, graznando alborotado.

Fuera, en el baile de máscaras se iban perdiendo las formas, dando paso al desenfreno. Desde todas las esquinas en sombras se oían chillidos, voces, risas y gritos ahogados. El señor De Riolles comentó al señor von Schütz, aprobatorio, que ni en la corte polaca llegaba a haber un ambiente tan alegre.

Al salir del gabinete, Süß se precipitó con furiosa exaltación en el torbellino del baile. Evitó a la duquesa, que con una ligera sonrisa lasciva y divertida, le pidió noticias de Magdalen Sibylle, y se dedicó a galantear a las señoras de Götz, madre e hija, por las cuales se interesaba también el duque, haciéndolo con tanta insistencia que el joven actuario, al ver que no se prestaba la menor atención a sus gestos amenazadores, se refugió en un rincón, silencioso y perplejo, en tanto que las dos mujeres escuchaban encantadas las cínicas galanterías del judío. La cantante napolitana, de tez dorada y cuerpo torneado, atacaba ahora al príncipe de Thurn y Taxis, fingiendo ignorar quién era y sentirse atraída sólo por su elegancia y su distinción. El anciano galán, viendo que a pesar de su disfraz semejante a la librea de los lacayos de Süß, producía efecto en las mujeres, se sintió renacer y olvidó su cólera. También Remchingen trataba de aproximarse a la cantante, pero ésta supo rechazar cortésmente y con sutil destreza, en favor del viejo príncipe, tan rico y distinguido, al rudo general, borracho ya, que la devoraba con sus ojos vidriosos. En cambio, advirtiendo que el actuario Götz la contemplaba desde el rincón donde se había refugiado, con ojos velados más por la pasión que por la embriaguez, encontró, mientras mantenía a distancia al general e inflamaba al viejo príncipe, un instante libre para lanzarle una mirada única, pero elocuente, que encadenó para siempre al joven pastor rubio y simple.

Weissensee se hallaba sentado a una mesa de faraón con Neuffer, el consejero Fichtel de Wurzburg, Schütz y el señor De Riolles. El de Wurzburg tomaba su café, Weissensee y Neuffer paladeaban el denso y oscuro vino espumoso que en toda Alemania sólo podía encontrarse en casa de Süß, y hablaban de política. Neuffer, vehemente y perentorio, con aquel aspecto tan raro que le daba su disfraz escarlata, sacó a relucir, burlón, las teorías absolutistas, que el jesuita desarrollaba con elegante y experta naturalidad.

Pero Weissensee no dedicaba al asunto toda la atención como era su costumbre. Su rostro enjuto y malicioso se volvía sin cesar a todos lados y preguntaba a unos y a otros si habían visto a su hija, pero nadie sabía darle noticia de ella. Sus largas manos delgadas se cubrieron de frío sudor y sus ojos escépticos inquirían angustiados a derecha e izquierda.

De pronto, viendo a Süß, se excusó ante los otros dos caballeros y se lanzó hacia él con inusitada premura, para pedirle noticias de su hija. Le dolía la cabeza, respondió negligentemente Süß, y se había retirado a una habitación más fresca y más tranquila. El

presidente, desconcertado, quiso ir en su busca, pero Süß afirmó que valía más dejarla descansar, tanto más cuanto que ya Su Alteza se ocupaba personalmente de ella. Y al decir esto miró a su interlocutor, con una sonrisa descarada y amable. Weissensee se echó a temblar y tuvo que sentarse. Después de un breve silencio, Süß añadió por su cuenta y siempre sonriente, que el duque se había expresado en términos particularmente halagadores sobre el nuevo presidente del Consejo eclesiástico, el cual no tardaría seguramente en obtener ascensos y condecoraciones. Weissensee meneó dos o tres veces la cabeza de un modo extraño y senil, contempló con sonrisa cortés, pero un poco demudada, el tumulto de la fiesta, y de pronto, hurtando sus ojos a la mirada de Süß, empezó a hablar, con voz insegura y pastosa, de su residencia de Hirsau y describió la espléndida finca, con sus viñas, sus cosechas y su granja bien provista, en medio de la paz de los campos. Allí había trabajado él serenamente en sus comentarios al Nuevo Testamento, lejos de la agitación del mundo, que sólo de tarde en tarde lanzaba hasta él sus espumarajos, y en compañía de su hija, una muchacha sencilla y sosegada, con un gran sentido práctico y una profunda vida interior.

En medio de aquella ensoñación —hablaba más para sí mismo que para Süß— calló tan bruscamente como había empezado a hablar. Parecía aniquilado y su lujosa capa veneciana pendía inerte en torno a él, como las alas replegadas de un murciélago. El judío, erguido ante aquel hombre que se abandonaba desesperado a su angustia, le miraba de arriba abajo, y con un acento ligero, penetrante y burlón, exclamó rompiendo el silencio:

—No hubiera creído nunca que fueseis tan sentimental.

—¡No, no! —replicó vivamente Weissensee, recobrándose—. No soy un desertor de la vida, Excelencia, y jamás me he sustraído a ninguna tentación. La curiosidad es el principio sobre cuya base he organizado mi existencia.

Intentaba recobrar su sonrisa habitual.

—He debido nacer bajo una estrella en constante movimiento que no me ha permitido nunca permanecer en reposo, me ha impulsado a través de muchos mares y muchos países y me ha obligado a penetrar en las almas de todas las criaturas de Dios y del demonio. ¡Ah, mis *souvenirs*!

Pero mientras se esforzaba en evocar aquellos *souvenirs*, el rostro pálido y sonriente del judío erguido ante él, con sus ojos oscuros y sus labios carnosos, se borró bruscamente de su vista. Adivinó, de pronto con claridad cruel, que a pocos pasos de allí, detrás de una puerta cerrada, su hija se debatía y luchaba, desfalleciente y sin esperanza. La vio, vio desaparecer el color de sus firmes mejillas morenas y vio vidriarse sus ojos profundamente azules bajo sus cabellos negros. Y en medio de aquella visión oyó la voz precisa de Süß, aquella rotunda voz de hombre de negocios, que le decía:

—Tal como están las cosas, esta noche no vacilo en prometeros ascensos y honores.

Lo asombroso era que no odiaba a aquel hombre que se inclinaba hacia él, con su sonrisa afable e insolente. Se limitaba a representárselo sentado allí, tan desconcertado y quebrantado como él, mientras que él mismo se erguía a su lado, alerta y sonriente. Luego se condujo exactamente como de costumbre, salvo que todo lo que hacía o decía le parecía irreal, como si lo estuviera soñando. Se inclinó cortés y afablemente al responder a una broma de la duquesa, conversó con precisión y diplomacia con el consejero Fichtel, y a una chanza sutilmente obscena del señor De Riollés, respondió con una obscenidad más refinada aún. Pero todas aquellas voces sonaban singularmente mecánicas y apagadas en

sus oídos, los invitados se movían como autómatas y todo parecía hecho de cera. El mismo Karl Alexander, que había reaparecido en los salones, corpulento y pesado, blandos y fatigados los miembros y cojeando más que antes, le hacía el efecto de una figura de cera detrás de una nube de humo.

Sin embargo, a la vista del duque consiguió reanimar en su interior una vaga esperanza. Espantó sus visiones e impuso silencio a lo que sabía y no quería creer que fuese verdad. Con rápido movimiento recogió su capa veneciana y fue a apostarse al paso del duque. Toda su persona era tan sólo una interrogación suplicante. Pero el duque no le vio, o no quiso verle, y pasó rígido a su lado, fija la vista ante sí.

Entonces Weissensee se sintió de pronto terriblemente viejo y fatigado. Buscó un rincón tranquilo y se dirigió a la mesa junto a la cual bebía en solitario el actuario Götz. Halagado por la compañía del presidente del Consejo eclesiástico, el joven se levantó ceremoniosamente, aunque ya un tanto mareado, y se deshizo en reverencias. Los dos permanecieron allí contemplando en silencio y sin dejar de beber, el tumulto de la fiesta; elegante, triste y desgarrado el viejo; torpe y apático en su desvalimiento y su romanticismo, decepcionado y hablando a borbotones el joven.

Karl Alexander se movía entretanto por los salones, empachado, orgulloso y satisfecho de sí mismo. De cuando en cuando sonreía con forzada arrogancia como un niño que ha hecho una tontería y se pavonea para superar su vergüenza. Pero precisamente con ello daba a todo el mundo la impresión de que venía de los brazos de una mujer, y a la duquesa, que posó en él una mirada interrogante, le contestó con un amplio ademán que podía interpretarse como una orgullosa confesión. Se detuvo ante las mesas de faraón, haciendo levantarse a los jugadores, secretamente furiosos al verse interrumpidos, y les comunicó que aquella noche se estaba divirtiendo de un modo verdaderamente extraordinario. Bebió con avidez dos grandes vasos de vino de Tokay y acabó así de emborracharse por completo. Fue al encuentro de su suegro, completamente absorbido en aquel momento por la napolitana, cosa de la que Karl Alexander tomó buena nota con admiración y envidia y, abrazando enternecido al viejo príncipe, le dijo cariñosamente:

—¡Cuánto me alegra ver que Vuestra Alteza se siente tan joven!

Luego, con jactancia sentimental, habló largo rato de su juventud en Italia, de su campaña de Lombardía y de sus aventuras venecianas. La victoria de Cassano le costó el pie, pero no había sido un precio demasiado elevado. ¡Ah! ¡Venecia, Venecia! Vagabundear con el rostro escondido tras la máscara, mujeres, duelos, política de altos vuelos, alquimistas y videntes, la laguna y los palacios, y por encima de todo la mano secreta de los Diez. Graziella Vitali le hacía recordar todo aquello en un instante, ella que era un agradable perfume, fugaz y cambiante. Y sus ojos examinaron, escrutadores y expertos, a la napolitana.

—Estáis de suerte Alteza —balbuceó—, y yo tampoco puedo quejarme. *Suum cuique!* *Suum cuique!* En este mundo, Dios Nuestro Señor nos ha situado a ambos en un lugar soleado donde se está bien y caliente.

Y diciendo esto acariciaba el brazo desnudo, dorado y suave de la cantante y felicitaba al viejo príncipe por la linda gallina que se disponía a desplumar.

Süss evitó al duque. Se sentía celoso y amargado. Sabía que Karl Alexander querría describirle crudamente su aventura con Magdalen Sibylle y no estaba de humor para

dejarse contar placeres cuyas primicias habrían debido pertenecerle. Para evitar tener que pensar en ello se entregó al turbulento remolino de su fiesta. Era en celebración de su cumpleaños, de su llegada al mundo, por lo que lucían aquellas luces, por lo que se habían engalanado la mesa y aquellas fastuosas habitaciones, por lo que aquellas hermosas damas y aquellos grandes señores habían venido. Había llegado muy alto. Ningún otro judío había ocupado jamás en Alemania posición tan elevada y brillante. Y aún se elevaría más. Ya iba camino de la corte imperial de Viena la solicitud de un título nobiliario para él. Lo tendría. Karl Alexander, que cada día le debía más, habría de obtenerse. No se mostraba envuelto en un caftán raído y con rizos sobre las sienes, pero no quería tampoco procurarse títulos y honores por el sencillo medio de la conversión, como había hecho su hermano. Sólo merced a su genio, a su genio y a su buena suerte, llegaría a la cima. Había apostado en el momento oportuno por el duque, cuando éste todavía era un príncipe sin importancia. No iba a dejar de dar los pocos pasos que le faltaban para llegar a la cima. Seguiría siendo judío, y a pesar de ello —precisamente ahí residía su triunfo— sería noble y gran intendente de la corte y formalmente, ocuparía en el ducado, y ante la faz del mundo, el puesto que le correspondía.

Los invitados bailaban y Süß saturaba su corazón, sus ojos y sus oídos de todos aquellos ruidos que eran un homenaje para él. Sus sueños trepaban por las escalas de los violines, los timbales proclamaban su poder y la belleza de las mujeres y los disfraces de los hombres le festejaban. Pensando en su rápida carrera de cortesano, contempló su fiesta con una sonrisa de éxtasis en su pálido rostro. Pero, bruscamente, algo invisible borró su expresión de gozo. Las alegres pompas multicolores se disiparon y se apagó en sus oídos el alboroto de la fiesta. Los músicos seguían moviéndose, pero Süß no oía ya sus acordes. Se veía arrastrado en una danza espectral, gesticulante y siniestra. Ante él, llevándole de la mano, avanzaba su tío el Rabí Gabriel, y detrás, asido a su otra mano, cojeaba el duque. Y allá lejos, unido a él por una larga cadena de manos, Isaak Landauer, meneando la cabeza y envuelto en su ridículo caftán que flotaba en torno a él, agitaba sus piernas descarnadas siguiendo el compás.

Cuando se arrancó a esta visión halló ante él a Dom Bartelemi Pancorbo, con su traje portugués completamente anticuado, que le espiaba con sus ojos hundidos, y la voz cavernosa y macabra de su competidor penetró lentamente en sus oídos.

—Os ofrezco, además del monopolio del tabaco, el producto de un mes del impuesto sobre el alcohol si consentís en cederme vuestro solitario.

La fiesta continuaba. Para la segunda parte de la velada, Nicklas Pfäffle, que impasible, sin perder su aspecto adormilado regulaba con precisión el complicado mecanismo del baile, había imaginado una sorpresa. El techo decorado con el Triunfo de Mercurio se entreabrió dando paso a Cupido, que montado en una máquina voladora pasó por encima de los invitados y les arrojó rosas, saludó en elegantes alejandrinos a la pareja ducal y felicitó a Süß por su cumpleaños. El niño encargado del papel de Cupido era muy lindo y declamó muy bien sus versos.

—Cupido tiene acento suabo —observó en voz alta Remchingen— pero siempre sería peor que tuviera acento judío.

Justo cuando iba a iniciarse de nuevo el baile sucedió un pequeño percance. De pronto apareció en la sala un hombre de aspecto sospechoso y descuidado y pronunció un discurso. Todos se reunieron riendo a su alrededor, creyendo que se trataba de una broma

de carnaval, de hecho así había conseguido entrar. Pero pronto se puso de manifiesto que las violentas y obscenas palabras que pronunciaba contra la justicia hebrea y toda la asquerosa economía hebrea basada en el robo y el asesinato, las decía muy en serio.

Aquel hombre descuidado y maldiciente era Johann Ulrich Schertlin. Había venido a Stuttgart por un pequeño negocio, tras lo cual se había metido en la taberna «El Carnero Azul», donde se había emborrachado junto con otros burgueses que tampoco paraban de despotricar, mientras que el pastelero Benz escuchaba en silencio, malicioso y satisfecho, y sólo una vez dijo:

—Bajo el otro duque reinaba una ramera —lo que provocó un gruñido general y risas irónicas.

Entre aquellas gentes, pues, se sentaba Johann Ulrich Schertlin y se encontraba a gusto, tan a gusto como bacía tiempo que no se sentía, porque allí no tenía que soportar constantemente la mirada llena de reproches y de desprecio de la francesa. Bebió mucho y al final se fue a casa del judío para decirle lo que pensaba. Algunos de sus compañeros de mesa le acompañaron y esperaban fuera, en medio de la nieve, iluminados por la luz de las velas que a través de las ventanas iluminaban la calle; los cocheros de los carruajes de los señores, que esperaban para llevarlos de vuelta a sus casas, se les unieron, y allí esperaban, más curiosos que asustados, a que Johann Ulrich fuera arrastrado por la guardia, cargado de cadenas. Pero seguía allí, en medio de los invitados envueltos en sedas, sucio, apestoso, empapado en vino barato, maldiciendo desmesurada y obscenamente. Ya iban a entregarlo a la policía cuando Süß, oyendo que se trataba de Schertlin, ordenó que simplemente lo encerraran el resto de la noche en la casa de locos y que al día siguiente se lo mandaran a su mujer en Urach.

La fiesta continuó. Karl Alexander, completamente borracho, no se había dado cuenta del episodio que había protagonizado Johann Ulrich. Consiguió por fin apoderarse de Süß y se sentó con él aparte, deseoso de hablar a un buen catador del placer que acababa de gozar. Entre resoplidos y jadeos, pues había bebido realmente más de la cuenta, desceñido su disfraz de héroe antiguo, acalorado, congestionado y oliendo a vino, reía, balbuceaba y daba golpecitos en el muslo de Süß, que le escuchaba respetuoso y sumiso.

—Un buen bocado —dijo, chascando la lengua y relamiéndose—. Has hecho bien en invitarla para que yo la viera. Pero descuida, sabré recompensarte. Un príncipe alemán no hace jamás las cosas a medias. ¡Un buen bocado!

Y describió a Magdalen Sibylle, dibujando con sus manos carnosas y enrojecidas, tan singulares, con el dorso estrecho y las palmas cortas y gruesas, las particularidades de su cuerpo, la forma de sus senos y de sus caderas.

—Una potranca indómita. Se encabrita, muerde y salta, y luego, cuando se ve perdida, se convierte en un bloque de hielo.

Después, señalando a la napolitana, menuda, rubia y ágil, que sin dejar de ocuparse del viejo príncipe encontraba medio de lanzarle ardientes ojeadas sacando la punta de la lengua por la comisura de los labios como una niña traviesa, continuó:

—Eso es una ligera brisa, una gota de mercurio, una ola de perfume. Mucho me alegrará que Su Alteza, mi querido suegro, goce con ella.

Ahogó una risita desdeñosa.

—Pero la otra, la señora de mis pensamientos, ¡demonios!, la otra es algo más

consistente y más bello. Ni se doblaba, ni se desmorona en los brazos. –Se retrepó en su sillón, soñador y sentimental.– La mía es un lago en el bosque –dijo, esbozando un vago ademán de remero–. Un lago en el bosque –balbuceó por segunda vez, inclinada la cabeza y cerrados los ojos.

Süss, convulso de ira, trató de retirarse, pero Karl Alexander volvió a sus descripciones agitando las manos y dándose importancia:

–¡Qué ojos tiene la muy pícara! ¡Qué ojos! ¿Sabes en qué me han hecho pensar? No lo adivinarás. No lo adivinarás nunca.

Rió con calma primero y luego violentamente, y jadeando prosiguió:

–Me han hecho pensar en tu mago, en tu tío el charlatán... ¡Qué ojos tiene! El mago... Lo primero no os lo diré...

De repente se apoderó de él una violenta cólera.

–y no me lo ha dicho ese perro judío, ese maldito hipócrita! Pues bien, que se lo guarde y reviente. ¡Maldito brujo! ¡Maldito judío!

Süss, aterrado y pálido, había retrocedido alzando la mano en un ademán de súplica. Pero Karl Alexander, borracho y furioso, se enderezó penosamente, se esforzó en adoptar una soberbia actitud de conquistador, como en la estampa que le representaba en el asalto de Belgrado, y gritó con voz entrecortada por el hipo:

–Pueden predecirme todo lo que quieran. No tengo miedo. *Attempto!* ¡Me atrevo! Soy Karl Alexander, duque de Württemberg y de Teck por la gracia de Dios. ¡Estoy por encima del Destino! Soy el Aquiles alemán por la gracia de Dios.

Así erguido, parecía su propia estatua. Pero en seguida se desplomó de nuevo en su sillón, sonriendo inesperadamente.

–Como un lago en el bosque –balbuceó todavía, jadeó, roncó, se movió ruidosamente, resolló y se quedó dormido.

Y la fiesta continuó. Desenfrenada como un potro que galopa por el campo sin nadie que lo monte y sin riendas. El ruido llegaba hasta la calle, donde Johann Ulrich, desengañado, cansado y pálido, era conducido lejos, rodeado de sus compinches que no hacían más que cuchichear. El ruido de la fiesta se extendía más allá de la ciudad, por todo el país, que dormía, gemía, se daba la vuelta, se agitaba de un lado a otro, despertando por un momento, murmurando y refunfuñando. Y de nuevo volvía a dormirse y a soportarlo todo.

LIBRO TERCERO

Los judíos

En las ciudades a orillas del Mediterráneo y del océano Atlántico, los judíos eran grandes y poderosos. Eran los intermediarios en el intercambio entre Oriente y Occidente. Llegaban más allá del mar. Financiaron los primeros barcos que viajaron a las Indias Occidentales. Organizaron el comercio con América del Sur y América Central. Colonizaron Brasil. Fundaron la industria azucarera de la mitad del mundo occidental. Pusieron los fundamentos para el posterior desarrollo de Nueva York.

Pero en Alemania eran poco importantes y estaban llenos de preocupaciones. En el siglo XIV, más de trescientas cincuenta comunidades murieron a golpes, ahogadas, quemadas, sometidas al suplicio de la rueda, estranguladas o enterradas vivas. La mayoría de los sobrevivientes emigraron a Polonia. Desde entonces había muy pocos de ellos en el Sacro Imperio Romano. Por cada seiscientos alemanes había un judío. Debido a las refinadas vejaciones del pueblo y de los funcionarios vivían en la estrechez, angustiados, ocultos y a merced de cualquiera. Les estaba prohibido ejercer un oficio o ser artesanos, las prescripciones oficiales los habían empujado al intrincado y complicado negocio de la usurería y el prestamismo. Les limitaron la compra de alimentos, les prohibieron afeitarse la barba y los obligaban a vestirse con unas ropas ridículas y humillantes. Tenían que vivir hacinados en pequeñas habitaciones, se atrancaban los portones del *gueto*, y noche tras noche, la guardia custodiaba la entrada y la salida. Se hacinaban, se multiplicaban, pero nadie les proporcionaba un lugar más amplio. Ya que no podían extenderse a lo ancho, se amontonaban hacia arriba, piso a piso. Las callejuelas se volvían cada vez más estrechas, sombrías y angulosas. No había sitio para los árboles, la hierba o las flores. No tenían sol, no tenían aire, vivían unos pegados a otros en medio de la suciedad que favorecía cualquier epidemia. Los rodeaba estrangulándolos, la tierra fértil, el cielo y la vegetación. El viento ululaba y se perdía por las grises y apestosas callejuelas, las altas e intrincadas casas impedían la vista de las nubes que se deslizaban por el cielo azul. Los hombres se arrastraban encorvados, sus hermosas mujeres envejecían pronto, de diez hijos que parían, morían siete. Eran aguas estancadas y salobres, aislados de la ajetreada vida del exterior, separadas por un dique de la lengua, el arte y el espíritu de los demás. Densamente amontonados, en una desagradable intimidad, todo el mundo conocía los secretos de cada uno, ansiosos de murmuración, desconfiados, estaban en continuo roce, paralizados y en continuo movimiento, rozándose unos con otros hasta producirse heridas, enemigos unos de otros, aferrados unos a otros. Porque el más pequeño error o torpeza individual podía convertirse en la desgracia de todos.

Pero con la certera intuición que les permitía reconocer lo nuevo, lo futuro, percibían la extraordinaria subversión del mundo, que permitía que el dinero supliera la cuna y la dignidad. Lo habían experimentado: para la inseguridad, la injusticia y el peligro había una única salvación; en medio de los inestables principios, tambaleantes y fracasados, había una sola cosa sólida: el dinero. A los judíos con dinero, los guardias no los detenían

a las puertas del *gueto*; el judío que tenía dinero dejaba de oler mal y ningún funcionario se reía de él poniéndole sobre la cabeza un ridículo sombrero puntiagudo. Al judío que tenía dinero, los príncipes y los grandes señores lo necesitaban, no podían dirigir la guerra ni los regimientos sin él. La Grävenitz y los duques suabos permitían crecer y prosperar a Isaak Landauer y a Josef Süß; a la sombra de los príncipes de Brandeburgo, florecían Lipmann Gomperz y Salomon Elías; en la corte del emperador, los Oppenheimer.

Pero la gran masa de los oprimidos y desvalidos, y los pocos poderosos, los orgullosos judíos de Levante y de las grandes ciudades marítimas que dominaban las rutas comerciales de Europa y del Nuevo Mundo, que decidían en sus despachos sobre la guerra y la paz; los judíos del *gueto* alemán, sucios, consumidos, humillados y ridículos y los médicos de cabecera judíos y ministros del Califa, del sha de Persia, del sultán de Marruecos, que vivían en la abundancia y con gran esplendor; la población piojosa de las ciudades judías polacas, los banqueros del emperador y de los príncipes, adulados y odiados en sus despachos; los buhoneros judíos que andaban por los caminos perseguidos por los perros y humillados de un modo perverso y repugnante por la chiquillería y por la policía; todos tenían en común una sabiduría cierta y secreta. Muchos no eran conscientes de ello, sólo algunos habrían sabido expresarlo con palabras, otros se habrían negado a reconocerlo, pero estaba en la sangre de todos, lo sentían en su interior: la conciencia profunda, secreta y llena de certeza de la falta de sentido, de la inconstancia, de la falta de valor del poder. Durante mucho tiempo habían estado sometidos, insignificantes y humildes, a los pueblos de la tierra, ridículamente dispersos en átomos, aplastados. Sabían que ejercer el poder o sufrir bajo el poder no es la realidad, no es lo importante. ¿Acaso no se desmoronaban uno tras otro los colosos de la violencia? Pero ellos, los pacíficos, habían configurado el rostro del mundo.

Y este conocimiento de la futilidad e insignificancia del poder la conocían, entre los judíos, tanto los grandes como los pequeños, los libres como los oprimidos, los más alejados como los más cercanos. No lo expresaban con palabras, ni había un concepto acuñado para ello, pero estaba en su sangre y en sus sentidos. Esta sabiduría secreta era la que de repente ponía una sonrisa en sus labios, enigmática, suave y reflexiva que enervaba doblemente a sus enemigos, porque la interpretaban como una insolencia desmoralizadora, ante la cual fracasaba cualquier crueldad o tortura. Esta sabiduría secreta era lo único que unía a los judíos y los fundía entre sí. Esta sabiduría secreta era el sentido del libro.

Del libro, sí, de su libro. No tenían ningún Estado que los mantuviera unidos, ningún país, ninguna tierra, ningún rey, ninguna forma de vida común. Si a pesar de ello formaban una unidad, una unidad superior a la de cualquier otro pueblo del mundo, era porque el libro los unía. Judíos de piel oscura, blancos, negros, amarillos, grandes y pequeños, suntuosos y harapientos, impíos y piadosos, los que dejaban pasar su vida tranquilamente sentados y sumidos en sus sueños, o los que pasaban arrasando la tierra a su paso, magníficos, envueltos en torbellinos dorados y llenos de color: profundamente enclavada en todos ellos estaba la enseñanza del libro. «El mundo es mudable, pero vano y voluble; pero Uno y Único es el Dios de Israel, el que es, el verdadero Yahvé.» A veces, la vida les hacía olvidar estas palabras pero estaban en el interior de cada uno, y cuando llegaba la hora en la que no eran más que ellos mismos, cuando llegaban a la cumbre de su vida, las palabras estaban allí; cuando morían, estaban allí; y lo que fluía de unos a otros

eran estas palabras. Las llevaban atadas alrededor de su corazón y de su frente en las filacterias, las fijaban en sus puertas, empezaban el día con ellas y lo terminaban también con ellas; lo primero que aprendían los bebés era la palabra, y el moribundo fallecía pronunciando la palabra. De la palabra sacaban la fuerza para superar el tormento acumulado en su camino. Pálidos y enigmáticos sonreían ante el poder de Edom, ante su frenesí y lo absurdo de su existencia y de su actividad. Todo pasaba, sólo la palabra permanecía.

Habían llevado el libro consigo durante dos siglos. Era su pueblo, su Estado, su patria, su herencia y su posesión. Lo habían transmitido a todos los pueblos y todos los pueblos lo reconocieron, pero el único poseedor, conocedor y administrador por derecho propio eran sólo ellos.

El libro tenía seiscientos cuarenta y siete mil trescientas diecinueve letras. Cada letra había sido contada, sopesada, examinada y reconocida. Cada letra se había pagado con vida. Miles se habían dejado martirizar y matar por cada letra, así que ahora el libro era de su absoluta propiedad, y en sus sinagogas, en los grandes días festivos lo gritaban con el mismo convencimiento tanto los orgullosos, los que avanzaban llenos de magnificencia, como los insignificantes, pisoteados y oprimidos, confesándose: «¡Nada tenemos, sólo el libro!».

Karl Alexander envió a Magdalen Sibylle magníficos presentes, tapicerías de Flandes y de Venecia, esencia de rosas de Persia en frascos de oro, un caballo de silla árabe y un collar de perlas. No era mezquino y además consideraba a Magdalen Sibylle su amante oficial. Todos los días, Neuffer, el ordenanza del duque, iba oficialmente de su parte a preguntar por el estado de salud de la joven.

Magdalen Sibylle aceptaba todo aquello fríamente y sin decir palabra. Iba y venía muda como una muerta, impassible su bello rostro enérgico, apretados los labios y extrañamente rígidos los brazos. No salía nunca de casa, lo único que decía era «buenos días» o «buenas noches», comía sola y dejó de ocuparse del gobierno de la casa. No había revelado a nadie, ni siquiera a su padre, al que pasaba días enteros sin ver, lo ocurrido entre ella y el duque.

Weissensee no se atrevía a intentar sacarla de su ensimismamiento. Había sido honrado con un título nobiliario y elevado a la categoría de ministro del Gabinete. Se sentía confuso y miserable, advirtiendo la desconfianza de sus colegas del Consejo de los Once y hubiera querido explicarse con Harpprecht, el jurista, y con Bilfinger, hombre recto y honrado, que le profesaban sincera amistad. Pero no se atrevía.

Magdalen Sibylle permanecía horas enteras inmóvil y con la vista fija ante sí. Quebrantada, desgarrada y aniquilada, no podía creer que siguiera siendo la misma. ¿Eran aquéllos sus brazos? Y aquella sangre que brotaba cuando se pinchaba, ¿era la suya? Lo más singular era que no sentía ningún odio contra el duque. Agotada y nerviosa intentaba recordar lo ocurrido. Olía en sus recuerdos el olor a vino y a sudor que despedía Karl Alexander. A veces, cuando pensaba en ello, sentía crecer dentro de sí un ligero y desagradable sentimiento de asco. Sólo sabía que no odiaba al duque. Era como un gran animal vigoroso, un caballo o un toro, ardiente y robusto, confinado en sí mismo. A veces se leía en los ojos de tales animales hasta qué punto le eran a uno ajenos e inaccesibles, y,

en cambio, otras, se sentía uno muy cerca de ellos. Esto era precisamente lo más terrible de su caso y lo que había reducido su mundo y la había reducido a ella misma a un absurdo y ridículo montón de escombros: el otro era un animal al que no era posible odiar. Y ella misma era también, sin duda, un animal, más delicado quizá, menos arrebatado, de rugidos y olor acaso menos penetrantes, pero un animal, de todos modos. Y sus sueños anteriores de beatitud al lado de Dios, anegada en él, en una celestial bienaventuranza, no eran más que simplezas, niñerías y necedades sin sentido. Sí, era también un animal y no una flor.

Fue a ver a Beata Sturmin. Escuchó las palabras piadosas, apacibles y llenas de fe de aquella solterona santa y ciega, y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír con risa seca y desvergonzada. ¿Qué sabía aquella mujer? No veía, y todo lo que predicaba era una necedad sin sentido. Has vivido casta y devota, llena de santo celo y sin un solo pensamiento impuro. Y un día llega un furioso animal congestionado, jadeante y oliendo a vino y te pisotea, te cubre de fango y no puedes odiarle. ¡Explica esto! ¡Interprétalo!

El duque rogó a Weissensee y a su hija que fueran a verle a palacio. Weissensee habló tímidamente de ello a Magdalen Sibylle. Ella, ni siquiera contestó. No fue. El duque insistió por segunda vez. Magdalen Sibylle hizo oídos sordos. El duque hizo saber al presidente del Consistorio, a través de Neuffer, su impaciencia y su indignación. Weissensee no se atrevió a decírselo a su hija. Lo intentó por medio de Beata Sturmin, habló con la muchacha santa utilizando alusiones e insinuaciones que ella, en su ingenuidad, no comprendió. De todos modos rogó a Magdalen Sibylle que la visitara y habló con ella, le dijo que, por lo que le había contado su padre, era evidente que había hallado gracia a los ojos el duque, que ella debería ir a verle e intentar convencerle de su obcecación. Quizás Dios la había elegido, como Esther a Ahasverus. Magdalen Sibylle estalló en irónicas carcajadas. La ciega dirigió sus apagados ojos hacia ella, con dulzura y sin comprender nada.

Pero a pesar de todo, fue. Accedió a ver a aquel animal, llena de una especie de curiosidad inerte. Todo era grotesco y ridículo. Todo el mundo corría de un lado para otro, dándose importancia e inventando pretextos para agitarse, pero su agitación no tenía mayor sentido ni razón de ser que el pataleo de los saltamontes encerrados en una caja por un niño.

Sentada al lado de Karl Alexander, dijo: «Buenos días, Alteza», y se llevó a los labios la taza de chocolate. El duque le habló cariñosamente, con alegre benevolencia, como a una niña. Magdalen Sibylle le respondió maquinalmente frases triviales. Lo que decía era artificial y no formaba parte de ella misma. El duque duplicó sus atenciones. «Es más bien un pesado percherón que un toro», pensó la joven, y esperó con una curiosidad serena y asqueada. ¿Iría a tomarla de nuevo? Al cabo de algún tiempo, como no lograra sacar nada de ella, el duque se irritó. Reconocía que una virgen violada debía hacerse la ofendida, era lo habitual, pero después de todo también significaba algo ser la elegida del duque de Württemberg. Ninguna otra se había permitido mostrarse tan seca con él y nunca había encontrado criatura tan glacial. Acabó por encolerizarse. Ella le miró con altivez y sin expresión de reproche, pero había en ella un desprecio tan profundo y tan corrosivo, que Karl Alexander se sintió azorado como un tenientillo que ha cometido una falta y ha sido reprendido. Volvió a su acento primero, amable y cariñoso, pero Magdalen Sibylle permaneció muda. Por último, la tomó en sus brazos y la joven le dejó hacer

fríamente, sin defenderse, pero también sin proporcionarle placer alguno. Cuando la acompañó hasta el coche, la sonrisa desapareció de los rostros de los lacayos, pues su aspecto era el de una muerta o de una loca.

Desde entonces, Magdalen Sibylle no hizo nada para oponerse a que el duque la considerase como su querida oficial. Iba a verle siempre que se lo ordenaba y se mostraba en público a su lado. El pueblo se regocijaba de que su príncipe tuviera una querida tan distinguida, tan bella y tan modesta, que estaba, además, en olor de santidad y era su compatriota. El hecho de que Karl Alexander tuviera, además de su bella duquesa, una querida cuaba tan bella y tan reservada, no los reconciliaba con su judío, pero compensaba muchas cosas que perjudicaban su popularidad. Los ciudadanos de Stuttgart se descubrían al paso de Magdalen Sibylle, y más de uno la vitoreaba.

Esta situación resultó también favorable a Weissensee, cuyo prestigio creció incluso en el Parlamento. Y si en el Consejo de los Once hubo aún alguna protesta, todos sus colegas, salvo dos o tres, hubieran querido estar en su lugar, y envidiaban sinceramente su suerte. Neuffer le trataba con sombría deferencia, considerándole como el suegro morganático del duque.

Lentamente, al cabo de varias semanas, Magdalen Sibylle recobró sus facultades. Como un ser que ha estado helado sufre cuando su sangre vuelve a circular, sintió nacer en ella dolorosos estremecimientos e invadirla, cada vez más violentos, el odio y la concupiscencia. Karl Alexander continuaba siendo el animal indiferente, singular y un poco repugnante al que ella soportaba, pero su pensamiento y sus aspiraciones se orientaban hacia otro y giraban en torno a él. ¡El duque! ¡Bab! ¡Él qué sabía! ¡Qué iba a comprender él! Era su desgracia. Pero no se le podía odiar más que a la piel de manzana que nos hace resbalar en la calle. El otro sí era responsable, pues veía más claramente que nadie, pesaba y contaba con exactitud y merecía su odio, siendo verdaderamente el diablo y el origen de todo mal. El pavor que la había hecho huir a su vista en el bosque de Hirsau había sido una impresión certera y una advertencia milagrosa. Aquel diablo imprudente, dulzón, hábil, perverso y frío, sabía tan bien como ella que una sola palabra honrada y calurosa la habría hecho caer dichosa en sus brazos y que todos sus sueños infantiles, misteriosos y vagos, sobre Dios y sobre el diablo, se habrían fundido en una ardiente emoción humana con sólo que hubiera tenido la fuerza de defender sus sentimientos y no venderla al duque por una sonrisa, unas cuantas monedas o un título. Porque la amaba. Ningún hombre miraba ni hablaba de aquel modo si sus sentimientos no eran auténticos. Un hombre que obedecía tan sólo a sus instintos más bajos y arrastrado por ellos imponía el servicio militar a los jóvenes, arruinaba a sus súbditos y violaba mujeres, podía quizá no ser responsable del mal que hacía, pero aquel otro que traficaba con sus más puros sentimientos, ése sí que era verdaderamente diabólico y judío.

Magdalen Sibylle no sabía cuán complejo y mezclado con mil otros era el sentimiento que inspiraba a Süß. Por un instante le había consagrado quizá un amor sincero y exclusivo. Pero estaba demasiado dividido, demasiado solicitado por mil intereses diversos, era demasiado el hombre del momento, para consagrarse por entero a un amor, aunque tal hubiera sido su voluntad. Y sólo la idea de jugarse por una mujer sus relaciones con el duque, que eran el fundamento de su existencia, le hubiera ya parecido absurda.

Le vio una vez después de lo sucedido y su corazón latió con fuerza. ¿Qué iba a hacer? ¿Se atrevería a hablarle? Pero el judío no le dijo nada, limitándose a saludarla

respetuosamente con una mirada serena y grave. Tal conducta hizo que Magdalen Sibylle le detestara doblemente.

Desde el primer momento, la duquesa se había sentido interesada por Magdalen Sibylle. Aquella arrogante joven, de rostro enérgico, casi masculino, la atraía poderosamente y quiso aproximarse a ella. Se dio cuenta enseguida de que el duque le era indiferente y que se limitaba a soportarle con resignada frialdad. Pero no comprendía su actitud e intentó penetrar en el secreto de la joven, cuyos ojos azules contrastaban tan singularmente con su negra cabellera. Magdalen Sibylle adivinaba la simpatía de Marie Auguste y la aceptaba con abandono. La duquesa se mostraba cada día más cariñosa con ella, tratándola como a una hermana mayor, paseaba con ella cogida de su brazo y contra su costumbre de no respetar en sus murmuraciones a ninguna mujer, manifestaba abiertamente su amistad por la bella querida de su marido.

Se mostraba humilde con ella, la ceñía tiernamente por la cintura y tomaba a su lado una actitud infantil. ¡Era tan niña y tan ingenua, y Magdalen Sibylle tenía tantas cosas que explicarle! Pues su amiga era muy inteligente y se había ocupado de cuestiones profundas, de Dios, del reino milenar y de la sociedad de los filadelfos. Era maravilloso poder tener una amiga tan inteligente. Ella, Marie Auguste, iba piadosamente a la iglesia a confesarse, pero de Dios sólo sabía lo que ponía el catecismo y sólo conocía bien las cuestiones sociales y de moda. Por cierto que Magdalen Sibylle debería llevar las mangas más cortas y ahuecadas, para resaltar sus hermosos brazos morenos. Y tampoco le acababa de gustar el modo en que iba peinada.

Ponía su mano pequeña y carnosa sobre la mano grande y cálida de Magdalen Sibylle y se reía divertida, con pícaro expresión:

— ¿Os disteis cuenta, querida, ayer cuando se le abrió la pechera a lord Suffolk, de lo peludo que tiene el pecho? Tiene tanto pelo como el duque.

Marie Auguste estaba en aquella época más bonita que nunca. Sus cabellos brillaban como la seda negra y su rostro mate resplandecía con aquellos ojos rasgados bajo la frente despejada. Su andar era una ondulación armoniosa y rítmica. Sus días fluían colmados y apacibles y su único deseo era vivir siempre así. Remchingen, tan rudo y viril, estaba por completo a sus pies, y ella se divertía encolerizándole, aunque la asustaba un poco. Y tenía también a sus pies al joven lord Suffolk, demasiado taciturno quizá, pero que a pesar de las obligaciones que le reclamaban en su patria, se pasaba la vida contemplándola, grave e incommovible. Quizá le escuchara un día. ¿Por qué no había de mostrarse misericordiosa con un joven que daba pruebas tan serias de su amor? O quizás le rechazaría bruscamente, de modo que, desesperado, se pegara un tiro; esto resultaría todavía más interesante. Tenía también, entre sus adoradores, al señor De Riollles, tan deliciosamente feo, y que lanzaba con voz apacible y sutil envenenadas burlas, sobre todo contra las mujeres gordas. Y, por último, tenía también a su judío, del que estaba muy orgullosa, y que sabía prodigarle, con el mayor respeto, los más insolentes cumplidos.

Marie Auguste aguijoneaba a todos aquellos hombres. Cazaba, daba fiestas, asistía al teatro o representaba ella misma en funciones de aficionados, iba a los balnearios, a Ratisbona y a Viena, y era, en suma, feliz.

Magdalen Sibylle la dejaba hacer como se deja hacer a un gatito juguetero. ¡Ojalá pudiera ella saltar también por encima de todo, no sentir nada profundamente y vivir risueña y ligera, sin penas ni preocupaciones!

A medida que el trigo crecía en los campos y la hierba en las praderas, iban brotando de la tierra del ducado misteriosos letreros. Era una conspiración secreta. En los alrededores de las ciudades y por doquiera en el país, en sus campos, sus prados y sus jardines, los campesinos habían sembrado con simiente de nomeolvides, amapolas y trébol, pero también con la de otras flores más nobles, ciertos letreros que ahora surgían del suelo oscuro y subían hacia la luz en caracteres toscos o elegantemente dibujados, y las amapolas en rojo, en azul las nomeolvides, en amarillo el diente de león y en blanco las azucenas, proclamaban: «Süss, cerdo judío», o bien: «Josef Süss, cerdo judío y corruptor».

Aquí y allá las autoridades impusieron algún castigo, pero blandamente y sin rigor en contra de su costumbre. La gente sonreía complacida y el duque reía a carcajadas. Marie Auguste salió en su carruaje para ir a ver uno de aquellos letreros, particularmente artístico, que la divirtió mucho, e hizo después su descripción detallada a Magdalen Sibylle, la cual había hallado un pretexto para no acompañarla.

También en el bosque de Hirsau, en la pradera cercana a la empalizada que rodeaba la casa de las terrazas llenas de flores, un campesino había sembrado la inscripción. Era un joven perteneciente a la hermandad dirigida por el Magister Jaakob Polykarp Schober. En el Colegio Bíblico todo se había tornado opaco y lánguido desde la partida de Magdalen Sibylle. Los individuos que allí se reunían eran, desde luego, gente humilde y modesta. Pero les había enorgullecido tener entre ellos a la hija del prelado y se mostraban tristes y deprimidos desde su partida. De la corte ducal habían llegado, además, extraños rumores sobre Magdalen Sibylle, y aunque aquellas almas piadosas estaban muy lejos de creer nada malo de su antigua hermana, tales rumores habían incrementado su odio contra el duque, aquel Herodes, y contra su judío, que era seguramente Satanás en persona. Inspirado por su fervor cristiano, el joven campesino había escrito concienzudamente, con flores en la pradera: «Josef Süss, cerdo judío y Satanás».

También para Jaakob Polykarp Schober había desaparecido con Magdalen Sibylle un consuelo y se había extinguido un manantial de luz. Con toda humildad y modestia, había sentido entre él y Magdalen Sibylle una sabiduría secreta y común, que los elevaba por encima de los demás. Con toda seguridad, ella intuía su gran secreto dichoso, y aquel hombre grueso, silencioso y mofletudo, avanzaba junto a ella, apacible y extasiado. ¡Había sido tan hermoso tener cerca a alguien con aquella intuición! Estaba seguro de que no caía en un orgullo pecaminoso por sentirse, gracias a ello, reconocido en cierta manera. Gustaba de la soledad en Dios, pero echaba mucho de menos a Magdalen Sibylle y lamentaba ahora que su solicitud para el puesto de bibliotecario del duque hubiera sido rechazada a causa de las exigencias del Fisco. En consecuencia, sentía desde hacía algún tiempo, además de la abominación general contra Süss, un violento odio personal, muy poco cristiano, que muchas veces se reprochaba contritamente. Pero no podía liberarse de él y cuando paseaba por el bosque se detenía en el claro, ante la inscripción, cuyos caracteres descifraba satisfecho: «Josef Süss, cerdo judío y Satanás».

Un día que había ido de nuevo hasta allí, su corazón latió violentamente al advertir la presencia de otra persona, de la joven de tez blanquísima y cabellos negro azulados, la princesa de la Jerusalén celestial, que yacía postrada en tierra, en tanto que una gruesa mujer de aspecto bondadoso trataba de reanimarla, perpleja y angustiada.

Al buen Magister, hombre de tierno corazón, se le revolvieron las entrañas de compasión. No había duda: debía intervenir, era una obligación ineludible que le imponía el amor cristiano al prójimo. Sin embargo necesitó cierto tiempo para vencer su timidez ante aquella aparición con la que había topado, y en su interior temía que la princesa se recuperara de su postración antes de que él hubiera encontrado el valor necesario para hablar con ella.

Cuando finalmente se decidió, avanzó, tropezando en una raíz, tirando de su sombrero y haciendo múltiples reverencias dijo:

–*Demoiselle! Demoiselle!*

La criada que la acompañaba se volvió espantada y la princesa posó en él sus ojos, sin verle. No era muy sutil, pero comprendió que la turbación de la doncella había sido provocada por el insultante letrado y, encantado por aquel descubrimiento, dijo galantemente y en el tono más devoto del mundo:

–¿También vos habéis sido víctima de las maquinaciones de ese infame judío? Sí, es un corruptor y un infecto demonio.

Pero aquellas palabras tan bien intencionadas produjeron un efecto terrible en la encantadora joven, que se irguió fulminándole con la mirada y gritó con una energía insospechada en ella:

–¡Calumniador! ¡Calumniador infame!

El Magister, sorprendido, dio con torpeza un salto hacia atrás, pero la damita siguió hablando con su voz dulce, llena de reproches, mientras lloraba desesperadamente:

–¡Cómo se pueden utilizar flores, flores inocentes para cometer semejante bajeza ponzoñosa!

El Magister Jaakob Polykarp Schober, viendo llorar amargas lágrimas a la princesa de la Jerusalén celestial, quedó desconcertado y balbuceó torpemente:

–No he tenido intención alguna de ofender a nadie, *demoiselle*. Pero las acciones de ese judío prueban mis palabras. Todo el mundo lo sabe.

Y de nuevo se confundió en reverencias, en tanto que la dulce beldad continuaba llorando y su acompañante trataba de llevársela. Sosteniéndola y consolándola acabó por alejarla de aquellas malditas flores.

Pero el Magister no podía dejar pesar sobre él la acusación de ser un calumniador venenoso y echó a andar al lado de la joven, defendiéndose y repitiendo que todo el mundo sabía quién era el judío y tenía sobre él idéntica opinión. Pero la joven, abriendo mucho los ojos, resplandecientes en su rostro blanquísimo, exclamó apasionadamente:

–¡Satanás él! «Él es fresco y colorado, se distingue entre millares. Su cabeza es oro puro, sus rizos son racimos de dátiles, negros como el cuervo. Sus mejillas son jardín de balsameras, teso de plantas aromáticas, sus labios son dos lirios, que destilan exquisita mirra. Sus manos son anillos de oro, guarnecidos de piedras de Tarsis. Su vientre es una masa de marfil cuajada de zafiros» –y mientras así hablaba llena de convencimiento, místicamente absorta, sus labios sonreían y su despejada frente relucía.

Oyendo aquellos versículos de la Biblia, Jaakob Polykarp Schober se sintió en el acto aliviado y más seguro de sí y pudo dominar su asombro. Seguramente se trataba de una de aquellas a las que el judío había seducido con su magia y su hechicería. ¡Había tantos bebedizos y malignas artes de magia negra que podían trastornar el más puro sentido y entregarlo al demonio! A la raíz de la mandrágora ni el corazón más puro podía oponer

defensa alguna: él mismo no la hubiera podido resistir. El judío sabía toda clase de maleficios contra las mujeres, y aunque no fuera verdad lo que se contaba de Magdalen Sibylle –que el judío había intentado seducirla con sus artes mágicas–, se sabía que podía hacerlo. Y ésta, la princesa de la Jerusalén celestial, era seguramente una de sus víctimas. El hecho de que ahora en su profunda abyección citara todavía la Biblia, probaba hasta qué punto había permanecido pura. Las palabras sagradas brotaban dulces y amables de sus labios. Seguramente Belcebú había adoptado un disfraz angélico para seducirla.

En tanto se hacía estas reflexiones, el buen Magister se sentía llevado por alas celestiales. Desde la partida de Magdalen Sibylle, su vida se había tornado melancólica y árida. Y ahora, la gracia del Señor le enviaba la tarea bienaventurada de salvar a aquella tierna princesa de las garras de Satanás, goloso y voraz. Prolijo y precavido, empezó a hablar del gozo con que el cielo recibe al pecador arrepentido, pasó de aquí a la Magdalena penitente y concluyó refiriéndose a la serpiente sutil y astuta, contra la cual nada pueden los más puros. Pues el enemigo, Satanás, el seductor... Pero en este punto la joven le interrumpió con más violencia todavía:

–¡Mi padre no es ni un demonio ni un seductor! –Ardía en cólera y su acompañante intentaba desesperadamente contenerla–. Esto no es más que una calumnia perversa, baja y repugnante.

El rostro mofletudo del bien intencionado Magister palideció. ¡El judío era su padre! El suelo cubierto de musgo tembló bajo sus pies y los árboles cayeron en derredor suyo, hiriéndole y enterrándole. ¡El judío era su padre! Todo su universo, Dios, el diablo y la revelación, todo lo habían trastornado aquellas palabras.

Cuando poco a poco recuperó la calma y el entendimiento, se dijo que si el judío tenía una hija así, mucho de lo que se decía debían ser fabulaciones y habladurías maliciosas. El mundo es desagradable, las lenguas eran puñales envenenados, se hacía creer que alguien era un Herodes y un Barrabás y los malvados eran aquellos que lo proclamaban. Pero de hecho, a él, que era una persona piadosa y humilde, le habían denegado el cargo de bibliotecario, sólo porque no tenía dinero. Y aquello era obra del judío. Y aunque aquella joven fuera pura e inocente, muchas otras acciones del judío eran infames y terribles y debían tenerse igualmente en cuenta junto con aquella imagen blanca y angelical.

La joven observó la perturbación del Magister.

–¡Ah! –exclamó–. Ahora sentís miedo al saber que es mi padre. No temáis nada, es demasiado grande para levantar la mano contra sus miserables calumniadores.

Jaakob Polykarp Schober no podía consentir aquello. Era humilde y pobre, respondió, pero ignoraba el temor de los hombres. Y aun cuando aquel señor judío, padre de la joven, fuera un furioso Nabucodonosor que pudiera arrojarle a la hoguera, no por ello dejaría de honrar a Dios, proclamando la verdad.

A todo esto llegaron a la empalizada y la gruesa criada le advirtió que debía retirarse. Lo llevó aparte y con acento extranjero, utilizando toscas palabras y con dificultad, le rogó que no creyera una palabra de lo que la niña decía. Por supuesto que no era la hija del director de finanzas, no eran más que imaginaciones suyas. Y por el amor de Dios le suplicaba que no hablara de aquello con nadie.

El Magister, de comprensión lenta y trastornado además por aquel encuentro, sintió que toda su felicidad iba a desaparecer para siempre y tomó bruscamente una resolución

que no tenía nada de humilde. Su honor de cristiano, dijo, le exigía que demostrase no ser un calumniador ni un infame. Era pues absolutamente necesario que pudiese explicárselo con claridad a la *demoiselle*. Por tal motivo, debían volver a verse para hablar a fondo sobre aquel tema. Sólo si se le concedía esa oportunidad se comprometería a guardar silencio. La criada, para salir del paso, le respondió que ya encontraría oportunidad otro día y desapareció con la princesa, que gimió, al alejarse:

—¡Malvados! ¡Envenenar así las flores! ¡Las pobres flores inocentes!

A partir de aquel día, Jaakob Polykarp Schober se sintió todavía más importante y lleno de dignidad. Dios le había proporcionado los medios para provocar grandes acontecimientos. Porque estaba claro que la princesa sí era la hija de Su Excelencia, el hebreo, y lo que la criada le había dicho era un cuento. Él era astuto, no era tan fácil engañarle. A él correspondía ahora salvar el alma de aquella joven y quién sabe si por aquel camino no lograría también llegar hasta el judío y hablar a su conciencia. Pues no estaba demostrado que un judío no tuviese conciencia, y si el señor *Sabaoth* daba poder a sus palabras, quizá gracias a él quedase liberado el ducado de su desastrosa opresión.

Agitado por tales perspectivas, el mofletudo Magister iba y venía convencido de su importancia. Ni siquiera perdió su confianza cuando supo que el puesto de bibliotecario había sido confiado a *un individuo totalmente incapaz, cuyo único título era su dinero. Visiblemente la gracia estaba en él. Su palabra afluía persuasiva y tomaba a veces forma poética. Así que tras recibir la noticia de quién había ocupado el cargo de bibliotecario, compuso un canto que tituló *La necesidad y la confianza en Dios*- y que empezaba con los versos:

Mientras quede una corneja,
mientras quede un gorrión,
mientras vea otros animales,
no me acongojaré.
Si Dios vela por su sustento,
también lo hará por mí.

Y otro, titulado «Jesús, el mejor aritmético», decía:

Mi Jesús puede sumar,
y puede multiplicar,
también cuando sólo hay ceros.

El Colegio Bíblico acogió con deferente admiración sus pequeños poemas. Los hermanos y las hermanas se los aprendían de memoria y los cantaban en todas las circunstancias, en la desgracia y en la prosperidad, al morir o al dar a luz. Jaakob Polykarp Schober, sin perder su mansa humildad, se sentía halagado y aquella admiración le consolaba de la ausencia de Magdalen Sibylle.

Jantje, la gorda criada, contó al Rabí Gabriel, llena de sentimientos de culpa, aquel desafortunado encuentro. El Rabí la hizo salir con un gesto y guardó silencio. Una vez se

hubo retirado la criada, su rostro pétreo y malhumorado adoptó una expresión todavía más ceñuda, los tres surcos perpendiculares a la nariz se marcaron aún más profundos. Debía evitar las preguntas. La niña no debía preguntarle nada. Que el cielo y todos los santos ángeles le protegieran y evitaran que la niña preguntara. No podría mentirle. Tendría que destruir la imagen del padre, tan brillante; habría tenido que hacerlo, pero habría perdido algo de vital importancia. Antes habría convertido sus terrazas llenas de flores en zanjas de estiércol que tener que hacer aquello. Y los serafines y querubes protegieron a aquel hombre triste y malhumorado. Naemi no preguntó nada, aunque él vio cómo abría la boca para hablar, como se ensombrecían sus ojos y callaba.

El hecho de preguntar ¿no habría sido lo mismo que dudar? No, su padre era maravilloso y estaba lleno de esplendor, y las calumnias de los impíos y los filisteos no podrían mancharlo. Las macizas letras de la escritura hebrea componían los sillares de su gloria. Era Sansón que venció a los filisteos; era Salomón que fue el más sabio entre todos los hombres; era, y aquella imagen era cada vez más frecuente en sus sueños, José, dulce y sabio, a quien el faraón ensalzó por encima de todos y que protegió al pueblo del hambre que se avecinaba, aunque el pueblo era estúpido y no comprendía su sabiduría. ¡Oh! ¡Cuándo volvería! ¡Cuándo podría abrazarse a su cuello! ¡Cuándo llegaría el momento en que el fuego de sus ojos convertiría en cenizas las habladurías de aquel hombre joven y grueso!

El Rabí Gabriel, mientras tanto, leía los escritos del maestro Isaak Luria Aschkinasi, el cabalista: «Puede suceder que en un cuerpo humano no sea sólo un alma la que soporte la existencia terrenal sino que dos almas al mismo tiempo, e incluso varias, se unan en ese cuerpo para formar un nuevo éxodo. La finalidad de una unión de este estilo, es su mutuo apoyo en la expiación de las culpas, a causa de las cuales tiene que sufrir ese nuevo éxodo».

Con la mejilla apoyada en la mano, permaneció sentado reflexionando, esforzándose en recordar las imágenes que había examinado profundamente en sus peregrinajes. Veía las líneas del paisaje montañoso inmensurable, los peñascos, la desolación de los hielos resquebrajados. En lo alto, el brillo burlón y suave de la clara cumbre, las nubes que arrojaban sus sombras sobre la tierra, el vuelo de los pájaros, la fantástica y sombría arbitrariedad de los bloques esparcidos sobre el hielo, los hombres y los animales que pastaban más abajo, que más que verse se intuían. Buscaba la correspondencia con aquel rostro al que estaba ligado. La habitación se llenó de neblinas a su alrededor y los libros ante él también se difuminaron, tan profundamente concentrado en aquel rostro se encontraba comprobando rasgo tras rasgo. Vio los ojos sobresalientes, los breves y altaneros labios y el abundante cabello color castaño, piel, carne y pelo, pero nada más. Se encogió de hombros, siguió sentado medio adormilado, cansado, se sentía pesado y respiraba con dificultad, gruñendo como un animal que, cargado con exceso, no puede seguir subiendo la cuesta.

Cerca de Heilbronn, agradablemente emplazado entre los viñedos se encontraba el castillo de Stettenfels. El conde Johann Albrecht Fugger era su dueño. Era discípulo de los jesuitas, un católico ferviente y amigo del príncipe-obispo de Wurzburg. Su castillo había sido incorporado a la nobleza imperial suaba, e igualmente el señorío de Gruppenbach, y

poseía el pueblo desperdigado a los pies del castillo, como un feudo württembergués. Ya en vida de Eberhard Ludwig, aquel diligente caballero había solicitado repetidamente, y siempre en vano, la autorización para poder celebrar en privado las ceremonias de culto católicas. Ahora, siendo el duque católico, sin más preliminares hizo venir hermanos capuchinos al castillo y empezó a construir en la ladera de la montaña un convento y una iglesia. El príncipe-obispo de Wurzburg le respaldaba. En las cortes católicas se hicieron colectas para él, se le respetaba mucho y se le consideraba como un valiente soldado de la Iglesia en aquellos lugares de vanguardia.

Ésta era una clara infracción de la ley. Se armó un gran revuelo en el Parlamento y se presentaron amenazadoras exigencias al gobierno, para que se pusiera fin a aquella insolencia. El duque estaba enojado, tenía las manos atadas. En aquellas concesiones a la religión había renunciado explícitamente a inmiscuirse en cualquier cuestión de este tipo. Había traspasado al ministerio el regimiento de la Iglesia, renunciando formalmente a sus derechos episcopales sobre los evangélicos, y por lo tanto a intervenir personalmente en las cuestiones consistoriales. Había afirmado festivamente que no iba a permitirse en ningún lugar la construcción de iglesias católicas, y que la misa católica debía limitarse a una devoción particular.

El caso estaba claro. Harpprecht, el jurista, había hecho su exposición en la reunión del Parlamento, y también Bilfinger. Ambos, honrados y directos, se alegraban en lo más íntimo de que este asunto quedara fuera de las competencias del duque. Veían con profundo desagrado cómo el país se hundía cada vez más y cómo todos los cargos se desmoronaban y corrompían. Si ellos permanecían en sus puestos era sólo porque no querían ver en su lugar a marionetas de Süß. Por fin se presentaba un caso en el que ni el duque ni el judío podían intervenir. Ahora podría demostrarse a los hermanos evangélicos que el país, por muy desmoronado que pudiera parecer desde afuera, en temas de conciencia y en cuestiones de religión, se mantenía firme, íntegro y sin la menor mancha. A pesar de Schütz y Scheffer, dubitativos y temerosos, Harpprecht y Bilfinger consiguieron imponerse y se decidió que se constituyera una comisión de investigación, que fue enviada al conde a Gruppenbach. A la cabeza de ésta iba el consejero político Johann Jaakob Moser, el publicista, que recientemente había demostrado de nuevo con palabras, acciones y escritos, ser un protestante incorruptible. Se le dieron poderes absolutos.

El duque mantuvo ante él una actitud irónica y obstinada, dejando claro que no estaba dispuesto en absoluto a someterse. Dejó que la comisión gubernamental esperara fuera del castillo en medio de la ventisca y la tormenta, saludándolos desagradable y altanero. Mientras los señores de la comisión empezaron a hablar de la construcción del convento y de la iglesia, en la que ya se estaba trabajando en el campanario, y preguntaron cómo se había atrevido a construir edificios católicos, habiendo una ley que lo prohibía expresamente y haciendo caso omiso de las advertencias oficiales, aquel caballero enjuto, ágil, de pequeña estatura, los observaba con fijeza, furioso, autoritario y altanero, y les contestó displicente y provocador, que lo que se estaba construyendo eran los nuevos edificios que necesitaba para la explotación de sus tierras. Les prohibió acercarse más. Mientras tanto aparecieron hermanos capuchinos, de dos en dos. El conde, desde su baja estatura, les explicó con la misma ironía que eran las nuevas libreas de sus lacayos, deseaba que aquella moda se extendiera pronto por todo el país. La comisión regresó a

Heilbronn sin haber conseguido nada. Finalmente, utilizando la violencia, pudieron visitar las construcciones. Por medio de un empleado de la justicia, en un grosero escrito, se ordenó al conde iniciar las operaciones de derribo del convento y de la iglesia en un plazo máximo de tres días. El conde empujó personalmente al mensajero por la rampa de acceso al castillo y lo hizo perseguir por los perros monte abajo. Después de aquello, se presentó Moser, aquel hombre elegante, importante y teatral, acompañado por un destacamento de soldados. Hizo demoler la iglesia y el convento y sólo se retiró cuando el conde, ronco de dar gritos, hubo pagado hasta el último céntimo aquellos trabajos, así como a los militares. En la piedra fundamental del convento fue hallado un escrito, según el cual, aquel convento debía ser consagrado como la vanguardia de la propagación de la fe de la Santa Iglesia Católica y de la conversión del hereje país de Württemberg. Hubo gran regocijo en todo el país y en el Parlamento. El tosco y grueso alcalde Johann Friedrich von Brackenheim manifestó ruidosamente en la Comisión:

–Aún somos alguien. Si de verdad se desea, todavía se puede obligar a los perros heréticos a comer sus propias inmundicias. El sombrío Neuffer sentenció:

–Hay muchos impedimentos en el camino de los príncipes, pero éstos se convierten en estímulos. Superarlos supone sazonar doblemente el sabor del poder.

El pueblo estalló en ruidosas manifestaciones de alegría. En «El Carnero Azul» el pastelero Benz se dejó servir un vaso de vino y rió sarcástico:

–Todavía hay cosas en las que no pueden intervenir ni una ramera, ni un judío.

Harpprecht y Bilfinger sentían una profunda alegría. En el Colegio Bíblico de los pietistas reinaba un humilde y silencioso agradecimiento al Señor. Beata Sturmin, la santa ciega, lo había predicho. Abriendo la Biblia al azar había encontrado el siguiente pasaje: «No te harás imagen de escultura, ni figura alguna. No las adorarás ni les darás culto». En el Colegio Bíblico de Hirsau, el coro cantó tres veces seguidas el canto del Magister Jaakob Polykarp Schober: *Jesús, el mejor aritmético*.

Pero también más allá de las fronteras suabas, en todo el Imperio alemán, este acontecimiento despertó gran interés. El príncipe-obispo de Wurzburg se quejó oficialmente ante el duque a través de sus consejeros Fichtel y Raab. El duque, creyendo que se le había querido hacer sospechoso a propósito ante sus hermanos de religión, estaba muy encolerizado. No obstante, el astuto obispo de Wurzburg no siguió aguijoneándole. Sabía que iban a necesitar a Karl Alexander para otros asuntos, y se ahorró una acción enérgica, reservándose para el futuro.

Karl Alexander estaba realmente muy ocupado en muchos e insignificantes asuntos fastidiosos. Süß pensaba seriamente en hacerse otorgar un título nobiliario. Consolidada ya su situación, deseaba añadir a la posesión del poder, títulos y dignidades, y acariciaba el proyecto de tomar oficialmente posesión del cargo de gran intendente. Si hubiera consentido en hacerse bautizar, la cosa habría sido sencillísima. Pero ponía su ambición y su orgullo en ocupar tan alta posición a los ojos del emperador y del Imperio entero, precisamente a pesar de ser judío. Después de aquella noche en que Süß le había entregado a Magdalen Sibylle, el duque había apoyado, por mediación de su embajador en Viena, la petición de su consejero de Hacienda, solicitando para él un título nobiliario, por el que ofreció mil ducados. Pero tanto el Parlamento como los mismos ministros, colegas de Süß, intrigaron en la corte de Viena y las negociaciones se estancaron. Süß, para aguijonear al duque y hacerse al mismo tiempo indispensable, refrenó su actividad y bajo

pretexto de ocuparse de asuntos personales urgentes, pidió una licencia y partió para el extranjero. En el acto, se entorpeció el reclutamiento, dejaron de recaudarse los fondos destinados al mantenimiento del Ejército, se hicieron menos fáciles las mujeres y mil pequeñas dificultades, que la habilidad de su consejero de Hacienda sabía siempre allanar, mostraron ahora al duque su rostro desagradable. Se le hizo imposible cubrir sus formidables gastos personales, hábilmente exagerados por Süß, y surgieron complicaciones en los aprovisionamientos militares. Karl Alexander estaba además exasperado por la fría resistencia inmutable de Magdalen Sibylle, y las dos señoras Götz, manejadas desde lejos y con discreta habilidad por el judío, se mostraron también insospechadamente ariscas. Remchingen resultaba aburrido, no quería estar con Bilfinger porque le enfurecía la postura que había adoptado en el asunto Stettenfel, el francés De Riolles le recordaba demasiado a un mono, demasiado listo y demasiado astuto. Echaba de menos a su judío. Si él hubiera estado allí, seguro que el asunto Stettenfel habría acabado de una manera muy distinta. Era una vergüenza que sus ministros, sin la ayuda del judío fueran incapaces de solucionar sin tantas dificultades las cuestiones cristianas.

Así pues, Süß fue recibido con los brazos abiertos, a su regreso. Había estado en Holanda y en Inglaterra, se había dejado festejar en Frankfurt y se había burlado en Darmstadt de su hermano, el barón converso, mostrándole cómo se podía alcanzar lo mismo que él por medios menos despreciables. Además, había conocido en Holanda a una dama portuguesa, *madame* de Castro, mujer joven aún, arrogante, rubia, distinguida, noble y de aspecto altanero, viuda de un embajador portugués en los Estados Generales y muy rica. Quería casarse con ella y ella consentía, pero a condición de que antes obtuviese los deseados títulos nobiliarios. Entretanto prometió ir a visitarlo a Stuttgart, en fecha próxima. Marie Auguste, al oír aquel proyecto matrimonial, se desternilló de risa. En cambio, al duque le desagradó y gruñó que ya le permitía tener cuantas queridas se le antojaban e incluso sustituirle cerca de alguna de las suyas. Pero sin perder su sonrisa devota y deferente, Süß insistió en sus proyectos y arrancó a su señor, a pesar de su resistencia, una nueva solicitud a Viena. Karl Alexander la escribió de su puño y letra e insistió en ella con todo apremio. Hizo hincapié en el hecho de que sólo con su judío había llegado más lejos que con todos sus demás consejeros y empleados; puso de relieve lo útil y necesario que le eran su genio y su pericia en cualquier circunstancia, asegurando que él, el duque, sólo podía demostrarle su agradecimiento con algo digno de su dignidad ducal, con un título nobiliario. Después de semejante carta, Süß pensó que todo iría bien.

Volvió a dejarse ver por las calles, montando su yegua Assjadah. Parecía diez años más joven de lo que realmente era, y demostraba ser el primer jinete de Suabia. Cabalgaba con ágil flexibilidad, entreabiertos ligeramente los labios rojos, que resaltaban en su rostro blanquísimo, y asomando sus cabellos castaños bajo el amplio sombrero. Su fusta brillaba, incrustada de piedras preciosas, y bajo su frente serena miraban ardientes sus ojos acariciadores. Las mujeres volvían la cabeza para mirarle. Había vuelto. Las dos señoras Götz salieron a la ventana y contestaron radiantes a su respetuoso saludo. El pueblo gruñía: «Ha vuelto», pero le agradaba su presencia. Y Dom Bartelemi Pancorbo veía en la mano que respondía a su saludo el enorme solitario resplandeciente. «Ha vuelto», se dijo también, sonriendo con sus labios delgados, y por encima de la rizada golilla de su anticuado traje de cortesano portugués, sus ojos pequeños, penetrantes y astutos, siguieron con envidia al jinete que se alejaba.

Pero la yegua Assjadah alzaba la cabeza y lanzaba un relincho sonoro y triunfante a los burgueses admirados, a los caballeros irónicos y celosos y a las mujeres excitadas: «¡Ha vuelto!».

La estancia en Ludwigsburg de la pareja ducal terminó con una representación teatral. La duquesa actuaba también, así como el joven Götz, que ya era consejero de expedición, y el consejero de finanzas, Süß. Los fragmentos más difíciles y de menos lucimiento los representaban los cantantes y actores de la compañía ducal.

Théâtre paré. Los hombres debían llevar pelucas largas y las mujeres los hombres al descubierto. Ya desde la cuarta fila, sólo podía verse parte del escenario, entre el bosque de elevadas pelucas y por encima de los hombros desnudos de las damas.

La duquesa estaba en el escenario. ¡Qué hermosa vestida de española! La peineta dorada acentuaba el brillo de su pelo negro sobre su perfil, que resplandecía con el color de un noble mármol antiguo. Remchingen cuando la vio lanzó una especie de extraño rugido, como un animal; el duque sólo pudo reprimirse con esfuerzo para no chascar la lengua, y el joven lord Suffolk palideció cuando la vio.

Representaban una pieza de un antiguo gran maestro español. La obra había pasado por muchas manos, una compañía de comediantes italianos la había llevado a todas partes, introduciendo cambios, arias y ballet. Para esta ocasión, el poeta de la corte de Tubinga trabajó para ponerlo todo en exactos y aseados versos alejandrinos, pero la menuda y rubia napolitana, a la que naturalmente se le había encomendado el papel más importante y más difícil, había insistido en representar y cantar las escenas más significativas en italiano, por lo que el poeta suabo se retiró enojado. Süß, con su eficacia, había conseguido a toda prisa en los círculos de su madre, otro poeta y director, y ahora, algunas escenas se representaban en alemán y otras en italiano, lo que aseguraba desde un principio distracción, y evitaba que nadie se aburriera.

Era una comedia extraordinariamente interesante y excitante. Arriba, en el escenario, se encontraba un héroe, un caballero y apasionado amante. Su oficio era la guerra y el amor, sólo que tenía la peculiaridad de aborrecer a las mujeres tan pronto como había gozado de ellas.

La belleza que nos atrae
es una bendición y un dulce milagro;
la belleza saboreada
una baratija, un trasto viejo.

Así declamaba, y las largas pelucas de los oyentes asentían pensativas, dándole la razón. El héroe, en el escenario, se comportaba, pues, según su máxima, tenía una relación cada vez más desolada con las mujeres. En cada escena secuestraba, atravesaba con su espada a los amantes, dejaba abandonadas a las mujeres. Sólo la duquesa, muy noble, no le concedía sus favores, sino que ponía cada vez más impedimentos, cada vez más trabas, como corresponde a una dama de alcurnia. Marie Auguste lo hacía muy bien, pero el señor De Riolles, que entre los espectadores era el que tenía más perspicacia, se dio cuenta de que ella se reía secretamente de la frialdad rebuscada y chispeante que representaba.

Apenas se hubo retirado de la escena le dio un golpecito en el costado, riéndose, al consejero de expedición Götz:

–¿Qué os parece la forma en que lo he desairado?

El consejero de expedición se inclinó, lleno de respeto, repetida y profundamente. De hecho ya estaba muerto hacía rato, porque representaba a uno de los rivales del héroe que, ya al comienzo de la obra, había muerto atravesado. Había puesto su muerte muy difícil a los comediantes, porque tal y como corresponde a un joven señor suabo de una buena familia, no quiso caer muerto sin más ni más. Mostró su dominio de la esgrima, por un pelo no hirió gravemente al actor y finalmente, porque de otro modo la obra no habría terminado nunca, lo sacaron, casi a la fuerza, del escenario.

Y la comedia continuaba. El héroe no tenía suerte con la duquesa. Quiso secuestrarla. Pero gracias a un enredo, particularmente ingenioso, creado por el poeta, volvía a secuestrar en su lugar a la menuda napolitana rubia, a la que había dejado abandonada en una inhóspita montaña, donde había caído en manos de una banda de moros, de los que había conseguido finalmente escapar. De nuevo la lleva a las montañas y allí se da cuenta de su error. Furioso, decide vender a la desgraciada a los moros. Pero la menuda napolitana rubia se arroja llorosa y suplicante a sus pies. Ésta era la escena más bonita de la obra, en la que el gran maestro español había derrochado talento, e incluso a pesar de las impurezas que el texto había ido acumulando y el decoloramiento que había sufrido en su largo ir y venir, se podían seguir apreciando restos de su belleza. Así pues, la napolitana arrodillada ante el maquillado actor, arrogante y aburrido, entre lámparas de aceite y tres elementos de decoración marrones, primitivamente elaborados, que representaban las montañas, declamó:

–¡Me juraste ser mi esposo! Pero si esto te contraría, te devuelvo tu palabra. ¡Enciérrame para siempre en un convento! ¡Conviérteme en tu esclava, en tu sirvienta! ¡No quiero más que poder hacerte feliz! Cuando estés en la guerra, cocinaré en tu tienda y lavaré tu ropa. O entrégame a tu amada como criada. Cuando la peine, y tú estés presente no me quejaré; no tiraré de su pelo cuando tú k hables con tiernas y dulces palabras y le pongas nombres cariñosos como hacías antes conmigo, y me morderé los labios soportando este terrible destino de mujer: ser su esclava, ser la esclava de aquella a quien ama el amado. ¡Pero no me vendas! ¡No me vendas a los moros!

Había dejado de ser la menuda y rubia napolitana, gordita y viciosa, mientras decía aquellas palabras, se sentía arrastrada por los versos y en aquellos momentos era una pobre criatura abandonada, maltratada y llorosa. Se hizo el silencio en la sala, podía oírse el goteo de las lámparas de aceite sobre el escenario y el crepitar de las velas en los candelabros de las paredes.

Las señoras Götz, rubias, dulces y elegantes estaban muy conmovidas. La hija sollozaba pero sin derramar ni una lágrima, porque sabía que entonces su nariz enrojecería y estaría fea. *Madame* de Castro, la portuguesa con la que Süß quería casarse, y que cumpliendo su propósito había viajado hasta Stuttgart, era una dama práctica, que siempre trataba de sacar provecho de todo cuanto veía, oía y vivía, y con su práctica mente, reflexionaba: «Efectivamente, así son los hombres. Lo prometen todo antes de conseguirnos, y después de la primera noche se vuelven brutales. En todo caso, si me caso con él, aseguraré mi patrimonio y todo lo que él pueda ofrecerme, de modo que pase lo que pase, todo sea mío. De todos modos, volveré a pensar despacio en las ventajas e

inconvenientes».

«Hay que sujetar bien a las mujeres, con las riendas tirantes –se decía el duque–, pero ese de allá arriba se está excediendo. Lo haría azotar. La extranjera es fantástica. Me gustó desde el principio. Me extraña no haberle ordenado todavía que viniera a mi cama. La culpa la tiene Magdalen Sibylle. Soy un estúpido dejando que una mujer me ciegue de tal manera que no me fije en las demás, pero esta misma noche recuperaré el tiempo perdido.»

Remchingen devoraba con sus ojos de toro a la actriz. Ya la había poseído, pero como no la había recompensado suficientemente, porque era muy tacaño, ella se mantenía distante. «Tendré que soltar un par de ducados más –se decía suspirando–. Ya me resarciré con el judío. Tiene que dejarme participar en el nuevo negocio de zapatos. Este maldito judío es el que en realidad tiene la culpa de todo. Te acostumbra a las mujeres, ofreciéndote no una, sino dos, y ellas exigen mucho por algo que no les cuesta nada.»

Pero atrás de todo, en una esquina, estaba también el negro, de pie, mirando por encima de las pelucas, y basta se ponía de puntillas para no perderse nada. Con sus grandes ojos de animal, devoraba a la llorosa mujer desfallecida, y no pudo reprimir un oscuro y ronco grito gutural cuando la actriz terminó:

–¿Mi dulce señor! ¡Mi fortuna! ¡Mi cielo! ¡Vuelve en ti! ¡Sé tú mismo otra vez! ¡Todavía puedes arrepentirte y no cometer un crimen! ¡No lo hagas! ¡Mira! El cielo, la luna y las estrellas, los hombres y los animales, las montañas, los bosques y los árboles, hasta los mismos elementos se negarán a servirte, se levantarán contra ti si cometes un crimen así. ¡Mírame! ¡Señor Gómez Arias, contempla mi desdicha! ¡No me vendas a los moros de Benamejí! –Estas últimas palabras las pronunció en voz baja, tranquila y emotiva. Remchingen y los otros relacionaron vagamente aquella emoción, con ellos mismos; nadie podía imaginarse que la actriz, mientras hablaba, pensaba en el desmañado y rubio consejero de expedición Götz.

Entonces apareció Süß en escena. Era el jeque árabe al que el malvado español vendía a la napolitana.

–Naturalmente –dijo Rembingen a su vecino–. Allí donde haya algo que comprar, tiene que estar el judío.

Pero Süß se comportó de una manera muy noble y caballerosa. A pesar de que él la amaba apasionadamente, no tocó a la mujer que había comprado como esclava, diciendo:

De poco me sirve el amor
que no procede del interior;
que no se consigue por la fuerza
aquello que tanto se anhela.

Tenía un aspecto imponente mientras declamaba, cubierto de piedras preciosas, vestido con sus pantalones árabes de seda, adornados con encajes de Flandes. El negro se alegró de que el musulmán del escenario tuviera tan noble aspecto. El duque se rió:

–En la realidad, mi judío no haría tantos aspavientos.

Dom Bartelemi Pancorbo, pensaba: «Allí está declamando y propagando con acento judío todo lo que sería capaz de dar por la mujer. Si yo fuera ella le pediría el solitario, y entonces veríamos su aflicción». Y alargó su seco cuello, su cabeza descarnada rojo

azulada, fijando la mirada desde las hundidas cuencas sobre la piedra.

En la antigua fábrica de Schertlin, en Urach, trabajaba un cierto Kaspar Dieterle, hombre de unos cuarenta años, de rostro abotargado, ojos claros, rojizos bigotes de foca y cabeza aplastada por detrás. Cuando la manufactura pasó a ser propiedad de la sociedad Foa-Oppenheimer, conservó su puesto de maestro tejedor. Se mostraba humilde y sumiso, pero a espaldas de los directores lanzaba las más groseras injurias contra aquellos cochinos judíos. Fomentaba las revueltas y mientras que él se mostraba humilde y servil, incitaba a los demás a la rebelión. Con sus subordinados era tiránico y grosero. Pero acabó por descubrirse su juego y quedó despedido.

No pudiendo decidirse a buscar trabajo fuera del país, se hundió cada vez más y cayó en la miseria, subsistiendo apenas con lo que le producía un desangelado carro de buhonero y del ocasional contrabando de productos prohibidos y sin sello oficial. Fue encarcelado varias veces, y azotado.

Llevaba con él a una muchachita huérfana, prima lejana suya, que tiraba con un perro del carrito en que llevaba sus mercancías y le prestaba otros diversos servicios. Esta muchacha tenía quince años y era sucia, bajita, regordeta, descarada, taciturna, taimada y ladrona, pero, con todo ello, de una coquetería primitiva. Kaspar la maltrataba, golpeándola con tanta brutalidad, que a veces la dejaba sangrando y sin sentido. Pero cuando intervinieron las autoridades y quisieron separarla de él, la muchacha se resistió salvajemente, negando los malos tratos y rehusando abandonarle. El hecho es que Kaspar Dieterle consideraba a aquella criatura, abandonada y maliciosa, como su verdadera mujer, y ella le quería, en cierto modo, viendo en su rudeza y en su bigote de foca signos de virilidad. Le amaba tanto cuando se mostraba cariñoso con ella como cuando la tundía a golpes. Poco a poco fue haciéndosele cada vez más indispensable. Kaspar se aficionó a ir de feria en feria y de mercado en mercado, bebiendo y charlando con pretendidos clientes, que jamás le compraban nada, hasta que llegó un momento en que la muchacha era quien se ocupaba de lograr lo necesario para la subsistencia de ambos.

Cuando la huérfana vio hasta qué punto le era necesaria y se dio cuenta de su poder, se hizo ya intratable; se burlaba de él y se complacía en jugarle toda clase de malas pasadas, sobre todo cuando estaba borracho. Por su parte, Kaspar la golpeaba ahora con más frecuencia, hasta dejarla tendida sin conocimiento. Dos o tres veces huyó ella de su lado, pero siempre volvía a él. Al fin y al cabo, era el único ser sobre el cual poseía una cierta influencia y que dependía de ella.

La extraña pareja iba así por los caminos, robando o vendiendo trastos viejos, en una miseria lastimosa. Kaspar Dieterle poseía el más terrible repertorio de injurias de todo el país, cosa que impresionaba a la pequeña, la cual veía en ello un signo extraordinario de virilidad y de energía. Pero donde sobresalía verdaderamente era en sus invectivas contra los judíos. Inmundas y venenosas palabras salían entonces de su boca. Bajo su bigote rojizo, su rostro lívido se hinchaba y su compañera le escuchaba encantada. A veces, cuando estaba de buen humor y quería divertirla, imitaba a un judío, andaba encorvado, hablaba el dialecto judío y, con gran regocijo de la pequeña, intentaba estirar sus largos bigotes hasta las orejas, simulando los rizos rituales. Pero lo mejor de todo era cuando en los mercados o en las ferias tropezaba con algún judío. Dentro del ducado la policía

protegía a los judíos, cumpliendo de mala gana las órdenes de Süß. Pero en las ciudades libres, Kaspar podía hacer lo que quisiera y se dedicaba a atormentar cruelmente a los indefensos desdichados, haciéndolos objeto de todas las burlas que le sugería su miserable imaginación.

Había puesto grandes esperanzas en la feria de Pascua de Esslingen. Pero apareció en ella un competidor, un judío llamado Jecheskel Seligmann, antiguo protegido de la condesa y tolerado ahora silenciosamente en Freudenthal, uno de los antiguos feudos de la Grävenit. Comerciaaba con productos de la fábrica Süß-Foa y como ofrecía una gran variedad de ellos, hacía una competencia ruinosa a las mercancías primitivas de Kaspar. Jecheskel Seligmann era un viejo enjuto, encorvado y feo, y Kaspar encontraba mil medios de ponerle en ridículo. Untaba de grasa el banco de su puesto, para que manchara el caftán, azuzaba contra él a los chiquillos o le hacía saltar a la fuerza, y siempre tenía al público de su lado. El judío, horroroso, descarnado y agotado, no ofrecía resistencia alguna y cuando por fin recobraba el aliento, sonreía con una pobre sonrisa descompuesta. La gente se divertía con las burlas de que Kaspar le hacía objeto y reía con él, pero no por ello dejaba de comprar en el puestecito del judío, pues a pesar de los impuestos especiales, sus mercancías eran más baratas y más variadas que las del otro. Kaspar abrigaba contra Jecheskel Seligmann un insensato rencor y resolvió apalearle aquella noche hasta dejarle medio muerto, pero no tenía dinero para dormir en el albergue de los judíos y de los buhoneros, donde el otro se hospedaba, y tuvo que salir de la ciudad antes de que se cerraran las puertas.

La pareja pasó la noche al aire libre, en un bosquecillo. Ambos estaban furiosos y de muy mal humor. Tenían frío y hambre y, para colmo, empezó a llover. Kaspar había prometido a la pequeña comprarle en la feria un collar de coral y ella, por su parte, había ahorrado algunas monedas con tal fin, pero su acompañante se las había quitado violentamente para comprar aguardiente. Ahora, aterida de frío, le pidió que por lo menos la dejase beber con él, pero Kaspar se burló de ella y la insultó: ella, la piojosa ramera tenía la culpa de todo por no haber ganado un solo céntimo aquel día. La pequeña replicó que le denunciaría, pues la había violado y robado luego. Seguramente le ahorcarían. Kaspar la golpeó y la muchacha gritó, le colmó de insultos y le mordió salvajemente. Redobló él sus golpes, pero como no consiguiera obligarla a soltarle, le rompió en la cabeza la botella de aguardiente. La muchacha cayó al suelo y quedó inmóvil. Aquello había sucedido ya tantas veces, que Kaspar la dejó tendida, suspiró, eructó, se bebió el aguardiente que quedaba en *el* fondo de la botella, se envolvió en sus harapos y se durmió pesadamente. Pero la lluvia que le calaba le despertó al poco tiempo. Se incorporó y dijo a la muchacha que se acercara a él y le diera otra manta para calentarse. No obtuvo respuesta, y le asestó un puntapié, profiriendo una terrible maldición, pero la muchacha no se movió. Entonces Kaspar se levantó, aterido de frío, y la empujó con el pie. Luego, entre suspiros, encendió con trabajo la linterna, iluminando el cuerpo inmóvil. Yacía con la boca abierta, los ojos muy abiertos, mojada y rígida.

Permaneció largo rato de pie bajo la lluvia en medio del bosquecillo, temblando de frío, embrutecido, solo con la muerta y el perro, que gruñía tristemente. El viento había apagado la linterna y todo en derredor suyo eran tinieblas glaciales. El árbol contra el cual se apoyaba goteaba sobre él y el agua le corría por los brazos y el cuello y empapaba su bigote. Mucho tiempo permaneció así sin comprender por qué Babett, el único ser por

quien se interesaba, había muerto. Acabó por exhalar un lúgubre aullido al que se asoció el perro. Levantó el pie para golpearlo, pero no lo hizo.

Al cabo de un rato se arrodilló al lado del cuerpo inerte de la muchacha, la desnudó trabajosamente y le hizo múltiples incisiones en la piel con lenta e insensible aplicación, sirviéndose para ello de los vidrios de la botella, aunque le hubiera sido más fácil hacerlo con su cuchillo. Luego cargó el cuerpo desnudo y mutilado en su carrito y lo cubrió con telas y objetos de toda clase; ató al perro y volvió a tomar el camino de la ciudad, a la que llegó al amanecer en el momento en que se abrían las puertas. Al pasar ante el guardián, le dijo que todavía tenía que arreglar unos negocios con el judío Seligmann. Lo dejaron pasar.

Como impulsado por una extraña seguridad imperturbable que le daba el fin que perseguía, condujo su carrito a la posada donde se hospedaba el judío Jecheskel Seligmann Freudenthal, y lo dejó en el patio. Luego vendió por un pedazo de pan todo lo que le quedaba, se emborrachó yendo y viniendo de la taberna al patio de la posada, hasta el momento en que pudo enterrar apresuradamente el cadáver entre el estiércol, siendo los cerdos los únicos testigos. Seguía lloviendo. Volvió a la taberna y siguió bebiendo. Retiró del carrito los vestidos de la pequeña y se puso a contar una historia, confusa y fragmentada, con voz balbuciente. Todo el mundo sabía que Babett y él habían disputado una vez más con el judío Jecheskel Seligmann. El judío había prometido a la muchacha un collar de corales y Babett había querido ir a verle por la noche, pero Kaspar se lo había impedido, le había dado una buena paliza. Más tarde, a lo mejor se lo había sugerido el judío, ella se había escapado, aprovechando el sueño de Kaspar. Y ahora acababa de encontrar, entre las cosas del judío, los vestidos de la muchacha. Por lo visto, andaba por ahí desnuda, con el collar de corales por todo vestido. Y precisamente cuando los judíos celebraban la Pascua.

Kaspar Dieterle contaba todo esto mientras se bebía el producto de sus últimas mercancías, repitiéndolo una y otra vez, ante un auditorio cada vez más numeroso que contemplaba vivamente intrigado la boca de aquel hombre, de la que brotaba, lamentosa y maligna, bajo el bigote rojizo empapado en alcohol y a través de los dientes negros y podridos, la terrible historia.

Poco después se descubrió, en el montón de estiércol, el cuerpo mutilado que los cerdos empezaban ya a devorar. Con alas de murciélago y adornada con fantásticos horrores, la noticia dio la vuelta a la ciudad. Sus habitantes se reunieron en las casas y en las calles, abandonando el trabajo, se cerraron las puertas de la ciudad y el Consejo municipal fue convocado a toda prisa. ¡Crimen nefando! Una inocente muchacha cristiana asesinada por los judíos, que se habían servido de su sangre para amasar los panes de Pascua y habían arrojado luego a los cerdos su cuerpo mutilado. La política judaizante del duque de Württemberg traía tales consecuencias: en una ciudad libre del Imperio, en Esslingen, podía cometerse un crimen tan abominable para vergüenza e infamia de todo el país suabo.

La ciudad entera se agitó tumultuosa. Desde hacía cuarenta años, o más exactamente, cuarenta y tres, no se había visto en todo el Sacro Imperio Romano un crimen tan espantoso. Estas cosas sólo pasaban ya en los libros. Nada semejante había sucedido en la región, desde el infanticidio ritual de Ravensburg. ¡Cuánta razón habían tenido sus padres al expulsar del territorio de Esslingen a los judíos! Desde los tiempos del médico Salomón,

de Hechingen, no se había permitido que ninguno de ellos contaminara con su infecto aliento el limpio ambiente de la ciudad, y cuando el emperador reclamaba el impuesto por los judíos, el Consejo podía afirmar, con orgullosa seguridad, que desde dos siglos atrás la ciudad no había albergado entre sus muros ni a uno solo. Y ahora el duque, aquel hereje, aquel Herodes maléfico, había vuelto a abrir las puertas del territorio a aquellos asesinos que acechaban a los niños cristianos para beber su sangre. Asustadas, las madres advertían a sus pequeños. De hora en hora se comentaban detalles cada vez más monstruosos. Lo que aquel día había sucedido a una niña forastera, podía suceder cualquier otro a uno de sus hijos. Durante mucho tiempo los niños huirían, aterrorizados, de todo rostro desconocido y por la noche soñarían, horrorizados, terribles pesadillas de sangre, afilados cuchillos y barbas desgredadas.

Entretanto, el judío Jecheskel Seligmann recorría las calles ofreciendo su mercancía. Fue detenido en el momento en que intentaba cobrar a un deudor recalcitrante. No tenía la menor idea de por qué le detenían y protestaba sin descanso. No había reñido la víspera con Kaspar Dieterle ni con nadie; ni siquiera había abierto la boca. Pues uno de los procedimientos habitualmente empleados contra los competidores judíos, era provocarlos con actos y palabras hasta incitarlos a responder, haciéndolos encarcelar entonces bajo la acusación de haber difamado a los cristianos, ultrajando su fe. Pero el alguacil le golpeó en la boca, y agarrándolo con fuerza le ató. El infeliz, tembloroso y atónito, fue acogido fuera por una enorme multitud, vio cien bocas clamorosas y cien brazos amenazadores que le arrojaban barro y piedras. Le tiraron al suelo, le patearon, le escupieron, tirándole de la barba y los cabellos. En vano intentó dar explicaciones a los que se agolpaban en torno a él. Magullado, sangrando y babeando por la comisura de los labios, afirmaba no haber injuriado ni haber disputado con nadie. Pero los gritos de una mujer que le hundía cruelmente en las carnes un largo alfiler, le revelaron cuál era la acusación que sobre él pesaba. Entonces perdió el conocimiento y así, desvanecido, fue llevado a la prisión.

Los consejeros municipales acogieron la nueva con intensa alegría, furiosa e irónica. Eran los protegidos del duque, los judíos, los únicos culpables de aquel abominable crimen. Ahora iban a pagarlas todas juntas. ¡Por fin iban a poder vengarse del duque y de sus judíos, que constantemente les infligían duras humillaciones! Mientras que los ciervos y los jabalíes del duque y toda la caza de sus bosques devastaban sus campos, el desvergonzado hereje se quejaba de que los habitantes de Esslingen cazaban furtivamente en sus cotos. ¿De qué otra manera podían defender sus cosechas? ¿Y no se querellaba sin cesar contra ellos porque los caminos de Esslingen eran malos y no se ajustaban a las normas reglamentarias? Distinguidos señores, ¿qué significaba un bache en un camino, comparado con un asesinato tan repugnante? Tampoco había forma de ponerse de acuerdo en lo que se refería a la reglamentación sobre el Neckar. Además, ¿no había acaso embargado también los ingresos del hospital de Esslingen? Y luego estaba su judío, aquel malhechor desvergonzado y perverso. Por pura formalidad, y tan sólo para lograr determinadas exenciones, la ciudad había denunciado su «tratado de protección» con el duque, y aquel cochino judío, fingiendo tomar en serio el asunto, había hecho tratar a los habitantes de Esslingen como extranjeros cualesquiera, como si realmente no existiera el tratado de protección. Todo ello únicamente para anular su comercio y su industria. No había ni un consejero a quien el judío no hubiera hecho perder varios miles de ducados. Pero ahora iban a vengarse de él. Iban a vengarse de él en su hermano de raza, iban a

calzarle las botas de tormento, a exprimirle la sangre de debajo de las uñas y a atenazarle con tenazas incandescentes. Los consejeros que vivían en la plaza del Mercado, se regocijaban ya del próximo espectáculo, pues en aquella plaza sería donde el judío habría de expiar sus crímenes en la hoguera, y prometían un puesto en sus ventanas a sus parientes y amigos. ¡Lástima que tuvieran que contentarse con una sola ejecución! Lo bueno sería que pudieran a la vez ahorcarle y torturarlo, descuartizarle y quemarlo.

El decano de los consejeros municipales era Christoph Adam Schertlin, el fundador de las fábricas de tejidos de Urach, que se había retirado luego a Esslingen donde vivía de sus rentas y desde donde había visto cómo se hundía el negocio que había levantado y cómo pasaba a manos de los judíos, en tanto que su hijo y sucesor caía en la miseria y en la abyección. Tenía más de setenta años y aquel suceso constituyó para él una última e intensa alegría, antes de la hora de su muerte. Desde lo más íntimo de su ser lanzó aplastantes acusaciones contra la maldad judía y en pleno Consejo escupió al rostro del miserable, desgraciadamente ausente. Recorría las calles con la cabeza, grande y apergaminada, bien alta, con , paso firme, golpeando con fuerza el suelo con su bastón, como si lo hundiera en el corazón de su enemigo, agarrando la empuñadura de oro con su mano huesuda, pero en absoluto temblorosa.

Entretanto, Kaspar Dieterle seguía en la taberna. No necesitaba ya vender nada para comprar aguardiente, pues tenía sin cesar en torno a él un círculo de oyentes, excitados y fascinados. Expulsado hasta entonces de todas partes, como un vagabundo sospechoso, se había convertido ahora en un hombre importante y respetado. Contaba detalles cada vez más precisos y él mismo llegó a creer que aquellos malvados judíos le habían privado criminalmente de su último sostén. Como prueba principal aducía el hecho de que la muchacha hubiera nacido en Nochebuena, y todos permanecían suspensos de sus labios cuando decía aquello, con los ojos muy abiertos y llenos de misterio. Pues estaba demostrado y podía leerse en muchos libros, que particularmente las personas nacidas en Nochebuena corrían mayor peligro de ser asesinadas por los judíos.

Sobre todo las mujeres se compadecían grandemente de aquel pobre hombre. ¿Acaso su desgracia no les había advertido de que protegieran más cuidadosamente que nunca a sus pobres niños? Le atiborraban de carnes asadas, tocino y albondiguillas de cerda. Los carrillos descoloridos de Kaspar se coloreaban, su bigote rojizo de foca se erguía enhiesto, y sólo sus dientes seguían negros y podridos. La viuda de un panadero pensó seriamente en casarse con aquel pobre hombre abandonado, tan cruelmente maltratado por los judíos.

El médico de cabecera, el doctor Wendelin Breyer, reconocía al duque. Largo, enjuto, mostrando un celo extraordinario, temeroso y amable y con grades ademanes de excusa, extraía del fondo de su pecho una voz hueca e inquieta. Sonreía con deferencia, se disculpaba constantemente e intentaba amenizar su diagnóstico con chanzas tímidas y vanas. El duque era un enfermo difícil que había golpeado violentamente con la hoja de la espada a su colega, el doctor Georg Burkhard Seeger y solía lanzar los frascos de medicamentos a la cabeza de los médicos.

–Bueno, ¿qué tengo? –preguntó imperiosamente el duque.

El doctor Wendelin Breyer procuró ponerse disimuladamente fuera del alcance de Karl Alexander.

–Gota militar –gimió después, con voz forzada y balbuciente–. Nada, un pequeño e insignificante ataque de gota militar.

Y como el duque guardara sombrío silencio, se apresuró a añadir:

–No tiene Vuestra Alteza por qué preocuparse. Su indisposición no tiene nada que ver con el mal venéreo o mal francés. Pues mientras esta última enfermedad procede de un veneno preexistente en la vagina femenina, que el diablo pone en ella, la indisposición de Vuestra Alteza es puramente pasajera, como si dijéramos un ligero catarro de la vejiga, que, Dios mediante, se curará en dos o tres meses. Me permitiré además hacer saber a Vuestra Alteza que esta pequeña indisposición ha sido padecida por casi todos los grandes generales de la cristiandad. Y según las crónicas, también los famosos conquistadores de la Antigüedad, Alejandro y Julio César, la padecieron.

El duque despidió al doctor con brusco ademán y el médico se retiró con reiteradas reverencias y disculpas.

Karl Alexander, en cuanto el médico se hubo retirado, resopló colérico y rompió, con su bastón de mariscal, una figurita de porcelana. En su juventud había padecido ya dos veces aquella enfermedad vergonzosa, sin saber quién se la había contagiado. Pero esta vez sí lo sabía. ¡Valiente puerca! ¡Tan encantadora, tan seductora, de ojos tan vivos y cuerpo tan apetitoso! Una brisa aromática, una ola de perfume. Pero llevaba en su cuerpo veneno y basura. ¡Maldita puerca! La haría azotar y expulsar a palos del ducado.

Pero se contentó con obligarla a acarrear a través de la ciudad una carretilla de estiércol, como era costumbre imponerlo a las mujeres convictas de prostitución. Vestida con un sayo de burda tela, la menuda napolitana rubia y algo gordita fue conducida por las calles, empujando penosamente su carga de estiércol y llevando colgado del cuello un cartelón, en el que se leía: «Zorra». Los que la veían pasar chascaban la lengua, lamentando no haberlo sabido antes, pues aunque el vino estuviera agriado, su apariencia era agradable y les hubiera gustado probarla. Pero sus mujeres escupían al paso de la napolitana y le arrojaban barro y desperdicios. Enferma y sin un céntimo, fue así expulsada de la ciudad.

También el general Remchingen y el criado negro del duque padecían la misma enfermedad que su señor.

Remchingen y Karl Alexander renegaban a dúo de las mujeres, y el duque perseguía a Süß con encarnizadas bromas, pues también él había gozado a la napolitana y había salido indemne por obra del demonio, aliado fiel de los judíos.

Pero el joven Götz, de cabellos de lino, se hallaba sumido en el desconcierto. Era el único que conocía todos los detalles de aquel asunto. Había contraído la enfermedad con una criada de la posada del «Carnero Azul» y se la había contagiado a la italiana, de la que ingenuamente se creía único dueño. En cualquier otra circunstancia hubiera considerado un deber repararlo todo y habría llegado quizá, a casarse con ella; pero ahora que toda la corte murmuraba, con respetuosa sonrisa, sobre la pequeña indisposición galante de Su Alteza, fue dándose cuenta poco a poco de que había sido él, el más humilde y respetuoso de los súbditos, quien había transmitido a su soberano aquella enfermedad penosa y sucia. El mundo se derrumbó en torno a él y le confundía haber podido infligir, no obstante su lealtad, semejante humillación a su príncipe y estar complicado inocentemente en tan grave responsabilidad. Resolvió suicidarse. Pero reflexionó y acabó por convencerse de que la responsable de todo era la napolitana. Se consideró pues, limpio de toda culpa y

contempló con feroz satisfacción cómo la cantante recorría las calles empujando su carretilla de estiércol.

Pero la napolitana amaba de verdad a aquel hombre torpe y rubio. A pesar de que tal vez con ello habría podido salvarse no le traicionó. Mientras recorría la ciudad soportando su desgracia y los insultos, sólo pensaba en él. El pueblo creyó que rezaba porque movía los labios, pero ella recitaba para sí, sin ruido, absurdamente, aquellos versos que había cantado en la comedia: «¡Mi dulce señor! ¡Mi fortuna! ¡Mi cielo! ¡Contempla mi desdicha! ¡No me entregues a los moros de Benamejíl!». Le venían a la cabeza viejos cuentos de hadas en los que el príncipe convierte a la pordiosera en su princesa. «Ahora aparecerá, ahora mismo se detendrá ante mí y todo este horror habrá sido tan sólo una pesadilla, un sueño desagradable.» Sólo se derrumbó cuando fue obligada a cruzar la frontera sin que él hubiera hecho nada por impedirlo.

El rumor de la enfermedad del duque fue extendiéndose poco a poco. En los Colegios Bíblicos se murmuraba que era un castigo del Señor y se recordaba a Nabucodonosor, que al final de su vida se había visto reducido a pacer como un buey. Pero entre los cortesanos, aquella enfermedad galante incrementaba su respeto hacia el duque. El poeta de Tubinga le dedicó un poema, en el que afirmaba que en el reino del amor a veces era preciso pagar las victorias con pequeñas heridas, no menos honrosas que las recibidas en el campo de batalla, pues el amor lanzaba a veces flechas envenenadas. Y como además no había olvidado que la napolitana no había querido recitar sus versos alejandrinos en la comedia, no desperdició la ocasión de compararla con todo tipo de sabandijas y reptiles, y de insinuar que siempre había esperado cualquier cosa de aquella mujer que despreciaba las musas alemanas.

La duquesa vio en la enfermedad de su marido una señal, la mano del destino. El joven lord Suffolk continuaba a sus pies, con su rostro rubicundo, ingenuo y loco de pasión. Su prolongada ausencia le había malquistado con su propia corte y continuaba suspirando por Marie Auguste, obstinado, mudo y desesperado, y era cuestión de días que pusiera fin a su vida. ¿Acaso no era una señal el hecho de que su marido no pudiese mantener relaciones con ella durante algún tiempo? Y Marie Auguste, divertida y risueña, tuvo piedad de su infeliz enamorado, tan consecuente y fiel.

Pero al parecer, el joven inglés tenía mala estrella. Karl Alexander no era habitualmente celoso, ni siquiera se le ocurría pensar que alguien pudiera engañarle a él. Pero su enfermedad le había hecho desconfiar, o quizá alguien le había advertido, y apareció de repente en la habitación de la duquesa, de manera que el joven lord sólo tuvo tiempo de escapar a medio vestir. El duque hizo a su mujer una terrible escena, rompiendo espejos y frascos de perfume y desgarrando, con su espada, las valiosas ropas de cama. Insultó a Marie Auguste e incluso golpeó su rostro del color de un noble mármol antiguo. La duquesa, indignada y llorosa, se lo contó todo a Magdalen Sibylle, con teatrales protestas de inocencia; pero en medio de su indignación surgió pronto una sonrisa divertida y comenzó a imitar, con infantil malicia, la ruidosa cólera del duque, riéndose de sus injurias groseras e intentando traducirlas al francés y al italiano. Y para terminar, comentó entre risas la mala suerte del inglés. Si el elegido hubiera sido De Riollés o Remchingen, no se habrían dejado sorprender, por muchas veces que lo hicieran. Pero naturalmente, aquel jovencuelo desmañado había sido sorprendido a la primera, casi al final y sin saber muy bien cómo tenía que ponerse.

No era posible que el soberano se batiese en duelo con el lord pero, fuese éste o no culpable, Remchingen debía provocarle en duelo. El general gruñó entre dientes que le sobraban razones personales para hacerlo, pero cuando el asunto fue en serio no demostró tener mucha prisa. Por último, el inglés partió para su tierra, y no precisamente en secreto, sino con gran pompa y tranquilamente, vacilante su fe en Dios, rota la imagen simple, sencilla y clara que se había hecho del mundo y dudando de los demás y de sí mismo. Su breve gozo le había conmovido tan profundamente, que no se acordaba ya de nada y la única cosa que permanecía impresa en su memoria era una liga de la duquesa, un poco deshinchada, por la cual quizá no valía realmente la pena haber arriesgado su vida, su reputación y su posición en Inglaterra.

Karl Alexander tenía una multitud de indicios, pero ninguna prueba definitiva de la infidelidad de Marie Auguste. En otras circunstancias se hubiera calmado pronto, pero la exasperación que le causaba su enfermedad le hacía susceptible y rencoroso. Marie Auguste, cansada pronto de sus sospechas y de la vigilancia a la que de continuo la sometía, desempeñó primero el papel de Genoveva, pero después, sin dejarse amedrentar, opuso a las groserías de su esposo una calma irritante y una ironía mordaz, acabando por amenazarle con refugiarse al lado de su padre. A lo cual Karl Alexander respondió que aquel día haría repicar las campanas, disparar salvas y distribuir vino y vituallas a todos sus súbditos.

El viejo príncipe de Thurn y Taxis, tan distinguido, no encontró nada correcta aquella riña. ¿Que su hija se había divertido con un señor inglés? ¿Y por qué no? Los ingleses no eran conversadores brillantes y parecían de madera, pero en cuanto al vigor juvenil, a la salud y sobre todo a la discreción, sobrepasaban en mucho a los latinos. Si él hubiera sido mujer habría escogido también un inglés, y no comprendía por qué razón había que armar tanto escándalo en torno a aquel asunto. Pero claro, su yerno era un soldado y, como tal, estaba acostumbrado a obrar siempre con violencia y estruendo. Además, había que tener en cuenta que lo que se exigía a un estratega eran victorias y no maneras distinguidas. Suspirando escribió a su amigo, el príncipe-obispo de Wurzburg, rogándole que interviniera rápidamente poniendo fin a aquel comportamiento tan infantil.

Este requerimiento le vino muy bien a aquel hombre gordo, astuto e inteligente. No había olvidado el asunto de Stettenfel y aquella derrota de la Iglesia le escocía mucho; había recibido en su corte al conde Fugger y sólo esperaba un motivo para trasladarse discretamente a Stuttgart y encauzar personalmente por una vía rápida y libre de obstáculos un proyecto que ganara para Roma a aquel país. Así que Su Eminencia no se hizo de rogar sino que muy pronto hizo su entrada en Stuttgart plácida, alegre y cómodamente en una comitiva formada por muchos carruajes elegantes, acompañado de los consejeros Fichtel y Raab.

Preguntó al duque, con un guiño de complicidad, por su salud, escuchó con satisfacción que estaba prácticamente curado y le aconsejó amistosamente y sin darle importancia que se dedicara más al café de su consejero Fichtel que al vino de Tokay. Familiarmente dio unas palmaditas sobre la mano pequeña, blanca y carnosa de la duquesa, que tenía en su carita una expresión de niña enfurruñada. Manejó a los esposos de manera que al cabo de poco rato estaban sinceramente entusiasmados con la idea de dar al país, a sí mismos y a la Iglesia un heredero en cuanto el duque se hubiera restablecido por completo.

El príncipe-obispo insistió para que le dejaran ver de cerca al famoso consejero privado de finanzas y judío de la corte. Esto no le gustó nada a Karl Alexander. Temía que alguien pudiera arrebatarse a su indispensable judío, pero de hecho no podía negarle a su amigo durante mucho tiempo, aquel deseo inocente. Süß se presentó ante el príncipe-obispo, besó su anillo con su sumisa actitud, ilimitadamente humilde, en la que era un experto, le hizo acertados cumplidos, llamándolo oráculo del mundo, emperador en la sombra, corazón y guía de la política. Pero Su Eminencia de Wurzburg no se dejaba atrapar con tanta facilidad. Los dos zorros se olfatearon, reconociéndose, pero ninguno confiaba en el otro. Insinuante, inofensivo, alegre y con naturalidad aquel hombre astuto y gordo charlaba con el otro, astuto y delgado, y ninguno permitía un acercamiento.

Trabajando incansablemente, el príncipe-obispo y sus dos consejeros exigían que se llevara a cabo su proyecto. Acosaban ininterrumpidamente al duque y a Remchingen, se reunieron abierta y secretamente con Weissensee, con los clérigos de las distintas órdenes que, contraviniendo la Constitución, maldiciendo entre dientes, se habían introducido en todo el ducado. Cuando el príncipe-obispo abandonó satisfecho el territorio ducal, había vengado con creces a Stettenfel, había conseguido mucho en lo que se refería a sus planes y había puesto los fundamentos para cosas más grandes. La capilla del castillo de Ludwigsburg fue remodelada para celebrar en ella ceremonias de culto católico, todo el clero católico de la corte se organizó de un modo más amplio y se invitó oficialmente a venir al país a las distintas órdenes. Los sacerdotes castrenses católicos celebraban misas públicamente y bautizaban niños. Se elaboró hasta el último detalle un reglamento militar católico. Se preparó una interpretación jurídica extraordinariamente sutil, elegante y difícil de las concesiones religiosas, que hacía ilusorias las libertades parlamentarias. Finalmente, también se había preparado la equiparación formal de la religión católica con la luterana. Treinta años atrás, esta equiparación había llevado en el Palatinado a la supresión del protestantismo.

En un latín perfecto y elegante, el consejero Fichtel, con alegre solemnidad, informó al hermano de Remchingen, tesorero en la corte papal de Roma, de todo lo que se había conseguido con la visita del príncipe-obispo a Stuttgart. Después comentó el motivo que había originado este viaje, la enfermedad del duque, y concluyó:

—Ya veis, estimado señor y hermano en la fe, que la Providencia divina utiliza con frecuencia medios extraños para ensalzar a la Santa Iglesia Católica y propagar la verdadera fe.

Süß estaba preocupado. La gestión de sus títulos nobiliarios resultaba más lenta y difícil de lo que había esperado. El emperador debía grandes sumas de dinero a los Oppenheimer de Viena. Immanuel Oppenheimer lo presionaba, pero el emperador no podía pagar. No era de extrañar, por lo tanto, que la cancillería buscara toda clase de pretextos antes de otorgar un título nobiliario a un Oppenheimer, a lo que los apremiaba el agente del Parlamento de Württemberg. *Madame* de Castro permanecía incommovible, y Süß no pudo conseguir que aquella mujer astuta y calculadora se decidiera.

También los proyectos del obispo de Wurzburg, que esperaba la ocasión de conquistar definitivamente para Roma el ducado, le tenían de mal humor. Había observado que no lograba conquistar la confianza de Su Eminencia y que no le permitirían

participar en el grandioso proyecto, considerado como la piedra angular de la política suaba del siglo venidero. Ciertamente le permitían ver algún que otro bosquejo y algunas de las reuniones se celebraban en su casa, pero Remchingen rechazaba riéndose cualquier propuesta de Süß, y parecía claro que los caballeros católicos tenían la intención de elegir a Weissensee como su hombre de confianza. Además, Süß no se sentía en aquel terreno tan competente y firme como en los demás. No le gustaba mezclarse en los asuntos eclesiásticos, y las cuestiones de este orden, a las que tanta importancia se daba en torno a él, le parecían insignificantes e indignas de personas serias. Su entendimiento claro y positivo reconocía que detrás de ellas se ocultaban cosas muy reales: la anulación de la Constitución y del Parlamento y la autocracia militar del duque. Pero no comprendía por qué aquellos hombres, políticos tan experimentados, se empeñaban en limitarse a tomar medidas difusas, ridículas e ineficaces. Sus maneras y sus medios eran infinitamente más directos, rápidos e inmediatos y le disgustaban los métodos lentos y aburridos de los jesuitas. Veía con estupor que, incluso en las reuniones más íntimas, aquellos hombres evitaban cuidadosamente llamar a las cosas por sus nombres, y que incluso cuando estaba a solas con alguno de ellos, había que hablar dando todo tipo de rodeos, utilizando circunloquios morales, y que en cuanto él o Remchingen designaban con precisión una cosa por medio de la palabra exacta, se miraban unos a otros con visible contrariedad.

De modo que el judío se sentía un tanto desconcertado y necesitaba algo que le devolviera su seguridad.

Se las arregló para que Karl Alexander le encargara entregar personalmente a Magdalen Sibylle, en su nombre, un presente de gran valor. Se hizo anunciar la víspera y se presentó fastuosamente, con batidores y pajes. Hubiera sido un ultraje al duque cerrar la puerta a un embajador tan magnífico y le recibió.

Magdalen Sibylle vivía ahora a las afueras de la ciudad, en un palacete. Amorcillos dorados dejaban caer cintas desde el techo, en ricos gobelinos galopaban elegantes cazadores, brillantes espejos hacían que los suntuosos aposentos, repletos de adornos propios de una dama, parecieran más grandes. Tenía a su disposición dos carrozas, un trineo, una silla de manos, caballos de montar. En el vestíbulo podía contemplarse un pavo real de oro y plata, cubierto de piedras preciosas, símbolo del reino. Una servidumbre demasiado numerosa bostezaba disimuladamente en las antesalas. Karl Alexander se mostraba generoso con su querida. Ni el mismo rey de Polonia hubiera podido rodear a la suya de mayor lujo y esplendor.

En medio de todo aquel fausto, Magdalen Sibylle conservaba una calma glacial. Salía, recibía visitas, se reía, conversaba, pero con rigidez, como si todo fuera una mascarada. Todo aquel esplendor permanecía inerte y sin vida en torno a ella, y el magnífico palacete era como el catafalco suntuoso de una muerta.

Acogió a Süß con rígida cortesía, vistiendo un amplio traje de brocado oscuro, con largas mangas ceñidas y apenas escotado. Sus ojos azules mostraban una forzada expresión de afable reserva, como si tuviera ante ella al embajador de Baden-Durlach, con la corte del cual no estaba el duque en buenas relaciones, y escondía ceremoniosamente su negra cabellera bajo una peluca. Süß intentó primero combatir su frialdad con animada afabilidad y franca galantería, pero Magdalen Sibylle sólo tuvo respuestas breves y desdeñosas, y no había forma de sacarla de su acorazada frialdad. Entonces cambió de estrategia, y para provocarla a responder le expresó, con burlona exageración, su

agradecimiento por haberse dignado recibirle. Magdalen Sibylle respondió que no había hecho más que obedecer las órdenes de Su Alteza, y luego, después de un silencio, no pudo resistirse a añadir que después de haber soportado tantas cosas, bien podía resignarse a soportar ésta.

Süss llegó así a su terreno. ¡Soportar! ¡Resignarse! ¡Ser la querida del duque de Württemberg, qué desdicha! Todas las muchachas de la nobleza suaba no aspiraban a otra cosa. Un palacete delicioso, cien lacayos, cacerías y recepciones... ¡Verdaderamente era un destino lamentable!

Magdalen Sibylle dejó caer la máscara. Así pues, el judío quería guerra. Creía por lo visto, que ella lo había olvidado todo y que podía volver a tomar las cosas allí donde las había dejado antes de venderla al duque, su señor. Se irguió bruscamente, dejando caer al suelo el perrito pequinés que Karl Alexander le había regalado y que lanzó un aullido sorprendido, y fulminó a Süss con su mirada. No debía disimular, sabía muy bien de lo que estaba hablando y lo que había hecho con ella.

–¡Vos tenéis la culpa de todo! –gritó, y la sangre afluyó a sus mejillas morenas, haciendo estremecerse el finísimo vello que las cubría.

Süss vio agitarse su pecho firme y terso. La había llevado adonde quería. No debía estimarse en tan poco, insinuó con voz halagadora, acariciadora y persuasiva. Era su belleza la que había inflamado al duque, sin que él hubiera tenido que intervenir para nada. Pero aun admitiendo que fuese él el causante de todo, añadió mirándola de pies a cabeza, con una fría sonrisa de complicidad, ¿qué mal le había hecho? No iban a hablar entre ellos el lenguaje de la moral burguesa, sino el de las personas inteligentes y experimentadas. Así pues, ¿qué mal le había hecho?

Magdalen Sibylle respiró profundamente e hizo movimientos más bruscos de lo que su vestido de ceremonia le permitía y en los que revelaba su natural vehemencia. ¿Qué le había hecho? judío hipócrita! Había falseado todo lo que ella hacía y decía. Había ahogado en ella el hálito vivo del Señor. Si las palabras de la Escritura, si las palabras santas habían perdido todo su color y habían dejado de tener sentido para ella, la culpa era sólo de él, él las había convertido en algo muerto y marchito.

Mas no era aquello lo que Magdalen Sibylle quería decirle. ¿Por qué mentía? ¿Por qué no le arrojaba al rostro, en toda su cruda verdad, su tráfico vergonzoso y su lamentable ignominia? En nombre de Dios, ¿por qué mentía?

Süss comprendía perfectamente lo que sus palabras no decían. No debía hablar así, le dijo, con él no tenía que hablar de aquella manera. No eran más que subterfugios para engañarse a sí misma. El Colegio Bíblico de Hirsau y el hálito divino, las visiones y los sueños, no eran más que subterfugios y niñerías para los débiles, para seres sin energía ni ardor, hombres inválidos y vírgenes sin atractivo. Y Süss volvió a mirarla de arriba abajo, con mirada atrevida y penetrante de hombre experimentado.

–Una mujer como vos, una mujer que posee vuestros ojos y vuestros cabellos, que hoy ocultáis en vano, no necesita para nada a Dios. Sed sincera y no os engañéis a vos misma: vuestra santidad era tan sólo un pretexto, mientras esperabais otra cosa.

Ella replicó, defendiéndose:

–Habéis podido robarme lo que poseía, pero vuestras artes diabólicas no conseguirán, además, manchar mi alma. Podéis seguir hablando y acumulando ideas perversas y frívolas: no conseguiréis rebajar a mi Dios, reducirlo al sueño de una

extraviada poseída por la concupiscencia.

Y evocó aquellas horas de plenitud en las que leía a Swedenborg, la sencilla y piadosa luminosidad que alumbraba a los pietistas; recobró su color, se sintió de nuevo rodeada por la atmósfera de fe que rodeaba a Beata Sturmin, la santa ciega; por un instante se sintió como antiguamente, llena de certidumbre, y vio a su Dios vivo ante ella.

–No importa que me haya abandonado –gritó, sorprendiendo a Süß con la ardiente convicción de su voz–. ¡Dios existe! ¡Dios existe! –repitió, y verdaderamente, lo sintió de nuevo en ella.

Pero fue sólo un momento. El judío disfrutó en silencio su ardor y su celo. Luego, con un solo gesto apacible, los barrió por entero.

–Si es así –dijo ligeramente–, ¿por qué huisteis de mí en el bosque de Hirsau? ¿Y por qué vuestro Dios no os socorrió contra el duque? No son muchas las cosas en que creo, pero hay una de la que estoy seguro, y es de que ningún poder se tiene sobre una mujer que está entregada por entero a su Dios.

Y en tanto que la luz se extinguía en el rostro de Magdalen Sibylle, que veía desvanecerse a su Dios, Süß se aproximó a ella y le dijo lo que ella más temía. Se lo dijo con dulzura, con su voz acariciadora:

–Voy a deciros por qué huisteis de mí en el bosque: porque me amabais. Y todo lo que después habéis hecho o sentido, odio y duda, deseo de venganza, entumecimiento y tristeza, todo ello no tenía otra causa. Y os diré todavía algo más: tampoco para mí ha pasado desde entonces un solo día en que no haya evocado vuestro rostro y pensado en vos.

Magdalen Sibylle había imaginado que moriría al oírle decir las palabras temidas. Ahora la desnudaba y daba a aquel santo celo que ella había sentido por conducir a Satanás hasta los pies de Dios, su verdadero nombre, su pequeño nombre ridículo. Era bien sencillo reducirlo todo a su fórmula más trivial: ella no era más que una estúpida muchacha suaba, que se había enamorado del primer hombre guapo que se había cruzado en su camino, y su despertar, su amor a Dios, no había sido más que una lasciva y vulgar concupiscencia. Pero contrariamente a lo que había creído, no murió cuando Süß le arrojó todo aquello a la cara, sino que se irguió altanera ante él. Sintiéndose ya capaz de hablar claramente, le contestó furiosa y sin fingimiento alguno: Sí, ella había quizá disfrazado y enmascarado sus sentimientos, pero él había cometido la acción más baja, más repugnante y más judía que pudiera cometerse, pues había traficado con su amor.

Süß paladeaba tan sólo la miel de la que su vanidad se sentía ávida y sólo veía, con orgullo satisfecho, hasta qué punto se hallaba llena de él Magdalen Sibylle. Hubiera querido hallarla aún crédula, para pavonearse más brillantemente ante ella. Con hábiles sofismas, durante largo tiempo preparados, inició en el acto el argumento que debía entregarle definitivamente a aquella mujer y lo expuso halagándola con destreza: Sí, sabía que había podido disponer por entonces de su corazón y ella se lo habría entregado gustosa. Pero no era hombre a quien gustase lo fácil. Impresionar con su poder y su fausto a una muchacha suaba le había parecido demasiado sencillo. Ahora, Magdalen Sibylle había gustado ya del poder, era su igual y él podía combatir con armas leales. Y se felicitaba de la forma sutil y brillante en que había conseguido decidir el combate a su favor.

Magdalen Sibylle sabía, en el fondo, que todo aquello eran tan sólo una serie de

frases galantes. Pero escuchaba sus palabras con gran placer. Había combatido durante tanto tiempo, que ahora le era grato dejarse engañar. Mientras tanto, Süß se embriagaba con su propia elocuencia. No veía, o no quería ver, el desacuerdo existente entre la mujer campesina, recta, natural y sencilla, y el aparato cortesano, ceremonioso y demasiado rico que la envolvía. No veía que al ocultar sus negros cabellos bajo una peluca había perdido algo esencial, que su rico traje de brocado morado hacía de aquella muchacha, llena de vida, una muñeca, y que la reserva que ahora imponía al movimiento de sus miembros y al fuego inocente e indomable de sus ojos la rebajaba a ser tan sólo una mujer vulgar entre otras muchas. Quería verla tal y como él necesitaba que fuera, para vanagloriarse ante ella y que le sirviera de pedestal para su propia estatua.

—Una mujer tan hermosa como vos, que sabe enfrentarse a las cosas como vos, no ha nacido para cantar canciones piadosas en honor de Dios en el Colegio Bíblico.

En pie detrás de su sillón, apoyados los codos en el respaldo, se inclinó hacia ella, hablándole sin alzar la voz, con su voz apremiante y profunda, con los ojos fijos en ella.

—¿No habéis sentido ahora lo que significa el poder? Intentad volver a vuestro Colegio Bíblico. ¡Dedicaos a secar peras en vuestro tiempo libre, a zurcir calcetines! ¡Intentadlo! No podríais —concluyó triunfalmente—. Habéis probado ya lo que es vuestro destino.

Magdalen Sibylle se había erguido, jadeante, alzando las manos en un ademán defensivo. El perrito se había escondido, asustado, en una esquina. Incrédula y, sin embargo, deseosa de que siguiera hablando, ahora que Süß callaba, Magdalen Sibylle se mantenía frente a él en el ángulo opuesto del tocadorcito poblado de porcelanas y figuritas, del cual una gran parte quedaba escondido por su amplio vestido de ceremonia. Esbelto e insinuante, el judío se acercó a ella, deslizándose sin ruido por encima de la gruesa alfombra.

—Renunciad, pues, a vuestros sueños ingenuos, Magdalen Sibylle, sólo válidos en el bosque de Hirsau. Hoy la realidad, vuestra realidad, es el palacio de Ludwigsburg. Contempladla frente a frente y apoderaos de ella. Es una hermosa realidad y yo estoy orgulloso de habéroslo mostrado.

Se había acercado tanto que ella se aplastó contra la esquina, como si quisiera huir.

—¡Magdalen Sibylle! —y casi creía lo que estaba diciendo y veía cómo ella desde el principio se sentía inclinada a dejarse convencer, que era tierra abonada para su semilla—. ¡Magdalen Sibylle! Bien sabe Dios que no os entregué al duque para tener una piedra más en mis arcones, lo hice por vos, para mostraros el camino. Vos y yo, Magdalen Sibylle, tenemos un solo y mismo camino: el poder.

Y en tanto que su última desconfianza se refugiaba, temerosa, en lo más profundo de su ser, Magdalen Sibylle le contempló con ansiosa admiración y el judío llamó en su auxilio toda su destreza. Impresionar a su madre, que siempre había creído en él, era cosa fácil. Pero dominar a esta mujer, desconfiada y resistente, seducirla, era un triunfo fascinante, el triunfo deseado, la prueba que necesitaba de su poder. Como un gran actor que ante un público frío e incomprensivo se entrega por completo a su papel, para despertar el entusiasmo de los espectadores mal dispuestos, Süß se elevaba cada vez más, cerniéndose por encima de sí mismo y revelando, sin reserva, sus más secretos deseos. Subía y bajaba, embriagado por sus propias palabras, regalándose en la imagen de él que se reflejaba brillante en los espejos, un orgulloso espectador de sí mismo.

Silenciosa y conmovida, Magdalen Sibylle le escuchaba.

— Ahora, Magdalen Sibylle, somos iguales. Ambos tenemos en la mano las palancas del mundo y el duque no tiene sobre vos el menor derecho. ¿Quién es, realmente, ese duque?

En su excitación comenzó a rebajar a su soberano en términos que jamás se había permitido, y que, una vez pasada su embriaguez, temió que llegaran a saberse.

— ¡El duque! Se figura que puede gobernar un país con las normas de la teoría militar. No sospecha que todas las cosas dependen unas de otras. No tiene puntos de vista propios, ni un cerebro, apenas si tiene un corazón propio. Mide el placer por el número de mujeres que goza y el de botellas que vacía, y toma los mugidos incultos de su Remchingen por la suprema expresión de la voluptuosidad dionisiaca. Sólo por puro azar os ha encontrado, por pura suerte. No ve nada de vuestro encanto ni lo comprende. Soy el único que puede pretender haceros suya. Os he visto desde el primer día tal y como sois. He llegado a la cima sin ayuda de nadie.

Judío, despreciado y sin apoyo, he trepado escalón por escalón, paso a paso, hasta alzarme hoy ante estos estúpidos suabos como mi yegua Assjadah ante sus vulgares caballos de carga. Y os he puesto por encima de todas las demás muchachas suabas, vulgares mujeres de su casa. Ahora estoy aquí, ante vos, como ante una igual y os declaro mi pretensión de haceros mía. Si hubierais sido mía inmediatamente después de nuestro encuentro en el bosque de Hirsau, la victoria, demasiado fácil, me hubiera hecho el efecto de una traición. Ahora, sabiendo ya quién soy yo y quién sois vos, vais a decidir libremente y vais a decirme: «Te pertenezco. Heme aquí».

Magdalen Sibylle, profundamente conmovida, callaba. Pero él, hábilmente, deseoso de no debilitar la impresión producida, volvió bruscamente de su exaltación a un acento apacible y sereno. Y antes de que Magdalen Sibylle se hubiese recobrado por completo, Süß se había ya inclinado profundamente besando su mano, y había salido de la estancia, dejándola sola, desgarrada y confusa.

Satisfecho y sereno, retornó con su cortejo a la ciudad. Había confirmado su poder tal y como lo necesitaba y se sentía seguro contra aquellos que le amenazaban. Ya podían intentar competir con él el rudo Remchingen o el grueso príncipe-obispo. Tenían en su favor su noble cuna, pero él había conquistado a la mujer antes que ellos y lo demás era más fácil de conquistar. Era el más fuerte.

Y ahora, en el camino de regreso, la yegua Assjadah lo sentía más ligero, más alegre sobre su lomo que al venir. Era un placer llevarle y relinchó alegremente su fama por la ciudad.

El infanticidio de Esslingen levantó por todo el Imperio gran escándalo y agitación. Se contaban cada vez más detalles espeluznantes sobre el modo en que el judío había atormentado a la muchacha extrayéndole la sangre con la que había cocido su pan de Pascua para conseguir poder sobre todos los cristianos con los que se relacionaba. Todas las viejas historias cobraron nueva vida, y se recordaron las leyendas del santo Simón, mártir de Tréveris, el niño al que los judíos habían asesinado en la misma forma, y la del

muchacho Ludwig Etterlin de Ravensburg. Cada vez se rodeaba de mayor esplendor la figura de la muchacha, la pequeña doncella, dulce y angelical. En las tabernas los músicos ambulantes cantaban aquella desgracia, los periódicos y los pasquines la contaban en verso y en truculentos grabados de madera.

El pueblo empezó a vengarse diariamente de los judíos. Se reunía a las puertas del *gueto*, y todo aquel que se atreviera a mostrarse era recibido con una lluvia de piedras, inmundicias y obscenos insultos. El comercio se detuvo, el deudor cristiano se presentaba burlón ante el judío, le tiraba de la barba, le escupía. Los tribunales alargaban el proceso. En Baviera, cerca de Rosenheim, junto a la importante ruta comercial entre Viena y Occidente, un acaparador de trigo había impedido hacer negocios a los judíos; además, junto con un escribano evadido había organizado una banda que espiaba a los comerciantes judíos y saqueaba sus transportes. El gobierno del Palatinado contemplaba todo aquello con satisfacción y sin intervenir. Sólo se puso fin a aquel horror a raíz de las enérgicas reclamaciones suabas y de las representaciones de la cancillería de Viena.

También se seguía con gran interés el caso de Esslingen en las cortes y gabinetes. Era evidente cuán débiles e incompletas eran las pruebas que se habían presentado, se murmuraba acerca del modo tan primitivo con el que la ciudad libre quería vengarse del duque de Württemberg y de su director de finanzas, aunque por otro lado, llenos de satisfacción, consideraban esta ingenuidad "muy acertada. La única prueba de peso de la acusación se basaba en la feliz idea presentada al pueblo, tan crédulo, que aquellos que nacen en Nochebuena están particularmente amenazados por los judíos, y que precisamente la niña asesinada había nacido en aquella noche santa.

Pero espesas nubes, asfixiantes y oscuras se cernían sobre los judíos. Escondidos en sus rincones, se arrastraban asustados ante lo desconocido que se les echaba encima. ¡Ay! ¡Ay! Cada vez que uno de ellos era detenido en base a acusaciones tan absurdas y péfidas, miles eran sacrificados, miles eran quemados y ahorcados, decenas de miles eran perseguidos por toda la tierra. Horrorizados, permanecían ocultos por los rincones, a su alrededor reinaba un silencio terrible, preñado de muerte, inevitable, imposible de definir, impalpable, como si el aire se retirara de sus calles y ellos intentaran respirar en vano. Lo más terrible fue la primera semana. Aquella espera horrible, aquella espera paralizante, el no saber quién, dónde, cómo. Los más respetados acudieron a las autoridades. Cuando se los necesitaba eran adulados, pero ahora no los recibieron. El encogimiento de hombros en las antecámaras, aquel regocijo en los ojos y en los corazones que provocaba su miedo, la burla disimulada, aquella manera de abandonarlos a su suerte, de retirar la protección a los desamparados. ¡Ay! Aquellos funcionarios que les hacían pagar grandes sumas de dinero a cambio de sus salvoconductos, que no tenían tiempo para el peligro y la gran desgracia que se cernía sobre sus judíos. ¡Ay! ¿Cómo iban a protegerlos aquellos dos pobres y negligentes soldados que hacían guardia ante las puertas del *gueto* frente a aquella horda de miles de bandidos y asesinos? ¡Ay! ¡Era evidente que las autoridades y los señores del Consejo cerraban los ojos y los oídos y se cruzarían de brazos, de modo que la canalla podría caer sobre los desamparados, sin encontrar ninguna clase de impedimento! ¡Ay, qué terrible desgracia! ¡Que Dios todopoderoso los ayudara! ¡Alabado sea su nombre! ¡Ay de ti, pobre Israel! ¡Ay de ti, desamparada y desgarrada tienda de Jacob!

La noticia voló con alas negras y el pico de un ave de presa, paralizando los

corazones, hasta todas las comunidades judías, de Polonia a Alsacia, de Mantua a Amsterdam. En la malvada ciudad suaba de Esslingen, foco de la maldad y de la infamia, tienen prisionero a uno de los nuestros. Los *goyim* dicen que han matado a uno de sus niños. Edom se prepara para la batalla, caerá sobre nosotros hoy, mañana, o quién sabe cuándo. ¡Escucha, Israel!

Los hombres palidecieron y sus rostros se volvieron grises, olvidaron sus negocios, horrorizados contemplaban con ojos desesperados y enloquecidos a sus hermosas y engalanadas mujeres, que los contemplaban a su vez confiadas, dispuestas a obedecer ciegamente lo que ellos dispusieran. Toda la comunidad judía del Sacro Imperio Romano contenía la respiración, y también las comunidades de más allá de las fronteras. Se reunían en las sinagogas golpeándose el pecho, confesaban sus pecados, ayunaban el lunes, el jueves y otra vez el lunes siguiente, de un atardecer a otro. No comían, no bebían, no tocaban a sus mujeres. Permanecían de pie apretujados en las rebosantes sinagogas, envueltos en sus mantos para la oración y en sus vestiduras fúnebres, balanceando sus cuerpos y arrojándose al suelo fanáticamente. Gritaban llamando a Dios, gritaban llamando a *Adonai Elohim*, gritaban con voces estridentes y desesperadas que recordaban el sonido estridente y desentonado de los cuernos de carnero que soplaban en la fiesta de año nuevo. Enumeraban sus pecados, gritando:

–¡Apiádate de nosotros, Señor, no por nosotros ni por nuestros méritos sino por los méritos de los patriarcas!

Enumeraban las inacabables listas de nombres de sus antepasados, muertos por el santo nombre de Dios, los mártires de Siria, los torturados de Roma, los asesinados, los degollados, los desterrados por los cristianos, los mártires de las comunidades polacas, de Tréveris, Speyer, Worms. Envueltos en sus blancas vestiduras fúnebres, la cabeza cubierta de cenizas, permanecían de pie todo el día, todos los miembros transportados, sacudidos hasta el agotamiento, regateaban con Dios y clamaban al cielo cuando amanecía el día. Y cuando el día se oscurecía y declinaba, todavía permanecían en pie, gritando con voz horrible y ronca:

–¡Acuérdate de tu Alianza con Abraham y de la ofrenda de Isaac!

Pero dando cientos de rodeos, todas las oraciones desembocaban una y otra vez en un coro estridente y salvaje del reconocimiento:

–¡Uno y Único es *Adonai Elohim*! ¡Uno y Único es el Dios de Israel, el que es, el único y verdadero Yahvé!

Separadas de los hombres por una reja estaban las mujeres. Asustadas, temerosas, con aquellos grandes ojos, permanecían sentadas, como pájaros en fila, posados sobre un palo dentro de la jaula, parloteaban sin cesar, en voz baja, piadosas y desquiciadas leyendo sus libros de oraciones en los que, en caracteres rabínicos, en una mezcla de alemán y hebreo se relataban las historias bíblicas y otras leyendas piadosas.

En todos los templos y sinagogas, desde Mantua a Amsterdam, desde Polonia a Alsacia, los hombres permanecían así en pie, ayunando, rezando. A la misma hora, cuando llegaba el día y cuando terminaba, todos los miembros de la comunidad judía, con el rostro dirigido a Oriente, hacia Sión, las filacterias rodeando las cabezas y los corazones, envueltos en sus vestiduras funerarias, permanecían en pie y confesaban su fe:

–¡Nada nos queda sino el Libro!

–Permanecían en pie y gritaban:

–¡Uno y Único es el Dios de Israel, el que es, el único y verdadero Yahvé!

Pero cuando pasaron los primeros días de espanto se vio que la ciudad libre de Esslingen estaba alargando el proceso contra el judío Jecheskel Seligmann Freudenthal. Ya fuera por motivos políticos, a lo mejor querían utilizar el proceso en un caso concreto, cuando lo consideraran oportuno, contra la política del duque; ya fuera por el puro placer de alargar aquel tormento; ya fuera, y ésta era su esperanza, porque todavía no se tenían pruebas concluyentes. Pasaron los meses y el judío seguía encerrado en la torre. Su caso no había trascendido más allá de las gestiones preliminares y el primer grado de tortura.

Sin embargo, los judíos, acostumbrados durante siglos a todo tipo de persecución, recuperados del primer miedo paralizante, corrían, se apresuraban, cavaban escondrijos en cada esquina donde poder refugiarse cuando empezara el horror. Hicieron sellar y confirmar sus salvoconductos, cogieron a su servicio criados armados para que los defendieran, por todos los caminos volaban sus correos, para organizar una defensa común, sus agentes trabajaban en todas las cortes, en todas las salas de Consejo, con el fin de animar a los bienintencionados a tomar medidas; la mayor parte de sus capitales se puso a buen recaudo mandándolo al extranjero por medio de letras de cambio y cartas de crédito.

Pero por encima de todo lo que hacían y pensaban pesaba aquella nube del color del barro. El horror que se aproximaba interrumpía su sueño, convertía sus comidas en algo mustio, sin sabor, agriaba su vino, robaba a sus especias el aroma, detenía sus ágiles y fuertes discusiones sobre el Talmud, llenas de celo y de amor, de manera que se interrumpían en medio de una frase y guardaban silencio, mirando fijamente ante sí, husmeando el peligro. Pero aquella nube del color del barro se había introducido incluso hasta en su triunfante y orgulloso *Sabbat*, que hasta el más pobre de sus mendigos celebraba principescamente, soñando con el esplendor del reino perdido y del Mesías venidero.

Se habían tomado todas las medidas de seguridad posibles, pero eran como paja, como el tejado de ramas de pino o de hojas de palmera de las cabañas de la Fiesta de los Tabernáculos. Allí estaba la nube y no había nada que sirviera realmente para protegerse de ella. Y a pesar de que seguían llevando la vida de siempre y celebrando sus fiestas, en todos los rincones acechaba el miedo atroz.

El rabino de Frankfurt, el Rabí Jaakob Josua Falk, se inclinaba sobre las Escrituras. Y a pesar de que no era aquello lo que quería, sus dedos delgados y arrugados desenrollaron aquel capítulo del libro quinto de Moisés, en donde se encontraba la más cruel maldición que nadie haya podido imaginar. Aquella maldición que todo judío teme y evita leer; que el recitador, en la lectura anual de la Escritura lee de prisa y con temor y a media voz, para no atraerla sobre sí. Pero los ojos del viejo rabino permanecían clavados en las gruesas letras amenazadoras y leyó:

«Y *Adonai* mandará contra ti la maldición, la turbación y la amenaza en todo cuanto emprendas. Tomarás una mujer y otro la gozará; construirás una casa y no la habitarás tú. *Adonai* hará que seas derrotado por tus enemigos; marcharás contra ellos por un camino y huirás por siete delante de ellos. Él vendrá a ser cabeza y tú, cola. Te asediará en todas tus ciudades. Comerás el fruto de tus entrañas, la carne de tus hijos y de tus hijas, que *Adonai*, tu Dios, te habrá dado; tanta será la angustia y el hambre a que te reducirá tu enemigo. La mujer entre vosotros más delicada, demasiado blanda y delicada para probar a poner

sobre el suelo la planta de su pie, mirará con malos ojos al marido que en su seno reposa, a su hijo y a su hija, a secundinas que salen de entre sus pies y al hijo que acabará de dar a luz; porque faltos de todo, llegaréis hasta a comer todo eso en secreto; tanta será la angustia y el hambre a que te reducirá el enemigo dentro de tus ciudades. Y te dispersará *Adonai* por entre todos los pueblos. Tampoco en medio de estos pueblos tendrás tranquilidad ni hallarás punto donde posar tranquilamente la planta de tus pies; por el contrario, te dará *Adonai* un corazón pálido, unos ojos decaídos y un alma angustiada, y tendrás día y noche la vida pendiente como de un hilo ante ti; día y noche estarás temeroso y no tendrás seguridad; a la mañana dirás: ¡Oh si fuese de noche! Y a la noche dirás: ¡Oh si fuese de día!, por el miedo que se apoderará de tu corazón y por lo que tus ojos verán».

Esto leía el anciano, y su corazón se llenó de temor, se cubrió la cabeza con el manto para la oración para no tener que seguir viendo aquellas letras grandes y amenazadoras y lloró y gimió. Su mujer, que no se atrevía a molestarle cuando se encontraba en su estudio, estaba fuera, tras la puerta y oyendo cómo gemía empezó a temblar, y sintió que el corazón le latía en la garganta a causa del miedo, pero no se atrevió a interrumpirle.

El Rabí Jaakob Josua Falk lloraba con la mirada baja y los ojos cansados y viejos, y su manto para la oración estaba empapado de lágrimas.

El presidente del Consistorio, Philipp Heinrich von Weissensee, a quien recientemente se habían otorgado títulos de nobleza, había cambiado mucho desde aquella noche en que Magdalen Sibylle había caído en las manos del duque. Sin duda, y como siempre, no había en todo el Imperio ni en los círculos suabos un asunto político en que él no interviniese. Pero su actividad tenía ahora algo inconstante y extrañamente mecánico e inerte. A veces, aquel hombre tan flexible, que tan bien conocía el mundo y el arte de la conversación, parecía distraerse en medio de un diálogo interesante y se ponía a hablar de cosas triviales. O a media frase se detenía, sacudiendo la cabeza rezongaba y acababa por callarse del todo. Otras veces aparecía vestido a la última moda, como era su costumbre, pero habiendo olvidado las ligas o alguna otra parte indispensable de su tocado. También era muy sorprendente su actitud ante las mujeres. Hablaba y se conducía con ellas con extremada cortesía, pero a veces mezclaba en su conversación, con el acento más respetuoso, obscenidades tales que el mismo Remchingen quedaba atónito. Se pretendía incluso que el austero prelado, que jamás había dado nada que decir en aquella cuestión, tenía ahora galantes relaciones, prefiriendo extrañamente aquellas mujeres que habían pasado antes por la alcoba de Süß.

También resultaba chocante la adhesión que mostraba al judío. Pues en el círculo más inmediato al duque se sabía que el judío no se hallaba tan absolutamente en la cima del poder, como meses atrás. Además, el puesto de confianza que Weissensee ocupaba como jefe y director del proyecto católico le dispensaba de mostrarse tan rendido al director de finanzas. Y, sin embargo, no dejaba escapar ocasión alguna de hablarle y aproximarse a él y se mostraba tan adicto y familiar, que el judío, sospechando que intentaba sonsacarle algo y prepararle alguna trampa, le oponía extrema reserva. Inesperadamente sucedió que el director del Consejo eclesiástico hizo referencia lleno de desprecio al origen judío de Süß, cosa que hasta el momento había evitado cuidadosamente. Le preguntó acerca del

significado de ciertas palabras hebreas, diciendo que había olvidado el poco hebreo que sabía, y repitió esta pregunta varias veces delante de una nutrida concurrencia.

Una tarde el presidente del Consejo eclesiástico rogó inesperadamente a sus dos antiguos amigos, Bilfinger y Harpprecht, que fueran a verle con urgencia. Llegaron en el acto y le preguntaron con afable solicitud qué sucedía. Pero Weissensee les contestó con un pretexto cualquiera. Los dos amigos se miraron perplejos, reconocieron la angustia que poseía a Weissensee y permanecieron a su lado altamente intrigados. Los tres viejos camaradas, inteligentes y laboriosos, muy bien considerados y muy al tanto de su época, permanecieron toda la tarde juntos, bebiendo, y en tanto que sus dos invitados sólo hablaban con monosílabos, el esbelto y elegante Weissensee no cesaba de charlar, sin decir nada importante, pero preocupado a ojos vistas de que no decayese la conversación. Bilfinger le preguntó a quemarropa cómo iba su comentario sobre la Biblia. Los libros que hasta el momento existían sobre aquella materia, como los de Andreas Adam Hochstetter, Christian Eberhard Weissmann o Johann Reinhard Hedinger sólo eran, en el mejor de los casos, medianías bienintencionadas, y la gente esperaba con impaciencia la que Weissensee anunciaba. Con una vaga sonrisa forzada, el interpelado declaró que quizá hubiera sido mejor para él no salir jamás de Hirsau y consagrar toda su vida a aquella labor.

–Sí –dijo Harpprecht, sin responderle directamente–. Vivimos en una época repugnante en la que no hay ningún camino limpio y es terriblemente difícil no ensuciarse.

La situación política de Weissensee era cada vez más ambigua. Reunía en él cosas inconciliables. Era miembro del Consejo de los Once, en el cual formulaba y redactaba las querellas de los demócratas contra la política del duque, y era, al mismo tiempo, su suegro morganático y su hombre de confianza. Negociaba con Süß, con los jesuitas y los generales, y escribía elocuentes apologías de la Constitución y de las libertades evangélicas. Así pues, en todas partes intervenía, llevando a cabo los actos más dispares. El Weissensee de antes hubiera estado encantado de ser el eje de tantas conspiraciones, intrigas, conciliábulos y maquinaciones. Pero el de ahora, aunque siguiera atendiendo a todos sus asuntos, se apartaba de pronto de sus múltiples negociaciones y, pretextando necesidad de reposo, se retiraba a su desierta residencia de Hirsau, sumiéndose en sus comentarios a la Biblia.

Su labor no avanzaba. Consultaba de mal humor los volúmenes de Weissmann, Hedinger y Hochstetter, que habían cultivado honradamente el mismo terreno. Pero los estudiantes se verían reducidos aún, durante mucho tiempo, a consultar aquellos textos oscuros y complicados, pues todavía habían de pasar años enteros antes de que él pudiese dar vida y corazón a aquella obra gigantesca.

No, no avanzaba en ella. Su lámpara ardía hasta altas horas de la noche, pero sus ojos no veían las letras, fueran éstas los complicados caracteres griegos, los sólidos caracteres alemanes o los macizos caracteres hebreos. Veía lo que no estaba en sus libros: unas mejillas morenas y unos ojos azules de mirada firme que contrastaban singularmente con una negra cabellera. Veía, encerrado en el círculo luminoso de su lámpara, el rostro serio e infantil de su hija. Durante el día erraba a través de las estancias de su casa, ¡tan grandes y vacías!, andaba en zapatillas y sin peluca, desaseado, hurgando en todos los rincones y acariciando tiernamente con su mano distinguida y seca una mesa o el respaldo de un

canapé, ausente la mirada y contraídos los labios en una melancólica sonrisa.

Hizo venir entonces al Magister Jaakob Polykarp Schober, que acudió temeroso, suponiendo que el presidente iba a echarle un sermón sobre sus creencias, reprochándole ser un sectario, que lo arrastraría ante los tribunales, lo haría encarcelar y expulsar del ducado, reduciéndolo a la triste condición de vagabundo sin casa ni hogar. Ahora que su hija no formaba ya parte del Colegio Bíblico, no tenía por qué tener consideración alguna con sus miembros. Un frío sudor corría por su rostro mofletudo, y sus ojos de niño devoto se abrían ansiosos y aterrados. Impresionado, jadeante, iba de un lado para otro con pasos cortos. Pero no tardó en dominar su miedo. Si Dios le había destinado al martirio, aceptaría con agradecimiento su santa voluntad. Se presentó ante el prelado, pues, cubierto de sudor, pero con la cabeza erguida, y comenzó a hablar en tono agresivo de los tres jóvenes que fueron arrojados al fuego. Weissensee, sorprendido al principio, le interrumpió de pronto, explicándole cortésmente que no le había rogado que viniese en calidad de funcionario, sino sencillamente para ver una vez más al mejor amigo de su hija y charlar un rato con él. El Magister, tranquilizado, habló sencillamente y con respetuosa cortesía de Magdalen Sibylle y manifestó cuánto echaba de menos el Colegio Bíblico la presencia de aquella hermana tan piadosa, noble e instruida. Weissensee le escuchaba ávidamente, reprochándose en su interior el haber podido considerar a aquel amable caballero un hombre cruel, un Holofernes, y sintiéndose cada vez más benevolente. Aquel diálogo sencillo y bienhechor le apaciguaba visiblemente. Menudeó sus entrevistas con el Magister e incluso dio con él largos paseos por el bosque. Schober, confiado ya, le habló de sus versos, recitó su poema *La necesidad, la confianza en Dios* y aquel otro de *Jesús, el mejor matemático*. Weissensee escuchó amablemente, y cuando le dijo algo así como que le había impresionado, aquella amabilidad, procedente de tan gran señor acabó de conquistar al joven, y como hacía ya tiempo que su corazón estaba a punto de estallar, le confió su secreto de la princesita de la Jerusalén celestial y de su padre el perverso judío.

En este punto, Weissensee aguzó el oído, y su fatiga y su indiferencia desaparecieron. Pasó tardes enteras errando por el bosque con el Magister, encantado de mostrarse en tan honrosa compañía, y, parándose ante la empalizada, se hizo repetir una y otra vez los menores detalles de la historia. Pidió informes sobre *Mynheer Gabriel Oppenheimer van Straaten*, y aunque no consiguió ver a Naemi, reconstruyó por lo menos, con bastante exactitud, la verdad.

Las ventanas de su residencia seguían iluminadas hasta muy entrada la noche, pero el prelado no circulaba ya por la casa con paso inseguro de anciano. Ágil y rejuvenecido, recorría los amplios salones, que sus animados sueños llenaban de rostros humanos y de acontecimientos próximos. En sus labios sutiles se pintaba una sonrisa gozosa y profunda, y a veces, actor de su propio sueño, hablaba en voz alta:

—*Voyons donc*, señor consejero privado de finanzas!, o ¡Vaya, vaya! ¡Quién lo hubiera dicho, Excelencia!

¿Quién, en efecto, habría sospechado semejante cosa? Él era un viejo zorro que había hurgado en todos los rincones de la vida y analizado todas las pasiones; se había figurado comprender los rostros de los demás, y de pronto se veía obligado a reconocer que en este gran teatro del mundo había todavía más disfraces de lo que el escéptico más endurecido podía suponer. ¿Quién lo hubiera creído? Weissensee evocó, en su habitación tranquila y solitaria, el rostro del judío, y cerrando los ojos examinó sucesivamente todos sus rasgos:

la boca voluptuosa y encendida, las mejillas blancas, frías y de elegante curva, la barbilla voluntariosa e implacable, los ojos vivos, acechantes e inquietos, y la frente despejada y positiva, con las protuberancias del cálculo por encima de las cejas. ¿Quién al ver a aquel hombre de negocios, seco, dominador y frío como el hielo, hubiera sospechado aquel idilio sentimental del bosque de Hirsau? ¡Vaya con el señor director de finanzas! ¡Qué expresión vigilante, mundana y maliciosa adoptasteis ante mí aquella terrible noche en vuestro palacio! Mi señor hebreo, debería haberme contenido un poco. Estaba un poco pálido y charlatán, y no me comporté aquella noche demasiado *à la mode*. Me quedé sentado en mi silla, sufriendo desconcertado, mientras vos permanecíais de pie ante mí, erguido, delgado y gallardo, y yo me hallaba conmovido hasta los huesos. Siento curiosidad por saber cómo se sentiría Vuestra Excelencia en un caso semejante.

El presidente del Consejo eclesiástico detuvo su andar a través de la estancia. La lámpara difundía suavemente su luz por el amplio despacho, una mariposa nocturna zumbaba sordamente, los libros que tapizaban las paredes en torno a él le contemplaban silenciosos, y por la ventana abierta penetraba el intenso aroma del bosque. ¿Era acaso un plan de venganza lo que en aquellos momentos complacía su imaginación? No, no eran tan burgueses sus sentimientos. Sentía tan sólo una intensa curiosidad por ver cómo se comportaría el judío en tal circunstancia y si se sentiría de repente tan viejo, agotado e impotente como él se había sentido. Sí, era algo que valía la pena ver, y mucho más interesante que todo aquello que se encontraba en las novelas o en las obras teatrales.

—*¡Voyons donc, Excelencia! Eh voilà, señor consejero!* —se decía el sutil y elegante prelado con una risita burlona.

Luego volvió a sentarse ante sus comentarios sobre la Biblia, dispuesto a trabajar. Sus ojos resbalaron con irónico desdén por encima de los honrados trabajos de Hochstetter, Weissmann y Hedinger, aquellos hombres piadosos, prolijos e instruidos, y reemprendió con presteza y alegría su obra.

Entretanto, los emisarios del obispo de Wurzburg habían trabajado intensa y silenciosamente en Stuttgart. Comenzaban ya a destacarse claramente hombres nuevos, militares en su mayoría, que no se preocupaban gran cosa de Süß, y que a pesar de su aparente cortesía no ocultaban su desprecio hacia el judío. Entre ellos estaban el burgrave general von Röder, un hombre tosco, el comandante de la fortaleza de Asperg, teniente coronel von Bouwighausen, y una tropa de oficiales ruidosos y vestidos con alegres colores que rodeaban al duque como una empalizada, los coroneles Tornacka y Laubsky, y el capitán de caballería Buckow. Otro oficial que sentía una particular aversión por Süß era el mayor von Röder, primo del burgrave, comandante de la guardia montada de la ciudad de Stuttgart y del cuerpo de caballería, un hombre de voz áspera, frente estrecha, boca de expresión dura, manos rudas como zarpas, que tenían un aspecto doblemente deforme cuando usaba guantes. Pero quien más violentamente le odiaba seguía siendo Dom Bartelemi Pancorbo, consejero del Palatinado, director de la manufactura del tabaco y director general de comercio, el comerciante en joyas, que volvía a surgir ahora en primer término con su figura desgarbada, su enorme golilla al uso portugués, su rostro enrojecido y descarnado, su nariz aquilina, sus bigotes teñidos y sus ojos que espiaban a Süß semiocultos entre sus pesados párpados.

Todos ellos, sin contar los antiguos enemigos del judío, tales como Remchingen y Neuffer, participaban de lleno en la conspiración católica. Süß, que veía claramente la intriga, más claramente que aquellos imbéciles y arrogantes militares, advertía que le mantenían cada día más alejado. No le daban cuenta de las cosas más importantes, y sólo cuando necesitaban un consejo de orden financiero acudían a él, enterándole veladamente y a disgusto de algún que otro detalle. Un día que intentó obtener informes más precisos, el duque le intimó rudamente a renunciar de una vez para siempre a tan molesto espionaje. Cuando llegara el momento de dar el golpe ya le prevendrían si lo consideraban conveniente.

Karl Alexander, curado antes y más completamente de lo que había esperado, se mostraba muy activo y de excelente humor. Resultó de ello que la reconciliación con Marie Auguste tuvo la consecuencia deseada por el obispo de Wurzburg: la duquesa quedó encinta. El país recibió la noticia sin ningún entusiasmo. Si el duque moría sin heredero, la rama protestante volvería al poder. De esta manera se veían entregados a perpetuidad a Roma y a los jesuitas. Las rogativas que la duquesa hizo celebrar se vieron muy poco concurridas, pues sólo asistieron a ellas los que no podían excusarse.

En cambio, el duque daba rienda suelta a su gozo. Hablaba a todo el mundo del esperado heredero, radiante su rostro carnoso y sanguíneo, lanzaba groseras chanzas y agobiaba a su esposa con torpes atenciones. Por su parte, Marie Auguste no se hallaba contenta con su embarazo. Temía afearse, temía también todos los impedimentos que supondría el niño, el parto le inspiraba repugnancia e inquietud; pero además la maternidad por sí misma le parecía algo vulgar y plebeyo, nada propio de una princesa. Hubo un momento en que pensó librarse de su embarazo, e incluso hizo alguna alusión en tal sentido al doctor Wendelin Breyer; pero el médico no la comprendió o no quiso comprenderla, y con grandes ademanes de disculpa le habló de la dicha de la maternidad, citando a la madre de los Gracos y a aquella otra madre heroica que prefería volver a ver a su hijo sobre el escudo que sin él. Con un suspiro, y pensando también que por algún tiempo no tendría ya que someterse a las caricias del duque, Marie Auguste se resignó.

En cambio, escuchó atentamente y con placer a Süß, que le contó un día la historia de Lilith, reina de los demonios. Lilith, la primera mujer de Adán, criatura alada y de espléndida cabellera, riñó con su esposo porque en sus relaciones carnales no se mostraba tal y como ella hubiera deseado. Entonces, recurriendo a la magia negra, llamó a Dios por su nombre prohibido y huyó a Egipto, el país de los placeres culpables. Desde entonces, rebosando odio contra Eva y contra todo matrimonio legítimo, lanzaba contra la mujer embarazada maldiciones y dolencias crueles. Pero en Egipto la descubrieron los tres ángeles Senoi, Sansenoi y Semangelof, que Dios había enviado en su persecución. Quisieron primero arrojarla al agua para que se ahogara, pero la dejaron libre cuando juró, con el juramento de los demonios, que no haría mal a ninguna mujer embarazada ni a ningún recién nacido que se hallaran defendidos por los nombres de los tres ángeles. Y he aquí por qué las judías protegían su lecho con un amuleto que llevaba escritos aquellos tres nombres.

Estremecida por un temor cosquilleante, la duquesa pidió confidencialmente al judío que le procurase uno de aquellos amuletos, prometiéndoselo él con devoto celo. Más tarde, la duquesa contó aquello incidentalmente a su confesor, el padre Florian, el cual la sermoneó enérgicamente, aunque sin lograr que renunciara al amuleto. No podía causarle

ningún mal, y siempre estaría a tiempo de hacerse absolver de su desobediencia.

Marie Auguste acabó por tomar su embarazo, como todas las cosas, con una cierta ligera ironía. Parecía una mujer que, habiendo sido sorprendida al aire libre por una tormenta, ha tenido que cambiar sus elegantes vestiduras veraniegas por un traje campesino y se chancea condescendentemente de su disfraz.

En la velada de Nochebuena, Marie Auguste, delicada y frágil, vestida completamente de blanco y adornada con gran profusión de finísimos encajes, de los que emergía dulcemente y con picardía su cabeza de lagartija del color del mármol antiguo y noble, coronada por su brillante pelo negro, tenía en torno a ella a sus íntimos, invitados a aquella fiesta. El duque había querido excluir a Süß, pero desde que la duquesa le había oído la historia del amuleto tenía con el divertido y galante caballero judío una inteligencia secreta y no quiso prescindir de él aquella noche. Süß consideró la invitación como una compensación al aislamiento en que había sido mantenido durante los últimos tiempos, y en respetuoso testimonio de gratitud ofreció como presente a la duquesa un ágata en la que había grabado un recién nacido, y un delicioso sonajero chino de marfil y porcelana: unos hombrecillos con trenzas, tallados con extraordinaria precisión y con cabezas móviles, se encaramaban por el mango, y unas pagodas pequeñísimas, tintineaban y campanilleaban. En tercer lugar le entregó, con una sonrisa misteriosa y llena de respeto, una cajita de oro que contenía el amuleto.

Pero los demás, descontentos de ver siempre a Süß en tan alta privanza, le acogieron como a un intruso y lanzaron sobre él toda clase de chanzas malignas. El duque, tomando pie de unas palabras de Remchingen, recomendó a Marie Auguste que no mirase al judío, so pena de dar a Württemberg un heredero de nariz ganchuda. La duquesa se limitó a sonreír y acarició a escondidas el estuche de oro que Süß le había entregado, sacó el amuleto y lo examinó. Era un pergamino que mostraba grabados en rojo los gruesos caracteres hebreos y entre ellos signos tortuosos e inquietantes y aves primitivamente dibujadas, raras y amenazadoras.

Entretanto, Süß soportaba con su atenta y relajada cortesía de siempre las maliciosas burlas y los rudos ataques de los invitados. Luego se dirigió al duque y a Weissensee. Había sabido que Su Alteza y el presidente del Consejo eclesiástico habían discutido incidentalmente sobre el texto del Evangelio de Navidad, tratando de determinar cuál de las dos versiones era la verdadera, si la evangélica: «Paz y buena voluntad a los hombres», o la católica: «Paz a los hombres de buena voluntad». Por su parte, se sentía dichoso de poder aportar como regalo de Navidad su contribución para la solución de aquel problema. Karl Alexander y Weissensee le miraron ligeramente sorprendidos, y los invitados callaron y escucharon escépticos y burlones a Süß, que prosiguió hablando con su imperturbable cortesía. Desde la época del profesor Baruch d'Espinosa, a quien el príncipe elector del Palatinado había querido llamar a su Universidad de Heidelberg, sus correligionarios se habían consagrado también al estudio científico del Nuevo Testamento. Había, pues, escrito, a propósito de aquel texto, a uno de sus amigos judíos de Amsterdam, y había recibido de él la explicación siguiente: el texto griego decía *eudokias*, término que la Vulgata y los católicos habían traducido acertadamente con las palabras «de buena voluntad». Pero Erasmo había impreso su Biblia según un manuscrito que decía *eudokia*, sin *s*; y guiándose por él, Lutero había traducido tan sólo «buena voluntad». Erasmo habría corregido desde luego aquella errata si no hubiera tenido tanta prisa, pero

quería anticiparse con su edición de la Biblia a la del cardenal Jiménez. Así pues, con el debido respeto a la erudición del señor director del Consejo eclesiástico, el evangelio de Navidad luterano no era correcto en este punto, y el texto por el que se inclinaba Su Excelencia, el católico, era pues, el verdadero.

Süss desarrolló su explicación modestamente, pero con suma precisión y tan claramente que hasta entre los oficiales hubo dos o tres que la entendieron, y Marie Auguste quedó encantada de la inteligencia de su judío. Pero los demás estaban furiosos, por el hecho de que el judío, en Nochebuena, manejara los evangelios con tanta pericia. Remchingen gruñó que los judíos no vendían ya sólo monedas y joyas, sino también la palabra de Dios. Weissensee se extendió entonces sobre la situación de la mujer en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, cuestión que le obsesionaba desde su desgracia, y que también trataba en sus comentarios sobre la Biblia. En el Nuevo Testamento, la *Madonna*; en el Antiguo, las mil mujeres de Salomón. Aunque habló del tema con su serena elegancia de siempre, se adivinaba tanta hostilidad en su acento que Magdalen Sibylle palideció y se helaron sus manos.

Magdalen Sibylle, hermosa y arrogante, estaba sentada al lado de Marie Auguste, caprichosa y linda. La condesa la tenía cogida de la mano y la acariciaba. Le gustaba acariciar con su mano pequeña, cuidada y carnosa, la mano grande de la joven. Magdalen Sibylle sufría de nuevo apasionadamente a causa de Süss. No se daba cuenta exacta de la situación política, pero luchaba más apasionadamente que nunca por Süss, al que veía abandonado y rodeado de enemigos como una pantera esbelta y ágil entre grandes osos peludos, y adivinaba también la extraña intriga que se desarrollaba entre él, Karl Alexander y su padre.

Süss, tomando de nuevo la palabra, declaró que ni las mujeres del Antiguo Testamento ni las del Nuevo eran de su gusto, las unas por demasiado heroicas y las otras por demasiado sentimentales, y sus miradas aduladoras iban de la duquesa, cuyo afecto curioso y voluptuoso le hacía sentir un agradable estremecimiento, a Magdalen Sibylle, que era para él un agradable y sólido motivo de seguridad; de la pomposa *madame* de Castro, de pelo rubio rojizo, astuta y calculadora, que con notable frialdad, todavía no había renunciado del todo a la boda, a las dulces señoras Götz, que, siguiendo la hija el ejemplo de la madre, insistían en negar sus favores al duque.

Remchingen insistía en el tema de las mujeres del Antiguo Testamento. Con el lloriqueante acento vienés que él, nacido en Augsburgo, había adoptado porque lo consideraba aristocrático, dijo que, según su opinión, el texto original de las Sagradas Escrituras, leído con aquel acento judío que tenía que escuchar tanto en aquellos días, debía sonar como un irritante y repugnante cacareo lleno de gargarismos.

— ¿Creéis Excelencia — preguntó amablemente Süss —, que Adán en el Paraíso habría hablado con vos en el dialecto vienés o en hebreo?

La condesa se rió, satisfecha de la fina insolencia con que su judío había respondido al desaire de Remchingen, acarició furtivamente el estuche que contenía el amuleto, e hizo sonar suave y dulcemente las campanillas del sonajero en medio del silencio que se había creado. Pero el burgrave Röder juzgó necesario secundar a Remchingen. Se dirigió a la condesa y se congratuló de que el embarazo de Su Alteza no se hallase más avanzado. Los niños que naciesen aquella noche corrían graves peligros. Con esto se llegó por fin al tema que hacía tanto tiempo se intentaba suscitar, y en tanto que Süss guardaba obstinadamente

silencio, los invitados hablaron con grandes detalles y rostros severos del asesinato de Esslingen. Lo que sobre todo había convencido a los jueces era el argumento de que la muchacha asesinada había nacido en Nochebuena. Sólo el señor De Riolles, ateo y librepensador, observó que si realmente los judíos amenazaban particularmente a los que nacían aquella noche, Jesús de Nazaret habría debido escoger otra para su nacimiento y así se habría ahorrado la cruz y el mundo entero el Cristianismo.

Entretanto, Dom Bartelemi Pancorbo había solicitado de la duquesa autorización para ver más de cerca los regalos de Süß. Con sus dedos descarnados, lívidos y gotosos, se los acercó a su nariz de buitre y a sus ojos hundidos en las órbitas, y luego, con acento experto y concienzudo, estimó en poco el valor material de la piedra y del sonajero, declarando que en el comercio de joyería era costumbre regalar a los compradores semejantes bagatelas. En cambio insistió pérfidamente una vez más en el valor extraordinario del solitario que Süß ostentaba en su anillo, y sus ojos pequeños brillaron de codicia por entre sus párpados arrugados. Marie Auguste defendió a su judío. No era aquello todo lo que Süß le había ofrecido, dijo con su voz dulce, indolente y burlona, y enseñando el amuleto contó la historia de Lilith. Los circunstantes la escucharon confusos y contemplaron los pájaros primitivos y amenazadores y los caracteres misteriosos del pergamino. Por fin, Karl Alexander disipó el malestar general con una carcajada un tanto forzada y pretendió jocosamente que su esposa iba a hacerse judía, pudiendo felicitarse, en todo caso, de no tener que hacerse circuncidar.

Después de la cena se llevó aparte a Süß, le dio golpecitos en el hombro y se mostró muy amable. Su explicación sobre los textos católico y protestante había sido extraordinariamente clara y precisa, y muy divertida, era una constante caja de sorpresas. No había dos hombres como él. Luego, bruscamente, le habló al halagado Süß del mago. ¿No podría verle otra vez? Era a propósito de aquello que el anciano no había querido revelar. Süß, asustado y confuso, intentó eludir la cuestión. Sin insistir, Karl Alexander reconoció que el mago era realmente un hombre difícil de manejar y un pariente nada cariñoso. Pero necesitaba que Süß le proporcionase una cosa: un horóscopo sobre la siguiente cuestión: lo que podía esperar de las mujeres en el porvenir, ¿era bueno o malo? Después de su aventura con la napolitana, de los altibajos en sus relaciones con la duquesa y de las absurdas vacilaciones de las señoras de Götz, quería saber a qué atenerse. Puesto que Süß había procurado el amuleto a la duquesa, podía muy bien prestarle a él aquel servicio. No era cosa tan complicada como su explicación de la Biblia. Süß no podía rehusar y cedió, después de alguna vacilación.

La reunión se deshizo poco después, pues los católicos querían asistir a la misa del gallo en la capilla del palacio. Weissensee pidió a Süß permiso para acompañarle.

Haciéndose preceder por sus carruajes, emprendieron a pie el camino. La noche no era fría y soplaba un aire tónico y vivificante. Weissensee volvió a su tema favorito, la forma singular en que las leyendas orientales se habían difundido por todo el mundo, y con este motivo habló de los bosques germánicos. Nada más extraño que encontrar de pronto en uno de ellos una construcción de estilo asiático. Cerca de su residencia campestre, en el bosque de Hirsau, un holandés había tenido aquel extraño capricho. Charlando así llegaron ante la casa del judío en la Seegasse, y el prelado se despidió con una cortesía particularmente ceremoniosa. Una vez terminado su comentario sobre la Biblia, en el que daría un puesto de honor a la explicación de Süß, tendría mucho gusto en

dedicar al director de finanzas uno de los primeros ejemplares.

Süss atravesó el vestíbulo débilmente iluminado. En sus oídos resonaba el villancico: *O du fröhliche, o du selige, gnadenbringende Weihnachtszeit*. Su ayuda de cámara le preguntó si necesitaba sus servicios, pero Süss le despidió con un ademán. No podría conciliar el sueño: aquel aire del sur le había enervado. Y además, lo que el viejo zorro de Weissensee acababa de decirle sobre Hirsau le intranquilizaba, había parecido un comentario muy inocente, y en definitiva, la casa de su tío no era precisamente de estilo oriental, pero ¿no le habría tendido Weissensee una trampa con sus palabras?

Se sentó ante su mesa del despacho. Pero los números habían perdido aquella noche su fría objetividad habitual. Las frondosas enredaderas de la casita blanca con sus flores trepaban por las columnas de cifras. Süss arrojó la pluma y paseó de arriba abajo por la estancia, sumido en turbias reflexiones, mientras resonaban en torno a él las campanas de las iglesias.

Isaak Landauer estaba sentado en postura incómoda y desgarrada en uno de los suntuosos sillones de Süss. Habían terminado de hablar de sus negocios, y Süss, irritado por el aspecto miserable del otro, esperaba nervioso su partida. Pero Isaak no se movía y acariciando su barba de chivo descolorida, dijo:

—Dentro de cuatro semanas tendrá lugar el juicio contra Reb Jecheskel Seligmann Freudenthal. Mal asunto para vos, Reb Josef Süss, muy mal asunto. Tenéis vuestros lacayos, vuestras porcelanas chinas, vuestras casacas bordadas y vuestro loro. Pero las gentes de Esslingen escupen sobre todo ello y matarán a Reb Jecheskel Seligmann Freudenthal.

Y como el otro permaneciese mudo, prosiguió:

—Una vez, cuando os hablé del infanticidio de Ravensburg, me escuchasteis con gesto avinagrado y arrogante, como el de un *goyim*, y me dijisteis que se trataba de una historia anticuada y estúpida. Ya veis cómo todo se repite y cómo la misma historia os pone ahora en un aprieto.

Pero Josef Süss callaba obstinadamente. Cuando supo las primeras noticias de las medidas tomadas en Esslingen comprendió en el acto que iban dirigidas contra él. Pensó en presentarse inmediatamente en aquella ciudad, pero se obligó a reprimir su ira y dejar pasar una noche para reflexionar tranquilamente sobre las ventajas e inconvenientes de una intervención suya. Tomar partido a favor de Jecheskel Seligmann era comprometer su título nobiliario, su matrimonio con la portuguesa, atraerse mil dificultades con el Parlamento y renunciar a las múltiples ventajas que la ciudad de Esslingen le procuraba. No había, pues, más que un camino. No conocía al judío Jecheskel Seligmann, y si los habitantes de Esslingen querían poner en entredicho a la justicia pronunciando una sentencia errónea, dictada tan sólo para contrariarle, podían hacerlo. Era asunto de ellos y no tenía por qué mezclarse en aquello. Decidió, pues, permanecer resueltamente neutral y guardar un silencio impenetrable.

Y así lo hizo. Se limitó a adoptar medidas de protección efectivas para amparar a aquellos judíos a quienes había autorizado a permanecer en el ducado y sus dudosos derechos, y fuera de ello, ni los ataques ni las burlas consiguieron arrancarle de su pasividad.

De este modo, y aunque las palabras de Isaak Landauer le irritaron violentamente, no respondió a ellas. Pero el otro insistió con obstinación:

—He comprado todas las obligaciones de la ciudad de Esslingen. Si insisten en seguir adelante con el proceso me presentaré allí ocho días antes con mis papeles, y si ceden, me retiraré; pero si aprietan las clavijas, también yo las apretaré. Pero con estos *goyim*, tan maliciosos como estúpidos, no se sabe nunca lo que va a pasar. Cuando se trata de un judío prefieren la sangre al dinero —concluyó preocupado frotándose las manos.

Luego, viendo que no podía sacar una sola palabra de su interlocutor, le preguntó directamente:

—Y vos, Reb Josef Süß, ¿qué vais a hacer?

Süß, que había preparado ya su defensa, respondió evasivamente:

—No conozco al judío Seligmann. En mi territorio ya sabré defenderme.

Pero Isaak Landauer se acaloró:

—¿Que no lo conocéis? ¿Que sabréis defenderos en vuestro territorio? ¿Qué significa eso? Estáis aquí con vuestros lacayos, vuestra casaca dorada, vuestras porcelanas chinas, y decís que no conocéis al otro, ¡sabréis defenderos! Permitid que un viejo hombre de negocios os pregunte ¿de qué va a servir en adelante todo ello y a quién vais a deslumbrar si se sabe que no habéis sido capaz de proteger a Reb Jecheskel Seligmann Freudenthal?

Y fuera de sí, blandía las manos, colérico, ante el rostro del otro, y su caftán se agitaba, tempestuoso.

—Papagayos, tapices y bustos de piedra. ¿Para qué sirven estos bustos? —se burló amargamente—. El profeta Moisés y el rey Salomón no fueron así, ni mucho menos. No mantenían siempre cerrados los ojos, pues de otro modo no hubieran realizado tan grandes cosas.

Y exasperado por el silencio impasible de Süß, le lanzaba miradas fulminantes.

—En adelante, todo buen judío se guardará muy bien de hacer negocios con vos —afirmó de pronto, con mirada acechante y maligna, jugándose su última carta.

Süß se limitó a encogerse de hombros.

—No permitiré que nadie me presione —replicó, y le volvió la espalda con gesto altanero. A Isaak Landauer no le quedó más remedio que retirarse refunfuñando, pasándose con fuerza los dedos por su rala barba.

Unas semanas más tarde, cuando el proceso de Esslingen iba ya a comenzar, se presentaron en el despacho de Süß diez judíos, al frente de los cuales se encontraba Jaakob Josua Falk, el menudo y marchito rabino de Frankfurt, de ojos caídos. Le acompañaban un protector de la comunidad, los tres hombres más respetados del Consejo, y una delegación de los judíos de Fürther, igualmente escogidos. Se habían reunido en Freudenthal, donde existía una pequeña comunidad judía desde los días de la Grävenitz y habían buscado a la mujer de Jecheskel Seligmann, hallándola enloquecida por el dolor y sin que ninguna palabra de consuelo pudiera penetrar hasta ella. Entonces habían partido hacia Stuttgart entre los insultos del pueblo y se habían albergado en la miserable posada de los judíos. Habían orado por la mañana, a mediodía y por la tarde, ya que diez hombres constituían una comunidad y podían cumplirse todas las complicadas ceremonias rituales. Permanecieron solemnemente en pie ante el rollo de las Sagradas Escrituras que llevaban consigo, lo habían besado con emoción y recogimiento, cubiertos con sus mantos para la

oración, las filacterias ceñidas a la cabeza y en torno al corazón, el rostro vuelto hacia Oriente, hacia Sión. Y así, en su desamparo trémulo y gigantesco, habían rezado, llenos de devoción, con las manos, los labios y todo su cuerpo. Y ahora estaban allí, en la antesala de Süß, en medio de bustos, tapices, oro y lapislázuli, abatidos y exaltados, envueltos en sus pesados caftanes con la insignia en la manga, y tocados con el gorro puntiagudo. Tenían calor y sólo de tarde en tarde pronunciaban, con voz gutural, algunas palabras. Un reloj dio la hora con campanadas argentinas, y los judíos esperaron a que el consejero de Hacienda se dignara recibirlos.

Aquél día, todos los judíos de Alemania mayores de trece años ayunaron. Eran ochenta mil.

Süß hubiera preferido no recibirlos. Eran absurdos. Deberían haber pensado que si hubiera querido intervenir lo habría hecho espontáneamente y, sin embargo, venían a comprometerle. El Parlamento invocaba más enérgicamente que nunca las leyes inobservadas desde mucho tiempo atrás, pero siempre en vigor, que prohibían la presencia de los judíos en el ducado, tolerándola tan sólo en casos excepcionales y con muchas restricciones. Del duque sólo había podido obtener la declaración de que no permitiría que nadie le dijera qué tenía que hacer con su consejero de Hacienda y los judíos a sus órdenes, pero que en lo que se refería a los demás se atendería a las viejas leyes del ducado. El Parlamento, aprovechando el incidente de Esslingen, había publicado de nuevo, insistiendo en ellas, aquellas leyes antiguas tan rigurosas y, lo que resultaba más chocante, era Weissensee quien dirigía tal campaña. ¿Querían acaso disimular sus intrigas católicas detrás de su lucha contra los judíos?

En tales condiciones, la gestión de aquella comisión judía era inútil cuando no perjudicial. Por otro lado se trataba de los representantes más eminentes de la comunidad judía alemana y no podía negarse a recibirlos. Si hubiera podido acoger su demanda le habría halagado complacerlos como un noble protector. Los recibió, pues, de mala gana, firmemente decidido a despedirlos con una respuesta evasiva.

Los diez judíos entraron arrastrando los pies y tosiendo, confusos y ceremoniosos, llenando el pequeño despacho del consejero. Esbelto, elegante y digno, Süß se mantenía en pie ante aquellos hombres pesados, tímidos y vacilantes.

Jaakob Josua Falk, el rabino de Frankfurt, tomó la palabra.

—Reunida la comunidad judía, hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos con dinero y presentes. Pero todo ha sido inútil, pues el pueblo está muy excitado y los consejeros de Esslingen quieren torturar a su judío con la intención de combatiros a causa de vuestra gran influencia sobre el duque. La iniquidad del impío es grande y la malicia de Edom se desencadena poderosa contra Israel. Devoran nuestro dinero, pero no cede su cólera.

Como Süß no respondió y siguiera aguardando en silencio, el rabino de Fürth, corpulento, preocupado y peludo, tomó la palabra a su vez:

—Sois nuestra última esperanza, Reb Josef Süß, pues Reb Jecheskel Seligmann Freudenthal es súbdito de Württemberg. Os suplicamos que exijáis que sea entregado al duque y que su causa se juzgue conforme al derecho de Württemberg. No hay otro recurso —dijo para finalizar, con voz gutural, y un tono apremiante en su solicitud, acercándose mucho a Süß.

Éste se apoyó en su mesa de despacho, cortés, elegante e impassible.

—El judío Jecheskel Seligmann —replicó con acento sereno— no tiene autorización de residencia ni figura en mis listas, ni tampoco está demostrado que sea súbdito del ducado. La ciudad de Esslingen recurrirá ante Su Majestad imperial en Viena y el Parlamento se mezclará en el asunto. No es oportuno que yo me arriesgue a reclamar su entrega.

— ¡Que no es oportuno! —exclamó el rabino de Fürth.

Pero el rabino de Frankfurt, bajito, apergaminado y apacible, le interrumpió:

—Habéis hecho mucho por nosotros y esperábamos que también esta vez nos ayudaríais para evitar que se derrame sangre inocente.

Pero el grueso y violento rabino de Fürth no se dejó apaciguar.

— ¡No es oportuno —repitió con violencia— salvar una vida humana, salvar a un judío que no ha cometido otro delito que el de serlo!

—Insistís en ver el asunto desde un solo lado, Rabí, maestro —replicó Süß, dándole su título y siempre con serena cortesía—. En cambio, yo debo ver más allá, prever las consecuencias. Admitamos que yo pueda salvar a Reb Jecheskel Seligmann, pero si le salvo habré de pagar su vida con grandes concesiones a la ciudad de Esslingen y al emperador. Y no puedo permitirme en esta ocasión ser compasivo. Vosotros os atenéis a un principio claro y preciso: es un judío y no debe perecer. Pero yo no puedo permitirme obrar tan sencillamente, y es necesario que cuente y que sopesé muchas cosas. Vosotros tenéis únicamente vuestras preocupaciones de judíos. Yo tengo muchas más.

Jaakob Josua Falk respondió con su voz apacible y temblorosa:

—Muchos en Israel daríamos todos nuestros bienes y más aún para evitar que se vertiese sangre inocente, y a vos os bastaría un plumazo para impedirlo. ¡No cerréis vuestro corazón, Reb Josef Süß!

Y el corpulento rabino de Fürth añadió:

—¿Vais a abandonar a toda la raza judía por miedo a unos cuantos comentarios triviales que puedan hacer en el Parlamento?

Apoyado en su mesa de despacho, Süß, delgado, cortés y elegante, oponía como un dique su serenidad a la exasperación de sus interlocutores, que llenaban el pequeño despacho jadeando y gesticulando. Sus ojos oscuros lanzaron una mirada viva y altanera al insolente rabino, tan lleno de celo, pero se dominó en seguida y respondió tranquilamente:

—He hecho ya lo bastante por los judíos alemanes para que ninguno de ellos pueda dudar de mi buena voluntad. Si me hubiese convertido al cristianismo, abandonando a los míos, sería hoy la primera persona del Imperio después del emperador. Pero no he sido cobarde y me he puesto a la cabeza de la comunidad judía, no lo he proclamado a los cuatro vientos, pero nunca he negado ser judío.

—Entonces, demostradlo ahora. Es el momento —repuso impetuosamente el rabino de Fürth, adelantando su pesada cabeza con insistente obstinación.

Pero Süß prosiguió, con mayor calma todavía:

—Habitualmente, sabéis medir y pesar. Pesad, pues, y medid ahora. Mirad más allá del instante actual. Me pedís que reclame a Reb Jecheskel Seligmann. Pongo en mi mano derecha su muerte y en mi mano izquierda las dificultades, los ultrajes, los peligros y las complicaciones que habré de afrontar si le salvo. —Se detuvo, contempló serenamente los diez rostros, atentos, nerviosos y tensos, que le miraban fijamente, y concluyó en tono

ligero:

–No decidiré hoy, pero hay muy pocas probabilidades de que después de reflexionar me arriesgue a una temible tempestad por una bagatela.

Estas palabras provocaron un gran escándalo entre aquellos hombres. Llenos de indignación agitaban las manos en el aire, abrían la boca, lanzando breves gritos: ¡Ay! ¡Ay! Pronunciando irritadas frases, atropelladas, entrecortadas. Sus voces sonaron guturales, amenazadoras. Por encima de ellas, sonó, más amenazadora todavía, la voz profética, inflexible y rebelde del rabino de Fürth:

–¡Una bagatela! Un hombre como vos, un judío hermano vuestro, va a ser torturado y sumido en la vergüenza, siendo totalmente inocente. Mi corazón cesa de latir cuando pienso que habré de asistir a semejante infamia sin poder hacer nada para impedirla. Y vos os encogéis de hombros y decís que es una bagatela.

Fuera de sí, el rabino avanzó hacia Süß, jadeante, gordo y furioso. Pero el pequeño rabino de Frankfurt dijo con su voz gastada y apacible:

–No queremos forzaros, Reb Josef Süß, sino tan sólo presenta-ros nuestra súplica. Dios os ha elevado más que a ningún otro judío en Alemania y ha hecho del corazón de vuestro príncipe un trozo de blanda cera entre vuestras manos. No endurezcáis el vuestro ante la miseria de vuestro hermano.

Los otros se habían apaciguado por completo al oír aquellas palabras pronunciadas sin elevar la voz, e incluso el rabino de Fürth callaba. Süß, después de un silencio, repuso con acento menos seguro que hasta entonces no se había negado a intervenir, pero si después de madura reflexión le era imposible hacerlo, les rogaba que no vieran en ello mala voluntad y comprendieran sus razones. La comisión se retiró y Süß la acompañó a través del vestíbulo.

Una vez solo se sintió descontento de sí mismo. Había cedido más de lo que tenía previsto y les había revelado gran parte de sus verdaderos motivos. ¿Por qué y con qué objeto? Debía haber permanecido más frío y más cortés, tal y como había hecho cientos de veces en las entrevistas difíciles. Y en aquel caso, incluso había planeado cada una de las palabras que debía decir. Debería haberles prometido más, comprometiéndose menos. Aquella gente no podía comprender argumentos un poco sutiles y mantenían obstinadamente fijos sus ojos en un solo y único punto: querían salvar a su miserable Jecheskel Seligmann.

Cada vez más contrariado, iba de un lado para otro por su despacho. ¡Que no fueran capaces de comprender! ¿Acaso no les había hecho llegar a Frankfurt elevados donativos? ¿No hacía cuanto podía por favorecer sus negocios? ¿No conseguía para ellos toda clase de facilidades? Si en aquellos momentos había varios cientos de judíos instalados en el ducado, a pesar de las leyes vigentes, era sólo gracias a él. ¡Cómo le habían cortejado y aplaudido entonces en Frankfurt! Y ahora no querían tenerlo en cuenta, no querían ver las ventajas que había obtenido para ellos, sólo porque en aquel caso concreto no podía hacer lo que ellos querían. ¡Desagradecidos! No entendían nada y nunca entenderían los sacrificios que le costaba ser uno de ellos. Realmente, ¡bien sabía Dios!, ¡bien sabía Dios! que para demostrárselo, tendría que hacerse bautizar.

De todos modos, había sido una sensación muy agradable poderles demostrar, también esta vez, todo su poder. Lástima que no pudiera arrancarles de las manos a los de Esslingen su judío sin que ello trajera consecuencias. Seguramente, ya no volvería a ser tan

respetado entre los judíos. Esto le dolía.

Decidió enérgicamente dejar de pensar en todo aquello, aturdiéndose con el trabajo. Se sumió en un desenfrenado torbellino de nuevas mujeres, pero sus noches eran poco apacibles. Soñaba que ante él desfilaba, despacio y alegremente, la comitiva organizada para la ejecución del judío Jecheskel Seligmann Freudenthal. Él, Süß, galopaba montado en su yegua Assjadah detrás de ella, pero a pesar de lo despacio que avanzaba la comitiva, directamente ante él, y de lo que espoleaba a su veloz yegua, no podía alcanzarla. Gritaba, agitando en el aire el acta de reclamación, pero soplaba un fuerte viento y la comitiva avanzaba y avanzaba. De pronto aparecía Dom Bartelemi Pancorbo. Estaba ante él, con su cabeza descarnada, un hombro más alto que el otro, y su gran golilla anticuada, diciéndole que si le entregaba el solitario detendría la comitiva. Süß, sudoroso y angustiado, se mostraba de acuerdo. Pero cuando quiso quitarse el solitario, parecía que éste estuviera clavado en su dedo, y Dom Bartelemi decía que habría que cortarle la mano.

En ese momento Süß despertaba, desasosegado y con dolor de cabeza. Y aunque estuviera muy cansado temía dormirse, porque Reb Jecheskel Seligmann Freudenthal, al que conseguía evitar durante sus días, en el frenesí del trabajo y las mujeres, se deslizaba en sus noches breves y desagradables.

Ante un Süß intimidado, recogido en sí mismo y lleno de espanto, el Rabí Gabriel, malhumorado y seco, se hallaba acurrucado, más que sentado, en un amplio sillón, y en su rostro lleno y contraído se hundían más que nunca los tres surcos verticales del entrecejo. En términos concisos, expresivos y amenazadores, explicó la razón de su visita.

Hasta la niña habían llegado perversos rumores contra Süß. Naemi no había dicho nada, pero se la veía preocupada e inquieta. Süß, asustado y temeroso, preguntó qué podía hacer, y el Rabí, sombrío y descontento, afirmó que en esta ocasión no servían de nada las palabras ni las evasivas. Era preciso que se presentase ante su hija y que ésta pudiera leer en su rostro. Quizá, añadió irónicamente, vería Naemi algo más que él mismo y encontraría algo más que carne, piel y huesos.

Una vez solo, Süß pasó de la exaltación al abatimiento. Sin embargo, había tomado desde el principio una resolución, pues aquella demanda amenazadora y despectiva del Rabí le llegaba como una señal y una luz mucho tiempo deseada.

Presentarse ante su hija, permitir que ella leyera en su rostro, sin esconder nada. Él era un descreído y de ordinario sólo tenía en cuenta aquello que podía ver y tocar, pero el hecho de que aquella invitación tuviera lugar precisamente en aquel momento, habría sido para el más escéptico, una señal, un auspicio. Él no era un canalla y podía dejarse ver en cualquier momento y por cualquiera, y si realmente existía un Dios que juzgaba, llevaba un libro y pasaba cuentas, podía estar tranquilo y no tenía nada que temer del saldo que éstas arrojaran, ni de su libranza. De todos modos, si ahora se presentaba ante la niña –la niña tenía unos ojos extraordinarios que en toda su vida sólo habían visto flores y la luz del cielo y no tenía ni idea de las complicaciones mundanas–, tal vez podría ver taras y suciedad aunque sus manos y su corazón pudieran parecer limpios de toda culpa. Y si habían llegado rumores hasta ella, si de entrada se mostraba temerosa y temblorosa, lo más aconsejable era que antes de presentarse ante ella se purificara de nuevo a fondo.

Süß anduvo de un lado a otro por su despacho con la cabeza baja, apretados los

labios y caídos los brazos. No era hombre que gustase de sacrificarse. Distribuía en torno a él dádivas y presentes, porque era un gran señor y un generoso hombre de mundo. ¿Pero sacrificios? Jamás nadie los había hecho por él y la vida era una continua lucha en la cual el hombre vacilante y compasivo caía siempre vencido y debía resignarse a que los demás le escupieran. Nadie le haría temblar, ni el populacho irritado, ni la nobleza insolente, ni el Parlamento, ni siquiera Dios si lo había. Pero, de todos modos, sacrificarse en aquel caso le causaría un dolor voluptuoso, pues podría luego presentarse puro y limpio ante su hija, e incluso su mirada, habituada tan sólo a la pura visión de las flores y los cielos, no encontraría en él la más mínima impureza.

¡Pero cuántas cosas no perdería para siempre con aquel sacrificio! Desde el punto de vista político, era insensato salvar a Jecheskel Seligmann tan sólo para expulsar de la imaginación de su hija unas cuantas ideas ingratas. Su matrimonio con la portuguesa se iría a pique, su título nobiliario también se iría a pique, una gran parte del terreno sólido sobre el cual se mantenía, desaparecería sin remedio. No, no. Aun cuando fuera realmente una señal y una llamada, no podía retroceder tan largo trecho en su camino y arrojar al fuego, por un capricho pueril, tantos bienes conquistados en duro combate.

Sin embargo, allá en el fondo de sí mismo, sabía que lo haría. Lo había sabido en el mismo instante en que había visto al Rabí Gabriel. Mientras se quejaba, lamentando sentimentalmente el sacrificio que se le pedía, en el fondo de su corazón se sentía aliviado. Y le costaba mucho trabajo impedir que ciertas imaginaciones nebulosas que sin cesar le asaltaban tomaran forma demasiado concreta: en adelante sería el más respetado por toda la comunidad judía, que le alabaría y le exaltaría en toda Europa como al primer judío del Sacro Imperio Romano, por haber arrancado a toda una ciudad de cristianos la vida de un desgraciado.

Y mientras este pensamiento se abría paso en su imaginación, fatuo y tempestuoso, tenía que esforzarse en fingir ante sí mismo la grandeza del sacrificio que suponía aquella decisión.

Al día siguiente fue a ver al duque. Se mostró menos ceremonioso, menos servil que de costumbre y habló con acento decidido y apremiante. Afirmó que era incompatible con la dignidad del duque dejar así a uno de sus judíos a merced de la ciudad de Esslingen, sin la menor protesta. También su propia autoridad padecía bajo las burlas y los alfilerazos incesantes de aquella población insolente. Karl Alexander replicó bruscamente que le dejase tranquilo con sus absurdas historias de judíos, los cuales le causaban ya bastantes molestias y hacían que en todo el Imperio se le acusara de judaizante. Pero Süß, contra su costumbre, se mantuvo firme y a pesar de los gritos del duque continuó acumulando argumentos. Reclamó que se oyese, por lo menos, la opinión de Johann Daniel Harpprecht, el primer jurista del ducado, sobre la competencia de los tribunales de Esslingen, a no ser que se tuviera interés en que él renunciase a seguir desempeñando su ardua y peligrosa labor cerca del duque. Pues si su autoridad había de continuar siendo injuriada como ahora por las gentes de Esslingen, tendría que solicitar respetuosamente ser relevado de sus funciones. Congestionado y jadeante, Karl Alexander gruñó que se podía ir al diablo.

Süß se retiró encantado y risueño. Sabía que aquello no era más que una frase y que al día siguiente el duque haría como si nada hubiese pasado. Karl Alexander no podía prescindir de él y acogería su demanda. En consecuencia, al día siguiente comunicó al

Rabí Gabriel que podía considerarse obtenida la extradición de Jecheskel Seligmann, y se pavoneó, vanidoso, haciendo valer el terrible peso que con ello echaba sobre sus espaldas. Mientras desarrollaba con soberbia locuacidad todo esto al cabalista, impasible y silencioso, el duque, de retorno de la parada y vestido con su lujoso uniforme cuajado de condecoraciones, hizo irrupción en el despacho, acaso por azar o porque sabía que el mago estaba en casa de su judío y quería renovar la escena de Wildbad. En cualquier caso, allí estaba, llenando el despacho de ruido, lujo y estrépito. Karl Alexander saludó con fingido alborozo la presencia del Rabí Gabriel. Le necesitaba. A menos que se negara resueltamente a hacer el horóscopo de un incircunciso. Süß intervino, conciliador. Se trataba del horóscopo a propósito de las mujeres, sobre el cual había escrito ya varias veces y con apremio a su tío. En realidad, se había limitado a aludir incidentalmente al mismo en una sola carta. Sin embargo, el Rabí Gabriel sabía de qué se trataba. Pero no abrió la boca y fijó sus ojos en el rostro impaciente de Karl Alexander, que adquirió una lóbrega expresión. Se dominó con esfuerzo y preguntó de nuevo, con el mismo forzado tono jocoso, si sus aventuras con las mujeres tenían alguna relación con el desenlace fatal que el mago le había profetizado, mejor dicho, se había negado a profetizarle en su primera entrevista. No esperaba respuesta a aquella pregunta, ni Süß tampoco. Pero el Rabí Gabriel, sin apartar del duque sus ojos graníticos, pronunció un «sí» sombrío, estridente y categórico. Karl Alexander, que no esperaba tan precisa respuesta, sintió estremecerse su corazón y un silencio pesado y embarazoso reinó en la estancia. Por fin, intentando bromear aún, dijo:

— Está bien. Por lo menos, ya sé a qué atenerme.

Y cambió de conversación, diciendo a Süß:

— He venido a decirte que he encargado a Harpprecht un informe sobre ese maldito judío de Esslingen. ¡Cuándo demonios acabará de darnos disgustos!

Pidió su coche y salió de mal humor, después de hacer un chiste malo y ofensivo acerca del busto de Moisés.

Süß saboreó ruidosamente su triunfo. Había arrancado al judío Jecheskel Seligmann de las manos de Edom, logrando así lo que nadie había podido conseguir jamás en el Sacro Imperio Romano. Encarándose con su tío, le preguntó si seguía considerando su vida como una agitación inútil y vana.

Contra su voluntad, el Rabí contestó a aquel engreído que la vida de Süß no era vida. Que ante sí mismo y ante los demás, no era más que un torbellino vacío y fugaz.

Primero, mortificado y casi enojado como un niño, Süß guardó silencio. Después, evitando la mirada del Rabí Gabriel, yendo y viniendo de un lado para otro, ante el otro que permanecía callado, fue reuniendo también en silencio montones de argumentos. ¿No acababa de tomar una noble decisión y la había llevado a cabo con gran sacrificio? Su vida, tan rica y fructífera, ¿era sólo un torbellino vacío? A la vista de lo que acababa de hacer ¿tenía que escuchar aquello? El acto que acababa de llevar a cabo ¿no bastaba para honrar una vida entera? ¿Y si aquel acto, aquel éxito, fuera sólo una de las perlas de un collar? ¿Y si su vida, considerada desde aquel punto de vista, no fuera más que una constante entrega, fruto de una idea piadosa, orientada al más allá?

Deteniendo su ir y venir por la estancia, se agarró de inmediato a esta idea firmemente. Le gustó considerar su vida desde aquella perspectiva sentimental, el hombre del momento, interpretando para sí el papel que se acababa de asignar. Le atraía

enormemente explicar sus ajetreados y vacíos días como si se tratara de la edificante vida de un hombre piadoso. ¿Iba a permitir que alguien descalificara con un vago movimiento de mano su vida, por considerarla vacía de sentido e incluso despreciable? Aquello ofendía su vanidad. Con un gran esfuerzo de voluntad se arrancó del círculo paralizante en el que le sumía la presencia del Rabí Gabriel. Se obligó a creer en un sentido de su vida profundo y piadoso, marcado por el destino, a ver en su prosperidad una enseñanza y una parábola. Lleno de pasión, fue de un lado para otro, habló luego con voz susurrante, misteriosa y ejercitada a su silencioso oyente. Desplegando toda su elocuencia de sofista y todo el celo que hubiera puesto en defender un grave negocio de Estado, hizo arder ante él los brillantes fuegos artificiales de su vanidad satisfecha.

Si sólo había pretendido hacer carrera, ¿por qué había seguido siendo judío?, ¿por qué no se había hecho bautizar como su hermano? No, su tío cometía una gran injusticia con él juzgando su vida tan baja y despreciable. No era sólo por el amor al oro o al poder por lo que se mantenía en un cargo tan alto y peligroso, rodeado de envidias.

Se aferró a aquella idea que lo halagaba, sugestionándose, para poder insinuarla al otro. Se la declaró en susurros al cabalista, como si se tratara de un gran secreto, actuando más para sí mismo que para el otro, hablándole del destino, el convencimiento, la misión. Quizás había sido elegido para vengar a Israel ante Edom. No podía ser una simple casualidad que él estuviera donde estaba, como José, que había sido ensalzado por el faraón. El hecho de que él hubiera llegado tan alto y estuviera rodeado de esplendor, y que aquellos que solían escupir y pisotear a Israel y que se lavaban las manos cuando tenían algún contacto con un judío tuvieran que inclinarse ante él y tragar el polvo que levantaba a su paso ¿no era acaso una venganza? Él, el judío, reinaba sobre el país y lo exprimía, sangrándolo y devorándolo, y cuando uno de los suyos era maltratado, extendía su mano protectora sobre él y Edom huía de inmediato, con el rabo entre las piernas como un perro apaleado. ¿No era esto el centro, el sentido, la espina dorsal de una vida?

Pero el Rabí Gabriel guardó silencio y contemplando a aquel hombre silencioso, sus aladas palabras fueron perdiendo agilidad hasta arrastrarse por el suelo. Enmudeció y se sintió como un colegial que ha aprendido mal su lección y no puede recitarla hasta el final, y sus palabras fueron como unapestoso maquillaje de mala calidad, reseco y resquebrajado.

El cabalista no respondió al largo discurso exaltado y soberbio de Süß. Se levantó y dijo sencillamente:

–Antes de presentarte a tu hija, ve a ver a tu madre a Frankfurt.

Luego partió, dejando a Süß lleno de sorda cólera. Había hecho su sacrificio, había puesto el alma en el empeño. ¿Qué más quería el viejo de él? ¿Qué más tenía que hacer? ¿Por qué no hablaba de su hazaña, ofreciéndole tan sólo su silencio humillante y despreciativo? ¿Y qué significaba aquello de Frankfurt? ¡Claro que iría a Frankfurt a visitar a su madre! Los de Frankfurt comprenderían mejor lo que acababa de hacer. Su madre le escucharía devotamente. Dejaría que los judíos de Frankfurt, el Rabí Jaakob Josua Falk, sabio y bajito, el protector, y todos le halagaran con sus cuchicheos, sus bendiciones, sus alabanzas y su admiración. Aunque el Rabí Gabriel callara, otros miles de bocas hablarían dando testimonio de él y de su acción.

En su severa biblioteca, el profesor Johann Daniel Harpprecht, inclinado sobre sus textos y sus documentos, sonreía a su amigo el consejero Bilfinger, con expresión comprensiva y benévola. En su amplia estancia, cómodamente amueblada, entraba oblicuamente un rayo de sol en el que bailaban miríadas de motas de polvo.

Los dos importantes personajes habían pasado gravemente revista a los negocios del ducado y en particular, al deseo del Parlamento, expuesto con toda energía y minuciosidad por Weissensee, de no intervenir bajo ningún pretexto, en el asunto del judío de Esslingen.

—También a mí —dijo Harpprecht, posando su mano en el hombro robusto de su amigo— me sería agradable dejar en el apuro al judío Jecheskel y dar un buen golpe a Süß, y ciertamente, no me dolería el triunfo de Weissensee. Ya os podéis suponer cuánta es mi amargura cuando pienso en las compensaciones que habremos de otorgar para que nos entreguen a ese maldito judío y en el dinero que habremos de arrojar a esos voraces tenderos de Esslingen sin poder esperar otra cosa que ser acusados y ridiculizados en todo el Imperio como judaizantes. Pero el duque me ha pedido un informe jurídico y no político, y aunque me desagrade y sienta deseos de arrojar leyes y comentarios al rostro de ese insolente judío, el otro, ese maldito Jecheskel, es súbdito nuestro y si han de prevalecer el Derecho y la Ley, todas las sutilezas que la casuística pudiera imaginar *in contrarium* deben ser apartadas. Como jurista he de dictaminar que ese Jecheskel debe ser entregado a los tribunales del ducado.

Bilfinger hundió la cabeza entre los hombros. Lo había sabido de antemano, todos lo habían sabido; seguramente también el duque lo había sabido, y en el momento de encargarle a Harpprecht el informe, el caso ya estaba decidido. Pero habría sido maravillosos que Harpprecht hubiera emitido un juicio distinto. Probablemente, el duque habría solicitado igualmente la extradición, pero para el judío habría sido un duro golpe.

—De esta manera —gruñó— solidifica su poder y puede reírse cuanto quiera viendo cómo nos afanamos en cumplir su voluntad.

Pero no insistió. Sabía que el jurista se dejaría cortar los dedos antes de cambiar una sola palabra de su veredicto, de torcer el Derecho en lo más mínimo. Se despidió de su amigo con un fuerte y sincero apretón de manos, aunque desolado y perdida toda esperanza.

Solo de nuevo, Harpprecht no se sintió en disposición de reemprender inmediatamente su trabajo. Volvió a llenar su vaso, contemplando el oblicuo rayo de sol en el que bailaban miríadas de motas de polvo. Pensaba. Estaba acostumbrado a mirar las cosas desde una elevada perspectiva. Consideró el caso mirando más allá de las fronteras del ducado y vio el asunto de aquel insignificante buhonero judío como una ola en el océano de los acontecimientos europeos.

Pues el humilde buhonero judío, atormentado y arbitrariamente acusado de asesinato, y Süß, el envidiado y omnipotente consejero de finanzas, un importante factor de cálculo de las cortes europeas, se balanceaban sobre una misma ola. ¡Cuán singularmente se enlazaban sus destinos! Si Süß no ocupase tan alta situación, los habitantes de Esslingen no se hubieran encarnizado contra aquel pobre diablo. ¿Qué era lo que unía al financiero y al buhonero? ¿La misma sangre? Era absurdo. ¿Su fe común? Tampoco. Sólo una cosa los relacionaba: el odio que ardía contra el judío poderoso, lo mismo que contra el miserable.

Pensativo, Harpprecht hojeó las crónicas y los documentos históricos del Gabelkhover, Magnus Hessenthaler, Johann Ulrich Pregizer, de entre el montón de decretos, rescriptos y decisiones parlamentarias que tenía sobre la mesa. En ellos se recogía el trato que hasta el momento se había dado a los judíos en el ducado, aquella era la legislación de los ducados y estados suabos en lo que se refería a los judíos, era la historia y el derecho de los judíos suabos.

Estaban allí desde tiempos inmemoriales. Repetidamente habían sido acusados de asesinato, envenenamiento de las fuentes, profanación de hostias y sobre todo por su usura insoportable y corruptora. Repetidamente habían sido golpeados hasta la muerte y sus reclamaciones declaradas nulas o inválidas en Calw, en Weil der Stadt, en Bulach, Tubinga, Kirchheim, Horb, Nagold, Öhringen, Cannstatt y Stuttgart. Pero repetidamente también se los había llamado. En los documentos imperiales podía leerse que, dentro de las fronteras del Imperio, por todas partes, había que quitarles sus bienes, y además la vida, matándolos hasta que quedara sólo un pequeño número de ellos, para mantener su memoria. En un dictamen del Consistorio se declaraba que, después del diablo, el mayor enemigo de los cristianos eran los judíos. En un contrato entre el rey alemán y el conde Ulrich el Amado, se establecían medidas, a raíz de las muchas quejas presentadas contra la comunidad judía, la cual, con su acostumbrada dureza, oprimía a los súbditos, clérigos y laicos del Imperio con su usura, insolente e insoportable, y que por otro lado, se comportaba de un modo tan grosero y desordenado, que por su causa surgían la falta de unidad, la guerra y la discordia. Y en el testamento del conde Eberhard, de Bart, los judíos eran declarados, en nombre de Dios Todopoderoso, enemigos de la naturaleza y del orden cristiano, rechazados y repudiados, como gusanos corrosivos, insoportables al hombre sencillo y corriente y corruptores de los súbditos, y para honrar a Dios Todopoderoso, y en beneficio de todos, fueron expulsados enérgica y rigurosamente del país.

Pero, si se los tenía en tal concepto, ¿por qué se los dejaba volver, o se los hacía llamar de vuelta al ducado? ¿Por qué los protegieron Eberhard el Lloroso y el conde Ulrich? ¿Por qué si Eberhard de Bart y los duques Ulrich, Christoph y Ludwig los expulsaron, Friedrich I y Eberhard Ludwig los llamaron de regreso? Era absurdo decir de ellos que eran un pueblo maldito y repudiado por Dios. ¿Por qué no se podía mantener ante ellos una actitud indiferente como frente a cualquier extranjero, como por ejemplo frente a los emigrantes franceses? ¿Por qué se los rechazaba o se los reclamaba, o por qué eran repugnantes y atractivos a la vez?

Johann Daniel Harpprecht apartó la vista de los papeles. En las danzantes motitas de polvo del oblicuo rayo de sol trató de componer la imagen del duque y la del judío, una en la otra, confluyendo entre sí enigmáticamente. Ambos eran una sola desgracia. Contra el duque existía un bastión: la Constitución, pero era ambigua e inútil. Contra el judío había leyes, rescriptos, pero no servían para nada. Los gusanos corrosivos, se decía en los documentos, estaban prohibidos. El país se arruinaba, crecía la pobreza, la angustia, la amargura, la desmoralización, la desesperación. Los corrosivos gusanos se habían instalado en el país, devorando la médula de sus huesos. Royendo, engordaban. Arriba de todo, enrosándose uno sobre el otro, el duque y el judío, pavoneándose en su desvergonzada y cebada desnudez, reluciendo, opulentos.

Las ideas se agolpaban en el cerebro de aquel hombre recto, directo y positivo. Era difícil hallar terreno firme. Todo lo que se relacionaba con los judíos era, como ellos

mismos, inquietante y enigmático. No servía de nada expulsarlos, siempre se los hacía volver; ni siquiera aquel medio primitivo, de matarlos a golpes, era una solución. El enigma permanecía, torturante, y de pronto, aparecían de nuevo por donde menos se los esperaba.

Veis pasar un buhonero judío, vacilante, repulsivo, sucio, acechante, humilde, astuto, de cuerpo y alma tortuosos; os inspira un sentimiento de repugnancia y evitáis el contacto de su caftán grasiento. Pero de pronto, un mundo más sabio e inmemorial se transparenta en su rostro y os lanza una mirada apacible e inquietante, y aquel piojoso judío, tan repugnante que ni siquiera os dignaríais pisotearle en el barro con vuestras botas, se eleva como una nube y se cierne por encima de vosotros, muy alto, inaccesible y sonriente.

Era odioso e inquietante pensar que aquel vagabundo grasiento procedía de la simiente de Abraham; era penoso y desagradable que un sabio de renombre mundial como Benediktus d'Espinosa perteneciera a la raza maldita. Parecía como si la Naturaleza hubiera querido mostrar, con este ejemplo, cómo un hombre puede elevarse hasta las estrellas y a qué profundidad puede hundirse en el fango.

Gusanos corrosivos. Roedores y dañinos. Entonces, el profesor Harpprecht volvió a sumirse con esfuerzo en sus textos. Pero, de pronto, aquel hombre sereno y razonable se vio acometido por una alucinación, como un fanático. Las letras se convirtieron ante sus ojos en gusanos que se retorcían inmundos, húmedos y viscosos, con las cabezas del duque y de Süß. Gusanos corrosivos, gusanos roedores. Frunció los labios y escupió.

Orientó sus pensamientos hacia el dominio en que aquellas visiones podían ser más fácilmente desvanecidas, a su dominio predilecto, el de la economía política. Lo que hacía vivir a los judíos era la necesidad económica. El mundo se transformaba. Aquello que antes determinaba el valor de un hombre eran su clase y su cuna. Ahora, el dinero. Al entregar a aquella raza despreciada y odiada el monopolio del dinero, se les había arrojado la cuerda que les había permitido trepar a las alturas. Ahora, el manejo del dinero era la vida y sangre de los Estados y de la sociedad, y los judíos eran la pieza esencial de aquella máquina, el eje y la palanca principal de aquel complicado mecanismo. Si se los suprimía, la sociedad y los Estados se derrumbarían. El duque, emblema y símbolo del antiguo orden de la clase y el nacimiento, y el judío, emblema y símbolo del orden nuevo del dinero, se tendían las manos. Estaban unidos el uno al otro, pesaban juntos sobre el pueblo y absorbían su sangre el uno para el otro.

Gusanos corrosivos, gusanos roedores. Harpprecht exhaló un profundo suspiro y volvió a su labor. Bajo su firme voluntad, los repugnantes gusanos se transformaron de nuevo en letras claras y precisas, y redactó su dictamen con pericia, cuidadosamente, a conciencia y con todo detalle.

Después de un largo regateo, en el que acabaron por obtener grandes compensaciones, los habitantes de Esslingen entregaron al judío Jecheskel Seligmann a la justicia ducal, fingiendo disgusto, pero encantados en el fondo. Los tribunales de Württemberg le pusieron en libertad a los pocos días. Quebrantado, atónito, medio enloquecido por el horror de la muerte y de la tortura, Jecheskel volvió a Freudenthal, miserable resto de un naufragio, conmocionado hasta lo más profundo de su ser por su aventura. Con frecuencia sufría espasmos nerviosos, que le sacudían los hombros; los brazos se agitaban de un lado

a otro de forma ridícula y su cara se contraía; con frecuencia también, gemía, lloraba sin estridencias, como un animal, a escondidas. Otros judíos se ocuparon de él, lo sacaron del país y lo enviaron a Amsterdam.

Antes de salir de Alemania escribió a Süß, pidiéndole audiencia para expresarle su gratitud. Süß reflexionó. Hubiera sido un triunfo presentar a las gentes de Stuttgart la presa que había arrancado a los de Esslingen. Mas, por otro lado, aquella presa tenía tan miserable aspecto, que los habitantes de Stuttgart, aunque no se hubieran atrevido a insultarlo en voz alta, sí hubieran lanzado sobre ambos malignas burlas. Y además, no se atrevía a irritar más al duque, al que todo aquel asunto había contrariado vivamente. Renunció pues, con magnanimidad, al placer de recibir al libertado y oír de sus labios su agradecimiento. Pero manteniendo la actitud que había adoptado en los últimos tiempos, no se confesó los verdaderos motivos de su conducta y se enorgulleció de probar así que no había obrado para que se lo agradeciesen, sino obedeciendo a móviles elevados y puros.

Su vanidad creció inconmensurablemente en Frankfurt ante la multitud de judíos agolpada en las calles de la judería, para verle, invocar sobre él todas las bendiciones del Señor y alzar en sus brazos a sus hijos para que sus singulares ojos, hermosos y alargados, pudieran contemplar su bienaventurada y bienhechora imagen, Avanzó entre la rendida admiración y los buenos deseos de todos, como sobre una alfombra. ¡Qué gran salvador y qué gran hombre piadoso les había mandado el Señor!, ¡alabado sea su nombre!, para librarlos de la desgracia. Cuando entró en la sinagoga, el rabino le cedió el puesto de honor y le hizo leer aquel día la Escritura, y en tanto que el zumbido que habitualmente llenaba los ámbitos de la sinagoga, colmada de fieles, era sustituido por un silencio impresionante, el rabino, con su voz temblorosa, derramó sobre él las más bellas bendiciones tradicionales, como una copa de agua tibia y perfumada.

Una única persona no le manifestó su admiración con tanta ternura y solicitud como Süß había esperado. Su madre, habitualmente su admiradora más humilde y devota, parecía esta vez inquieta y taciturna. Le colmó, desde luego, de alabanzas, diciéndole cuán grande era, noble y esbelto, rico y generoso, elegante y hábil, profundo, generoso y dotado de todos los bienes de la tierra: dinero, corazón, belleza física, sentimientos elevados y la admiración de las mujeres, pero no se entregó tan completamente a él como otras veces. Sus grandes ojos, un poco alocados, huían de él de repente, con expresión de profundo terror, y sus manos, que gustaban de acariciar a aquel hijo, tan maravillosamente dotado, se apartaban de él sin razón. La hermosa anciana, animada y parlanchina, mostraba, contra su costumbre, una distracción nerviosa angustiada y forzada.

En un momento en que reinaba entre ambos esta tensión embarazosa, llegó el Rabí Gabriel. Michael se estremeció, lanzó un grito ahogado y alzó las manos como para alejar, suplicante, alguna desgracia.

–¿Le has dado los papeles? –preguntó el cabalista.

Michael, pálida y con los ojos muy abiertos, retrocedió un paso.

–Muéstraselos ahora –continuó el Rabí, sin alzar la voz, pero en un tono que no admitía réplica. Michael, con paso desfallecido y ahogando un gemido, salió de la habitación.

–¿Qué significa esto? –preguntó Süß, desconcertado e inquieto–. ¿Por qué la atormentáis? ¿Qué queréis de ella?

–Me has dicho –replicó el Rabí– que tienes la intención de presentarte a la niña para justificarte. Yo tomo en mi mano tu justificación y te la muestro tal como verdaderamente es.

Con paso vacilante y como obligada por una fuerza misteriosa entró Michael, llevando en la mano unos papeles, cartas al parecer, y los dejó sobre la mesa ante su sorprendido hijo.

–¿Debo quedarme? –preguntó, con acento intimidado y suplicante.

–No, vete –dijo, casi bondadosamente, el Rabí.

Cuando se hubo retirado, Süß cogió los papeles, los tuvo un momento en la mano, vacilando, y por fin se puso a leerlos. Eran cartas de amor, en un estilo un poco anticuado. Asombrado y sin comprender aún, se preguntó qué podía significar aquello. Pero luego relacionó unas cosas con otras, reflexionó, y herido por una brusca y violenta luz, levantó los ojos de los papeles, buscando al Rabí. Pero el Rabí había desaparecido y Süß estaba solo.

Se levantó y paseó de un lado a otro por la estancia. Ante sus ojos se sucedieron rápidamente luces y tinieblas, densos nubarrones, claridad solar y de nuevo la noche. Con ademanes incoherentes y paso vacilante, como el de un hombre embriagado, paseaba por la estancia pronunciando palabras sin sentido, y luego, con un esfuerzo de todo su ser, una frase precisa. Pero en seguida volvía a caer en la incoherencia y en la noche. Aquel hombre que poseía el autocontrol de un actor, que se había aprendido el papel que tenía que llevarlo más alto que las estrellas, se hundía en el abismo. Hasta que se dejó caer sobre una silla como un saco, con la cara y los miembros inmóviles, pero la mente presa de una febril actividad. Permaneció así durante largo tiempo, durante una eternidad, como muerto.

Así, todo se enlazaba al fin y los más oscuros rincones de su alma se iluminaban de una sola vez. Aquel maldito hechicero y su madre le habían engañado vilmente, de una manera infame y humillante ocultándole aquello durante tanto tiempo... Era una broma intolerable, una mala pasada bien judía y una diestra bribonada haberle encadenado durante tanto tiempo a aquella comunidad miserable, inferior, ridícula y despreciada. Ciertamente era que gracias a sus dotes y a su sangre noble no se había dejado dominar. Su genio había florecido, a pesar de todas las humillaciones y ataduras. Pero ¡a costa de cuántas humillaciones desagradables y ponzoñosas, cuántos caminos tortuosos y cuántos degradantes rodeos habría podido ahorrarse, cuántas aristas y ángulos tremendos e insensatos habrían sido suaves y lisos si no le hubieran mantenido criminalmente en aquella situación de ignorancia y en aquella falsa y vulgar creencia!

Pero ante todo ¡calma! ¡No debía dejarse llevar por las emociones! Había que sopesarlo y considerarlo todo con serenidad. El camino que se abría ahora ante él, ¿era realmente llano y luminoso?

Su padre no era pues, el humilde cantor y actor Issaschar Süß. Aquellas cartas probaban de un modo irrefutable que Georg Eberhard von Heydersdoff, barón del Imperio y mariscal de campo, era su padre. Por lo tanto de buena raza, y su aspecto, sus maneras y su temperamento no habían sido adquiridos artificialmente ni arbitrariamente aprendidos. Sus gustos de gran señor, su rápida carrera y sus maneras aristocráticas eran cosa natural y se habían impuesto, a pesar de todos los obstáculos, pues eran algo innato en él, cristiano y gentilhombre por su nacimiento.

¿Un bastardo? Y qué. Aquellos que eran engendrados con pasión inmoderada en un

lecho ilícito, que las consideraciones prácticas no podían enfriar ni desilusionar, ni interponerse entre la flor y el fruto, eran siempre los mejores hombres, los más capacitados. Si no en los tronos, por lo menos muy cerca de ellos, había bastardos en toda Europa. Honraba a su padre no haber querido engendrar un hijo en una agriada solterona aristocrática y sí en una magnífica hembra judía.

Heydersdorff su padre, Georg Eberhard von Heydersdorff. Bonito nombre. Un nombre salvaje. Un nombre sangriento, desgarrado y trágico. Conocía retratos de él. Con valiente impudor, su madre tenía uno en su alcoba aun en aquellos días en que aquel hombre era difamado, hostigado y reducido a la peor miseria. ¡Cuántas veces había admirado de niño la imagen del brillante general! Su madre le había enseñado a hablar haciéndole pronunciar su nombre, con todas sus letras, aquel nombre, Georg Eberhard von Heydersdorff, y aquel nombre había sido uno de los primeros que pronunció sin equivocarse. Su madre, la primera vez que lo consiguió, le puso un azucarillo en la boca. De él había heredado pues, sus cabellos castaños y su aventajada estatura, y era su brillante uniforme rojo lo que flotaba delante de él, atrayéndole por el camino que tan arriba le había conducido.

Georg Eberhard von Heydersdorff: un destino que trepaba por la escarpada pendiente hasta el triunfo, para ser bruscamente precipitado luego al abismo. Mariscal de campo, grandes méritos en las guerras contra el turco, comendador de la Orden de los Caballeros Teutónicos en Heilbronn y defensor de Heidelberg en la guerra contra Francia. La envidia y los celos lo arrastraron, después de la rendición de la fortaleza, ante un Consejo de guerra acusado de haberla rendido cobardemente cuando aún podía resistir en ella y esperar la llegada de Ludwig von Baden. Condenado a muerte, fue indultado por el emperador. ¡Pero cómo! De niño, Süß había visto grabados que representaban la escena, y los recordaba todavía en sus menores detalles. El margrave envidioso, rígido sobre su esbelto caballo, había dispuesto sus tropas a lo largo de la orilla del Neckar. Y era su padre aquel hombre al que se hacía desfilar ante todo el ejército imperial, formado en línea inacabable. Los soldados se extendían por toda la hoja formando nuevas líneas. Y era su padre el que, después de haber sido expulsado de la Orden de los Caballeros Teutónicos y privado de todos sus honores, iba en la carreta del reo, conducido por el verdugo de Heilbronn y sus ayudantes.

Süß había visto otros tapices y otros grabados, pero no guardaba de ellos tan claros recuerdos. Recordaba con toda claridad que en uno de ellos alguien rompía una espada. Era, evidentemente, el momento en que ante el regimiento que llevaba su nombre se leía al mariscal la sentencia de muerte, conmutada por la de destierro a perpetuidad. El ejecutor le arrancaba la espada, le golpeaba con ella tres veces el rostro y la rompía después. Y el desterrado, víctima de terrible angustia, era luego conducido en una barca a la otra orilla del Neckar.

Del resto de su vida sólo se conocían rumores. Se dijo que se había refugiado en un convento de capuchinos, más allá de Neckarsulm, y que había muerto siendo capuchino en Hildesheim. Quizá su madre supiera algo más. En todo caso, su nombre no había perdido nada de su brillo, pues se sabía que la sentencia se había fundado únicamente en la envidia y la injusticia, y para el pueblo, Heydersdorff, el soldado, había sido un héroe y Heydersdorff, el monje, un mártir.

Tal era pues su padre. Nombre trágico y trágico su destino. El cabalista podría prever

fácilmente su suerte después de la estrella tormentosa de su padre. ¿Acaso no había entre ellos, hasta en lo más mínimo, secretas relaciones? Su padre capuchino, y él involucrado en el proyecto católico de Karl Alexander. Su padre soldado, ¿qué prodigio, qué magia secreta le ligaba al duque, al soldado?

¡Pero basta de ensueños! Aquello era el pasado. ¿Y ahora? ¿Qué iba a pasar? ¿Qué iba a hacer?

Iría al encuentro del duque con aquellos papeles y reclamaría el reconocimiento legal de su origen cristiano. Quizá fuese personalmente a Viena. Obtendría sin dificultad su título nobiliario y luego se haría nombrar, con toda legalidad, mayordomo mayor de la corte y llegaría incluso a presidente del Consejo. A eso llegaría. ¿Y después?

¿Sería entonces distinto? Desde luego, le sería más fácil intervenir en el proyecto católico. El príncipe-obispo de Wurzburg no se mostraría ya tan reservado con él y de los rostros de los oficiales desaparecería la mueca despectiva. A la posesión efectiva del poder uniría el título y el esplendor. ¿Y después?

¿Sería acaso más que hoy? Sería menos. Sólo sería uno de los muchos diplomáticos del Imperio. Desaparecería aquello que de extraordinario, único y singular había en él. Hoy era el ministro judío. Algo inaudito. La gente reía y se burlaba, pero sus risas disimulaban asombro y admiración. ¿Qué suponía para un noble llegar a ser ministro? Pero un judío que se había elevado por sí solo a tanta altura, era superior a toda una multitud de aristócratas. ¿Debía renunciar a su singularidad? ¿Por qué y con qué fin? Lo mismo habría dado entonces hacerse bautizar mucho tiempo antes. Quizá hubiera obtenido así más ventajas que declarándose ahora cristiano de nacimiento. Ser cristiano significaba no ser más que uno entre muchos, y en cambio, por cada seiscientos cristianos sólo había un judío. Ser judío significaba ser despreciado, perseguido y humillado; pero también significaba ser único y conocido en todas partes y tener todos los ojos fijos en él, estar obligado a mantenerse siempre en tensión, atento, con todos los sentidos alerta, siempre al acecho.

¿Por qué el Rabí le mostraba ahora aquellos documentos, tan inopinadamente, cuando hacía ya mucho tiempo que estaba en la segunda mitad de su vida? ¿Le disputaba acaso el triunfo que acababa de lograr en el asunto de Jecheskel Seligmann? ¿Quería despojarle pérfidamente de la mejor parte de su herencia? ¿Quería arrebatarse astuta y mezquinamente su más valiosa pertenencia?

El gran hombre de negocios se veía complicado en un asunto del cual no podía salir con la ayuda de números y cálculos, y en el que su habilidad para adivinar los pensamientos ocultos de los hombres fracasaba totalmente. ¿Qué diablos se proponía el Rabí entregándole aquellos papeles? ¿Cuál era su intención? ¿En qué podía beneficiarle al Rabí que hiciera valer su nacimiento cristiano? Süß no podía renunciar a sus principios, según los cuales, en toda transacción había alguien que quería obtener un beneficio y engañar a su adversario.

Los judíos polacos, cuando se hacían bautizar, ganaban con ello, por miserables e inmundos que fueran, honores y consideraciones. Entonces ¿por qué aquellos individuos astutos despreciaban tan fácil beneficio? ¿Por qué se dejaban degollar antes de aceptarlo? ¿Por piedad? ¿Por fe? ¿Por convicción? ¿Acaso aquellas palabras tenían algún significado? ¿Podía siquiera pensarse que un sucio judío polaco poseyera aquello que se escondía tras aquel eco profundo y resonante? ¿No era inconcebible que uno de aquellos miserables

fuese más sabio en sus bajos y primitivos sentimientos, y se hallase mejor preparado que él, con toda su complicada destreza, para un oscuro más allá? Se sentía como un niño abandonado e indeciso, desprovisto de consejo y de apoyo.

En aquellos momentos era el primero entre los judíos alemanes. Levantaban en alto a sus hijos cuando pasaba, fervorosos, excitados; invocaban la bendición del cielo sobre él, con grandes ademanes. Süß evocaba aquel momento en la sinagoga, cuando en medio del mortal silencio de una multitud habitualmente ruidosa y agitada, había recibido las tiernas y temblorosas bendiciones del rabino y experimentó de nuevo una sensación de tibia y perfumada dulzura. Era preciso realizar un gran esfuerzo para renunciar a todo aquello. Cuando obtenía un triunfo le complacía ostentarlo ante sus adversarios burlones, arrojándoselo al rostro, y le era muy grato adornarse con él ante los ojos de las mujeres, pavonearse ante Magdalen Sibylle; pero su triunfo más completo era hacerlo brillar en la judería ante los ojos de Isaak Landauer o de su madre. Allí podía saborearlo hasta el fin tranquilamente y sin temor a palabras o miradas pérfidas, con la seguridad de que los otros compartían su alegría. Allí estaba en su casa, podía relajarse, dejar que sus palabras, gestos y ademanes fueran naturales. Allí gozaba de paz y de cariño.

Su madre había cometido un desliz. Pero ello no la hacía desmerecer en absoluto a sus ojos. Pensaba que a partir de aquel momento debería despreciar al hombre que había creído su padre, aquel cantor y actor dulce, cortés, diligente, amable y afable. Pero tampoco lograba sentir hacia él más que un tierno cariño. ¡Había tenido que amar mucho a su madre para no haberle reprochado jamás su bastardo! Süß no había oído salir de su boca una palabra hostil contra ella. ¡Y cuán afectuoso, comprensivo y paternal había sido aquel hombre para con él durante toda su vida! En su pensamiento continuaba dándole el nombre de padre y nunca lograría darle otro.

Y sus nobles deseos en el asunto de Jecheskel Seligmann, su sacrificio, ¿había sido sólo autoengaño, una patraña? ¿Se lo había imaginado todo? Todo su ser se rebeló. La exaltación que había sentido entonces, cuando llevó a cabo su acción, aquel sentimiento de bienaventuranza, como si flotara, como si se fundiera, aquella alegría interior desbordante, ¿todo aquello había sido mentira y presunción? Y lo que había dicho sobre Edom, la venganza contra Edom, ¿eran sólo palabras vacías, hermosa oratoria para burlarse del Rabí? Pero aquel asunto lo había ensalzado, lo había elevado por encima de sus propios límites. Él había creído en aquello, había sabido que era verdad. ¿Y su hija? Si no le hubieran mostrado los papeles, se habría presentado ante ella con su mentira, creyendo en su mentira e induciendo a la niña a creerla también. No, no, aquello no era posible. Él era lo que había sentido que era: el representante de los judíos frente a Edom, protector y vengador; aquello era auténtico, no fingía. Aquello era ya lo que daba sentido a su vida, el eje en torno al cual giraba su vida. Era hijo de su madre, no de su padre.

¡Pero ¿no era triste que sólo pudiera sentirse espléndido y poderoso en su casa?! Así tenía que ser, venía marcado por su sangre y su herencia. El que el oro, el lujo y el poder resultaran tan naturales en él y le sentaran como un traje hecho a medida, lo debía a la herencia que su padre le había transmitido. Por eso el duque lo tenía consigo y dejaba confiado su corazón en sus manos. Era el hijo de su padre. Tenía el derecho y la obligación de destacarse de entre las filas de los mediocres y los despreciables, de actuar a plena luz y echar mano de su nombre, su herencia y su posición.

Sus pensamientos se confundían. ¿Qué debía hacer? ¿Por qué se inclinaría? Con un

hilo de oro tiraba de él el poder, pero estar entre los despreciados le tentaba también, de una manera dulce y apacible. Resultaba muy atrayente deponer las armas, pero también suponía una enorme tentación y un indescriptible placer ostentar una coraza dorada.

Nuevamente tuvo aquella visión en la que se veía arrastrado a una danza espectral en la que el duque cogía una de sus manos y el Rabí la otra. ¿No era acaso su padre, el mariscal de campo, aquel que avanzaba por delante de él con las hombreras del uniforme arrancadas, llevando el compás con su espada rota y mostrándole los documentos que testimoniaban su origen? Y aquel monje detrás de él, con hábito de capuchino, ¿no era también su padre? No se podía distinguir lo que pendía de su cintura, si un trozo de espada o un rosario. Y el que se inclinaba ante él saltando ridículamente, envuelto en su caftán y con su barba rala era Isaak Landauer. No, no era Isaak Landauer, era el judío Jecheskel Seligmann. Venía a darle las gracias y le saludaba torpemente, besando los faldones de su casaca, y era a la vez cómico y doloroso verle sonreír con el rostro contraído por el tormento e inclinarse de nuevo tan profundamente que su caftán barría el suelo.

Süss hizo un esfuerzo por salir de su embotamiento y aislamiento. Ahora quería ver a su madre. Todavía no quería decidirse, en aquel lugar le era imposible reflexionar fríamente. Aquellas ideas le agobiaban. No quería verse perturbado por aquellos sueños absurdos y necesitaba volver a ver el rostro de su madre.

Pero en el umbral de la habitación tropezó con el Rabí Gabriel, cuyo rostro parecía menos duro que de costumbre. Los tres surcos del entrecejo eran menos profundos y hasta su humor parecía menos sombrío y más humano.

-¿Vas a denunciarme? -le preguntó irónicamente-. Te ayudaría mucho en tu carrera entregarme ahora a un tribunal eclesiástico por haber retenido tanto tiempo a un cristiano de nacimiento en una fe herética.

Y como Süss avanzase impetuosamente un paso, continuó:

¿O vas a pedir cuentas a tu madre y a reprocharle haberte silenciado durante tantos años la verdad? ¿O a darle las gracias por haberte dado un padre tan noble?

Un salvaje e insensato furor se apoderó de Süss. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a dar por supuesto sin más ni más que él iba a entregarse cómodamente al cristianismo? Se alzaba allí ante él, irónico y burlón, mirándole de arriba abajo con sus ojos graníticos, como un preceptor que sorprende en falta a un alumno y escucha sus estúpidos subterfugios. ¿Iba acaso a negarle su origen judío y su sacrificio y reducir su noble esfuerzo a una mentira, despojándole así de lo mejor de su herencia?

Su ira contra el Rabí, aunque sorda, era plenamente sincera. Por primera vez sentía que sin tener que utilizar pomposas palabras, la razón estaba de su parte, por primera vez se burlaba de él sin motivo. La timidez paralizante que hasta entonces le agobiaba en presencia del cabalista desapareció de repente y surgió en él la resolución que durante tanto tiempo se había ocultado borrosa en las sombras, apareció ahora a plena luz, clara, precisa, evidente e inquebrantable.

Con voz libre, enérgica y cortante dijo:

-Voy a Hirsau a ver a Naemi.

Sorprendido, el Rabí se acercó a Süss. Con rostro claro ya y acento casi gozoso, aunque todavía un tanto incrédulo, le preguntó:

-¿Como vengador de Edom?

Pero Süss permaneció sereno. Sin irritación y con helada firmeza, contestó:

–Quiere verme y voy a presentarme ante ella.

El Rabí Gabriel le tomó la mano y examinó su rostro, y vio en él impureza, falsedad y corrupción, pero también algo distinto. Por primera vez la luz brillaba bajo la piel, la carne y los huesos.

–¡Sea! –dijo, y su voz había recobrado de nuevo su tono sombrío–. Ven conmigo a ver a tu hija.

LIBRO CUARTO

El duque

Junto al mar de Tiberíades el Rabí Isaak Luria, maestro de la cábala, paseaba con su discípulo más querido, Chajjim Vital Calabrese. Los dos hombres bebieron de la fuente de Mirjam y luego subieron a una barca. El maestro recitaba sus enseñanzas. Los espíritus flotaban sobre las aguas, la embarcación se mantenía quieta. Era un milagro que no se hundiera, porque el Rabí y su palabra llevaban el peso de la vida de millones de seres.

Regresaron a la fuente de Mirjam y bebieron de nuevo. De pronto, la fuente cambió su recorrido. Formó un arco en el aire, dos chorros verticales y uno horizontal sobre ellos. El Rabí se colocó detrás del arco, como si fuera un tercer chorro vertical, y de esta manera él y la fuente formaron la letra *shin*, la primera letra del santo nombre de Dios, *Schaddai*. Y la letra creció y creció, extendiéndose por encima del mar y de la tierra. Cuando el discípulo Chajjim Vital se recuperó de su desconcierto, la fuente volvía a manar como antes, pero el Rabí Isaak Luria ya no estaba allí.

Pero aquel componente central de la letra más sagrada era lo único que había escrito de todas sus enseñanzas. Porque las palabras de sus enseñanzas brotaban de sus labios como la nieve, blanca, brillante y refrescante, pero que no se puede retener. De la misma manera, las enseñanzas brotaban de sus labios pero no podían ser retenidas. El Rabí no las escribía ni permitía que otro lo hiciera, porque lo que se escribe cambia, y la escritura es la muerte de la palabra hablada. De la misma manera, la Escritura no es la palabra de Dios, sino una máscara, una caricatura, como la madera lo es del árbol. Sólo en la boca del sabio resucita y vive.

Solo, después que el Rabí desapareciera, su discípulo no pudo resistirse a poner sobre el papel las enseñanzas oídas, utilizando los signos parlanchines y embusteros de la escritura. Y escribió el libro del árbol de la vida; y escribió el libro de la transmutación de las almas.

¡Oh! Cuán sabio había sido el maestro que no había contaminado su sabiduría por medio de la escritura, que no había desfigurado sus enseñanzas con la repugnante magia de las letras. Ante su rostro había aparecido Elías, el profeta, y durante la noche se le aparecía Simon ben Jochai. Conocía el lenguaje de los pájaros, de los árboles, de las llamas, de las piedras. Podía ver las almas de aquellos que habían sido enterrados, y las almas de los vivos cuando flotaban en el paraíso en las noches del *Sabbat*. También podía reconocer el alma en la frente de las personas, atraerlas a sí, hablar con ellas, para devolverlas después a sus dueños. La cábala se había manifestado ante él, podía ver a través de los cuerpos de las cosas, y veía en cada cuerpo, el espíritu y el alma. El aire, el agua y la tierra estaban llenos de voces y de rostros, percibía la existencia de Dios en el mundo, y los ángeles venían a conversar con él. Sabía que en todas partes se escondía el secreto, pero sus ojos se abrían ante el misterio, que se arrimaba a él como un perro manso. Los milagros florecían a su paso. El árbol de la cábala pasaba a través de él, sus raíces se hundían en el interior de la tierra, su copa, en el cielo, abanicaba el rostro de Dios.

¡Ay! Pero cómo se desfiguró esta sabiduría recogida en los libros del discípulo. Con

brutal impudicia surgieron de ella sandeces y errores. Brotaron de las letras falsos profetas y mesías, y a partir de ellas se derramaron por el mundo la magia y la confusión, el endiosamiento y los milagros, la prostitución y el afán de poder y la corrupción de la idea de Dios. El arrugado rostro de Simon ben Jochai estaba reflejado en aquellas letras, y en la maleza de su barba plateada, seguros y extasiados, se refugiaban millares de hombres piadosos y santos; y entre los trazos de las letras sobresalían, desnudos e insolentes, los pechos de Lilith, y a sus pezones se agarraban vacilantes y balbuceantes, perdido el sentido, los hijos del placer y del poder.

Y éstas son algunas frases de la enseñanza secreta del Rabí Isaak Luria Aschkinasi: «Puede suceder que en un cuerpo humano no haya sólo un alma que sufra el éxodo, sino que haya al mismo tiempo dos o más almas en ese cuerpo que le ayuden a soportar su peregrinaje en la tierra. Puede ser que una de ellas sea un bálsamo, y la otra un veneno; puede ser que una sea la de un animal, y la otra la de un sacerdote y un estudioso. Pero estarán ligadas entre sí formando una unidad, perteneciendo a un solo cuerpo como la mano derecha y la izquierda. Penetran una en la otra, se aferran una a la otra, fecundándose mutuamente, fluyendo una en la otra como el agua. Pero sea como fuere, aniquilándose o edificándose, una unión así siempre supone una ayuda entre las almas para poder soportar el nuevo éxodo para la expiación de las culpas».

Éstas son algunas frases de la enseñanza secreta del Rabí Isaak Luria, el águila de los cabalistas, nacido en Jerusalén, que hizo penitencia durante siete años solo, a orillas del Nilo; que llevó su sabiduría a Galilea e hizo milagros entre los hombres; que nunca profanó sus enseñanzas poniéndolas por escrito en un papel y que desapareció misteriosamente en el mar de Tiberíades, cuando contaba treinta y ocho años.

El príncipe-obispo de Wurzburg viaja cómodamente a través de la fértil comarca. Recostado en los blandos almohadones de su calesa provista de eficaces amortiguadores, el grueso prelado aspira con voluptuosidad el perfume de los primeros árboles frutales en flor. El sol primaveral inundaba los campos con su gozosa luminosidad y un verdor nuevo y aterciopelado cubría el suelo, los árboles y los matorrales. El obispo iba a Stuttgart a bautizar al príncipe heredero y se sentía de excelente humor. ¡Hermoso país aquél, rico y bendito, asegurado ya para siempre a Roma y a la Iglesia!

Friedrich Karl von Schönborn, príncipe-obispo de Wurzburg y Bamberg, el más grande diplomático de la corte, al que los católicos llamaban el oráculo del mundo, el Ulises alemán; al que los protestantes consideraban una pérfida víbora, soportándolo a duras penas como a un Haman o un Herodes, era un hombre jovial y corpulento. Hombre de mundo, se sentía como en su casa en la corte papal y en la corte de Viena; viajero incansable y muy activo, sentía cierto desdén benevolente por la humanidad, y creía firmemente que la salvación del mundo estaba en el absolutismo paternalista y en un catolicismo festivo. Las masas eran apáticas, estúpidas y tenebrosas, aquélla había sido la voluntad divina, Dios así lo había querido. Poseer el don de la astucia exigía además saberlo aprovechar. Era lamentable que en el mundo hubiera tantas necesidades; desde luego, no se podía permanecer impasible. Pero de momento bastaba con lanzar profundos suspiros; dedicarse a hablar de ello con tristeza o con amargura, o pretender introducir cambios en el orden establecido era propio de mentecatos e ilusos. Él, Schönborn, había

pasado los mejores años de su vida en Italia, había aprendido el arte de la diplomacia en Venecia, y amaba el ambiente luminoso del sur que había reencontrado en Wurzburg. Llevaba el catolicismo metido en la sangre y en todo momento, hiciera lo que hiciese, se sentía católico. Veía a la Iglesia como la había conocido en Venecia, embebiéndose en ella. Las reuniones en el Vaticano eran una parte de ella, la diplomacia veneciana era parte de ella, hasta la cordillera de Albania era parte de ella. Todo lo que de hermoso había en el mundo, ¡y gracias a Dios, era mucho!, era romano y católico: las misas y las iglesias; el vino, las obras de arte y la riqueza de los Estados; un buen sermón y una hermosa mujer, todo lo que era hermoso y alegre. Por el contrario, todo lo que era turbio, abotargado y poco claro, del color de las telas de araña, era protestante, sajón, brandeburgués. No odiaba el protestantismo, porque no odiaba nada en el mundo, pero le resultaba profundamente repulsivo. Aquella liturgia gris e insípida, aquella teología descolorida, intrincada y sudorosa, eran aire viciado, sabiduría popular, disparates estériles. Los mismos apóstoles, si volvieran ahora, no entenderían nada de todos aquellos temas que discutían los supuestos teólogos. En aquel mundo turbio y gris no se podía ni respirar. Pero, ¡gloria in excelsis!, ahora la niebla se disipaba sobre el suelo suabo, y él, Friedrich Karl, había contribuido generosamente a proporcionar al país un aire puro y católico, que le sentaba mucho mejor. Ahora había emprendido viaje para bautizar a un nuevo duque en la verdadera fe. ¡Ah, qué bien organizado estaba el mundo! ¡Ah, vivir era maravilloso! Aspiró profundamente el aire perfumado, bromeó con sus astutos consejeros, regaló monedas a la chiquillería que el carruaje encontraba a su paso y contempló encantado a la camarera de la fonda. Su cuerpo pesado se balanceaba satisfecho, y su rostro transmitía alegría a su alrededor.

Pero el país lo veía como una luna llena roja de sangre, anuncio de desgracias. La victoria alcanzada en el caso Stettenfel, había sido tan sólo una breve esperanza. Ahora resultaba evidente que el país estaba cercado, que la red estaba bien atada por todos lados. ¡De nada servían todas las cláusulas y concesiones frente a la endiabladamente astuta interpretación de los consejeros de Wurzburg! Y aunque se intentara replicar a ello, estableciéndolo todo de nuevo punto por punto, era inútil, porque los militares respaldaban a los de Wurzburg, los respaldaban las bayonetas del ejército del duque. Si no bastaba con que el judío hubiera devorado sus cuerpos y su dinero, ahora venía el católico y quería devorar también sus almas. El catolicismo significaba la renuncia a uno mismo, la renuncia a todas las libertades humanas y políticas. Significaba el absolutismo militar, significaba el relajamiento de todas las virtudes burguesas y el desmoronamiento de la burguesía, significaba que se convertirían en una ingente masa de siervos aplastados por un pequeño grupito de desvergonzados cortesanos. El catolicismo significaba el reinado de Belcebú, significaba petulancia, desvergüenza, tiranía, prostitución, lujuria, como una oruga, el país se retorció sobre sí mismo. El judío había preparado muy bien el terreno, de modo que el católico lo tenía fácil. Los ciudadanos se sentaban en las tabernas, resignados y abúlicos, amedrentados por la despótica actitud de los funcionarios y las patadas de los oficiales católicos. Ante la próxima llegada del de Wurzburg sólo reaccionaron con una carcajada desesperada y amarga:

–¡Ahí lo tenemos! ¡Ya lo estáis viendo!

Pero su ira no iba más allá y seguían sentados, como el pastelero Benz, de ojos porcinos, llenos de veneno y abatidos.

Los consejeros Harpprecht y Bilfinfer se oponían con todas sus fuerzas, sin desfallecer, a las intenciones del duque. Pero aun cuando conseguían algo en el terreno administrativo, esto no tenía mucha importancia, ya que veían con toda claridad que el peligro acechaba por otro lado, el peligro residía en el ejército católico y a éste no podían detenerlo. Los caballeros de Wurzburg, los consejeros Fichtel y Raab, contemplaban también los esfuerzos de los de Württemberg, con toda tranquilidad, satisfechos y con mirada experta. Cortésmente y con benevolente ironía, incluso les dejaban tomar alguna ventaja. Era divertido contemplar cómo aquellos dos severos y graves protestantes se esforzaban infructuosamente mientras ellos dejaban que sus planes maduraran sencillamente con el paso del tiempo. De la misma manera que mayo seguía a abril, sus proyectos llegarían a su cumplimiento.

Los católicos sólo sufrieron un contratiempo serio. La Comisión de los Once, aprovechando una ligera indisposición de Weissensee, colocaron en el lugar de aquel hombre ambiguo, a un pro testante y demócrata de confianza, el consejero político Moser, el publicista, que en el caso Stettenfel se había destacado por su actuación. Los Once se reunían, furiosos, gritaban y maldecían. El presidente Sturm habló de la situación del país con energía y seriedad; el burgomaestre de Brackenheim y Weinsberg lo hizo iracundo y maldiciendo obscenamente; Moser, con mucho énfasis y patetismo; Neuffer lo hizo sombríamente, los labios fruncidos en una expresión de desprecio. Neuffer ya no se sentaba a los pies del trono, se había dado cuenta de que el poder no se alcanzaba estrepitosamente, aplastándolo todo a su paso, acompañado de rayos y truenos y rodeado de una gran pompa, como él había imaginado, sino que se componía de multitud de pequeñas intrigas, que luchaba utilizando multitud de despreciables tretas y medios mezquinos; resumiendo, que a su alrededor había tanta corrupción como alrededor del concepto de libertad. En un caso como en el otro, apestaba. Tanto un concepto como el otro no eran más que burdos remiendos, el poder o la libertad, el absolutismo o la democracia, sólo eran un lujoso manto, bajo el que se escondían pasiones y rencillas repugnantes, mezquinas e insensatas. Para eso era mejor quedarse en el bando al que se pertenecía por nacimiento. Sombrío y lleno de desprecio por la humanidad, dio la espalda a la causa de la corte y puso de nuevo su fanatismo, rebuscado y solemne, al servicio del pueblo, del Parlamento y del protestantismo.

Pero daba igual que la oposición se manifestara con seriedad, gravedad y conocimiento como lo hacía Sturm; o con sombrío celo como Neuffer; o maldiciendo rudamente como los burgomaestres Jäger y Bellon: era completamente inútil. Las múltiples y detalladas reclamaciones, quejas y peticiones del Parlamento, sus más sumisas sugerencias, recibían, cuando la había, una altanera y breve respuesta de la cancillería ducal. Por otro lado, se comentaban las amenazadoras y violentas palabras del duque, que quería enviar un batallón de granaderos al Parlamento y darles una lección a aquellos canallas, como ya había hecho con anterioridad otro duque de Württemberg. Más de una vez se le oyó decir que pronto pisaría la cabeza de aquella hidra pérfida e insurrecta. Una de las reclamaciones presentada por la comisión parlamentaria se había elaborado utilizando palabras bastante fuertes y poco diestras. Karl Alexander se hizo asesorar por el consejero Fichtel, considerado como la persona más experta en lo que a la Constitución se refería. Ningún Parlamento podía permitirse presentar reclamaciones o contrapropuestas en las que se manifestara tan claramente la falta de respeto por los príncipes. El autor de

aquel escrito merecía que su cabeza fuera colocada a sus pies. La delegación parlamentaria que fue recibida en audiencia por el duque no tuvo más éxito. El comportamiento grosero del burgomaestre de Brackenheim enfureció a Karl Alexander de tal manera que se abalanzó sobre él para enseñarle, con la hoja de la espada, sus deberes de súbdito. El jadeante diputado se libró por muy poco y con esfuerzo.

Así estaban las cosas cuando Johann Jaakob Moser fue llamado para ocupar el lugar de Weissensee. Era el miembro más joven de la comisión, pero a pesar de sus treinta años, era un hombre experimentado. Impetuoso, presuntuoso, con una pasión aventurera por los cambios, amante de las palabras grandilocuentes e impulsivas y los gestos patéticos, muy diestro con la pluma y un publicista apasionado, desde su juventud, aquel hombre incansable se había dedicado a acumular todo el saber que pudo. A los diecisiete años había publicado discursos; a los diecinueve, osado y lleno de confianza en sí mismo, había conseguido llegar hasta el duque Eberhard Ludwig y había sido nombrado catedrático extraordinario de la Universidad de Tubinga. A los veinte años, ansioso de cambios, se trasladó a la corte de Viena, fue consejero político, rondando siempre al emperador. Para asegurarse contra cualquier eventualidad, fue llamado de regreso a Württemberg, pero no había forma de manejar a aquel hombre rígido y arrogante. Se fue a Prusia y llegó a ser rector de la distante y poco importante Universidad de Frankfurt junto al Oder, pero pronto abandonó aquel desagradecido cargo y volvió a Stuttgart cuando ya Karl Alexander se hallaba en el trono. Durante aquellos años pronunció innumerables discursos y fue muy prolífico escribiendo. No había nada, de la vida cotidiana o de la eternidad, que no hubiera sido tema de sus discursos y de sus escritos. A pesar de lo cual, estaba convencido –primero había sido un escéptico, pero más adelante se había convertido en deísta– de que todavía tenía que despertar y ocupar un lugar junto a Lutero, Arndt, Spener y Francke.

Su rápida y decidida intervención en el caso Stettenfel había despertado gran admiración, y ahora se sentía llamado a ser el salvador de Württemberg. Decidió, confiando en su retórica, presentarse sencillamente ante el duque como Nathan, el profeta, ante David, y hablar de hombre a hombre con el príncipe, llegando hasta su conciencia. Convencido del poder y la fuerza de su personalidad, solicitó pues audiencia y se presentó ante el duque con una magnífica disposición, publicista, legalista, profético, en plena forma, henchido de orgullo y muy animado, como un actor que se alegra de poder representar por fin el papel que ha ensayado a la perfección. Pero la audiencia se desarrolló de un modo muy distinto al imaginado. Karl Alexander le recibió en presencia de Süß. Habló con erudición y profundidad, lleno de convicción. Presentó argumentos morales y teológicos, poniendo ejemplos del Antiguo y del Nuevo Testamento; mezcló el Derecho público con lo práctico y lo razonable; hizo comparaciones extraídas de la naturaleza; en una palabra: se sintió maravilloso. El duque y el judío le escucharon con atención e incluso en un momento dado, cuando el orador, en su ir y venir, estuvo a punto de tropezar con un sillón, el mismo duque lo apartó de su camino, para que no estorbara a Moser. Pero cuando el publicista acabó de hablar, después de veinte minutos, con los brazos levantados formando un elegante arco, el duque le dio una palmada en el hombro, admirado y le dijo:

–Si el bebé que espera la condesa es un niño tenéis que enseñarle el arte de la Retórica.

Süss, por su parte, le hizo algunas observaciones sobre la diferencia entre el arte de la declamación alemana y la francesa. Y cuando el sudoroso y estupefacto publicista fue despedido por el sonriente Karl Alexander, reconoció desolado:

–¡Pobre país! ¡Pobre patria! ¡Ni siquiera yo puedo ayudarte!

El obispo tenía grandes razones para estar de excelente humor al entrar en Stuttgart. El bautizo del heredero del ducado, bajo tan favorables auspicios, era para la causa católica un triunfo que obtendría gran resonancia más allá de las fronteras. Por lo tanto, lo celebraron con lucidas fiestas y gran afluencia de príncipes y señores católicos. El Papa envió a la duquesa, por medio de un embajador especial, la cruz de la Orden de Malta, que sólo otras dos mujeres poseían: la reina de España y la princesa Ucella, de Roma.

Marie Auguste yacía encantadora, pálido su lindo rostro, en su inmenso lecho de ceremonia. Bajo su almohada, y desobedeciendo la prohibición de su confesor, ocultaba el amuleto de Süss, con sus aves primitivas y amenazadoras y los caracteres hebreos tortuosos e inquietantes. Sonreía con infantil malicia pensando en el enfado de su director espiritual si llegaba a saberlo. Por su parte, estaba convencida que debía la vida a aquel amuleto, pues el parto había sido largo y doloroso. Ahora que ya había pasado temía guardar en su cuerpo alguna señal y los médicos, el doctor Wendelin Breyer y el doctor Georg Burkhard Seeger, se veían obligados a repetirle una y otra vez que ninguna cicatriz ni arruga afearía el cuerpo de Su Alteza. Pero más que los médicos la tranquilizaban las afirmaciones de la vieja Barbara Holzin, mujer terriblemente experimentada y autoritaria. Por lo demás, Marie Auguste encontraba la situación extraordinariamente cómica. Contemplaba, curiosa y divertida, al pequeño ser que acababa de dar al mundo y se miraba luego con asombro, en su espejo de ancho marco dorado. Había dado un heredero al ducado y podía llamarse ya, en el verdadero sentido de la palabra, la madre de su pueblo. Era realmente curioso. Karl Alexander no sabía muy bien qué decir. La cubrió de regalos que demostraban más buena voluntad que tacto. Luego, cuando ya pudo recibir visitas, deslizó su mirada sobre Remchingen y De Riolles, regocijándose en el desconcierto de aquellos caballeros, que no entendían nada acerca de niños, y que se obligaban a pronunciar con esfuerzo frases de admiración sobre el recién nacido.

El príncipe-obispo de Wurzburg bautizó, pues, al príncipe heredero de Württemberg y de Teck, conde heredero de Mömpelgard, conde heredero de Urach, señor de Heidentreim y de Forbach, etcétera, con el nombre de Karl Eugen.

Tronaron los cañones, repicaron las campanas y hubo banquete de gala y fuegos artificiales. El pueblo fue obsequiado con una distribución de carne y vino a cambio de los votos favorables al recién nacido. Y aunque maldecía violentamente al príncipe heredero, a primera hora de la tarde no quedaba ya una sola hilacha de carne ni una gota de vino en los innumerables y gigantescos toneles.

Süss se mantuvo discretamente en las sombras durante las fiestas. Tiempo atrás había intentado, por todos los medios, conquistarse el favor del príncipe-obispo y de los dignatarios de Wurzburg, pero ahora casi parecía evitar su contacto a propósito. El proyecto católico, centro exclusivo en adelante de la política suaba, se hallaba por entero en manos de los diplomáticos de Wurzburg y de los militares. Aquellos señores que antes habían puesto tanto empeño en alejar al consejero de finanzas a fuerza de pretextos y

sutilezas, sin conseguirlo apenas, veían ahora con asombro cómo Süß eludía cuidadosamente todo lo que a tal cuestión se refería. No comprendían aquel cambio de actitud, sospechaban algún truco, suponían que el judío intrigaba directamente ante el duque. Pero Süß sólo se presentaba ante el duque cuando éste lo hacía llamar. El duque no podía olvidar que, por causa del judío, su intervención en el caso de Esslingen le había granjeado las burlas de todo el Imperio, y en todo momento mostraba al judío un rostro malhumorado, reservado y enojado. Pero el judío, contrariamente a lo que en él era habitual, se mantuvo apartado, sin hacer nada por recuperar la confianza del príncipe.

Se limitaba estrictamente a la administración de las finanzas. Antes, dado que en definitiva todo iba ligado de alguna manera con el dinero, Süß controlaba, en su calidad de consejero de finanzas, las más pequeñas ruedecillas de la máquina gubernamental; pero ahora rehusaba ocuparse de casi todo lo que se sometía a su opinión, alegando que no era de su competencia. Los hombres del gobierno le miraban desconfiados, sospechándole secretos y terribles motivos; se sentían inquietos, creyendo que aquella aparente pasividad debía ocultar la preparación de alguna importante maniobra.

Si el duque no veía reflejarse el retraimiento del judío en una disminución de sus ingresos, como ya había sucedido en otra ocasión, lo debía tan sólo al consejero del Palatinado, Dom Bartelemi Pancorbo, al que ahora tenía constantemente a su lado. El descarnado personaje, de rostro enrojecido y ávida mirada, se abalanzaba sobre todo lo que Süß abandonaba, acaparando con aire amenazador y como para la eternidad todos los puestos que el otro dejaba libres y todos los bocados que aquél desdeñaba. Llevaba prácticamente solo la difícil, complicada y embrollada financiación del proyecto católico, y la dirección suprema de los negocios de Estado caía poco a poco entre sus manos. Intentaba también apoderarse de los bienes y posesiones de Süß, lo que consiguió con el monopolio del tabaco. Por encargo de Süß, una sociedad judía de Ludwigsburg había fundado una fábrica de tabaco, tras múltiples intentos. La sociedad trabajaba con muchos medios y tenía grandes perspectivas, abrió filiales en Stuttgart, Tubinga, Göppingen, Brackenheim, hasta más allá de las fronteras del ducado. Dom Bartelemi Pancorbo, propietario del monopolio del tabaco del Palatinado y experto en estas cuestiones, aduló al duque, diciendo que los impuestos que pagaba el judío eran bajísimos, y que él ofrecía más. Süß se retiró sin luchar tras la primera puja, indemnizó con grandes pérdidas a la sociedad judía y dejó que el sorprendido portugués, sonriendo irónicamente, se hiciera con la fábrica, perfectamente equipada.

Süß parecía retirado también de la vida mundana que antes giraba tan vertiginosamente en torno a él. Algunas veces, iniciaba un galanteo y lo abandonaba, fatigado y aburrido, antes de haber alcanzado el fin. De las innumerables mujeres que había poseído y abandonado, olvidando a muchas de ellas, algunas se sumaban a las burlas que se le dedicaban y a todos los ataques contra él emprendidos; otras conservaban el recuerdo de su aventura como algo que aún las excitaba, como un sabroso fruto prohibido o una joya con la cual no se atrevían a adornarse más que en la intimidad de sus alcobas, y cuando se hablaba de él guardaban silencio; otras, por último, se detenían aún cuando pasaba a caballo, sonreían, abriendo mucho los ojos, hasta que le perdían de vista, y no le guardaban rencor por haberlas abandonado tan pronto, agradeciéndole todavía aquellas horas de amor, demasiado breves, y conservando como su más preciado tesoro las palabras que él les había dicho, como a tantas otras mujeres, olvidándolas en seguida.

Por aquel entonces, Josef Süß empezó a fijarse en su criado y secretario Nicklas Pfäffle. Había tratado siempre bien a aquel hombre obeso, ecuánime y lento, pero infatigable, como era natural tratándose de un servidor tan útil y tan digno de confianza. Mas ahora Süß se tomaba por primera vez el trabajo de advertir que además de tales cualidades podía tener otras y abrigar sentimientos y correr aventuras que no tuvieran ninguna relación con su señor. Sin embargo, no por ello cambió su manera de ser con Nicklas Pfäffle. Le parecía imposible decir a aquel hombre grueso y pálido una sola palabra que no fuese indispensable y precisa, pero el tono que empleaba al hablar con él y la forma de mirarle cambiaron y su actitud se convirtió en la de un hombre ante un semejante suyo.

También la yegua Assjadah sintió que había algo distinto en el modo en que su señor la montaba. Quizás era porque ya no galopaba en medio de tanta pompa como antes; a lo mejor el pueblo a su alrededor se daba cuenta de que su mano ya no era la única que llevaba las riendas del gobierno, pero la yegua Assjadah percibía que ella significaba algo más para que él que los ropajes, las joyas y los muebles, que la miraba a los ojos y se daba cuenta de que la vida fluía en él y en ella.

Poco después del asunto de la fábrica de tabaco, mientras que en Stuttgart y en Ludwigsburg se trabajaba febrilmente en el desarrollo del proyecto católico, cerrando alianzas con las demás cortes católicas, firmando convenios militares, intentando indisponer al Parlamento con el emperador y el Imperio y apaciguar a las naciones evangélicas; mientras Pancorbo, acechando nuevas fuentes de dinero, se insinuaba cada vez más en los dominios del judío, aquel hombre desconcertante se retiró completamente de los negocios, pidió una licencia, confió el cuidado de las cosas más importantes a Nicklas Pfäffle y salió de la capital sin acompañamiento y con destino desconocido.

Fue a Hirsau. Durante aquel viaje solitario se creyó extraordinariamente noble y sublime. ¡Pensar que con una sola palabra, con una única revelación, podía conquistar completamente al duque, situarse en el centro del proyecto católico y enviar al diablo a sus malévolos rivales triunfantes y burlones! ¡Pensar que había abierto las manos sencillamente, dejando caer como un objeto sin valor, la conquista penosamente lograda, única suprema y deseada! ¡Cuán noble era y cuán desinteresado sacrificándose así! Adoptó una expresión seria, espiritual, ampulosa, como la de un clérigo, obligó a su elástico y elegante cuerpo a moverse maravillosamente despacio, e intentó que su mirada, inquieta y rápida, rebosara seriedad y juicio.

Habitualmente escogía para sus visitas aquellos momentos en que creía ausente al cabalista, pero esta vez deseaba su presencia. El apasionado amor de su hija le parecía natural y una compensación que el destino le debía. Naemi, aunque el rostro, la voz y la actitud de su padre habían desvanecido ya en su primera visita el efecto de las palabras del Magister, quedó un tanto turbada ante su fisonomía. Veía en él a Sansón, vencedor de los filisteos, y a David que había derribado a Goliat. Su nuevo rostro no concordaba ya muy bien con aquella imagen, pero aunque con menos frecuencia, seguía viendo aquel rostro suspendido de las ramas del árbol por la frondosa cabellera de Absalón, y sus rasgos eran los rasgos de su padre.

Süß se sentía mortificado porque el cabalista no mostraba ante él, el respeto y la consideración a la que ahora, evidentemente, tenía derecho. Una vez, el Rabí Gabriel le dijo:

-Has reconocido que tienes que buscar el camino; eso ya es algo, pero todavía no lo has encontrado.

En el silencio de la casita blanca, rodeada de terrazas llenas de flores, Süß reflexionó sobre el destino de su verdadero padre, contemplándolo desde todas las perspectivas posibles. Durante aquel largo rato volvieron a asaltarle las antiguas tentaciones. Si hoy hacía reconocer su origen paterno, ¿quién se atrevería a criticarle? Había probado ya que sabía ser humilde, ¿no había así adquirida pleno derecho a renunciar a aquella humillación, trocándola por el esplendor que legítimamente le correspondía? ¿Y si cortara de una vez la cuerda que le arrastraba hacia abajo, hacia los despreciados, apenas había conseguido subir un peldaño? ¿Podría quitarse de encima la suciedad y el asco y el desprecio de las masas que se pegaban a él como a un judío? ¿Qué pasaría si cogiendo de la mano a su hermosa hija, sacándola de su escondrijo, como un sultán, se presentara con todo esplendor, en medio de sus enemigos, de tal forma que las sonrisas irónicas murieran en sus bocas, no sólo superior a ellos por su genio, sino también cristiano y de noble cuna?

Los tulipanes se erguían orgullosos y la casita era un dado blanco y soleado. Detrás de sus reflexiones contemplaba vagamente las formas extrañas de los símbolos mágicos y los macizos caracteres de la escritura hebrea; se alzaba la silueta del Hombre celestial y florecía el árbol cabalístico.

Su padre. Había vivido tumultuosamente, se había hundido en el fango y había muerto en un claustro. Sí, la fortuna le había abandonado, la vida le había rechazado y no había logrado el éxito. ¿Qué podía hacer ya, sino salvar su alma? Aquel que no alcanza el éxito, tiene que arrastrarse y recogerse en sí mismo. Pero en su caso, en el de Süß, las cosas eran muy distintas. Había tenido éxito, la vida se le había sometido, le acariciaba, se agarraba a él, entregada y mansa.

Alzó los ojos y encontró a su tío ante él. ¿Había querido sorprenderle? Infatigable espía, al acecho siempre de sus pensamientos, para volverlos con ironía contra él. Nunca podría volver a vivir con el corazón tan ligero como antes. Si utilizaba su derecho y se reconocía cristiano, sentiría siempre en su nuca el desprecio glacial de aquel hombre ridículo y mal vestido. ¡Ojalá pudiera volver a vivir con la tranquilidad de antes y aceptar el día como viniera! Era absurdo y sin sentido seguir dándole vueltas a aquel asunto. ¡Ojalá pudiera arrancar de su sangre aquella inclinación que sentía, de envenenada dulzura, que lo arrastraba al más allá, a la humildad y a la renuncia!

Llegó Naemi y Süß volvió a refugiarse detrás de su máscara de serena calma.

Mientras se debatía entre aquella humildad paralizante y jactanciosa y su sed exacerbada de acción y de gloria, le sorprendió la llegada de Nicklas Pfäffle, el cual venía a notificarle que una comisión nombrada por el duque se había apoderado de la casa y de los libros de Süß para revisarlos. Se sospechaba que el consejero de finanzas había cometido fraudes formidables en sus negocios personales y en los del Estado y se había abierto una investigación judicial.

Los enemigos de Süß habían aprovechado su ausencia para lanzarse al asalto. No tenía ya amigos con quienes pudiera verdaderamente contar. El canciller Scheffer y el consejero Pfau se habían pasado abiertamente al partido militar y le atacaban sin pudor. El consejero Lamprecht había retirado a sus hijos del servicio de Süß, pretextando que ya tenían demasiada edad para continuar siendo pajes. Remchingen, los dos Röder, el general y el comandante, los coroneles Laubsky y Tornacka y el chambelán Neuffer no cesaban de

susurrar al duque sus sospechas sobre el judío. De todos los que rodeaban a Karl Alexander, sólo Bilfinger y Harpprecht no participaban en el asalto porque los enviados de los jesuitas todavía les resultaban más repugnantes que el judío.

Hacía tiempo que Dom Bartelemi Pancorbo vigilaba cuidadosamente el comercio de joyas de Süß. Hizo saber a Karl Alexander que el judío compraba todas las joyas en nombre de Su Alteza. Ahora bien, los precios eran extremadamente variables y muchas veces Süß, al cabo de un año, si los precios bajaban, declaraba que las piedras compradas a un precio excesivo eran propiedad del duque, guardándolas en cambio para sí cuando su valor subía. De este modo, todo el riesgo era para el duque y los beneficios para Süß. Mas, con gran descontento del portugués, tales alegaciones no produjeron la menor impresión al duque, el cual se limitó a contestar que para eso era Süß un judío. Por lo demás, procuraría en adelante vigilar mejor sus transacciones. Pero no pareció dispuesto a tomar ninguna otra medida.

Curiosamente, fue una medida insignificante de Süß la que permitió a sus adversarios atacarle. El consejero de finanzas había convertido la labor de deshollar las chimeneas en un servicio del Estado, prescribiendo que a cambio de un módico impuesto las autoridades se encargarían de semejante tarea. Aquella orden había provocado descontento y burlas, y el chambelán Neuffer había mostrado al duque una caricatura mal dibujada, con el siguiente título: «Testimonio de gratitud que en nombre de las brujas y los demonios, ofrece a Su Excelencia judía Josef Süß Oppenheimer, la abuela de la Sociedad General de Noctámbulos, la hechicera de Endor».

Al ver el duque aquel dibujo le asaltaron de nuevo antiguas visiones: volvió a verse arrastrado en una danza enigmática, oyó la voz chillona y siniestra del mago y luego su silencio, y vio al silencioso fantasma informe de mil brazos reptar hacia él. Atemorizado, quiso desembarazarse de aquella maldita brujería. ¿Por qué se obstinaba en conservar a su lado a aquel judío? No le producía más que disgustos, burlas y vejaciones. Congestionado y jadeante de cólera, cojeando más que nunca, recorrió a grandes pasos su despacho. ¡Ya vería aquel judío canalla con sus estafas y su magia negra! Ronco y fuera de sí, dictó la orden de proceder a una investigación en las oficinas de su consejero de finanzas y de someter a un detenido examen sus libros y sus cuentas.

Entraron en acción el canciller de la corte, los generales, y el portugués, estirando su cuello descarnado por encima de su anticuada golilla, se puso también en movimiento. Llenos de celo, los investigadores se inclinaban sobre los papeles, sudorosos y concentrados, contaban, husmeaban y escribían columnas de cifras, bosques de números, tachándolos, reescribiéndolos, espionando, husmeando, sudando.

Mientras tanto, el consejero de finanzas se apresuraba a volver a Stuttgart, los caballos galopaban ininterrumpidamente y se cambiaban en cada parada. Aquella investigación contra él, aquel choque y aquel asalto eran una advertencia. La suerte y la fortuna debían cuidarse, debían mantenerse bien agarradas. En cuanto no las sujetaba uno con todas sus facultades, poniendo en ello todo su valor y toda su voluntad, se perdían, se alejaban. Si aquella chusma de Stuttgart no hubiera sospechado su laxitud, jamás habría intentado una agresión tan brutal y tan descarada.

Partió, pues, de inmediato siguiendo su primera reacción, en cuanto Nicklas Pfäffle le comunicó la noticia. No veía ya el rostro duro y macizo de su tío ni se preguntaba si la mirada de sus ojos grises expresaba ironía o tristeza, y expulsó apresuradamente de su

espíritu la tristeza de su hija. Sólo pensaba en una cosa; a caballo, en carruaje, sólo daba vueltas a una sola cuestión: ¿qué iba a hacer?, ¿qué iba a hacer ahora? Era absurdo y demencial lo que sus enemigos habían hecho. ¿Cómo podían creerle tan estúpido como para permitir que en sus propios libros pudiera demostrarse la menor irregularidad? Aquellos *goyim* eran torpes, no tenían olfato, no tenían nariz. Tuvo que reírse: realmente, no era uno de ellos.

Hizo sus cálculos. No iban a encontrar nada. ¿Qué harían entonces? Se agarrarían a cualquier nimiedad formal y le amonestarían severamente en base a errores formales cogidos por los pelos. Karl Alexander no podía haber pensado en serio que le atacaran personalmente. Querían darle una lección, querían demostrarle que no debía sentirse tan seguro. Todo aquello quedaría en una suave reprimenda. Por su parte, lo más sensato sería darle la razón exteriormente al duque y tragarse sus reproches, pero a continuación tomar las riendas de los asuntos con las dos manos, hacérselo pagar caro a sus enemigos, introducirse, por todos los medios, en el proyecto católico.

De nuevo le vino a la cabeza: ¿por qué no utilizar para ello su nacimiento cristiano?

No, no, aquella ofensa iba dirigida al antiguo Süß. No podía seguir actuando sumido en la humildad y la abnegación. Aquella irrupción de sus enemigos en sus negocios, en sus papeles eran una señal y una advertencia. Pero no sería él quien se dejaría poner a prueba por la suerte, él daría las órdenes y obligaría al destino a desvelarse, a abrir los párpados que mantenía fuertemente cerrados.

En tanto que sus caballos le acercaban a todo galope a la ciudad su resolución iba tomando ya forma concreta. Cada paso que iba a dar, cada una de las palabras que iba a pronunciar, estaban previstas. No se mostraría hábil, negociador o político, sino que aceptaría la provocación del destino: iría a ver al duque y le presentaría su dimisión. Si el príncipe la aceptaba, sería que el destino pronunciaba su fallo. Se retiraría pues, e iría a vivir tranquilo a cualquier rincón oculto, como su padre. Pero si el duque le conservaba a su lado, sería el enemigo y el vengador, y se haría pagar cara aquella humillación. Sus manos atenzarían la garganta de sus adversarios y apretarían sin piedad.

En la corte se esperaba que Süß se defendiera hábil y locuaz, como un buen abogado; o bien recordaría sus servicios, afirmando patéticamente su inocencia, o dando golpes en torno a él, con furor. Nada de ello sucedió. Süß se presentó serenamente ante el duque y no respondió una sola sílaba a los estruendosos reproches de su frenético soberano; y cuando, al fin, Karl Alexander se detuvo jadeante, le pidió con palabras mesuradas y serenas que le relevara de sus funciones. Para responder de todas las faltas que pudieran serle imputadas, dejaba todos sus bienes raíces y sus bienes muebles. Cuando el duque mudo de sorpresa primero, estalló de nuevo en injurias, el judío le repitió con impasible cortesía su demanda. Y aunque Karl Alexander, fuera de sí, se acercaba a él cojeando y alzando la mano, sólo consiguió oírle repetir su deseo, expresado en términos precisos, de obtener pronta y decisiva respuesta a su respetuosa demanda, detenidamente meditada.

Karl Alexander hizo comparecer a los acusadores y les preguntó si habían encontrado pruebas. Su voz se ahogaba de furor. Abrumados, refunfuñando para sí, balbuceantes, excusándose, tartamudeando, no supieron qué contestar. Entonces, el duque acumuló sobre ellos los insultos más salvajes, sucios y vulgares hasta perder el aliento: el judío tenía en el culo más entendimiento que todos ellos en sus cerebros reblandecidos. No

comprendía cómo había podido dejarse arrastrar por sus murmuraciones envidiosas de hombres inútiles y sus venenosas calumnias disparatadas. Le era más caro el judío que todos ellos, cristianos, pero idiotas.

Malhumorado, devolvió a Süß sus papeles, con un magnífico regalo y una carta en la cual le hacía donación de extensas propiedades. Los enemigos del judío, lívidos de terror, se refugiaron en sus guaridas y Süß no tuvo casi que luchar para reconquistar las posiciones perdidas. Se mantuvo alejado del proyecto católico, pero en todos los demás terrenos hacía sentir el peso de su mano en cuanto veía amenazados sus intereses.

Reinaba, pues, con todo su antiguo poder y apretaba las clavijas a sus subordinados. Todo lo hecho en el interregno fue revisado y corregido. El decreto sobre la limpieza de chimeneas, que había sido derogado, fue promulgado de nuevo y con fuerza de ley. Los pasquines y las caricaturas desaparecieron, y sólo en el retrete de la posada del «Carnero Azul» se atrevía aún el pastelero Benz a mostrar misteriosamente a sus íntimos el «Testimonio de gratitud de las brujas y los demonios a Su Excelencia judía». El consejero Lamprecht envió de nuevo a sus hijos al servicio de Süß, pues había llegado a la conclusión de que todavía tenían edad para seguir siendo pajes.

Así pues, la situación de Süß en Stuttgart era, en apariencia, la misma de antes. También él volvió a sumirse en el torbellino del mundo como anteriormente. Pero se mostraba más imperioso y menos afable, permitiéndose chanzas mordaces y crueles y no guardando ya silencio cuando alguien trataba de divertirse a su costa. Al general Remchingen, cuando quiso ofenderle groseramente a causa de su origen judío, como era su costumbre, lo miró de arriba abajo y de abajo arriba, y cuando la sonrisa burlona del general se borró bajo su extraña y penetrante mirada, fue el judío quien de repente se rió en su cara, con una risa horripilante e inquietante.

Marie Auguste comprobaba con disgusto que su favorito, el judío, no era ya tan amable ni tan divertido. ¡Eran tantas las cosas que habían dejado de ser divertidas!

Las relaciones entre el duque y Süß se habían modificado también. Karl Alexander le frecuentaba mucho y para hacerle olvidar su pasada desconfianza le testimoniaba máximo favor. Pero en su interior se decía con frecuencia que de todos modos sería mejor desembarazarse del judío, y si no lo hacía era porque temía que Süß supiera demasiadas cosas y pudiera comprometerle fácilmente. Además, sería una estupidez permitirle pasar la frontera llevándose una fortuna que había hecho a costa del país. No se confesaba que lo que le ataba al judío y lo que en él le repugnaba era algo más profundo que llevaba misteriosamente en la sangre.

También sucedía que Süß, de repente, dejara caer las manos y permaneciera ensimismado y entumecido, presa de una enigmática apatía. Entonces, Dom Bartelemi Pancorbo salía de la madriguera en que se había refugiado, erguía su cabeza rojiza y descarnada y lanzaba por entre sus pesados párpados una mirada codiciosa al solitario que brillaba en el dedo del judío. Guiñaba los ojos y sus dedos huesudos se engarababan, dispuestos a apoderarse de la piedra. Pero se había vuelto muy prudente y se contentaba con desearla a distancia.

Marie Auguste, desnuda y erguida ante el espejo, se examinaba con ansiedad minuciosa rasgo por rasgo y miembro por miembro. Suspiró aliviada, sonrió: estaba intacta y sin la

menor señal, tan esbelta y tan tersa como antes. Se palpaba el cuerpo con sus manos pequeñas y carnosas y lo encontraba tan duro y elástico como antes. Con sus ojos rasgados examinaba con dureza y sin contemplaciones su cara menuda de lagartija. Las fatigas del embarazo y los crueles dolores del parto no habían dejado en ella la menor señal. La frente se mostraba despejada, serena y tersa bajo los brillantes cabellos negros, y ni una sola arruga señalaba sus mejillas ni la comisura de sus labios. Con un ademán a medias hierático y a medias obsceno, alzó los brazos, doblados por los codos, de modo que el rizado vello de sus axilas se hizo visible, y respirando excitada, sonriendo, se paseó por la habitación con paso ligero, casi bailando. Seguía resbalando sobre la tierra como una corriente de agua, todos sus miembros conservaban su flexible armonía y la obedecían con docilidad. Y Marie Auguste se desperezaba voluptuosamente, sonriendo: tenía el día por delante, sin preocupaciones, como antes.

Pero a la noche siguiente se apoderó de ella la misma angustia, envolviéndola y oprimiéndola con más intensidad todavía. Y a la mañana siguiente permaneció aún más tiempo ante su espejo, examinando más detenidamente las menores curvas de su cuerpo, de su carne y de su piel. Experimentaba un terror enfermizo a la vejez. Era inconcebible que aquellos cabellos pudieran encanecer, arrugarse aquella piel y marchitarse aquella carne. Llegaría un día en que se arrastraría penosamente, tosería y escupiría. Los hombres considerarían una aburrida tarea cumplimentarla ceremoniosamente y se sentirían aliviados cuando hubieran cumplido con su obligación de besarle la mano y cambiar con ella unas cuantas palabras, y las mujeres no la envidiarían. Sus ojos se humedecían ante aquella idea y la imagen de la vejez envenenaba su existencia.

Cuando pensaba que quizá su hijo había adelantado su decrepitud, se sentía irritada contra él. Le era totalmente ajeno, no constituía en modo alguno una parte de ella misma y no podía comprender que se hubiese desarrollado en su seno. Era un niño sano y bien constituido, que había heredado de su padre la nariz acusada y el labio inferior prominente, mas a pesar de ello era muy lindo y parecía inteligente. Los cortesanos aseguraban a Marie Auguste que aquel niño componía a su lado una tierna y encantadora imagen de la maternidad, pero la duquesa no sentía por su hijo nada más profundo que lo que sentía por el perrito de moda, que resultaba encantador cuando se asomaba por debajo del borde de su amplio vestido.

Sus días seguían llenos, como siempre, de animadas diversiones de toda clase, pero se mostraba más inconstante y más nerviosa. El señor De Riollles comenzaba a aburrirla con su ingenio sutil, demasiado complicado para ella; el judío se mostraba menos divertido y ya no participaba en juegos, y Remchingen le repugnaba con sus groseras chanzas. Por eso aceptó en su círculo al diputado Johann Jakob Moser, y puso todos los medios para convertirse en el centro de atención de aquel publicista elegante, patético, ardiente y tan seguro de sí mismo.

Aquello supuso un golpe de suerte para el consejero político. Aunque el duque y Süß se habían comportado noblemente y no habían comentado con nadie su derrota, disfrutándola en privado, su seguridad en sí mismo había recibido un duro golpe. Ahora, bajo la protección de la condesa y gozando de su favor, se estaba recuperando, como una semilla maltratada germinaba en un clima apacible. ¡Qué demonios! Todavía era alguien si una personalidad como Marie Auguste, conocida en toda Europa por su belleza, la primera dama de Alemania, se mostraba tan benevolente con él, el enemigo. A aquellos

tenderos del Parlamento podía no parecerles correcto que él, el demócrata, el que sentía un odio tan profundo por los tiranos, acudiera a la corte con tanta frecuencia. Pero aquellos desgraciados podían pensar lo que quisieran. Se sentía como Ulises, capaz de resistir a la Circe suaba.

De manera que aquel hombre engréido y vanidoso pasaba con la condesa todas las horas que podía. Estaba presente en sus reuniones matinales, cuando ella se bañaba, se sentaba sobre las maderas que cubrían la bañera dejando sólo la cabeza libre. Declamaba, con esmero y apasionadamente, con los ojos brillantes en su maciza cabeza de César, la espada oscilaba rítmicamente de un lado para otro mientras las palabras fluían de su boca con maestría. Allí estaba, un Demóstenes suabo, su solemne cabeza temblaba tanto que esparcía el polvo de su peluca a su alrededor. Soltaba grandes peroratas a la condesa sobre cualquier cosa, le leía en voz alta los manuscritos, le elegía las revistas y también grandes obras y folletos, sobre teología, derecho, economía nacional, negociaciones políticas de actualidad, pero también sobre estética, botánica, mineralogía, porque Johann Jakob Moser era un hombre muy instruido. Todo lo recitaba con la misma pasión y el mismo énfasis. Normalmente, Marie Auguste no escuchaba con atención. Mientras él hablaba, ella se hacía peinar o arreglar las uñas, u hojeaba el *Mercure galant*. Pocas veces habría podido decir si él estaba leyendo en latín o en alemán, pero aquel tono monótono que podía adoptar su Cicerón con tanta fluidez resultaba agradable al oído; además era divertido contemplar a aquel hombre alto, elegante e inquieto, exaltado y teatral, y también resultaba excitante que aquel demócrata, enemigo de príncipes, sintiera por ella una admiración tan adolescente y tan en contra de sus propios principios. A veces, cuando fijaba en ella sus ojos, alzados al cielo, algo vacíos de expresión pero apremiantes, Marie Auguste le devolvía la mirada, despacio y detenidamente, riendo cuando él enrojecía, respirando trabajosamente. Pero en casa, describía detalladamente a su mujer la belleza de la condesa con muchas y fluidas palabras, diciéndole que al parecer había hallado gracia a los ojos de la condesa, pero que su corazón estaba cerrado con siete cerrojos. Caía de rodillas y rezaba junto con su mujer fervientemente y con palabras muy bien elegidas, para que Dios siguiera dándole fuerzas en el futuro.

Entre las mujeres, Marie Auguste seguía teniendo una sola amiga íntima, Magdalen Sibylle, a la que halagaba, pegándose a ella, comportándose ante ella como una ingenua hermanita menor frente a una hermana mayor que lo supiera todo.

¡Cuán seria, razonable y prudente era Magdalen Sibylle! En la cabecita de Marie Auguste danzaba todo en un torbellino multicolor y confuso como una nube de insectos de mil colores, y todo resbalaba sobre ella como agua, sin dejar huella. Magdalen Sibylle, por el contrario, recordaba todo lo que se decía y se hacía, lo consideraba detenidamente, profundizaba en ello y lo hacía suyo. He aquí por qué poseía tanta experiencia y tan numerosos recuerdos, mientras que ella, la duquesa, no era más que una niña tonta, aunque llevase una corona y estuviera condecorada con la cruz de Malta.

Magdalen Sibylle se mostraba con ella amablemente reservada y hacía esfuerzos para ponerse, en lo posible, a la altura de aquella criatura caprichosa e inconstante. Pero a veces se sentía invadida por una especie de horror ante tan saltarina ligereza. Aquella mujer sobre la cual resbalaba todo, que no se interesaba ni por su marido, ni por su hijo, ni por su país, y de la que sólo vivía la forma corporal, no parecía un ser real, sino un espejismo, un reflejo, un fantasma, una sombra coloreada.

La arrogante joven de rostro moreno, casi masculino, se marchitaba. El brillo profundo de sus ojos azules, tan inverosímiles bajo su cabellera oscura, palidecía, y la apostura de su cuerpo vigoroso se hacía más lánguida y más femenina. Había luchado con todas sus fuerzas y se había consumido. Ahora tenía paz y ya no se sentía inclinada a entusiasmarse de nuevo, impetuosa y apasionada.

Había ingresado en la hermandad pietista con humildad y devoción, las Escrituras habían tenido para ella un sentido y habían encontrado eco en lo más íntimo de su ser, había visto a Dios, y los apóstoles habían conversado con ella. Luego, había visto al diablo en el bosque y se había lanzado contra él, ardiendo en sagrado fervor. Pero entonces habían llegado el duque y el judío y habían inundado y devastado su jardín, como una ola de barro. Las flores y los frutos, los árboles y la hierba murieron ahogados por el limo y cuando las aguas se retiraron sólo dejaron tras de sí un fango fétido y estéril.

Luego, Süß le había hecho la corte. No obstante su primera decepción, Magdalen Sibylle había levantado los ojos hacia él, como hacia un ardiente sol que difundiera la vida, y se había abierto a él sin reservas, en cuerpo y alma, con un abandono consciente y sin límites. Pero era un sol que no calentaba y que proseguía su camino, pálido, inaccesible y sin compasión. Había puesto toda su voluntad en comprenderle, se había dejado llevar por él, había intuido la confusión en la que se hallaba sumido, había entendido mejor que nadie su aislamiento, sus combates, sus derrotas, su entumecimiento y su reciente resurrección. Pero su simpatía por él, manifestada con timidez o abiertamente, no había obtenido recompensa. Süß le testimoniaba una cortés amistad llena de confianza, pero carente de todo ardor viril.

Sus visitas a Beata Sturmin volvieron a hacerse frecuentes. Ya no consideraba a la santa ciega una solterona estúpida. El silencio, en el que ella misma vivía, en presencia de aquella mujer tranquila, piadosa y bendita, dejaba de ser tan frío y oscuro, incluso a menudo sentía aquel silencio casi físicamente, como un cálido abrigo.

En casa de Beata Sturmin solía encontrar al decano de la ciudad, Johann Konrad Rieger, el mejor predicador de Stuttgart, y a su hermano menor, Immanuel Rieger, consejero de expedición. Johann Konrad, el predicador, no podía contener su gran elocuencia, ni siquiera en la tranquila sala de la santa. Era un hombre bueno y justo, pero ¿por qué no había de multiplicar el talento con el que Dios le había bendecido? Y derramaba sus hermosas palabras, de oscuras resonancias ante sus oyentes, para que se deleitaran en ellas, como si se tratara de un rico terciopelo. Aquel hombre elocuente le recordaba a Magdalen Sibylle a Johann Jaakob Moser, al que veía alguna vez cuando visitaba a Marie Auguste, y una vez, en una de aquellas reuniones, inocentemente y sin tomarlo muy en serio, habló también del publicista y de su ejercitada retórica. Pero el predicador, habitualmente tan amable, se inflamó lleno de ira, hablando venenosamente y lleno de celo, contra la fatuidad satánica de aquel orador, diciendo que aquella clase de retórica profana era un artificio del diablo, y la santa ciega apenas si pudo apaciguar la ira de su visitante contra su colega profano, hasta que se despidió, después de seguir refunfuñando durante un buen rato.

Immanuel Rieger, el consejero de expedición, escuchaba siempre modesta y devotamente cuando su famoso hermano hablaba. Era un hombre poco aparente, de baja estatura, muy delgado. Para dar a su cara infantil y apocada un aire más varonil, en contra de lo que prescribía la moda, llevaba un fino bigote. Inclinado por naturaleza a ver sólo lo

bueno de las personas, se sintió muy turbado al oír a su hermano manifestarse con tanto desprecio sobre el publicista, que era respetado en todas partes. Pero su modestia no le permitió manifestar su opinión discrepante más que con algún movimiento de mano ligeramente defensivo. Aquel funcionario diligente y concienzudo tenía la necesidad interior y profunda de venerar a los grandes hombres, aquello le proporcionaba solaz y placer y no era muy difícil aparecer ante sus ojos como un gran hombre. ¡Había tantas personas a las que Dios había bendecido con tantas gracias! Él las contemplaba lleno de respeto y admiración, se sentía feliz en el círculo de la santa ciega, se sentía honrado por poder relacionarse con tantos hombres y mujeres verdaderamente importantes.

Miraba a Magdalen Sibylle con rendida admiración y el corazón postrado en actitud de adoración. ¡Qué mujer! ¡Qué mártir! ¡La mujer más pura y virtuosa de toda Suabia! ¡Cuánto debía de haber sufrido! ¡Cuántas veces se habría sentido morir, cuando el hereje soberano puso sus ojos en ella! Poner sus ojos en ella; aquel atrevido soñador no osó formularlo de otra manera. ¡Con cuánta dignidad llevaba su corona de espinas aquella santa, bendecida con todas las gracias del cuerpo y del alma!

De vez en cuando, aquel hombre insignificante, pequeño de estatura, con bigote, conseguía vencer su timidez para dirigirle la palabra. No hablaba de la inmensa admiración que sentía por ella, nunca se habría atrevido, pero le habló de un conocido de ambos, el Magister Jaakob Polykarp Schober, de Hirsau. Magdalen Sibylle le dedicó una breve y dudosa sonrisa. ¡Ah, Hirsau! ¡El Magister, tan buena persona, grueso y mofletudo! El aroma de las manzanas asadas y el piadoso y gimoteante canto de la Jerusalén celestial, se mezclaron en sus recuerdos. Mientras tanto, el consejero de expedición seguía hablando del Magister. Lleno de respeto, le habló humilde y detenidamente de sus poesías, del canto: *La necesidad y confianza en Dios* y también del otro: *Jesús, el mejor aritmético* y Magdalen Sibylle escuchó, tranquila y serena, las respetuosas palabras del consejero de expedición.

Aquella admiración ilimitada y llena de devoción que manifestaba todo su cuerpo como la cosa más natural, le hacía mucho bien. Su vida en la corte, aunque sólo consintiera en recibir a las visitas más imprescindibles, era un constante torbellino de gentes que la cumplimentaban teatralmente, obligados y envarados, porque no sabían qué actitud debían tomar ante su particular posición. Era la querida del duque, era pietista y amiga de la duquesa católica; aquello no encajaba, aquello no había quien lo entendiera. De ahí que las personas que más frecuentaba, adoptaran una actitud hacia ella en la que se mezclaba el sarcasmo, la timidez, el desabrimiento y una curiosidad y un servilismo insolentes de modo que pocas veces las palabras que oía le sonaban sinceras y auténticas. Por eso aceptaba amistosamente la admiración ingenua y espontánea de aquel hombre.

Añoraba cada vez más la tranquilidad de la vida sencilla. Aquella actividad desenfundada y vacía de la corte, el brillante y pomposo aparato del poder, aquella vida cortesana le repugnaban cada vez más. Además, a aquello había que añadir que Süß no tenía ojos para ella. Renació en ella algo del sordo odio a los brillantes y rugientes señores, heredado de sus antepasados. Entre los de su madre se encontraba uno de los cabecillas que participó en el levantamiento de Armen Konrad y fue vergonzosamente ejecutado.

Vivía cada vez más sencillamente, se vestía de un modo modesto y burgués e incluso suprimía muchas veces la peluca. Karl Alexander, que no sabía de qué hablarle y sólo la conservaba porque sus relaciones con ella eran bien vistas por todos y hasta populares, la

miraba con asombro pero al ver que la duquesa parecía más divertida que extrañada, se contentaba con menear la cabeza sin comprender.

Pero Weissensee advertía con profundo dolor impotente y amargo el aburguesamiento de Magdalen Sibylle. No había habido jamás verdadera intimidad entre él y su hija. Incluso en sus años de Hirsau se había sentido un tanto confuso ante aquella muchacha grave y melancólica. Y sin embargo, era para él una satisfacción y un orgullo secreto. Su hija era de una materia más fina que los demás seres, vivía envuelta en una atmósfera peculiar y él, pese a su escepticismo que le hacía burlarse de su propia conducta, le hablaba con un cariñoso respeto involuntario. Aquel hombre tan inteligente sabía muy bien que, con todos sus dones, carecía de ponderación y de energía. Magdalen Sibylle tenía aquella energía. Su manera de andar, su voz y hasta su forma de respirar tenían una autoridad natural y Weissensee veía en ella el perfeccionamiento de sí mismo, era la hija de su carne y la justificación de su propia vida. Ni siquiera en lo más íntimo de su conciencia se atrevía a criticarla. Fuera lo que fuese, una dama o una santa, se hallaba lejos de la masa vulgar de los hombres, era inaccesible, formaba parte de un mundo más alto y oculto. Cuando el duque la pisoteó, por mucho que aquello lo hubiera trastornado y hundido, no afectó a la imagen interior que tenía de ella. Era Atenea, bajo la apariencia de una muchacha suaba, que se había mezclado con los mortales, o por lo menos una semidiosa.

Pero a medida que su manera de vestir, su postura y su lenguaje se aburguesaban, iba cayendo por tierra su más caro pensamiento, su más sólido sostén y su argumento más fuerte contra los reproches que se dirigía y contra el descontento que lo atormentaba. No sólo tenía ya el aspecto de una vulgar burguesa, sino que había llegado a serlo por completo. La entusiasta iniciada de la Sociedad filadélfica, la impasible querida del soberano, indiferente a su omnipotencia y cuya alma habitaba en otro planeta, habían sido tan sólo las fases de la metamorfosis de una crisálida. La burguesa razonable, práctica, satisfecha del curso cotidiano de la vida, era ya su última forma, la realidad ridícula, trivial y ordinaria. Aunque se hubiera convertido en actriz, vagabunda, duquesa, prostituta o santa, nada habría desarraigado su fe en ella. Pero aquello no podía soportarlo. Magdalen Sibylle no debía acabar entre las filas de las gentes honradas, vulgares y corrientes, inferiores, comunes; aquella atmósfera estrecha, sofocante y saturada de moho no podía ser la suya.

Con sutil intuición, adivinaba que de aquella transformación prosaica y definitiva de Magdalen Sibylle era también responsable el judío. Pero ni siquiera aquello le hizo sentir un deseo de venganza. Sólo la curiosidad crecía en él. Una curiosidad sutil, enigmática, irritante y atormentadora. ¿Qué haría Süß en una situación análoga? ¿Cuál sería la alteración de sus rasgos, de su actitud y de sus manos? Aquella curiosidad le obsesionaba profundamente, crecía en él cuando dormía y le hostigaba, cosquilleándole a lo largo de la columna vertebral e invadiéndole por completo.

Con la fe en su hija desaparecieron sus últimos escrúpulos. Había que contar con que su situación en la corte y su participación en el proyecto católico no podían ser compatibles, a la larga, con su permanencia en el Consejo de los Once. Pero cuando aprovecharon su enfermedad para excluirle de él, aunque con todo respeto, se afligió profunda y dolorosamente, y a partir de aquel momento se ponía siempre de parte del gobierno del duque. Más astuto y más perspicaz que el tosco Remchingen o el codicioso Pancorbo, no

se había asociado a las maniobras contra Süß, pues no se fiaba de la aparente debilidad del financiero. Pudo, pues, servir fácilmente de enlace entre los partidarios del proyecto católico y el consejero de finanzas, del cual, como se había demostrado, era imposible prescindir. Se presentó en la residencia de Süß acompañado por los capuchinos de Weil del Stadt y con un abad italiano, un enviado del príncipe abad de Einsiedeln. Weissensee acudió pues a aquella reunión, y aunque entró en la casa por la puerta trasera para guardar las formas, lo hizo a plena luz del día y ostentosamente, de modo que el misterio tenía el efecto de una provocación. Se apartaba cada vez más de sus viejos amigos Bilfinger y Harpprecht, quienes le veían hundirse en maquinaciones criminales y desastrosas, llenos de tristeza y sin odio.

En cambio, se insinuaba cada vez más profundamente en el ánimo del duque y aprovechaba sin escrúpulos su extraña situación de suegro morganático. Llamaba en su auxilio todo su conocimiento de los hombres para plegarse a los caprichos del duque, y Karl Alexander, furioso todavía contra sus consejeros a causa de sus intrigas contra Süß, confuso además ante este último, a quien no tenía ya la misma confianza, acogía gozoso las adulaciones y la obsequiosidad de Weissensee. Poco a poco y con habilidad, el presidente del Consejo eclesiástico fue encargándose de ciertos pequeños servicios que antes realizaba el judío para desembarazar al duque de ciertas obligaciones personales, procurarle mujeres o despedirlas y cosas por el estilo. El consejero de Wurzburg, Fichtel, se alegraba de que su venerado amigo se convirtiera con tanto entusiasmo en un hombre de la corte. Prefería mucho más ver a Weissensee, a quien podía manejar sin dificultades, como hombre de confianza y íntimo del duque, que al taimado judío, tan difícil de prever. Celebraba de todo corazón la influencia y el poder del director del Consistorio, y con frecuencia, cuando estaban juntos, cómodamente sentados, mientras tomaba a sorbitos su caliente café, con gran cautela y sin hablar nunca claramente, le indicaba el modo en que podía hacer crecer y consolidar la confianza que el duque había puesto en él.

Para encadenarle más sólidamente impulsaba a Karl Alexander a procurarse placeres refinados, perversos y artificiales y aquel hombre, sano en el fondo, que realmente gustaba muy poco de tales refinamientos y prefería diversiones más ordinarias, se creía, sin embargo, obligado por su reputación de príncipe y de hombre de mundo, a gustar también aquellos manjares más especiados. El prelado le procuraba mujeres que no le gustaban, pero que estaban de moda en París, la ciudad refinada, y le proporcionaba también arcanos y afrodisíacos italianos, internándole cada vez más en el jardín envenenado y haciéndose indispensable como mentor. Sin embargo, la duquesa no veía con buenos ojos aquella amistad. Estaba muy lejos de ser gazmoña, se hacía contar historias escabrosas y adoptaba al oírlas una expresión preocupada y soñadora. No le era desagradable contemplar el rostro de su padre, cruzado de infinitas arrugas dejadas en él por una corrupción refinada y sabia. Pero el rostro de Weissensee, quizá porque su corrupción no era natural, sino voluntaria, era de los pocos que no podía sufrir.

Karl Alexander disfrutaba organizando grandes y magníficas cacerías y consagraba a ellas sumas enormes. Así, había hecho excavar en uno de sus bosques un lago artificial, para atraer la caza a sus orillas. Weissensee le sugirió que, por una vez, debía ir de caza con sólo unos cuantos amigos, pues las cacerías que de ordinario daba eran más un espectáculo que una diversión. El duque asintió y al poco tiempo el prelado le habló incidentalmente del hermoso bosque de Hirsau, poblado de caza. Quizá resultara

agradable y divertido ir a pasar allí dos o tres días sin pabellón de caza, grandes comodidades ni servidumbre y de riguroso incógnito, con dos o tres amigos solamente y reposar, olvidando su corona y dedicándose, como un noble provinciano, al placer de la caza. Para él sería, además, un gran honor recibir a Su Alteza en su casa, aunque casi no se atrevía a proponérselo. Karl Alexander aceptó complacido. Weissensee había sabido elegir su día y su hora. Además, el duque sólo había estado dos veces en el famoso monasterio. Se organizó la partida para pocos días después y en secreto para que el incógnito fuera respetado.

Desde aquel momento, Weissensee mostró una actividad y un entusiasmo extraordinarios. Parecía rejuvenecido, su andar era más ágil y sus ojos astutos se posaban con un brillo más penetrante en las gentes y en las cosas. Buscaba la compañía de Süß y se mostraba con él siempre que podía. Con una ligera sonrisa voluptuosa en su boca sutil de hombre experimentado, escuchaba al judío inclinando la cabeza como para mejor espiar sus menores palabras. Cuando Süß no lo advertía le examinaba de pies a cabeza, devorándole con los ojos, y el otro, escalofriado sin saber por qué, vacilaba, sintiendo un vago malestar y acababa por enmudecer.

El Rabí Gabriel dejó la casa de las terrazas llenas de flores e inició uno de sus viajes solitarios.

Cruzó Suabia de oeste a este, vagó por las elegantes y antiguas calles de Augsburgo mientras las gentes lo miraban temerosas y llenas de curiosidad. Soportando aquellas miradas estúpidas y desconfiadas se dirigió a la multicolor ciudad en la que se hallaba la residencia de los príncipes del Electorado bávaro. Luego torció hacia el sur, hacia las montañas. Junto al río se extendía plácidamente un mercado pintoresco y ruidoso. A partir de aquel punto, el valle se estrechaba, serpenteando. El camino seguía, en infinitas curvas, el cauce del caudaloso río de aguas blanco verdosas. Más arriba, en medio de una pradera, se levantaba un pabellón de caza de los príncipes del Electorado, rodeado de gruesos muros de piedra, de un marrón blancuzco, y enormes torreones.

El camino se bifurcaba. El Rabí Gabriel penetró en un frondoso e interminable bosque. Seguía el cauce cada vez más estrecho y estrepitoso del río, que se abría camino por el oscuro bosque, claro y ruidosamente alegre. El cabalista cruzó la frontera y entró en los territorios del emperador. A su alrededor reinaba el silencio y había una gran soledad. En el lugar en que el valle se ensanchaba, después de una caminata de dos días, encontró un par de casitas muy pobres, reunidas alrededor de una pequeña iglesia. Allí hizo noche.

Unas millas más lejos una elevada cordillera ponía fin al valle que había seguido hasta el momento. Éste se bifurcaba en otros tres formados por tres pequeños afluentes que desembocaban en el río del valle principal. Siguió por el primero de ellos. Ascendía suavemente, tranquilo y alegre; las laderas de las montañas estaban cubiertas de bosques hasta arriba. Tomó el segundo de los valles. Éste era muy corto, escarpado y difícil de practicar y acababa pronto en un gigantesto y desnudo muro de piedra, marrón blancuzco, en semicírculo, como un teatro. Avanzó por el tercero. Era más largo y ancho que los otros dos. El riachuelo que lo había labrado caía en fuertes y pequeños saltos de agua, a menudo desaparecía, siguiendo un curso subterráneo. El Rabí Gabriel llegó hasta donde sólo crecían mimbreras, hasta donde el suelo sólo estaba cubierto de musgo. Más arriba había

una cabaña solitaria, muy pequeña, probablemente la última que quedaba en aquellos parajes.

El día estaba nublado, no hacía calor pero sí bochorno. Aquel hombre grueso jadeaba, andaba al azar, con esfuerzo.

Una vez hubo dejado atrás la cabaña, el valle se ensanchaba sorprendentemente. De repente, vio ante él, inusual, un arce. Había varios. Todo un bosquecillo. El silencio reinaba entre los grandes y viejos árboles. No corría ni la más leve brisa, no se movía ni una hoja. Con dificultad, podía verse entre los árboles la gigantesca ladera de la montaña, blanca, que cerraba el valle, tan alta que no podía verse la cumbre a través de los árboles. El aire resultaba sofocante, el bosquecillo de árboles viejos, graves y descoloridos entre las montañas parecía trasladado mágicamente a aquel lugar desde un paisaje austral, aquel silencio profundo y opresor parecía tener vida propia, todo aquel valle inmóvil estaba encantado, se tenía la sensación de estar encerrado en él como en el fin del mundo.

El Rabí se sentó debajo de un árbol, pesado, cansado, jadeando ligeramente. Sacó una carta de Süss en caracteres hebreos, una carta grave, escrita con una piedad casi enfermiza. Se concentró en los trazos de la escritura, empapándose en ellos. Después hundió la cabeza en su regazo y se representó el rostro de aquel hombre que perseguía a su alma, al que estaba ligado. ¡Ayudarle! Ayudar a aquella alma estremecida, para que la suya, encadenada a la otra, pudiera respirar.

Pero aquel valle no era adecuado para la concentración. El aire inmóvil le oprimía. Quizás Samael, el Siniestro, había mandado hasta allí a sus espíritus más poderosos para intimidarlo y apartarlo de su misión. ¡Libra mi alma de la espada y mi vida de la violencia del perro!

Inquietantes en su quietud, cadavéricos, allí estaban aquellos árboles extraños, inesperados. ¡Por todas partes demonios, informes y en millares de formas, rodeaban a los hombres e inducían a error a aquellos que habían penetrado en el mundo superior! Encarnadas en miles de cosas las almas de los muertos expiaban sus culpas. Encarnadas en animales, plantas y piedra. Encarnada en la abeja que zumba está el alma del charlatán que hace mal uso del don de la palabra; en la temblorosa llama, el impúdico; en la roca muda, el calumniador y el difamador. El Rabí Isaak Luria, que fue el más sabio entre los hombres, veía a las almas salir de los cuerpos, también de los cuerpos de los vivos, cuando volaban dichosas al paraíso en las noches del *Sabbat*.

¡Si pudiera ver el alma de aquel hombre! Hablarle, hablar con ella, ayudarla. El alma del hombre que se afana en la tierra, persiguiendo sólo los bienes de este mundo, cae al agua después de la muerte. En el agua, desasosegada, será llevada por las ondas de un lado para otro, rodando, puliéndose, pulverizándose centenares de veces en cada momento. Si los hombres conocieran este tormento no dejarían de llorar. ¡Tú, hombre desorientado, frenético y desasosegado! ¡Piensa en esto! ¡Piénsalo!

El silencio lo ahogaba, agobiante, asfixiante. Se sintió impelido a levantar la vista. Entre las hojas, miles de ojos estaban fijos en él: los ojos de la niña, aquellos expresivos ojos de un marrón dorado. Su corazón se detuvo por un instante, los ojos de Naemi, que gritaban llameantes, una súplica apremiante, ferviente y llena de miedo: ¡Auxilio!

¡Auxilio!, gritaban cada vez más apremiantes, más agobiados, más llameantes, sin apartarse de él. Se pasó la mano por la frente para apartar aquellas visiones, echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo. Los retazos de nubes permanecían fijos en el cielo,

extrañamente ordenados y con horror comprobó que formaban letras, dos letras hebreas, cuyo significado era ¡Auxilio! Apartó la cara y vio que las ramas del árbol bajo el que se había sentado formaban las mismas letras: ¡Auxilio! Y las raíces también: ¡Auxilio! Se levantó de un salto, respirando pesadamente, sudoroso, con la boca seca, un escalofrío le recorría la espalda, se le revolvían las entrañas, sentía el pecho oprimido. Regresó. Los regueros de agua en las faldas de las montañas, el recorrido del riachuelo, todo formaba las mismas letras, todo el valle silencioso era una boca, sus laderas, sus rocas y sus aguas gritaban llenos de horror y de angustia, ardientes, apremiantes, suplicándole a él: ¡Auxilio!

Aquel hombre grueso, con sus pesadas vestiduras, se apresuró a descender por el valle, jadeando, tropezando, cayéndose y volviendo a correr. Llegó a lugares donde había gente, recorrió el camino de regreso lo más aprisa que pudo, montado en mulas, en caballos, en coche. Sentía clavados en la nuca los ojos de la niña, de un marrón dorado, apremiantes, llenos de miedo, y grabadas en el cerebro las letras que le perseguían, suplicantes, gritando: ¡Auxilio!

En el apacible salón de la residencia de Weissensee, en Hirsau, estaban sentados con el dueño de la casa, el insinuante consejero privado Schütz, de nariz ganchuda, y el mayor von Röder, de voz chillona y grandes manos enrojecidas, casi siempre enguantadas. Las imágenes infantiles de Magdalen Sibylle seguían aún llenando la estancia y el padre veía su rostro infantil y ardiente, la veía sentada, leyendo con expresión grave, bajo la luz de la lámpara. Veía como entonces, las mejillas morenas aterciopeladas y casi viriles, y los ojos azules y decididos, tan inverosímiles bajo la cabellera oscura. ¡Cuánta luz y cuánta esperanza le había proporcionado aquel rostro! ¡Y de qué triste y glacial manera se había apagado!

En aquella habitación saturada todavía de sus esperanzas, de su labor en el comentario sobre la Biblia y de los sueños de su hija, Weissensee veía ahora a Karl Alexander que bebía y bromeaba con sus compañeros encantado de la excursión y sintiéndose joven y vigoroso. Había abierto ampliamente sobre el pecho su traje verde y sus cabellos rubios y entrecanos se esponjaban libres del peso de la peluca. Había sido una idea genial ir a cazar allí. En Stuttgart y en Ludwigburg marchaba todo admirablemente. El proyecto católico seguía adelante y tenía muy buenas perspectivas. Sólo que la nueva bailarina de la Ópera, Ilonka, le gustaba mucho: hubieran podido traerla. Pero no, era mejor así. Durante el día el aire puro del bosque y por la noche el vino y una sana y agradable conversación entre hombres. ¡Nada de mujeres! ¡Nada de política! ¡Nada de chusma parlamentaria! Se sentía muy joven a pesar de sus cincuenta años, capaz aún de reír y de complacerse tan sólo con un buen paseo por el bosque y un disparo afortunado.

Neuffer iba y venía sirviendo vino. El criado negro estaba acurrucado silenciosamente en un rincón, fuera del círculo luminoso de la lámpara. Karl Alexander bebía mucho, estiraba las piernas y reía ruidosamente las obscenidades de Röder, los chismes más sutiles de Weissensee y las atrevidas anécdotas que Schütz gangueaba intercalando un gran número de palabras francesas. Luego él mismo contó anécdotas de sus campañas y aventuras de su estancia en Venecia.

Weissensee escuchaba con rabiosa satisfacción. Bien pensado, también era culpable el judío de que ahora tuviera que permitir que su casa se manchara con tales conversaciones

groseras y sin ingenio. Pero cuando se quiere saber algo, cuando se era tan curioso como él, era preciso pagar para satisfacer su deseo. Pero valdría la pena.

Cuando aquellos señores subieron a acostarse, invadidos por los vapores del vino, Weissensee anunció a Karl Alexander que le preparaba una sorpresa para el día siguiente. Le aconsejaba, pues, que durmiera hasta entrada la mañana, y luego, después de un buen almuerzo, irían al bosque donde él mostraría a Su Alteza algo muy lindo e inesperado.

–¡Weissensee! –dijo riendo el duque–. ¡Viejo zorro! ¡Excelencia! ¡Presidente! Estoy satisfecho de vos. Sabéis imaginar cada día algo inédito. Sois un prelado muy útil. –Y dándole un golpecito en el hombro entró tambaleándose en su alcoba.

Al día siguiente, arrebolados por el buen almuerzo y algo embotados por los buenos vinos proporcionados por Weissensee, excelente catador, salieron todos en coche. Siguieron primero la carretera y luego un camino forestal que partía de ella. Dejando en él el carruaje, penetraron por un sendero, para detenerse al fin, ante una empalizada, detrás de la cual continuaba el bosque, que no permitía ver más allá.

Los hombres se detuvieron ante la empalizada. Soplaban un aire tibio. Invadidos aún por los vapores del vino, resoplaban sudorosos y bromeaban. Así que detrás de aquella empalizada se escondía la sorpresa prometida. ¿Valdría la pena? ¿No se burlaría de ellos Weissensee? Éste los invitó a no retroceder ante un pequeño esfuerzo y trepó el primero por la empalizada, siguiéndole los demás, no sin dificultades. Luego avanzaron todos juntos, curiosos, intrigados y divertidos.

Llegaron a las terrazas llenas de flores y a la casita blanca. Los caballeros se detuvieron asombrados. Imágenes confusas de Venecia y Belgrado se alzaron ante Karl Alexander, pero ninguno sabía cómo había surgido aquel extraño dado de blanca piedra en pleno bosque suabo.

–La casa pertenece al mago –dijo Weissensee–, al tío del consejero de finanzas.

La estupefacción se reflejó en todos los rostros. Karl Alexander sintió en la boca un desagradable sabor a vino y de pronto se sintió menos ágil y su pie enfermo le recordó el sendero pedregoso por el que había llegado. Presa de inexplicable confusión, contempló la casa con la vaga impresión de que unos ojos graníticos y tristes le examinaban desde ella.

–¿Al mago? ¿De verdad? –dijo al fin con voz ronca y pastosa–. Sí, realmente es una sorpresa.

–Y no es esto todo –continuó Weissensee, sonriendo ampliamente con sus labios delgados y voluptuosos–. ¿Vuestra Alteza ordena que nos aproximemos?

Karl Alexander se dominó y dijo con voz más clara:

–Ese viejo hechicero me debe todavía una respuesta. Vamos a pillar al búho en su nido.

Se acercaron a la casa y llamaron a la puerta y como nadie les respondiera, penetraron en la casa. El viejo criado salió a su encuentro y les preguntó qué deseaban.

–Queremos ver a tu señor.

–No está. Además, no recibe jamás a nadie –añadió. Weissensee declaró que entonces se contentarían con visitar la casa, pero el criado se opuso, invitándolos a marcharse.

–¡Silencio! –gritó lleno de cólera el mayor Röder.

Pero el viejo repuso, con obstinación:

–Nadie tiene que ver aquí nada, ni puede dar órdenes, más que mi amo.

–Y el duque de Württemberg –replicó Karl Alexander.

Y ante el criado, paralizado por la sorpresa, pasaron al despacho del Rabí Gabriel. Contemplaron, intimidados y burlones, los infolios, los grabados del árbol cabalístico y del Hombre celestial y las inscripciones en caracteres extraños. Intercambiaron burlonas observaciones sobre todos aquellos objetos y libros de magia, pero aquella habitación misteriosa los impresionaba a pesar suyo, amortiguando su habitualmente ruidoso comportamiento.

—¡Qué demonios! —exclamó de repente Karl Alexander para disipar aquel silencio embarazoso—. No estamos en una iglesia. Trae vino, Neuffer. Puesto que el viejo hechicero no está en su guarida, vamos a ver si con un vaso de buen vino podemos atraer a nuestra mesa un espíritu.

—¿Por qué no visitamos antes las otras habitaciones? —propuso Weissensee—. Quizás descubramos alguna otra cosa. —Su larga nariz sutil husmeaba y sus ojos penetrantes escudriñaban todos los rincones.

En tanto que Neuffer preparaba el vino visitaron las demás habitaciones de la casita. Ante una puerta, Jantje, la gruesa criada charlatana, intentó detenerlos pero la apartaron de un empujón y penetraron en la estancia. En ella, refugiada en el rincón más lejano, asustada e indignada, estaba la muchacha, vestida como siempre a la usanza oriental. Los cuatro hombres se detuvieron asombrados ante el encanto de aquel rostro blanquísimo, coronado por brillantes cabellos negroazulados, en el que se abrían expresivos y llenos de lágrimas los ojos.

—¡Diablos! —maldijo el duque para sí, a media voz—. ¡Esto es lo que mi judío se reserva para sí! ¡El muy sinvergüenza! ¡Una cosa así me la oculta! ¡Quiere deleitarse él solo con este delicioso bocado!

Entre los visitantes y la muchacha había aún algunos pasos. Hubo un silencio. Naemi se había levantado al verlos entrar y se había atrincherado detrás del respaldo de su silla, y el duque y sus acompañantes, detenidos por aquella singular aparición, permanecían cerca de la puerta, fijos los ojos en ella.

La voz del presidente del Consistorio rompió el silencio.

—Es la hija del señor consejero de finanzas —dijo. Y ante el estupor de los otros, añadió con amable sonrisa—: Ésta era la sorpresa prometida.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —exclamó ásperamente, varias veces consecutivas, el mayor Röder, incapaz de decir otra cosa.

Pero el duque, entusiasmado, volviendo de su asombro, la devoraba ya con sus grandes ojos azules y expresó su admiración por medio de las triviales comparaciones que estaban de moda.

—¡Es una obra maestra esta chica! ¡Una cabeza como tallada en ébano y marfil! ¡Como una leyenda de Oriente!

El consejero Schütz ponderó ingenioso:

—El señor consejero de finanzas es un genio, pero indudablemente, el fruto de su carne es mucho mejor que todo lo que ha nacido de su cerebro.

Weissensee callaba. Y sin embargo, hubiera sabido alabar a la joven mejor que el duque mismo y que el apergaminado Schütz o el rudo Röder, que seguía sin encontrar mejor cumplido que su exclamación repetida y atónita: ¡Maldita sea! Pero permaneció mudo, contentándose con mirar fijamente a la joven, mientras se dibujaba en sus labios una sonrisa lasciva. Era realmente una joya digna de ser cuidadosamente guardada. ¿No

es cierto, señor consejero de finanzas? ¡La octava maravilla del mundo! ¡La Venus hebrea! Sus ojos procedían del Antiguo Testamento. Y no parecía hecha tan sólo para ser gozada con la vista. Los apóstoles se aparecían a Magdalen Sibylle y le hablaban. A ésta bajarían, seguramente, a hablarle los profetas. Habéis sido más astuto que yo, señor consejero de finanzas, pero no lo bastante. Habríaís debido guardarla mejor y esconderla más en secreto todavía. *Voilà!* Ahora vamos a ver qué cara ponéis.

Entretanto, los otros habían seguido contemplando extasiados a la joven, e incluso Röder había encontrado, por fin, algo más que decir:

—¿Quién hubiera sospechado tal cosa de ese viejo zorro?

Naemi, de pie en su rincón, temblando de miedo y repugnancia, mantenía sus ojos fijos en los visitantes.

—¿Cómo os llamáis, *demoiselle*? —le preguntó el duque. Y al no obtener respuesta, continuó—: ¿Sulamit? ¿Salomea? ¿Serä preciso arrojar a vuestros pies una cabeza cortada?

Pero Naemi seguía muda, atormentada por el dolor casi físico que le producían la aversión y el espanto.

—No es seguramente de su padre de quien ha heredado tanta timidez —observó Schütz.

Y Röder, impaciente ya, interpeló grosero a la muchacha: —Responde, judía, cuando el duque te pregunta.

—¡Cierra la boca, Röder! —ordenó Karl Alexander.

Y dirigiéndose a la joven, que se apretaba espantada contra la pared, continuó con afabilidad, como si hablase a una niña:

—No tengas miedo, pequeña. No voy a hacerte nada, no voy a comerte. ¡Pequeña corza asustada! ¡Vergonzosa! ¡No seáis tan remilgada!

La criada se había deslizado mientras tanto al lado de la joven y se erguía protectora junto a ella, gorda y bondadosa, pero llena de angustia y desesperación.

—Soy verdaderamente tu soberano —prosiguió Karl Alexander, con ligera impaciencia—. Tu duque y tu señor, que te quiere bien, lo mismo que quiere a tu padre. Dime, pues, tu nombre.

—La *demoiselle* se llama Naemi —dijo la criada en su lugar.

—¡Por fin averiguamos el nombre! —gruñó Röder, satisfecho, rompiendo a reír—. Naemi, vaya nombre raro.

Pero el duque ordenó, con acento de mando:

—¡Ven aquí, Naemi! ¡Ven a besar la mano de tu soberano!

La criada dijo algunas palabras a la niña y la empujó suavemente. Naemi avanzó bajando los ojos y como arrastrada a su pesar. Weissensee la contemplaba con mirada ávida en la que se leía una gozosa excitación.

Volvieron a la biblioteca y bebieron, obligando a la joven a beber con ellos. En las paredes florecía el árbol cabalístico, trepaban las letras macizas y las figuras confusas, y el Hombre celestial mantenía la vista fija, impasible. Naemi bebió un sorbo de vino y huyó sin que consiguieran retenerla. Estremecida, se encerró en su cuarto; todo su cuerpo temblaba, helado.

En la biblioteca, Schütz, mostrando los símbolos mágicos, hacía observar a los bebedores:

—Hace un momento reinaba aquí un olor a escuela judía y a cementerio. Ahora

huele a París, a perfume y al *Mercurie galant*, y los espectros que llenaban el aire se han desvanecido. Es maravilloso cómo un poco de carne femenina basta para destruir el prestigio del mago más sabio.

Se retiraron. Röder y Schütz delante, detrás de ellos el duque y Weissensee, Neuffer cerraba la marcha. El duque se apoyaba amistosamente en el hombro de Weissensee, esbelto y elegante.

—Habéis dispuesto bien las cosas —dijo encantado—. Ya tenemos con qué divertirnos un buen rato. ¡Valiente hipócrita está hecho mi judío! ¡Bien vamos a burlarnos de él! ¡Haremos que se sonroje y que palidezca!

Pero aquello no satisfacía a Weissensee. Irse así y atormentar luego un poco al judío, no suponía nada. Era un resultado que no compensaba el trabajo que él se había tomado. El judío era astuto y sabía lo que su hija valía. La haría salir del ducado, enviándola luego lo más lejos posible o, por lo menos, no la llevaría a la corte como él había hecho. Era prudente y aun cuando se sintiera tentado de entregar su hija al duque, su tío le detendría. Si Karl Alexander se iba ahora, nadie le haría volver a Hirsau y la corrosiva curiosidad que sentía Weissensee quedaría insatisfecha.

El presidente del Consistorio volvió a ver a la muchacha acurrucada en su rincón, dilatados de espanto los ojos en su rostro pálido y experimentó una tierna emoción. Pero esta emoción quedó ahogada en el acto por la curiosidad desgarradora que le dominaba, apretándole dolorosamente el corazón y cortándole el aliento.

Aflojó el paso, rogó al duque que no forzara su pie y le aconsejó hacer una pequeña pausa. Neuffer tenía aún vino y Weissensee se lo sirvió al duque, el cual bebió de nuevo. Orientó otra vez la conversación hacia la muchacha y con su voz insinuante y cortés alabó sus encantos, haciendo observar cómo siendo aún tan joven era ya toda una mujer. Las judías maduraban pronto y cuando florecían eran de una belleza incomparable, superiores a todas las mujeres, frescas y ardientes como vino meridional. Pero aquella flor duraba muy poco. Se marchitaban y se ponían horrorosas. Era pues, en aquel momento juvenil cuando había que tomarlas, tímidas y ardientes como aquélla, y todo el que probaba tan exquisito manjar gozaba de una singular voluptuosidad, cuyo recuerdo perduraba en él durante toda la vida.

Fue destilando así su veneno sutil en el corazón del duque. Karl Alexander seguía bebiendo y sentía latir la sangre en sus venas. Anochecía, soplabla la brisa en tibias oleadas y a través de los árboles flotaba ante él la imagen de la joven, con sus formas tímidas y delicadas. Suspiró levemente.

—Éste debía de ser el aspecto de las mujeres del rey Salomón —decía Weissensee, formulando en voz alta sus ensoñaciones, que eran las mismas que las del duque—. Mil mujeres tenía. Así eran los reyes del Antiguo Testamento. Del Antiguo Testamento del director de finanzas. —Luego rió con leve risa silenciosa.

Karl Alexander se levantó bruscamente, sacudió el polvo y las hojas secas que se adherían a sus vestidos, y con voz ahogada dijo a Weissensee que deseaba andar un poco por el bosque a solas, encargándole de excusarle ante sus compañeros. No debían esperarle, sino volver a casa y enviarle el carruaje. Tan sólo Neuffer permanecería a su lado. El presidente del Consistorio se inclinó y se alejó. Cuando se vio solo, respiró profundamente, extendió los brazos contrayendo su inexpresivo rostro e hizo salir de sus labios sonidos extraños, como un ronroneo de gozo.

Entretanto, Karl Alexander, seguido de su chambelán, emprendió de nuevo el camino, tan de prisa como se lo permitía su pie enfermo, a través del bosque, mientras caía la noche. Cuando llegó a la casita rodeada de terrazas llenas de flores era ya noche cerrada y grandes nubes sombrías y desgarradas corrían presurosas por el cielo sin luna. Tibias ráfagas de aire le cortaban la respiración. ¡Qué bella aventura! ¡Y cuán joven se sentía! Franqueó la empalizada y se deslizó por entre los árboles. ¡Cuánto mejor era aquello que disputar con la chusma piojosa del Parlamento sobre los artículos de la ley! Si hubiera llevado puesto un antifaz se hubiera creído tan joven como en Venecia.

¿Le saldría al encuentro algún perro? ¿O quizá el Rabí había trazado un círculo mágico, cerrando sus umbrales con algún hechizo para que quien los franqueara no pudiese ya salir?

Dejó atrás a Neuffer y dio la vuelta a la casa, observándolo todo con el mayor cuidado. Recordaba perfectamente la sencilla distribución de la casa. La habitación de la joven estaba a oscuras y la ventana en la que brillaba una luz era la biblioteca donde estaban las figuras cabalísticas.

¿Se encontraría allí Naemi? No debía ser difícil trepar hasta aquella ventana por el emparrado. Probaría.

Pudo alcanzarla en efecto, no sin gran esfuerzo. Allí estaba la muchacha, hundida en un sillón, caídos los brazos, inmóvil y muy abiertos los ojos angustiados y perplejos.

Karl Alexander le siseó sonriendo y le guiñó un ojo con expresión maliciosa.

Naemi se estremeció y vio el ancho rostro rubicundo y los ojos azules del duque, saltones e invadidos por el deseo. Se echó atrás y posó una mirada de terror en Karl Alexander, que respiraba anheloso.

— ¿Os he asustado? — preguntó riendo —, ¡Tontita! No temáis nada.

Saltó dentro de la habitación y avanzó hacia la muchacha, sudoroso y jadeante.

— ¿Habéis visto qué bien sabe trepar vuestro soberano?

Naemi, en el último momento, corrió al extremo de la estancia, balbuciendo sin pensar inaudibles plegarias. El duque la siguió, intentando tranquilizarla, como hubiera hecho con una niña pequeña, pero sus repugnantes amabilidades aumentaban su terror. Le miró atónita, con ojos que parecían dos estanques helados y labios exangües, hasta que al fin, impaciente y brutal, Karl Alexander se arrojó sobre ella, cubriendo de besos su rostro helado y palpando con mano ruda su pecho virginal. Se le deslizó de entre las manos, llamando a su tío con ahogada voz infantil y echando a correr salió de la estancia y subió por una escalera que conducía al tejado.

Una vez arriba, aspiró ávidamente la brisa tibia de la noche. Volviendo la cabeza, aguzó el oído, pero ningún ruido se oía detrás de ella. Extendió los brazos y se sintió libre. Su tío la había socorrido y ahora la brisa húmeda y bienhechora arrastraba lejos de ella el tufo y el aliento apestoso de la bestia. Con paso casi danzarín, avanzó hasta el borde del tejado plano. Del bosque llegaban voces a sus oídos. La voz profunda, aterciopelada y acariciadora de su padre, y la voz malhumorada y áspera, pero consoladora, de su tío. Y Naemi sonrió en la noche.

Pero en aquel instante oyó pasos en la escalera, un jadeo y maldiciones proferidas en voz baja. ¡La bestia! Pero ahora ya no tenía miedo: impulsado por el viento que llegaba del bosque, un carruaje tirado por aéreos caballos se detenía al borde del tejado. Sonriente y ligera, Naemi entró en él.

Cuando llegó arriba Karl Alexander no encontró nada. Y sin embargo, había visto a la joven subir la escalera y no existía ninguna otra salida. ¡Maldición! ¿Había, acaso, aprendido los hechizos del viejo Rabí y volaba ya lejos, como aquellas nubes sombrías que atravesaban el cielo, dejándole burlado? ¡Maldita pécora! Karl Alexander permaneció en el tejado, furioso y defraudado y el viento que soplaba ya con fuerza hacía revolar los faldones de su casaca y sus cabellos, empapados en sudor. ¡Qué estúpido había sido! ¿Por qué no la había tomado abajo, en la biblioteca, tumbándola sobre la mesa, sin cuidarse de sus gazmoñerías? ¿De qué le servía ser el amo? Había perdido una noche y sus compañeros se reirían de él, con toda razón, cuando volviese a Hirsau derrotado y furioso.

Lleno de cólera, cojeó escaleras abajo. Le dolía el pie enfermo y se sentía agotado. Con gran trabajo salió de nuevo por la ventana y al llegar abajo oyó la voz de su chambelán, que le susurraba, aterrado:

–Está tendida entre las flores.

Karl Alexander, creyendo que se había escondido allí, sonrió y murmuró para sí:

–¡Ah, pilluela! –y se dirigió tan deprisa como pudo hacia el lugar que Neuffer le indicaba.

Sí, allí estaba, tendida entre las flores, que se balanceaban con fuerza por efecto del viento, agitando millares de brazos. Pero Naemi permanecía inmóvil. El duque la interpeló, bromeando:

–¿Por dónde has salido, pillina? –y como no le respondiese, la cogió suavemente de un brazo y le levantó la cabeza. Rápidamente y aterrorizado ya, palpó su cuerpo. Se dio cuenta de que estaba muerta. No podía comprenderlo.

Las nubes seguían corriendo, desgarradas. La luna nueva y sombría difundía tan sólo una débil claridad. Neuffer se mantenía temerosamente apartado. El duque de Württemberg se arrodilló entre las flores, al lado del cuerpo de la joven judía, turbado y angustiado, pobre diablo humilde en la noche tenebrosa.

¿Qué había pasado? ¿Había caído al vacío o se había arrojado ella? De todos modos, él era el causante de su muerte.

¡Bah! No había querido más que bromear un poco. ¿Quién hubiera podido adivinar que aquella joven era tan pudorosa? Había gozado a otras muchas de la misma edad y pertenecientes a la más alta nobleza suaba. La judía no hubiera debido mostrarse tan gazmoña y nada hubiese sucedido. Había niños que se arrojaban al agua o intentaban suicidarse sólo por haber sido reprendidos por sus padres. Pero lo hacían porque no estaban bien de la cabeza, no sabían lo que era la vida. Y aquellos que inocentemente habían sido causa de su muerte no tenían nada que reprocharse.

Sin embargo no podía librarse de aquella desazón agobiante y paralizante. El judío la había escondido, la había ocultado tan cuidadosa y secretamente..., y ahora estaba muerta, inmóvil y rígida, y el judío, con todas sus astucias, no había podido protegerla. Un soplo, que nadie sabía de dónde procedía, y la vida se apagaba. Era algo extraño y muy complicado. Hacía poco que estaba sentada a la luz de la lámpara, en sus ojos ardía la vida y ahora yacía en medio de la noche y ningún viento cálido podría preservarla del frío.

El bosque estaba oscuro, hostil, lleno de misterios. Desde él llegaban voces confusas, burlonas. El hombre azotado por el viento se estremeció. Las historias que le habían contado cuando era niño surgían de la niebla, cayendo sobre él, se imaginaba un bosque encantado, poblado de espíritus malignos que tiraban violentamente de él, de su espalda,

de sus cabellos, alargando largos y fantasmagóricos brazos. Y de pronto se vio de nuevo en aquella danza muda y sombría. El mago ante él le cogía la mano derecha y Süß detrás de él, la izquierda. ¿No era la muchacha la que también danzaba, asintiendo con la cabeza, inclinándose, en medio del corro? Y oyó la áspera y malhumorada voz del mago. Oía claramente cada palabra, esforzándose en comprender, pero no entendía nada. Aquello lo atormentaba. Y todo era tan triste, tan nublado y descolorido...

Con un grito desagradable y ronco, se arrancó de aquella angustia. Estaba muerto de cansancio, tenía que dormir. Allí yacía una muerta azotada por el viento. Ya había visto muchos muertos en su vida. Cuando ordenaba un ataque, después los muertos yacían por todas partes, y en definitiva, también él era el causante. No tenía sentido y era demencial darle vueltas a aquello por más tiempo. ¿Por qué dedicaba más reflexiones a la judía muerta que a los miles de oficiales y soldados, buenos cristianos, que habían muerto a su alrededor, por obedecer sus órdenes? Para eso era el duque. Dios lo había establecido así, de manera que allá donde fuera floreciera la vida o atacara la muerte.

Ahora se iría a dormir. ¿Y la muchacha? Ni la lluvia ni el viento podían perjudicarla. Si se iba, el asunto quedaba zanjado, se acabó, *finito*. Los criados encontrarían a la joven al día siguiente y avisarían a Süß. Iba a romperse la cabeza pensando por qué y cómo había muerto. Pero probablemente no haría más pesquisas. Se andaría con cuidado. Enterraría a su hija discretamente y mantendría la boca cerrada. Y los que le acompañaban, Weissensee y los otros, harían lo mismo. El asunto quedaría zanjado, muerta, muda y enterrada, y ¡basta!

Así pues iba a... No, no lo haría. ¿Iba a huir? ¡jo, jo! Podría parecer que el judío le daba miedo. Despertaría a los criados, mandaría un mensajero a caballo a Süß, lo esperaría allí y le diría:

—¡Vaya historias organizas, pillo! Se ha encontrado a tu hija muerta, azotada por el viento. Si no la hubieras escondido, maldito judío, intrigante e hipócrita, si la hubieras llevado a Stuttgart, esto no habría sucedido nunca.

Aquello sería para el judío un fuerte golpe y una gran desgracia. ¡Aquel maldito! Misterioso y enigmático. Primero le había arrastrado al ridículo y al descontento con el asunto de Esslingen. Y ahora, de repente tenía aquella hija preciosa y en cuanto quiso tocarla, murió. Aquella historia no quedaría zanjada y olvidada aunque ahora se fuera, viajara de regreso a Stuttgart y no hablara nunca de ello con nadie. La cara de aquella niña era más difícil de olvidar que los miles de caras de soldados muertos, destrozados y desgarrados. Recordó la cara del judío, la tez muy blanca, los labios rojos, breves y altaneros, los rápidos ojos saltones. Su rostro era de un blanco mate, como el rostro de la niña. Cómo se había pegado a él desde el principio, haciéndosele imprescindible, con su maldita, servil y exótica mirada de perro. Ciertamente, por aquel entonces él no tenía posibilidad alguna. Era un simple príncipe sin importancia, al que ni siquiera el Parlamento le adelantaba un par de monedas porque de él ya no podían sacar una gran fortuna, ni intereses. Y si después las cosas fueron de otra manera y Süß se hacía pagar con creces su confianza en él, al final el negocio no le había salido bien. Si había mostrado tanto interés por el judío Jecheskel, la niña, tan tiernamente protegida, debía significar mucho más para él. Y allí yacía, sobre el suelo, un montón de carne para los gusanos, azotada por el viento, muerta.

¡Debía librarse de él! ¡Debía librarse del judío! Se lo diría. Que se llevara todos sus

bienes, su oro, sus piedras preciosas, sus obligaciones y todo el botín que hubiera arrebatado al país, nadie se lo impediría. Él añadiría a lo que tuviera un magnífico presente, pero debía irse. ¡Que se fuera!

No. No debía irse. Podría parecer que en su presencia se encontraba incómodo, amenazado. No iba a decirle que se fuera.

¡Pero basta ya! Después pensaría sobre aquello. ¡Maldita sea! Ahora se iría a la cama. Se acercó al portón y lo golpeó con fuerza, brutalmente. Le mostró el cadáver al viejo criado que abrió la puerta medio dormido y malhumorado. Sin más explicación, dejó allí al pobre hombre horrorizado. Oyó el grito animal del viejo, los gemidos, los gritos, los balbuceos de la desesperada criada. Karl Alexander no se ocupó de nada, dedicó una mueca iracunda a Neuffer y a sus fantasías, que vacilaba temeroso, no queriendo entrar en la casa encantada con la muerta. Se echó sobre una otomana completamente vestido y durmió, respirando ruidosamente, roncando, profundamente, como un muerto.

Cuando despertó, la luz del día iluminaba la habitación. Se sentía entumecido y sucio. Acurrucado en una esquina estaba Neuffer. Karl Alexander se desperezó. Ahora se iría de aquella inquietante casa, volvería a Hirsau, se bañaría en las agradables estancias de Weissensee y desayunaría bien. Esperaría al judío, le daría unas palmadas sobre los hombros y le diría un par de bondadosas palabras de consuelo, en su calidad de príncipe. Y de esta manera daría por finalizada aquella partida de caza, aunque era una lástima que no hubiera terminado del mismo modo agradable como empezó. Se puso en pie ruidosamente, despertando a Neuffer, que se asustó y se apresuró a atenderle. Entró en la biblioteca mientras el otro se arreglaba. Allí yacía la muerta. Las ventanas habían sido cubiertas con pesados cortinajes, ardían gruesos cirios, y también la imagen mágica del Hombre celestial estaba cubierta. A la cabeza de la muerta, de pie, se encontraba el Rabí Gabriel. Sus ojos tristes y grises sobre su nariz roma no levantaron la vista cuando entró Karl Alexander. El Rabí no preguntó nada, no exigió ninguna explicación. Con su voz áspera y malhumorada dijo:

–¡Iros, señor duque!

Y el duque, impresionado, se fue. No estaba enojado. Se sentía invadido por una gran apatía y una gran torpeza. Salió de la casa, sin ver la belleza festiva y alegre de las flores a la luz del día, no habló con Neuffer, que le seguía asustado, ansioso de oír una voz humana; andaba de prisa, cruzando el bosque y hasta que no llegó al camino de carro donde le aguardaba el carruaje, no pronunció una sola palabra.

El Rabí Gabriel había llegado cuando todavía era de noche, sin que nadie le hubiera avisado. No pareció sorprenderse. Frunció las gruesas cejas, los tres surcos verticales se marcaron con mayor profundidad en su ancha frente, no muy alta. Pronunció la bendición que había de recitarse en presencia de un muerto:

–Alabado seas, Yahvé, Dios, justo juez.

Acostó a la niña, dobló sus rígidos brazos y colocó los dedos muertos, índice, medio y anular, de manera que formaran la *schin*, la primera letra del nombre de Dios, *Schaddai*. Cubrió las ventanas con gruesos cortinajes, encendió las velas, cubrió la imagen del Hombre celestial. Aspergió agua tras de sí cuando entró en la habitación en la que yacía la muerta, aspergió agua sobre la cabeza de la muchacha, sobre sus pies, porque el agua

espanta los demonios que se sienten atraídos por la muerte. Sólo Samael, el Siniestro, el ángel de la muerte, no puede ser expulsado. De esta manera el Rabí permaneció a solas con la muerta y con Samael, el Siniestro.

Hundió la cabeza entre sus rodillas, sobre el suelo, pronunció los tres himnos: el de la gran salvación, el del éxtasis y el tercero, el de la legión de los muertos. Allí estaba el alma de la niña y Samael, el Siniestro, no podía ocultarla. El Rabí Gabriel sabía que ella todavía estaba allí, no iba a volar directamente al mundo superior, aún debía cumplir una misión en el mundo inferior, por eso la niña lo había llamado. Pero él no había podido llegar a tiempo y había muerto antes de que él llegara.

En la habitación, llena de Samael, el Siniestro, y de la aletearte y asustada alma de la niña, permaneció aquel hombre grueso, en cuclillas, encogido, hecho un guiñapo. Y le habló con voz áspera y monótona aunque ya nada podía decirle, ella había cruzado el umbral del tercer mundo, y por mucho que ella lo quisiera, él no podría retenerla.

Y como sintió que ella lo seguía intentando, y que Samael, el Siniestro, la cubría, llamó a la que se alejaba con las palabras de la escritura que ella más amaba:

—«¡Cuán dulce fuiste para mí, Naemi, hija mía! ¡Amada y amable! ¡Lirio de los valles! ¡Rosa de Sarón!»

Sintió un último saludo tembloroso. Pero Samael era más fuerte que él y se la llevó más lejos. Entonces cayó sobre su rostro, nunca se había sentido tan pesado, tan terrenal como ahora. Permaneció muchas horas postrado, sumido en aquella espantosa debilidad. Las velas ardían y los dedos de la muerta formaban el signo de la *schin*. Pero no había ningún signo que le ayudara, no había nadie en la habitación, permaneció solo y desamparado, abúlico y con el corazón acongojado, con Samael, el Siniestro.

El duque insinuó a Weissensee, con medias palabras, lo que había sucedido. El mensajero enviado a Süß había partido hacía horas. Mientras esperaba al judío, Karl Alexander desplegó una ruidosa alegría, comió y bebió en abundancia, hizo chistes obscenos y reanudó sus cacerías.

Weissensee comprendió tan sólo una cosa: que la niña había muerto. En presencia del duque consiguió dominarse y mostrarse cortés. Pero una vez a solas, se hundió en una sombría desesperación. El judío le había vencido otra vez. Su hija había muerto. No había sido manchada, deshonrada ni aniquilada. Sencillamente había muerto. Había alzado el vuelo pura y limpia, y su rostro adorable sonreía ahora en las alturas. El judío no era un alcahuete extraño, arrugado y adulador como él, el judío era un mártir, la víctima de una noble tragedia, y su más preciosa joya no había sido empañada y manchada de lodo, pues cuando el otro había querido apoderarse de ella con su mano fangosa, se había libertado lanzándose al aire puro y divino. Su curiosidad carecía ya de sentido y no se sentía ya ansioso de ver el rostro del judío. Sentado en un sillón, agotado e inerte, balbucía sin cesar, casi inconscientemente:

—*Nenikekas, Judaie! Nenikekas, Judaie!* Has vencido, hijo de Judá, has vencido.

Entretanto, Süß acudía apresuradamente a Hirsau. Cuando supo que el duque estaba allí y le ordenaba acudir sin pérdida de tiempo, se estremeció aterrorizado. Tenía la certeza de que algo amenazaba a su hija y había quizás sucedido ya. Cuando llegó a casa de Weissensee, le dijeron que el duque había salido a pasear por el bosque y le preguntaron si quería hablar con el presidente del Consistorio. Pero Süß no esperó a Weissensee y salió en persecución del duque a través del bosque. El camino de carro. La

empalizada. Los árboles. Las terrazas llenas de flores. La casita blanca. Nadie ante ella, ni los criados, ni el Rabí, ni el duque. Guiado por una certera intuición, sin vacilar ni reflexionar un solo momento, fue directamente a la biblioteca y halló las cortinas echadas, los cirios encendidos y a la muerta, cruzados los brazos sobre el pecho y formando con los dedos la *schin*. Süß se desplomó en el suelo y permaneció muchas horas sin conocimiento.

Cuando abrió los ojos, el Rabí se hallaba en pie a su lado, contemplando a un hombre envejecido y acabado: la espalda, esbelta y flexible, encorvada y caída; las mejillas, tersas y blancas antes, hundidas y sucias; y los cabellos castaños, horriblemente encanecidos. El Rabí había embalsamado a la muerta e iba y venía encendiendo cirios y rociándolo todo con el agua que expulsa a los demonios.

Después de un silencio interminable, Süß preguntó:

— ¿Ha sido el duque la causa de su muerte?

— Ha muerto por ti —respondió el Rabí Gabriel.

— Si yo me hubiese marchado lejos con ella, hace mucho tiempo, lejos, muy lejos, a un lugar solitario, ¿acaso no habría muerto?

— Ha muerto por ti —repitió el Rabí.

— ¿Se puede hablar a los muertos? —preguntó Süß.

El Rabí Gabriel tembló y dijo tras una pausa:

— En el libro de la legión de los muertos está escrito: «Pensad bien de un muerto y acudirá a vuestro lado. Podéis conjurarlo interiormente y forzarlo a acudir, retenerlo y obligarlo a quedarse. Pensad en él con amor o con odio, lo sentirá. Con un amor más intenso, lo sentirá con mayor intensidad. A cada fiesta que celebréis por él se levantará, dará vueltas en torno a cada imagen que le consagréis y oirá cada palabra que le digáis».

— ¿Puedo hablar con ella?

El Rabí Gabriel tembló más violentamente y dijo:

— Sé puro y permanecerá en reposo. Cuando te lances hacia el tercer mundo, se hundirá contigo en el mar del tercer mundo.

Süß calló. No comió, ni bebió. Cayó la noche y el alba lo encontró inmóvil.

— El duque quiere hablar contigo —dijo el Rabí.

Süß no respondió. Karl Alexander entró y retrocedió asustado. Le costaba trabajo reconocer al judío. Aquel hombre sucio, con una barba de dos días alrededor de la boca y en las mejillas, con el pelo encanecido y los ojos hundidos, enrojecidos, angustiados y legañosos ¿era Süß? ¿era su judío, su director de finanzas, el elegante caballero, el sueño voluptuoso de las mujeres?

Con voz ruda y ronca, después de haber tosido para aclararla y haber ensayado varias frases, dijo:

— ¡Comportaos como un hombre, Süß! No te dejes vencer por el dolor. He visto a tu hija, sé cómo era y comprendo muy bien lo que con ella pierdes. Pero piensa que aún te quedan muchas cosas en la vida. Tienes el favor y el afecto de tu duque y quizás esto pueda servirte de consuelo.

Con mansa sumisión, sin expresión alguna, pero extrañamente glacial, aquel hombre desaseado, de horrible aspecto, respondió:

— Sí, Alteza.

Karl Alexander se sintió confuso ante aquel sí tan sereno. Habría preferido que Süß le hubiera manifestado su resentimiento dándole ocasión para encolerizarse y mostrarse

luego de nuevo compasivo y magnánimo. Aquella actitud de monje no encajaba. ¿Qué era lo que había dicho Schütz? Que aquella casa olía «a escuela judía y a cementerio». Volvió a asaltarle un vago recuerdo de la áspera voz del mago y de lo que se había negado a revelar. Le era preciso despejar el terreno ante sus pies y decidió ir directamente al asunto. Simulando una ruda y leal franqueza, dijo:

–Es estúpido que la desgracia haya sucedido mientras yo estaba aquí. Nadie, judío, cristiano o mago, sabrá qué clase de accidente ha sido. Yo la encontré tendida y muerta ya entre las flores. Supones quizás que soy yo el responsable de su muerte, pero te aseguro que estás en un error.

Y como Süß continuara mudo, añadió:

–Lo he sentido mucho, Süß, y de todo corazón. No hay que crearme un libertino que trata de lograr a toda costa sus fines. Claro está que le hice un poco la corte. Pero si hubiese podido prever las consecuencias, me habría alejado a toda prisa. No le habría exigido ni siquiera el besamanos., *Parole d'honneur!* Pero ¿quién se hubiera figurado que la pobre niña interpretaba tan mal una broma?

Con el mismo acento sereno, sumiso y glacial, respondió Süß: –Sí, Alteza, ¿quién hubiera podido imaginarlo?

Karl Alexander calló desconcertado. Luego, con nuevo impulso, prosiguió:

–No creo ser culpable ante ti. Pero si lo soy, te pido humildemente perdón. No quisiera que hubiese nada entre nosotros. No me guardes rencor y sigue prestándome tus fieles servicios. ¡Dame la mano!

Süß tendió su mano helada al duque y por un momento los dos hombres permanecieron inmóviles, con las manos cogidas, pero sin estrechárselas, y una terrible angustia iba y venía de uno a otro. Las ventanas estaban cubiertas por gruesos cortinajes y a la luz de los cirios, las imágenes cabalísticas se movían inciertas y Samael, el Siniestro, llenaba la estancia. Süß y el duque realizaban ahora aquella figura de danza espectral a la que se habían visto arrastrados en sueños.

El duque fue el primero en arrancarse a aquella atmósfera siniestra.

–¡Bien! –dijo–. Entierra a tu hija y vuelve a Ludwigsburg. Tenemos mucho que hacer.

Se retiró por fin, dejando ya tras de sí aquel penoso asunto y respiró gozosamente el aire puro del bosque. Gracias a Dios, había sabido conducirse como un príncipe y un hombre de corazón. Satisfecho y contento de sí mismo, cogió al pasar una de las lindas flores de la terraza. Y abandonando la casita blanca, cruzó el bosque, mientras admiraba las manchas que el sol proyectaba sobre el suelo a través de las ramas, y emprendió con excelente humor el camino de regreso hacia la capital.

Süß permanecía postrado al lado de la muerta y en sus labios se dibujaba una sonrisa grave y astuta. Sin pronunciar una palabra llamó a su hija y su hija le oyó. Le contó cuán astuto había sido y le habló de la venganza que proyectaba. ¿No era un hombre fuerte que había sabido dominarse y permanecer frío? No sólo no se había arrojado al cuello del duque, sino que le había dirigido palabras amistosas sin que su lengua se secara. Le había tendido la mano y no le había estrangulado. Había respirado el mismo aire que él y no se había asfixiado. ¡Y cuán confuso estaba el otro! No podía comprender que Naemi hubiese huido, desapareciendo antes de que él pudiese saciar su deseo.

¿Qué había dicho al irse? Que tenían mucho que hacer en Ludwigsburg. Quería comprarle y pagarle con beneficios y ganancias la muerte de su hija. ¡Qué imbécil! Pero él

había permanecido sereno y le había respondido en tono amistoso y sumiso. El otro se regocijaba sin duda de haber salido tan bien librado. Naemi yacía allí, un montoncito de carne muerta, un pobre montoncito acusador en descomposición. Y el otro pensaba probablemente que si él no se había arrojado a su cuello para estrangularle era porque no tenía el valor necesario para hacerlo. Os equivocáis, señor duque. Os equivocáis, alto y poderoso señor. Os equivocáis, miserable asesino. Süß no era tan primitivamente tosco. No era un carretero que podía contentarse con una venganza tan fácil. Preparaba una más refinada, cociéndola y recociéndola con infinito cuidado.

Se acentuó la sonrisa en sus labios pálidos. Sus dientes, antes tan blancos y brillantes, eran ya sólo huesos secos y amarillentos.

El Rabí Gabriel se paseaba por la habitación, grueso, con paso ceremonioso.

—Éste no es el camino, Josef —dijo de pronto con su voz áspera y monótona.

Süß levantó la vista y lo miró con animosidad. ¿Otra vez? ¿Quería volver a intentar convencerle? ¿Qué le quedaba sino la venganza? ¿Iba a interponerse en su camino, con sus nobles sentencias? Lanza a alguien al abismo y dile ¡no te caigas! Lo miró con los ojos cansados e irritados, lleno de odio, pero no dijo nada.

También el Rabí Gabriel guardó silencio. Ambos permanecieron callados junto a la muerta. Sus pensamientos eran muy dispares. Pero Samael, el Siniestro, estaba en la estancia, y desde todos los rincones, sus pensamientos regresaban una y otra vez a Samael, el Siniestro.

La noticia corrió por todas las comunidades judías del Sacro Imperio Romano: Reb Josef Süß, ministro y gran señor de la corte de Württemberg, el salvador de Israel, ha sufrido una gran desgracia: se le ha muerto una hija. Tenía una niña, hija única. Se le ha muerto la niña. La llevará a Frankfurt para enterrarla. ¡Alabado seas, Yahvé, Dios, justo juez!

Hombres de todas las comunidades se pusieron en marcha, del este y del oeste, del norte y del sur, para acudir al entierro de la hija de Reb Josef Süß Oppenheimer, salvador de Israel, sumido en la desgracia. Acudieron los rabinos de Fürth, de Praga y de Worms; desde Hamburgo llegó el maestro, el Rabí Eybeschütz, el odiado y temido, el sospechoso discípulo y descendiente del mesías cabalístico Sabbatai Zewi.

El rabino de Frankfurt se presentó en Hirsau, en la casita blanca con las terrazas llenas de flores, acompañado por Isaak Landauer, el gran hombre de negocios. Éste dio un fuerte apretón de manos a Süß, sin decir nada. Habría tenido que alegrarse de que finalmente el director de finanzas, hubiera dejado de tener aquel aspecto tan presumido de *goyim* y de caballero. Con su barba sucia y descuidada, y las ropas colgando desaseadas, tenía un aspecto muy judío y olía a *gueto*. Pero Isaak Landauer, por muchas ganas que tuviera de hacer aquellas observaciones, se contuvo, se frotó las manos, sacudió la cabeza, se pasó los dedos por la rojiza barba descolorida y guardó silencio.

Colocaron a la niña en el féretro. El Rabí Gabriel le puso alrededor del cuello un pequeño amuleto de oro: rodeando el escudo de David, la palabra *Schaddai*. Hizo una seña a Süß con su mano amarillenta y exangüe, levantó la cabeza de la muerta y puso debajo del brillante pelo negro, que todavía no se había vuelto mate, ni se había apagado, un montoncito de tierra, fértil, negra, en terrones, tierra de Palestina, tierra de Sión. Después de esto fue clavada la tapa del féretro. Los cuatro hombres —el grueso Rabí Gabriel; Süß,

sucio, sin afeitar, derrumbado; el apergaminado y afable Jaakob Josua Falk, rabino de Frankfurt, e Isaak Landauer, enfundado en su amplio caftán– llevaron sobre sus hombros a la muerta, la sacaron de la casita blanca, pasando por entre las flores, alegres y festivas, cruzando el bosque hasta la empalizada. Allí esperaban otros hombres judíos, que tomaron sobre sus hombros la ligera carga y siguieron avanzando. Al cabo de media milla esperaban otros hombres, y al cabo de otra media milla, otros. De esta manera llevaron a la hija de Josef Süß Oppenheimer a través del país, cruzando la frontera, hasta la ciudad de Frankfurt. Y el pequeño féretro no tocó el suelo, no fue llevado en carro alguno, fue pasando de unos hombros humanos a otros hombros humanos hasta llegar a la ciudad de Frankfurt. Pero al féretro lo seguía un enorme carro. Muchos judíos permanecían al borde del camino por donde había de pasar el féretro, y cuando la silenciosa comitiva pasaba, decían:

–¡Alabado seas, Yahvé, Dios, justo juez!

Y cada uno de ellos echaba un puñado de tierra al interior del carro, tierra fértil, negra, en terrones, tierra de Palestina, tierra de Sión. Era la tierra que guardaban para sus propias cabezas, para sus propios féretros, pero la echaban al interior del carro y la daban gustosos, porque de aquella manera, la hija del maestro y señor, Reb Josef Süß Oppenheimer, que había salvado a Israel de una horrible y cruel tragedia, podría ser enterrada por completo en la tierra santa de Palestina.

En la ciudad de Frankfurt, el cementerio judío estaba abarrotado de gente. Aquellas gentes, normalmente activas y bulliciosas, permanecían de pie, en un absoluto silencio, y cuando Süß pronunció ante el féretro las palabras:

–¡Alabado seas, Yahvé, Dios, justo juez! –ellos contestaron a coro:

–¡El mundo es mudable, vano y voluble; pero Uno y Único es el Dios de Israel, el que es, el verdadero Yahvé!

Después, el pequeño féretro se hundió en la tierra de Sión, y la tierra de Sión cubrió el pequeño féretro. Y en medio de millares de personas que guardaban silencio, Süß pronunció con voz seca y monótona, la oración para la consagración del nombre de Dios. Y todos arrancaron un puñado de hierba y la tiraron por encima del hombro. Y dijeron:

–Como la hierba, también nosotros nos marchitamos fuera de la luz –y añadieron–: Recordemos que somos polvo.

Luego, se lavaron las manos haciendo correr agua que espanta a los demonios y abandonaron el cementerio.

Y durante treinta días, en todas las comunidades judías del Sacro Imperio Romano, se rezó la oración para la consagración del nombre de Dios por la doncella Naemi, hija de Josef Süß Oppenheimer, maestro y señor.

De regreso a Stuttgart, Süß se entregó al trabajo con furiosa dedicación. Se introdujo, esta vez sin reserva alguna, en el proyecto católico, abalanzándose ya sobre todo lo que pertenecía a su especialidad, prescindiendo de su servil afabilidad de antes. Con una sombría e ilimitada arrogancia irónica, manejaba a cuantos le rodeaban y hacía correr a los ministros como si frieran lacayos. Emanaba de él un violento y sarcástico desprecio por todo aquello que significaba dignidad humana, libertad y responsabilidad. Se complacía en imponer sin cesar a sus subordinados nuevas humillaciones, y cuando había reducido a polvo su personalidad, los aniquilaba con su ironía serena y directa, y saciaba en su paciencia servil su desprecio ilimitado por la humanidad.

Saqueó, abiertamente ya y sin medida, el tesoro ducal. Se atribuía comisiones y vendía al duque, a un precio colosal, objetos sin valor. Imponía al ducado, gimiente y exangüe, nuevas cargas, y lo que extraía de él lo ingresaba sin ocultarlo, en su caja particular y no en la del duque. Si basta entonces había oprimido al ducado para sacar dinero con un fin práctico, ahora lo estrangulaba tan sólo por el refinado placer que ello le producía. Y todo esto lo hacía con audaz descaro, procurando que Karl Alexander lo advirtiera e intentando exasperarle por todos los medios, pero el duque callaba y consentía.

Su aspecto flexible se había transformado. Sus andares naturales e indolentes habían adquirido una brusca rigidez militar, su mandíbula inferior se levantaba ahora más decidida y escondía sus cabellos bajo una severa peluca que nunca hasta entonces había usado. Toda su persona había envejecido, endureciéndose. Su voz había perdido su insinuante dulzura y resultaba ahora gutural e imperiosa. Como la de un viejo judío, decían sus enemigos. Sus ojos se conservaban vivos y al acecho, y normalmente, incluso llenos aún de ferviente devoción, pero si se mantenía alerta, a veces aparecía en ellos una expresión venenosa y perversa, consumiéndose en un fuego hostil, pálido y siniestro.

La yegua blanca Assjadab avanzaba con dificultad bajo el peso de su jinete. Ya no llevaba a su caballero deslumbrante, odiado y al mismo tiempo admirado, noble y libre. Llevaba una pesada carga, un capataz de esclavos que se rastreaba a sí mismo, enemigo de todos y considerado por todos como un enemigo.

Daba todavía suntuosas fiestas, pero el ambiente de aquellas reuniones les parecía triste y envenenado a sus invitados. En tales ocasiones, o en medio de la nutrida concurrencia de las reuniones de sociedad, en el teatro o donde fuera, gozaba dedicando a unos y a otros, burlas crueles y certeras, publicando las miserias políticas y domésticas de alguno de sus invitados, hiriéndolos siempre donde eran más vulnerables y muchos de los invitados se sentían intranquilos y nerviosos, rogando porque no se metiera con ellos.

Con las mujeres mostraba una galantería irónica y distante. Había habido una cuya tez era de una blancura mate, en cuyos ojos se reflejaban sueños milenarios y cuya voz era tan armoniosa, que el canto del ruiseñor parecía un graznido a su lado. Y ahora, aquella mujer reposaba en Frankfurt: la tierra era su lecho y la tierra era la sábana que la cubría. ¿Qué pretendían las demás de él? Respiraban, charlaban, reían y se abrían de piernas a cambio de unos cumplidos. Eran así de vacías, pero la otra había estado llena de vida.

Weissensee, dominadas ya su turbación y su perplejidad, espiaba a Süß. Aquel hombre extraordinario y monstruoso, que no se parecía a nadie, preparaba algo, tramaba una catástrofe estruendosa y multicolor. No era un hombre como él, que se resignaba y permanecía quieto. Presa de voluptuosa expectación, el presidente del Consistorio venteaba ya los vapores de azufre de la erupción y sólo el deseo de asistir a ella mantenía en pie a aquel hombre quebrantado.

La provocativa arrogancia de Süß crecía de día en día. Se conducía abiertamente como dueño y señor del ducado y nada le detenía.

Por aquel entonces ocurrió el asunto del joven Michael Koppenhofer. Las cosas sucedieron de la siguiente manera:

Después de un viaje de estudios de dos años por Francia, Flandes e Inglaterra, aquel joven, sobrino del profesor Johann Daniel Harpprecht y emparentado también con Philipp Heinrich Weissensee, había regresado a Württemberg para entrar al servicio del duque en

calidad de actuario. Alto, moreno, de rostro enérgico, ojos azul oscuro y pelo negro, aquel joven de veintitrés años se parecía como un hermano a Magdalen Sibylle. Había vuelto de su viaje cargado de teorías subversivas sobre la libertad y la responsabilidad humanas y un odio profundo contra los despotismos. Todas las ideas juveniles, puras e ingenuas sobre una mejor organización del Estado, más justa y más humana, ardían en él, impetuosas y exuberantes, haciendo latir su corazón hasta romper casi su pecho.

Vivía en casa de Harpprecht. El anciano profesor, cuya mujer había muerto muy joven, después de unos cuantos meses de matrimonio, había educado a su sobrino, al que había echado mucho de menos durante los dos años que éste había pasado en el extranjero, y ahora le rodeaba de ilimitado afecto.

Durante su viaje, Michael Koppenhofer se había sentido doblemente orgulloso de la Constitución de su patria, más liberal que ninguna otra entre las de los demás Estados alemanes. No ignoraba la autocracia militar del duque, la del jesuita de Wurzburg y la del judío en materia financiera. Pero una cosa era leer sobre esta cuestión cartas y pasquines, y otra vivir en medio de ella, ver con sus propios ojos y palpar con sus manos la opresión sin límite y la franca violencia despectiva. El joven vio el tráfico de cargos y empleos, el comercio con la justicia y la ruina del pueblo. Los Schertlin de Urach arruinados y hundidos en la miseria; su joven primo y amigo Friedrich Christoph Koppenhofer, mejor dotado que nadie, expulsado del país; perseguidos hasta la desesperación y la muerte el jefe de aduanas Wolff y el ministro del tesoro Georgii. Devorada y sangrada hasta la última gota la hermosa comarca, rica y fértil. Millares de hombres obligados a permanecer en el ejército. Decenas de millares, hambrientos y vestidos con harapos, centenares de millares corrompidos en cuerpo y alma: una corte que se encenagaba sin freno en la intemperancia y el libertinaje. La fuerza bruta pavoneándose, vestida con brillantes uniformes, y una casuística despectiva que prevalecía vergonzosamente sobre una Constitución clara y noble. Corrompida la administración, prostituida la justicia, y la libertad, su adorada libertad, convertida en objeto de irrisión y en un harapo con el cual el duque, el jesuita y el judío se limpiaban el culo.

Una santa y devoradora indignación invadió al joven, dando una expresión más viril a su rostro moreno y enérgico, dando al azul oscuro de sus ojos un nuevo y más penetrante brillo. ¡Oh, sutil y joven elocuencia! ¡Oh, noble cólera y rebeldía! También el anciano Johann Daniel Harpprecht vivía invadido por una cruel aflicción ante la decadencia y la descomposición de su patria. Y ahora, aquel hombre honrado y recto ponía todas sus esperanzas en su sobrino, y sus noches, antes solitarias y áridas, reverdecían ante aquella juvenil presencia.

El actuario había inspirado a Süß, desde un principio, profunda antipatía. La alta estatura del joven y su aspecto un poco rígido y anguloso, exento sin embargo de toda vulgaridad, le habían irritado desde el primer día y la evidente sinceridad de sus convicciones políticas le exasperaba. Detrás de la oposición política, se escondía siempre el propio beneficio, o si no, la falta de talento. El hecho de que el joven se hubiera declarado partidario de la democracia que defendía su famoso tío, no habría resultado sorprendente, pero que aquel hombre activo, dotado de todas las buenas cualidades necesarias para llegar muy alto, pusiera en peligro su carrera, por el ardiente celo que ponía en luchar contra la corriente reinante, era la prueba de que todavía quedaba en el país alguien con convicciones políticas y que por lo tanto resultaba incordiante. Aunque en la práctica, Süß

temía tan poco el juvenil entusiasmo del actuario Michael Koppenhofer, como a la hábil elocuencia de Moser. Antes de la catástrofe de Hirsau, la impetuosidad juvenil del actuario no le hubiera preocupado y le habría dejado desahogarse sin hacer objeto de la menor reprensión al funcionario rebelde.

Pero después de la desgracia de Hirsau, se inflamó en su corazón ulcerado una llama más sombría contra los atrevimientos del joven e inquebrantable libertario. Fijó en él su mirada y se preparó para atacarlo. La imprudencia del joven le proporcionó pronto ocasión de lanzar sobre él una severa admonición.

El anciano Harpprecht preveía el conflicto desde largo tiempo atrás, pero no podía resignarse a moderar la hermosa pasión de Michael. La juventud tenía derecho a ser imprudente y a lanzarse a enderezar entuertos, a riesgo de romperse los huesos. Pero se le encogía el corazón ante la idea de volver a sus veladas solitarias, sin que la juvenil presencia de su sobrino las animase. Sin embargo, esperó que su prestigio impediría a Süß ir más lejos en sus ataques a Michael.

En medio de la miseria de su patria y de la corrupción que le rodeaba, Michael Koppenhofer vislumbró una luz clara y diáfana. Se trataba de la *demoiselle* Elisabeth Salomea Götz, cuyos rubios encantos produjeron intensa impresión en su corazón apasionado y fácilmente inflamable. Cuando supo que la joven rechazaba con franca obstinación las pretensiones de Karl Alexander, vio en ella el símbolo de la libertad humana. Las dos imágenes se fundieron en su pensamiento y Michael hablaba en los mismos términos de su adorada libertad que de la hermosa Elisabeth Salomea.

En aquellos días, Süß no se sentía obligado a tener consideraciones con nadie, ni siquiera con Harpprecht. El joven Michael fue declarado cesante, por no haber demostrado suficiente respeto al duque, a pesar de las advertencias recibidas, y haberse permitido contra él frases inconvenientes, impías y blasfemas. Debía agradecer la benevolencia y la gracia que se le hacía no entregándolo a los tribunales de justicia, pero se le obligaba a salir del ducado, quedando desterrado de él para siempre.

Aquel peligro se cernía sobre él hacía mucho tiempo. Pero cuando le hirió, pareció inesperado y quebrantó por completo al anciano Harpprecht. ¡Tener que permanecer abandonado y triste en su amplio despacho vacío, a solas con sus libros y sus pergaminos y sin más compañía que las sombras fuera del círculo luminoso de su lámpara que se convertían en tristes imágenes de desterrados, hambrientos, encorvados y vestidos de harapos, o en codiciosos dedos de judíos que se tendían hacia él! Si su sobrino estaba allí, orgulloso y lleno de vida, aquellas sombras se desvanecían en cuanto él enarcaba las cejas y sus ojos azules expulsaban de todos los rincones aquella oscuridad glacial y amenazadora. Pero no estaría allí, el duque le había desterrado y el judío no le dejaría volver.

Y el anciano jurista, agotado después de largas luchas, se decidió y compareció ante el duque. No había solicitado nunca nada, no había pedido más que lo que le era debido y estaba acostumbrado a que fueran los demás los que acudiesen a suplicarle a' él. Para aquel hombre honrado era un penoso tormento presentarse en aquella actitud y no encontraba las palabras con que iniciar su petición. Pero Su Alteza debía considerar que eran muchas las cosas que iban realmente mal en el país, y si el joven había expresado en voz alta su descontento, ello valía más y era más honrado que hacerlo secretamente como otros hacían, con frases venenosas. Karl Alexander le escuchó gravemente, estrechó

vigorosamente la mano del desdichado profesor y prometió, aunque con poco convencimiento, reflexionar sobre el asunto.

Sin embargo, pidió ser informado de él con detalle, y Süß se presentó a enterarle personalmente. Efectivamente los hechos eran como los había expuesto el profesor. Pero difería de Harpprecht en cuanto a las medidas necesarias para proteger la dignidad de un príncipe. El duque, malhumorado, reprochó a Süß haberle puesto en una situación harto desagradable, pues ahora tenía que enmendar una decisión o negar la primera y única solicitud que le había presentado aquel hombre tan respetado y lleno de méritos.

Süß replicó descaradamente que comprendía muy bien que le fuera más penoso a Su Alteza rehusar algo al profesor suabo que a su propio director de finanzas. Pero había otras razones que aconsejaban desembarazarse del actuario. Si los asuntos del duque con las señoras de Götz iban mal, la culpa la tenía el joven Michael Koppenhofer, que se había cruzado en su camino, por lo menos en lo que se refería a Elisabeth Salomea. El duque gruñó y no contestó.

Pero una vez a solas decidió, a pesar de todo, autorizar al actuario a permanecer en el ducado. El judío era un insolente. ¿Acaso él, Karl Alexander, podía temer que un miserable demócrata, un rebelde, se le anticipase en la conquista de una muchacha de la nobleza? ¿O quizá se figuraba el judío que después de la historia de Hirsau iba su duque a echarse a temblar y a desconfiar de su virilidad ante una virgen, por arisca que fuese? Se sintió furiosamente invadido por la lujuria. *Mille tonnerre!* Él era Karl Alexander, duque de Württemberg y de Teck, y a pesar de todos los rebeldes conquistaría a la doncella. En cualquier caso, no temía a ningún rival e iba a anular la sentencia.

Pero en el momento de ir a dar la orden prefirió reflexionar aún y demoró la resolución hasta el día siguiente. Aquel día fue a Ludwigsburg y las diversiones, las representaciones y los asuntos políticos le absorbieron. De este modo, llegó el día en que había de procederse a la ejecución de la sentencia sin que se dictase contraorden alguna. El joven Michael Koppenhofer tuvo que abandonar el ducado y las veladas del profesor Harpprecht transcurrieron tristes y sombrías.

Karl Alexander ya no podía tomar ninguna medida retroactiva. Cuando pensaba en las señoras de Götz se sentía satisfecho, pero no lo confesaba. Abrigaba más bien una cierta cólera sorda contra el judío que le había puesto en el dilema de escoger entre Harpprecht y él.

Süß sabía que Karl Alexander nunca había cometido deliberadamente una canallada y que, por lo tanto, no se daba cuenta del verdadero motivo que le había impulsado a permitir el destierro del joven Michael. Quiso, pues, hostigarle continuamente con aquel asunto para que su sentencia fuera en él una herida siempre abierta y de cuando en cuando le decía:

–Ahora irán mejor vuestros asuntos con las señoras de Götz, puesto que nosotros hemos hecho desaparecer al joven Koppenhofer.

El duque habría querido abalanzarse sobre él, pero se contenía y respondía confusamente:

–¿Nosotros? ¿Nosotros? –mientras que Süß se limitaba a sonreír sin decir nada.

A oídos de los enemigos del judío llegó que su campaña contra el actuario había desagradado al duque, pero no comprendían la paciencia que demostraba Karl Alexander y aprovecharon la ocasión que se les presentaba de protestar contra aquella situación

inconcebible. Demostraron pues, con cifras, que Süß sangraba y arruinaba el país, en beneficio exclusivamente suyo sin ingresar un solo céntimo en la caja ducal, y que en todas sus transacciones estafaba y robaba a su soberano. Hablaron cerca de dos horas sin que Karl Alexander los despidiese. Los escuchó hasta el fin y pidió explicaciones sobre ciertos detalles que no comprendía del todo, haciendo que Dom Bartelemi Pancorbo le demostrara minuciosamente con qué descaro le engañaba y le robaba Süß, vendiéndole a elevado precio joyas sin valor. Cuando terminaron, los despidió cortésmente, sin manifestar su opinión.

Al día siguiente, sin haber sido llamado, Süß se presentó en palacio. Había sabido, dijo, que volvían a iniciarse malignas maniobras contra él y no estaba dispuesto a soportar por segunda vez la vergüenza de una investigación de sus cuentas. Solicitaba pues, respetuosamente, pero con urgencia, que se le relevase de sus funciones.

–Escucha, judío –dijo Karl Alexander–, en octubre me vendiste una piedra por más de cinco mil ducados. ¿Cuánto vale?

–Hoy ni siquiera quinientos.

Y fijando sus ojos en los del duque, con sonrisa insolente y provocativa, añadió:

–Esas piedras varían mucho de precio porque suelen ser regalos de amantes.

–Está bien –dijo Karl Alexander, y ambos permanecieron silenciosos.

El duque llamó y ordenó que el canciller Scheffer acudiera a palacio con toda urgencia, *prestissimo*. Pero hasta que llegó pasaron veinte minutos y durante aquellos veinte minutos no cambiaron una sola palabra. Tampoco pensaban el uno en el otro. En la lujosa estancia, clara y amplia, reinó un profundo silencio. Imágenes y sueños iban y venían del duque a Süß. La voz áspera del mago y la muchacha muerta formando con sus dedos la letra *shin* estaban en aquellos sueños.

Por fin llegó el canciller. Formaba parte ahora de los enemigos de Süß y se estremeció al verle allí. El duque quería sin duda confrontarle con el financiero y la tarea iba a ser ruda contra aquel hombre diabólico.

Pero no fue así. Apenas entró el canciller, el duque se levantó y dijo con acento firme, militar, glacial e imperioso, a su sorprendido ministro:

–El señor director de finanzas, aquí presente, se queja de que se calumnia su gestión y pide ser relevado de sus funciones. En consideración a sus servicios, que siempre nos han satisfecho plenamente, deseamos hacer todo lo posible por conservarle. Por lo tanto, vais a redactar inmediatamente un documento, un testimonio de legitimación o de absolución, llamadlo como queráis, descargando al señor director de finanzas de toda responsabilidad por sus transacciones pasadas y futuras. Nadie, quienquiera que sea, podrá pedirle cuentas de sus actos y operaciones. Redactaréis el documento en forma legal y nos lo traeréis inmediatamente para ser firmado, y para que pueda publicarse en el próximo número de la gaceta oficial. Lo esperamos.

Karl Alexander había hablado con voz tan fría y mesurada, que el canciller, aterrizado, no se atrevió a aventurar la menor objeción. Ni el duque ni el judío rompieron el silencio, en tanto que Scheffer redactaba el texto, y Karl Alexander lo firmó también sin decir palabra. Pero luego, no pudiendo contenerse por más tiempo, exclamó:

–A la gaceta enseguida, este papelucho.

El ministro se retiró temblando.

Süß agradeció con serviles y devotas frases aquel enorme favor inmerecido y aquella

extraordinaria confianza. Pero sus ojos no se mostraban agradecidos, sino provocativos y sarcásticos. Los dos hombres se midieron con la vista, mudos y hostiles y Karl Alexander comprendió que aún no había pagado su rescate.

–¡Vete, judío! –gritó por fin, loco de rabia.

Y Süß se fue, pero no como el canciller. Se retiró lentamente, erguida la cabeza, con una sonrisa perversa en los labios y consciente de su poder.

Una vez solo, el duque dio rienda suelta a su cólera, hiriéndose y desgarrándose en su lucha contra la cadena invisible, indestructible y cruel que le ataba a aquel hombre.

El joven Götz de cabellos de lino que, a pesar de sus pocos años, había sido promovido al puesto de procurador de la cancillería privada, veía con disgusto las atenciones galantes que Karl Alexander prodigaba a su hermana Elisabeth Salomea y a su madre, Johanna Ulrike, y no sabía qué actitud adoptar. Por un lado, era para una dama un alto honor ser cortejada por su soberano y su deber, como súbdito fiel, era pertenecer en cuerpo y alma al príncipe designado por Dios. Además, para su propia carrera, no podía ser sino muy beneficiosa aquella inclinación del duque. Mas, por otro lado, el camino que venía del duque o conducía a él pasaba inevitablemente por aquel maldito judío, e incluso le parecía advertir que Elisabeth Salomea, su hermana, veía al judío con ojos más favorables que al duque y aunque Süß, por su situación en la corte, se hallase en cierto modo purificado de la pestilencia habitual en los de su raza, a Götz le era de todos modos muy penoso imaginarse a su madre y a su hermana en íntimas relaciones con él. El joven funcionario hubiera puesto sin duda un rápido final a aquel conflicto solicitando una licencia para retirarse con su madre y su hermana a sus propiedades de Heilbronn. Pero el asunto de la napolitana y de la enfermedad del duque le había trastornado profundamente. Se sentía culpable ante su soberano y su conciencia no le permitía alejarse de él. Preocupado y sin saber qué hacer dejó que las cosas siguieran su curso.

En un principio, marcharon mal y lentamente. Süß se atravesaba sin cesar en el camino del duque, el cual jugaba a veces con la idea de coger por la fuerza, también en esta ocasión, el fruto deseado, pero quería demostrar al judío que sabría rendir la fortaleza sin más armas que la galantería. Esperaba pues, pero tan larga espera aumentaba su deseo.

Enviaba a aquellas señoras, tan pronto a la madre como a la hija, espléndidos presentes que su criado negro se encargaba de llevar. Aquel criado siempre silencioso, hasta el punto de que las gentes le creían mudo, aquel hombre ágil, de un negro brillante, era simpático a las mujeres por su expresión melancólica y animal, habiendo así logrado grandes éxitos con las criadas de palacio y con otras mujeres de clase mucho más alta. Los delicados rostros coronados de rubios cabellos de las señoras de Götz le fascinaban y cuando iba a llevarles los regalos del duque devoraba en silencio, con sus ojos profundos y nostálgicos, sus delicadas figuras. Pero la *demoiselle* Elisabeth Salomea, cuando advertía sus miradas apremiantes e indecentes, se reía insensible, alegre como una colegiala, en su propia cara.

Süß sujetaba enérgicamente a las dos mujeres. Ambas estaban locamente enamoradas de él, sin que por ello tuvieran celos una de otra. Por el contrario, se entusiasmaban mutuamente comentando admiradas sus múltiples dones. Mientras que la madre alababa su genio —hacía tiempo que se había dado cuenta de que él gobernaba en

el ducado y no Karl Alexander—, y mientras comentaba lo fuerte y temible que era, siendo al mismo tiempo adorable, la hija lo encontraba masculino, lleno de fuerza, pero sin ser tosco o rudo. ¡Qué distinto era de aquel revolucionario Michael Koppenhofer! ¡Qué distinto de los oficiales tan ruidosos y brutales! Y cogidas del brazo, como dos hermanas, lo ponían por las nubes, y se deleitaban sabiendo rendidos a sus plantas a las dos primeras figuras del país, el duque y el judío, mientras que el joven Götz guardaba silencio, lleno de perplejidad.

Süss hubiera podido gozar de las dos mujeres antes que el duque. Pero al pensarlo se pintaba en su rostro una aburrida sonrisa. Hacía como si estuvieran demasiado altas para él. Fingía no ver sus provocaciones y se contentaba con manejarlas de manera que el duque no consiguiese sus fines.

Ocurrió por aquellos días que un joyero holandés puso a la venta una piedra de excepcional valor, llamada el «Ojo del Paraíso». Procedía de las Indias, de donde la había traído un aventurero inglés que la había adquirido por procedimientos nada claros. El «Ojo del Paraíso» era la piedra más bella y más pura de su especie en Europa. El gran visir ofrecía por ella una suma enorme, pero antes de que aquel tesoro desapareciera de nuevo hacia Oriente, el comerciante de Amsterdam preguntó a los grandes caballeros cristianos si había alguien dispuesto a mejorar la oferta del pagano.

Un día que las señoras de Götz elogiaban incidentalmente los regalos de Karl Alexander, Süss habló del «Ojo del Paraíso» que se hallaba en venta. Aquel que ofreciera semejante joya a una dama demostraría amarla verdaderamente y a nadie que pagara tal precio podría una mujer negarle sus favores.

Sucedió así lo que Süss deseaba. Elisabeth Salomea, lisonjera, habló a la ligera al duque del «Ojo del Paraíso» y Karl Alexander pidió a Pancorbo informes sobre aquella piedra y sobre su precio. Era ciertamente un diamante de gran valor, respondió el portugués con su voz ronca y estirando el cuello descarnado por encima de su enorme golilla portuguesa. Pero su precio era elevadísimo. Mencionó la suma que por él había ofrecido el gran visir, aquel dinero bastaba para comprar cinco señoríos con todos sus pueblos. Karl Alexander retrocedió ante aquella suma inaudita y no se decidió a dar la orden de compra.

Suponía quién había metido en la linda cabecita rubia de Elisabeth Salomea aquel ardiente deseo. Pero no estaba lo suficientemente loco como para sacrificar tan elevada cantidad, con la cual se podían adquirir territorios y soldados, a una mujer a la que fácilmente podía tumbar un día sin consideraciones y sin que nadie se atreviera a criticarle, después del tiempo que había gastado con ella, de sus galanterías y regalos. Tan sólo el judío le consideraría ahora mezquino y roñoso. El judío que inspiraba semejantes ideas a las mujeres para hacerle pasar luego a sus ojos como un Harpagón. Pero su deseo aumentaba de día en día. ¡Rayos y centellas! Ninguna mujer podía entregarse gustosa a un hombre al que considerase roñoso e innoble. Hizo, pues, llamar a Dom Bartelemi, el cual recibió, radiante, la orden de comprar la piedra.

Pero cuando Pancorbo se presentó ansioso y a toda prisa en casa del joyero, el «Ojo del Paraíso» había sido ya vendido. ¿A quién? El joyero no lo sabía. Un intermediario había ofrecido por ella un precio más elevado que el del gran visir.

—Tanto mejor —se dijo el duque. Se lo explicó a las señoras de Götz, expresándoles su disgusto por no haber podido ofrecerles aquella satisfacción.

Dos días después Süss ofrecía a Elisabeth Salomea la piedra maravillosa. Era un

presente estimable y en toda Alemania se habló de él, en tanto que el joven Götz seguía perplejo y sin saber qué hacer.

Sin ser llamado, Süß se presentó al duque, el cual le recibió sombrío y, tal y como acostumbraba hacer Karl Alexander, elogió en términos descarados y con todo detalle los encantos de la *demoiselle*.

Con los puños levantados, Karl Alexander se precipitó, furioso, corpulento y amenazador, contra el judío, que le dejó llegar sin inmutarse. Ante aquella fría serenidad, el duque se contuvo jadeante, y dijo con voz ronca:

–Estamos en paz, judío.

Pero el judío no respondió, y el duque comprendió que todavía no estaba redimido.

Mientras tanto, en el castillo del príncipe-obispo de Wurzburg se había elaborado un plan astuto y sutil. Siguiendo el modelo de la organización de los dominios austríacos del sur, el ducado de Württemberg debía ser dividido en doce circunscripciones militares. El gobernador de cada una de ellas tendría a sus órdenes un regimiento y todos los funcionarios quedarían bajo su jurisdicción directa. De este modo se daba fuerza de ley a la autocracia militar, que gobernaría a todo el país.

Para quitar definitivamente todo el poder al Parlamento se preparó un decreto, según el cual, en cada reunión de la Comisión de los Once, debía estar presente un consejero nombrado por el duque. Éste debía presentar las solicitudes del duque, pero al mismo tiempo debía poner particular atención en aquellos que se manifestaran en contra de éstas. Si su modo de ver las cosas era más acertado, se aceptaría su opinión, pero si los que se oponían lo hacían sólo por pura maldad y ganas de llevar la contraria, él o los rebeldes, serían llevados a prisión.

Consumiendo innumerables jarras de café, el aparentemente insignificante consejero Fichtel, asistido por el presidente del Consistorio, trabajaba en un detallado informe endemoniadamente astuto, para justificar esta medida arbitraria ante el emperador, la Dieta del Imperio y el *Corpus Evangelicorum*. Con leal sinceridad, se argumentaba en contra de la Constitución, y con los más sutiles legalismos se hacía hincapié sobre todo en que había que tener en cuenta la época en que se establecieron los viejos acuerdos entre el duque y el Parlamento y reconocer que lo que había sido bueno en aquellos momentos, hoy en día no tenía ya sentido.

Miles de manos trabajaban febrilmente colaborando entre sí. El Papa y el emperador miraban el asunto con buenos ojos, animándolos a seguir. Y aquel viejo y borroso acuerdo entre Karl Alexander y los consejeros vieneses, llevado a cabo cuando subió al trono, por el que él se comprometía a apoyar con tropas al emperador en el caso de una guerra con Francia, haciendo lo mismo el emperador en el caso de que corriera peligro su soberanía, adquirió de pronto un peligroso sentido para el partido de la Constitución de Württemberg. El viejo príncipe de Thurn y Taxis viajó a los Países Bajos austríacos y desde allí daba las directrices para la reforma de la administración de Stuttgart. De la organización militar se ocupaba, con energía y rudeza, Remchingen; de las cuestiones financieras, Süß; de las diplomáticas, Fichtel; del hundimiento y la desmoralización del Parlamento, Weissensee.

Karl Alexander trabajaba febrilmente y sin descanso. Celebraba conferencias, escribía

de su puño y letra innumerables cartas y pasaba revista a las tropas. Se sumía en el proyecto católico como en un baño vivificante. Ni las sangrías ni las ventosas recetadas por los doctores Breyer y Seeger cuando su sordo furor contra el judío le había hecho subir la sangre a la cabeza habían conseguido aliviar su estado. Ahora tenía el vago presentimiento de que el éxito del proyecto católico le curaría.

El duque no era en absoluto piadoso. Bien sabía Dios que no se había convertido a la Iglesia católica por la Virgen María, sino por Marie Auguste y un saco lleno de ducados, pero a pesar de sus ocasionales chistes librepensadores, no se sentía inclinado al ateísmo *à la mode*, absoluto e incondicional. Le gustaban los ritos de la Iglesia por muchas razones, aquella religión era la más adecuada para un soldado y un gran señor, aquella fe llena de pompa, encajaba mucho mejor con la riqueza y el lujo de los uniformes. Resultaba muy agradable también confesarse de vez en cuando con el afable y rechoncho pater Kaspar, aunque difícilmente podía decirle a otra persona sus más secretos y pecaminosos pensamientos, cuando ni él mismo reflexionaba dos veces sobre ellos.

Ahora, su relajada fe ganó en seriedad, en sustancia. Si antes su profesión de fe no había sido más que un medio político, una condición previa necesaria para obtener el apoyo del emperador y del Papa para una autocracia militar, o en el mejor de los casos, un elemento decorativo, ahora empezaba a contemplar el absolutismo al que se quería llegar, desde una perspectiva mística. Se veía al servicio de una idea grandiosa, divina. El poder por el que se esforzaba era algo santo; la lucha por él, un servicio a Dios. Se volvió visiblemente más piadoso y más estricto en el cumplimiento de los ritos, lo que alegró al pater Kaspar y a sus amigos los príncipes clérigos.

Pero sucedió que, sin confesárselo, veía en aquel servicio a Dios una expiación por la extraña, odiosa e indestructible inclinación que sentía por el judío. Con la pícara palabrería que había aprendido de los jesuitas, se convencía de que necesitaba al judío por motivos políticos y que sólo por eso toleraba su insoportable presencia. Pero en cuanto hubiera alcanzado su objetivo, agarraría a aquel canalla por los pelos y lo metería en prisión. A veces se decía que si lograba aquel triunfo para la Iglesia, Dios le recompensaría con toda seguridad librándolo de aquella penosa unión con el judío.

No debería haber solicitado ni escuchado el oráculo del mago judío. Había aceptado lo segundo, pero le atormentaba aquello otro:

—Lo primero no os lo diré.

Escribió urgentemente a Suiza a su amigo el príncipe-abad de Einsiedeln, que era un gran astrólogo, pidiéndole que le mandara un astrólogo y adivino católico, y pronto se presentó éste ante él. Era muy distinto al cabalista. Su aspecto y su modo de vestir no tenían nada de extraordinario, pero en su presencia se había sentido extraño e incómodo. El mago del príncipe-obispo, por el contrario, se presentó con toda la pompa y los útiles del charlatán profesional. Traía consigo objetos, triángulos, catalejos, alambiques y herraduras mágicas, exigió que se le instalara en una habitación solitaria de una de las torres; por las noches se subía, vestido con túnicas llenas de extrañas figuras, al tejado del castillo, pronunciando extraños conjuros; se hizo traer tierra del cementerio, recogía el rocío de las ventanas cuando la luna estaba en cuarto creciente, quemaba hojas de álamo y carbón y bacía muchas otras cosas por el estilo. Con frecuencia, a medianoche se oían en su habitación salvajes alaridos y los lacayos, que a pesar del miedo, le espían llenos de curiosidad, tuvieron la impresión de que un caballo salía galopando por la ventana con

mucho ruido de cadenas. El astrólogo prometió al duque decirle el día y la hora exacta indicadas por las estrellas para que llevara a cabo aquello que tuviera previsto. El duque no ocultaba que aquel hombre, con toda su magia, le impresionaba mucho menos y le inspiraba menos confianza que el cabalista con su silenciosa y discreta presencia. Y se rió a carcajadas cuando Süß, estando el astrólogo presente y burlándose de él, señaló a los cañones, diciendo:

—Señor duque, éstos son los mejores astrólogos y adivinos.

Sin embargo, después de haber consultado a un mago cristiano, se sentía con la conciencia más tranquila, además de que no había forma de obtener más información del mago judío.

Aunque Süß se le hubiera adelantado en la conquista, Karl Alexander no había podido resistir la tentación de gozar también a las señoras de Götz, que el judío le cedía ahora con indolente desdén. Pero no le proporcionaron el placer que esperaba, pues la idea de que habían pertenecido al otro le irritaba. Concentrándose cada vez más profundamente en el proyecto católico, acabó por olvidarse totalmente de las dos señoras, las cuales quedaron humilladas y se mostraron incapaces de ocultar su desilusión, sobre todo la madre, que envejecía ya visiblemente. El hijo y hermano rechinaba los dientes, murmurando para sí aquellos versos de la comedia en la que había conocido a la napolitana: «La belleza que nos atrae es una bendición y un dulce milagro; la belleza saboreada, una baratija, un trasto viejo» y no sabía cómo reaccionar. Se consumía de rabia pensando, esta vez en serio, retirarse a sus posesiones de Heilbronn, y aunque seguía prosperando, seguía acumulando su ira en silencio.

Pero a quien más atormentaba el dolor de las dos deliciosas señoras era a Otmann, el criado negro. Como de costumbre, se había tendido atravesado ante la puerta la noche en que Johanna Ulrike había entrado en la alcoba del duque y aquella otra, todavía peor, en la que le había tocado el turno a Elisabeth Salomea. Otmann no había dormido, espiando a través de la puerta los menores ruidos, y cuando la joven hubo salido de palacio, los ojos impenetrables del mameluco se habían transformado de repente, a espaldas del duque y habían lanzado contra Karl Alexander una mirada fulminante, tan saturada de odio, que su señor había alzado los hombros en un movimiento instintivo de defensa.

El negro conocía muy bien las intrigas de la corte. Sabía de quién había recibido Elisabeth Salomea el «Ojo del Paraíso» y lo que aquello significaba. Pero, extrañamente, no abrigaba odio alguno contra Süß e incluso sentía una extraña satisfacción de que hubiera sido él y no un cristiano quien hubiera gozado sus primicias; en cambio, su odio contra Karl Alexander era intensísimo y profundo.

El duque trataba a su mameluco como a un perro fiel. Estaba convencido de que no comprendía nada de sus asuntos y no le ocultaba lo más mínimo. Dondequiera que Karl Alexander se hallara, Otmann se hallaba también en pie, sentado, acostado o acurrucado en un rincón, e incluso por la noche se tumbaba en su alcoba o ante su puerta. Pero comprendía muchas más cosas de las que su señor imaginaba, tenía buen oído y mejor vista, y relacionaba unas cosas con otras, aunque parecieran muy dispares. A su manera misteriosa y callada aparecía ahora de cuando en cuando en casa de Süß y le revelaba detalles secretos de la vida de Karl Alexander, que Süß habría debido ignorar. Y entonces los dos hombres se miraban largamente: los ojos vivos del uno se hundían en los del otro, serenos como los de un animal, y en ambos se veía el mismo odio encarnizado y salvaje.

Süss aprovechó unos cuantos días menos agitados para ir a Hirsau. En la casita blanca reinaba el más absoluto silencio. El

Rabí Gabriel permanecía callado. Los dos hombres se saludaban, pero no permanecían nunca juntos. Por fin, un día el Rabí Gabriel se obligó a decirle:

–Bajo la carne y los huesos veo ya tu rostro verdadero, Josef.

–¿He cambiado? –preguntó Süss. Y luego añadió, furioso–: Ahora mi aspecto es realmente el de un judío. ¿O acaso sigo siendo el hijo de mi padre?

–El dolor hace que las máscaras caigan de los rostros –dijo el Rabí–. Tienes expresión de dolor, la expresión de un rostro judío. Pero el camino que has elegido no es el bueno, Josef.

Süss no respondió. No se alteró ninguno de sus rasgos y no podía saberse si le había oído o no. De la niña no hablaron.

Recorrió las terrazas llenas de flores que su hija había amado tanto, contempló las imágenes del árbol cabalístico y del Hombre celestial, de las cuales había llenado ella sus ojos y hojeó las páginas cubiertas de grandes caracteres macizos del Cantar de los Cantares, que Naemi prefería a todos los demás libros de la Biblia. Pero aquellas dulces y amables palabras no le transmitían su encantadora musicalidad, sino que de ellas deducía una dura y violenta advertencia, y no pudo seguir contemplando aquellas páginas durante mucho rato.

En el bosque encontró inesperadamente al presidente del Consistorio. Weissensee había vuelto a dedicarse a sus comentarios sobre la Biblia y erraba a través de las amplias estancias de su residencia, conversando con Johann Polykarp Schober. Pidió a Süss permiso para acompañarle y consideró su silencio como una afirmación. Lentamente y sin hablar apenas, anduvo a su lado a través del bosque soleado y le siguió, cruzando las terrazas, sin que Süss protestase, hasta penetrar en la casita blanca. Silencioso y singularmente confuso, se sentó con él en la biblioteca. Minutos después se unió a ellos el Rabí Gabriel y los tres hombres permanecieron sentados, encorvados y cansados. Veían que eran viejos y sentían cómo la vida se escapaba de sus miembros, cómo se iban convirtiendo en pasado, minuto a minuto; lo sentían claramente, físicamente, con un cierto bienestar doloroso, como el enfermo que se despereza, cansado, cada uno de ellos vivía la pena de los otros y adivinaba en ellos la misma languidez apaciguadora.

Al día siguiente, el Rabí Gabriel se despidió de Süss. Había resuelto no volver más a Württemberg. Süss le era ya menos hostil. Aunque protestaba contra el Rabí y rechazaba despectivamente con tímidas simplezas sus exhortaciones a retroceder en el camino emprendido, le hubiera gustado tenerle siempre cerca de él. En el rostro de aquel hombre obeso y feo lucía un reflejo del rostro de su hija, y los sueños de Naemi vivían detrás de su frente estrecha y abombada, cuyos surcos formaban la *shin*. Cuando se fuera, Süss se sentiría muy solo. Pero aquello no se lo confesaba ni siquiera a sí mismo. Se decía que su mal humor se debía tan sólo a que ahora ya no tendría ningún testigo que certificara que el camino que había elegido era el correcto y que su venganza magistral era el único medio de volver a estar en contacto con su hija.

Solicitado por diversos sentimientos encontrados, estaba dispuesto a pronunciar o a oír de los labios del cabalista palabras amistosas. Pero el Rabí conservaba su humor

sombrío. Sus libros y todo su aparato cabalístico habían sido retirados ya casi en su totalidad, dio al criado las últimas instrucciones con su áspera voz. Luego, vuelto hacia Oriente, hacia Sión, recitó la plegaria obligatoria al emprender un largo viaje, reafirmando por tres veces, con tres fórmulas distintas, su confianza en el auxilio de Jehová. Posó una vez más en Süß la mirada dura de sus ojos graníticos, le dirigió un último adiós: «La paz sea contigo», y partió seguido de Jantje, la gruesa criada que retornaba a su país. Süß fijó la mirada en su ancha y gruesa espalda, algo encorvada, en su anticuado traje, hasta que lo vio desaparecer en el bosque después de cruzar las terrazas en flor. En lo más recóndito había deseado que el Rabí se volviera una vez más. Pero con paso cansado, acompasado e imperturbable, siguió avanzando hasta desaparecer.

Pocos días después, Süß y el viejo criado abandonaban la casita blanca. El pequeño edificio de aspecto exótico quedó silencioso en medio de su soledad. Las habitaciones estaban desoladamente vacías y los porticones de las blancas ventanas, claveteados, le daban un aspecto espectral y hostil. Las flores se marchitaron y nadie se cuidó de renovarlas.

Crecieron los rumores en torno a la extraña y orgullosa casa abandonada. Se tejieron a su alrededor sangrientas e infantiles fantasías, que llegaron hasta la ciudad. En la taberna «El Carnero Azul», el pastelero Benz, con sus ojos porcinos expresivamente abiertos, contaba en susurros a los horrorizados clientes el nuevo secreto: Su Excelencia, el hebreo, tenía escondido en un bosque un taller de brujería. Con la sangre de vírgenes cristianas que arrojaba entre tormentos y bien atadas desde el tejado, sobre flores llenas de espinas, cocía un brebaje diabólico que era el que le permitía ganarse constantemente la simpatía del duque. Satanás entraba y salía de aquel palacio de brujos, tomando el aspecto de un hombre gordo, con rabo y cuernos y cascos de caballo.

La criada Jantje tenía un gato gris y negro, un animal viejo y vulgar. El Rabí Gabriel no había podido soportar nunca al gato, de manera que Jantje no se atrevió a llevarlo consigo en aquel viaje tan largo. Pensando en quién podría cuidar mejor del gato, se le ocurrió el Magister Jaakob Polykarp Schober. El Magister, cada vez que le había sido posible, se había hecho el contradicho con Naemi, le había dirigido piadosas y respetuosas palabras y había intentado varias veces, lleno de vehemencia, atraerla a su fe, profunda y pura, y sobre todo había intentado salvarla recitándole ardientemente sus versos. Pero cuando ella rechazó sus esfuerzos apasionadamente y llena de indignación, él se resignó y se limitó a alegrar su corazón con la felicidad que le producía su angelical contemplación. Cuando ella desapareció tan de repente, aquel hombre mofletudo iba de un lacio para otro sumido en una profunda y dolorosa angustia, los ojos infantiles asustados, lleno de remordimientos, por no haber puesto mayor celo en arrancarla del falso camino, en sacarla del río venenoso por el que se deslizaba su vida, para conducirla al santo mar de Dios. Había permanecido a un lado del camino cuando el pequeño féretro fue sacado en hombros de la casita blanca, llevando una sencilla corona de flores, y se entristeció profundamente cuando los cuatro hombres que llevaban el féretro, y que tenían el aspecto de los falsos profetas, no aceptaron su amistosa ofrenda. Desolado, volvió a casa, tomó una pluma de ganso y una hoja de papel y escribió un «llanto fúnebre», también llamado *nenias*, por la fallecida *demoiselle* Naemi Süß, judía, pero honesta, un poema que empezaba con los versos: «Cuántos y cuán horribles caminos utiliza la muerte, que ha caído también sobre ti, hebrea *demoiselle*». Este poema se lo recitó después a la

criada Jantje, y mientras lo hacía, tanto él como ella derramaron amargas lágrimas.

Jantje confió, pues, su gato a aquel joven, honrado y bondadoso, que lo aceptó en el acto lleno de las mejores intenciones. En una de sus entrevistas con la criada le vio Süß. El judío, antes de que la casita rodeada de terrazas llenas de flores quedase abandonada y sumida para siempre en el silencio y el olvido, había errado con intensa agitación por el jardín, se había detenido entre los tulipanes y frente a la pared en la que estaban dibujados el Hombre celestial y el árbol cabalístico. Cuando vio al Magister, le hizo imperiosamente señal de que se acercara y le interrogó en tono arrogante. Schober, a quien el menor testimonio de amistad intimidaba y enternecía, vio en la actitud violenta y melancólica del judío una prueba y una llamada, en presencia de las cuales se sobrepuso a su cobardía natural. Alterado el corazón y el aliento, pero animoso, se irguió ante su interlocutor con el gato de la criada entre los brazos y se dispuso a afrontar al señor director de finanzas, maligno Satanás, con el arma acerada de su fe y volverle al buen camino. Süß, que había oído hablar a Magdalen Sibylle del Magister y estaba enterado de sus encuentros con Naemi, le escuchó sin decir palabra, pero prescindiendo de su ironía habitual y con atención reflexiva, de modo que el otro empezó a llenarse de esperanza, acentuando su celo hasta tal punto que, al mover con tanta vehemencia los brazos, dejó escapar al gato. En tanto que intentaba apoderarse de él sin interrumpir su ardoroso discurso, Süß pareció tornar una resolución, e interrumpiéndole con dulzura habló de otra cosa. No le costó el menor trabajo conquistar la confianza del joven y seducirle, llegando así, en poco tiempo, a conocer su vida privada, sus ambiciones y el modo inicuo en que le habían rehusado el puesto de bibliotecario.

Para sorpresa de Schober, el judío no demostró ser el furioso Holofernes que todo el mundo veía en él. Dejó pacientemente que el locuaz Magister se explicase hasta el fin, mostró interés por sus versos y declaró que, habiendo sido ya favorablemente juzgados por Weissensee, él cuidaría, por su parte, de hacer que fueran publicados. Para terminar, añadió que si bien el puesto de bibliotecario había sido ya definitivamente concedido, no creía difícil encontrar para él otro cargo, y al día siguiente mandó llamar a Schober y le propuso que entrara a su servicio, en calidad de secretario. Necesitaba un hombre recto y elocuente, cualidades que el Magister poseía en el más alto grado. Jaakob Polykarp Schober vio abierto ante sí, de este modo, un camino magnífico que Dios le deparaba en la capital, y se vio ya en los círculos de la hermana Magdalen Sibylle, introducido en la hermandad de Stuttgart con Beata Sturmin y el excelente Immanuel Rieger. Vislumbró la posibilidad de mantener piadosas conversaciones con el judío e incluso, quizá, con el descarriado duque. Oyó cantar a los ángeles del cielo y aceptó radiante la propuesta de Süß. Después se dedicó a buscar al gato, que el día anterior había olvidado, sumido en su bienaventurada estupefacción, y se llevó en brazos, con todo cuidado, a aquel feo animal gris y negro.

Pero en Stuttgart, en la suntuosa mansión de la Seegasse, no encontró ciertamente la esperada bienaventuranza, sino agobio y confusión. Encontró a Magdalen Sibylle libre de toda afectación cortesana, lo que le confirmó en sus sospechas de que todo habían sido sólo malignas maledicencias con las que se la había querido calumniar, pero tampoco halló en ella aquella intimidad santa y feliz que procedía de su forma de ser, tan distinta a los demás, que antes la rodeaba y que lo había arrastrado a él a las alturas. Ya no florecían sus sentimientos en su presencia, sino que permanecía como muerto, y esto lo agobiaba y lo

desconcertaba. Ella era tan inmaculada, tan honesta, tan buena y piadosa... No quería reconocer que precisamente aquella fuera la causa de su desilusión.

Sus ocupaciones cerca de Süß le causaron dolorosos tormentos y una turbación que nunca habría podido imaginar. Tenía mucho tiempo libre, porque además de él y de Nicklas Pfäffle, había otros dos secretarios que atendían la correspondencia privada y diaria del director de finanzas, de manera que Süß lo hacía llamar muy de vez en cuando. Pero entonces le dictaba documentos de carácter inquietante, concebidos en términos que revelaban claramente al más ingenuo, sombrías maquinaciones que tendían a destruir las libertades evangélicas y parlamentarias, textos, cada una de cuyas líneas comprometía gravemente al duque y a su consejero de Hacienda y documentos que revelaban al Magister los detalles más secretos, importantes y decisivos del proyecto católico.

El infortunado Jaakob Polikarp Schober sentía girar todo aquello en su cabeza y sufría vértigos. Süß dictaba sus perversas maquinaciones sin pestañear y con voz impasible, demostrando tener una confianza ilimitada en su secretario. Schober estaba a su servicio y se sentía obligado por su cargo. ¿Debía retirarse, faltar a su palabra y revelar todo lo que sabía, traicionando fríamente la confianza del judío? Su señor no era, desde luego, más que un perverso judío, pero si él lo vendía, el último de los canallas tendría derecho a considerarse más honrado. En cambio, si seguía siendo un espectador pasivo y guardando silencio mientras veía estrangular, pérfida y vergonzosamente, la fe y la libertad de su patria, permitiendo que millares de almas protestantes se precipitaran en el abismo y en el último círculo del infierno, sería un miserable y un réprobo.

El Magister se sentía desgarrado y devorado por la duda. En Hirsau se había creído elegido por Dios como instrumento del destino y la redención. Y ahora su aspiración audaz y presuntuosa iba a realizarse de modo tan terrible y oscuro, que había de serle imposible salvar los millares de almas de sus hermanos en el Evangelio sin sacrificar la suya. Se estremecía, atormentado, como un perro apaleado. Adelgazó visiblemente, los sofocos que le sobrevenían durante el día se convertían en sudores fríos por la noche; agobiado por el insomnio, se levantaba, tropezando con el horrible gato, gimiendo mientras andaba de un lado para otro.

Visitó a Beata Sturmin y le rogó que abriera la Biblia al azar. La santa ciega lo hizo señalando el versículo: «Y los hijos de Israel salieron de Rithma y acamparon en Rimón Perez». El Magister meditó larga y profundamente, intentando descifrar qué podían significar aquellas palabras y llegó a la conclusión de que Rithma era aquello que debía dejar y Rimón Perez aquello que debía hacer, pero no pudo esclarecer si Rithma era su falta de fidelidad al judío y Rimón Perez la salvación de sus hermanos en la fe, o viceversa. Y siguió sumido en sus sudores, sus dudas y su desgracia, sosteniendo día y noche la salvación de las almas de todo el país en sus gruesas manos, inexpertas y dubitativas.

Bruscamente y sin disimular apenas su disgusto, Karl Alexander dio por terminada la reunión secreta y despidió a los personajes, a los que había confiado la dirección del proyecto católico, reteniendo tan sólo, con un gesto impaciente, al judío.

–No has dicho nada, judío –exclamó.

–Nada de lo que han dicho merecía respuesta –replicó Süß, barriendo con un ligero encogimiento de hombros todo lo que los demás habían expuesto durante la conferencia.

Karl Alexander suspiró levemente, golpeando la superficie de la mesa con los dedos. ¡Maldita sea! Era repugnante, pero su judío tenía razón.

Una vez más Süß formuló los pensamientos a los que el duque daba vueltas en su cabeza.

–Esos señores dan vueltas y más vueltas, sin hacer nada práctico –dijo en tono burlón y deferente–. Discuten los más mezquinos detalles, tejen una tela de araña y no tienen visión alguna de conjunto, son incapaces de comprender nada.

Y relegándolos con despectivo acento a las últimas regiones de la simpleza y de la incapacidad, continuó: No se trataba de inventar argucias de leguleyo para borrar de la Constitución una coma aquí y un punto allá. Tales métodos eran mezquinos y propios sólo de los tímidos. Un solo decreto bastaría: «Nos, Karl Alexander, duque de Württemberg y de Teck, volvemos a hacernos cargo de los derechos que Dios nos ha otorgado y que la astucia, la malicia y la sedición nos han arrebatado. A partir de hoy somos, realmente, el soberano del país, somos Württemberg». Pero ante semejante medida aquellos cobardes retrocedían, paralizados, no la comprendían, sacudían la cabeza, ponían reparos, chasqueaban la lengua y no hacían más que decir ¡Ah! ¡Oh! ¡Pero! La idea era demasiado sencilla, demasiado grande, demasiado principesca y demasiado majestuosa para ellos.

A pesar del sordo resentimiento que albergaba contra el judío, Karl Alexander se dio cuenta una vez más de que sólo Süß le comprendía y sabía de qué se trataba. A disgusto, sorprendido y secretamente indignado, se dijo que sólo con su ayuda podría llevar a buen puerto el proyecto católico. Todo lo que Süß tomaba entre sus manos poderosas, misteriosamente diestras, adquiriría en el acto viabilidad. En comparación con su fanático ardor, toda la tarea concienzuda y honrada que los otros llevaban a cabo laboriosamente y sin lograr jamás un éxito completo, parecía ridícula. A fin de cuentas, ¿qué sabían aquellos otros? Para ellos, el proyecto católico era un negocio, una labor, tal vez una labor de vital importancia; pero sólo él y el judío sabían y sentían que aquel proyecto en realidad significaba mucho más y que aquel golpe de Estado era la propia vida del duque y su razón de ser.

Porque bajo el impulso constante e insistente de Süß, el proyecto se había ido convirtiendo poco a poco en algo distinto que le hacía arder la sangre. Al principio había sido tan sólo una cuestión política, un procedimiento para aumentar su poder y su prestigio. Nada más. Pero luego se había mezclado a él un hondo misticismo y un deseo de liberarse de una pesada cadena. Y ahora había llegado a ser su vida y su sangre mismas. Iba a convertirse en la encarnación viva del país y tal era el sentido y la culminación de su plan: llegar a ser el país mismo y no ya un servidor o un príncipe, un legislador o un general. Todo aquello eran sólo miserables chapuzas, títulos sin sentido. Iba a asimilarse por entero al país, a fundirse tan completamente en él que llegaría a ser el país mismo y éste no respiraría, no avanzaría ni se detendría, si él no respiraba, no avanzaba o se detenía. Se representaba aquello de una manera casi física, corpórea. Stuttgart era su corazón, el Neckar su arteria principal, las montañas suabas su pecho y los bosques su cabellera. Él era Württemberg en persona, Württemberg no era otra cosa sino él.

Una metamorfosis tan magna, deliciosa y viva no podía lograrse por medio de mezquinas y alambicadas astucias jurídicas. ¿Se le había ocurrido a él todo aquello? ¿O era el judío quien se lo había dicho? Ahora proseguía:

—Debe hacerse de una manera genial y de un solo golpe. Tiene que hacerse de manera que el país despierte un día encarnado en su duque, en su soberano por derecho divino, no siendo ya sino la piel, la carne y la sangre de su príncipe. Hasta entonces, nada de luchas mezquinas, nada de escaramuzas ni de lamentables idas y venidas. No, es preciso que se produzca de un modo natural y espontáneo. Como un capullo que se abre llegado el momento.

¡Sí, sí! El judío tenía razón, era imposible e inconcebible que para cosa tan sencilla fueran precisas tantas discusiones y disputas. Así no se conseguiría nada y él, Karl Alexander, no sería ya, en toda su vida, más que el hazmerreír de todos, un simple necio, un fracasado y su vida se convertiría en un disparate y una mamarrachada. Pero Remchingen, Fichtel y Pancorbo no podían comprenderlo. Eran fieles servidores, buenos oficiales y hábiles diplomáticos, pero no poseían el genio, la fuerza vital, la capacidad para comprender algo tan maravilloso en su perfecta y santa naturalidad. Aquel don, y aunque fuera diabólico, aunque fuera algo disparatado, había que reconocerlo, aquel don, sólo lo poseía el judío.

Ni el duque ni Süß pronunciaron una sola palabra sobre todo aquello, pero flotaba de uno a otro, en ondas que hacían inútiles las palabras. Así había sucedido en todas sus entrevistas durante las últimas semanas. Una misma vida los animaba. El judío respondía con actos y no con palabras a las preguntas y exigencias no formuladas de Karl Alexander, como si uno de ellos respirase el aire que el otro exhalaba. Eran las dos mitades inseparables de un solo cuerpo.

Süß había avivado cada vez más insensatamente en el duque el oscuro y apasionado anhelo, que se cumpliría el día en que el país se convirtiera en él mismo, para no ser otra cosa que él, convencéndole de su similitud con Dios, animándole en sus desenfundados sueños cesaristas, insuflándole en las venas su ardor fanático. El príncipe, intoxicado ya, buscaba ávidamente una confirmación y nuevas y más apasionadas instigaciones en la mirada cómplice de su misterioso judío. Sólo muy de cuando en cuando se calmaba por un momento su fiebre y se preguntaba adónde le conduciría aquella extraña complicidad. Era terrible tener constantemente a su lado un hombre que penetraba en la más secreta intimidad de sus pensamientos. Ni él mismo sabía apenas todo lo que había en lo más íntimo de su corazón de turbio y venenoso, y cuando aquello pugnaba por salir a la luz, ni siquiera lo reconocía como propio. El hecho de que alguien pudiera penetrar en lo más oscuro de él mismo era impensable, era imposible creer que alguien así existiera, viviera. Pero le necesitaba, pues sentía que el proyecto no podía ser llevado a buen puerto sin su apoyo, y así lo había demostrado nuevamente la sesión de aquel día. Pero una vez alcanzado el éxito le impondría silencio, lo sepultaría en un calabozo subterráneo de cualquier fortaleza, como el hombre relega al último tenebroso abismo del ser todo lo perverso y destructor que encierra en su corazón.

Posó en el judío una mirada desconfiada y vibrante de odio.

¿No sospecharía, quizá, también aquellos pensamientos? Luego le ordenó:

—Redacta en seguida el rescripto como mejor te parezca.

Süß se inclinó con devota cortesía ante su soberano, que respiraba penosamente. Pero en sus ojos se reflejaba una sarcástica y oscura esperanza salvaje y triunfante.

El ducado se agitaba, gemía, en una ansiosa espera apenas tolerable. Adivinaba que los católicos estaban a punto de terminar sus preparativos y que darían el golpe en la primera ocasión propicia. Por todas partes surgían amenazas, que no permitían ya la duda, imponiendo a los más despreocupados una triste certidumbre. Cerca de las fronteras se reunían fuerzas militares extranjeras de Baviera y de Wurzburg. El Consejo de los Once tenía noticias fiables de que sólo Wurzburg había prometido al duque diecinueve mil hombres de refuerzo. Su vanguardia estaba ya acantonada en Mergentheim, sede de la Orden de los Caballeros Teutónicos, y esperaba allí la orden de avanzar. Dentro del mismo ducado crecía el número de soldados, que hablaban dialectos extranjeros, el bávaro o el franco. Avanzaban de noche en pequeñas columnas. Las fortalezas y los castillos ducales rebosaban tropas. Todas las fortalezas: Asperg, Neuffen, Urach, Hohenwiel y Tubinga, habían sido restauradas y provistas de los recursos más modernos de la estrategia y numerosas brigadas de obreros trabajaban en distintos turnos, de día y de noche, reparando el mal camino que conducía a Asperg. Un servicio de correos especiales, maravillosamente organizado, establecía el enlace entre las diversas plazas fuertes. Las fábricas de pólvora, sobre todo la importante fábrica de Hans Semminger, trabajaban día y noche produciendo sin descanso proyectiles y detonadores y los cañones y las municiones circulaban en convoyes interminables. El pueblo, cuando veía pasar los misteriosos carros, sostenía que iban repletos de rosarios, que se repartirían después de la conversión. Pero eran otro tipo de cuentas las que se escondían en ellos.

Cerca de Nürtingen, uno de aquellos correos, un tal Bilhuber, cayó en manos de Johannes Kraus, el hijo del matarife de Stuttgart. Durante la pelea el burgués arrebató al correo sus despachos, escritos sobre la llegada de tropas extranjeras, que denunciaban los traidores planes de los católicos. El duque mandó detener a Kraus, pero éste había llegado ya a la ciudad libre de Reutlingen desde donde, pocos días después, huyó a la ciudad libre de Esslingen, donde se había reunido una gran colonia de emigrantes, fieles a la Constitución, procedentes del territorio ducal.

Kraus había entregado los comprometedores despachos al burgomaestre de Stuttgart, la comisión parlamentaria los había hecho reproducir y los había distribuido entre el pueblo. Aquella prueba del peligro que amenazaba visiblemente su fe inquietó hasta a los más serenos. Por todas partes se formaban conventículos y asociaciones secretas para la defensa de la religión. Ciudadanos y campesinos se procuraron armas y los valerosos gremios de los zapateros y los toneleros pidieron prestadas a la ciudad libre de Esslingen carabinas y mosquetes. Más de una vez desaparecieron, misteriosamente y en gran número, armas y municiones del arsenal de Stuttgart, los ciudadanos más pacíficos mostraban después a sus amigos, sonriendo, a la vez orgullosos y asustados, las armas que escondían en sus casas. La agitación crecía de tal manera que el duque reforzó su guardia personal, el príncipe heredero fue enviado fuera del país, a casa de su abuelo el príncipe de Thurn y Taxis, en los imperiales Países Bajos. Evidentemente, dadas las circunstancias, Karl Alexander decidió que en todo el país se requisaran las armas metódicamente y por la fuerza. Preparó un edicto en el que ordenaba esta requisita, en previsión de la creciente agitación. Pero el poder llevar armas era uno de los derechos fundamentales de los ciudadanos que se recogía en la Constitución. Si se quería evitar una guerra civil, había que esperar para la publicación del edicto hasta que se hubiera implantado el Estado totalitario.

Pero por lo menos, el duque podía ordenar la supresión de los ejercicios militares de guardia montada de la ciudad de Stuttgart. El comandante de esta milicia, uno de los cuerpos más fuertes del ducado, era el mayor von Röder, aquel oficial que se contaba entre los más íntimos amigos de Karl Alexander. Era un buen protestante y al mismo tiempo el mejor colaborador de Remchingen en lo tocante a la organización militar del proyecto católico. Aquel hombre tosco y estrecho de miras, consideraba correcto el Estado totalitario que se planeaba y no comprendía la agitación que aquello había levantado, sólo veía en ello rebeldía y mala voluntad. Si el duque quería más libertades para los católicos, ¿por qué no había de hacerlo? El país era grande y había espacio suficiente para construir iglesias. ¿La Constitución? ¿El Parlamento? ¿La libertad? Aquello no tenía sentido. Ganas de darse importancia, ganas de fomentar la dejadez de la chusma que sólo quería comer más y trabajar menos. ¿A qué venían tantos gritos? ¡Maldita sea! Él era un buen protestante y hasta el momento nadie se lo había impedido en lo más mínimo. Cualquiera podía ir a la iglesia cuando y como quisiera y los calculadores señores, así llamaba él a los prelados y predicadores, bien sabía Dios que decían lo que les daba la gana, sin que el duque y su gobierno les molestaran o importunaran. El mundo era así de sencillo. Sólo había que tener un poco de buena voluntad, fidelidad y honradez, y sobre todo, obediencia a su príncipe, elegido por Dios. Lo extraño era que el señor von Röder, a pesar de sus opiniones, de su íntima amistad con el duque y de su importante puesto en el proyecto católico, era cada vez más popular entre las gentes del pueblo. Repetían sus chistes toscos y triviales, se contaban anécdotas de él, que eran aplaudidas y celebradas por todos, y que eran testimonio de una cierta afabilidad grosera. En todo caso, como sucede a veces, el pueblo, sin motivo aparente, había entregado todas sus simpatías a aquel hombre corpulento de frente estrecha, boca de expresión dura, manos deformes, siempre enguantadas y voz fuerte y brutal. Era incuestionablemente el militar más popular de Stuttgart. A su popularidad se debió que la supresión de los ejercicios militares de la guardia montada no fuera causa de tumultos.

A todo esto, en cada rincón de la ciudad podía sentirse una sorda tensión. La autoridad eclesiástica estableció una semana de penitencia y oración general. Muchos hicieron su testamento. El domingo anterior a Pascua, el pueblo acudió en masa a la celebración de la Santa Cena, de modo que las iglesias permanecieron iluminadas hasta muy entrada la noche. El Parlamento organizó un cuidadoso servicio de información, mandó agentes a caballo en todas direcciones por todo el país, para averiguar si las tropas extranjeras se habían puesto en marcha. Pronto se recibieron noticias desde Wimpfen, comunicando que la vanguardia episcopal de Mergentheim había abandonado el territorio de la encomienda y se dirigía a Ellwangen. Las mismas noticias llegaron desde Hohenlohischen.

Aquel domingo anterior a Pascua, el decano de la ciudad, Johann Konrad Rieger, puso más vehemencia que nunca en su sermón. Había hablado, proféticamente, del horror que significaba romper las tablas sagradas de la fe evangélica y de la libertad cristiana; había hecho ver a todos, de un modo claro y apremiante, la tremenda responsabilidad, ante Dios, el mundo y el Sacro Imperio Romano, que caería sobre aquellos que lo llevaran a cabo. Les había advertido con voz atronadora y enérgica, que el arma más simple, en la mano del más débil, resultaría fuerte y eficaz si Dios la conducía. Para terminar, sin embargo, desplegando ante la devota comunidad toda la dulzura de su voz clara,

profunda y resonante los exhortó a la penitencia y al recogimiento, con palabras fuertes y grandilocuentes, de manera que la enorme nave de la iglesia era un solo sollozo y a todos embargaba una profunda emoción.

Se habló de aquel sermón por toda la ciudad. Este triunfo de su rival enfureció al consejero político Johann Jaakob Moser y después de pasar toda la noche sin dormir, el publicista decidió hablar a su vez al pueblo. Pero no pensaba buscar la manera más fácil, como el predicador, no utilizaría un lugar consagrado como pretexto barato como aquél, hablaría en la plaza pública, sin dejarse amedrentar por los esbirros del duque. Iba y venía de un lado para otro en su estudio, redactando el texto, redondeando el efecto de sus palabras, encaminadas a mover los corazones, con gestos vehementes y ampulosos, sintiéndose un Graco, un Harmodio, o un Atistogitón, un Marco Junio Bruto, colocando bien los pliegues de una toga imaginaria con movimientos estatuarios.

Se enardecía más y más, la sangre se le agolpaba en la cabeza, sudaba. Achacó aquellos sofocos a una mala digestión, probablemente había tomado demasiado vino de arándanos en la comida, y por eso, sus intestinos, tan cumplidores normalmente, se negaban ahora a prestarle sus servicios. Puesto que daba gran importancia a la higiene, comentó con su mujer sus molestias y aquella mujer asustadiza le preparó una infusión de sales de Glauber. Reemprendió su trabajo preparando el discurso que tenía la intención de pronunciar, y ayudada por los violentos movimientos con que acompañaba sus palabras, la medicina tuvo el efecto esperado.

Al día siguiente, con aspecto sombrío y dándose importancia, reunió a su alrededor una gran multitud. En los últimos días era frecuente que hubiera que dispersar tumultos y demostraciones, de ahí que al poco rato aparecieran, amenazantes, oficiales de la guardia ducal, alguaciles y húsares. El publicista se imaginaba ya detenido rudamente, arrastrado a la noche perpetua de un calabozo. Pero hizo acopio de todo su valor y, desafiando convulsamente a la muerte, había empezado a hablar cuando sintió un fuerte dolor de vientre, retortijones y pinchazos. Ya fuera por el efecto de la medicina que se había tomado la noche anterior, ya fuera porque su naturaleza se derrumbara debido a la violencia que se había impuesto para llevar a cabo su audacia, lo que sucedió fue que tuvo que marcharse de la plaza, bajo la mirada burlona de los servidores del duque y sin la aclamación de la concurrencia. Al día siguiente, en el gabinete de color amaranto de Marie Auguste, para que no se desperdiciara la pasión acumulada, pronunció su discurso ante ella y ante Magdalen Sibylle. Ésta tenía un aspecto modesto, tranquilo y algo grueso, pero Marie Auguste, blanca y ligera, en *deshabillé*, hojeaba el *Mercure Galant* y azuzaba a escondidas, con pícara sonrisa, a su perrito pequinés, contra las piernas del orador. Pero éste, aunque sudando ligeramente, no se dejaba distraer.

En su desesperación, los miembros de la Cámara decidieron enviar de nuevo una delegación al duque, para hacerle propuestas seriamente, pero con la humildad propia de los súbditos. Para no irritar a Karl Alexander, no mandaron a ningún miembro de la Comisión de los Once, ya que se ponía furioso nada más verlos, sino a tres dignos y discretos ciudadanos, respetados y de buen corazón. Viajaron hasta Ludwigsburg, donde el duque llevaba a cabo preparativos militares. Antes de presentarse en palacio, se detuvieron en una posada a tomar un bocado y un vaso de vino. Uno de ellos dijo:

–Más vale tomar fuerzas antes de dar tan difícil paso.

–Si el humor del duque está tan nublado como el día, no veremos brillar el sol –dijo

el segundo.

–Que sea lo que Dios quiera –dijo el tercero.

Ante la puerta cerrada de la sala donde fueron recibidos por Karl Alexander, estaba el negro, sentado en cuclillas. A través de la puerta le llegaba, amortiguada, la voz ronca y temblorosa de ira de su señor y los golpes que daba en el suelo al andar, alejándose.

–¡Herejes! ¡Asesinos! ¡Traidores!

Minutos después vio salir a los hombres, primero dos de ellos, pero enseguida también salió el tercero, mortalmente pálido. Vio cuán horrorizados y alterados estaban y los siguió con la mirada de sus grandes y oscuros ojos de animal, sonriendo en silencio. Aquellos hombres bajaron las escaleras con gran rapidez, saltaron al interior del carruaje que los esperaba, sin pararse siquiera a recoger el sombrero que se le cayó a uno de ellos. Durante el viaje permanecieron silenciosos; sólo una vez, el más anciano rezó en voz alta, lleno de angustia:

–¡Señor, *Sabaoth*, desde lo más profundo clamamos a ti, envíanos tu ayuda desde las alturas!

Muchos esperaban en Stuttgart el regreso de los delegados. Cuando vieron sus caras, se dispersaron meneando la cabeza y con el corazón encogido.

De manera muy distinta a lo que sucedía en el territorio ducal, las ciudades libres protestaban contra las intrigas católicas. Especialmente en Esslingen, día tras día, Karl Alexander era insultado y escarnecido en público. Allí había una gran colonia de emigrantes, procedentes del ducado, oprimidos, expoliados en contra de la ley, exiliados. Johannes Kraus se había refugiado allí, el joven Michael Koppenhöfer se había instalado allí, y también el viejísimo Christoph Adam Schertlin, al que sólo el odio mantenía con vida. Todos ellos llenos de un desprecio corrosivo, que les desgarraba las entrañas, pronunciaban venenosos, ardientes y candentes discursos. Los pocos partidarios del duque se encerraban temerosos en sus casas. Algunos católicos que estaban de paso en la ciudad fueron apaleados. El consejero de expedición Fischer, anterior tesorero del Fisco y padre de Sophie Fischer, la rechazada querida de Süß, que estaba en la ciudad por motivos de negocios, por poco fue linchado por los ciudadanos de Esslingen, después de darle una cencerrada en la posada en la que se hospedaba. Sólo con esfuerzo, la guardia pudo proteger a aquel hombre horrorizado, al que habían sacado de la cama, vestido de cualquier manera. A toda prisa lo sacaron, gordo y balbuciente, fuera de los límites de la ciudad.

Fue el domingo, en el que dio comienzo la semana de penitencia y oración, cuando estallaron abiertamente las manifestaciones contra el duque. La noche antes unos cuantos jóvenes decididos habían atado a la picota, ante la pasividad complaciente de la policía, dos muñecos que representaban al duque y a su judío, a los que habían colocado letreros difamatorios y obscenos.

Durante el domingo, toda la ciudad, desde los ancianos hasta los niños, habían desfilado por delante de la picota con risas, gritos, muecas y silbidos. Llegada la noche, se apilaron unos cuantos haces de leña en la plaza y se dispuso encima a los dos muñecos, en torno a los cuales se colocaron unos cuantos grabados de aquellos que representaban al duque tomando por asalto la fortaleza de Belgrado, y para terminar se prendió fuego a todo ello,

parodiando el ceremonial de las ejecuciones. Y mientras los muñecos ardían, la multitud, gozosa, bailó a su alrededor con alegres clamores.

Entre la multitud se encontraba el joven Michael Koppenhöfer. En su cara morena, sus ojos azul oscuro brillaban de entusiasmo, y suspiraba: ¡Ojalá acabaran así todos los tiranos! Entre la multitud se encontraba el viejo Christoph Adam Schertlin. Gritos opacos brotaban de su apergaminada garganta, golpeaba el suelo con su bastón, rítmicamente, como en un baile; su rostro agrietado, del color de una momia, reflejaba un odio salvaje. Entre la multitud se encontraba, hermosa y extraña, la mujer de Johann Ulrich Schertlin, la francesa, la waldense. Iba pobremente vestida, su marido se había hundido del todo, se había dado a la bebida y la había abandonado, pero ella llevaba la cabeza, en la que destacaba su pequeña boca roja, tan alta como siempre. Deslizó una altanera mirada desde sus alargados ojos sobre las gentes vociferantes y estridentes que quemaban a los muñecos pero se inclinaban ante los auténticos. La mujer que estaba a su lado le dirigió la palabra, pero ella la miró de arriba abajo, distante, despectiva, sin contestarle, y abandonó poco a poco la plaza, con andares llenos de gracia, suntuosos y elegantes.

En el amplio salón, sobrio y desnudo, de Beata Sturmin, se agrupaban alrededor de la santa ciega Magdalen Sibylle, Johann Konrad Rieger, el predicador, su hermano Immanuel, el consejero de expedición y el Magister Schober. Magdalen Sibylle vestía un traje gris claro, de rica tela, pero de corte sencillo y sin adornos. Había engordado un poco, sus ojos azules miraban con mayor gravedad, sus mejillas morenas habían perdido su firmeza y toda su persona se había ablandado. Apacible y satisfecha, muy burguesa, escuchaba atentamente al decano que hablaba de su sermón de la víspera y repetía algunos de sus pasajes con voz sonora y ejercitada.

Jaakob Polykarp Schober estaba modestamente sentado en un rincón. El desgraciado joven, atormentado por su situación ambigua al servicio de Süß, acudía a aquel lugar buscando un poco de reposo y consuelo para las aflicciones de su alma. Había compuesto un poema en el que se comparaba con el esposo muerto de Juana la Loca, al que la reina llevó por todo el país metido en su féretro, al que la reina colocó un relojito en lugar del corazón, para darle apariencia de vida. Así hacía; «tictac» su conciencia; sólo allí, entre los tranquilos y piadosos hermanos y hermanas encontraba una cierta paz. Desde su rincón contemplaba al predicador, que paseaba declamando a través de la estancia, enormemente satisfecho de sí mismo; desde su rincón contemplaba a la santa ciega, que apacible, gris y descolorida, escuchaba; contemplaba al consejero de expedición Immanuel que, reverente, estaba pendiente de los labios de su hermano. Pero también veía desde su esquina cómo los ojos de aquel hombre delgado, modesto y a pesar de su llamativo bigote, de aspecto insignificante, se apartaban poco a poco de su hermano, deslizándose en dirección a Magdalen Sibylle, hasta detenerse, sumisos como los de un animal, en ella, sentada cómodamente, casi como una matrona, con las manos algo gruesas pero infantiles cruzadas sobre la amplia falda de su ancho vestido color de plata vieja. Vio aquella mirada de respetuoso deseo, comprendió su sentido y vislumbró poco a poco un medio de dulcificar las angustias de su conciencia con un acto difícil, pero que sería agradable a los ojos de Dios. La respetuosa veneración que durante años enteros había dedicado a la joven le daba indudablemente ciertos derechos sobre ella. Pero se dominaría, por doloroso que le fuese; refrenaría sus sentimientos y renunciaría a Magdalen Sibylle, dejando libre el camino a Immanuel Rieger, su hermano en el Señor.

Entretanto el decano había terminado su sermón y entonces se produjo un incidente singular. Magdalen Sibylle dijo como cosa natural, sin timidez ni afectación, que también ella, animada por el ejemplo de Jaakob Polykarp Schober, su amado hermano en el Señor, había compuesto unos versos. Ahora iba a leerles a sus hermanos y a su piadosa hermana sus *carmina*. Lo que les hizo oír eran unos cuantos versos moralizadores, tristes, triviales, pobres e insulsos. Pero sus oyentes no percibieron la vaciedad de aquellas composiciones y se dejaron ganar sencilla y cándidamente por la emoción, y al consejero de expedición Immanuel Rieger le caían hasta el bigote lágrimas de ternura y de veneración.

Al retirarse, el Magister acompañó al consejero de expedición, que entonó con tímida desesperanza grandes alabanzas de Magdalen Sibylle. Ante lo cual Schober, recurriendo a todo su valor, apretada la garganta y muy emocionado, anunció al otro su resolución y su renuncia. Los ojos pálidos del funcionario tornaron a anegarse en lágrimas, y con voz, que su turbación hacía vacilar, preguntó a su amigo si creía que sus pretensiones podrían tener algún éxito. ¿Creía sinceramente que si se atrevía a alzar los ojos hasta aquella noble dama no le volvería ella la espalda, estupefacta y ofendida por sus pretensiones? Pero Schober creyó poder asegurarle lo contrario, lo que llenó de felicidad al otro.

Magdalen Sibylle escuchó gravemente, pero sin hostilidad, su balbuciente declaración amorosa. Le pidió tiempo para reflexionar y se dispuso luego a contestarle en verso. Sus mejores horas eran las que pasaba así ante su mesa, esperando la rima y buscando el ritmo. Aquella tarea la entusiasmaba y apaciguaba su ánimo. De algún modo, vagamente, pensaba: Al principio fue la palabra, la palabra es Dios. Qué dulce dejarse llevar por la palabra, flotar sobre rimas y métrica, sumergirse en Dios en una eterna ensoñación. En el mundo no reinaba el orden, ni el comedimiento, ni la justicia, ni la pureza, pero con la poesía, podía deslizarse lejos, pasando por encima de todo lo sucio, sobre el lodo y el abismo amenazador, soñando ligeramente, chapaleando. El fuego que antes le había envenenado la sangre, se extinguía inofensiva, tibia y agradablemente en aquel suave mecerse arriba y abajo. Las montañas y los abismos del mundo se allanaban, convirtiéndose en planos y correctos versos alejandrinos.

Así pues, contestó a Immanuel Rieger en verso. Sus pensamientos vagaban perezosamente, deslizándose con suavidad, subiendo y bajando, y acabaron por tomar forma, después de alguna vacilación, en un grave poema, verboso, minucioso y muy malo, que formulaba un sí, al principio vacilante, que se fue volviendo más firme. Las rimas acumulaban con largueza y prolijidad todos los argumentos a favor y en contra, explayándose sobre la libertad y la responsabilidad, ensalzando la ley, el orden, la paz, los límites establecidos.

Por supuesto que mientras escribía estas sabias y modestas observaciones, hubo un momento en que de repente no encontró las rimas ni el ritmo adecuados. Sumida en un cansancio infinito y triste, sus miembros se relajaron; sintió sobre ella aquellos ojos sobresalientes, acariciadores y ardientes; se sintió dulcemente estremecida por una voz apremiante y penetrante, como si se sumergiera en un agradable baño de agua tibia; en un segundo se dio cuenta de que sus estúpidas poesías de aficionada eran un pobre y desolador sucedáneo. Pero apartó con rapidez aquel pensamiento como si se tratara de una horrible tentación y con triste decisión, con una devoción casi fanática por la sobriedad, escribió los versos hasta terminarlos.

Semejante matrimonio de la *demoiselle* Weissensee, a pesar de que, evidentemente, su

aburguesamiento había llamado la atención, extrañó a todo el mundo. El duque se puso furioso ante la idea de tener que compartir ya siempre y oficialmente su postre con un subalterno, un pedante de origen humilde. Sin embargo, nunca había sido mezquino y les ofreció como regalo de bodas el señorío de Württemberg, famoso por sus magníficas huertas frutales. Hasta el mismo Süß fue arrancado por tal suceso de sus absorbentes preocupaciones, siempre sobre el mismo tema. Así era el mundo. Todo aquello que al principio y desde fuera parecía tan atractivo y tan grato se revelaba luego, en el fondo, estúpido, mezquino, vano, amargo y lamentable. Por otro lado, ¿acaso no había sido también Karl Alexander el que había hundido a aquella mujer en el barro y la vulgaridad? ¡Cómo venía a coincidir todo en el mismo punto! Aunque no era tal su intención, al obedecer su propia ley e impulso, acabaría por librar al mundo de un monstruo perverso y temible. Ni por un momento pensó que tenía su parte de responsabilidad en la destrucción de Magdalen Sibylle. Hizo ensillar su yegua blanca Assjadah y acudió con gran pompa y esplendor al palacete de Magdalen Sibylle. Una grandeza hosca y sombría emanaba de aquel hombre, que desplegaba por última vez, amargado y maltrecho, toda su exquisita galantería ante Magdalen Sibylle. Sólo muy lentamente, y al cabo de varios días, se recobró ella de la turbación en que la había sumido aquella visita.

La duquesa dijo a Weissensee:

–No parecéis muy encantado de la elección de Magdalen Sibylle, Excelencia.

Y volviendo bruscamente hacia él su cabecita de lagartija que resplandecía bajo el brillante pelo negro con el color mate del mármol antiguo y noble agregó sonriente:

–¿Habráis preferido verla casada con nuestro favorito, el judío?

–Sí, Alteza, cien veces –respondió Weissensee.

Y en boca de aquel caballero elegante y amable, aquellas palabras sonaron tan amargas y terribles como un grito, de modo que la duquesa le dirigió una mirada inquisitiva y desconcertada y, después de un silencio, se puso a hablar de otra cosa.

Neuffer cerró la puerta de la antecámara detrás de Süß, que entraba en el gabinete del duque, y en el acto, a espaldas del director de finanzas, su rigidez y su impasibilidad de lacayo quedaron sustituidas por una cólera brutal, grosera e impotente, que demudó su rostro. ¡El judío, siempre el judío! Un día, mientras Neuffer le desnudaba, el duque, en un acceso de furor, había gritado que arrojaría al judío a una fortaleza, le tendría encadenado durante tres años y después le haría ahorcar. Pero ¿de qué había servido aquello? El judío seguía gobernando el país. El duque criticaba sus consejos y alababa los de los demás, pero llegado el momento de actuar, sólo hacía lo que el judío le indicaba.

En el ángulo opuesto de la antecámara, Otmann, el negro, fingía dormir acurrucado encima de la alfombra. Había visto cómo el rostro del ayuda de cámara se despojaba un instante de su máscara y le divertía interiormente haber visto el alma de su colega cristiano. Pero no pronunció una sola palabra y permaneció impasible, metido en su rincón como un animal indolente.

Mientras tanto, Süß celebraba consejo con el duque. La conspiración estallaría dentro de dos días. Todos los preparativos estaban terminados. Oficialmente, el duque se hallaría de viaje para visitar, en su calidad de mariscal de campo del Imperio, las fortalezas de Kehl y Philippsburg, e iría luego a Dantzig para consultar con el Medicus Hulderop, el

mejor ortopeda de la época, sobre su pie enfermo. Para el tiempo que durara su ausencia, Karl Alexander había autorizado un gobierno regente. Bajo la presidencia de la duquesa, que tomaba muy en serio su papel, formarían parte de él los ministros Scheffer y Pfau, el consejero de Estado, Lauz, y los generales Remchingen y von Miden Este Consejo de regencia daría el golpe de Estado en ausencia de Karl Alexander, y una vez ocupados todos los puntos estratégicos, proclamaría legalmente la igualdad de las religiones católica y protestante, el desarme de los ciudadanos, la supresión de ciertos artículos de la Constitución, la renovación de los derechos eclesiásticos, el ingreso obligatorio de toda la moneda de plata en el Tesoro ducal y otras medidas de este género.

Una vez más, Süß resumió las condiciones del éxito: había que ejecutar el proyecto en una sola noche, sin razonamientos ni conflictos. Karl Alexander saldría del ducado como duque constitucional y sería llamado al cabo de unas horas como soberano absoluto. Si se alargaba la ejecución del plan habría revueltas, lucha, derramamiento de sangre, y todo se perdería. En ese caso los vacilantes y los tímidos habrían tenido razón, pues se había doblegado ya tanto la Constitución que ya nada se podía hacer manteniéndola vigente, ni con todo el arte de los jesuitas podía obtenerse algo de ella. Sólo una cosa podía hacerse ya: romperla, y ello no podía realizarse poco a poco, sino de un solo golpe. Si la tentativa fracasaba, el solo hecho de haber recurrido a la fuerza probaría hasta qué punto se hallaban convencidos los conspiradores de la ilegalidad de su causa. El *Corpus Evangelicorum* volvería a caer sobre el duque y las barreras de la Constitución se alzarían de nuevo a su alrededor, más estrechas y más sólidas. Si se llegaba a la lucha, el partido de la Constitución poseía demasiados adictos y muy poderosos, en el Imperio. Un golpe afortunado por sorpresa sería aceptado por unos con la sonrisa en los labios y por otros rechinando los dientes. Hasta entonces, cuando los demás querían actuar brutalmente, él se había mostrado partidario de los procedimientos suaves y progresivos; pero en aquel caso sólo había uno: la acción franca, impetuosa y decisiva, que llevaba implícitas la prosperidad o la ruina.

Süß explicó una vez más todo aquello al duque, con su lógica transparente y objetiva. Luego, con más ardor y elocuencia, expuso que, fuera ya de toda consideración práctica, la magnífica idea de la soberanía de derecho divino se echaría a perder si se la desmenuzaba y mordisqueaba con toda clase de peleas, maniobras legales, pequeñas escaramuzas de aficionados y argucias ridículas y miserables. Realmente se trataba del todo o nada. O bien el ducado volvía naturalmente a su príncipe, o se demostraba que el terreno no era propicio para que la idea prosperase en él.

Karl Alexander se sintió invadido por un sombrío presentimiento. El judío tenía razón, como siempre, y había hablado bien. Pero ¡cómo sabía leer hasta lo más hondo de los corazones! Era preciso alejarle, hacerle desaparecer para siempre en la sombra. Había dicho que acaso el terreno fuese contrario al desarrollo de aquella idea. ¿Qué terreno? Era imposible, desde luego, que el proyecto fracasara. Pero ¿cuál era el terreno que no era bueno? ¿El país? ¿O acaso...? ¿Se atrevería realmente aquel canalla a pensarlo? ¿Acaso él mismo? ¿El príncipe? Sí, se atrevía. Detrás de su mueca cortés y servil se disimulaba la duda irónica, burlona e insolente, despectiva y exasperante. ¡Desvergonzado rebelde! Era cien veces peor que aquellos imbéciles del Parlamento. Aquellos intrigantes intratables no eran más que unos pobres idiotas. Pero este otro, con su amable sonrisa, era inteligente y sus dudas atrevidas e insolentes le afectaban en lo más profundo, envenenándole. ¡Tenía

que hacerle desaparecer! ¡Tenía que acabar con él! ¡Aniquilarle para siempre!

–¿Ha fijado Vuestra Alteza el santo y seña? –preguntó con voz serena el judío.

–Sí –respondió Karl Alexander con acento seco y militar–. *Attempto!*

Süss, sorprendido, alzó los ojos con una sonrisa de aprobación. *Attempto!* ¡Me atrevo! Era una burla insolente y casi genial. *Attempto!* ¡Me atrevo!, había dicho Eberhard el Barbudo, el primer príncipe alemán que otorgó una Constitución a su pueblo. *Attempto!* ¡Me atrevo!, era la divisa grabada en las armas de aquel príncipe: el tronco de cedro que había traído de las Cruzadas. Su retrato con aquel trofeo se veía por doquiera en el ducado. Con aquella valerosa divisa había renunciado a la mayor parte de su poder y lo había restituido al pueblo. Hasta los que no sabían una palabra de latín comprendían aquel *Attempto!*, pues era la base de la Constitución y de todas las libertades civiles. Y ahora Karl Alexander escogía aquel mismo *Attempto!*, como santo y seña para destruir precisamente la Constitución otorgada por su antepasado, tomar el Poder y sustituir la más consolidada democracia por el más puro absolutismo. *Mille tonnerre!* Había en aquello tanto valor como ingenio. Karl Alexander era, a pesar de todo, un buen elemento.

Süss volvió a su casa exaltado, dilatado de gozo el pecho. Era él quien había hecho a aquel hombre y encendido en él aquel ardor, convirtiendo en un príncipe a aquella masa de carne lasciva y brutal. Sí, había seguido el buen camino. Hubiera sido demasiado sencillo y vulgar arrojarle a su cuello y estrangularle. Ahora había cebado a su víctima y la había educado y ensalzado, haciéndola digna del sacrificio. Tanto el sacerdote como Dios se niegan a aceptar un animal hambriento. La víctima cuya sangre iba a verter no podía ser rechazada.

Agitado y orgulloso paseó a través de su despacho, en el que había hecho encender, como en todas las habitaciones contiguas, todas las luces. ¿Qué había dicho el Rabí Gabriel? En toda fiesta celebrada en sufragio de una persona muerta, ésta se alza de su tumba y ronda en torno a cada imagen a ella consagrada y oye todas las palabras que se le dedican. Süss había evocado a la muerta con su pensamiento, toda su sangre y todos sus nervios; pero ella no había acudido y sólo en la sombra, y como envuelta en una nube, había podido intuir su presencia. Ahora iba a ofrecerle un sacrificio que la obligaría a mostrarse. No iba a inmolarle solamente el cuerpo de aquel duque, sino también su alma, tan cuidadosamente preparada por él, e iba a ser precisamente en el momento en que floreciera, estallando de vanidad, cuando habría de abandonar su cuerpo. Y el alma del orgulloso queda encarnada luego en el fuego. Encarnada en el fuego palpita y se desgarran en mil fragmentos cada segundo, por toda la eternidad.

–¡Levántate, Naemi, levántate! ¡Levántate, niña, hija mía! ¡Mi más hermoso, mi más puro Lirio del Valle! ¡Levántate! ¡Alzo para ti un monumento con los escombros de un reino destruido, te inmolo un príncipe y entrego su alma a un fuego que palpitará por siempre! ¡Yo te llamo, Naemi, hija mía! ¡Levántate, paloma mía que anidas en las hendiduras de las rocas, en las grietas de las peñas escarpadas! ¡Dame a ver tu rostro, hazme oír tu voz! ¡Que tu voz es dulce, y encantador tu rostro!

Süss se detuvo, dominándose. Todo aquello pertenecía aún al futuro. No quería por nada del mundo que pareciera que mezclaba a su empresa contra Karl Alexander un sentimiento de ambición o de provecho personal. No podía dejar que ninguna sospecha de este género se alzase en su espíritu ni en el de los demás. Si el ducado se beneficiaba con su obra, ello era cosa secundaria y no tenía él por qué buscarlo ni evitarlo. Mas, por lo que

se refería a sí mismo, se prohibía por anticipado todo beneficio. Estaba allí para cebar y elevar el corazón del príncipe Karl Alexander de Württemberg y una vez que aquel corazón se hallase henchido de arrogancia, traspasarlo sin piedad. Sólo para tal sacrificio y tal expiación estaba allí. Lo que de ello resultase era cosa lejana y desprovista en absoluto de importancia.

Mandó llamar a Jaakob Polykarp Schober, que acudió inquieto, arrancado del sueño y temeroso de que el director de finanzas impusiera a su conciencia nuevas angustias. Medio dormido aún y envuelto en una bata, pues la orden de Süß no le había dado tiempo a vestirse, contempló a su señor con ojos infantiles y asustados. Süß estaba de mejor humor que de costumbre y se mostró satisfecho y amable. Le preguntó por qué se demoraba tanto tiempo la publicación de sus versos, pues hacía ya varias semanas que el editor había recibido el dinero necesario.

–¿Cómo ha dormido Vuestra Alteza? –preguntó Akiba, el papagayo.

El joven balbuceó que estaba dedicado a corregir las pruebas y que dentro de dos o tres semanas quedarían definitivamente impresos sus poemas. De pronto, Süß, con brusca decisión, posó su mano en el hombro del Magister y con gesto sonriente y malicioso y acento confidencial le dijo:

–No sois un buen protestante, Magister.

Y como el otro murmurase, estremecido, palabras incomprensibles, continuó:

–Yo, con mi moral judía y pragmática, me hubiera hecho en vuestro lugar las reflexiones siguientes: Traicionar al judío es traicionar tan sólo a un hombre y además a un hebreo despreciable. No traicionarle supone traicionar a un millón de cristianos evangélicos. Y entonces me hubiera ido a contar detalladamente todas estas historias a Sturm o a Jäger o a cualquier miembro del Consejo de los Once. Debo reconocer, Magister, que sois de una lealtad y de una discreción que claman al cielo.

Jaakob Polykarp Schober permanecía tembloroso en el despacho iluminado, sin atreverse siquiera a enjugar el mortal sudor que cubría su rostro infantil, grueso y marchito, y fijaba en el judío sus ojos redondos y asustados.

–Probablemente estáis pensando que estoy loco –observó Süß con buen humor al cabo de un momento–. No, Magister, no estoy en absoluto loco –añadió secamente después de otro silencio–. En todo caso, no más loco que cualquier otro.

En la estancia resplandeciente reinaba un silencio de muerte. Fuera se oía el paso regular de un centinela. Süß se había sentado y aunque en su casa reinaba un cálido ambiente se replegó sobre sí mismo como recorrido por un ligero escalofrío y pareció olvidar a Schober, que permanecía inmóvil en una actitud encogida e incómoda. Luego continuó:

–Voy a ayudaros a salir de ese dilema. Id a ver a esos señores del Parlamento y decidles: «El momento fijado es la noche del lunes al martes, y el santo y seña: *Attempto!*». Si quieren evitar que haya derramamiento de sangre y hacer que todo el proyecto se derrumbe como una marioneta a la que se cortan los hilos, que envíen el lunes por la noche una comisión a Ludwisburg. Otmann, el mameluco, los estará esperando en la puerta del ala izquierda del palacio y los conducirá hasta el duque.

En tanto que Süß hablaba así, con su acento preciso de hombre de negocios, Schober le miraba atormentado, saliéndosele los ojos de las órbitas, tanta era su atención.

–Os pongo como condición –continuó Süß, sin abandonar su frialdad rutinaria– que

me juréis solemnemente que jamás sabrá nadie que os he dicho esto o que habéis sido enviado por mí.

–Excelencia –tartamudeó por fin Schober– no comprendo qué os proponéis. Me llena de bienaventuranza que el Señor os haya abierto los ojos y que deseéis salvar la fe evangélica. Pero si el proyecto herético fracasa y no se sabe que habéis sido vos quien lo ha echado por tierra, el Parlamento abrirá en el acto contra vos un proceso criminal. No estoy fuerte en política, pero creo que el duque no podrá entonces protegeros.

–No –dijo Süß secamente–, el duque no me protegerá. Pero no os inquietéis, Magister –prosiguió afable y cariñoso, casi paternal–. Es un asunto demasiado complicado. Un duque católico quiere obligar a convertirse al catolicismo a un país protestante, y un judío prefiere hacerse ahorcar antes de consentirlo. No podéis hacer que todo esto rime, a pesar de ser un poeta.

Después de aquella conversación, Jaakob Polykarp Schober, arrastrando su bata, volvió a su alcoba con paso vacilante y rodillas temblorosas, deslizándose por los oscuros pasillos de la casa. Su agitación le mantuvo en pie, paseando a través de su cuarto hasta la mañana. No veía nada claro en todo aquello, todo estaba envuelto en humo y niebla. Una sola cosa era indudable: Dios le había elegido y designado. Paseaba sin tregua por su cuarto y el borde y las borlas de su bata barrían el suelo. El viejo gato gris y negro se despertó y seguía sus pasos. Era un gato viejo y consentido y quería que el Magister lo cogiera en brazos, o se lo llevara a la cama con él como solía hacer. Maullaba. Pero el hombre iba de un lado para otro sin oírlo.

Cuando el Magister se hubo retirado, el judío se desperezó y sonrió, descubriendo su sólida dentadura. Se detuvo ante el retrato del duque, colocado sobre su mesa de despacho, dedicado por Karl Alexander con su letra firme y enérgica, y dijo a media voz:

–*Adieu*, Luis XIV! ¡Adiós, Aquiles germánico! –Y repitió por segunda vez, más violentamente:– ¡Adiós, Aquiles germánico! *Adieu*, Luis XIV!

Ya no pensaba en su hija. Aquello era un asunto pendiente entre él y Karl Alexander en el que nada tenía que ver Naemi. Flotaba en un sombrío mar de odio, rojo violáceo, que le saturaba el corazón y los sentidos. ¡Cuán tormentosamente rugía! ¡Y cómo su rumor penetraba en sus oídos y hasta lo más profundo de su ser! ¡Qué olor salvaje y embriagador exhalaba! Oía el grito de furor del príncipe mortalmente traicionado y veía la mirada sangrienta del hombre a quien arrancaba de las manos el objetivo de su vida tumultuosa y violenta, precisamente en el momento mismo en que iba a alcanzarlo. ¡Cuán magnífico era hincar la rodilla en el pecho de su enemigo, rodear con los dedos su garganta, y cuando su boca intentaba aspirar el aire puro, apretar lentamente, cada vez más fuerte, fija la vista burlona y vencedora en los ojos angustiados del otro! ¡Aquello era vivir! ¡Para esto valía la pena vivir!

Interrumpiendo su furioso sueño, apareció bruscamente ante él, silencioso y siniestro, Otmann, el negro. Se inclinó y anunció que el duque había transmitido nuevas órdenes al general Remchingen.

–¿Qué órdenes?

–La lista.

Sí, la lista de las personas que habían de ser detenidas y que el mismo Süß había redactado para su señor. Pero ¿por qué le comunicaba el duque a tales horas algo tan poco importante y que ya sabía? Indudablemente, el negro tenía que revelar algo más, secreto

y esencial. Süß contempló atentamente su rostro hermético y Otmann comenzó a recitar los nombres: Johann Georg Andreä, Johann Friedrich Bellon. Sí, la lista de los que habían de ser detenidos, cuidadosamente redactada por orden alfabético. Pero ¿qué significaba aquello? La conocía perfectamente, siendo él quien la había redactado. El negro continuaba:

–Friedrich Ludwig Stoffen, Johann Heinrich Sturm, Josef Süß Oppenheimer.

Süß no hizo un solo movimiento y el negro guardó su lista y, sin añadir una sola palabra, saludó y salió de la estancia.

Süß, una vez solo, silbó entre dientes y sonrió casi satisfecho. Aquella confirmación le era muy útil. Lo encontraba extraordinariamente divertido. ¡Por Dios que era gracioso aquel Karl Alexander! Podía haber dado a Remchingen una orden especial de arresto pero en lugar de hacerlo así le incluía sencillamente en la lista general que el mismo Süß había redactado. Era en verdad, soberanamente divertido. Imaginó al duque y a Remchingen inclinados sobre la lista y al duque añadiendo con su letra enérgica y firme: Josef Süß Oppenheimer, director de finanzas. Luego, el príncipe y su general se habrían mirado a los ojos sin decir palabra, con maligna sonrisa el primero y con una mueca despectiva el segundo.

–¡Excelente, Karl Alexander, príncipe afectuoso y magnánimo! Ahora te burlas de tu imbécil judío, que hizo descender del cielo la corona sobre tu cabeza, y al que en recompensa vas a enviar al calabozo. Pero os habéis espabilado demasiado tarde, Alteza. Vuestro judío se halla todavía un escalón más alto que vos. Ya os ha puesto la soga al cuello y se divierte viendo como os divertís sin sospechar nada. ¡Príncipe magnífico, gran potentado y glorioso héroe! ¡Estúpido vicioso imbécil! ¡Violador de vírgenes y crapuloso verdugo!

Süß andaba de un lado a otro de su cuarto, agitado y febril. Se acordaba de un perro con el que jugaba un día, retirándole el bocado de la boca en el momento en que iba a apoderarse de él, hasta que el animal le mordió cruelmente en la mano. Veía aún el odio ardiente y la rabia sanguinaria en los ojos del animal exasperado y tantas veces engañado. «¡Contigo juego a un juego más feroz, Karl Alexander, y te robo una presa más preciada! ¡Salta en el aire para alcanzarla como hacía aquel perro! ¡Mírala con tus ojos ávidos! ¡Cógela, príncipe! ¡Cogedla, mi señor, el duque?»

Sólo dos días ya, menos aún, sólo venticinco horas. Su sonrisa se hizo más amplia y se paseó solitario por sus iluminados salones. Inmóviles y blancos se alzaban los bustos de Solón y de Homero, de Moisés y de Salomón, y ante las pequeñas pagodas se erguían los chinos con sus coletas. El Triunfo de Mercurio resplandecía en el techo y las joyas brillaban en las vitrinas. En su jaula dorada, el papagayo Akiba graznaba:

–*Bonjour, madame! Ma vie pour mon souverain!*

Pero Süß no veía nada de todo aquello, absorto en sus pensamientos, sus imágenes y sus visiones.

A la misma hora, el negro, que acababa de llegar de regreso al palacio y se disponía a tumbarse a dormir sobre una alfombra en un rincón del dormitorio del duque, oyó a Karl Alexander gemir y agitarse en sueños, dejando escapar guturales sonidos.

Ya era casi de noche cuando el Rabí Gabriel Oppenheimer van Straaten, maestro de

nuestra fe, llegó a casa del Rabí Jonathan Eybeschütz, maestro de nuestra fe, en Hamburgo. La casa estaba llena de gente que venía a visitarle, a presentarle sus respetos o a pedirle consejo, y a pesar de que sus discípulos, dándose importancia, no hacían más que repetir que el Rabí estaba ocupado leyendo o meditando, y que no había posibilidad alguna de que los recibiera, aquellas gentes no se desanimaban, tenían la esperanza de poder ver, por lo menos, su rostro. Muchos habían venido desde muy lejos para verle, desde las sedes de las anteriores comunidades del Rabí: Cracovia, Metz, Praga, pero también desde mucho más lejos, desde Provenza, e incluso desde el Mar Negro. Porque el nombre del Rabí Jonathan Eybeschütz, rabino de Hamburgo, era venerado respetuosamente en todo el mundo.

Pero también era odiado y perseguido en el mundo entero con las más poderosas armas. ¡Ah! ¡Cómo se había mofado de él el Rabí Jaakob Hirschel Emden, rabino de Amsterdam! ¡Cómo lo había hecho trizas y lo había despedazado con frío sarcasmo, estigmatizándolo como a enemigo de Israel, del Talmud, de los rabinos y de la verdadera palabra, y riéndose de él! Rabí Jonathan Eybeschütz. Su solo nombre dividía a la comunidad judía. En todas las escuelas y sinagogas, y en los sínodos, había luchas por causa de ese nombre, se le bendecía y alababa o se le ridiculizaba y anatemizaba.

¿Quién era aquel hombre? ¿Era un erudito del Talmud, aferrado a los ritos de un modo celoso, pendenciero y represor? ¿Cumplidor de cada iota, defendiendo pulgada a pulgada con salvajes y temerosos aullidos la alta empalizada de la Ley? ¿Habían pervertido sus conocimientos sobre filosofía, historia, matemáticas y astronomía su recta fe, purificadora de la palabra y de las obras, convirtiéndolo en un detractor y blasfemador de la práctica de los rabinos? ¿Creía verdaderamente en las enseñanzas de la cábala, las ponía en práctica? ¿Era en secreto un discípulo y seguidor del Mesías Sabbatai Zewi, y bendecía, maldecía y hacía milagros en nombre de este salvador? ¿Por qué maldecía entonces en público a los discípulos de Sabbatai, anatemizándolos pomposamente? ¿Y por qué mandaba a sus hijos a Polonia, entre los frankistas, los fanáticos discípulos de aquel sospechoso Mesías? ¿Escribía realmente cartas, este maestro del Talmud entusiasta y ortodoxo, a los cardenales franceses, a los padres jesuitas de Roma, solicitando ser nombrado censor de los libros hebreos? ¿Era una burla o qué significaba que hiciera defender su credibilidad como rabino estricto, acusada de todas estas sospechas, por el profesor Karl Anton, de Helmstedter, antiguo discípulo suyo, convertido hoy al cristianismo y apologeta del evangelio de Cristo?

Cuando entró el Rabí Gabriel, los discípulos del Rabí Jonathan se inclinaron profundamente.

–La paz sea contigo –le dijeron, y la puerta cerrada del maestro se abrió de par en par para él. A la luz de la lámpara de su estudio, estaba sentado apaciblemente el Rabí Jonathan Eybeschütz, el más sabio y astuto de los hombres. Sonrió contento, amistosamente, con cierta coquetería y burlándose un poco de sí mismo, desde su enorme barba, de un blanco lechoso, más ancha que larga, que sólo se partía ligeramente en el centro, contrariamente a lo que correspondía a un cabalista, al recién llegado, perfectamente afeitado, malhumorado y granítico. Todo en él, con solemne dignidad, era redondeado y agradable. Su largo caftán, de pesada seda, increíblemente elegante, le sentaba a la perfección. Sacó de la ancha manga una mano pequeña, blanca y cuidada que tendió al otro para saludarle. Por debajo de su barba abundante, blanca y lisa, sonreía

amistosamente, el rostro, casi sonrosado, en absoluto desconfiado. Sólo sobre su nariz agradable y pequeña y los ojos marrones, dulces, llenos de sabiduría, astutos, pero profundos, se marcaban perpendiculares en la frente blanca, carnosa y abombada, los tres surcos, formando la *schin*, la primera letra del nombre de Dios, *Schaddai*.

-¡No me censures ni estés enojado conmigo! –dijo en hebreo a su visitante a modo de saludo. Sonrió, y en su sonrisa había sabiduría y debilidad, coquetería y conciencia de culpa, e incluso un poco de picardía. Pero sobre todo una mágica y envolvente afabilidad.

Pero esa magia fracasaba con el Rabí Gabriel. Por encima de la nariz pequeña y chata, los ojos grises, demasiado grandes, estaban anegados en una mortal y sorda tristeza. El Rabí Jonathan Eybeschütz no estaba dispuesto a permitir que aquella tristeza se acercara a él.

-¿Has leído, Gabriel, los nuevos escritos polémicos de Fulano de Tal, el hombre de los bosques de miel? –preguntó con ligereza, casi alegremente, haciendo referencia a las obras más importantes de aquel Jaakob Hirschel Emden, rabino de Amsterdam, su más ardiente contrincante-. Ahora, el bueno de él, ha publicado felizmente doce pasquines contra mí, uno por cada una de las tribus de Israel –continuó, y en sus ojos marrones, sabios y astutos brilló una sonrisa burlona y complacida-. Jaakob Hirschel de Amsterdam se ha convertido en un adocenado. –Con su mano pequeña y cuidada, hojeó las páginas de los escritos polémicos.– ¡Pobre, pobre iluso! –dijo divertido y compasivo-. ¡Todo tiene que estar claro! ¡Todo tiene que ser transparente! ¡Todo tiene que ser como el día! Ese pobre y seco detractor no puede comprender que una flor seca es paja, sólo buena para los bueyes. ¡Envía mensajes! Demuestra que el *Sohar* es falso y que el Rabí Simon ben Jochai no pudo haberlo escrito. Grita: «¡Es una falsificación!»». Como si dependiera de la pluma que lo ha escrito y no del alma que mueve la pluma.

Meneó burlón y divertido la delicada cabeza, con su poblada barba lacia, de un blanco lechoso. Pero el Rabí Gabriel no le siguió la corriente.

-¿Por qué has anatémizado a los discípulos de Sabbatai? –preguntó con su voz áspera-. ¿Por qué te desvías, por qué te retuerces y lo desmientes? ¿Por qué te haces defender por un *goyim* con simples y estúpidos sofismas? ¿Por qué no te resignas? ¿Es tan importante para ti ser rabino de Hamburgo y tener tus salones rebosantes de gente? ¿Por qué te has anatémizado a ti mismo? –Y al decir esto, su voz estaba llena de reproches y amenazas.

Jonathan Eybeschütz le dedicó desde su suave barba una ligera sonrisa, agradable y relajada.

-Déjalo, Gabriel. En estos dos años, tú no te has vuelto más indulgente, ni yo más estricto. Podría decirte ¿acaso no da lo mismo que uno sea judío, *goyim* o musulmán si lucha por alcanzar el mundo superior? Podría decirte que, ciertamente, Karl Anton, mi

discípulo, se ha hecho bautizar, pero ¿no hay más afinidades y lazos entre él y yo que entre yo y Reb Jaakob Hirschel Emden, que es un buen judío y tiene una mente aguda y privilegiada, pero que lamentablemente es un hombre atormentado, completamente ciego en lo que se refiere al mundo superior y absolutamente sordo a su voz? Podría decirte que el mismo Mesías Sabbatai Zewi se hizo musulmán para salvar el principio, la idea, y que su discípulo Frank, se hizo bautizar. ¿Por qué no habría de permitirme, disfrazado de Rabí, con una expresión amenazadora en mis labios y una sonrisa en el corazón, lanzar vacíos anatemas contra mí mismo? Podría decirte que es muy fácil ser un mártir. Es

mucho más difícil resultar sospechoso por amor a una idea. Podría decirte todo esto, pero no quiero decírtelo, Gabriel.

Se levantó y se acercó, alto y amistoso, vestido con su caftán de seda al hombre grueso, malhumorado y triste, vestido con una casaca holandesa de corte anticuado. Afablemente, con una sinceridad casi infantil continuó:

–Reconozco que soy débil, estúpido y fatuo. Las estrellas me dotaron bien, hicieron que fuera el receptáculo de una gran sabiduría, podría haber sido un canal por el que fluyera desde el mundo superior al mundo inferior una fuerte corriente y el aliento de Dios. Pero soy un recipiente malo y quebradizo. Sé, y nadie lo siente con más fuerza que yo en sus entrañas, cuál es la bienaventuranza llena de paz que procede de sumergirse en Dios y cuán fatuo es el mundo inferior, espuma multicolor, que se mueve arrastrado por el viento. Pero de vez en cuando tengo que volver a él. El saber es hermoso, el saber es lo opuesto a la acción, el saber es estar lleno de paz, protegido de nuevas y peores encarnaciones del alma; y la acción es insensata, la acción es estúpida, sucia y animal, y su regusto es insípido cuando no repugnante. Pero siempre tengo que volver a ella, a la acción, a la vanidad, a la actividad. ¡Mi querido amigo, déjame ser estúpido! ¡Déjame ser sucio y comportarme como un animal! ¡Deja que cuide más de mi barba que de mi alma! – Y terminó con una atrevida broma.– Encontraré a mi alma durante miles de años para purificarla, pero ¿quién me dice que podré tener por segunda vez una barba tan hermosa?

Aquellas blasfemias fluían con delicadeza de los dulces labios adúladores y persuasivos del sabio y pervertido Rabí. El otro le escuchaba, lleno de tristeza, granítico, incommovible. De pronto sus ojos vieron un paisaje. Piedras, desolación, hielo resquebrajado, y sobre ellos un resplandor suave y burlón, las nubes proyectaban sus sombras, el vuelo de un buitre, una arbitrariedad fantástica y sombría, gigantescos peñascos esparcidos sobre el hielo. Casi paralizado por aquella imagen percibió que había el mismo alejamiento en un caso como en el otro. Aquella intuición le había llevado hasta allí, del hombre al que estaba ligado, a aquel de allí. El otro yacía sobre los desnudos e insolentes pechos de Lilith, pero añoraba y encaminaba sus pasos hacia el mundo superior. Éste de aquí, se encontraba entre los santos y los piadosos, entre las plateadas barbas de Simon ben Jochai, pero su alma sólo tenía sed de los pezones de Lilith. La misma imagen, la misma correspondencia, pero el otro estaba más cerca de la perfección que éste.

No respondió cuando Jonathan Eybeschütz guardó finalmente silencio. Sólo dijo:

–¡La paz sea contigo, hermano mío y mi señor! –Y se retiró al dormitorio que le habían preparado.

Jonathan Eybeschütz vio cómo se alejaba, contemplando su espalda ancha, gruesa y algo encorvada. Su sonrisa suave y alegre desapareció poco a poco y a pesar de su barba, de un blanco lechoso, su aspecto era menos digno y circunspecto cuando se sentó de nuevo a trabajar entre sus libros y pergaminos.

Fatigado y nervioso, Karl Alexander se recostaba en el asiento de su berlina. Iba a Ludwigsburg, para pasar de allí al extranjero y no regresar hasta después del golpe de Estado. Los dos últimos días habían sido un agotador carnaval que había celebrado, a pesar de que ya había pasado el tiempo, en honor del conde imperial Palffy. El conde Palffy había sido enviado con una misión especial, por la corte de Viena. Era una gran

merced y una atención del emperador, sancionar ya de antemano el planeado golpe, mandando a un enviado especial, como si se tratara de un guiño de ojos. Al despuntar el día se había despedido de la duquesa, con la cual había pasado la noche hablando con entusiasmo de su gran proyecto. Era aquélla la última noche en que Marie Auguste seguía siendo una insignificante princesa alemana. En adelante, figuraría entre las soberanas europeas y sería saludada con un título muy distinto al de Alteza, mezquino y sin valor. Vibrante y exaltado, Karl Alexander había murmurado sus fantasías al oído de su hermosa mujer desnuda. Marie Auguste le había escuchado a medias burlona y contagiada a medias por su entusiasmo y había respondido con mayor ardor que en mucho tiempo a sus abrazos. Fatigado ahora por aquella despedida apasionada y significativa, Karl Alexander se retrepaba agotado y nervioso en el blando respaldo de su berlina. En todas sus empresas había conservado siempre la mayor sangre fría, incluso en el campo de batalla, cuando su caballo había sido muerto entre sus piernas.

Pero hoy, ¡rayos y truenos!, todo su cuerpo se estremecía, como si una larga fila de hormigas corriese por sus venas. Menos mal que había podido mandar al conde Palffy por delante, así por lo menos ahora podía estar solo. También su maldito pie le atormentaba sin tregua, cosa natural con aquel tiempo particularmente desagradable: tan pronto brillaba el sol como caían violentas granizadas, tan pronto llovía como nevaba, hasta que de nuevo reinaba un deslumbrante sol. Además, un incendio que había estallado en Eglosheim excitaba a los caballos con su resplandor. Un vago recuerdo surgió en la memoria del duque. No hacía aún mucho tiempo que en una noche como aquélla, azotado el rostro por un viento análogo y al sombrío resplandor de una luna ensangrentada, cuyo resplandor copiaban ahora las llamas del incendio, había cruzado un bosque tenebroso y hostil, dejando tendido entre las flores, blanco y rígido, el cadáver de una muchacha. ¿Por qué surgía ahora en su memoria aquel estúpido recuerdo? A Dios gracias, tenía otras cosas en que pensar.

Entró por fin en Ludwigsburg, pero no encontró allí la tranquilidad. Correos y mensajeros de las guarniciones más alejadas llegaban incesantemente. Recibió a Scheffer, a Remchingen y a Pfau. Problemas, nerviosismo. ¡Si por lo menos parara la música! Pero él mismo había ordenado que la orquesta del teatro tocara ante la habitación del conde, muy aficionado a la música. Karl Alexander sintió hambre, pidió un caldo y quiso beberlo ávidamente, pero al encontrarlo demasiado caliente lanzó la taza contra la pared. Además no dejaba de oírse el sonido de las campanas, que tocaban a rebato en Eglosheim, a causa del incendio; el ulular del viento, las humeantes chimeneas; en todo el castillo chirriaban las ventanas, se cerraban de golpe las puertas; la orquesta en el piso de arriba. El duque iba y venía nervioso de un lado a otro. Los músicos y los comediantes se hacían guiños a escondidas. Estaba nervioso como antes de un estreno. Así llegó por fin la noche.

En Stuttgart reinaba en cambio la más perfecta calma. No había luz en ninguna ventana. Sin embargo, se oía en las sombras el rumor de muchos pasos, el ruido amortiguado del entrechocar de hierros y maderas, y murmullos de voces. Todos los habitantes de la ciudad sabían que aquellas horas eran decisivas. El aviso de Schober había surtido efecto. Todos estaban armados y equipados, tenso el espíritu y apretado el corazón, pero decididos a combatir. Salvo los niños pequeños, nadie durmió aquella noche en Stuttgart. Se cuchicheaba lo mismo cientos de veces, maldiciones, deseos, se comprobaban las armas con cierto temor, apretándolas contra el pecho. La noche era un

puro preparativo.

En el castillo de Ludwigsburg se habían encendido todas las velas. Antes de su partida para el extranjero, el duque daba un baile en honor del enviado especial del emperador, el conde Palffy, y de los señores de Wurzburg. La reunión no era numerosa, incluía sólo a los que participaban en el golpe de Estado. Predominaban los militares y entre ellos figuraban los dos Röder, el general y el comandante. Con aire burlón, Karl Alexander había invitado a acudir a Ludwigsburg a aquel hombre huraño de frente estrecha: aquella noche, la guardia de la ciudad, de la que era comandante, no iba a necesitarle. Sin seguir la broma, pues tomaba muy en serio su cargo en la guardia montada, el comandante había hecho al duque el saludo militar con su mano deformada y enguantada y había aceptado su grata invitación. A través del salón de baile, Dom Bartelemi Pancorbo lo examinaba todo, con su rostro rojizo y descarnado, de nariz de buitre, y su enorme golilla a la moda portuguesa. Weissensee, ruina melancólica, no apartaba su mirada de Süß, acechándole con sus ojos expresivos y previendo incendios, tempestades y devastaciones. Por su parte, Süß brillaba como en sus mejores tiempos, y sus ojos ágiles estaban en todo. Se mostraba galante, ingenioso y triunfante y su humor seguro y animado contrastaba con la incesante agitación de Karl Alexander. De cuando en cuando, los ojos animales del mameluco, al que había dado algunas instrucciones en voz baja, se clavaban en los suyos, y una mirada de complicidad, llena de triunfo, iba y venía de uno a otro.

En las primeras horas de la noche debían ser detenidos los jefes del partido de la Constitución de Stuttgart y habrían de irrumpir en el ducado las tropas de Baviera y Wurzburg. Karl Alexander quería permanecer entre sus invitados hasta la llegada del correo que le anunciase el éxito del golpe de Estado y la continuación de su plan, pudiendo ir a acostarse con la seguridad de haber vencido. Había ordenado que la nueva cantante, la *demoiselle* Teresa, una mujer guapa, de ojos ardientes y cálida piel, le esperara en su dormitorio. En los dos últimos años, se había acostumbrado a tomar un afrodisíaco antes de acostarse con una mujer nueva, pues no habría podido soportar que una mujer nueva no quedara maravillada de su extraordinaria virilidad, y después de aquella noche de despedida con Marie Auguste, había ordenado al negro que aumentara la dosis.

El correo portador de la buena nueva no acababa de llegar. La ansiosa expectación del duque se comunicaba a sus invitados y se hacía sentir en todo el salón. Fuera continuaba la tormenta. La lluvia y el granizo fustigaban las ventanas y no se había podido lograr que las chimeneas tirasen bien y no llenaran los salones de humo. Aunque lucían millares de bujías, la música sonaba cada vez más animada, se bebían vinos exquisitos y todo el mundo había vestido sus mejores galas y preparado su más alegre humor, sólo reinaba una alegría febril y forzada.

Karl Alexander, en el centro de un círculo de invitados, les dirigía afables preguntas y se ensimismaba luego, interrumpiéndose de repente o desoyendo las respuestas. El mameluco se deslizó hasta él para comunicarle que la *demoiselle* Teresa se hallaba en su despacho privado. El duque replicó con desenvoltura:

—¡Que espere!

El duque se puso a jugar con Süß. El mameluco le trajo el afrodisíaco en una taza de plata, permaneciendo a su lado de pie, silencioso y sumiso.

—¡Lo has preparado suficientemente fuerte? —le preguntó Karl Alexander.

–Sí, Excelencia –respondió el negro con su voz ronca e impasible.

Karl Alexander tomó la bebida de golpe. Siguió jugando. Ganó rápidamente, pero con indiferencia y ausente el pensamiento. Echada hacia atrás su verde casaca, con la mano posada en la rodilla o jugueteando nerviosa con su cadena de oro, hacía largas pausas entre cada jugada.

–¡Ese maldito correo no acaba nunca de llegar! –murmuraba febrilmente.

–Es por culpa de la tormenta –dijo Süß– que hace intransitables los caminos.

El mameluco se acercó de nuevo deslizándose con paso silencioso para decirle que la *demoiselle* seguía esperando.

–¡Que se vaya desnudando? –gritó el duque–. ¡No puedo hacer que mis correos vayan más aprisa!

Un círculo de invitados rodeaba respetuosamente a los jugadores y animaba la partida con trabajosas chanzas.

El duque, jugando una carta favorable y trayendo hacia sí una pila de ducados, dijo riendo:

–Hoy me vas a devolver una parte de lo que me has estafado, judío.

–Esta noche, lo haré con mucho gusto –replicó Süß. La voz del comandante Röder resonó, hostil:

–Cara a cara, el judío no estafa fácilmente. De lejos, entre papeles y argucias y sin verse obligado a mirar de frente a la gente, le es más fácil.

Süß perdió también la jugada siguiente. El duque vio entre los que los rodeaban al arquitecto Retti, y le dijo:

–Si la partida con mi cerdo sigue así, haremos las reformas que has proyectado para la galería.

Diligente, el arquitecto se rió sonoramente. De pronto, Dom Bartelemi Pancorbo lanzó con su voz ronca:

–Pero no perderá su diamante.

Y todos contemplaron con ávida codicia el solitario que lucía en el dedo del director de finanzas y admiraron las luces que incesantemente arrojaba.

Por fin, el mameluco acudió junto al duque y anunció:

–Ahí están.

Con afectada indiferencia, Karl Alexander arrojó sus cartas y empujó hacia Süß el montón de monedas de oro que había ganado:

–Toma, judío, ya arreglaremos la galería más adelante. Te lo regalo.

Süß, agradecido y casi divertido, se dijo: «Tiene gracia. No acepta ningún regalo; me paga porque piensa que le he ayudado a lograr su fin y añade aún una propina. Luego me encerrará en un calabozo y se embolsará el salario y la propina al mismo tiempo».

Fijó en el duque una mirada atenta y apremiante, y Karl Alexander, como forzado por ella, le dijo:

–Puedes venir conmigo.

Precedidos del negro salieron del salón, Karl Alexander congestionado, cojeando y resoplando, y detrás de él, flexible, orgulloso, pálido y juvenil, el judío.

Pasaron entre los inclinados lacayos de la antecámara, por los silenciosos corredores en los que sólo se hallaba presente el desgarrado aliento de la tormenta, llegaron al ala opuesta del castillo, a las habitaciones privadas del duque: el despacho, un pequeño ga-

binete y el dormitorio donde esperaba la mujer. El mameluco abrió la puerta del gabinete. Allí, en lugar del correo que esperaba, había cuatro hombres a los que Karl Alexander no conocía. Dos de ellos eran ancianos canosos, delgados y débiles, y robustos y rudos, con aspecto de proletarios, los otros dos. Los cuatro se inclinaron sin decir nada. Los dos jóvenes, pesados y torpes; los viejos, con agilidad y repetidamente. Las llamas, temblorosas por la corriente de aire producida al abrir la puerta, los cubrían de luces y de sombras.

El duque, defraudado y furioso, gritó al mameluco con voz estrangulada por la ira:

–¿Estás loco? Haces entrar a esta chusma en mis habitaciones y precisamente esta noche. –Y de una patada le envió rodando a un ángulo del saloncito.– ¡El correo! –aulló–. ¿Dónde está el correo?

–No somos chusma –aventuró con sequedad hostil uno de los visitantes–. Somos miembros del Parlamento.

Karl Alexander se arrojó sobre él y le sacudió entre sus manos.

–¿Habéis venido a atacarme? ¡Esto es una emboscada! ¡Herejes, asesinos!

Aullaba y lanzaba espumarajos de rabia. La cantante, que esperaba desnuda en la habitación contigua, se escondió asustada debajo de las mantas y se persignó.

–Pero ya he terminado para siempre con vosotros –continuaba el duque, fuera de sí–. ¡Haré que os pudráis en un calabozo, infames perros herejes! ¡Os encerraré en una fortaleza con vuestros dignos colegas del Consejo de los Once!

–Nada de eso, señor duque –dijo entonces uno de los ancianos, inclinándose repetidamente y con acento cortés y comedido–. Lo que va a pasar es que nadie será arrestado esta noche en Stuttgart. Sólo muy pocos soldados de Baviera o de Wurzburg han conseguido penetrar en la ciudad. En cambio me permitiré comunicar a Vuestra Alteza que, gracias al santo y seña, *Attempto!* han entrado en ella numerosos hermanos nuestros, protestantes, y aunque el señor comandante Röder está aquí, la guardia montada sabrá proteger la ciudad, pase lo que pase.

Ni el mismo Süß habría podido explicar de un modo tan preciso, en tan vivos colores y en menos palabras, que la conspiración había sido descubierta y había fracasado completamente. El anciano, con gran cortesía y numerosas reverencias, comenzó a exponer nuevos detalles. Pero no pudo terminar su exposición, pues el duque sólo había escuchado las primeras frases, que habían provocado en él una terrible alteración. La mano que sujetaba al diputado de rostro plebeyo abandonó poco a poco su presa, su rostro enrojeció, un extraño estertor, semejante al gemido de un animal herido, se escapó de su pecho. Su boca aspiró desesperadamente el aire y la pesada masa de su cuerpo cayó de repente al suelo, horriblemente desfigurado el rostro.

Ante lo sucedido, los cuatro diputados temieron que se los hiciera responsables, el palacio estaba lleno de enemigos suyos, y el mameluco los había introducido sin anunciarlos, por una puerta secreta y de un modo disimulado y sospechoso. Temieron ser maltratados, muertos quizá, y huyeron a toda prisa sintiéndose dichosos cuando, bajo la tormenta y la lluvia, volvieron a encontrar su carruaje, que los esperaba en un lugar apartado. Temblorosos de frío y de emoción, tomaron de nuevo el camino de Stuttgart.

Entretanto, Karl Alexander yacía en el suelo, acompañado sólo por Süß y el criado negro, mostrando su ancho pecho velludo por un desgarrón de su camisa. Horrorizada, la muchacha desnuda escuchaba desde la habitación contigua aquel estertor. Karl Alexander

clavaba con penoso esfuerzo una mirada fija en el judío, interrogándole con expresión de odio. Süß, respondiendo a ella, dijo simplemente:

–Sí, Alteza.

El judío no sabía si había querido aquello, ni siquiera recordaba cómo había esperado que el duque reaccionara ante la noticia de la traición y del fracaso de su proyecto. No se preguntaba tampoco si el agotamiento del duque era debido en parte al carnaval o al afrodisíaco, o si él era el único responsable de aquel ataque. Como impulsado por el destino, lo había dispuesto todo tal y conforme había sucedido, preparando las cosas para que el duque, ya muy acalorado, encontrara, en lugar del mensajero de la victoria, a aquella Comisión portadora de siniestras noticias. Era indudable que aquello había de herir a su enemigo en el corazón, paralizando para siempre sus iniciativas. Pero el hecho de que a ello hubiera de añadirse aquella ruina física, aunque no lo hubiese él querido, le satisfacía.

Desplegando toda su fuerza, alzó del suelo el cuerpo pesado del duque y lo depositó en una butaca. Luego dijo al negro:

–Será conveniente que vayas a buscar al padre Kaspar.

Otmann se alejó, después de una ligera vacilación, y dejó al judío a solas con el moribundo.

Desde la habitación contigua la cantante, rígida de espanto, oyó una voz susurrante, tensa hasta quebrarse por una salvaje y ardiente emoción, dirigiéndose al duque, que había enmudecido. No podía entender cada una de las palabras, pero el triunfo cruel y lleno de odio que podía oírse en aquella voz susurrante y vehemente, la mantenía paralizada de miedo.

El judío decía:

–¡Duque! ¡Duque brutal, estúpido y grosero! ¿Querías taparte ahora los oídos, no es cierto? ¿Querías huir para no oírme? Te gustaría rezar, obtener la absolución de tu confesor y sentir manar sobre ti, gota a gota, el bálsamo del perdón. Pero no te concederé esa alegría, no te dejaré morir sin haberme oído. Gira tus ojos y jadea con todos tus pulmones, te será preciso oírme. Hablo en voz baja, pero tus oídos y tu corazón violento e impúdico escuchan mis palabras. Y es necesario que permanezcas callado y que no mueras todavía, pues tienes que oírme. Sí, mi hija murió de otra manera, la perseguiste con uñas y dientes, lanzando tu aliento inmundado y fétido sobre ella, pero pudo sonreír y conservar alegre su corazón, pues los ángeles buenos le tendían sus brazos. Y tú permaneciste ante la muerta, estupefacto y con una mueca imbécil en tu rostro de verdugo, y porque luego no te escupí a la cara creíste que todo iba bien y que nada había pasado. Pero ahora, Karl Alexander, duque imbécil y grosero, ahora comprendes que hubiera sido demasiado sencillo arrojarme entonces a tu cuello y estrangularte. He querido prepararte antes para que parecieras un ser humano y un príncipe. ¿Te encabritas ahora y jadeas? Sí, estás aquí postrado, siniestra y ridícula masa de carne, ridículo ante ti mismo y ante los demás. Pues tus grandes pensamientos, pobre imbécil, tu ambición de llegar a ser el Luis XIV de Suabia y tus sueños cesaristas, soy yo quien te los ha inspirado. Tú no has sido nunca más que un duque insignificante, violento y estúpido, y yo te he hecho bailar a mi gusto.

»Mírame con tus grandes ojos. No voy a cerrártelos todavía, todavía no he terminado. Todo lo peor de mí mismo lo he derramado en ti, gota a gota, mi simiente más despreciable. Podría haber hecho que me abrazaras ante todo el mundo y me llamas

hermano, sólo habría tenido que mostrarte los papeles que certifican que soy hijo de Heydersdorff, que era barón, mariscal y cristiano. Pero ésa es la parte de mí mismo que más desprecio y la he vertido en ti hasta la última gota, te he hecho bailar al son de mi música y te he cebado hasta que has estado a punto.

Se apartó del moribundo y se sumió en sus meditaciones. Luego, menos cruel, continuó:

—Sí, me sentía atraído por ti y hubiera podido ser tu amigo. Pero cuando te diste cuenta, te defendiste, y no has aceptado más que lo peor que había en mí, fomentándolo y haciéndolo florecer. ¡Tú, el gran señor y el gran héroe, el Luis XIV germánico! ¡Pobre imbécil!

En el corredor resonaron voces precipitadas. Entraron el doctor Wendelin Breyer, el ayuda de cámara Neuffer y el padre Kaspar, confesor del duque, sucesivamente. Al confesor había sido difícil encontrarle, pues estaba en una dulcería con Fichtel, el insignificante consejero de Wurzburg, que saboreaba el triunfo de aquella noche, insensible al malestar general, sorbiendo su café, una taza tras otra. Ahora, toda aquella gente se precipitaba, se agitaba desesperada y febril en derredor del moribundo, terriblemente demudado, e interrogando a Süß, el cual, después de informarles vagamente, se retiró pronto sin ser advertido. En la habitación contigua, la cantante se vistió. Tenía aquella voz suave, cálida y llena de odio, penetrante y triunfante, clavada en los oídos, llenándola de espanto. Pálida, temblando de frío, estremecida de horror, desencajada, se vistió de cualquier manera, corrió asustada, perseguida por aquella terrible voz, por los corredores, respirando aliviada cuando llegó al portón y dejó el castillo a sus espaldas, azotada por el viento.

El doctor Breyer quiso sangrar al duque, pero no llegó a hacerlo. El mameluco se había aproximado en silencio al sillón en el que Karl Alexander yacía desplomado. Contempló sus puños convulsivamente apretados, el rostro amoratado, con la lengua fuera y los ojos desorbitados, y luego, con su voz sorda y singularmente ronca, que la mayoría de los presentes no había oído nunca, dijo tan inesperadamente que todos se estremecieron:

—Está muerto.

El doctor tuvo, pues, que limitarse a confirmarlo.

En tanto que el médico murmuraba unos vagos comentarios profesionales, un fuerte *spasmus diaphragmatis*, embolia, *stagnatio sanguinis plenaria*, y el negro, silencioso y despectivo, contemplaba al pobre hombre desconcertado, que intentaba trabajosamente darse importancia, el rumor voló por los corredores y atravesó las antecámaras, y el maestro de ceremonias proclamó en el salón de baile:

—El duque ha muerto.

La orquesta cesó de tocar. El más terrible y paralizador espanto desfiguró e hizo palidecer los rostros. Luego comenzó una confusa agitación. Los invitados formaron grupos en los rincones, los invitados, los señores de la corte imperial, de Baviera y de Wurzburg, pretendían no haber sabido nada del asunto. Los oficiales permanecieron diseminados aquí y allá, inmóviles y desconcertados, como grandes animales de presa, estúpidos y peligrosos, sobre los cuales se hubiera cerrado bruscamente una trampa. Aquel maldito accidente podía costarles no sólo su posición y su fortuna, sino también la vida. Hasta el consejero Fichtel perdió su aplomo. Desde hacía más de treinta años había

sabido dominarse en privado y en público. Pero ahora puso un gesto duro, contraído y colérico, y comenzó a lanzar, a media voz, obscenas maldiciones. Sólo después de diez minutos pudo volver a pensar con frialdad y objetividad. Pensó en el testamento que había ayudado a redactar al muerto, que ya no iba a servir de mucho. Lo único que cabía hacer era parar todos los engranajes, eliminar todo rastro de Wurzburg y salir del asunto sin demora y sin que quedara comprometido su nombre.

Süss, durante este tiempo, permanecía solo en una habitación retirada. Nada le inquietaba y el murmullo de la agitación general no llegaba hasta él. La tormenta se calmaba poco a poco. El judío no veía ni oía nada. A nada atendía y todo se borraba en torno a él. Esperaba. Su hija no tardaría en acudir a su lado. Flotando a su alrededor, como una brisa bienhechora, penetraría deliciosamente en él, aliviándole y exaltándole. Permanecía, pues, sentado y silencioso, con una sonrisa de alivio, un poco enloquecida. Esperaba.

Ella no vino. Nada venía. Cada instante que transcurría le procuraba una impresión más intensa de frío, vacío y pesadez. Y de repente, comprendió que no acudiría jamás. Volvió a ver al duque, con su rostro amoratado y contraído, su lengua colgante y sus ojos desorbitados. Sintió náuseas y tembló de miedo. No concebía ya cómo aquello había podido satisfacerle y exaltarle. ¿Qué tenía aquello que ver con su hija? Su hija era blanca, serena y apacible. No se explicaba por qué acceso de insensata locura había podido creer que llegaría hasta su hija por medio de su intriga contra el duque y a través de aquel mar violáceo y agitado. Buscó con sorda angustia un porqué, pero no lo vislumbró siquiera. Su conversación con Karl Alexander moribundo había sido una especie de exaltación espasmódica, como acostarse con una mujer, pero sin la duermevela y la lasitud que le siguen. Se sentía agotado, triste, asqueado y más lejos que nunca de su hija.

Sintió en su nuca un soplo frío y húmedo y alzó los hombros escalofriado, en ademán defensivo. Un rostro le miraba, y era el suyo propio. Se levantó y sacudió su entumecimiento. Una voz traída por el viento penetraba en sus oídos y llenaba la habitación: la voz triste y áspera de su tío. Por débil que fuese, llenaba la habitación, el palacio y el mundo entero; y Süss reconoció ya, con plena certidumbre, que había errado el camino. Todo lo que había pensado, hecho y pretendido, su asunto con el duque, toda su torre y su triunfo artificiales, todo era falso y erróneo.

Extrañamente, sin embargo, aquel descubrimiento no le sorprendía, ni siquiera le contrariaba. No, estaba bien así. De nuevo se vio arrastrado en una silenciosa contradanza espectral. El Rabí Gabriel le cogía la mano derecha y el duque la izquierda. Todos ejecutaban complicados pasos, cruzándose y saludando. Pero hoy, aquella visión nebulosa e incolora no le hacía sufrir. Pues las manos se soltaban unas de otras y los bailarines se miraban con serena gravedad, sin hostilidad, y se separaban con una inclinación de cabeza.

Una infinita laxitud le invadió. Jamás se había sentido tan agotado, tan débil y tan lleno de cansancio físico. Aquello debía ser lo que se sentía después de abrirse las venas en un baño tibio, dejando fluir la vida. Se fundía, languidecía y se aniquilaba. Era un dolor manso, atractivo y voluptuoso, que le aplastaba, paralizando todos sus miembros. Abandonarse, derrumbarse, dejarse arrastrar. No querer nada, dejarse llevar por primera vez, deslizarse lleno de bienaventuranza, sin voluntad, hundirse en la corriente. Como si su sangre corriese y con ella desapareciera toda ilusión y todo deseo, sentía cómo se iba

hundiendo en una languidez bienaventurada, dolorosa e infinita.

En este estado le halló poco después el viejo lacayo que llegó con su apagaluces para extinguir la llama de las velas. Sorprendido al reconocer a aquel hombre pálido y desplomado, dejó caer su larga pértiga y gritó:

—¡Dios mío! Es el señor director de finanzas.

Süss, irguiéndose penosamente, le ordenó que le trajese algo de comer, pues se sentía débil, y el anciano, desconcertado y santiguándose, fue a traer la colación deseada. Comiendo ávidamente con los dedos, Süss le dijo que continuara con su tarea. Pero el lacayo balbuceó que no podía dejar al señor consejero a oscuras. Süss le interrumpió:

—Apaga tus velas y no te ocupes de mí. —Y el viejo obedeció asombrado.

La tormenta se hacía cada vez más violenta. Süss mascaba y tragaba. El viejo se apresuraba. Se subía a su escalera de mano y apagaba las velas, mirando de reojo al judío, que continuaba devorando con entusiasmo. Por fin, Süss le dijo con voz singularmente gozosa:

—No pongas tu corazón en los hombres, dice el Nuevo Testamento. ¿No es cierto?

—No comprendo a Vuestra Excelencia —tartamudeó, intimidado, el viejo.

—No importa —concluyó Süss, tragando un último bocado—. Alúmbrame!

La habitación quedó sumida en tinieblas, y Süss, guiado por la linterna del criado a través de toda una serie de salones oscuros, llegó a la parte central del castillo.

En una habitación contigua se habían reunido los jefes del proyecto católico. Pero sólo los de Württemberg, pues los de Wurzburg, los de Baviera y el enviado de Su Apostólica Majestad se habían dispersado apresuradamente a través de la tormenta y de la lluvia, incluido el astrólogo del príncipe-abad de Einsiedeln, junto con su rocío, sus alambiques y triángulos, y su túnica llena de figuras, sin haber encontrado la hora que las estrellas determinaban. Quedaban tan sólo los suabos, pálidos, sudorosos y perplejos. Al entrar Süss exhalaban un suspiro de alivio y volvieron hacia él sus miradas llenas de esperanza, como si él fuera a salvarlos.

El judío paseó en redondo sus ojos oscuros, con expresión apacible, serena y casi risueña. Luego dijo al comandante Röder, más abatido y más estúpido que los otros:

—¿No veis claramente, señor comandante, lo que convendría hacer en esta situación?

Y acercándose al otro, que le miraba hosco, *sin* comprender, le dijo con su acento más cortés:

—Detenedme, y sea quien fuere el futuro soberano, nada tendréis que temer. —Todo esto lo dijo con ligereza, amable, como si conversara tranquilamente.

Le miraron estupefactos, pero no tardó en brillar en sus ojos un resplandor malvado. ¿Qué se proponía el judío? No lo veían muy claro, pero había algo indudable: deteniéndole, habría ya un culpable, un personaje de primera fila en el cual se cebaría, en los primeros momentos, el furor popular y al que se podría atribuir lo peor. Durante un minuto interminable, reinó un silencio de muerte. Todos abrigaban, en los mismos términos y en igual orden, idénticos pensamientos. Y todos sacaban la misma conclusión: «Sí, nuestra salvación está en detener al judío. ¡El judío debe ser colgado!».

Además, por lo menos harían algo, algo que los libraría de aquella pasividad depresiva, absurda y vergonzosa. Había que mostrarse hombres en la batalla. ¿Qué significaba aquel pavor imbécil que los había hecho temblar, introduciéndose en su corazón y en sus entrañas? Era magnífico poder salir tan airosamente de aquella innoble

situación. Al cabo de un instante habrían olvidado la cobarde angustia que los había entumecido.

El mayor von Röder se levantó. Ante sus propios ojos y ante los de todos los presentes era el prototipo del buen patriota, el cristiano y el soldado. Corpulento e imponente, íntimamente convencido de su derecho y su lealtad, se acercó a Süß, y colocando su zarpa enguantada sobre el elegante y esbelto hombro de Süß, abrió con dificultad su boca de expresión dura y dijo gravemente:

—En nombre de la duquesa y de la Constitución, os detengo, judío.

En un solo instante, el silencio angustiado se trocó en clamores ruidosos, bestiales y triunfantes. El judío sonreía serenamente, solo, muy distante. Insultándole groseramente, empujándole y maltratándole aquellos caballeros se esforzaron en no dejar que se grabase en ellos la imagen de aquella sonrisa.

LIBRO QUINTO

El otro

Allí donde confluyen Oriente y Occidente se encuentra la pequeña e insignificante tierra de Canaán. Y la tierra meridional, la antiquísima Mizraim se desliza lamiendo su unión. Allí donde se cruzan las sendas del este con las del oeste está la ciudad de Jerusalén, la torre de Sión. Y cuando a la salida del sol y al atardecer, los judíos profesan su fe en el Dios de Israel, el Único y Verdadero Yahvé, permanecen en pie con los pies juntos, y dirigen sus miradas a la ciudad de Jerusalén, a la torre de Sión: los de Occidente vueltos hacia el este, los de Oriente hacia el oeste, todos a la misma hora, todos en dirección a la ciudad de Jerusalén.

Desde Occidente llega una ola eterna y salvaje a la tierra de Canaán: sed de vida, de identidad, el afán de hacer, el deseo de gozar, la ambición de poder. Se afanan esforzándose por alcanzar la sabiduría, el placer, la fortuna; más placer, más riquezas, vivir, luchar, actuar. Eso es lo que se deja oír desde el oeste. Pero en el sur, bajo agudas montañas, yacen envueltos en oro y especias reyes muertos, haciendo fracasar tenazmente la descomposición de sus cuerpos; sus imágenes se mofan de la muerte, elevándose en el desierto en colosales avenidas. Y desde Mediodía se deja sentir el embate de una ola eterna y salvaje sobre la tierra de Canaán: un apego ardiente a la existencia, un creciente deseo de conservar el organismo y las facciones, de no perder el cuerpo, de no desaparecer. Pero desde el este resuena la dulce sabiduría: dormir es mejor que velar, estar muerto es mejor que estar vivo. No ofrecer resistencia, deslizarse en la nada, no hacer nada, renunciar. Y la ola eterna y suave fluye desde Oriente hasta Canaán. Eternamente pasan las tres olas sobre la pequeña tierra y desembocan unas en otras, la brillante y embriagadora ola del deseo y la actividad, la vehemente y apasionada ola de un altivo no querer entregarse a la muerte, la suave y oscura de sucumbir a la corriente, de renunciar. Silenciosa y atenta, yace la pequeña tierra de Canaán, dejando que las olas se agiten sobre ella, confundándose entre sí.

En esa tierra minúscula, abiertos los ojos y atentos los oídos, se encuentra el pueblo de Israel, dirigiendo sus miradas hacia el oeste, escuchando atentamente hacia el este, observando al Mediodía. Es un pueblo extraordinariamente pequeño y está rodeado de colosos: Babilonia-Assur, Mizraím, Siria-Roma. Debe mantenerse alerta en todo momento si no quiere ser aplastado por descuido o diluirse en los gigantes. Y no quiere ser absorbido, quiere estar allí. Es un pueblo astuto, poco numeroso y trabajador y no tiene la menor intención de dejarse engullir. Las tres olas llegan con eterna periodicidad una y otra vez, pero el pequeño pueblo se mantiene firme. No es necio y no se rebela contra lo imposible. Se inclina cuando una ola llega con demasiada fuerza y deja tranquilamente que fluya por encima de su cabeza, pero después vuelve a erguirse, se sacude y allí está. Es tenaz pero no obstinadamente obcecado. Se deja llevar por todas las olas, pero no se deja arrastrar del todo por ninguna. Toma de las tres corrientes lo que le parece digno de ser tomado y lo hace suyo.

El peligro constante obliga a este pequeño pueblo a no pasar por alto ni el más

mínimo movimiento de sus gigantescos vecinos; lo obliga a seguir las pistas, a intuir los peligros, a mantener una actitud crítica, a reconocer los signos, siempre con cautela. La observación, el ordenamiento y el conocimiento del mundo se convierten en él en parte de su naturaleza. Crece en él un gran amor por medio de semejante conocimiento, por la palabra. Su Ley religiosa proscribía a los analfabetos, el conocimiento de la escritura se convierte en un mandamiento divino. Escribe lo que le traen las tres olas. Transforma en palabras propias y de su creación la enseñanza brillante y clamorosa de la acción, la silenciosa y ardiente de la porfía por la inmortalidad, la suave y desgastada de la bienaventuranza de no desear nada, de no hacer nada. Y el pequeño pueblo escribe los dos libros, aquellos que han hecho cambiar como ningún otro la faz del mundo, el gran libro del hacer, el Viejo Testamento, y el gran libro de la renuncia, el Nuevo. Sin embargo, el afán de inmortalidad permanece como música de fondo de toda su vida y su palabra. Los hijos del pequeño pueblo se han dispersado por el mundo y practican las enseñanzas del oeste. Actúan eficazmente, se enfrentan a la adversidad, lo acaparan todo. Pero a pesar de ello, no se encuentran a sus anchas en el hacer, están en su elemento en el puente entre la acción y la renuncia y siempre vuelven sus miradas hacia Sión. A menudo, en la satisfacción de la victoria, en el reconocimiento de la derrota, en medio de su progreso vertiginoso, se detienen estremecidos, escuchando una voz reprobadora, apenas perceptible entre miles de sonidos: no desear nada, no hacer nada, renunciar al propio yo.

Y algunos de ellos siguen esa senda hasta el final: del ajetreado torbellino de la actividad encaminada a alcanzar el poder, el placer, la fortuna, pasando por la resistencia a la aniquilación, hasta llegar a la liberación y al desligamiento del alma, a la extinción en el abandono y en la renuncia.

En medio de la noche, las nubes y la tormenta, galopaban hacia Stuttgart los correos enviados a los señores del Parlamento, a Remchingen, a la duquesa. Adelantaron al carruaje en el que viajaban aquellos que habían sido diputados del duque. Antes que los diputados, cruzó la puerta de la ciudad la noticia de la muerte de Karl Alexander, que recorrió tímidamente la ciudad oscura y en silencio en la que por todas partes se oían cuchicheos y había una actividad febril. En las calles, las gentes se apresuraban a reunirse con sus vecinos. ¿Era verdad? Era el castigo del Señor, el dedo visible de Dios. Había llegado la salvación de un modo estremecedor, magnífico e increíble. Pero ¿era verdad? ¿No era una trampa? Vacilantes lucecillas ardían en las casas. el ajetreo crecía, se oían los primeros gritos reprimidos de alegría. De pronto surgió el rumor pisoteando de nuevo la esperanza: sólo había sufrido un ataque, el duque había vuelto a la vida. ¡Cómo se deslizaron a hurtadillas hacia sus casas, cómo se encogían, cómo apagaban las luces! Hasta que por fin se tuvo la certeza, desde el ayuntamiento fue proclamada la noticia definitivamente: el duque había muerto. Fue entonces cuando estalló el júbilo largamente contenido: la gente se abrazaba, se elevaban oraciones, la alegría resplandecía en todas las caras, como si todos fueran náufragos rescatados. Luces y fiestas. El pastelero Benz, de ojos porcinos, junto con sus compinches del «Carnero Azul», pintó un cartel en el que, volando por encima de las dos torres de una iglesia, un diablo con alas se llevaba a un hombre. Debajo, con enormes letras escribió la siguiente rima: «Mirad cómo el mismo diablo se lleva al avaro renegado». Con manos sudorosas y temblorosas de alegría colocó

el cartel en la ventana brillantemente iluminada por las velas y se llenó de júbilo cuando las multitudes se detuvieron ante ella y divulgaron los versos por toda la ciudad. Pronto se dijo en todas partes que al duque se lo había llevado el diablo.

—¿No habéis oído decir que el cadáver tenía el rostro deformado y de un horrible color negro azulado? Con sus garras ha estrangulado Belcebú al príncipe hereje.

Temblorosa, incapaz de controlarse, se encontraba Marie Auguste en su gabinete. La acompañaban el canciller de la corte, Scheffer, el general Remchingen y su confesor, el pater capuchino Florian. Llevaba puesto un encantador salto de cama, que esa misma mañana había llegado de París por correo especial y no podía dejar de pensar que era una lástima no haber recibido el salto de cama un día antes, pues en ese caso se lo habría puesto aquella noche de despedida y Karl Alexander podría haberlo visto todavía. Ahora él estaba irremediadamente muerto y ya nunca volverían a producirle gozo ningún salto de cama ni ninguna mujer. Consideró que había hecho una buena obra al comportarse, por lo menos en la última noche de Karl Alexander, de un modo tan obsequioso. Desde abajo llegaba el estruendo de la ciudad jubilosa por la muerte del duque.

El corpulento Remchingen, asustado y confuso, devoraba involuntariamente y sin darse cuenta los desnudos brazos de Marie Auguste, refunfuñaba, lleno de una ira impotente:

—¡Atacar! ¡Atacar! El proyecto debe seguir adelante a pesar de todo. Tenemos a los soldados. Yo respondo de ellos. Es probable que un par de regimientos se amotinen. Los haré fusilar. Hay que jurar de inmediato fidelidad a la duquesa. Semíramis. Elisabeth. Katharina. ¡Atacar! ¡Atacar!

Temeroso, el vacilante canciller de la corte se resistía.

—¡Por Dios! En estos momentos particularmente debe evitarse cualquier derramamiento de sangre. El golpe ha fracasado, ¡se acabó! Ahora hay que actuar con prudencia y por los cauces legales. ¡Todo debe hacerse legalmente! Hay que hacer valer el testamento.

De manera parecida argumentaba el pater Florian aunque con más firmeza y menos miedo. La rápida imaginación del capuchino construía castillos en el aire. Se veía ya como un astuto hombre de Estado, y en su calidad de confesor de la duquesa gobernante, se encontraría en el lugar de observación probablemente más importante y con mayores perspectivas del Imperio. Mientras pronunciaba palabras prudentes y comedidas, soñaba ser ya el Richelieu o el Mazarin alemán. Pero Marie Auguste, mientras su pequeña cabeza de lagartija de tonos pastel parecía estar escuchando con toda atención, estaba completamente ausente. Pensaba en Karl Alexander, en el salto de cama, en el velo de viuda que tenía que encargar. Los había muy picantes y elegantes, incluso la horrenda duquesa de Angulema ofrecía un buen aspecto con él.

Y puesto que los caballeros habían dado sugerencias muy positivas, dijo inesperadamente en un tono exangüe y dándose importancia:

—*Que faire, messieurs? Que faire?*

Todavía era de noche cuando se reunió el comité del Parlamento precipitadamente. No se pudo impedir a otros parlamentarios que tomaran parte en la sesión. Se hacía alarde de una actitud jubilosa, se hacía ostentación de poder. Los grandes señores actuaban como si la muerte del duque fuera un triunfo personal, como si ellos, los calculadores y astutos hombres de Estado, hubieran procurado esta solución a la crisis. El parlamentario Neuffer

creía realmente que él era el causante de esa singular salvación. Fantaseando tenebrosamente, eludiendo los hechos y la realidad y expresándose misteriosamente, urdió una historia de intrigas y aventuras, situándose él en el centro de la misma moviendo los hilos, como la araña en su tela. ¿Acaso sus apremiantes palabras no habían convencido al ayuda de cámara Neuffer, su sobrino, de la corrupción del déspota, y no lo había convertido, por supuesto sin que se diera cuenta, a la causa del partido constitucional? Sin duda el ayuda de cámara de confianza había aumentado la dosis del afrodisíaco en tal medida que era inevitable que el duque sufriera un ataque, teniendo en cuenta su vida licenciosa y su obesidad. Había consultado con distintos médicos. Todos le habían confirmado que en tales circunstancias tenía que suceder una desgracia, más si se tiene en cuenta que no se le pudo administrar un antídoto enseguida. No se le administró y Karl Alexander murió. ¿Era una casualidad o estaba detrás de aquello una astuta y experta mano? Karl Alexander murió completamente solo. Ni siquiera su confesor estaba allí para conducir su alma hereje al cielo de los herejes; ningún lacayo se encontraba en los corredores, toda la servidumbre —y llamó su atención sobre aquel detalle— se hallaba en el ala opuesta del castillo contemplando el baile. Solo, como un perro, murió el déspota. Aquel hombre oscuro contaba a sus colegas del Parlamento esta novela de aventuras, que no tenía fundamento alguno para los que sabían que había sido el negro y no Neuffer el que había preparado la bebida, susurrando, demoníaco y sonriendo significativamente. Pero la muerte del duque en aquellos momentos había sido tan extraordinariamente oportuna, que muchos se sintieron inclinados a creer la historia de aquel oscuro fanático. Se distanciaron de él aunque llenos de admiración y el Brutus de Stuttgart gozaba en soledad de su grandeza tétrica.

Los otros envalentonados hacían planes. La alegría por la inesperada salvación se encontraba ya ahogada por la fuerte ambición de poder, riqueza y venganza. Ahora estaban en la cima, ahora le harían pagar al judío, al hereje, todo lo que habían tenido que aguantar de él. Estaba claro que el duque Rudolf, de Neuenstadt, tenía que ser el tutor del pequeño sucesor del duque, fuera cual fuese el contenido del testamento de Karl Alexander. Podían fiarse de él. Era un buen protestante y de su partido. En cuanto amaneciera habría que enviar en su busca, pero antes, esa misma noche, había que poner en su lugar al hereje corruptor del país, al maldito judío. Nadie se atrevió a tocar a los militares, pero todos los civiles partidarios de Süß que quedaban en Stuttgart, no en Ludwigsburg, fueron apresados esa misma noche. Fue algo semejante a lo sucedido tras la muerte de Eberhard Ludwig, tras la caída de la Grävenitz. El alguacil y los ujieres anduvieron por las calles, detuvieron y arrastraron hasta la cárcel a los derrotados, que lanzaban torvas miradas a su alrededor, maldiciendo salvajemente, soltando venenosos insultos, suplicando abyectamente y lamentándose. Para ello tuvieron que abrirse paso entre el pueblo boquiabierto, burlón y jubiloso. Fueron encarcelados Bühler, Mez y Hallwach, y también fueron encarcelados Lamprecht, Knab, e incluso el canciller de la corte, Scheffer.

Rechinando los dientes, Remchingen lo contemplaba todo. La duquesa le había prohibido expresamente intervenir. Pero que se atrevieran siquiera a acercarse a los militares, que se atrevieran tan sólo a tocar a uno de sus oficiales con sus apestosos y plebeyos dedos. Entonces no habría quien pudiera detenerle, entonces atacaría. Pero los mandatarios del ducado rondaban a los militares, dando un gran rodeo.

De modo inusual, había uno de quien no se hablaba en Stuttgart, o sólo en voz baja, por medio de alusiones, sin decir su nombre. Y sin embargo, era él el único objeto de todos los pensamientos, la secreta esperanza de la duquesa y de los militares, el temor secreto del Parlamento y de los ciudadanos. ¿Qué hacía Süß? ¿Qué actitud tomaría? ¿Atacaría? ¿Cómo se defendería aquel ladino y taimado pariente del diablo? Se encontraba en Ludwigsburg, pero no se tenía ninguna noticia de él, no se había recibido ningún despacho suyo. Aparecían las primeras luces de la mañana, una mañana de marzo cálida y lluviosa. Tras aquella noche de locura, con tanto ir y venir, la gente estaba muerta de cansancio, agotada, y se retiró a descansar. Y todavía seguía sin llegar ningún despacho del judío. Era alevoso, desconsiderado, cruel. En los primeros sueños de los que rodeaban a la duquesa, furiosos y alterados, de los triunfantes parlamentarios, de los derrotados y encarcelados se deslizó un miedo y una esperanza ahogados: ¿Qué hacía Süß?

En Ludwigsburg, el doctor Wendelin Breyer dictaba el informe médico. Junto con sus colegas Georg Burkhard Seeger y Ludwig Friedrich Bilfinger y en presencia del presidente del gobierno de Beulwitz y del Gran Chambelán de la corte de Schenk-Kastell había procedido a realizar la autopsia. Los tres médicos de cámara, mientras cortaban y sajaban el cadáver, tenían el mismo pensamiento:

—¡Vaya! Ahora sí que te estás quieto, ahora no me das patadas ni me lanzas las botellas de medicina por la cabeza.

Pero sus caras permanecían serias y llenas de una tristeza grave como conviene a los hombres de ciencia. Y el doctor Wendelin Breyer dictaba, con su voz profunda y agitando ampulosamente las manos, el *judicium medicochirurgicum*, el dictamen colegial, sabio y considerado.

—Teniendo en cuenta este *viso reperto* —dictó— queda suficientemente claro que Su Excelencia no ha muerto de un ataque de apoplejía, ni como consecuencia de una inflamación o de gangrena, ni por un vómito de sangre, ni tampoco a causa de un pólipo, etcétera, sino que ha fallecido a causa de un flujo atragantado, asfixiado en sangre. Sin duda, la causa de tan repentina alteración ha sido, por un lado, la antigua y reiterada dolencia y en definitiva el *spasmus diaphragmatis* de una arcada demasiado violenta, etcétera, y el enorme estómago, lleno de gases que presionaban sobre el diafragma; pero por otro lado, también el *stagnationem sanguinis plenariam, ob atoniam et debilitatem connatam* (la experiencia nos ha demostrado por lo general y con demasiada frecuencia que la mayoría de los príncipes de la casa de Württemberg mueren por afecciones del pecho) fruto de la predisposición de los pulmones.

Mientras tanto, en Stuttgart se abrió el testamento de Karl Alexander al día siguiente de su muerte. Éste, en su versión original, nombraba tutores a la duquesa junto con el príncipe Karl Rudolf de Neuenstadt. Un codicilo introducido más tarde por los consejeros Fichtel y Raab, nombraba cotutor al arzobispo de Wurzburg, y otro anexo, firmado por Karl Alexander, poco antes de su muerte, otorgaba al obispo una particular plenitud de poderes.

Al mismo tiempo, una delegación de la Comisión de los Once viajó a la tranquila Neuenstadt para visitar al duque Karl Rudolf y rogarle humildemente que asumiera de inmediato la regencia. Karl Rudolf era un caballero sobrio y muy inteligente. Había estudiado en Tubinga y ya en su juventud había visto el mundo desde todas las perspectivas posibles: había estado en Suiza, en Francia, en Inglaterra y en los Estados

Generales. Se había puesto después al servicio de los venecianos, había combatido en Morea y se había destacado grandemente en el sitio de Negroponte. Como voluntario, había luchado en Irlanda y en la Guerra de Sucesión española, había conducido a los doce mil soldados daneses y su intervención en la sangrienta victoria de Ramillies había sido decisiva. El príncipe Eugen y Marlborough lo tenían en gran estima, su nombre se contaba entre los grandes generales de Europa, y cuando, de repente, a raíz de la muerte de su hermano recayeron en él las rentas de Württemberg y Nueunstadt, el cincuentón había abandonado todas las guerras, se había retirado a la pequeña ciudad, y vivía como un campesino, como un estricto y sabio patriarca de su pequeño pueblo.

No había tenido relación alguna con Karl Alexander. El pomposo príncipe con su suntuosa corte y su judío sinvergüenza y ladrón le resultaban extremadamente repugnantes. Él era un hombre estricto y sobrio, y ahora pasaba ya de los setenta. Amaba su pequeña y próspera ciudad a la que dedicaba todos sus pensamientos; si se hablaba de Marie Auguste, la hereje, la frívola amante del fausto y los comediantes, torcía agriamente y asqueado los duros labios. Era de baja estatura, enjuto, algo encorvado, sus palabras de una brevedad militar, sus ropas y su corte estaban estrictamente reguladas, limpias y deslucidas. Su lema era ¡El deber!, ¡la justicia!, ¡la autoridad!, y a pesar de su edad era aún un trabajador infatigable.

Escuchó a los señores de Stuttgart en silencio, los dejó pronunciar sus frases circunspectas sin interrumpirlos, se hizo repetir algunas y siguió guardando silencio. Era muy anciano ya, le gustaría pasar los pocos años que le quedaban de vida en su próspera ciudad, tenía una vieja granja, inspeccionaba sus campos y sus viñedos y controlaba la manera en que cada uno de sus súbditos cuidaba de los niños y del ganado. Y ahora Dios daba a este hombre viejo la misión de limpiar y purificar el país arruinado; antes de su muerte tendría que luchar con emperadores y reinos, tendría que consumirse de rabia por culpa del jesuita gordo y astuto de Wurzburg. Dios daba las órdenes, él era un soldado y sabía lo que es la subordinación, era disciplinado y se sometió. Dijo a los de Stuttgart que aceptaba la regencia, pero puso como condición que no hubiera junto a él ningún otro tutor, ni la duquesa, la católica de Ratisbona, ni tampoco el jesuita de Wurzburg. A continuación, dijo que al día siguiente acudiría a la residencia.

Los de Stuttgart regresaron muy satisfechos. Éste era el hombre que necesitaban. Él iba a acabar con Remchingen y también con el judío del que, cosa extraña, todavía no se sabía nada.

Remchingen estaba furioso, siempre había odiado al viejo de Neuenstadt, y con frecuencia se había reído de su tacañería y su mezquindad. Ahora se agarraba como a un clavo ardiendo al codicilo del testamento, a los poderes absolutos del príncipe-obispo de Wurzburg, a las tropas que le habían sido confiadas. Se llegó a jurar fidelidad al regente del duque, no aceptó ninguna de sus consignas prohibiendo ambas cosas también a los que estaban bajo sus órdenes y al mismo tiempo les hizo jurar fidelidad al testamento de Karl Alexander. Reforzó la guarnición de Stuttgart sin que el regente del duque lo supiera y contra la voluntad de éste, dio instrucciones a los comandantes de las fortalezas y a las guarniciones que estaban en el campo de no aceptar ninguna orden que no procediera directamente de él mismo o de la duquesa. Para levantar los ánimos contra Karl Rudolf, hizo correr la voz de que el nuevo señor, con el consentimiento del Parlamento, pretendía la reducción del ejército y que había que esperar un elevado número de licenciamientos.

En esas circunstancias llegó Karl Rudolf, taciturno y sobrio, a Stuttgart, se instaló en un ala lateral del castillo, quiso presentar sus respetos a la duquesa viuda, pero ella no le recibió. Esto no le preocupó en lo más mínimo y al día siguiente aquel anciano de setenta y un años, a las seis de la mañana, como era su costumbre, se encontraba ya trabajando. Primero hizo limpieza en la capital: sin consideraciones de ningún tipo despidió a todos los funcionarios que no eran de fiar, sus papeles fueron confiscados y muchos de ellos fueron encarcelados. La mayoría de los cabecillas del partido católico había huido ya.

El pueblo se burlaba en voz alta y por doquier del duque muerto que todavía no había sido enterrado, de la duquesa viuda que encolerizada y nerviosa y desprovista del poder permanecía en sus habitaciones. El regente del duque dio estrictas órdenes que prohibían semejantes manifestaciones. Su lema era: ¡El deber!, ¡la justicia!, ¡la autoridad! Entre otros, también el pastelero Benz, autor del poético cartel en el que aparecían el duque y el diablo, fue encarcelado durante tres días en virtud de esta orden. Allí, en el calabozo, aquel hombre de ojos porcinos, cogió una fuerte gripe. De regreso a su casa tuvo que guardar cama, tomaba todo tipo de infusiones y pronto se supo que no volvería a levantarse. Junto a su lecho se reunieron los amigos del «Carnero azul». Torció el gesto mientras decía:

–Bajo el anterior duque gobernaba una puta, bajo el último un judío, bajo el actual un mentecato.

Gritó horriblemente cuando murió, escupió inmundas y blasfemas maldiciones. En el «Carnero azul» se dijo que el duque hereje y su judío también tenían ahora sobre sus conciencias la muerte de aquel buen ciudadano.

Marie Auguste trabajaba con Remchingen furiosamente y sin descanso contra Karl Rudolf y el Parlamento. La halagaba dejarse admirar como una gran mujer. La primera dama de Alemania lo había sido durante suficiente tiempo. Ahora le apetecía convertirse en la adversaria femenina del joven rey de Prusia que acababa de subir al trono. Iba a convertirse en la imagen católica rival de ese gran protestante. ¿Acaso no tenía de su parte al emperador, a Baviera, a su padre, e incluso a Francia? Ella, la astuta y mundana mujer, ¿no iba a poder con aquel campesino caduco, con aquel avinagrado calzonazos, aquel viejo chocho, con Karl Rudolf, el desvergonzado usurpador? Junto con Remchingen, su pater capuchino Florian y su bibliotecario Hophan, que se preciaba de ser un gran político, tejía innumerables intrigas, insignificantes y pueriles, y se enfadaba cuando algo no salía inmediatamente bien. Miles de despachos eran enviados a Viena, a Wurzburg, a Bruselas, a su padre. Se mostró a la corte y al país como una viuda enlutada, llena de modestia, la pequeña cabeza pálida de ojos alargados destacándose en la pompa negra. Hizo traer desde Bruselas a su hijito, el duque, y mostró el huérfano principesco, un niño con grandes ojos brillantes, al pueblo conmovido.

Pero Karl Rudolf, el viejo soldado, no se dejó engañar. Publicó un manifiesto en el que declaraba que no tenía ninguna intención de reducir el ejército e indujo al Parlamento a manifestarse en el mismo sentido. Al día siguiente puso al mando de las tropas al general von Geisberg, condenó al furioso Remchingen a arresto domiciliario y puso guardias ante su puerta. Fue un golpe de audacia, que habría podido ser origen de derramamientos de sangre, de una guerra, de una rebelión armada, podía tener consecuencias internas y externas, podía perderse todo o salvarse todo. Nada se perdió. Las tropas, y con ellas el país, se sometieron y prestaron juramento de fidelidad al duque

administrador.

El emperador dudaba en ratificar este drástico modo de proceder. Los jesuitas de la duquesa instaban a la corte de Viena a que declarara jurídicamente válido el último testamento de Karl Alexander, en el que nombraba regentes al príncipe-obispo y a la duquesa. El propio príncipe-obispo presentó quejas y reclamaciones al emperador en cartas escritas de su puño y letra, hizo elaborar a su consejero áulico y al profesor Ikstatt una deducción perfecta, los *Principios de Württemberg*, en la que, con perspicaces argumentos, se demostraba la legitimidad del último y tan discutido testamento. Todos, incluidos sus enemigos, admiraron la sutileza de esta argumentación. Pero no tuvo consecuencias prácticas. Karl Rudolf, tras haber aislado a Remchingen, había confirmado su poder y no podía ser apartado de él sin una guerra que nadie quería. Las protestas y reclamaciones no pasaron de ser platónicas.

El astuto hombre de Wurzburg no había esperado otra cosa. Dejó que todo su montaje siguiera en marcha sin darle un especial impulso, sólo para salvaguardar las apariencias. Escuchó el discurso de su consejero Fichtel, endiabladamente astuto y de insignificante apariencia. Se mostraba totalmente de acuerdo con él. De momento nada podía hacerse empleando la violencia. La Iglesia tiene tiempo, la Iglesia trabaja a largo plazo. Tal como estaban las cosas sólo podía contarse con el joven duque y educarlo estrictamente en la fe católica. Por supuesto que el obispo ya no vería aquel fruto maduro; por lo demás, ¡pobre Karl Alexander! ¡El buen amigo, fiel y agradable! *Requiescas in pace*. Él mismo celebraría misas por su alma. Lo único que había que conseguir por todos los medios era salir del mejor modo posible del asunto de Württemberg, y no quedar comprometido.

Con la mayor prudencia, había que encubrir y hacer desaparecer desde Stuttgart todo aquello que pudiera desairar a Wurzburg y a los católicos. Algunos documentos, particularmente comprometedores, estaban bajo la custodia de Remchingen. Tras la reclusión inesperada del general en su casa, después de fracasados intentos de soborno a los vigilantes, un joven deshollinador, acercándose por los tejados de las casas colindantes a la residencia de Remchingen, se deslizó por la chimenea hasta la habitación en la que se encontraban las actas, las entregó felizmente al padre confesor de la duquesa y los documentos desaparecieron camino de Wurzburg.

Mientras tanto, el viejo regente había ganado para sí al ejército gracias a sus maneras marciales. Recrudesció la reclusión del general y lo hizo llevar, junto con su ayudante el capitán Gerhard, a la fortaleza de Asperg.

Este trato dado a su querido y más importante aliado, sacó a Marie Auguste de su orgullosa reserva frente al tutor del duque. Se avino a recibir a Karl Rudolf para tener con él una entrevista. El anciano caballero se presentó sin ceremonia alguna, deslucido, desaliñado, pueblerino y encorvado ante la dama enjoyada, arreglada con todos los medios de la moderna cosmética y suavemente perfumada. Él estaba solo, a ella la acompañaban su confesor, el pater Florian, y su bibliotecario Franz Josef Hophan, el político, un joven de aspecto felino y delicado, versado en literatura y vestido a la moda. Tras lo sucedido a Remchingen era, junto con el capuchino, su consejero de mayor confianza. Karl Rudolf observó, frío y cauteloso, aquella mala hierba de tres hojas tan desagradable que por desgracia proliferaba de un modo acongojante en el hermoso jardín de Württemberg. Marie Auguste, a su vez, contempló arrogante y ligeramente divertida al

deslucido soldado de pelo ralo y pequeña estatura que con toda seguridad no podía apreciar el refinamiento de su vestido de luto. En silencio, Karl Rudolf escuchó sus muchas quejas. Su silencio la excitó, habló con mayor rapidez, mencionó junto a cosas importantes cosas ridículas e infantiles, enredándose en sus explicaciones. Sus consejeros tuvieron que ayudarla a retomar el hilo de su discurso. Asqueado y lleno de desprecio, Karl Rudolf tuvo que oírla utilizar conceptos jurídicos constantemente y en el lugar inadecuado, dándose importancia. Le parecía una profanación que aquella boca pequeña, insensata y oportunista pronunciara palabras sagradas como garantías y libertades ciudadanas. Él contestaba con brevedad, prudencia y rudeza, aprovechaba hábilmente la ocasión cuando ella decía algo sin sentido, hacía como que no oía los comentarios y correcciones del capuchino y del elegante bibliotecario con dureza y desprecio, dando a entender con ello que en su calidad de príncipe tenía que habérselas sólo con la princesa. Hizo observar a Marie Auguste que estaba muy mal aconsejada y que no era acorde a su dignidad el defender a Remchingen, aquel hombre perverso y sedicioso. En todas las pequeñas cuestiones de etiqueta que ella había traído a colación considerándolas grandes y de importancia, él prometió su ayuda incondicional, insistiendo por otro lado en todas las cuestiones políticas, realmente importantes. El capuchino y el bibliotecario se retorcían las manos cuando la duquesa, triunfante, se avenía a hacerle esas pequeñas concesiones para conseguir que el astuto y tosco usurpador renunciara a todo lo que a ella le parecía importante. Finalmente se habló de las cuestiones financieras. De ellas, Marie Auguste no entendía absolutamente nada; procedía de una de las casas europeas más ricas, manejaba los señoríos como otros la calderilla, encontraba plebeyo siquiera mencionar las cuestiones monetarias. Karl Rudolf demostró ser increíblemente calculador cuando se trataba de los intereses del país. Él mismo no tenía necesidades, era un anciano, no tenía hijos, así que era evidente que a él le bastaría suficientemente. A ninguno de los dos les costó mostrar una actitud noble, sin mayor esfuerzo, se pusieron de acuerdo en este tema y se separaron de agradable conformidad. El duque, sorprendido y tranquilizado, acabó por convencerse de que Marie Auguste no era la terrible Babilonia sino una estúpida, y la duquesa comprobó sorprendida y tranquilizada que Karl Rudolf no era en realidad un usurpador de dura cerviz, pueblerino y obstinado sino por el contrario un auténtico asno. Basándose en este curioso conocimiento mutuo, se separaron con una cierta simpatía reflexiva y precavida.

Naturalmente, siguieron teniendo innumerables pequeñas discusiones, tras este encuentro, pero al duque administrador, esta única entrevista le fue útil para ver con toda claridad la política a seguir. Si quería conseguir de Marie Auguste un compromiso formal en cuestiones administrativas, la atormentaba en cuestiones de etiqueta. Si ella impugnaba algún artículo, le mandaba un oficial subalterno en lugar del oficial superior que había tenido hasta entonces como guardia, atormentaba a su adorado y elegante bibliotecario, siempre vestido a la moda. Si ella reclamaba, él exigía con éxito, como compensación, otras pequeñas concesiones en cuestiones políticas.

Se produjo entre ellos un enfrentamiento serio con motivo de los preparativos para el entierro de Karl Alexander. Marie Auguste hacía dos meses que paladeaba el placer de aparecer en esta ocasión ante los ojos de Europa como la viuda más hermosa y elegante del Imperio, como la polémica gran princesa, en la que Roma y todo el orbe católico había puesto sus esperanzas. Pero el duque administrador prohibió que se celebraran ritos

católicos en los funerales por considerarlos provocadores. Los príncipes y grandes señores católicos amenazaron con no asistir al acto. Marie Auguste se enfureció y se consumía de rabia. El emperador tuvo que intervenir, por medio de un escrito de su puño y letra, para que Karl Rudolf cediera. Los funerales se celebraron, pues, con una increíble pompa. Avanzaron, en inacabable sucesión, los coches fúnebres, los portadores de antorchas, los nazarenos encapuchados, los príncipes y señores en sus galas negras, los criados y los cocheros, el desfile, que duró horas, de las tropas. Las campanas, los discursos, los cantos, las salvas en honor del muerto. Y muchos miles de ojos admirados, codiciosos y llenos de deseo se dirigían a la hermosísima duquesa viuda. El talle, esbelto y flexible, emergía del ancho y negro brocado de las faldas; los brazos y las manos increíblemente blancos y finos, asomaban por entre las puntillas negras de las mangas; ninguna joya a excepción de la estrella y la cruz de la orden papal y una cadena de dieciséis perlas negras de calidad superior. El velo de viuda colocado de manera que su negrura quedaba apagada por el brillo negro de sus cabellos. La pequeña cabeza de lagartija, de alta frente, del color del mármol antiguo y noble, echaba miradas desde su lejana altura, fatua, despertando el deseo. Así se exponía Marie Auguste, vestida de luto y resplandeciente.

Aunque fue por un féretro lujoso y vacío por el que sonaron las campanas, se pronunciaron los discursos, se elevaron solemnes los cantos, tronaron las salvas de las armas. Mientras su viuda discutía con el señor regente, el cadáver de Karl Alexander, a pesar de la destreza de sus médicos en la técnica del embalsamamiento, se había descompuesto de tal modo y apestaba tanto, que mucho antes de que tuvieran lugar los funerales oficiales tuvo que ser enterrado con toda discreción en la sepultura nueva de Ludwigsburg.

Los diplomáticos y militares a los que la muerte de Karl Alexander sorprendió en Ludwigsburg, se mantuvieron primero en silencio y a la espera. Dado el caso, en la persona del detenido Süß tenía la prueba de su lealtad, fiel al Estado. No fue necesario que transcurrieran muchos días para que resultara evidente, hasta para los más lentos de comprensión, que el partido de la Constitución debía quedar vencedor incondicionalmente y que no cabía ya pensar en una revuelta militar, ni en el proyecto católico. Sólo muy pocos, absolutamente fanáticos, bajo la dirección de un tal príncipe Waldeck, rechazaron quedarse en el lugar de los hechos. Los otros no habían pensado nunca en una revolución violenta; naturalmente, todas sus acciones se habían llevado a cabo dentro del marco de la Constitución y con la intención de ser presentadas al Parlamento para su aprobación. Sólo había un criminal, un hombre perverso, causa de todo lo malo, origen de toda desgracia, consejero de todo lo corrupto, que había inducido a obrar mal al buen duque y que había pervertido todas sus buenas intenciones, aquel que había arruinado al país, sinvergüenza e insolente, sólo uno: el judío. Y para demostrar cuán puros y fieles al Estado se sentían ellos, no había más que observar que no habían dejado escapar al satánico judío, sino que lo habían detenido inmediatamente.

Pero la detención de Süß, en realidad había sido muy sencilla y no precisamente gloriosa ni muy favorable al prestigio de aquellos caballeros. Por lo tanto, había que adornar la simple forma en la que se hicieron con él en Ludwigsburg y convertirla en una acción noble y romántica. Se hizo correr por Stuttgart el rumor —que pronto adquirió fuerza y se convirtió en certeza— de que Süß, inmediatamente después de la muerte del duque había huido de Ludwigsburg y que una vez en la capital se había introducido a

escondidas dentro de su casa y había permanecido allí oculto. Finalmente, había intentado huir al extranjero llevándose preciosos y comprometedores papeles. Pero los bravos oficiales, a la cabeza de los cuales se encontraba el gallardo mayor Röder, aquel hombre honrado y buen protestante al que toda la ciudad amaba y respetaba, habían descubierto a tiempo la presencia del judío y su posterior huida. Se contaban detalles pormenorizados de cómo Süß se había deslizado por entre los viñedos y de cómo había ganado distancia pasando por detrás de la Kriegsbergstrasse. Pero entonces, el mayor Röder, tomando a cinco de sus mejores hombres —incluso se sabían los nombres de éstos: Guckenberger, Trefts, Weis, Mann y Meier— había salido con ellos al galope en su persecución. A la altura de Kornwestheimer habían alcanzado al fugitivo. Con la pistola amartillada, el valiente Röder le había gritado el alto con su voz de trueno. De nada le sirvieron al judío su insolencia, sus gritos y sus amenazas. Los valientes caballeros obligaron a su carruaje a dar la vuelta, y ahora, ahora mismo lo traerían, pasando por la cuesta de la horca y entrarían en la ciudad por la puerta de Ludwigsburg.

Una multitud jubilosa y vociferante esperaba al carruaje en el que viajaba el prisionero. Se oían groseros chistes, reinaba una excitación alegre, los pilluelos se subían a los árboles, a los saledizos de la misma puerta de la ciudad. En la fonda «El Árbol Verde», pegada a la puerta de la ciudad, se encontraba, junto con otros acomodados burgueses, el joven Langefass, un muchacho alegre y grueso, muy rubio, de cara colorada, y ojos pequeños y azules. Obsequiaba a sus compañeros con un vino añejo, bromeaba ruidosamente con las muchachas, formando entre todos un alegre y excitado grupo, como en el último carnaval. Cuando finalmente, en medio de un griterío estridente, el carruaje de Süß cruzó la puerta escoltado por Röder y sus caballeros, todos los que se encontraban en la mesa de Langefass se arrojaron sobre él, arrastraron al prisionero fuera del coche, sacudiéndole, lo lanzaron de un lado para otro empujándolo, golpeándolo, dándole patadas. El joven Langefass lanzó tales gritos de viva en honor del mayor Röder, que éste aceptó un trago, sonriendo en respuesta, mientras que el pueblo propinaba una paliza al judío. Süß no se comportaba como si estuviera asustado ni recibía los golpes pasivamente, sino que los devolvía con fuerza; a un pillete que le mordió la pantorrilla, le dio tal golpe en la boca que el joven rodó entre las piernas de los que se agolpaban a su alrededor; también devolvía con energía las maldiciones y los insultos de sus agresores. No era una lucha fanática, sino una pelea imparcial y jugosa. Pero si la infantería no hubiera acudido finalmente en ayuda de la guardia montada y no le hubiesen arrancado de las manos del pueblo, el judío habría sido muerto a golpes por el pueblo inconsciente entregado al jolgorio de la refriega. Agotado y jadeante se sentó de nuevo en el coche, desgredado y desconcertado, lleno de suciedad y sangre. El joven Langefass, que era un guasón y que por ello era muy apreciado entre las mujeres, había recogido del suelo con exagerados y graciosos gestos la peluca que el judío había perdido durante la reyerta y para regocijo general la llevaba sobre su bastón. Así, entre gritos y expresiones de júbilo, precedió a Süß, pasando por el mercado, hasta la Alta Cámara.

Puesto que Süß se les había escapado, la chusma, dirigida por el joven Langefass, desvió su atención hacia los otros judíos y continuó la diversión con ellos. Lo más gracioso era arrancarle el canoso pelo y la barba a un viejo judío, que se resistía con desesperación, mientras Langefass, rodeado de un clamoroso aplauso, contaba chistes sobre piojos. Una muchacha joven, temerosa y nada guapa, llamada Jentel Hirsch, fue desnudada por

completo con grandes risas y todo su cuerpo examinado para ver si tenía pulgas. Todos los judíos de Stuttgart, desde el más anciano al niño de pecho, fueron atrapados por la entusiasmada chusma y entregados al alcaide, escoltados por gran número de granujas, mientras el vulgo les tiraba piedras e inmundicias. Precisamente mientras tenían lugar estos incidentes, llegaron a la ciudad, en la silla de postas, dos judíos de Praga para arreglar ciertos negocios bancarios con el influyente director de finanzas. No estaban muy al corriente de la política sisaba y no tenían ni idea de por qué el proyecto católico estaba relacionado con sus negocios bancarios. Sólo sabían que Süß era el judío más poderoso de Europa y que la comunidad judía de Württemberg gozaba de especial protección. De ahí que su sorpresa fuera mayúscula cuando, habiendo descendido apenas del carruaje, fueron atrapados, zarandeados, apaleados y detenidos y se enteraron de la lamentable situación en la que se encontraba el poderoso director de finanzas. También hay que mencionar que varios judíos murieron durante estas persecuciones, entre ellos tres judíos que gozaban de la protección de Frankfurt, como consecuencia de lo cual la ciudad libre presentó enérgicas quejas al gobierno de Württemberg. El duque administrador también en esta ocasión dijo:

—¡El deber!, ¡la autoridad!, ¡la justicia! —Y metió a tres de los culpables en prisión durante dos días.

Un poeta espontáneo escribió la detención de Süß en unas rimas muy sencillas. Pronto estos versos se difundieron por Stuttgart y por todo el país; dos versos en particular se citaban por doquier y quedaron grabados en la memoria de jóvenes y viejos para el resto de sus días: «Entonces habló el señor von Röder:

¡Alto! ¡Detente o muere!». La popularidad del mayor Röder, gracias a la atinada manera en que había impedido la huida del maldito y despiadado hebreo que había arruinado al país, había aumentado más si cabe, y allí donde él se encontrara con su boca de dura expresión, su estrecha frente y su voz áspera, los entusiastas ciudadanos rompían en ovaciones.

El mismo día en que Süß fue llevado a Stuttgart, intentaron también destruir y saquear su palacio de la Seestrasse. La cabecilla de esta acción fue Sophie Fischer, la hija del consejero de expedición, que había sido amante de Süß. Aquella mujer perezosa, bonita y voluptuosa había cambiado notablemente. Gritaba inflamada, se desgañitaba, su pelo colgaba en gruesas y rubias greñas y el sudor le caía sobre la cara. Las casas de los otros judíos habían quedado desprotegidas y aprovechando la ocasión la chusma se apoderó de algunos muebles de calidad, de las joyas y el dinero. La casa de Süß, por el contrario, estaba fuertemente custodiada por un destacamento militar. Nicklas Pfäffle había tomado precauciones a tiempo. Había otro que también había tenido éxito en sus esfuerzos por proteger la casa: Dom Bartelemi Pancorbo. Apareció en su calidad de comisario del gobierno con policías y militares y confiscó la casa y su contenido. Conducido por Nicklas Pfäffle, recorrió despacio las grandes y brillantes salas en las que reinaba el orden, metiendo su cabeza descarnada rojo azulada en todos los rincones. Despectivo, pasó de largo ante los nobles tapices, muebles, cuadros, figuritas. Pero precisamente de las valiosas piedras de las que se sentían hambrientos sus dedos y su corazón, no había ni rastro. Cauteloso y desconfiado interrogó a Nicklas Pfäffle mientras que aquel hombre pálido y grueso le contestaba imperturbable y flemático. El portugués tomó una actitud amenazante, pero su desagradable voz resbaló sin efecto sobre la

indiferencia del secretario. Finalmente, Nicklas Pfäffle fue detenido, lo registraron penosamente y husmearon en su correspondencia. No se encontró nada sospechoso y pronto tuvieron que dejar de nuevo en libertad a aquel tipo lento, silencioso e impasible.

Süss fue llevado primero a la fortaleza de Hohenneuffen, y allí no se le trató mal. Corriendo él con los gastos, comía con abundancia

y según su gusto, le estaba permitido recibir visitas y podía hacerse traer lo que quisiera, ya fuera de su guardarropa o de los enseres de su casa. Sin embargo, no hizo uso excesivo de estas libertades. Se encontraba a gusto solo y lo estaba durante mucho tiempo. En esas ocasiones caminaba satisfecho de un lado para otro, casi sonriendo, tarareando desafinadamente para sí, balanceando la cabeza tranquilo y astuto como un viejo y típico judío.

¡Oh! ¡Qué bueno y agradable era estar en paz y contemplar el espectáculo! A su alrededor se afanaban los demás. Unos se esforzaban intentando humillarle al máximo y ahogarle, él ponía sus esfuerzos en esquivarlos y volver a tomar aire. ¡Jo!, ¡jo! ¡Que le atacaran, que le atraparan! ¡Los muy estúpidos! No sabían que ya no era él el que luchaba, aquel a quien querían atrapar. Ése era el viejo Süss, el insensato e ignorante Süss que todavía no había reconocido ni encontrado su camino. El auténtico Süss, el nuevo Süss se reía, ¡jo!, ¡jo!, con salvaje satisfacción burlona; este Süss estaba más allá de cualquier afán, a éste no podía atraparlo ningún duque, ningún emperador, ningún jurado.

Así pues, la comisión que se había constituido para investigar los muchos atropellos y delitos astutos, impíos y corruptos que Josef Süss Oppenheimer, judío y depuesto consejero de finanzas, había llevado a cabo junto con sus compinches, no lo tenía precisamente fácil. Se trataba de una comisión investigadora de gran relevancia. A su cabeza se encontraba el consejero von Gaisberg, hermano del general, un hombre básicamente indolente que intentaba tomar las cosas con una cierta aspereza jovial. Formaban parte de la misma, en calidad de asesores, el consejero von Pflug, un caballero enjuto, rudo y arrogante que sentía un profundo odio y aversión por los judíos; los profesores Harpprecht y Schöpf, los consejeros políticos Faber, Dann, Renz y Jäger, funcionarios ambiciosos, de mediana edad, ansiosos de hacer carrera; los secretarios eran el asesor Bardili y el actuario Gabler. Para la comisión no había duda alguna de que Süss había cometido gran cantidad de delitos dignos de la pena capital. Pero pronto se puso de manifiesto que, hablando en sentido estrictamente jurídico, no había por dónde cogerle. La principal dificultad para juzgarlo de acuerdo con las leyes surgía del hecho de que no era un funcionario al que se hubiera tomado juramento, ni siquiera era un súbdito del Estado. Había aconsejado al duque exclusivamente bajo el título de consejero financiero privado y en calidad de persona particular. Los ministros y consejeros que, a pesar de haber prestado el juramento de fidelidad, habían planeado aquel perverso proyecto, eran los culpables de alta traición y no él. De manera que la investigación se disgregó en el examen de mil detalles a partir de los cuales se intentaba cimentar la viabilidad de la condena. La investigación se demoraba, se alargaba indefinidamente. ¿Por qué habrían de apresurarse los jueces? ¡Era tan agradable sentirse importante por el hecho de formar parte de esta comisión indagadora! Todos los conocidos les preguntaban:

—¿Y bien? ¿Habéis averiguado algo nuevo acerca del judío?

Por así decirlo, los ojos de todos los círculos suabos estaban fijos en ellos. Además, el formar parte de la comisión iba ligado a elevadas ganancias suplementarias, que naturalmente se pagaban con los bienes confiscados al acusado. Estos ingresos extraordinarios les venían muy bien, especialmente a los ambiciosos funcionarios de mediana edad.

Los señores de la comisión interrogaban a Süß tan pronto de uno en uno, como en sesiones corporativas. Se le interrogaba acerca de delitos monetarios, crímenes de lesa majestad y alta traición. El profesor Harpprecht, honrado y escrupulosamente legal, estaba convencido de que Süß era un infame, pero que no era culpable según la Ley, y asqueado por el empeño que se ponía en hacer al judío culpable de delitos por los que otros tenían la responsabilidad jurídica, pronto abandonó la comisión y se limitó a dar su dictamen sobre las actas. Su colega, el profesor Schöpf, le siguió. El presidente de la comisión, el consejero Gaisberg, se presentó solo ante Süß, le dio unos golpecitos en el hombro, y le dijo con su estilo rudo y jovial:

—¿Por qué nos amargáis la vida a nosotros y os la amargáis a vos mismo, judío? Está claro que tendréis que ir al infierno en la carreta del reo, no podréis llevaron mucho equipaje. ¿Por qué no hacéis una confesión convincente?

Süß se rió y utilizando el mismo tono que el otro, repuso finalmente que, al fin y al cabo, tampoco podían colgarlo a mayor altura de la que tenía la horca. Jugó con aquel hombre tosco, grosero y campechano, le decía cosas, de manera que el otro ya creía poder atraparle, se le escapaba una y otra vez, riéndose amablemente, dejándolo al final plantado y jadeante.

También los demás intentaron, cada uno por su cuenta, probar suerte con el astuto pecador. Le visitaban una y otra vez, le espaban, trataban de convencerle por las buenas, le amenazaban. Süß, desde su particular seguridad, jugaba con ellos de un modo casi deportivo, lleno de una superioridad burlona y balanceando la cabeza. Contemplaba su propio proceso como desde otro mundo, como desde un siglo posterior, se reía interiormente de aquellos caballeros, de sus peculiaridades, de sus intrigas y artimañas para alcanzarle. ¡Pobres! ¡Cómo se esforzaban, cómo se afanaban y sudaban! ¡Cómo husmeaban, cómo le acosaban, siguiendo, obsesionados, el camino que creían conducía hacia arriba! ¡Carrera, carrera! ¡Qué curiosidad sentían todos y cómo le observaban desde lejos y sin una luz adecuada, cómo le palpaban sin tener tacto, cómo le olfateaban sin tener olfato! Entre ellos había alguno que otro con buena voluntad que a lo largo de la prolongada investigación llegó incluso a sentir una cierta simpatía por aquel hombre que con toda seguridad era un tunante, pero que con su hábil ingenio y su agudo espíritu había llegado a ser alguien fuera de lo común, estimulante. Casi con desprecio cariñoso, veía Süß cómo incluso los dos secretarios, jóvenes, tontos, astutos y arribistas, intentaban probar suerte y demostrar con él su habilidad. ¡Aquellos pobres, tan divertidos en su torpeza! Süß los dejó trepar por él como a cachorrillos, para quitárselos después de encima con suavidad indolente.

Todos esos hombres eran medianamente inteligentes. Tampoco el consejero Johan Christoph Pflug, el impulsor y promotor de la comisión investigadora, tenía demasiado talento natural, pero en su caso, el odio exacerbado que sentía por los judíos hacía que su ingenio se agudizara. Si hubiera sido el Süß de antes el que ahora estaba en la celda, las muchas y diferentes maneras que aquel caballero enjuto, agudo y rudo encontraba para

hacerle sentir su asco y su desprecio, le habrían corroído el alma. El señor von Pflug respiraba con dificultad si se encontraba cerca del judío. Sentía repugnancia y asco físicos cuando entraba en la celda, pero consideraba que era su obligación desanimar a aquel maldito, al peor de entre todos los hombres, destruir su dignidad humana, hurgar en la vergüenza de aquel tunante. El hecho de no conseguirlo le atormentaba, abandonaba la celda agotado, para volver una y otra vez. Süß le miraba burlón y con lástima. Si aquel noble y orgulloso señor hubiera sabido que el depravado y miserable judío era hijo de Heydersdorff, barón y mariscal de campo, todo su mundo se habría derrumbado.

Ningún abogado se ofreció voluntariamente para defender la causa del judío. Estaba ya condenado. En esos casos, lo único que se conseguía era poner en peligro la propia carrera. Así que el jurado tuvo que asignar un defensor al acusado. La comisión dotó este puesto generosamente —por supuesto siempre con los bienes confiscados al director de finanzas— y lo encomendó a un hombre perteneciente a una de las familias parlamentarias en el poder, el licenciado Michael Andreas Mögling, abogado del tribunal de justicia. Éste, pues, tuvo que trasladarse a Stuttgart y preparar el alegato de defensa por el que percibía unas dietas extraordinariamente elevadas. Se le dio a entender que no era preciso que se esforzara mucho, todo el mundo sabía que la acción de la defensa era un gesto simbólico. Pero el licenciado Mögling, un joven rubio e ingenuo, con una cara de niño sonrosada, redonda, apacible y mofletuda, era un hombre honrado, no permitía que se le regalara nada, y se tomó el asunto endiabladamente en serio. Protestaba, sudaba, escribía. Los señores de la comisión investigadora se reían cuando le veían, el mismo judío se reía. A aquel buen hombre se le dificultó enormemente el trabajo. Importantes fragmentos de las actas le fueron escamoteados y se le negó el acceso a los protocolos de los interrogatorios. Mientras que apenas si se ponían dificultades a Süß para recibir visitas sin ser molestado, al pobre licenciado sólo se le ponían trabas cuando quería comunicarse por escrito o verbalmente con su cliente, pero no por ello se dejó amilanar, sino que cumplió sus deberes como abogado con rectitud, con empeño y sin talento.

Süß estaba todavía en Hohenneuffen, donde era bien tratado. Le rodeaban los señores de la comisión investigadora. Cebaban sus cuerpos, sus almas y sus bolsas a su costa. Pero él estaba tranquilo y en paz, curiosamente relajado y alerta, se sentía como entre algodones, no podían hacerle nada.

Esto atormentaba particularmente al enjuto y rudo señor von Pflug. Aquello no salía adelante, la investigación se estancaba, aquel judío, aquella escoria, se reía de ellos. Pidió al señor von Gaisberg que convocara una sesión plenaria, quería hacer una propuesta. Los diez miembros de la comisión se reunieron, centrando sus esperanzadas miradas en el señor von Pflug. Él a su vez permaneció de pie, delgado y anguloso con su nariz de buitres, sus labios delgados y su mirada voraz y dura. Dijo que hasta el momento, sólo se había indagado acerca de crímenes de lesa majestad, alta traición y falsificación de moneda. Había llegado el momento de investigar los delitos dignos de la pena capital, que el judío había cometido en otros campos. La ley criminal del imperio castigaba con la muerte el trato carnal de un judío con una cristiana. Sin embargo, era del dominio público de qué soez manera el inculpado había desflorado a vírgenes cristianas y se había aprovechado de respetables damas y de mujeres de baja condición. Había llegado ya el momento de ampliar la investigación a este punto. Incómodos, los grandes señores guardaron silencio. Se trataba de un asunto muy delicado. ¿Hasta qué punto había que profundizar en este

tema? ¡A saber a quién iban a comprometer cuando se sacaran a la luz estas cuestiones! Era muy excitante levantar los velos y las sábanas, regodearse con el cuándo, cómo, dónde y demás detalles. Ya se dibujaba en las caras de aquellos señores una expresión ligeramente lasciva. Pero permitir que todo el Imperio metiera las narices en ese estercolero..., había que pensarlo bien antes de atreverse a algo semejante. Además no podía saberse cuántas familias estaban implicadas en el asunto y con las que, por causa de semejante investigación, podían crearse enemistades. Era un asunto muy delicado, extraordinariamente delicado.

Lejos de estas consideraciones, finalmente Johann Daniel Harpprecht replicó que, en su opinión, tan importante comisión no tenía ninguna necesidad de meter las narices en toda aquella inmundicia e indecencia. Verdaderamente era una triste cosa que tantas vírgenes y mujeres cristianas se hubieran prostituido con el judío. Pero ni el duque administrador, ni el gabinete, ni el Parlamento había constituido aquel tribunal especial para investigar los pecados de la carne del otrora director de finanzas. Estas actividades de Süß no habían puesto en peligro ni a los príncipes ni al país. Además, esa ley criminal que castigaba con la muerte el trato carnal entre judíos y cristianos, no había sido derogada formalmente pero desde hacía doscientos años no se había aplicado y con ello se encontraba pasada de moda y fuera de uso. Además había que tener en cuenta que, según esa ley, no sólo el judío, sino también las cristianas involucradas debían ser condenadas a morir en la hoguera. Por lo tanto, antes de proceder en este sentido, había que pensar muy bien en las consecuencias.

Con frío fanatismo, el consejero Pflug repuso que no necesitaba decir a los prudentes y rigurosos caballeros allí presentes, que no se los había convocado para hacer política sino estrictamente para hacer justicia. No era válido en estos momentos actuar como astutos hombres de Estado, sólo debían ser justos, sin tener en cuenta a las personas.

Los otros, mientras tanto, sopesaban los pros y los contras. Se miraban unos a otros, se espiaban escudriñando los pensamientos más íntimos, buscando la secreta complicidad de los demás. Si la investigación se ampliaba a los pecados de alcoba del judío, tendrían en sus manos la fama y el destino de muchas mujeres, así como el de muchas familias. Se sabían algunos nombres, se trataba de grandes familias muy extendidas. Claro que podían limitarse a la investigación, y dejar en manos del duque administrador y del gabinete la decisión definitiva acerca del modo de proceder. Evidentemente no era necesario investigarlo todo. Se les habían otorgado plenos poderes, de manera que podían comprometer a unas y pasar por alto a otras, según quisieran. En todo caso, una ampliación así de la investigación significaba para cada uno de ellos un increíble aumento de poder, importancia e influencia. Suspendidos sobre el país como una nube cargada de rayos, podían atacar o proteger a voluntad. Y de cuántos secretos iban a enterarse, que en estos momentos no iban a serles de utilidad pero que más tarde podrían aprovechar como quisieran. Como un tribunal español de la Inquisición, eran poderosos y terribles, como el oscuro Consejo de la República de Venecia. Resultaba atrayente, excitante y tentador. ¡Qué actitudes misteriosas y expresivas podrían adoptar! ¡Cuántos iban a estar pendientes de ellos, temerosos y asustados, esperando angustiados a que se los atrapara o se los pasara por alto misericordiosamente! ¡Y de cuántos detalles picantes iban a enterarse, con los que poder divertir confidencialmente a un amigo, al hermano, a la esposa o a la amante y más adelante provocar el jolgorio y las carcajadas de un círculo de alegres juerguistas! Una leve

sonrisa cruzó por la cara tosca y jovial del consejero Gaisberg. Los caballeros más jóvenes forzaron una expresión indiferente y relajada, entornaron los párpados sobre los ojos brillantes. Se tomó la decisión de seguir la propuesta del señor von Pflug.

Primero, Süß fue interrogado sobre este punto en una sesión plenaria. Los profesores Schöpf y Harpprecht no estuvieron presentes. Süß había ganado en corpulencia, su aspecto era menos rígido y mantenía la espalda encorvada. Su cara parecía más ancha, sus ojos marrones eran menos saltones, más lenta y suave su mirada. En la frente empezaban a marcarse arrugas sobre el nacimiento de la nariz. Sus movimientos eran más reposados, emanaba de él una serenidad indulgente y astuta.

Cuando se le preguntó si había tenido relaciones carnales con cristianas, primero miró a los jueces asombrado. No recordó en absoluto la ley que condenaba con la muerte estas relaciones, tan fuera de uso se encontraba. Interpretó la pregunta como fruto de una curiosidad cínica, únicamente encaminada a descorazonarle de alguna manera y no sabiendo qué era lo que pretendían guardó silencio. El consejero von Gaisberg le instó violentamente a que contestara; debía dejarse de bromas y enumerar sin demora todas las personas con las que se había acostado. El judío miró con atención a los caballeros, dejó resbalar su mirada ponderativa de uno a otro, y repuso brevemente, sin sorna alguna, que no veía qué tenía que ver aquello con la alta traición y la falsificación de moneda. Ácidamente, el señor von Pflug le contestó con presteza, diciendo que eso era asunto de los jueces y que controlara su insolencia judía.

Süß, allí de pie, sacudió la cabeza reflexionando. Entonces se acordó de aquel artículo de la ley criminal del Imperio que desde hacía siglos no se tomaba en serio y que le habían citado a veces bromeando. ¿Qué? ¿Con esta vieja y oxidada arma de carnaval querían ejecutarle? ¿Iba a morir de una manera tan estúpida? De golpe, el viejo y brillante Süß volvió a estar presente en él. Se irguió, lanzó rápidas y duras miradas sobre los jueces y dijo de un modo directo y burlón:

–No niego el hecho de haberme acostado con mujeres cristianas. Si Sus Señorías quieren condenarme a muerte por ello, que lo hagan. Todo el Sacro Imperio va a reírse, y no precisamente de mí.

Permaneció frío y sereno mientras los otros, indignados, arremetían contra él gruñendo, gritando y vociferando, sublevados por su insolencia. Süß contemplaba a sus jueces. Contemplaba el triunfo del odio animal, la lascivia, la crueldad, la hinchada vanidad. Se daba cuenta del juego desvergonzado, frío y chantajista que pretendía hacerse con las mujeres. Vio caer las máscaras humanas y debajo los desnudos rostros de lobos y cerdos. Pero antes de que su ira reprimida estallara, se sobrepuso triunfando sobre ella, sintió cómo le invadía la piedad por aquellos hombres, malvados y pobres de espíritu, que estaban ante él. Con la vieja, suave y astuta sonrisa en los labios dijo:

–Los nombres no voy a darlos. Los caballeros aquí presentes tendrán que buscar ellos mismos a las damas.

Los jueces, incluso los más bonachones y hasta aquel momento bien intencionados, se indignaron hasta la exasperación. Ni siquiera se les ocurrió pensar que el judío tal vez quisiera callar los nombres por respeto a las mujeres, ya que eso llevaba implícito que ellos, los honorables señores, eran menos caballerosos que un judío; que el judío era más noble que todo un consejero de Württemberg. No, era por pura maldad y tozudez, por una especie de avaricia judía, por lo que aquel bribón no les quería hacer partícipes de sus

gozos en el lecho, a lo que ellos tenían un derecho privilegiado, y quería ocultarles los nombres. Se habían imaginado ya tan vivamente la sensación, el cosquilleo y todos los detalles... y ahora él se lo quería echar a perder por pura maldad. Pero ya le bajarían los humos a aquel canalla, ya le enseñarían a aquel cerdo judío a respetar a un tribunal de justicia suabo.

Se le trató con mayor dureza, fue arrancado de la tutela del amable comandante de Hohenneuffen. Fue trasladado a la fortaleza de Asperg donde fue sometido a un encarcelamiento más severo. Allí tenía el mando el mayor Glaser, un hombre pedante que vivía para la disciplina. Süß fue encerrado en un agujero estrecho y húmedo. El día allí no era muy distinto de la noche. Sus ropas apestaban en aquel ambiente húmedo y mohoso, se pudrían sobre su cuerpo, no se le dio ningún catre, el suelo estaba desnudo y mojado, era frío e irregular. Se le mantuvo a pan y agua y encerrado así durante muchas horas. Gordas ratas pasaban sobre su cuerpo y no podía librarse de ellas.

Su pelo castaño oscuro perdió el color, su piel cuidada y suave se apergaminó y palideció, y una barba gris y descuidada creció en sus mejillas antes tan lisas y finas... Lanzó contra sus guardianes toda clase de insultos, maldiciones y blasfemias y se resistía físicamente cuando lo encerraban encogido. Pero cuando estaba solo, hambriento, con las extremidades desfiguradas por la tortura, tosiendo y pasando frío, los vigilantes, que espían por la mirilla de la puerta, a veces lo veían menear la cabeza tranquilo, o bien le oían hablar consigo mismo y tararear con una voz horrible. A veces parecía hablar con otra persona, asentía, esperaba respuestas y mantenía una conversación. Pero a excepción de las ratas, no había nadie en su celda. Los vigilantes se daban codazos, se reían sarcásticos y empezaron a considerarle trastornado y loco.

Pero no estaba loco en absoluto. Lo que sucedía era que vivía horas llenas de paz, en las que se encontraba más allá del hambre y del frío, más allá del dolor atenazante y desgarrador del cuerpo dislocado por la violencia. Era entonces cuando, al parecer, el ruido de las correrías de las ratas se convertía para él en una voz suave y agradable y hablaba y recibía respuestas, e incluso podía sonreír.

Empezó una dura lucha entre él y el mayor Glaser. Al mayor se le había dicho que era de capital importancia conseguir que el judío declarara los nombres de las mujeres con las que había mantenido relaciones. Sólo en ese caso podrían ejecutarle tal y como se merecía, y aplastar ante los ojos del mundo a aquel piojo inmundo. Así pues, el mayor interrogaba diariamente al judío entre las nueve y las diez. Süß reconocía haber gozado de damas de alta y de baja alcurnia. El mayor le contestaba que aquello no era suficiente, tenía que darle los nombres. Süß replicaba que él, como oficial, debía comprender que no iba a decir los nombres nunca. A lo que el mayor respondía:

—Lo que corresponde a un oficial cristiano no obliga a unapestoso judío. —Y trataba al obstinado cada vez con mayor dureza. Süß no tenía ningún empeño en parecer heroico. Tras períodos de alegre resignación sufría ataques de ira y padecía depresiones. Le sobrevino tal asco por sus ropas apestosas y mohosas que se las quitó y andaba desnudo. El comandante le obligó por la fuerza a vestirlas de nuevo. El mayor informaba con pedante exactitud al señor von Pflug acerca de los movimientos del prisionero, con irritante profesionalidad. Informaba que el hebreo, la bestia, no habiendo podido obtener veneno del guardián Hofmann, se había mordido las uñas y se las había comido creyéndolas venenosas. Todos se habían reído a carcajadas de aquel estúpido. O que desde

hacía cuatro días, el hebreo, la bestia, no había querido comer nada en absoluto, y que él había estado muy preocupado, no fuera que se quedara allí tendido y se dejara morir. Pero ya volvía a comer, de manera que seguía abrigando la esperanza de poder mandarlo vivo a la horca.

Terriblemente débil, Süß se quejaba a veces preguntando si no les bastaba con su fortuna, que además querían matarle de tan abominable manera. En otra ocasión, comentó astutamente que no podían hacerle nada, que todo era una estúpida farsa y apostó cincuenta mil florines a que pronto iban a ponerle en libertad. Una vez, provocando la hilaridad de sus guardianes, que se golpeaban los muslos mientras se reían ruidosamente, ordenó, profiriendo amenazas enfurecido, que le dejaran libre inmediatamente, estaba en su derecho, tenía que ir a Stuttgart para atender la administración de su casa. Al comandante todo esto no le preocupaba en absoluto. Sólo informaba al señor von Pflug de todo ello, palabra por palabra, interrogaba diariamente al reo entre las nueve y las diez, le preguntaba los nombres de las mujeres repitiéndose siempre las mismas preguntas y las mismas respuestas, constataba la testarudez de aquel canalla criminal.

Pero después volvía a haber semanas en las que Süß se mantenía tranquilo y pacífico, en las que hablaba en la soledad de su celda con las húmedas paredes y el aire mohoso. Veía a su padre de una manera muy viva, muy real. De pie en la celda, vistiendo el hábito de los capuchinos, había perdido su aspecto esbelto y elegante y estaba gordo y decaído pero sus ojos tenían una mirada serena y en paz. Conversaban y se sentían muy unidos, el mariscal caído en desgracia y el ministro caído en desgracia paseaban cogidos del brazo, el monje mendicante y el torturado preso cubierto de malolientes harapos se sonreían e iban de un lado para otro, en buena armonía, dentro de aquel recinto estrecho y húmedo, y las ratas corrían sobre sus pies.

Los señores de la comisión seguían investigando con constancia y con toda parsimonia, cobrando enormes dietas.

Marie Auguste, la duquesa viuda, fatua y coqueta, hallaba tanto placer en las intrigas políticas que incluso posponía su *toilette* en favor de la política. Guiada por su confesor, el pater Florian, y por el bibliotecario Franz Josef Hophan, se dedicaba a urdir innumerables complicaciones, enredos e intrigas, en el castillo de Stuttgart o en su hermosa residencia de viuda, en Teinach, y ocasionaba dificultades a Karl Rudolf. El joven bibliotecario de aspecto felino y delicado, muy versado en literatura y vestido siempre a la moda, elaboraba los proyectos fantaseando en su escritorio; el pertinaz pater Florian, el capuchino, intentaba ejecutarlos, y Marie Auguste intervenía en todo con una diligencia ciega y gentil, estorbando. El sinuoso, alambicado y elegante secretario sentía una bienaventurada y elocuente admiración por la duquesa, la comparaba en innumerables versos, como estaba de moda, con todo lo que de hermoso hay entre el cielo y la tierra. Escribió también una novela colosal y voluminosa, en la que ella, como Semiramis, pasaba por la tierra con la misma astucia para los asuntos de Estado, tan heroica como virtuosa, así como deslumbrantemente hermosa. Ella se bañaba gustosa en su adoración elegante y sugestiva, e incluso fue adoptando poco a poco gran parte de su vocabulario y de sus gestos. No quedaba muy claro si a ella le resultaba atrayente porque era él quien manejaba su política o si ella hacía política porque él le resultaba atractivo. Todo parecía muy con-

fuso.

Al duque administrador, frugal, práctico y marcial, le molestaba tener que perder el tiempo constantemente en desbaratar sus estúpidos tejemanejes. Decidió desembarazarse definitivamente de esa molesta intrigante. De repente corrió por todas partes el rumor de que la duquesa viuda quería, ahora por medio de la violencia, llevar a cabo el proyecto de su esposo, del que se habían librado tan felizmente, y que había tomado ya las disposiciones necesarias para que en la iglesia de Teinach se oficiara de acuerdo con los ritos católicos. Lo pérfido del caso era que la duquesa había participado en miles de otras intrigas, pero precisamente en aquel asunto no había una sola palabra de verdad, era una grosera ironía hacerla caer precisamente por aquel motivo. En todo caso, el pueblo creyó los rumores. En las calles, cuando ella pasaba, se oían salvajes comentarios, se lanzaban pasquines, la gente enmudecía, le negaban desvergonzadamente el saludo. Cuando intervino la policía, deteniendo a aquellos que no la saludaban, en cuanto aparecía el coche de la duquesa las calles se vaciaban, a toda prisa desaparecían todos en las casas, en las callejuelas vecinas, para no tener que saludarla. Marie Auguste no pudo soportarlo. El pater Florian y el elegante bibliotecario repartieron grandes sumas para sembrar las calles de vítores. Pero ella se dio cuenta de que las ovaciones eran compradas y sufría doblemente. El pater Florian escribió indignado al duque administrador insistiendo en la santa inocencia de Marie Auguste, particularmente en lo que se refería al asunto de Teinach y calificar con duras palabras la insolente falta de respeto del pueblo, exigiendo firme e imperioso su intervención. Karl Rudolf no contestó. Marie Auguste, furiosa, se presentó ante él. Éste le dijo que no tenía tiempo para contestar las cartas de un monje. El pater Florian había firmado, según la fórmula de su orden, como un indigno capuchino.

—¿Debo acaso contestar—preguntó Karl Rudolf con rudeza, encorvado y deslucido— a uno que ni siquiera es digno de ser capuchino?

Por lo demás, dijo para finalizar, él podía ordenar a los súbditos no ser groseros con la duquesa, pero no podía obligarlos a demostrarle amor ni alegría. Le aconsejaba amistosamente a Su Excelencia que se comportara como él; entonces, los súbditos, sin tener que darles órdenes y seguramente también sin tener que pagarles, la saludarían con ovaciones y como era debido.

Tras esta humillación, la duquesa decidió abandonar la estúpida y desagradecida Suabia, trasladar su corte a Bruselas, Ratisbona o Viena, y allí, llena de enojo, convertida en un Coriolano femenino, esperar hasta que la llamaran de regreso.

Se despidió de Magdalen Sibylle. La esposa del consejero de expedición Magdalen Sibylle Rieger estaba sentada, seria y prosaica ante la hermosa duquesa que no podía dejar de parlotear y de lanzar miradas en todas direcciones, y que excitada por la cercana partida se manifestaba doblemente joven y divertida. Magdalen Sibylle, ampulosa e imponente, permanecía sentada, llevaba un pequeño Rieger en su vientre. Había traído a su amiga un poema de despedida, pedante, insípido y sincero. Marie Auguste lo escuchó con la pertinente emoción y agradecimiento. Sin embargo, contenta de dejar atrás sus obligaciones serias, enseguida empezó a escarnecer a los suabos, torpes y groseros, de los que pronto, gracias a Dios, se encontraría muy lejos. Se burló del encorvado, desaliñado y estúpido Karl Rudolf, de Johann Jaakob Moser, el apasionado y extraño maestro de Retórica, de todo el populacho grosero e inculto. Sólo lamentaba una cosa: tener que dejar prisionero en la fortaleza de Asperg a Remchingen, tan fiel, bueno y fuerte. ¡Ah!, y

también a su judío, tan agradable, divertido y galante. Lo atormentaban y lo encerraban encogido y ella, Marie Auguste, no podía hacer absolutamente nada por él. Y continuó, dando a su cara una expresión importante, que hacer algo en ese sentido la habría hecho impopular y su querido bibliotecario, por motivos políticos, no lo habría permitido. Aunque probablemente el judío había matado a muchos niños y sabe el cielo qué clase de magia negra había practicado. Pero había sido un hombre elegante y atractivo y con toda seguridad el más divertido en esta enojosa Stuttgart. En cualquier caso, era una lástima que esas estúpidas bestias lo torturaran y lo desfiguraran.

—*Helas, hélas!* —se lamentó con expresión remilgada como acostumbraba a hacer su fino bibliotecario.

Durante medio minuto reinó el silencio entre las dos mujeres. Las dos pensaban en Süß. Marie Auguste pensaba en sus ardientes e inquietos ojos, la apremiante devoción de sus ademanes, de su actitud, de su atrevida galantería, excitante y delicada. Se esponjó levemente y sonrió estremeciéndose de placer. Magdalen Sibylle permaneció tranquila, con sus grandes y hermosas manos muy femeninas sobre el regazo. En el bosque de Hirsau se había topado con él. Allí él era el diablo. Después, en Stuttgart, no había querido tomarla sino que la había arrojado a la bestia, al duque. Más tarde había desplegado ante ella aquel sueño de poder y delirio y la había conquistado. A partir de entonces le resultaba extraño, lo encontraba distinto, se encerró en sí mismo y fue cortés con ella. Y ahora estaba encerrado en la fortaleza Asperg y lo torturaban y le retorcían los miembros. Pero ella llevaba un hijo en las entrañas, iba a ser un niño bueno, puesto que había sido engendrado por un hombre por el que ella sentía un respeto ilimitado. Crecería en las tranquilas y agradables estancias de Würtigheim, en campos llenos de ganado bien cuidado y entre árboles frutales. Nunca estaría en la fortaleza de Asperg, y tampoco tendría nunca un encuentro con el diablo. A lo mejor compondría versos, versos buenos y sinceros que serían acogidos favorablemente y que darían tal vez consuelo a algunos. Pero al diablo no se lo encontraría nunca.

Marie Auguste interrumpió el denso silencio.

—¡Ah! ¡Que no se me olvide! —dijo con una leve sonrisa pícaro. Tenía un regalo de despedida para su querida Magdalen Sibylle, su buena amiga y confidente, un presente de despedida especial y esperaba que acertado—. *Cara mia! Cara mia, Maddalena Sibilla!* Es algo para cuando os llegue el difícil momento —susurró misteriosamente, se acercó mucho a ella y acarició a la corpulenta mujer. A ella le había servido de ayuda. El hecho de que el parto le hubiera resultado tan fácil y que hubiera permanecido joven y sin deformarse lo debía tan sólo a aquello que ahora quería entregar a su querida amiga como presente. Ella, aunque no tenía precisamente la intención de encerrarse en un convento, no iba a necesitarlo más. Y con un gesto dulce, travieso y excitado, sacó el amuleto, el estuche del judío, quien ahora se encontraba en una celda húmeda y maloliente, encerrado a cal y canto. Las tiras de pergamino con las letras hebreas rojas hechas con gruesos trazos, con el nombre de los ángeles Senoi, Sansenoi y Semangelof, las inquietantes figuras arrugadas entre ellas, los pájaros primitivos, extraños y en actitud amenazante. Riéndose le contó cómo había recibido el estuche de manos del judío y le relató la corta e indecorosa historia de Lilith, la primera esposa de Adán, que no había sido capaz de satisfacerla en sus relaciones íntimas como a ella le gustaba. Magdalen Sibylle extendió la mano hacia el amuleto, la dejó caer de nuevo, finalmente lo tomó insegura y algo horrorizada.

Después de esto Marie Auguste abandonó Stuttgart. Viajaba rodeada de un gran séquito y en estrecha compañía del pater Florian y del elegante bibliotecario, vestido con un traje de viaje a la última moda. El formidable aparato de su guardarropa ya había sido enviado por delante en innumerables carruajes. La calle estaba llena de mirones. Ahora que la duquesa se marchaba estaban de buen humor y contaban chistes divertidos. Sus tesoreros y limosneros no habían ahorrado los ducados, y los gritos y aclamaciones sonaban casi sinceros.

También Johann Jaakob Moser, acompañado por su mujer, se encontraba a un lado del camino por donde ella iba a pasar. Estaba emocionado.

–Se va –le dijo a su mujer–. Créeme, no va a poder resistir la tentación durante mucho tiempo y prefiere huir del país. ¡Gran Dios! ¡Cómo te agradezco que me hayas permitido ser fuerte y conservar la serenidad, y que hayas sosegado mi sangre! –Y apretó con fuerza la mano de la esposa.

De pronto, cuando la carroza ya estaba lista, apareció para despedirse el duque administrador, con su escasa estatura, encorvado y desaliñado.

–Había creído –murmuraba para sí– que tenía que expulsar a un demonio, pero en realidad es una gansa la que ahora se marcha cloqueando.

Marie Auguste a su vez pensó burlona: «Ahí os dejo lo que os merecéis, los asnos sólo se entienden con los asnos». Y por debajo del enorme sombrero negro saludó al viejo soldado con amable burla, inclinando su dulce cara de color pastel, mientras que él adoptó una actitud marcial, saludó militarmente y contra su costumbre, sonrió amablemente.

La comisión investigadora, a pesar de las torturas, no obtuvo de Süß más que una confesión general de que efectivamente había tenido relaciones carnales con cristianas. De modo que se dio orden de comparecer a lacayos y doncellas, y se los interrogó penosamente acerca de cada pequeño detalle. Algunos habían mirado por el agujero de la cerradura, otros habían oído gritos, chillidos y gemidos de placer. Todo ello, cuándo, dónde, durante cuánto tiempo, fue sopesado, comentado, rumiado y registrado en las actas. Se husmearon sábanas, camisas y orinales, y el resultado se recogió en protocolos. De esta manera se elaboró poco a poco una larga lista de mujeres de alta y de baja alcurnia, solteras y casadas. Todas fueron investigadas con minuciosidad por los lascivos jueces, sin pasar por alto el más mínimo detalle: cuándo, con qué frecuencia, durante cuánto tiempo, de qué manera lo había hecho el judío con ellas. Luego, todo fue registrado sobre el papel por triplicado, confirmado y guardado en los archivos como informes de Estado.

El Tribunal ordenó también la comparecencia de las damas Götz. De nuevo, el joven consejero Götz se encontró en un apuro. Había considerado conveniente mandar por una temporada a la madre y a la hermana a sus posesiones en el campo, cerca de Heilbronn. Habrían podido trasladarse simplemente a la ciudad libre de Heilbronn, y de haberlo hecho, habrían quedado fuera de la jurisdicción ducal; pero entonces también él se habría visto obligado a dimitir de sus cargos. La única alternativa posible era entregarlas al Tribunal. En ese caso debía estar dispuesto, antes de que alguien se atreviera a mirarlo con malos ojos, a mirarlos él primero con tanta frialdad y de un modo tan amenazante que se les ahogaran las burlas en la garganta. Esto suponía un gran esfuerzo e iba a ser agotador, ya que iban a ser muchos, casi todos, aquellos a quienes tendría que mirar de esa manera.

Pero él era valiente y se decidió por ello.

En un brillante día de verano se presentaron las damas ante los jueces. Los hombres saboreaban ya la excitación de interrogar primero a la madre y después a la hija. Les costaba trabajo esconder su expectación, su ansiedad, el gozo lascivo que les producía la situación, detrás de la gravedad indiferente de sus máscaras de jueces. Elisabeth Salomea se encontraba de pie, azorada y temblorosa, con el encanto dulce de su cara rubia y sus huidizos ojos de un azul grisáceo realzados por un sencillo vestido negro. Resultaba chocante que no llevara ninguna joya aparte del anillo con el «Ojo del Paraíso», contra la expresa prohibición de su hermano, y las miradas de los señores no podían apartarse de aquella gema. Se retorció bajo la implacable profesionalidad con la que aquellos hombres, que se sentían doblemente justificados por la atractiva y valiosa gema, hacían sus preguntas curiosas e indecentes. Tiritando a pesar del claro verano prematuro se doblegaba bajo la brutal claridad de las preguntas, muchas de las cuales ni siquiera remotamente comprendía. Se encogía, echaba hacia atrás la cabeza temblando, huyendo de las desvergonzadas miradas, doblaba y estiraba espasmódicamente los pequeños y huesudos dedos. Sus respuestas eran pronunciadas en voz baja y se ahogaban en su garganta, algunas inaudibles; no había forma de enterarse, tenía que repetirlo. El consejero del gobierno Jäger, duro de oído, no hacía más que repetir ¿cómo?, ¿cómo?, y exigía que algunas cosas las repitiera tres veces. De la misma manera minuciosa se habló del asunto con el duque, sobre todo el consejero Pflug insistía implacable. Quería construir un delito de lesa majestad basándose en que el judío se había dado el banquete antes que el duque. De manera que ella se sentía desgarrada, joven, rubia y adorable, atada a un invisible palo de tortura, y ninguno la protegía, todos se abalanzaban sobre ella, la acorralaban, sobre todo el enjuto, arrogante y rudo señor von Pflug, que lleno de odio y repugnancia, como si algo apestara, preguntaba constantemente si no se había sentido asqueada por el olor del circuncidado. Después, los consejeros del gobierno Faber, Renz, Jäger y Dann, los ambiciosos funcionarios de mediana edad, ansiosos de hacer carrera, querían saber cada vez nuevos detalles, excitados por aquel asunto oficial, un asunto oficial que ¡por fin!, y por primera vez, resultaba estimulante. Al principio utilizando eufemismos soportables como si quisieran gozarse en ello, y de pronto brutalmente claros. Los secretarios, el asesor Bardili, el actuario Gabler intentaban presentar circunstancias atenuantes, con la repugnante galantería y en el tono fatal que los hombres suelen utilizar para poner de manifiesto su valía ante una ramera. El presidente, el consejero Gaisberg, con atronadora voz le gritó que no debía mostrarse tan llorosa y melindrosa, y puesto que lo había hecho y había gozado con ello, no debía presentarse ahora como si fuera una doncellita de doce años, sino que, ¡por todos los diablos!, debía abrir bien la boca de una vez, puesto que bien había podido abrir otras cosas. Finalmente, con los miembros abatidos y latiéndole las sienes, medio muerta de vergüenza y agotamiento, descansaba a oscuras en una habitación de su casa. Su hermano se paseaba de un lado para otro declamando a gritos, sus palabras entraban en sus oídos atormentándola, pero sin que llegara a comprender su sentido.

A pesar de que los señores de la comisión investigadora adoptaban una actitud misteriosa y hermética y se las daban de discretos, muchos detalles de estos interrogatorios se esparcieron por la ciudad y por el país. De nuevo, la casa de la Seegasse, la lujosa cama y Leda con el cisne, estaban en el pensamiento de todos. Los nombres de las

mujeres se hicieron del dominio público, no podían esconderse suficientemente en ninguna parte, fueron proscritas, les lanzaban sucios insultos, se les escupía, les cortaban el pelo. También otros detalles llegaron a todos los oídos. Una ola de lujuria se extendió sobre el ducado procedente de aquellas lejanas noches de Süß. Los hombres decían obscenidades en las fondas, las camareras casi no podían esquivar sus groseras caricias, las ramerías hicieron grandes negocios. Las mujeres y las muchachas jóvenes se reían con disimulo, se horrorizaban, muchas caras adquirieron expresiones áridas, envidiosas, amargas, otros respiraban con dificultad, las caras y los miembros se relajaban. Un coleccionista inglés hizo una oferta para comprar, por una suma exorbitante, la lujosa y famosa cama del judío.

Naturalmente, también llegó a oídos del joven Michael Koppenhöfer la deshonra de *demoiselle* Elisabeth Salomea Götz. Los cambios acaecidos habían traído al joven de regreso a Stuttgart. En el destierro se había convertido en hombre, había sufrido por sus convicciones, era considerado un mártir, para muchos de los jóvenes era una guía y un ideal. A lo mejor alguno que otro de sus camaradas sabía que se sentía particularmente atraído por *demoiselle* Götz, pero eso no fue obstáculo para que no utilizaran fuertes palabras de desprecio y escarnio contra la joven, pensando castigarla ejemplarmente, por lo menos por medio de alguna fuerte muestra de su furor y su desprecio. Nadie consideraba posible que la inclinación que por ella sentía Michael Koppenhöfer, aquel joven imperturbable, virtuoso y demócrata, pudiera sobrevivir a una situación tan embarazosa. Michael Koppenhöfer nada dijo para defenderla, pero tampoco profirió ningún insulto como esperaban los otros. Se mantuvo en silencio, sufría. No se sentía inclinado por naturaleza a perdonar fácilmente, pero veía aquella cara pura y clara, el pálido cabello, y sufría. Rogó a su tío Harpprecht que le permitiera ver las actas. Para éste, con el regreso del joven habían vuelto los buenos tiempos; los libros, el Derecho, la democracia, la patria, aquello por lo que y para lo que había vivido estaba ahora vivo, lo tenía encarnado ante él en aquel joven de mejillas morenas y audaces y ojos azul oscuro. Al correrse por la ciudad el asunto de la *demoiselle* Götz, el viejo señor observaba preocupado el estado del joven, sabía que era melancólico y que su asunto con Elisabeth Salomea no cicatrizaría de un día para otro. Observaba la cara tensa del joven, a la que éste daba con esfuerzo una expresión indiferente, y después de reflexionar le entregó las actas. Michael comenzó a leer, pero no pudo hacerlo durante mucho tiempo, sintió crecer en él una ira salvaje contra el duque, contra el judío, contra los jueces, contra aquellos hombres. Del protocolo podía deducirse con toda claridad que Süß no había tenido que emplear precisamente la violencia, pero Michael quería creer que la muchacha había sido engañada, él la veía engañada. La imaginaba clara, dulce, amable, ante los brutales y desconsiderados jueces, no podía evitarlo, probablemente era sentimental, pero sentía estallar su corazón cuando pensaba en ella, no podía arrancarla de su corazón y seguir adelante con pasos firmes y masculinos, se le partía el alma. Cuando el viejo Harpprecht le hizo delicadamente preguntas alusivas, él cambió de tema. Se recogió en sí mismo. Todas aquellas opiniones atrevidas y liberales que había oído que negaban cualquier valor a la castidad, no habían pasado de ser para él más que teorías, no se habían convertido en algo vivo, todos sus sentimientos se oponían a ello. Finalmente se venció a sí mismo. Iba a renunciar a la práctica de la política y aunque la gente se riera de él y lo llamaran el marido de la ramera, iba a ayudar a Elisabeth Salomea, se casaría con ella y la libraría del

oprobio, iba a vivir como un tranquilo hombre de ciencia, sostenido por su arrepentimiento y su agradecimiento, lejos del mundo, sólo con los libros y con ella en el campo.

Sin comunicárselo al viejo Harpprecht viajó hasta las cercanías de Heilbronn, a las posesiones de los Götz, adonde habían regresado las damas después del interrogatorio. Le hicieron esperar durante mucho tiempo. Después, encontró a Elisabeth Salomea metida de lleno en agitados preparativos de viaje. No consiguió pronunciar su generosa proposición. La *demoiselle* había cambiado de una manera increíble. Se movía con rapidez entre montones de objetos de tocador, figuritas, libros y ropa, clasificaba, ataba, empaquetaba y mantenía una frívola conversación en un tono divertido, agrio y burlón. Manifestó horribles principios: la moral era algo absolutamente relativo. En Stuttgart, hacía un año, se consideraba de buen tono ser cortés y galante, ahora estaba en boga lo contrario. Según su opinión, el judío era el mejor hombre de Suabia y el único a quien podía llamarse caballero con motivo. Por lo demás, ahora se iba al extranjero, primero a Dresde y a Varsovia, después a Nápoles y a París. Así que ¡adiós y hasta nunca! Le saludó agitando la mano en la que brillaba el deslumbrante fuego del «Ojo del Paraíso».

Michael Koppenhöfer regresó trastornado, con los labios apretados. Más adelante oyó decir que Elisabeth Salomea llevaba en las cortes europeas la vida de una gran y afortunada aventurera. Entre su séquito se encontraba, como montero y hombre de confianza, Otmann, el negro.

El Magister Jaakob Polycarp Schober entró en la celda de Süß. En el estrecho cuartito reinaba la oscuridad y la humedad, el aire estaba saturado de moho y pestilencia. Süß, sentado en cuclillas, respiraba fatigosamente, estaba gordo y debilitado, en su cara crecía una barba hirsuta. El Magister se horrorizó en lo más íntimo cuando, sin dar crédito a sus ojos, reconoció en aquel hombre destrozado a su gran y poderoso señor de otros tiempos. Él se sentía muy mal. Sufría por haber puesto al director de finanzas en esta situación; en realidad, era él quien había salvado la fe evangélica en el ducado. Al Magister lo torturaba haber jurado al judío guardar silencio, él quería hablar, hacer pública la inocencia del perseguido, liberarlo. Meneando la cabeza, Süß escuchó sus quejas, ruegos y muestras de fidelidad desesperadas e inútiles y finalmente dijo:

–Magister, sois un buen hombre. No hay muchos como vos. –Y después de un rato, sonriendo de manera sospechosa, añadió:– Si así lo queréis, podéis hablar.

El Magister le besó la mano y se fue feliz. Acudió con presteza a los mismos señores del Parlamento a los que él, autorizado por Süß, había desvelado en su momento el proyecto católico. Les dio toda clase de explicaciones, los confrontó con los hechos, insistió. Sorprendidos y sin comprender nada, le escucharon. Creyeron que quería una recompensa a posteriori por su traición al golpe, por haber colaborado a su desenmascaramiento. Con bastantes reservas se le prometió interceder por él y se mencionó algo acerca de un puesto al servicio del Estado. Cuando él los corrigió vehementemente, queriéndolos sacar de su error, empeñándose en que quedara claro que había desvelado los planes herejes por voluntad, mejor dicho, por orden de Süß, se impacientaron y le dijeron que no bromeara; sospechaban algún intento de chantaje, alguna maniobra del judío. Sobre todo el consejero Pflug sospechó un descabellado plan

de defensa de Süß y consiguió que metieran en la cárcel al Magister cuando éste no cejó en su empeño de convencer a los jueces con su historia. Sin embargo, dado que el judío no había manifestado nada en su defensa que se pareciera siquiera a las explicaciones de Schober, consideraron sencillamente que el Magister estaba trastornado mentalmente, que se trataba de un loco inofensivo, declararon que su locura tenía origen en su obsesión pietista y su exaltación espiritual, y tras una fuerte admonición se le dejó en libertad. Extenuado por el espanto que le causaban la opresión y la ceguera del mundo, el Magister se retiró a Hirsau y vivió en la virtud con el viejo gato y la poesía.

Pronto le siguió también a Hirsau Philipp Heinrich Weissensee. Weissensee había tenido que resignarse a ocupar el cargo de presidente consistorial. Quizás el Weissensee de antes habría sabido salvarse; de hecho, el consejero Heinrich Andreas Schütz estaba mucho más involucrado en el proyecto católico y a pesar de ello, tal y como lo había hecho durante los anteriores gobiernos, aquel hombre diplomático también había sabido agenciarse un buen puesto a las órdenes del duque administrador Karl Rudolf, y Weissensee era por lo menos tan buen diplomático como él. Pero estaba cansado y abatido. Se hundió más bajo aún de lo que había caído. Magdalen Sibylle se había convertido en una extraña para su padre. Ahora en su decaimiento quiso atraerlo a sí, acercarse a él, escribió versos en los que atribuía su caída no a su propia culpa sino a una jugarreta del destino y al odio de los hombres. Sin embargo, el viejo Weissensee no permitió que se le acercara, se endureció frente a ella, su aburguesamiento le resultaba demasiado repugnante, y su embarazo le hacía sentir auténticas náuseas. ¿Qué le unía a aquella mujer gorda? No sentía nada por ella, nada que procediera de ella hallaba eco en él. Qué podía importarle a él un nieto de su hija y de la semilla de Immanuel Rieger, aquel hombre enjuto e insignificante, con su bigotito, tan formal como pedante, con aquella cara inexpresiva. No, no. No tenía nada que ver con él. No conmovía su corazón ni lo sentía de su sangre. Además se avergonzaba de los estúpidos versos de su hija. Un amigo, médico y poeta, el doctor Daniel Wilhelm Triller, había hecho imprimir sus poemas, el círculo pietista de Gotinga había conseguido que el vicerrector de la universidad de allí, el profesor Seldner, en su calidad de conde palatino, elevara a Magdalen Sibylle a la dignidad de poetisa laureada. ¡Pobre príncipe elector de Hannover!, ¡pobre rey de Inglaterra!, que era responsable de una universidad así, de una estética como aquélla y de un criticastro y un Marsias como aquél. Y ahora iban de un lado para otro las felicitaciones rimadas y los versos de agradecimiento, insípidos y necios, y la mujer que los escribía mientras esperaba un niño, esa pobre *poeta laureata* era su hija. El viejo y elegante señor que vivía para el tacto y el trato con el mundo, la exquisitez y la diplomacia, se sentía avergonzado. Se sentía asqueado. Se retiró, infeliz y desgraciado, a Hirsau, a sus comentarios sobre la Biblia.

Mientras tanto, el país florecía, respiraba, se erguía ahora que ninguna mano opresora lo ahogaba. Los precios bajaron, descendieron por debajo del nivel de los primeros años buenos de gobierno de Karl Alexander. Tres kilos de pan costaban nueve ducados; la medida de vino añejo en la taberna, seis ducados; la libra de carne de buey o de cerdo, cinco ducados; el litro y medio de cerveza, dos ducados y tres ochavos, un estéreo de madera de haya diez ducados, y de madera de abeto cinco. Y aunque la política interior no

estuviera en su mejor momento, Karl Rudolf repetía:

— ¡El deber!, ¡la justicia!, ¡la autoridad!

Y aunque no tenía la más mínima intención de renunciar a ninguno de sus derechos principescos frente al Parlamento, llamó a Bilfinger, aquel hombre astuto, leal, honrado y prudente, a formar parte del consejo de ministros, y la seguridad de las libertades religiosas y ciudadanas junto con las mejoras económicas fueron causa suficiente para el contento general. Se buscaron cuadros antiguos, pasados de moda, en los que aparecía Karl Rudolf al mando de las tropas, vestido con uniformes ya desaparecidos, luchando contra turcos de anchos pantalones y sarracenos con sables de hoja curva, y dondequiera que apareciera aquel soldado de baja estatura, algo encorvado y de aspecto desaliñado, era vitoreado.

El modo de proceder íntegro y práctico del viejo regente impresionaba sobre todo al consejero jurídico Vite Ludwig Neuffer. De ser un sombrío y ardiente admirador del poder, había pasado a odiar a los tiranos de la misma manera sombría y ardiente. Ahora reconocía que tanto una cosa como otra eran sólo un color, una bandera y no la esencia, lo principal. Deber, Justicia, Autoridad eran conceptos que daban el sentido al arte del gobierno, la espina dorsal de un buen regimiento. Karl Rudolf halló de su gusto a aquel hombre delgado, con su modo de vestirse y de presentarse, marcial y desaliñado, y su sombrío fanatismo. Por supuesto que también él, evidentemente no se sabía exactamente en qué forma, estaba relacionado con el fin del último y malvado duque y del judío. Karl Rudolf también lo llamó a formar parte del consejo de ministros. Y allí estaba aquel hombre seco y ardiente gobernando férreamente fiel al deber, férreamente justo, exigiendo autoridad y otorgando autoridad.

De esta manera, con muchas nubes y viento, pasó la primavera, un brillante verano temprano y un verano bochornoso y tormentoso. El diáfano otoño llegaba ahora a su fin, aparecían las primeras escarchas y Süß se encontraba todavía confinado entre las estrechas y empapadas paredes de su celda. Ahora estaba abatido y afligido. No le resultaba difícil soportar la tortura, probablemente tampoco era difícil morir, pero cada día que pasaba le era más difícil respirar el aire pestilente de aquella cárcel, tragar el asqueroso pan de aquella prisión. Su espalda estaba encorvada, sus miembros deformados, las articulaciones llagadas por el roce de los grillos. Fuera estaba el aire, fuera estaban el sol y el viento, fuera estaban los árboles, los campos, las casas, las voces claras, los hombres iban de un lado para otro ocupados y dándose importancia, los niños saltaban, las niñas balanceaban sus faldas. ¡Oh! ¡Por una vez, una bocanada de aire libre y ventoso! ¡Por una vez poder dar siete pasos en vez de cinco y medio dentro de la celda! Escribió al duque administrador, era un hombre anciano que quizá le escucharía. Escribió mostrándose respetuoso, pero no servil, pertinentemente. Llamó su atención, de un modo objetivo y sin amargura, sobre el hecho de que, de acuerdo con las leyes del ducado, no era culpable. Incluso en aquellos casos en los que él en una cosa u otra no hubiera cumplido con el orden establecido en el país, le protegía el *absolutorium* que le había otorgado el duque Karl Alexander, según el cual a él no podía exigírsele responsabilidad alguna. Sin embargo, estaba dispuesto a restituir a quien hubiera resultado perjudicado como consecuencia de su actividad. Ya llevaba treinta y cuatro semanas arrestado y encerrado. Dentro de la fortaleza se había convertido en un hombre viejo, por ese motivo esperaba que el duque administrador, a los pies del cual se ponía, sería clemente.

Con una ansiedad como hacía tiempo que no sentía, esperó la respuesta. Se hizo de día y llegó la noche, y llegó un nuevo día, y otro más; y una semana, y otra más. Finalmente, durante el interrogatorio diario entre las nueve y las diez, después de que el mayor Glaser le nombrara triunfante los nombres de algunas mujeres en la vida de las cuales la comisión había husmeado, preguntó directamente si no se había recibido ninguna respuesta del duque administrador. El mayor preguntó a su vez fríamente, mofándose de él, si realmente creía que se podía molestar al regente con su impertinencia judía; por supuesto que sus espumarajos, propios de un empedernido canalla y judío, no habían sido entregados al duque, sino sólo a los jueces. Al consejero Hug le informó en su despacho diario que el hebreo, la bestia, había enmudecido al saberlo.

Pero Süß había vuelto a poner en marcha todas las ruedas de su vieja tenacidad y dureza. Quería respirar, quería volver a ver la luz. Desde el desgraciado intento del Magister Schober no le era permitido recibir más visitas, incluso se le negó la entrada a su defensor, el cumplidor licenciado Mögling. Pero en aquel hombre enfermo y derrumbado había despertado la vieja astucia. Rogó convenientemente la presencia de un clérigo. Esto no podían negárselo. Quería utilizarlo como intermediario para así poder llegar, por su mediación, al viejo regente, pero su esperanza se vio frustrada de inmediato. Le mandaron al vicario Hofmann, al que conocía como un antiguo miembro del partido de la Constitución y declarado enemigo suyo. Naturalmente, el vicario creía que Süß, en su situación actual, sería fácil de convencer y empezó a dirigirse a su conciencia de una manera entre burlona y untuosa. El judío, encogiéndose de hombros, vio cómo se perdía su última esperanza por culpa de tan desafortunada elección. Respondió que no pensaba convertirse y reconoció con toda claridad que sólo lo había hecho llamar para conseguir audiencia ante el duque regente, por su mediación. El clérigo, furibundo, le hizo saber que ésa no era su función. Süß repuso secamente que le agradecía su visita.

Sólo volvió el vicario. Era un hombre lleno de celo y se había dado cuenta del malestar físico del judío y pensó que en un cuerpo abatido, debía encontrarse también un alma abatida. Süß se sonrió cuando volvió a verlo. Le escuchó tranquilamente y con atención. Cuando terminó, meneando la cabeza le dijo:

—El cambiar de religión es una cuestión que sólo puede plantearse un hombre libre y no es algo que pueda hacer con propiedad un preso.

El vicario no respondió a esto. Se había metido en la cabeza convencer a aquel hombre, cuya fama se había extendido por todo el Imperio Romano, de la verdad de la confesión de Augsburgo. Incluso llevó consigo a un ayudante, el predicador del cabildo Johann Konrad Rieger. Los dos clérigos se esforzaban al máximo. Johann Konrad Rieger desplegó toda su famosa retórica ante él y el vicario lo secundaba, lo apoyaba. Ni siquiera toda una sociedad de misiones podría haber acumulado más y más fundamentados argumentos. Pero Süß, como un judío tozudo, se empecinaba en su error.

Los otros prisioneros, Scheffer, Hallwach, Bühler y Mez, fueron tratados con mucha mayor indulgencia. Estaban emparentados con las familias de los parlamentarios y sus procesos fueron llevados con mucha suavidad. Se dio la vuelta a las cosas, se redactaron los hechos de otra manera, se encubrió su actuación. Sus acciones, según la ley, crímenes de lesa majestad y alta traición, puesto que habían jurado fidelidad a sus cargos, se iban convirtiendo en faltas cada vez menos graves, la investigación se redujo a un asunto puramente formal. El primero que fue puesto en libertad fue el canciller de la corte von

Scheffer que fue condenado simplemente a pagar las costas del proceso; conservando su título de consejero y su pensión completa, se trasladó a Tubinga. Después quedaron en libertad Bühler y Mez y más tarde Hallwach. Los tres fueron expulsados del país. Como medida de precaución, ya hacía tiempo que habían mandado al extranjero la mayor parte de las grandes fortunas que habían ganado participando en los negocios de Süß. Aunque no habría sido necesario: nadie tocó ninguna de sus posesiones, ni siquiera las que estaban dentro del ducado. Así que se trasladaron junto con los anteriores colaboradores de Süß a media milla de distancia, a la ciudad libre de Esslingen. Vivían tranquilamente de sus grandes fortunas en la agradable y hospitalaria ciudad, recibían a diario visita de Stuttgart y seguían con amable interés, como simples espectadores, el proceso contra Süß. Ciertamente, al principio se murmuró en Esslingen contra los recién llegados, pero los cambios acaecidos habían llevado a muchos emigrantes de regreso al ducado; en Esslingen se notaba que habían descendido los ingresos y al final se alegraron de sustituir a aquéllos por los recién llegados y de saber que dentro de los muros de la ciudad se encontraban los nuevos grandes consumidores, los exiliados del partido contrario. Así que pronto los socios de Süß se encontraron muy a gusto y dispuestos a esperar hasta que un cambio de gobierno los llamara de regreso. El joven duque no iba a ser siempre menor de edad y Karl Rudolf era un anciano señor.

El patrimonio de Süß que se encontraba en el ducado, sobre todo su palacio, fue confiscado provisionalmente. La liquidación de los negocios del director de finanzas, tan amplios como intrincados, resultó terriblemente difícil. Dom Bartelemi Pancorbo, rechinando los dientes, tuvo que consultar con Nicklas Pfäffle. Aquel individuo pálido y grueso también tuvo que resignarse a ello. Sin embargo, con' la impasibilidad que le caracterizaba, puso sus condiciones. Ante todo no permitió que ninguna mano extraña tocara cosas con las que su señor hubiera estado en contacto directo. Tan pronto como el portugués se atrevía a tocarlas, Nicklas Pfäffle tomaba una actitud reacia, liaba los hilos de la trama que tenían que ver con asuntos financieros todavía pendientes, ejercía una resistencia pasiva y Dom Bartelemi tenía que retirar de nuevo sus sombríos dedos de las cosas que el silencioso secretario no le permitía tocar.

La yegua Assjadah, desde el momento en que no sintió la mano de su señor, se desmejoró mucho a pesar de lo bien cuidada que estaba. El mayor Röder quería quedarse con ella y el portugués dio su consentimiento. Sin embargo, Nicklas Pfäffle lo impidió. La oferta del mayor fue mejorada de pronto y antes de que el mayor pudiera volver a pujar por ella, el noble animal fue entregado a un comprador extranjero desconocido, y el señor von Röder, cuya canción «¡Detente o muere!» todavía estaba en boca de todos, tuvo que seguir mostrándose al entusiasmado pueblo sobre su viejo alazán. La hermosa yegua oriental apareció después de esto en casa de *demoiselle* Elisabeth Salomea Götz donde la esperaba el negro. Posteriormente, sumida en una gran necesidad económica, la *demoiselle* tuvo que desprenderse de ella, la vendió a un rico musulmán y la yegua Assjadah desapareció de nuevo hacia Oriente, de donde había venido. También el papagayo Akiba, que gritaba «*Ma vie pour mon souverain!*» y «¿Cómo ha dormido Vuestra Excelencia?» fue librado por Nicklas Pfäffle de las manos de los codiciosos vencedores. Llevó personalmente la jaula con el pájaro a Frankfurt a casa de Isaak Landauer, el cual había encontrado un comprador que le fue simpático a Nicklas Pfäffle. El gran hombre de negocios recibió al secretario en su despacho privado, mal ventilado y sofocante, de su

casa del *gueto*, fea, torcida y angulosa. En una postura poco elegante e incómoda, permanecía sentado, llevando su sobado caftän, ante el pálido y grueso secretario y miraba con hostilidad al chillón pájaro. Finalmente dijo:

–Se lo dije hace tiempo, ¿para qué necesita un judío un papagayo?

Se peinaba con rápidos y descarnados dedos la barba de chivo rojiza y descolorida, lanzando aviesas miradas, rápidas y desconfiadas a su alrededor. Pero después de esto, los dos hombres permanecieron juntos bastantes horas, hablando de muchos asuntos, monosilábico e impasible el uno, rápido quejoso, amenazador, acusador, vehemente e imperioso el otro.

Como consecuencia de esta conversación, tanto Isaak Landauer como Nicklas Pfäffle realizaron algunos viajes. Desde el principio, toda la comunidad judía había intentado actuar en favor del director de finanzas caído en desgracia. Ahora, esta actividad se organizó. Junto a los ministros y grandes señores de las distintas cortes europeas se encontraban banqueros judíos que hablaron del proceso de Württemberg. No hicieron hincapié en la persona de Süß ni en los malos tratos que estaba soportando, sino que insistieron mucho más en poner de relieve cuán arbitrario y contrario al Derecho, tanto alemán como romano, así como a las leyes del ducado, era el modo en que se estaba instruyendo aquel proceso. A aquellos que habían prestado juramento de fidelidad se los había dejado marchar; en cambio, a una persona particular, que ni siquiera era un súbdito suyo, se le juzgaba por traición a la Constitución. Existía además un rescripto ducal que lo protegía de cualquier procesamiento por acción de la justicia. Se hacía caso omiso de esta firma, la más alta y sagrada, y se le procesaba por un crimen de lesa majestad. ¿Acaso era esto justicia? ¿Podían tenerse seguridades legales, garantías, en un Estado así? ¿Se podía tratar con un gobierno así y hacer negocios con él? Süß había contravenido un solo párrafo legal. ¡Oh qué gran criminal! Se había acostado con mujeres cristianas. Por esto se le confiscaban todos sus bienes. ¿Podía llamarse a esto Derecho? ¿Era esto justicia? ¿Podía darse crédito a un Estado así?

Esto sucedía en todas las cortes. Se burlaban de los embajadores de Württemberg y sobre todo se hacía escarnio de la moral oportunista de un Estado que utilizaba las horas de amor de una persona particular para cubrir su propio déficit. También se hizo constar en todas partes que los jueces sólo alargaban el proceso para engordar con las dietas. Se decía que en cada aventura del judío, aquellos señores husmeaban durante todo el tiempo que hiciera falta hasta que cada uno de ellos hubiera ganado sus mil ducados.

Johann Daniel Harpprecht se presentó ante el duque administrador para informarle de la marcha de la investigación. Habló con franqueza y sin tapujos. Si esto continuaba, la justicia suaba perdería todo su prestigio. Ya se habían puesto suficientemente en ridículo. No necesitaba insistir en que él era el primero en considerar al judío la peor de las pestes, pero no podía permitirse en un Estado de derecho moderno, que se torturara físicamente a un hombre de aquella manera. Había que definir de una vez los cargos y pasar a la deducción y a la sentencia. Era un escándalo que se hubiera dejado escapar a los otros inculpados. Comprendía la necesidad política de esta clemencia, pero entonces, por lo menos, había que procurar no ponerse en ridículo sometiendo al judío a aquel trato, innecesariamente bárbaro. Sobre todo el asunto de las alcobas de las damas, tal y como lo llevaba la comisión, era una indecencia que clamaba al cielo. El viejo jurista habló con apasionamiento e indignación, utilizando palabras muy fuertes. Si se aplicaba lisa y

llanamente aquella ley que hacía tanto tiempo estaba fuera de uso, también había que quemar a las mujeres. Y nadie tenía esa intención. ¡En nombre del demonio! ¿Qué significaba entonces aquella farsa? En el ducado, cada noche cien mil mujeres se acostaban con hombres. En la cama y por acostarse con una mujer, ningún judío y ningún hereje ponía en peligro la seguridad del Estado, la religión ni la Constitución. ¡Ojalá el judío no hubiera hecho otra cosa durante todos sus días y todas sus noches! Además, el judío, que no había permitido que le arrancaran un solo nombre, le parecía más noble que sus jueces, tan llenos de celo. Así que había que apartar las manos y las narices de una vez de aquella inmundicia. El viejo regente le escuchaba ceñudo. Harpprecht echaba pestes hablando con claridad y dureza de algo que él mismo había ya intuido. ¡El deber!, ¡la justicia! Y dio órdenes de suspender el interrogatorio en lo que se refería al tema de las mujeres. A algunas de ellas las hizo azotar y condenó al resto a arrastrar carretas de estiércol por la ciudad.

En cuanto a Süß, ordenó que se le tratara, no con suavidad, pero sí como a un ser humano. El mayor Glaser obedeció estas instrucciones con pedante exactitud. Sin suavidad. La celda del judío siguió midiendo como antes cinco pasos y medio, era encadenado cada dos días, se le daba carne sólo el domingo y sólo le era permitido llevar ropas sencillas. Como un ser humano. El interrogatorio entre las nueve y las diez se suspendió, recibía cada día agua para lavarse, su celda tenía el suelo de madera y le dieron un camastro para dormir.

Las órdenes del regente también tuvieron efecto sobre los señores de la comisión. También a ellos, a pesar de su grandilocuencia, les resultaba cada vez más desagradable la condena unánime del extranjero, que se dejaba oír con intensidad creciente, sabiamente dirigida. Realmente no resultaba tan sencillo fundamentar una condena que fuera inapelable formalmente. Ya se sabía que Harpprecht y Schöpf no iban a estar de acuerdo, pero también otros, sobre todo los caballeros más jóvenes, se sentían inseguros y empezaban a temer haberse puesto en ridículo. El licenciado Mögling, el honesto abogado, se sintió revivir. Estaba convencido de que la mejora en el trato que se daba a Süß y el cambio de actitud de algunos de los jueces era obra suya. Le seguían poniendo dificultades para visitar a su cliente y también se le negaba el acceso a las actas en las que se recogían los interrogatorios de los testigos, de manera que su alegato de defensa prácticamente no prosperaba en cuanto a su contenido jurídico, pero en lo que se refiere a la forma, lo pulía esmeradamente, utilizando las palabras cada vez con mayor fluidez y de una manera más hermosa, de manera que tranquilizaba su conciencia diciéndose que ganaba sus dietas con esfuerzo y honestamente.

El consejero von Pflug se daba cuenta, irritado y con preocupación, que gracias a las maquinaciones judías, la condena y la ejecución de Süß se cuestionaban y se veían seriamente amenazadas. Su seco fanatismo lo llevaba a sublevarse contra aquello, le corroía el corazón y lo perseguía por todas partes. Se había acercado demasiado al cumplimiento de sus propósitos, si se le escapaba ahora no podría soportarlo. Enjuto, rudo, poseído por su objetivo, inaccesible a cualquier otro argumento, se sentaba entre los parlamentarios, a los que conocía como los más encarnizados enemigos de Süß. Incansable, mantenía largas conversaciones con Dom Bartelemi Pancorbo. No ahorra en gastos ni en esfuerzos. Aparecieron panfletos contra el judío; la rabia que el pueblo sentía porque Mez, Bühler y Hallwach habían salido de aquello tan impunemente, fue dirigida

en toda su violencia contra Süß. Corrió el rumor de que también Süß iba a ser puesto en libertad próximamente. Se trató de persuadir por todos los medios a los jueces, de los que se sospechaba serían clementes, incluido Harpprecht que gozaba de un gran prestigio, hasta llegaron a importunarlos en las fondas. Se formaban corrillos, manifestaciones. «¡El judío debe ser colgado!» era la consigna que el señor von Pflug y Dom Bartelemi habían dado. «¡El judío debe ser colgado!», tronaban en el Parlamento los cancilleres. «¡El judío debe ser colgado!», rugía el pueblo, lo cantaban los muchachos siguiendo el ritmo pegadizo de una canción popular, lo afirmaban los campesinos, ignorantes y llenos de convicción, en las granjas más apartadas.

Gracias a semejante medio de presión, el señor von Pflug consiguió que algunos de los jueces abandonaran la comisión. En su lugar colocó a enemigos personales de Süß, cuyo voto tenía que ser favorable a sus propósitos. El anterior ministro Forstner y Negendank, a quien Süß había depuesto; el frío, lampiño y ambicioso Andreas Heinrich von Schütz que bajo el reinado de Karl Alexander había sido siempre frenado en todo por Süß; sí, el señor von Pflug puso todos los mecanismos en marcha para que también el joven consejero von Götz fuera llamado al *Colegium*, donde podría dar rienda suelta a su rabia y satisfacción a sus deseos de venganza contra aquel que había pervertido a la madre y a la hermana.

Todos éstos eran ahora los jueces de Süß. En ellos ardía el odio con mucha más fuerza que la codicia. El pueblo apremiaba para que se dictara el veredicto definitivo y ellos estaban dispuestos a ceder a esas presiones. Aceleraron la investigación. El alegato del fiscal, el consejero del gobierno Philipp Heinrich Jäger, acusó a Süß de todo lo malo que había sucedido mientras vivió Karl Alexander, también de cosas de las que era imposible que hubiera tenido siquiera conocimiento. Le hizo único responsable de los actos oficiales de todos los funcionarios del Estado, desde los miembros del Consejo hasta el último subalterno. El honesto alegato de defensa del buen licenciado Mögling apenas si se leyó. Ciegos de odio, los jueces no tenían en consideración los hechos objetivos; en la fundamentación de la sentencia apenas si se trataron someramente las innumerables objeciones que se suscitaban en contra de su competencia y que excluían, de acuerdo con la ley, una condena de Süß.

Declararon al judío culpable de innumerables delitos cometidos, en primer lugar, contra el duque; segundo, contra sus fieles consejeros, ministros y toda la nación, ya que había conseguido que el duque desconfiara de todos ellos y los había privado de su favor, sembrando la sospecha; tercero y más importante, contra el Parlamento y la Constitución, aquí debían tenerse en cuenta muchos de los ordenamientos de Süß, y sobre todo también aquel rescripto sobre los deshollinadores, y cuarto, contra los municipios y cada uno de los súbditos. Le declararon culpable de crímenes de lesa majestad, de delitos contra el Estado, delitos monetarios, de alta traición y de haber arruinado al país.

Por estos motivos, el tribunal privativo constituido para la investigación de sus delitos, condenaba a Josef Süß Oppenheimer, judío y depuesto director de finanzas, a morir en la horca. Se eligió este instrumento de ejecución para el reo porque ésta era la pena común a los distintos delitos que se imputaban al acusado, y además porque era una cosa intermedia entre el descuartizamiento, pena comúnmente aplicada por crímenes de lesa majestad; ser quemado vivo, pena impuesta por falsificación de moneda, y la ejecución honrosa por medio de la espada.

Los caballeros iban de acá para allá, pavoneándose. Habían disfrazado la condena de modo que resultara en apariencia medianamente aceptable. ¡Que los pedantes juristas criticaran cuanto quisieran! Sabían que el pueblo y su sano instinto estaban de su parte.

Incómodo y nervioso, el consejero de finanzas de Darmstadt e intendente del Consejo, el barón Tauffenberger, se encontraba en su salón lleno de montones de actas. Frente a él, desorientada, hermosa y necia, su madre, Michaela Süß. Hacía siete años que no había vuelto a visitarle, desde que él había dejado de llamarse Nathan Süß Oppenheimer y se había hecho bautizar con el nombre de barón Ludwig Philipp Tauffenberger. La hermosa y anciana dama, que llenaba su vacía existencia preocupándose únicamente de su aspecto personal, su correspondencia, el teatro, el mecenazgo de jóvenes artistas, los viajes y la vida social, había evitado siempre, temerosa, la ciudad de Darmstadt, donde su hijo mayor tenía su residencia. Habría comprendido que el más joven, Josef, se convirtiera a la fe de su padre; tal vez incluso lo habría visto con buenos ojos, ya que siempre buscaba en él, con un dulce sentimiento de culpa, las huellas del padre. Pero que Nathan, el hijo del cantor Isaschar Süß, se convirtiera al cristianismo le pareció un gran sacrilegio del que, con toda seguridad, algún día tendría que arrepentirse amargamente. Temerosa, contempló su suerte y su ascensión. El hecho de que Josef, el inocente, el noble, el que había salvado a Jecheskel Seligmann Freudenthal, el que a pesar de todas las seducciones y toda clase de tentaciones había seguido siendo judío, tuviera que caer de una manera tan cruel mientras que el sacrilego, el bautizado, llevaba una vida opulenta y floreciente la confundía sobremanera y la dejaba impotente.

Michaela Süß, a su manera, había amado a su esposo el cantor Isaschar. Además de un gran cantante y comediante, había sido un hombre amable y afable, y sobre todo también un marido cómodo y dulce que con frecuencia estaba de viaje y que nunca dio oído a la maledicencia cuando se trataba de su mujer, sino que siempre la trató con la misma ternura, lleno de una admiración agradecida por su belleza. Además de él, a ella le habían gustado muchos hombres a lo largo de su larga, rica y ligera vida, pero aquellos meses con el brillante Georg Eberhard Heydersdorff fueron la corona de su vida. El dolor más auténtico que ella había sufrido jamás lo sintió cuando él fue deshonorado y se hundió en la miseria. Después, revivió al padre en su hijo Josef, había observado anhelante y desfallecida de admiración sus asombrosos progresos. Amaba en el hijo la juventud y la dulzura, el deslumbramiento y la embriaguez del éxito; era absolutamente dichosa y mantenía la vista fija, con una fe inquebrantable, en su genio, en su estrella, en su magnificencia. Y ahora se repetían en él, de un modo mucho más cruel, el cambio y la caída del padre.

Primero había creído que la prisión del hijo era un ardid, un disfraz del que pronto volvería a surgir todavía con más esplendor, pero ahora debía rendirse a la evidencia de que aquel asunto iba tremendamente en serio. Bien era verdad que todavía no se conocía el veredicto, pero por todo el Imperio se oía comentar, cada vez con mayor claridad y de un modo más amenazador, que los de Württemberg iban a colgar al que había sido su consejero de finanzas, en el plazo de unas semanas. La cancioncilla «¡El judío debe ser colgado!» no sólo se silbaba junto al Neckar, sino a lo largo de todo el Rin. Ella no podía arrancar de sus oídos la cruel canción popular, sentía crecer su inquietud, estaba

desorientada. Había hecho desafortunados intentos para ayudar a su hijo, escribió necias cartas de súplica por todo el mundo, ¡si por lo menos el Rabí Gabriel se hubiera dejado ver! Le escribió una carta apremiante y desesperada; pero no tenía ni idea de dónde poder encontrarle, sólo tenía la sospecha, ni siquiera estaba segura, de que estaba en Holanda. Escribió a su hija, casada en Viena. Escribió con su letra temblorosa y vulgar un gran número de cartas a los Oppenheimer de Viena. Finalmente se había decidido a este extremo: acudir a su hijo mayor, el bautizado. Y allí se encontraba ahora, con la boca entreabierta, temerosa y llena de esperanza, mirándolo con sus ojos asustados y de mirada estúpida.

–¡Qué es lo que hay que hacer? ¡Qué es lo que hay que hacer? –gimoteaba.

El barón Tauffenberger se recostó en su sillón, revolvió nervioso y mecánicamente sus papeles, agitándose inquieto. Era un caballero bajito, algo gordo, de piel clara y muy cuidada, sus rápidos ojos sobresalían, demasiado grandes, de su cabeza, los dedos se torcían gordos, blancos y ágiles, no tenía un aspecto elegante a pesar de sus ropas ricas y cuidadas. Su cristianismo le resultaba incómodo a pesar de toda la liberalidad que aparentaba. Le gustaba burlarse de las costumbres judías y de todo lo judío y se relacionaba con el profesor Karl Anton de Helmstedt y con Johann Friedrich Paulus, anteriormente pastor de Denkendorf, y que había sido trasladado a Stuttgart como predicador. Ambos habían sido judíos, y ahora, en su calidad de conversos, eran fanáticos propagadores de las santas enseñanzas cristianas. Pero envidiaba con toda su alma a su hermano menor que había llegado mucho más lejos que él sin dejar de ser judío. Josef le había hecho sentir sin disimulos y en toda ocasión su burla y su desprecio hasta el extremo de haberle vuelto la espalda con frialdad aquella vez que se habían encontrado en la corte del Palatinado. Si tenían enfrentamientos en los negocios, sin mediar intento alguno de reconciliación, iniciaban procesos uno contra el otro, y al converso le ardía la sangre cuando el hermano, lleno de desprecio y repugnancia, desdeñaba hacer con él importantes negocios y prefería, sin tener en cuenta las pérdidas que eso le ocasionara, dejarlo todo en manos de agentes. La caída y la vergüenza del hermano le afectaron mucho. También por ello se burlaron de él y le escarnecieron, y a pesar de ello, ahora que tenía a su madre desesperada ante él implorando su ayuda para el hijo amado y admirado, no podía evitar tener un sentimiento de triunfo.

–¡Ahí tenéis! ¡Tenía que pasar! –repetía con su voz aguda y clara–. No es posible llegar tan alto y seguir siendo judío, ¡no es decente! –clamaba airado, gesticulando vigorosamente–. ¡No se puede permitir! ¡Va en contra del orden establecido por Dios y de la razón humana!

Pero Michaela no quería aceptarlo.

–¿Qué se puede hacer? ¿Qué se puede hacer? –insistía, lamentándose, siempre en el mismo tono.

El obeso hombre se levantó, nervioso fue de un lado para otro, cambió un montón de actas de un extremo a otro de la mesa.

–Sólo hay un medio –dijo finalmente. Al sentir fija en él la mirada de Michaela, tensa y esperanzada, se armó de valor y aparentando indiferencia, como si se tratara de algo absolutamente natural, declaró–: Debe hacerse bautizar.

Michaela reflexionó. Después repuso desalentada:

–No lo hará. –Y tras una breve pausa añadió–: El Rabí Gabriel no lo autorizaría.

El hijo repitió burlón:

–¡No lo autorizaría! A mí tampoco me lo autorizó. Si le hubiera obedecido, ahora a lo mejor estaría en la misma situación. ¡No lo autoriza! ¡No lo autoriza! –se enfureció, dando gritos con su aguda voz, gesticulando exageradamente. Deteniéndose, añadió con brusquedad–: No sé de otra solución.

Y al ver a su madre desanimada y asustada le dijo:

–Haré todo cuanto pueda para salvar su fortuna, para salvar lo que aún pueda salvarse, aunque desde luego no se lo merece. Haré cuanto esté en mi mano y salvaré para él todo lo que tenga en Heidelberg, Frankfurt y Manheim. Tampoco voy a ahorrar en gastos para intentarlo todo en Stuttgart, ante el gobierno, entre los jueces y en la cárcel. Pero si no se hace bautizar –añadió encogiéndose de hombros– difícilmente puede acabar bien.

Michaele al irse, todavía iba más cabizbaja que al llegar.

Mientras tanto en Stuttgart, Nicklas Pfäffle, constante e impasible, hacía todo lo posible por su señor. Grandes sumas de dinero fueron a parar a los organismos del gobierno, a los funcionarios de justicia. Puesto que el señor administrador había dado orden de que se investigara con escrupulosa exactitud todo aquello que fuera indiscutible posesión de Süß y que éste hubiera conseguido de modo legítimo, prohibiendo que se tocaran estos bienes, el secretario disponía de grandes medios. Costosas vasijas, alfombras y piedras salieron de la casa de Süß en forma de obsequios para influyentes parlamentarios, funcionarios de la corte y del Estado que, oficialmente no tenían nada que ver con el asunto y que, por lo tanto, podían actuar indirectamente con mayor eficacia.

Entre la comunidad judía sólo se hablaba de aquello, se cuchicheaba, los comentarios iban en aumento:

–Salvó a Jecheskel Seligmann Freudenthal, extendió su mano y protegió a los judíos a lo largo del Neckar y a orillas del Rin. Ahora, Edom y todos los impíos se han reunido y han caído sobre él. Era demasiado grande para ellos, confirió a la comunidad judía un brillo que no pudieron tolerar. Han caído sobre él como Cam, el impío, y quieren matarle. Ayudadle, salvad a Reb Josef Süß Oppenheimer, que ha sido un buen judío, que mientras estuvo en la cúspide del poder extendió su mano para proteger a toda la comunidad judía.

En las sinagogas se rezaba y se ayunaba, se trataba de influir en las cancillerías y en los consejos, se reunía dinero, mucho dinero, cada vez más dinero, incalculables sumas de dinero, que se hacían llegar a manos de Reb Isaak Simon Landauer, intendente de la corte y buen judío, a quien los rabinos y las comunidades habían encargado que hiciera lo imposible para proteger de la desgracia, haciendo uso de toda su astucia y costara lo que costase, al caído Reb Josef Süß Oppenheimer, salvador de Israel. Isaak Landauer tenía un plan. No era un plan particularmente astuto, pero sí osado e impresionante, para el caso en que realmente se atrevieran a condenar a Süß. Para llevar a cabo este plan necesitaba dinero, cantidades fabulosas de dinero. Y fueron cantidades fabulosas de dinero las que fluyeron a sus arcones, oro puro, letras de cambio, escrituras; el pobre daba poco, el rico daba grandes sumas; el dinero procedía de todos los países, de todas las comunidades, de todos los judíos de todo el mundo.

Johann Daniel Harpprecht se encontraba trabajando en su biblioteca. El señor

administrador no había ratificado la sentencia de la comisión, había dado orden de mantenerla en secreto de momento y se la había enviado a Harpprecht, acompañada de la totalidad del vasto material recogido en las actas, para que lo estudiara.

El anciano señor estaba furioso. Habían pasado cuatro inviernos desde que había tenido que emitir el juicio sobre el caso de Jecheskel Seligmann, el apestoso judío al que había tenido que salvar contra su voluntad. Aquellos corrosivos gusanos se encontraban ahora a buen recaudo, se mantenían ocultos y se retorcían; de los que se enroscaban arriba de todo, gordos y cebados, el duque y el judío, uno estaba muerto y el otro yacía impotente a sus pies, y estaba en su mano que fuera pisoteado. ¡Era mucho lo que habían devorado hasta el momento! Él, Harpprecht, había sido siempre un hombre fuerte, ahora era un viejo por su culpa. Gran parte del país, de los bosques y los campos, de los cuerpos y las almas de los hombres habían sido roídos y se habían perdido por su culpa. El joven Michael había sido corroído y la dulce y amable Elisabeth Salomea Götz se había convertido en una ramera por su culpa. Y aunque, por el momento, el gusano se ocultara temeroso, volvería, como siempre había vuelto, y el viejo sistema iba a derrumbarse del todo. Y de pronto se encontraba ante la obligación de juzgar si, en justicia, podía aplastarse a aquel gusano corrosivo y perjudicial.

Llegó Bilfinger. Ahora era el verdadero regente del país, un regente fiel e incorruptible que trabajaba como una mula y con eficacia. El trabajo le sentaba bien, y aquel hombre grueso y pletórico de su misma edad, parecía diez años más joven que Harpprecht.

—¿Qué le parece, querido amigo? —preguntó fijando su mirada en el montón de actas—. ¿Estamos ante la misma situación de aquella vez, cuando el caso del judío Jecheskel? —añadió despacio y con desagrado.

Fuera nevaba suave y copiosamente. En la biblioteca reinaba el silencio. Podían oírse en la habitación vecina los pasos del joven Michael Koppenhöfer.

—Sí, querido amigo —contestó Harpprecht—, la situación es la misma. Formalmente, según la letra del derecho criminal no hay pruebas suficientes.

Bilfinger tomó algunos de los papeles, los hojeó, los reunió de nuevo en un montón.

—Mi querido amigo, ¿no sería posible —dijo tras una pausa— que, habiéndose permitido a sí mismo tantas excepciones en su favor en materia de las normas constitucionales del Estado de Württemberg, ahora tuviera que soportar que se hiciera con él una excepción en la forma jurídica?

—Sería posible —respondió Harpprecht—, pero no seré yo quien lo haga, debe hacerlo el duque.

Por aquellos días, había finalizado el proceso contra el general Remchingen. El barón, jesuita y coronel austríaco no fue tratado con tanta indulgencia como los nobles Hallwach, Mez, Bühler, Lamprecht y Scheffer. No tenía parientes en la cancillería, había tratado con desprecio a todo aquel que no perteneciera al estamento militar y a todos los que no eran nobles, en especial al Parlamento, como canalla, chusma o populacho y con todo ello se había granjeado el odio de muchos. De manera que la investigación y la recopilación de pruebas se llevó a cabo con gran rigor y aun cuando no eran suficientes para condenarlo a muerte, por lo menos sí bastaban para condenarlo a prisión para el resto de sus días.

Pero precisamente aquellos días se habían ultimado los detalles del compromiso de Karl Rudolf con la duquesa viuda, que afectaban a la regencia, en unas condiciones muy

favorables para el regente y junto con el reglamento de gestión para el período de administración, se encontraba ya en la cancillería imperial para ser sometido a examen y obtener su certificación. En un momento así, excitar los ánimos de la corte de Viena condenando duramente a aquel hombre, católico y austríaco, se consideró particularmente inoportuno. Así que se decidió retrasar la proclamación de la sentencia, dejando al general provisionalmente en libertad, bajo juramento y palabra de honor. Remchingen, como era de esperar, rompió inmediatamente la palabra dada, huyó del país y entró al servicio del general Schulenburg en Venecia. Fue condenado en ausencia, apeló agriamente la sentencia en múltiples escritos de protesta enviados al emperador y dirigidos a todo el Imperio, particularmente en la *Innocentia Remchingiana vindicata* o en la *Imperiosa salvación del honor*. Durante muchos años vomitó contra Württemberg toda clase de inmundicias, veneno y bilis.

El pueblo se sintió defraudado por la huida de Remchingen. Todos los tiranos sanguinarios habían quedado sin castigo, se habían instalado en Esslingen, a media milla de distancia, se desternillaban de risa o incluso, como Remchingen, causaban problemas y dificultades. Sólo les quedaba el judío. Por lo menos ése debía pagar. De nuevo los consejeros Pflug y Pancorbo se pusieron al frente, atizaban el fuego, pagaban manifestaciones. El grito «¡El judío debe ser colgado!» se dejaba oír por todo el país de un modo todavía más salvaje, más fuerte, más amenazador e insistente.

Así estaban las cosas cuando Harpprecht entregó al duque administrador su informe. Aquel hombre justo y sincero no permitió que su juicio se viera empañado por el odio que sentía por el judío, ni por el aullante pueblo que, a gritos y como un solo hombre, rugía pidiendo la muerte del judío, ni por la simpatía o antipatía del Consejo o del Parlamento. El profesor de Derecho emitió su juicio:

Aquellos que habían firmado las órdenes y prescripciones denunciadas, los consejeros y ministros que habían jurado fidelidad a la Constitución y a sus cargos, eran quienes deberían ser procesados y castigados, no el extranjero que no había jurado fidelidad alguna ni ocupaba ningún cargo de gobierno. Aquéllos son los que, de acuerdo con el Derecho romano y alemán, se han hecho merecedores de la muerte y no éste, exceptuando un solo punto: el trato carnal con cristianas. Y este punto, por diversos motivos, no puede ser tomado en serio, dejando aparte que tampoco se encontraba entre los motivos principales que en un principio debía tener en cuenta la comisión. Concluía que, basándose en las leyes vigentes del Imperio Romano y del ducado, el reo no podía ser condenado a muerte; había que quitarle el fruto de sus rapiñas, en la medida en que pudieran ser demostradas, y expulsarlo del país.

De escasa estatura, desaliñado y algo encorvado, el duque, gris y confuso, escuchó con atención a aquel hombre ponderado, fiel y objetivo.

—¿Creéis, pues, que la comisión ha condenado con mayor rigor al judío que a los verdaderos bribones? —preguntó.

—Sí —contestó Harpprecht. Fuera, alguien silbó la popular canción: «¡El judío debe ser colgado!». El viejo regente mantuvo los labios firmemente apretados.

—Quisiera poder seguir vuestro consejo —dijo finalmente. Y con estas palabras despidió al jurista.

Al día siguiente firmó la sentencia mientras decía:

—Es mejor que el judío sea colgado injustamente, a que siga vivo de acuerdo con la

ley y que por su causa aumente la agitación en el país —y añadió—: Es un acontecimiento extraño que un judío pague por los canallas cristianos.

Conducida por un malhumorado caporal cargado con un tosco manajo de llaves avanzaba Michaela Süß por los desnudos corredores enmohecidos de la fortaleza de Hohenasperg, recorriendo las angulosas escaleras. El corazón de la anciana y mimada dama aceleraba sus latidos, sólo veía por todas partes gruesos muros y armas toscas, una enorme construcción, sofocante y amenazadora. El caporal avanzaba a grandes zancadas, ella sólo podía seguirlo con esfuerzo y sofocándose pero no se atrevió a decir nada. Finalmente, haciendo mucho ruido, crujió una puerta fea y baja. Jadeando echó una mirada al interior del desnudo cuartito y vio allí sentado sobre un catre a un hombre viejo, con la espalda encorvada, débil y grueso, con una barba descuidada, de un blanco sucio, que murmuraba absorto a sí, con una sonrisa ausente y boba. Dijo con rapidez al caporal:

—Buen hombre, no es a éste a quien quiero visitar, sino a Josef Süß.

El caporal respondió desabrido:

—Señora, éste es el judío.

Llena de un profundo y helado horror, Michaela Süß miró al preso que lentamente volvía la cara en su dirección, fijando en ella los ojos marrones, parpadeantes y algo inflamados. El caporal cerró la puerta desde fuera haciéndola rechinar ostentosamente. ¡Ése era su hijo, ese hombre horrible, desamparado, más viejo que ella, era su brillante hijo! ¡Oh! ¡Ya no quedaba nada, ni la más mínima huella de Heydersdorff quedaba en él! Con horror y curiosidad se dio cuenta de que, a pesar de la barba, se parecía mucho más al Rabí Gabriel. Le miró con timidez, llena de espanto, su anterior compasión cáustica y dolorosa se había desvanecido, sentía que su hijo se le escapaba y se quedaba vacía, tenía ante sí a un extraño, un hombre sucio y desamparado al que, evidentemente, había que compadecer ya que estaba allí encerrado, se encontraba mal, y además era un judío. Pero en aquel instante se encerró en sí misma endureciéndose en lo más íntimo. Allí estaba, una extraña y elegante dama, violenta ante un hombre descuidado y hundido en la miseria.

Cuando por fin hablaron ya no encontró para él ninguna palabra sincera. Él le habló con suavidad, con una cierta indulgencia ligera, reflexiva, casi bromeando y acarició sus manos blanquísimas. Ella lloró un poco, pero ninguna de sus palabras llegó a su corazón. Sólo pensaba «Este hombre viejo es mi hijo» y siguió endurecida. Se alegró realmente cuando hubo transcurrido la hora que le habían permitido pasar con él y el malhumorado caporal fue a buscarla. Sobrecogida de un tímido espanto, se volvió desde el umbral de la puerta para mirar a aquel hombre viejo que había sido su hijo. Cuando abandonaba la fortaleza, era ella la que apresuraba el paso.

Poco después se presentó en la celda un hombre afable, apacible y melancólico, se inclinó, fue muy cortés con él. Sus manos eran blancas y grandes y apenas las movía, tenía unos ojos melancólicos y de mirada vaga y un rostro carnoso y azulado por el rasurado. Habló en voz baja con una voz triste y sugestiva. Era Johann Friedrich Paulus, el converso, que había sido pastor de Denkendorf y ahora era predicador en Stuttgart. El vicario Hoffmann lo había enviado. El vicario habría querido ganar él mismo para la Iglesia a aquel hombre obcecado, pero se daba cuenta de que tenía pocas posibilidades de lograrlo y era mejor que otro terminara su obra a que nada se consiguiera. Uno que hubiera sido

judío tal vez podría acercarse, abrirse camino y penetrar con mayor facilidad en aquella alma endurecida, tal vez podría ablandarla.

Apacible y cortés, el converso se sentó junto a la pared a pesar de su corpulencia, curiosamente discreto. Deslizó sus tristes ojos almendrados por la desnuda celda. Conversó en voz baja.

–Todo esto son sólo ropajes y máscaras: vuestro palacio, esta celda, vuestro judaísmo, mi cristianismo, ropajes, máscaras. Lo único que importa es que cada cual sienta el flujo de Dios en sí mismo. Es esto lo que a uno le da la apariencia en la apariencia, la palabra en la palabra. Os he visto encumbraros, señor director de finanzas, os he visto en vuestra gloria deslumbrante, brillando en lo alto. Soy amigo y discípulo del Rabí Jonathan Eybeschütz, que a su vez es amigo de vuestro tío el Rabí Gabriel. A menudo he tenido deseos de hablar con vos, señor director de finanzas. No porque vos quizá me despreciarais a causa de mi bautismo y de mi cristianismo, y porque quisiera daros una lección. Como ahora veo –concluyó, bajando todavía más el tono de su acariciante voz, casi conmovido– veo con toda claridad que he venido por el bien de ambos, por el mío no menos que por el vuestro.

–Habéis venido para convertirme al cristianismo, ¿no es cierto? –dijo Süß–. Os ha enviado el vicario Hoffmann, ¿verdad? ¿No es así, distinguido señor? ¿O acaso debo llamaros Rabí, maestro? –sonrió. El apacible hombre sentado junto a la pared dijo:

–No es difícil y es muy cómodo obstinarse y ser un mártir. Muchos me desprecian porque me he convertido al cristianismo, pero ese desprecio no me duele, lo soporto y no hago nada por evitarlo, ya que no me convertí para conseguir alimentos, ropas o un título, sino sólo por la idea, por mi ley. Vos tenéis vuestra ley, vuestra idea. ¿Acaso no es mejor vivir hasta el final esta ley? Impedir que se apague esta luz aunque para ello haya que vestir el hábito del cristianismo en lugar del hábito del judaísmo. Vivir en una celda así –su mirada vaga y melancólica se deslizó por las desnudas paredes– es ciertamente duro, pero, Excelencia, ¿quién os dice que todo lo que es duro supone una ganancia?

–Tenéis un modo muy agradable, digno señor, de empaquetar en un envoltorio muy confortable las enseñanzas de vuestra religión. Una cama suave, una habitación cálida, solomillo de corzo, vino de Madeira, son verdades indiscutibles, agradables y deseables; también lo que decís de la palabra en la palabra y de la apariencia en la apariencia suena bien y resulta aceptable. Pero mirad, he cambiado mi palacio de la Seegasse por esta celda. Se me ha cuestionado en todo momento, pero nadie ha puesto jamás en duda que soy un diligente hombre de negocios, por lo tanto –se rió artero– debo haber tenido mis motivos para efectuar semejante cambio. Decidle al señor vicario –terminó risueño y complaciente– y deciros a vos mismo, que habéis hecho y dicho todo lo que es posible a un hombre. Es mi culpa, realmente sólo es culpa mía.

Una vez solo, murmuró para sí, sonrió, sacudió la cabeza. Pensó en Michele. Aquella mujer tonta y querida. Se sintió débil, ingravido, agradablemente cansado. Como un enfermo, a gusto en la cama, sintiéndose convaleciente. Así permanecía sentado y absorto sobre el camastro. De repente, sin que lo esperara, llegó hasta él su hija y le habló. Se había vuelto mucho más pequeña y mucho más joven. Era pequeña como una muñeca. Se sentó, curiosamente, sobre su hombro, tiró cariñosamente de su barba y le dijo:

–¡Mi querido y tonto padre!

Se quedó una media hora. Hablaba, pero sólo de muchas cosas insignificantes. Hablaba, con la seriedad y la importancia que se dan los niños, de los tulipanes, de la

interpretación de un versículo del Cantar de los Cantares, del terciopelo de su nueva falda. Cuando ella se fue, Süß suspiró como si estuviera dormido, la boca medio abierta, feliz. La había llamado tanto... y ella no había acudido. Había querido hacerla venir mediante actos salvajes, apasionados y absurdos. Le había inmolido y ofrecido una víctima, una ofrenda de muerte terrible y cruel y ella no había venido. ¡Qué estúpido había sido! Ella era tan pequeña, era una personita tan menuda, dulce y pacífica... ¿De qué le habrían servido sus grandes, crueles y escandalosas acciones y ofrendas? Pero ahora que él se sentía absolutamente en paz y se había resignado a no verla nunca más, ahora de golpe, ella había venido y ése había sido el mejor regalo, el que más podía colmarle de felicidad. Dio sus cinco pasos y medio por la celda, de un lado para otro, y la celda le pareció de pronto rica y plena y fue para él el mundo entero; extendió los brazos y se rió solo, como un chiquillo, ruidoso y feliz, tanto así, que el guardián, fuera, en el pasillo, se asustó y receloso, atisbó por la mirilla.

El mayor Glaser comunicó a Süß que se preparara para viajar al día siguiente, de madrugada, a Stuttgart. El mayor sabía que el judío iba a Stuttgart para oír su sentencia de muerte, pero no había recibido órdenes de decírselo y tampoco lo consideró necesario. Süß, paladeando todavía las palabras de Naemi, creyó que volvía a casa, a la libertad. Ni por un momento se le ocurrió considerar la posibilidad de que le condenaran a muerte contraviniendo abiertamente la letra de la Ley. Bromeando, de buen humor y con ánimo ligero dijo que se alegraba del buen tiempo que hacía para el viaje, preguntó al comandante, que era un gran aficionado al rapé, si le permitía mandarle una lata de tabaco como recuerdo. Con actitud reservada, el mayor lo rechazó; sin embargo, autorizó, evitando apenas que en su duro rostro se reflejara una sonrisa, que Süß vistiera una casaca de gala para el viaje. También al guardián le habló Süß de su regreso a la libertad y le aseguró al sorprendido hombre, que no sabía cómo reaccionar, que le mandaría una importante suma como propina.

Cuando por la noche se tumbó en su catre, se sintió relajado y en paz. Se marcharía a algún lugar del extranjero, junto a un lago o junto al mar, e iba a vivir para sí, discreto y sereno, apaciblemente lúcido, en un pequeño y tranquilo rincón. Se llevaría unos cuantos libros, o quizá no se llevara ninguno, y pronto se extinguiría dulcemente y en silencio, y sólo quedaría entre los hombres un absurdo y ruidoso eco de su vida y sus acciones, tanto las buenas como las malas se recordarían muy distintas a la realidad y se tergiversarían; pero pronto, hasta su nombre dejaría de tener significado, no sería más que un montón de letras sin contenido. Finalmente, también ellas desaparecerían y reinaría un silencio absoluto y puro, suspendido y resplandeciendo en el mundo superior.

Al día siguiente, Süß viajó con buen tiempo. El día era claro y helado, blanco y soleado. A pesar del frío, Süß viajó en un coche descubierto. Viajaba sentado, hundido en el asiento, débil y contento, custodiado por dos guardias, uno a su lado y otro frente a él. A ambos lados del carruaje, por delante y por detrás, le rodeaba también una fuerte escolta. Al principio, intentó hablar con sus acompañantes, pero éstos tenían severas instrucciones de no responder. Sin embargo, esto no lo afligió. Se recostó en su asiento, respiró hondo, saboreando, tragando, contemplando, palpando tras tantos meses lóbregos, el aire puro, libre y estimulante de Dios. ¡Qué maravilla que su mirada no chocara contra los muros!

Árboles, y sobre ellos la nieve suave, de una pureza deslumbrante. Campos anchos y blancos, suaves y delicados, desembocando en el cielo. El mundo entero, fantástico, ¡anchuroso y puro mundo maravilloso! Aire, libertad, ¡querido aire! El aire fresco afectó al cautivo, que ya no estaba acostumbrado a él. Se recostó adormecido, débil y agotado, pero se sentía dichoso. Llevaba abierta la casaca roja de tafetán bordada en oro, forrada de terciopelo grueso, y hasta la camisa verde, bordada en oro, llevaba abierta al aire. Las piernas, enfundadas en pantalones marrones, temblaban, afectadas por la debilidad. También se había quitado el sombrero de terciopelo y la peluca, que le sentaba tan mal sobre el pelo descuidado, abandonándose al placer de sentir la caricia del aire producido por el rápido avance del carruaje, sobre su pelo blanco.

En Stuttgart, junto a las puertas de la ciudad, se hacinaba el pueblo esperando. Cuando llegó el carruaje estalló el alboroto y empezó el griterío, la muchedumbre le arrojaba piedras y barro. Se lanzaron sobre el judío, arrastrándolo fuera del carruaje, empujándolo de un lado para otro, tirando de su barba blanca. Levantaban a los niños en alto:

–¡Mira, allí está el verdugo, el Judas, el asesino, el cerdo judío! –Le escupían, le daban patadas. La fina casaca roja se desgarró, el fino sombrero de terciopelo cayó y fue pisoteado en el barro. Los que se encontraban en el «Carnero Azul» decían con melancólica satisfacción sentimental:

–Esto tendría que haberlo visto el difunto pastelero Benz.

Sólo con dificultad consiguió la escolta arrebatárles al judío. Lo metieron de nuevo en el carruaje, con la respiración agitada, el rostro gris desencajado, chorreando esputos y sangre, que se deslizaban lentamente por la barba despeinada, rodeado de soldados que amenazaban a la multitud con las armas en la mano.

El alboroto y el griterío llegó también a la gran habitación en la que Magdalen Sibylle yacía dando a luz al hijo de Immanuel Rieger. El consejero de expedición habría preferido que tuviera al niño en el campo, en sus hermosas posesiones de Würtigheim; pero puesto que ella, por motivos inexplicables, había querido permanecer en la ciudad, tuvo que avenirse a ello. Allí estaba ella con los dolores de parto, una comadrona parlanchina y diligente se contoneaba ajetreada de un lado para otro. El consejero de expedición iba de acá para allá, pálido y servicial, abatido y sudoroso. A pesar de que ella parecía ancha y capaz para parir, el parto no resultaba tan fácil como se había esperado. Yacía allí gritando, crispada, esforzándose, jadeando. En una pausa entre los dolores, relajada, lívida y cubierta de sudor, temblaba estremecida de horror cuando rompió el silencio el vocerío de las multitudes, se oyó con toda claridad el canto popular: «El judío debe ser colgado». El consejero de expedición se frotó las manos y dijo:

–Es un buen presagio que el niño nazca bajo el signo de la justicia.

Pero ella miró llena de odio a aquel hombre enjuto e insignificante y rezó de un modo inaudible, sin rimas ni florituras, con pasión y fuerza:

–¡Dios del cielo, no lo dejes ser como ese de ahí! ¡Dios del cielo! Me has echado a perder tantas cosas... Concédeme esto. Por lo menos concédeme que mi hijo no se parezca a ese de ahí.

Mientras tanto, Süß había sido conducido al ayuntamiento. La gran sala estaba llena a reborar de curiosos, el colegio de jueces se hallaba reunido, todos ellos solemnemente vestidos con sus togas negras. El judío contempló el rostro jovial, brutal y macizo de

Gaisberg; el rostro delicado y burlón y la nariz ganchuda de Schütz; el rostro duro, cruel y enjuto de Pflug; el del joven Götz, que normalmente tenía una expresión vacía y un aspecto sonrosado e insulso, animado por el odio, la venganza y el triunfo; y se dio cuenta de que no estaba destinado a la libertad sino a la muerte. En esos momentos, empezaba ya el presidente, el consejero Gaisberg, con su voz dura, amenazadora y desagradable, a leer la sentencia, con fuerte acento suabo. Süß escuchó una monótona reta-hila de saqueos, pillajes, robos, traiciones, crímenes de lesa majestad y delitos contra el Estado y que en castigo por todo ello, debía ser ejecutado, colgado de una cuerda hasta que muriera. En el calor asfixiante de la sala, vio a las masas densamente apiñadas y a todos los grandes señores, ministros, parlamentarios, generales, cubiertos de sudor y llenos de satisfacción. Vio a aquellas fieras insignificantes y repugnantes abalanzarse sobre aquel que en su grandeza se les había entregado, con voluntaria indefensión, devorándose entre sí, agolpándose unos sobre otros, hundiendo los dientes insensatamente en el amasijo de vida resignada. De pronto resurgió en él el viejo Süß. Se rebeló, lleno de vigor, y empezó a hablar; aquel hombre viejo, vencido, cubierto de sangre y de barro por los malos tratos, se irguió y se enfrentó a sus jueces. Incisivo, con fría objetividad rascó el patético barniz que recubría la sentencia. Escucharon sus primeras palabras en silencio, pero después, rojos de ira ante tamaña insolencia, aquellos elegantes señores, sin distinguirse del populacho, se lanzaron sobre él rugiendo y golpeándole con la parte plana de sus espadas, e igual que antes, la escolta tuvo dificultades en arrancar al reo de sus manos. Cuando fue sacado de la sala en la que reinaba el estruendo, le alcanzaron a sus espaldas las duras y burlonas palabras del consejero Pflug.

—Habéis dicho, judío, que no podemos colgaros más alto de lo que la horca es. Os lo vamos a demostrar.

Desde Hamburgo, en el coche de postas, viajaban el Rabí Gabriel Oppenheimer van Straaten y el Rabí Jonathan Eybeschütz. Ninguno de los dos habló durante el largo viaje más de lo estrictamente necesario. Veían las oscilantes grupas de los caballos, que se cambiaban con gran frecuencia, castañas, negras y blancas; veían cómo la tierra, los campos llanos, las montañas, los bosques, los ríos y los viñedos se deslizaban fugaces a su lado. Pero sólo sus ojos estaban fijos en ellos y no sus sentidos. Los mojones del camino aparecían y desaparecían. Veían sólo el rostro al que se acercaban, al que querían llegar antes de que se extinguiera del todo. El Rabí Gabriel, voluminoso como siempre, con una expresión malhumorada, su cuerpo grueso enfundado en ropas anticuadas y burguesas. El Rabí Jonathan, vestido con un caftán de seda, radiante y apacible el rostro astuto y todavía joven, cubierto por una barba blanca, lechosa y lacia, tras ansiosas semanas mundanas, se hallaba de nuevo inmerso en la meditación, la sabiduría y Dios. El cambio de Süß y su actitud última lo atraían con cruel seducción. Su caída no había sido una pantomima. Él y el Rabí Gabriel, sin haber hablado de ello, sabían, intuían la extraña mezcla de decisión voluntaria y consumación obligatoria que se entretrejía en este final. Aquella correspondencia, el lazo invisible; la corriente que fluía desde él hasta ellos, había atrapado también ahora al Rabí Jonathan, enaltecíendolo y rebajándolo. Formaba parte de aquél; una de las más fuertes raíces de sí mismo moría con él. Así viajaban ambos hombres, con la vista fija ante sí, hacia la muerte de Josef Süß, como en una nebulosa,

meditando profundamente, soportando el peso del conocimiento de sus ataduras.

También por otros caminos, otros personajes se aproximaban a Stuttgart, viajaban hacia Süß, por causa de Süß. Con mucha escolta y guardia llegó el señor intendente Isaak Simon Landauer. A pesar de que normalmente procuraba viajar de manera modesta, iban con él tres cajeros judíos, y aparte de la guardia que había contratado, le acompañaban un par de fuertes individuos de confianza. Se reunieron con él, a las afueras de Stuttgart, el pequeño y apergaminado Jaakob Josua Falk, rabino de Frankfurt, y el gordo y vehemente rabino de Fürth. Los tres hombres habían solicitado audiencia al duque regente y tomaron todas las precauciones posibles para no ser molestados al entrar en la ciudad.

Karl Rudolf los recibió en presencia de Bilfinger y de Pancorbo. El rabino de Fürth dijo:

–Vuestra Excelencia es bien conocido en todo el mundo por su amor a la justicia. ¿Es justo que los ladrones se hayan instalado alrededor de la ciudad, en Reutlingen y en Esslingen, riéndose al tiempo que devoran su botín, mientras que el judío, que ante la ley es el menos culpable, tiene que pagar por ellos? Vuestra Excelencia es justo, tanto con aquellos que tienen una elevada posición como con los que no la tienen, con los suabos y con los austríacos, con los católicos y con los protestantes. Sed también justo con vuestros judíos.

El rabino de Frankfurt dijo:

–Reb Josef Süß Oppenheimer es una importante personalidad entre los judíos. Pertenece a una familia judía antigua y muy respetada. Lo que él ha hecho, se dirá que lo ha hecho toda la comunidad judía. Si es colgado y se deja en libertad a sus cómplices cristianos se dirá que la comunidad judía es la culpable de todo y de nuevo volverá el odio, la persecución y la maldad contra todos los judíos. Vuestra Excelencia es un caballero y un príncipe misericordioso. Vuestra Excelencia sabe que el judío no es ni más ni menos culpable que sus cómplices cristianos. Habrá un gran escándalo en el mundo y una nueva aflicción entre los humillados y los oprimidos si él es juzgado de un modo distinto a los demás. Rogamos a Vuestra Excelencia, con el corazón lleno de dolor y de humildad, os pedimos gracia para él y para toda la comunidad judía.

Isaak Landauer dijo:

–Las acciones de Reb Josef Süß Oppenheimer han tenido como consecuencia que éste y aquél y todo el país de Württemberg haya sufrido pérdidas en dinero y en bienes. Lo que se ha echado a perder por dinero, puede enmendarse con dinero. Nos hemos puesto de acuerdo toda la comunidad judía y hemos reunido dinero, mucho dinero, cantidades fabulosas de dinero. Hemos acudido a vos con un ruego a Vuestra Excelencia: dejad libre a Reb Josef Süß Oppenheimer. Queremos enmendar lo que él haya podido echar a perder. Queremos desagraviaros y compensaros, de manera que Württemberg se enriquezca para siempre, os ofrecemos, si dejáis libre al judío Josef Süß Oppenheimer, una penitencia voluntaria de quinientos mil ducados dobles.

El duque administrador y los dos ministros habían escuchado en silencio a los judíos. Al oír la propuesta de Isaak Landauer dieron un respingo. Aquella oferta era una insolencia, pero la suma era tan terriblemente elevada, mucho más grande que la más elevada suma que jamás hubiera alcanzado el presupuesto del ducado, que la oferta no podía ser rechazada con simples palabras indignadas, tildándola de insolencia y arrogancia. Quinientos mil ducados de oro. Querer comprar la libertad de Josef Süß era

descarado y absurdo. Querer comprar la libertad de Josef Süß con una suma tan extraordinaria era un proyecto astuto y genial que desconcertaba por su ingenua grandiosidad. También con ello había contado Isaak Landauer, en base a eso había elaborado su plan. Desde el principio estaba convencido de que en este caso no se podía conseguir nada con astucias y argumentos, apelaciones a la justicia y súplicas de gracia. A lo mejor, precisamente algo tan primitivo y tosco resultaría efectivo. Con dinero podía comprarse todo en este mundo: tierras y ganado, montañas, ríos y bosques, al emperador y al Papa, a los consejos y a los parlamentos. ¿Por qué no había de poderse comprar a este *goyim* suabo, su sed de venganza y su charlatanería sobre la justicia? Su estúpida y torcida justicia le era al duque muy querida; pues bien, se la pagarían cara. Quinientos mil ducados de oro. Con esta cantidad, incluso podía comprarse, en caso de necesidad, un pequeño ducado. Era un buen precio por un trocito de la tan cacareada justicia. Antes de que los señores pudieran recuperarse de su sorpresa, Isaak Landauer siguió hablando.

–No pagamos con letras o escrituras, pagamos en oro, oro puro. Ducados de oro redondos y sin cercenar.

Se acercó a la puerta, hizo un gesto a su gente con un estudiado movimiento de cabeza, con una sonrisa que resultaba sorprendente. Atónitos, mudos y tensos, el regente y sus ministros contemplaron a los muchachos que iban entrando. Llevaban sacos pequeños, sacos muy pesados, y los vaciaron a un gesto de aquel hombre desaseado. De ellos brotó el oro. Oro en monedas de todo curso, oro rojo, español, africano, turco, de todos los países. Se amontonaba, se apilaba sin parar, creció hasta alcanzar la altura de un hombre, la anchura de un abeto crecido, una montaña de oro. El duque, de baja estatura, algo encorvado y desaliñado y el corpulento Bilfinger, mudos de asombro, no podían apartar la vista de él. Dom Bartelemi Pancorbo estiraba el cuello, irguiendo la cabeza descarnada rojo azulada que desaparecía en su golilla. Sus sombríos dedos se estiraban, se encogían, no podían resistir por más tiempo el deseo de acariciar el oro, el oro amado, de hundirse en aquel río interminable al lado del cual se mantenía en pie Isaak Landauer, vestido con su raído caftán, los rizos de sus sienes sin peinar, en una postura poco agraciada, sonriendo fatalmente de un modo incomprensible, manteniendo uno de los brazos pegado al cuerpo con la palma de la mano levantada hacia afuera, mientras que con la otra mano se peinaba la barba rojiza y descolorida de chivo.

La oferta de Isaak Landauer fue rechazada. Pero las palabras del anciano hallaron eco en el duque. Era injusto. Se había visto obligado a comportarse de un modo injusto cuando ya su muerte se hallaba cercana. No sólo frente a Süß sino ante los demás judíos. No le atraían las posesiones, el oro no le importaba, pero esa gente vivía de eso, del oro; el oro era su vida y su sentido, y a pesar de esto, voluntariamente, habían recogido tales increíbles sumas de impuestos e intereses para hacerle desistir de su injusticia. Su deber estaba claro: él debía actuar con justicia primero con sus suabos y en consecuencia cometer una injusticia con el judío, pero esa montaña de oro le impresionó y lo avergonzó dolorosamente.

En una apremiante carta rogó al duque Karl Friedrich de Wüttemberg-Öls que lo visitara. Estaba decidido a abandonar la tutela y la regencia. Había hecho cuanto estuvo en su mano para sacar al país de la más honda miseria y ya lo había conseguido. Su lema había sido «¡La justicia!, ¡el deber!, ¡la autoridad!» pero no había sido posible, dadas las circunstancias, conducir el regimiento de acuerdo con esos principios. Había tenido que

ver cómo se dejaba libres a bribones que habrían merecido la pena de muerte, ahora tenía que ver cómo se colgaba al judío aunque esto fuera injusto. Tenía setenta y un años y estaba cansado. Sentía disminuir notoriamente las fuerzas de su cuerpo y de su mente. Le escribió al emperador y explicó a sus consejeros que le resultaba fatigoso esperar pacientemente, según su deseo, hasta que el más mínimo detalle marchara bien, en aquella regencia tan intrincada como importante. Aquel soldado encorvado, desaliñado y honrado, sentía nostalgia de la tranquilidad del campo, de su Neuenstadt pequeña y floreciente, deseaba una muerte tranquila.

Después de que Süß se manifestara de un modo tan desvergonzado y obstinado al serle comunicada la sentencia, se le recluyó en la Alta Cámara, donde debía permanecer hasta que se cumpliera la sentencia y estuvo encerrado en un sencillo aposento, completamente vacío, sin recibir alimentos durante todo el día. Tras su estallido de ira ante los jueces, volvió a guardar silencio y contempló, sonriendo y meneando la cabeza, la sangre y la suciedad que lo cubrían. Estaba en cuclillas, en una postura incómoda a la que lo forzaban las ataduras, sobre el suelo, junto a la pared de la habitación vacía, pero no a oscuras. Le visitó Haman, el ministro de Ahavero. Tenía la misma nariz ganchuda del señor von Pflug y su misma voz dura y arrogante. Se presentó Goliat dándole palmadas en los hombros con los gestos del señor von Gaisberg, grosero, jovial y con tanta fuerza que le hizo daño. Vinieron otros. Más amistosos conversaron con él medio en suabo, medio en hebreo. El fiel Eliseo-Pfäffle estuvo allí. Abraham, en la persona de Johann Daniel Harpprecht, regateaba con el Señor, para que hiciera justicia. Y también acudieron aquellos que se habían relacionado con Naemi. Jesaja, el profeta, refunfuñó y le habló con dulzura, en la malhumorada voz de su tío. Absalón colgaba de las ramas por sus abundantes cabellos, pero su pelo era blanco y la cara que había más abajo era la suya.

Pero ¿quién era el que entraba alborotando y aullando? ¡Ah!, de nuevo el vicario Hoffmann alabando las bendiciones de la confesión de Augsburgo. Sí, el celoso pastor de almas volvía a entrar en acción, creía que ahora el asado estaría suficientemente tierno y suave. Pero Süß no se encontraba de humor para discutir con él aquel día. Esa voz ordinaria no permitía que se escucharan las otras, más dulces, que le rodeaban. Serenamente y sin cinismo, le rogó que desistiera de convencerle; le gustaría, si le fuera permitido, dejar en su testamento a la Iglesia evangélica diez mil thaler en agradecimiento por sus esfuerzos. Perdida toda esperanza, el irritado clérigo se retiró.

Recibió otra visita inesperada, la de un elegante y anciano caballero, con cabeza de galgo, sorbiendo rapé, vestido de una manera nada llamativa y muy elegante. Era el padre de la duquesa viuda, el anciano príncipe de Thurn y Taxis. Aquel asunto le quitaba el sueño, lo había hecho venir desde los Países Bajos. Era intolerable, no se podía dejar morir a Süß de esta manera. Un hombre al que su hija frecuentaba, al que él mismo había dado la mano. Un hombre que había servido a la Iglesia católica, aunque no de manera oficial, pero su actividad era bien conocida en todas las cortes. No, no, aquello no armonizaba con su concepto de la cortesía, había sido educado con todo esmero como para permitir que sucediera una cosa semejante. Un hombre con el que se había llegado tan lejos era un caballero. Tacto, respeto, buenas maneras... No se podía permitir que la horca lo tocara. El anciano príncipe viajó hasta Stuttgart de incógnito, bajo el nombre de barón Neuhoff.

Nunca había podido soportar al judío, no le había perdonado que el salón amarillo de Monbijou y las libreas moradas de sus servidores hubieran deslucido su frac amarillo y su casaca morada. Habría sido de muy mal gusto alegrarse ahora de las terribles circunstancias en las que éste se encontraba; tal como estaban las cosas, ahora no tenía que temer que la actuación del judío ensombreciera su propia representación.

Había trazado un resuelto plan. Ayudaría a Süß a huir, de la misma manera que había ayudado a Remchingen. El caso del judío no iba a resultar tan fácil, pero estaba decidido a no ahorrar dinero ni esfuerzos. En definitiva, incluso era probable que aquel regente poco simpático, aquel viejo campesino bonachón, se sintiera satisfecho de librarse de este modo del judío. En todo caso, funcionaría. Sólo iba a poner una condición. Tampoco era correcto hacer tantos esfuerzos por un judío. Así que debía dejar de serlo. Evidentemente el judío, y en su situación le convenía dejarse de historias, debía convertirse. Era una ganancia y un triunfo para la Iglesia católica recibir en su regazo a este astuto hombre de negocios y sagaz político, que además era mucho más caballero que la mayoría de los llamados señores suabos.

Asqueado, el elegante príncipe dio un paso atrás cuando sonriente, regocijándose de antemano en la sorpresa que iba a darle al preso, cruzó el umbral. ¿Qué era esto? Allí, sentado en cucullas, se encontraba un encogido judío como los del *gueto*. ¿Era éste el director de finanzas? ¿Era éste el gran Selodom? Sintió un extraño malestar, como si él mismo estuviera sucio. Süß contempló el rostro de su visitante.

—Sí —dijo con una ligera sonrisa—. Sí, Excelencia, soy yo.

Habían colocado en el cuartito un catre, una silla y una mesa. El príncipe se sentó con cuidado, incómodo. No podía identificar a aquel hombre en cucullas ante él con el elegante caballero que él recordaba. ¿Acaso quería el judío engañar de nuevo a todo el mundo? ¿Se trataba simplemente de un truco? Tenía la misma sensación desagradable que tuvo en el salón amarillo y ante las libreas moradas. ¿Era posible que el judío hubiera conseguido lo imposible y que incluso en tales circunstancias, en esta celda, le hubiera vencido? Pero aunque todos hubieran caído en esta trampa, él no lo haría. No pensaba seguirle el juego al judío. Él, el señor y príncipe, experimentado y escéptico no se dejaba engañar.

—Ante mí no necesitáis simular, Excelencia —probó directa y amablemente, como si se encontraran sentados en un salón—. No podéis pensar que yo vaya a creer esta mascarada, es un truco. Bajo la horca, de repente os quitaréis esta barba repugnante y volveréis a ser el astuto, mundano y versado caballero que fuisteis. Es una maniobra —añadió triunfante—. Naturalmente es una maniobra. Pero, mi querido señor consejero de finanzas, es posible que los señores del Parlamento se crean todo este teatro, pero yo no, a mí no podéis hacérmelo creer.

Süß guardó silencio.

—Probablemente tenéis todavía unos cuantos triunfos en la mano —volvió a tantear el príncipe— que queréis jugar en el último momento. Probablemente ahora queréis representar la imagen de un santo doliente, para tener después una resurrección mucho más brillante. Tened cuidado, el ambiente que se respira aquí es peligroso. No creo que se os permita llegar tan lejos. Con toda probabilidad, perdonad que os hable así, os colgarán con todos vuestros triunfos en la mano.

Como Süß siguiera guardando silencio, se impacientó.

–¡Excelencia! ¡Pero hombre! ¡Daos cuenta! ¡Hablad! ¡Quiero ayudaros! Dudo que os profetizaran en vuestro nacimiento que un príncipe imperial alemán se preocuparía tanto por vos. ¡Escuchadme! ¡Hablad! –Enervado por su actitud, le expuso, sin entusiasmo, su plan y la condición que ponía para llevarlo a cabo.

Cuando terminó, Süß no se movió ni dijo nada. Más que nunca, el príncipe se sintió vencido. Se había tomado la molestia de hacer aquel viaje y ahora, allí estaba el judío, y ni siquiera expresaba su rechazo con patetismo, simplemente seguía sin decir nada. De pronto, el príncipe se sintió viejo y cansado, no soportaba aquel silencio por más tiempo y en tono despectivo dijo:

–En la cárcel habéis perdido vuestros buenos modales. Si alguien se toma tantas molestias por vos, por lo menos podríais decir *mille merci*.

–*Mille merci* –dijo Süß.

El príncipe se levantó. El hecho de que aquel judío no quisiera dejarse salvar por él, sino que prefiriera colgar de la horca, lo consideraba una ofensa personal.

–Sois un mentecato de tomo y lomo, ¡amigo mío! –y su voz obsequiosa adquirió un tono inesperadamente seco–. Vuestro estoicismo está completamente pasado de moda. Ya no se muere para conseguir un buen puesto en los libros de historia de los estudiantes. Es mejor un perro vivo que un león muerto, observó muy acertadamente vuestro rey Salomón.

Se sacudió el polvo de la casaca y ya junto a la puerta terminó:

–Por lo menos, haceos afeitarse la barba y vestíos bien –arrugó la nariz– si estáis decidido *partout*. Es lo mínimo que se puede exigir a alguien a quien se ha recibido tan amistosamente en el propio círculo de amistades. Tendréis un público numeroso y prominente. Toda vuestra vida habéis tenido buen aspecto, así que no emsombrezcáis vuestra fama de caballero cuando os retiréis del teatro del mundo. –Y dicho esto salió.

La horca en la que Süß iba a ser colgado había sido construida, con mucho gasto, ciento cuarenta años atrás. Ya en aquellos tiempos en los que todo era más barato, había costado trescientos florines. Se trataba de una horca bastante peculiar y muy distinta a las ordinarias horcas de madera. Era alta como una torre. Medía treinta y cinco pies de altura. Había sido construida de hierro en su totalidad, con los dieciocho quintales y nueve kilos de hierro que el alquimista Georg Honauer había escogido con el fin de convertirlo en oro para el duque Friedrich, causando al duque un perjuicio de alrededor de dos toneladas de oro. La horca se construyó para gloria y dolor del mencionado Georg Honauer. Fue pintada de rojo y decorada con ornamentos de oro para colgar en ella a Honauer.

Le siguieron, en rápida sucesión, muchos otros alquimistas, por los que el duque Friedrich se había dejado estafar. El primero fue un italiano, Petrus Montanus. Un año más tarde Hans Heinrich Neuscheler de Zurich, conocido como el fabricante de oro ciego. De nuevo un año más tarde, otro Hans Heinrich, llamado von Müllenfels. Durante mucho tiempo había tenido suerte, con frecuencia se había burlado de sus tres colegas que habían acabado suspendidos en el aire, y acabó balanceándose como ellos. Después de esto, la horca dejó de usarse durante mucho tiempo. Hasta que a un herrero, procedente del condado de Öttingen, se le ocurrió irse desmontando poco a poco y robarla. Ya había desmontado tres varales y sustraído por la noche más de cuatro quintales y medio de

hierro cuando fue sorprendido y ajusticiado con el objeto de su delito.

Desde hacía más de un siglo, la horca de hierro había permanecido vacía. Ahora, el señor von Pflug, que había asumido los preparativos para la ejecución, dispuso que el judío fuera el sexto en morir por este particular procedimiento. Desde el principio del proceso, aquel hombre duro y enjuto había esperado dar rienda suelta a su odio en esta fiesta. Quería celebrarlo de tal modo, que Europa no lo olvidara nunca.

Preparó la ejecución con todo el refinamiento propio del ultraje. Lamentablemente y contra su voluntad, la avaricia del judío, sus pecados carnales, la deshonra de las mujeres cristianas alemanas causada por el perro circuncidado, no se habían consignado entre los considerandos de la sentencia, pero ahora tenía mano libre en todo lo que se refiriera a la ejecución. Iba a hacerle pagar al judío su lujuria y su vida licenciosa. No permitiría que lo colgaran sencillamente de la horca, no, iba a burlarse de su libertino comportamiento, de sus viciosas noches, aprovechando el popular juego de palabras, colgándolo en una jaula para pájaros.*

La comisión investigadora no reparó en gastos para la solemne ejecución de la sentencia. En el lugar de la ejecución, para dar todo el empaque necesario a la cuesta de Tunzenhof, también llamada cuesta de la horca, se construyeron confortables logias para los caballeros y las damas. Los militares que debían escoltar al reo y tomar las medidas necesarias para acordonar la zona, ensayaban sus maniobras. La horca de hierro fue reparada cuidadosamente, la carreta del verdugo fue provista de ruedas más altas, se puso una cuerda nueva a la campanilla del malhechor. Los mozos ayudantes del verdugo recibieron nuevos uniformes.

Se dio gran importancia a la fiel ejecución de los divertidos planes del señor von Pflug.

—El judío, burlándose de nosotros, ha dicho que no podíamos colgarle más alto de lo que era la horca. Vamos a enseñarle de lo que somos capaces.

Se quería hacer subir la jaula de hierro, la jaula para pájaros, por encima de la horca. La fabricación de la jaula y del complicado mecanismo correspondiente, fue confiada a los maestros Johann Christoph Faust y Veit Ludwig Rigler. La jaula podía desmontarse en dos piezas, tenía ocho pies de altura, cuatro pies de ancho, catorce aros en su redondez y diecisiete varas de alto. Un ingenioso mecanismo permitía hacerla subir por encima de la horca. Su fabricación fue extraordinariamente cara. Al final, todo el gremio de cerrajeros tuvo que trabajar en la jaula. Dos días antes de la fecha fijada para la ejecución, seis caballos arrastraron aquel monstruoso artilugio por la empinada cuesta de Tunzenhof. Todos los jóvenes de la capital estaban presentes. Durante aquellos días, todo Stuttgart se paseaba por la cuesta de la horca. En tenderetes levantados apresuradamente se escanciaba gratis vino y cerveza, los comerciantes pusieron a la venta panfletos con la imagen del judío y versos de burla. A pesar del frío, la gente se paseaba con gran alboroto por el lugar de la ejecución. Contemplaban interesados la construcción de las logias, admiraban el acabado de la horca y la ingeniosa jaula.

El efecto que tuvo la jaula en el pueblo superó todas las expectativas del señor von Pflug. Las carcajadas y las risas sarcásticas resonaban por la ciudad y por todo el país. Surgieron innumerables rimas sobre pájaros, las cantaban los niños por las calles. Sólo que

* En alemán: *Vogel*, 'pájaro' y *vögeln*, 'joder'. (N. de la t.)

nadie podía creer que el señor von Pflug fuera el autor de este chiste tan bueno. El pueblo atribuyó la ingeniosa idea de la jaula a su adorado y bienamado mayor Röder. A continuación de los versos sobre pájaros, se hizo costumbre cantar también la canción con las rimas: «Y entonces habló el señor von Röder: "¡Detente o muere!"».

En la celda, con Süß se encontraban el Rabí Gabriel y el Rabí Jonathan Eybeschütz. El gran salvoconducto de los Estados Generales había abierto sin problemas las puertas de la cárcel al *Mynheer* Gabriel Oppenheimer van Straaten. Los tres hombres estaban sentados juntos y comían. El Rabí Gabriel había traído frutos, dátiles, higos, naranjas, y también pasteles y un fuerte vino del sur. Süß llevaba la casaca de color escarlata y un bonete sobre su pelo blanco; por encima de la nariz, se le marcaban en la frente, como a los dos rabinos, los tres surcos formando la *shin*, la primera letra del nombre de Dios *Shaddai*. Mojaba los higos en el vino, era su última comida. El Rabí Gabriel partió con sus gruesos dedos una naranja. Los tres hombres allí sentados comían los frutos en silencio, con gran gravedad, pero sus pensamientos eran profundos y fluían de uno a otro. El Rabí Gabriel y Süß eran uno, y el Rabí Gabriel por primera vez sintió este lazo no como una obligación y una desgracia, sino como un regalo. Sin embargo, el tercero, Jonathan Eybeschütz, aunque sentía la misma corriente que ellos, se hallaba excluido de ella, estaba en la orilla y la ola no lo arrastraba. Se encontraba sentado con ellos, bebía con ellos, llevaba la marca de la *shin* como ellos, era sabio y piadoso como ellos, pero la ola no lo arrastraba. El Rabí Gabriel esparció azúcar con prolijidad sobre los gajos de naranja y los repartió. Escanció el oscuro vino del sur. La celda estaba llena de palabras sin pronunciar, de pensamientos, de rostros, de Dios. Sin embargo, al Rabí Jonathan todo aquello le corroía amargamente, envileciéndole, pervirtiéndole. Se burlaba de sí mismo haciéndose cínicos chistes sobre aquello. Era fácil sentirse por encima de todo cuando iban a colgarle a uno. Pero este terrible consuelo no le servía, se veía a sí mismo, rico y sabio, como un pobre envidioso y casi como un traidor. Y cuando contestó a los otros los versos de la oración para la bendición de la mesa, pomposamente vestido con su caftán de seda y su barba blanca, lechosa y lacia, digno, sabio y respetado, se sintió un pobre hombre, triste e inútil.

En el vestíbulo de entrada del ayuntamiento, esperaban a Süß el dulce y apergaminado rabino de Frankfurt, el grueso y temperamental rabino de Fürth y, tiritando e irritado, Isaak Landauer, mientras arriba, de nuevo se le notificaba a Süß la sentencia y se rompía la vara por encima de su cabeza. Caían copos de nieve que se fundían enseguida; un sol pálido, que desaparecía una y otra vez, se abría paso a través de la bruma y la neblina. Una gigantesca y apretada muchedumbre esperaba curiosa fuera, ante la puerta de entrada. El señor von Röder, montando su viejo alazán, encabezaba la fuerte escolta militar. Sobre las altas ruedas se elevaba desnudo el carro del reo, el verdugo con sus ayudantes lo rodeaban vestidos con colores chillones.

Finalmente, Süß fue conducido escaleras abajo. Se había autorizado a los judíos a hablar con él una vez más en aquel lugar. Süß inclinó la cabeza. El pequeño Rabí Jaakob Josua Falk colocó sus manos suaves y apergaminadas sobre su cabeza y dijo:

–¡Que Yahvé te bendiga y te proteja! ¡Que Yahvé deje brillar su rostro sobre ti y te colme de bendiciones! ¡Que Yahvé vuelva su rostro hacia ti y te dé la paz!

–¡Amen Sela! –respondieron los otros dos.

Ceremoniosamente, el judío fue sentado y atado en el alto carro del reo. A pesar del frío helado y la humedad, la plaza del mercado estaba absolutamente llena de gente. Todas las ventanas de las casas señoriales, del ayuntamiento, de la botica, de la fonda del «Sol» estaban abarrotadas de rostros. Los muchachos se habían encaramado al caño de la fuente e incluso a la *Schnapsgalgen* y al asno de madera. El pueblo, embobado, lo contemplaba en silencio. El señor von Röder dio la orden a sus jinetes con su rugiente voz. La comitiva se puso en movimiento: la guardia montada delante, dos tambores detrás y a continuación la compañía de granaderos, a pie. Uno de los ayudantes del verdugo montó sobre el caballo del carro, chasqueó la lengua y el jamelgo se puso en marcha. El pequeño Rabí Jaakob Josua Falk, con los labios lívidos repitió:

–Y que te dé la paz.

Sin embargo, el iracundo rabino de Fürth no pudo reprimirse y con voz gutural profirió, detrás del carro, salvajes maldiciones contra Edom y Amalec, los impíos enemigos. Pero Isaak Landauer lanzó un sollozo penetrante, salvaje y animal. Resultaba extraño ver a aquel gran hombre de negocios golpear la cabeza contra las jambas del portal del ayuntamiento y sollozar sin vergüenza. Entonces se dejó oír también la campanilla del malhechor. Aquel sonido débil, agudo y penetrante se mezcló con el llanto del judío, se abrió paso a través del aire nevoso y lleno de vaho, penetrando hasta la médula.

Penetró en la habitación de Magdalen Sibylle. El parto había ido bien, pero debía permanecer acostada. Miró al niño, un niño normal, ni grande ni pequeño, ni guapo ni feo. Oía el agudo lamento de la campana; se agitó nerviosa, miró al niño, hijo suyo y de Immanuel Rieger y se dio cuenta de que no le quería.

La campana tintineó también en el castillo donde el viejo regente se encontraba junto con Bilfinger y Harpprecht. Los tres hombres guardaban silencio. Finalmente, Harpprecht dijo:

–Este sonido no es grato a mis oídos.

Karl Rudolf contestó:

–He tenido que hacerlo. Me avergüenzo de ello, señores.

Mientras tanto Süß era conducido por la ciudad hacia la cuesta de la horca. Iba en el carro del reo, en lo alto, como la imagen de un dios; vestía su casaca de color escarlata, el solitario brillaba en su dedo, el duque administrador no había permitido que le robaran el anillo. Las calles estaban llenas de gente, caían los copos de nieve, la procesión avanzaba en medio de un silencio extraordinario, las multitudes miraban guardando un absoluto y extraño silencio. Decenas de miles de personas, una vez que había pasado el reo, se unían a la comitiva a pie, a caballo, en carros, al lado o tras las tropas de la escolta. En medio de aquel ambiente descolorido y nebuloso, de los sucios copos de nieve que se fundían enseguida, todo resultaba doblemente pesado y silencioso. No se tomó el camino más corto, se condujo al judío, despacio y ceremoniosamente, dando un gran rodeo. Muchos espectadores habían venido desde lejos, todo el país quería estar allí, había muchos también que habían acudido desde más allá de las fronteras, la representación se había preparado para que la contemplara el mundo entero. Süß ocupaba su trono allá arriba en el carro, atado, rígido, con la nieve cayendo sobre sus ropas y su barba blanca. En el camino le esperaba el licenciado Mögling. Estaba triste y apesadumbrado porque su alegato de defensa no había servido absolutamente para nada. Claro que podía decirse a sí

mismo que había hecho todo lo posible, había que tener en cuenta que también la *vox populi* se había manifestado unánimemente contra el condenado, ejerciendo una fuerte presión, pero era amargo y deprimente que este acusado que le había sido confiado fuera colgado sin suficiente motivo jurídico. Se sentía incómodo y aterido. Encargó a uno de los ayudantes del verdugo que le alcanzara a Süß un vaso de vino. Éste no lo tomó, ni siquiera lo agradeció, permaneció imperturbable, pero el licenciado se sintió aligerado y confortado.

En el camino del judío se encontraba también la mujer de Schertlin, la waldense. Vio a Süß atado, extraordinariamente tranquilo y silencioso, como las imágenes de los santos que se pasean por la ciudad en las procesiones, había nieve en su barba, nieve en su casaca. Ella, tal vez la única entre todos aquellos espectadores, intuyó las causas ocultas, intuyó la voluntariedad de aquella despreciable pantomima. Ansiosa miraba con fijeza a aquel hombre, llena 'de un sentimiento de triunfo, sarcástico y desgarrado; sus labios breves y muy rojos estaban entreabiertos; los ojos rasgados, ardían. Una mujer junto a ella dijo a media voz, con un fuerte acento suabo:

–Siempre ha querido subir más arriba, ahora va a llegar todavía más alto.

–*Sale bête!* –dijo la waldense para sí, mientras caían los copos de nieve.

En otro recodo del camino se encontraba el publicista Johann Jakob Moser. Al empezar a vislumbrarse la comitiva había iniciado un breve discurso lapidario y patriótico. Pero sus ardientes palabras no prendieron en la multitud, la nieve las apagó, las gentes permanecieron silenciosas y se calló antes de haber terminado. Poco antes de que la comitiva alcanzara su objetivo, junto al camino esperaba Nicklas Pfäffle, el pálido y flemático secretario. Cuando su señor estuvo ante él por última vez, hizo una profunda reverencia. Süß le miró e inclinó la cabeza dos veces. Nicklas Pfäffle, una vez que el carro hubo pasado no lo siguió hasta el patíbulo, se apartó a un lado sollozando.

Cuando la comitiva llegó ante la horca, la niebla se había disipado y había dejado de nevar. Destacándose claramente en la escarcha, bajo el cielo claro y blancuzco, se veían los viñedos. El judío dirigió su mirada hacia arriba, y vio en las terrazas llenas de vides la pequeña caseta del guarda; miró hacia abajo y contempló la torre del agua, la casa de los Andräe, los baños. Se dio la vuelta y contempló Stuttgart, la catedral, Sankt Leonhart, el viejo castillo y la nueva construcción para la que él había conseguido el dinero. A su izquierda se levantaba desnuda la alta horca de madera. Pero parecía insignificante ante el atrevido armazón de hierro, artístico y gigantesco, que se había preparado para él. Una escalera doble con innumerables peldaños, apuntalada en muchos puntos, se elevaba como una torre; un juego de ruedas, cadenas y engranajes se enroscaban elevando la jaula. El anchuroso campo estaba lleno de gente. Algunos se habían encaramado, ansiosos y tensos, a todos los salientes, verjas y árboles. Los que estaban demasiado lejos utilizaban grandes y pesados catalejos. La nieve se había helado sobre la casaca de Süß, en medio de aquel frío y la claridad reinante, los pequeños cristales brillaban sobre su bonete, en su barba blanca.

En tres grandes tribunas, cada una con capacidad para seiscientas personas, estaban las damas y los caballeros, los señores de la corte, los altos funcionarios y militares, los embajadores extranjeros, los señores del Tribunal y del Parlamento. El consejero von Pflug, delante de todo. Hasta el último instante había temido que el hebreo, la bestia, pudiera escapar gracias a alguna astuta treta judía. Ahora había llegado el momento, había

alcanzado el objetivo de su vida. Ahora mismo iba a ser ahorcado; aquel hombre odiado iba a balancearse en lo alto. Los duros ojos del consejero buscaron ansiosos, bajo la solapa de la casaca, el cuello del judío, el lugar que ocuparía la cuerda. Era maravilloso contemplar la muerte del enemigo, un regalo para los ojos; el redoble a muerte de los tambores y el tintineo de la campanilla eran agradables y dulces. Entre las damas había algunas que conocían íntimamente a Süß y que a pesar de ello, por motivos desconocidos, se habían librado de la investigación. Ahora contemplaban al hombre con el que se habían enredado con una actitud distante y fría. Había parecido muy joven, Dios sabía que había demostrado tener la fuerza de un jovencuelo, debía de tener como máximo cuarenta años y ahora tenía el pelo blanco y el aspecto de un viejo rabino. Realmente había motivo suficiente para avergonzarse al recordar que habían estado con él en la cama. Sin embargo, curiosamente, no se avergonzaban de ello. Ansiosas y fascinadas contemplaban a aquel hombre extraordinario. Dentro de unos minutos estaría muerto, dentro de unos momentos habría enmudecido para siempre, habría pasado el peligro, y los lazos que las ataban a él se verían rotos de una manera violenta y escalofriante. Esperaban ese momento ávidas y temblorosas, lo deseaban y lo temían. La mayoría de ellas habrían preferido encogerse durante el resto de su vida bajo la amenaza de ser descubiertas sólo para que a él se le permitiera seguir viviendo.

También el joven Michael Koppenhöfer se encontraba en la tribuna. Así pues, ahora la piedra del molino iba a convertir en polvo a aquel que durante tanto tiempo había estado agarrado al cuello del país; aquel que había arruinado al país iba a ser ajusticiado afrentosamente: Pero a ése no lo había desdeñado la *demoiselle* Elisabeth Salomea yendo de un lado para otro, ajetreada entre libros y montones de ropa. Había caído en sus brazos y él ni siquiera había tenido que hacer grandes esfuerzos. ¿Qué tenía aquel viejo y encorvado judío? ¿Cuál era su secreto? Envidioso y amargado fijó su mirada en el hombre que se encontraba en el carro del reo. Sin embargo, el joven consejero Götz, sentado entre los jueces, miraba lleno de una satisfacción necia y apática. Ahora iba a borrarse la vergüenza de su madre y de su hermana. Que se atreviera uno solo a mirarle de reojo. ¡Cómo iba a fulminarle! Él sabría lo que tendría que hacer.

También se encontraba en la tribuna, elegante y débil, el viejo y decaído Weissensee. *Nenikekas, Judaie! Nenikekas, judaie!* ¡Ah! El judío le había vencido de nuevo. Se había regalado en todas las mesas, había saboreado los más finos bocados de este mundo con los ojos, los sentidos y el cerebro, conocía el sabor de todas las victorias y de todas las derrotas, había tomado plena conciencia del trágico final de su hija, había preparado y llevado a cumplimiento una venganza infernal, multicolor y polícroma, refinada y más que salvaje, y ahora moría esta muerte, con los ojos de todo el mundo fijos en él, esta muerte aventurera y probablemente voluntaria, mucho más heroica que la muerte ante el enemigo en el campo de batalla. Estallando de odio, arropado por el amor, dual, grande. ¿Qué quedaba de él, de Weissensee? Unos cuantos versos llenos de lamentos, de su infeliz y aburguesada hija. Sin embargo, el otro seguiría viviendo. Una y otra vez, lo que aquel hombre había sido, había vivido, había visto, había pensado, por lo que había muerto, iba a ser tomado por las manos de los que vinieran después, que lo contemplarían meditabundos, escudriñándolo todo, reviviendo su vida y su muerte.

Desataron a Süß del carro del reo. De pie, con los miembros rígidos, miró a su alrededor. Vio a la gente en las logias, las pelucas, las caras de las mujeres embadurnadas

de afeites, vio a las tropas que acordonaban la plaza. ¡Vaya! Se habían esmerado considerablemente, sólo alrededor de la horca había por lo menos cinco compañías. Por supuesto, claramente visible a la cabeza de todas ellas, el mayor von Röder ostentaba el mando superior militar. Ciertamente era necesaria mucha estrategia para borrarlo a él, a Süß, definitivamente de la faz de la tierra. Süß miró las decenas de miles de caras: las de las mujeres, curiosas, las bocas dispuestas a gruñir; las de los hombres dispuestos a chasquear la lengua y a refunfuñar satisfechos; las caras de los niños, mofletudas, con grandes ojos, que con toda seguridad llegarían a estar tan vacías de expresión y tan llenas de maldad como las de sus padres. Vio el aliento de la multitud, un vaho blancuzco, claramente visible en aquel ambiente diáfano y helado, los ojos ansiosos, los cuellos estirados que antes se habían inclinado tan devotamente ante él. Vio la jaula para pájaros, el complicado e insultante montaje para su ejecución, y mientras contemplaba todo esto, llegó a sus oídos un sonido lloriqueante y aullante. El vicario Hoffmann no había querido renunciar a esperarle bajo la horca, a volver a hablarle del cielo y la tierra, del perdón de los hombres y de Dios, de la expiación y la fe. Süß lo vio y lo oyó, miró despacio al vicario, de arriba abajo, se dio la vuelta y escupió. La multitud abrió desmesuradamente los ojos y se elevó un clamor contenido, ofendido y rápidamente acallado.

Los ayudantes del verdugo, vestidos con sus nuevos y chillones uniformes, se acercaron a él y le abrieron la casaca. Percibió la tosquedad y rudeza de aquellas manos y se sintió asqueado, se irguió, su rigidez desapareció, empezó a dar golpes a su alrededor, resistiéndose desesperado. Todo el mundo estiró aún más el cuello. Era chocante contemplar cómo aquel hombre, con su barba blanca, vestido de gala, con la brillante gema en su mano, golpeaba y pateaba a los ayudantes del verdugo. Los niños se reían jubilosos dando palmadas; en la tribuna, una mujer con la cara embadurnada de afeites empezó a gritar de modo estridente y persistente, y hubo que sacarla de allí. El bonete del judío cayó sobre la tierra mojada y fue pisoteado en el barro. Los verdugos lo agarraron con fuerza, le abrieron violentamente la casaca, lo encerraron en la jaula y le pusieron la cuerda alrededor del cuello.

Allí estaba. Oía el murmullo del viento, la respiración de la multitud, el piafar de los caballos, los gruñidos de los clérigos. ¿Iba a ser esto lo último que oyera en la tierra? Tenía sed de otras cosas, abrió de par en par el corazón y los oídos, quería oír otra cosa. Pero sólo podía oír aquello además de su propia respiración y del zumbido de su propia sangre. La jaula ya se balanceaba, se elevaba. Y de pronto, atravesando los ruidos vacíos y crueles, llegó a sus oídos el sonido de unas voces estridentes y roncadas gritando:

—¡Uno y eterno es el que es, el Único, el Dios de Israel, Él, Yahvé, Adonai!

Son los judíos, el pequeño Jaakob Josua Falk, el grueso rabino de Fürth, el desaseado Isaak Landauer. De pie, cubiertos por sus mantos de oración, ellos y otros siete, diez como está prescrito, no se ocupan del pueblo que, apartando la mirada de la horca, los mira a ellos, balancean sus cuerpos con vehemencia, están de pie y, a gritos, consiguen que la oración de los agonizantes resuene guturalmente por encima de la gran plaza:

—¡Escucha, Israel! ¡Uno y eterno es Yahvé, Adonai! —Las palabras hacen salir de sus bocas nubes blancas en el aire helado y llegan a los oídos del hombre que está en la jaula, y el hijo del mariscal Heydersdorff abre la boca y grita en respuesta:

—¡Uno y eterno es Yahvé, Adonai!

Hábiles y numerosos, trepan los coloridos ayudantes del verdugo por las escaleras.

La jaula se eleva, la cuerda se tensa, ahogando. Abajo el vicario maldice al moribundo:

–¡Vete al infierno, obstinado, sinvergüenza judío!

El estridente *Adonai* flota en el aire y resuena en los oídos de todos. Resuena en la jaula hasta que la cuerda estrangula el sonido.

En la tribuna, en la primera fila, el consejero Dom Bartelemi Pancorbo se ha levantado y apoya las sombrías y huesudas manos en la barandilla, elevando la azulada y descarnada cabeza por encima de la gigantesca golilla. Ansioso, con los párpados entornados, mantiene la vista fija en la jaula, mirando cómo se balancea en la altura y dentro de ella, el hombre con la casaca de gala color escarlata, y en el dedo del hombre el solitario, brillando con mil colores en el diáfano aire invernal.

Una vez se hubo retirado el cordón de las tropas, la multitud contempló detenidamente la horca, un par de muchachos subieron por la escalera hasta media altura, la gente palpaba el armazón. Arriba, sobre los barrotes de la jaula se habían posado en densos grupos pájaros negros.

Lentamente, la multitud regresó a la ciudad. Todo el mundo consideró festivo aquel día. Comieron bien, bebieron bien, se emborracharon, bailaron y se pelearon en las tabernas. El joven ciudadano Langenfass había recogido del barro el pisoteado bonete de Süß, era un joven divertido, famoso por sus chistes; se colocó el bonete, y también se lo puso a muchachas y niñas que horrorizadas chillaban bajo el bonete del judío ahorcado. Sin embargo, no había auténtica alegría. Sin saber por qué, se habían imaginado aquel día distinto, más relajado y divertido. Se cantaba «El judío debe ser colgado», se cantaba «Y entonces dijo el señor von Röder "¡Detente o muere!"», pero el *Adonai* del judío no dejaba de resonar en sus oídos. Los niños jugaban a ahorcados; el juego era así: que uno estaba arriba y gritaba ¡Adonai!, y los otros desde abajo, gritaban rugientes, vociferantes y estridentes ¡Adonai!

La noche del día de la ejecución, alrededor de las tres de la madrugada, un enjuto y alto caballero subió la cuesta de Tunzenhof dirigiéndose a la horca de hierro. El camino se había convertido en una mezcla repugnante de suciedad y de nieve medio derretida, difícil de practicar. El enjuto caballero, temblando de frío, se arrebujaba en su ancho abrigo de corte antiguo y pasado de moda. Le acompañaban dos jóvenes, unos individuos depravados, conocidos por su arrojo y capaces de hacer cualquier cosa que pudiera reportarles algún dinero. Inmediatamente, los dos muchachos subieron las escaleras de la horca. Tenían dificultades, ya que los peldaños estaban resbaladizos y helados, y lanzaban maldiciones entre dientes. A su alrededor aleteaban los pájaros, que día y noche se posaban en gran número sobre la horca. Arriba, los dos jóvenes se entretuvieron durante mucho rato. El sombrío caballero que esperaba abajo hundía la cabeza entre los hombros, nervioso, se apoyaba ora en un pie, ora en el otro y murmuraba desabrido para sí.

–¿Lo tenéis? –les preguntó autoritario y en voz baja cuando por fin volvieron a bajar.

–No está ahí –balbucearon desconcertados los muchachos.

–Nosotros lo habéis robado! ¡Vosotros habéis robado la piedra! –ladró furioso el portugués, reprimiéndose con esfuerzo para no gritar–. Voy a hacer que os procesen, voy a hacer que os sometan al suplicio de la rueda.

–El judío no está ahí –le aseguraron los chicos asustados–. En la jaula hay otro

colgado. El diablo se lo ha llevado.

Finalmente, Dom Bartelemi, que no creía en nada, todavía de noche hizo investigar oficialmente la jaula por los húsares de la guardia. Efectivamente, el cadáver había sido robado, cambiado por otro.

De madrugada), aquel hombre furioso y estafado, se presentó ante el duque administrador. Ése era el resultado de la bondad de Su Excelencia. Ahora, los judíos habían robado el solitario. ¿El solitario? Karl Rudolf pensó en la montaña de oro y no podía creerlo. El cadáver sí, ése podían haberlo robado. Reflexionó, comprendió y casi sonrió. En verdad estos judíos eran una gente endiablada. Sencillamente robaban el cadáver de la horca; ni cristianos ni soldados habrían podido hacerlo mejor. Les concedía gustoso el solitario como recompensa y no los hizo perseguir. Azulado, conteniendo la rabia, aullando terribles maldiciones con su voz perversa, el enjuto portugués, con su indumentaria cortesana pasada de moda, se retiró.

Mientras tanto, el cadáver envuelto rápidamente en arpillera y escondido bajo montones de mercancías y baratijas, viajaba en un carro hacia Fürth. Lo conducían buhoneros judíos que se relevaban unos a otros en cada tramo del camino. El solitario seguía en el dedo del muerto. Ninguno de los que conducían el carro temía que el que lo sustituía pudiera robarlo.

En Fürth el cadáver fue lavado, envuelto en una mortaja blanca y larga, y metido en un féretro. El índice, el dedo mayor y el anular, fueron colocados formando el signo de la *shin*, la primera letra del nombre de Dios *Shaddai*; la cabeza reposaba sobre un pequeño montoncito de tierra, tierra negra, desmenuzada, tierra de Sión. Se informó a las autoridades que iba a ser enterrado un judío de Frankfurt, no muy conocido, que había muerto en el camino. Tampoco se comunicó nada a los miembros de la comunidad, pero la noticia corrió de boca en boca.

Allí yacía el desconocido, la cara negroazulada del ahorcado, la barba de un blanco sucio cuidadosamente afeitada. Los ojos no se los habían podido cerrar, sobresalían turbios y marrones hacia afuera, pero entre ellos, por encima de la nariz, se marcaban profundamente en la frente los tres surcos de la *schin*. Por entre el paño blanco y sencillo brillaba gigantesco y deslumbrante el solitario. Los diez hombres más respetados de la comunidad permanecieron sentados entre grandes velas, cubrieron las ventanas con gruesos cortinajes y lo velaron.

Entre ellos se presentó un desconocido. Corpulento, con la cara afeitada y gruesa, ojos duros, tristes y grises, vestido con una casaca holandesa de corte algo anticuado. Esparció agua a sus espaldas cuando entró en la habitación donde se encontraba el muerto. Aspergió agua sobre la cabeza y sobre los pies del muerto. Los hombres reconocieron al cabalista, hablaron en susurros y se hicieron a un lado.

El Rabí Gabriel se acercó al cadáver y gruñó con su voz destemplada la bendición:

–¡Alabado seas, Yahvé, Dios, justo juez! –Con los gruesos dedos, delicadamente tocó los párpados del muerto y éstos se cerraron. Entonces se sentó en el suelo hundiendo la cabeza entre las rodillas. Los diez hombres se habían retirado hasta la pared. Completamente solo a pesar de su presencia, hecho un pequeño bulto perdido, el Rabí Gabriel permaneció en cuclillas junto al muerto.

Todos los judíos de Fürth se encontraban en el cementerio cuando el desconocido fue enterrado. Hicieron descender el féretro al interior de la tierra. El solitario estaba en el

dedo del muerto, bajo su cabeza un pequeño montoncito de tierra, de la tierra de Sión. El coro respondía al recitador:

–El mundo es mudable, vano y voluble; pero Uno y Único es el Dios de Israel, el que es, el verdadero Yahvé.

Después arrancaron hierba y la tiraron por encima del hombro, y dijeron:

–Como la hierba, también nosotros nos marchitamos fuera de la luz. –Y añadieron:– Recordemos que somos polvo.

Después, se lavaron las manos haciendo correr agua que espantaba los demonios y abandonaron el cementerio.

Sobre el destino del libro *El judío Süß* Algunos datos

En el invierno de 1916-1917 escribí una obra de teatro, *Süß, el judío*, que fue estrenada en Munich. Durante los ensayos, la obra fue prohibida, ya que podía poner en peligro la paz religiosa entre católicos y protestantes necesaria entre los ciudadanos durante la guerra. Diputados conservadores muy influyentes ordenaron a la policía levantar la prohibición. La obra se representó entonces en numerosos escenarios alemanes y actores muy famosos, como Schildkraut y Klöpfer, encarnaron al personaje que le daba título.

Pronto me di cuenta de que la obra era sólo un bosquejo de aquello que yo quería decir, la retiré de la circulación y escribí la novela *Jud Süß*; la forma épica me pareció un medio mejor de expresar aquello que me había movido a dar forma a la historia del judío Süß. En mayo de 1922 había terminado el libro. Mandé el manuscrito a los editores alemanes más importantes; todos lo rechazaron. A algunos de ellos les había gustado el libro y fundamentaban prolijamente su rechazo. La novela histórica estaba anticuada, no estaba de moda, y aunque mi libro tuviera un tono muy distinto al de las novelas históricas corrientes, a una parte del público lector podía escandalizarle la ambigüedad del tema, la cuestionable ascensión de un judío alemán desde el *gheto* y su posterior caída. Los lectores del primer club del libro, el *Volkerverband der Bücherfreunde* (Asociación popular de los amigos de los libros), mostraron particular interés en la obra, pero también ellos temieron que muchos de sus socios desertaran si uno de sus libros tenía como contenido un tema tan sospechoso. De todas formas, la novedosa forma de mi libro les había interesado tanto que me rogaron que escribiera para sus lectores otra obra histórica con el mismo estilo. Así surgió mi novela *Die hässliche Herzogin*.

Die hässliche Herzogin se publicó, tuvo mucho éxito y contribuyó al rápido crecimiento de aquel primer club alemán del libro. Mientras, el sospechoso *Jud Süß* seguía sin tener editor. Yo tenía un contrato con Drei Masken Verlag, una editorial que se dedicaba sobre todo a la publicación y al fomento de las obras de teatro. Este contrato me obligaba a leer obras de teatro francesas e italianas y me aseguraba unos honorarios relativamente altos. La editorial, por los motivos que fuesen, había perdido su interés en obras francesas e italianas y querían rescindir el contrato. Aquellos señores me propusieron que aceptara rescindirlo antes del plazo previsto y que ellos, ¡bendito sea Dios!, iban a imprimir mi novela *Jud Süß* que no tenía ninguna otra posibilidad.

El libro fue publicado y distribuido sin entusiasmo y cuando tuvo entre los críticos y lectores un tremendo, rápido y unánime éxito, la editorial no podía creerlo. Todavía dudando, sacaban nuevas ediciones, pero siempre de pequeña tirada, de manera que la mayor parte del tiempo el libro no podía adquirirse. A pesar de esto, ya en el primer año alcanzó un número de ventas que, para la Alemania de entonces, era extraordinariamente alto: cien mil ejemplares. La prensa fue unánime y extraordinariamente buena en sus críticas; ni uno solo de los grandes periódicos tenía nada que objetar al contenido o la forma.

¿Cuál fue la causa de semejante éxito? Sólo pueden hacerse suposiciones. Sucedió lo siguiente: el pueblo alemán, como consecuencia de la derrota en la primera guerra mundial, sentía un fuerte complejo de inferioridad que se manifestaba en movimientos antisemitas, que más tarde llevarían a aquellos terribles estallidos. Esto se intuía y se

reflejaba típicamente en la novela. Tocó la fibra sensible del pueblo. Ésta es tal vez una de las causas que explican el éxito de la novela en Alemania.

Poco después de su aparición, un editor americano que en esos momentos se encontraba en Suecia, leyó en un periódico de allí una crítica entusiasta del libro. La novela le impresionó y decidió, a pesar de lo remoto del tema, publicarla en América. El libro tuvo éxito, por supuesto no fue un éxito considerable o imponente. En Inglaterra, el libro, primero no tuvo ninguna resonancia. Se publicó poco antes de Navidad, pero hasta el final del año no se habían vendido ni siquiera mil ejemplares, tampoco tuvo ningún eco en la prensa. De pronto apareció en el *Daily Herald* una crítica elogiosa y profunda, y ésta llamó la atención de Arnold Bennett, que en aquellos tiempos era el papa de la Literatura en Londres, sobre mi libro. Escribió para el *Evening Standard* una ardiente crítica. Durante la siguiente semana se vendieron tres mil ejemplares, después más. El libro conmocionó a todo el país. Aparecieron ediciones de lujo, de bolsillo, el destino del judío Süss y las complicadas relaciones del insignificante ducado de Württemberg a principios del siglo dieciocho eran conocidas por todos los ingleses. El éxito se trasladó a América. A uno y otro lado del océano aparecieron estudios de profundización sobre el libro, se convirtió en libro de lectura en las escuelas. La novela histórica se puso de moda otra vez. Un libro especializado sobre la novela histórica comprobó que en Inglaterra, tras el éxito de *Jud Süss*, en un solo año se publicó un número de novelas históricas cuatro veces superior al de toda la década anterior. Ashley Dukes escribió una nueva versión dramática de *Jud Süss* que se representó en los escenarios de Londres durante años. Gaumont British hizo una magnífica película, *Jew Suess*, que se proyectó en todo el mundo.

También se elaboraron muchas hipótesis para explicar por qué fuera de Alemania el destino de un pequeño ducado alemán, desaparecido hacía tanto tiempo, y su judío de la corte habían despertado un interés tan vivo. Desde hacía decenas de años no se había publicado ninguna novela histórica en la que los protagonistas fueran personas vivas, tuvieran éxito, cayeran en desgracia, sufrieran y murieran, y ahora podía verse que los problemas de aquellas personas, desaparecidas hacía tanto tiempo, eran los mismos que los nuestros, y muchos explicaron con ello el éxito del libro. En todo caso, conmovió a los hombres de todos los países. La novela fue traducida rápidamente a todas las lenguas, al ruso, al islandés, al japonés, al bangladés, y miles de personas aprendieron alemán con su versión original.

Cuando Hitler subió al poder, el libro fue prohibido y quemado públicamente. Pero la gloria que iba ligada a las palabras *Jud Süss* no dejaba dormir al ministro de propaganda de Hitler. Hizo que se filmara una nueva película basada en la novela. Actuaron en ella actores fabulosos, la película era desde el punto de vista técnico, inusualmente buena, sólo que suprimió todo lo que en la novela era positivo y exageró grotescamente lo negativo. Desde el punto de vista político era realmente efectiva, pero en el aspecto intelectual completamente vacía.

Con el dominio de Hitler, también desapareció la película antisemítica. Sin embargo, la novela *Jud Süss*, después de la segunda guerra mundial, se siguió publicando una y otra vez, y es leída como antes por cientos de miles de personas.

Pacific Palisades,
California Noviembre 1958